

Handwritten text in a decorative, possibly Gothic or similar medieval script, oriented vertically on a strip of aged, yellowed paper. The text is partially obscured by a small white label at the bottom.

3.

A  
12-147

3.

1147

1147



29-6-7

SILVERIA HOSPITAL	
GRANADA	
Name	A
No. of beds	12
Cost	447





EL GRANDE

*BBL*

# IJO DE DAVID

## CRISTO SENOR NUESTRO.

ISTORIA EVANGELICA, MORAL,  
Politica, y Meditacion, adornada con raros ejemplos, y  
prodigiosos casos.

COMPUESTA,

POR EL P. PRESENTADO FR. ANTONIO DE  
Lorea de la Orden de Predicadores,

DEDICADA.

AL EMINENTISSIMO SEÑOR D. PASQUAL DE ARAGON,  
*Arceobispo de Toledo, Primado de las Españas, Cardenal de la S. Igle-  
sia de Roma, Canciller mayor de Castilla, del Consejo de Estado,  
y Governador de España, &c.*

DADA A LA ESTANPA.

Por Don Bernardo de Lorea Amescua, Clerigo Presbytero,  
Comissario de la S. Cruzada, en la Villa de Almagro, y  
Partido de Calatrava.

*Del folio de la Cruz del N. de*  
TOMO SEXTO. *de Juan*

Año.

1673



CON PRIVILEGIO.

En Madrid: Por FRANCISCO SANZ en la Imprenta del Reyno.

A costa de Gabriel de Leon, Mercader de Libros. Vendese en su  
Casa en frente de la casa de la Paz.



79484112 P. 385

EL GRAND...  
TO BY DAVID

CRISTO...  
1870...  
[Large dark ink blot]

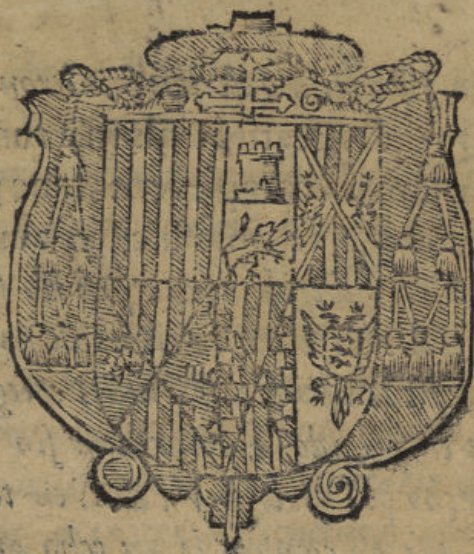
Handwritten signature or name in cursive script.

Handwritten signature or name in cursive script.



Handwritten word or signature at the bottom right.





AL EMINENT<sup>MO</sup> SEÑOR  
Don Pasqual de Aragon, Arçobispo de  
Toledo, Primado de las E<sup>s</sup>pañ<sup>a</sup>s, Car-  
denal de la Santa Iglesia de Roma, Can-  
ciller mayor de Castilla, del Consejo  
de Estado, y Governador de  
España, &c.

EMIN<sup>MO</sup> SEÑOR,

**M**uchas vezes empieza Dios à premiar en  
esta vida las buenas obras con la buena  
fama, y glorioso nombre: y es gloria de un  
sejeto verse amado, aun de aquellos à quien jamas



à conocido. Esto mismo escribe S. Geronimo à Flo-  
rencio: Quantus Beatitudinis tuæ rumor diver-  
sa populorum ora compleverit, hinc poteris æ-  
stimare, quod ego te ante incipio amare, quam  
nosse. *Quieres saber, le dize, quanto sea el credi-  
to que en todos los Pueblos tienes de tu bondad de  
vida, y eroicas acciones? Puedes colegirlo de mi,  
que te he empezado à amar aun sin averte vis-  
to. An echo plausible à V. Em. en toda el orbe  
sus echos, y à ese compas le an echo amable. No  
es lo mas el serlo con los que se sienten favoreci-  
dos de su mano, que esas voces son ijas del agr-  
decimiento. Lo mas ponderable, dize S. Geroni-  
mo, es, que essas acciones engendran afecto, aun  
en los que jamas se han conocido. Si el Santo Car-  
denal conociera à V. Em. con mucha razon dix-  
ra de su persona, lo que à Florencio escribe: y mas  
oyendo las voces de eterna fama, que duran, y dis-  
raràn en España, Roma, Napoles, y toda Euro-  
pa. Estos lazos de afectos con q̃ta fama de V. Em.  
atrae à si, aun à los que jamas le an visto, jura-  
tandose à las obligaciones de la oveja à su Pastor,  
y que al Prelado tienen sus feligreses, aun sin aver  
besado à V. Em. la mano, se llevan à su sombra,*



y poner este libro à su proteccion. Bien se que es derecho à los Diocesanos, aver de pagar de sus frutos, diezmos, y primicias à sus Prelados. Y aunque este libro no es diezmo, porque con él son catorce los que he dado à la estampa, ni es primicias por ser el sexto, y ultimo de esta obra. En el ofrezco à V. Em. las primicias, y frutos de los antecedentes, pues el sagrado asunto que en sí contiene, fue la feliz clausula del Itinerario del Ijo de Dios: y las mayores persecuciones que padeció el soberano Ijo de David Cristo Señor nuestro. Al texto de su Passion, Muerte, Resurreccion, Ascension, y Venida del Espiritu Santo, demas de la contextura de los Evangelistas, è recogido otras muchas noticias, que en ningun escritor se han visto juntas asta oytantas. No son mias, digo con San Bernardo, que habla de sí en el Prologo, sobre el Evangelio: Ecce nos reliquimus omnia. Son de Padres de toda autoridad en la Iglesia, y autores si dedignos: Non me propria traddidisse putes, nec tanquam nostra suscipias: Sed è multis sermonibus patrum, quorum digna satis est laus in Ecclesia.

Al cumplimiento de esta obligacion me movia



el favor que V. Em. izo al compendio que traduxo de Toscano de la Vida de la Vener. Madre Sor Maria Vilani, de mi Sagrada Religion, à quien V. Em. siendo Virrey de Napoles tanto comunicò, tanto estimò, y oy tanto venera; pues su retrato tiene en sus Palacio Arcobispal en Toledo, con el aprecio que merecen sus virtudes. Abvngue cognoscitur Leo, dice la frase Latina: y aunque es verdad, que el ver la vna del Leon es argumento de su valentia: el que solo mira à aquel indicio de su esfuerzo, desea registrarle con los ojos todo entero. Quanto an leído aquel breue compendio, an formado altissimo concepto de las virtudes de aquella Sierva de Dios; pero an quedado con nuevo deseo de ver en libro de mas cuerpo las noticias mas dilatadas. Espero en nuestro Señor darle con brevedad à la estampa, y ponerle à la proteccion de V. Em. pues aquel prodigio de santidad su dueño tanto estimò à la estimacion, y favores de V. Em. siendo viva.

Dexo en esta Dedicatoria, Señor, de az er relacion de la Real sangre, que con tanta fecundidad alienta las venas de V. Em. porque es enfermedad de las Dedicatorias, el pasar à ser genealogistas, y querer abreniar en corto papel lo que en muchos



nocabe: y en la de V. Em. es repetir à la noticia de el mundo, lo que nadie ignora. Los pueſtos que V. Em. a ocupado, an ſido ſiempre tan à ſatisfaccion de la Igleſia, y de la Santa Sede Apoſtolica, de los Reyes Catolicos de Eſpaña, y de ſu Monarquia, como de amor, y conſuelo à los inferiores que an participado los influxos del amable gobierno de V. Em. Quando Eſpaña no los conociera, lo manifeſtaran las voces de los Napolitanos. Pues experimentaron en V. Em. lo q̄ pretendian los antiguos, y aun los Etnicos imitaron, procurando que en un ſujeto meſmo ſe vnieſſen el Reyno, y el Sacerdocio, para que por eſte lado templaffe la miſericordia de Padre, lo que por aquel pudieſſe obrar la ſeveridad de Iuez. Allò aquel Re. no en V. Em. Padre: y al miſmo tiempo que le governava Virrey, y como Iuez, le regia: le cuidava con el amor que un Padre mira à un yo.

Entre las propiedades que ilustran al Sol, la que mas le enſalza, es la que mas le inclina à influir todo en las criaturas, que militan debaxo de ſus influxos. No ſe niega à los aſtros, que participan ſus luzes; pero à los que eſtamos en el mundo, es ſu propenſion tanta, como ſi para cada uno ſe vnieſſera criado. Aquel es el Primado de las



luzes, y de los astros del Cielo: y entre los astros que luzen en la Iglesia de las Españas, V. Em. es el primado. Y como si no tuviera mas negocios à que atender, que à las voces, peticiones, y remedio de cada uno de sus orsejas, que le piden socorro, à si le atiende a cada uno, como sino viera otros, y como si para aquel solo fuera Arçobispo. Aiunt, escriuia San Bernardo al Papa Onorio, Ep. 13. Apud vos valere plus pauperis præcem, quam potentis vultum. Noniega V. Em. sus oïlos al poderoso en su justicia, pero lleva su coraçon tras si con los pobres la misericordia. Los exemplares son tantos, que se yo que desde lo mas remoto de el Arçobispado oye V. Em. las voces de los pobres, y una carta sola sin mas intercession, que la necesidad, es bastante para muchos socorros. Quantas Iglesias ay oy edificadas en el Arçobispado à expensas de V. Em? Que Monasterios no estuvieran oy arruinados, sino fuera por sus quantiosas limosnas? Y en ellos, quanto numero de doncellas obradas, no se allan oy Religiosas costeandoles V. Em. los dotes, para dedicarlas à Cristo? Pues en oyendo tales afectos, à quien retarda el poco posible, luego al punto, como piadoso Pastor acude al remedio de la necesidad?

Pues



Pues à V. Em. izo Dios Principe en la Sangre, en la dignidad, en los puestos, y en el animo: siruase de anparar este libro a su proteccion, no negandola, à quien con especial afecto la desea. Que siendo èl de estimacion por las sagradas materias que en si contiene: por la oura que V. Em. le iziere con su agrado, tendrà en la estimacion nuevos realces, dezia Casiodoro lib. 6. Variar. Ep. 4. Hactenus fuit suis meritis clarus; sed iam hic erit de vestra perspicuitate per lucidus. Con eso tendrà el libro en si todo el credito cumplido, que yo puedo desear, y yo la mayor dicha que puedo pretender, que es ser Capellan de V. Em. que guar de Dios muchos años, como todos sus pobres deseamos, y la Iglesia à menester, &c.

Eminentísimo Señor,

B. L. M. de V. Em.

Su mas aficionado Servidor,

Presentado Fr. Antonio de Lorea.



Part 2. K. Bin. ix. Titul. Principi en la 2. na.  
que en la libreria en 2. p. q. d. o. y. e. l. m. a. n. o.  
h. a. n. d. e. n. e. l. l. i. b. r. o. a. l. p. a. r. t. i. c. u. l. o. 1. o.  
y. e. n. e. l. l. i. b. r. o. a. l. p. a. r. t. i. c. u. l. o. 2. o.  
y. e. n. e. l. l. i. b. r. o. a. l. p. a. r. t. i. c. u. l. o. 3. o.  
y. e. n. e. l. l. i. b. r. o. a. l. p. a. r. t. i. c. u. l. o. 4. o.  
y. e. n. e. l. l. i. b. r. o. a. l. p. a. r. t. i. c. u. l. o. 5. o.  
y. e. n. e. l. l. i. b. r. o. a. l. p. a. r. t. i. c. u. l. o. 6. o.  
y. e. n. e. l. l. i. b. r. o. a. l. p. a. r. t. i. c. u. l. o. 7. o.  
y. e. n. e. l. l. i. b. r. o. a. l. p. a. r. t. i. c. u. l. o. 8. o.  
y. e. n. e. l. l. i. b. r. o. a. l. p. a. r. t. i. c. u. l. o. 9. o.  
y. e. n. e. l. l. i. b. r. o. a. l. p. a. r. t. i. c. u. l. o. 10. o.  
y. e. n. e. l. l. i. b. r. o. a. l. p. a. r. t. i. c. u. l. o. 11. o.  
y. e. n. e. l. l. i. b. r. o. a. l. p. a. r. t. i. c. u. l. o. 12. o.  
y. e. n. e. l. l. i. b. r. o. a. l. p. a. r. t. i. c. u. l. o. 13. o.  
y. e. n. e. l. l. i. b. r. o. a. l. p. a. r. t. i. c. u. l. o. 14. o.  
y. e. n. e. l. l. i. b. r. o. a. l. p. a. r. t. i. c. u. l. o. 15. o.  
y. e. n. e. l. l. i. b. r. o. a. l. p. a. r. t. i. c. u. l. o. 16. o.  
y. e. n. e. l. l. i. b. r. o. a. l. p. a. r. t. i. c. u. l. o. 17. o.  
y. e. n. e. l. l. i. b. r. o. a. l. p. a. r. t. i. c. u. l. o. 18. o.  
y. e. n. e. l. l. i. b. r. o. a. l. p. a. r. t. i. c. u. l. o. 19. o.  
y. e. n. e. l. l. i. b. r. o. a. l. p. a. r. t. i. c. u. l. o. 20. o.

Iluminatissimo Señor,

B. L. M. de V. R. M.

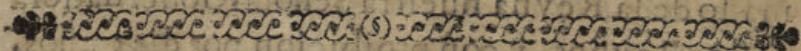
En esta libreria de V. R. M.

En esta libreria de V. R. M.



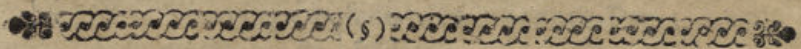
*SVMA DE LA APROBACION.*

**P**OR COMISION DE EL ORDINARIO,  
aprobo este sexto tomo, el quinto, y el  
cuarto, el M. R. P. Presentado Fray Gaspar de Santa Ella, Lector de Vísperas de el Convento de Santo Domingo de San Lucar de Barrameda. En Madrid à 8. de Junio de 1673.



*LICENCIA DEL ORDINARIO.*

**T**iene licencia del Ordinario, desta Villa de Madrid para imprimir este libro el Lic. D. Bernardo de Lorèa Amescua, como parece de su Original, firmado de Iuan Bautista Saez Bravo. En Madrid à 12. de Junio de 1673.



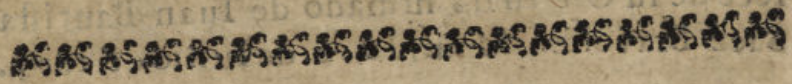
*SVMA DE LA APROBACION DEL CONSEJO.*

**A**probo este libro, por comision de los Señores del Consejo, el Doctor Don Iuan de Texada y Aldrete, Canonigo de la Santa Iglesia de Sevilla, Procurador en esta Corte, de la causa de la Canonizacion del Bienaventurado Rey Don Fernando. En Madrid à 12. de Julio de 1673.



SVMA DEL PRIVILEGIO.

Tiene privilegio el Lic. Don Bernardo de Lorèa Amescua, Clerigo Presbitero, Comisario de la Cruzada en la Villa de Almagro, para imprimir este libro, y el quinto, y quarto tomo, como parece de su original, firmado de la Reyna nuestra Señora, Governadora de estos Reynos, y con proibicion por diez años, para que ninguna persona sin su licencia lo pueda imprimir, despachado ante Francisco Carrillo, Secretario de Camara. En Madrid à 14. de Julio de 1673.



SVMA DE LA TASSA.

Los Señores del Consejo Real tassaron este libro intitulado sexto tomo del Grande Ijo de de David Cristo Señor nuestro à siete maravedis cada pliego, como mas largamente consta de la fee que dello diò Iuan de Acipreste Escriuano de Camara de su Magestad.

FEE



FEE DE ERRATAS.

Pag. 14. col. 1. lin. 28. de defensor, quita el de. Pag. 1. 7. col. 1. lin. 19. confationem, lee confalonier. Pag. 19. col. 1. lin. 29. puñadas, lee puñados. Pag. 23. col. 1. lin. 7. enprendió, lee enprendio. Fol. 25. col. 1. lin. 30. mas le temian, lee mas no le temian. Pag. 31. col. 1. lin. 28. corion, lee corrompió. Pag. 32. col. 2. lin. 24. a de la Ciudad, quita esta palabra duplicada. Pag. 35. col. 2. lin. 27. ministerio, lee Mysterio. Lin. 31. dico, lee dicho. Pag. 47. col. 1. lin. 18. costozet, lee conocer. Pag. 52. col. 1. lin. 25. ningno, lee ninguno. Pag. 56. col. 1. lin. 30. corraçò, lee coraçon. Pag. 58. col. 1. lin. 11. movió el exercito, quita todo esto duplicado. Pag. 59. col. 1. lin. 4. de los de, quita esa palabra. Pag. 6. col. 2. lin. 27. aze, lee azer. Pag. 73. lin. 27. porbaron, lee probaron. Pag. 84. col. 2. lin. 18. Italiaaos, lee Italiaos. Pag. 95. col. 2. lin. 27. lee con advertencia, porque la falta de puntuacion varia el sentido, y as de leer asivngió à Cristo. De Ladron, y codicioso, &c. Pag. 96. col. 2. lin. 7. lt. segna, lee segun. Pag. 99. col. 2. lin. 1. cnosigo, lee consigo. Pag. 104. col. 1. lin. 2. milogro, lee milagro. Pag. 718. col. 1. lin. 13. ingernos, lee infernos. Pag. 112. col. 1. lin. 31. demooio, lee demonio.

Este libro intitulado *El Grande Hijo de David*, sexto tomo, con estas erratas, concuerda con su original; si alguna ocurriere mas, es equiuocacion de la letra, y facil de enmendar à quien leyere. Madrid 4. de Octubre de 1673.

*Lic. D. Francisco Forero de Torres.*







PROTESTACION DEL AVTOR

**E**N Conformidad de los decretos Apostolicos de la Santidad de Urbano VIII. que ablan en el modo de escriuir las vidas de las personas, que murieron con opinion de virtud, digo, que si acaso en este libro se ofrece dar titulo de Santo, milagro, ò Profecia a alguno, a quien la Iglesia, y el Romano Pontifice no viere Canonicamente aprobado, esta relacion, y nombre no se entienda, que es publicarle como tal, sino que à su virtud solo se le dè el credito que permite la fee y manas en virtud de la autoridad que tiene este escrito; como otro qualquiera, asta que able el Sumo Pontifice, como suprema Cabeça de la Iglesia, y califique Canonicamente la Santidad que devemos venerar; asi lo protesto, y lo firmo.

*Presentado Fray Antonio de Lorca  
del Orden de Predicadores.*



EMIN<sup>MO</sup> SEÑOR,

**T**rabajò este tomo, como los cinco antecedentes el Presentado Fray Antonio de Lorèa mi hermano: y aunque desde sus principios le dedicò à V. Em. a fido mia la felicidad de la imprenta, para ser asimismo su hermano en el servicio de V. Em. A quien con todo rendimiento suplico se sirva de favorecer, y recibir nuestros aferos, para que así tengamos ambos la dicha de ser sus capellanes. Nuestro señer guarde muchos años la persona de V. Em. como la Iglesia ha menester, y deseamos, &c. Almagro 2. de Otubre de 1673.

Eminentissimo Señor,

B. L. M. de V. Em.

Su mas vnilde subdito,

*Lic. D. Bernardo de Lorèa*  
*Amescua.*





## CAPITULO PRIMERO.

*Entra triunfante Cristo Señor Nuestra en Ierusalen, llega al Templo, y le a'la profanado con los tratas ates: aze que a golpes salgan del, y derriba sus mesas. Los Indios le diz en, que con que potest adobra, y respuest a q' a ello les da mysteriosa.*

## TEXTO, Y MORALIDAD.

*Matt. 21. Marc. 11. Luc. 19.*



**E**N El mesmo dia veinte y seis de Abril de mil y seis cientos y setenta y tres, que acabamos el tomo antecedente a este le damos principio, fiado en el ayuda de Cristo nuestro Señor, cuya Pasion Santissima, y trabajos q' padeció por nosotros, se contienen en él, aunque en abreviatura, pues, ni para la esplicacion dellos bas-

tan lenguas de Angeles, ni para numerarlos ay capacidad, sino del mismo Señor que los padeció. En el capitulo ultimo dexamos escrito en el Texto, su entrada triunfante en Ierusalen, y sin ponderar la cõ exemplos, pasamos la pluma a las lagrimas que vertió mirando a Ierusalen, y profetizando su ruina. Dexamos de ponderar la entrada triunfante, por dar lugar a aquella lamentable ruina de Ierusalen





## El Grande Ijo de David.

con el exercito de Vespasiano, y Tito, padre, y ijo, y la de la Ciudad, y Isla de Rodas, que padeciò, tragándose la aquel lobo infernal de Soliman Sultan, Enperador de los Turcos, cruel enemigo de el rebaño de Cristo. Ahora empezaremos este tomo prosiguiendo aquella istoria, dando principio à la alegria de aquel alegre triunfo, para ir escribiendo algunas de las acciones principales de nuestro Salvador, que obrò desde el Domingo de Ramos, asta que despues de auer dado la vida en aquel afrentoso leño, resucitò glorioso, para alegrar à sus fieles, y reconpensar las melancolias, de su Pasion, y tristeza, que por ella auian padecido todos.

Acompañado de sus Discipulos, y de infinita multitud de gente, que arrojaván arboles, y tendian sus capas, para que pasase, llegó al Templo, dando todos gritos, y aclamaciones, alabandole, y vitoreandole. Precedendo à ese conpa la

la rabia mortal de los enemigos. Es la embidia, como la calentura, que luego sale à los labios, y arroja fuera con veemencia lo que el coraçon padece. Es mina de polvora, que no puede dexar de reventar: y lo que esta aze, derribando murallas, levantando montes, y destruyendo edificios: esto obra ella, pues no solo destruye al q̄ persigue, sino à si mismo se arruina. Al oír las voces de la gente dixeron los Iudios embidiosos, que Cristo mandase callar à sus Discipulos. Pero la respuesta fue como de su Magestad: quando ellos callen, ablarán las piedras.

Entrò en el Templo, y buelto à vn lado, y à otro le allò ocupado de vendedores. El caso era dize San Gerónimo, como refiere Maldonado, que en aquel sagrado Templo, celebre en todo el Orbe, concurrían de todas las Provincias de los Iudios a sacrificar, y ofrecer, principalmente en los dias de fiesta, sacrificaván toros, vacas, carneros, corde-



ceros, cabritos, tortolas, y palomas. Sucedia, que muchas veces los que venian de fuera no tenian que sacrificar. Los Sacerdotes, mas avarientos, que Religiosos, quisieron hazer ganancia lo que era necesidad en los forasteros, para venderlos los animales, y tomarlos en el sacrificio, despues de vendidos. Para esto, como dueños davan entrada à los vendedores, con pretexto de q̄ permitian aquel ruido, porque los que venian à sacrificar, alla sen à la mano lo q̄ avian menester. Luego queda otra dificultad, que dize el Text o, que no solo derribò Cristo las mesas, y asientos, sino tambien de los que vendian, y comerciavan monedas: *Mensas numulariorum*, y el caso es, que no solo tenian los animales, para venderlos, sino el dinero le auian echo comercio, de modo, que les valia esto, como las reses, y animales. Pues al que no tenia dinero, se le prestavan: y porque en la ley estava proibido el no tomar vsuras, ni llevar ga-

nancias de ello, dexavan de tomarlas en dinero, y las recibian en cosas de valor, despues de auerse echo pagados de la càtidad q̄ auia prestado. En tanta confusion de tratantes, y vendedores, tanta multitud de gente, tal ruido como las reses cauavan, que devocion podia auer en el Templo, y q̄ devocion le tenian los que así le profanavan?

No erã solos los seglares los malos, los sacerdotes erã la causa de su desorden. Los que auia de corregir los vicios, los erã los Maestros que enseñavan. Como darà cuenta à Dios, el que el oficio que se ordenò para ser santos, le cõvierte en achaque para ser malo? En qualquiera parte que vn pecador sea malo es para llorar, pero que se vaya à ser malo al lugar que ordeno Dios para ser bueno, ese es el mayor dolor. Que el oficio que es de administrar justicia, para dar buen exemplo, para que el pueblo tome de allí reglas de santidad, saque modos de pecar, nuevas invenciones



para ofender à Dios, y nuevas trazas para robar al mundo! Que arañan los seglares, si en los Ecclesiasticos veen vicio? Que reformation an de tomar, si quien deve enseñar se la para servir à Dios, le aze caer en los lazos del demonio! Que tiene que ver el logro, la usura, la mercaderia, el trato, y bullicio con el sacerdocio? En que se dà las manos vn oficio, que es tratar con Dios, ser mediador entre el pueblo, y su Criador, aplacarle en sus enojos, pedirle misericordia para los pecadores, <sup>dad</sup> tirado del trasfago, y <sup>negocios</sup> negocios de los mundanos, oracion, recogimiento, castidad, modestia, pobreza, buen exemplo: con la gala, el desorden, la desonestidad, la ganancia, el manejo del dinero, tratos, y contratos, fiestas, locuras, poca oracion, ambiciones, malas amistades, rencores, y por postre ser ministro del demonio, quando devieran ser ministros de virtudes, y espejos en quien todos se miraran? Asta dentro

de el Templo se avian metido los tratates, y en el sagrado Templo, donde el Señor era adorado, era mas ofendido.

Entrò en el su Magestad, y enpeçò à derribar las mesas, y à echar de el à todos los que le profanavan. Prohibiò, dize San Marcos, que ninguno pasase cosa alguna de vn lado à otro. Esto es, causò en ellos tanto miedo el verle castigarlos, que no se moviò sobre, ni se atrevieron à pasar el Templo. Pasò adelante con la reprehension, y les dixo: No sabeis que dize Dios en las Santas Escrituras, mi casa es llamada Casa de Oracion à todas las gentes? Vosotros la azeis echo cueba de ladrones.

Derriba Cristo las mesas, descòpone los cámbios, y bullicio. Aze q̄ traten el Templo con la reverècia q̄ se deve, y les corrige, diziendoles sus vicios. Si el superior no tira à arrancar de raiz las ofensas de Dios, buelvé luego à producir nuevos vicios. Estavan muy de asiento en el

Ten-



Templo, y su diligencia, no solo les destruye las mesas, sino los asientos en que estaban. Que importa que el castigo del inferior se le aplique, si mas es ceremonia, q̄ castigo? Si se buelve el peccador a quedar de asiento en la culpa, eso es auer echo ruido, y no puesto el remedio. Para aplicarle, destruye el Señor los asientos, y las mesas, y les dà à entender la causa, diziendoles, que àn echo el Templo cueva de ladrones.

Oyeron esto los Principes de los Sacerdotes, y los Escriuas, y afrentados de q̄ assi los vuisse repreendido, se pusierõ à pensar, como le quitariã la vida. Temianle, porque el pueblo le seguia, y le amava mucho, admirados de su doctrina.

Los que devierã quererle mas, se indignan mas contra Cristo. No ay ninguno que le calga en gracia el castigo, y al mesmo paso que devieran estimarle como à medicina de su enfermedad, le aborrecẽ. Preguntaronle à su Magestad, que con

que autoridad azia aquello, y quiẽ le avia dado aquella comision? No querian creer, que era Ijode Dios, y q̄ avia venido para remedio de sus almas, y que conociesca sus culpas.

EXEMPLO I.

Con aclamaciones de todo el pueblo entrò Cristo N. Señor en Ierusalen, triunfante, y como Maestro de todos los ombres, cuya vida santissima fue vna escuela de nuestras acciones, su viaje triunfal le encaminò al Templo, como diziendonos, que à Dios emos de reconocer por Señor de todas nuestras cosas, y como à Autor de nuestras dichas las emos de encaminar à su Magestad. En esta cõformidad escriuiremos la Coronacion de el glorioso Enperador Carlos V. Rey de España, mostrando su animo Religioso, y Catholicissimo, y ijo mas devoto de la Iglesia, y del Sumo Pontifice, en el dia que mas Magestuoso se ostentò al mundo,



Aviendose ya acabado las disensiones entre su Magestad Cesarea, y el Papa Clemente Setimo, acordaron, que el Pontifice viniese à Bolonia à Coronarle de su mano, y ponerle la Corona Imperial de Cesar Augusto. Vino el Pontifice à Bolonia à esperarle, y Carlos se embarcò en Barcelona à fines de el verano, de mil quinientos y veinte y nueve. Con prospero viento tomò tierra en Genova, acompañandole muchos señores de España, y Andrea Doria, que estaua ya en su servicio, y dexado el de el Rey de Francia. En Genova le esperavan tres Cardenales, Legados de su Santidad, que fueron Alexandro Farnesio, que despues fue Papa Paulo Tercero; Hypolito de Medicis, sobrino de Clemente, y otro, à quien acompañava tambien Alexandro de Medicis, que avia de casar con Doña Margarita, ija natural de el Emperador. Tenian los Genoveses pintado en sus

ideas al Emperador, ombre feo de rostro, terrible en el aspecto, y de costumbres feroces: y viendo aora su rostro ermoso, y la blandura de su condicion, su clemencia, y apacibilidad, se alegraron mucho, y desecharon el concepto de que era cruel, guerrero, y bullicioso. Solo con verle se satisficieron, en que no tenia culpa ninguna de las inquietudes, y alborotos que sus exercitos avian echo en Italia. Tuvo en esto Carlos desgracia, que suele suceder a muchos Principes, en que el vulgo siempre los culpa por cabeça, y raiz de las desordenes de sus ministros, tomandose ellos mas mano para obrar de la que sus señores les dan. Ellos para onestar sus malos procedimientos dizen, que esta comision traen: y las gentes que lo padecen, leuantan el grito con el dolor, y se quejan, no solo de ellos, sino de los Reyes, à quien sirven, como si les dieran comision para azer injusticias, y atrocidades

des



des. Vióse esto en el Saco de Roma, que aun oy en dia los poco afectos a la Corona de España, no dexan de acordarnoslo, para buscar afsi, que oponer a la siempre obediente España al Vicario de Iesu Cristo. Siendo cosa que el Cesar sintió, como Catolico, y dello izo señales evidentiſimas à todo el mundo. Pasó el Enpeador cō los Legados à Placencia, de allí à Mòdrna, y Rezo, donde se le izieron solemniſimos recibimientos por orden de el Duque de Ferrara, dueño de aquellas Ciudades. A fin de Octubre llegó à Bolonia, recibiendo aquella Ciudad con solemniſima pompa, y alegría. Iban delante quatro batallones de cauallos ligeros, y ombres de armas, con riquiſimas galas. Seguia se à estos la Infanteria Española, que avia sido orror de el mundo, y azote formidable à los enemigos, rica, y adornada con los despojos de las Ciudades que auian rendido. Iban caminando cō vanderas tendidas al son

de pifanos, y caxas, marchando con tal orden, que causava alegría, y terror el mirarlos. Iba el Cesar en vn cavallo blãco, ricamēte enjaezado, armado todo el cuerpo de armas costosiſimas, y la cabeça descubierta, para q̄ todos le viesen, q̄ era ombre, y ymanifimo, y no le mirasen con la estrañeza que avian oido. Viaſea ora en su rostro mezclada la Magestad, y el agrado, de forma, que mirandole, se les iban a todos los coraçones à su persona, y al mismo tienpo aquella Magestad se azia respetar sin violencia. Recibieronle debaxo de vn palio riquiſimo de oro, que llevavan los principales Doctores de la Vniversidad, vestidos de ropas de seda de diversas colores. Al rededor de el Cesar le acompañavan en cuerpo, y cō galas costosiſimas todos los moços nobles de Bolonia, sirviendole de lacayos. Trás la persona se seguia el Magistrado, y Regimiento, con su vanderas. Y luego todos los se-



ñores, y Cavalleros, que con él pasaron de España. Detrás elestá darte, y Aguilá Imperial en vna vándera de oro. A quien seguían con librea amarilla, y roxa, las cõpañias de las guardas Españoles, Flamencos, y Tudescos. Con este orden caminaron à la Iglesia Cathedral de San Petronio. A la puérta estava vn tablado elevado sobre gradas, ricamente entapizado con muchas sedas, y adornos, donde estava en su trono el Papa, vestido de Pontifical cõ su Tyara en la cabeça, y en su compañía sentados en las gradas los Cardenales, por su orden, y los Obispos, y Prelados, que se allaron allí, que fueron muchos. Llegando à las gradas del tablado izo señas cõ la mano à los señores de España, que acudieron luego à ayudarle à desmontar. Baxarõ luego dos Cardenales, y le cogieron en medio para subirle à lo alto. Quando vieron juntarse aora à los dos Principes mayores del mundo, quedaron pasmadas las

atenciones. Los que estavã distantes, y no podían percibir las palabras, admirados consideravan vna cosa jamás vista. Los que estavan cerca mirado à las rostros, y à las acciones à vno, y à otro atendían à si en algo se mostrava algun rastro de las disensiones pasadas, que avia avido entre los dos. Miravan todos cõ gusto aquel rostro grave, y indicio del grande espíritu del Cesar, que era de color plateado, la tez delicada, señal de viveza de ingenio, y todo cõ vna mesura hermosísima. La nariz vn poco corva, aguiluña que llama el vulgo, vn poco levãtada en medio, cosa que desearon los Romanos en sus Emperadores, y se reparò en Ciro, Rey de Persia, como muestra, y clara señal del gran juicio, y capacidad prudente. Los ojos garzos, el mirar suave, y vergonçoso, el cabello vn poco crespo, la barba casi roxa, de color de pronny fino. Añadiale mucha gracia, y Magestad, el cabello cortado al rededor à imita-

cion



ciò de los Enperadores antiguos. El labio inferior vn poco caido, como lo tienen todos los descendientes de la casa de Borgoña, cosa, q̄ no solo no le afeava, antes le añadia ermosura al rostro. Correspondia el cuerpo, no alto, si de buena estatura; no grueso, ni delgado, sino en buena proporcion. Tenia las manos largas, y blanquissimas, las piernas vn poco esteuadas, q̄ le eran de mucha gala, y mayor, quando se ponía à cavallo. Miravanle todos con atencion, y contento, y quien mayor tenia vno, y otro era el Papa Clemente. Pareciale onbre afable, no de espantable rostro, como le auian dicho, y que se le parecia bien el ser Godo de nacion, tan feroz, y cruel, como sus Capitanes, y soldados. Lo contrario via en su semblante, y se auia experimentado con muchos exenplos en Genoua, y en otras partes, así su llaneça, y facilidad con que se negociava con èl, y su apacible conuersacion, y Cristian-

dad, sin que en èl se viese allado rastro de crueldad, ni sobervia. Su justicia si se auia visto, y el aborrecimiento à los malos, en los grandes castigos que auia mandado executar en algunos vādoleros, y foragidos.

Luego que Clemente le viò, le juzgò, segun dixo despues, por digno de otro mayor Imperio. Cosa, y alabanga que Virgilio alabò de Priamo: *Species Priami digna est Imperio*, diziendo, que la ermosura de su persona merecia por si el ser Rey. Y así el Profeta David profeticamente lo observò en Cristo nuestro Redentor: *Specie tua, & pulchritudine tua intende, prospere, procede, & regna*. Como si dixera, por tu disposicion, y ermosura te mereces prosperidades, aumentos, y Reynos. Es consuelo para los vasallos la buena cara en su Rey, quanto es melancolia ver vn rostro iracundo, y triste, pues de ante mano se llevā el mal des-pacho en sus pretensiones. Llegò el Cesar adonde esta-



va el Papa, y postrado de rodillas le besò el pie cõ mucha vnilidad. Entõçes le levantò Clemente, y con mucho amor le diò paz en el rostro. Ablòle Carlos en Español, diziendo: Ya è llegado, Santissimo Padre, à los sagrados pies de vuestra Reatitud, no más de que entre los dos ordenemos, y pongamos en concierto las cosas de la Republica Cristiana, que tan fatigadas están. Pido à Dios nuestro Señor, pues se à servido de cumplirme este mi deseo, se sirva de asistir sienpre en nuestros consejos, y disponer que esta mi venida sea para el bien de todos los Cristianos. Respondiòle entõçes el Papa: Dios de el Cielo, y los santos todos que asisten en su divina presencia saben muy bien, y me son testigos, que jamás è deseado cosa ninguna tãto, ijo mio, como que así nos viesemos jutos. Doy à nuestro Señor infinitas gracias, por que dexò llegar aqui cõ prospero tiempo à V. Mag. y con la salud que todos

enõs deseado. Estoy muy cõtento, Dios sea alabado, y bendito, que veo las cosas puestas en términos que vendrán à todo ajuste, y concordia por mano de V. Mag. Ofreciò el Cesar en señal de obediencia asta diez libras de oro en doblones. Pasaron algunas cortesias entre los dos, y juntos se baxaron por las gradas asta la puerta de la Iglesia, desde donde el Pontifice se fue à su Palacio, y el Emperador entrò à azer oracion. De alli se fue al mesmo Palacio del Papa, donde tenia prevenido su ospedaje, no mas distante el vno del otro, que vn tabique, y en èl vna puerta secreta, por donde se visitavan para la conferencia de los negocios, y ajustes de el alivio de la Cristiandad. Ajustòse que bolviessè à Francisco Esforcia el Estado de Milan, que por sus cosas auia privado del, intercediendo el Papa, y casi todos los señores de Italia. Perdonòle el Cesar, y diòle la enuestidura de Duque. Concluido esto tan à content-

tento  
pio,  
y liga  
en mu  
avia v  
el Pap  
Reyes  
tra, l  
mia, E  
nama  
rara  
blicas  
Senat  
tones  
de Su  
sola E  
Luter  
al Co  
pues e  
rifice  
pone  
lares  
de to  
vna e  
cia, q  
ralez  
de t. n  
fer en  
abuel  
de Di  
Medi  
conu  
M  
tre el



tento de todos se diò principio, y se concluyò vna paz, y ligada mas vniversal que en muchos tiempos antes se àvia visto, entrando en ella, el Papa, el Enpetador, los Reyes de Francia, Inglaterra, Portugal, Vngria, Boemia, Escocia, Polonia, Dinamarca, los Duques de Ferrara, y Milan, y las Republicas de Venecia, Genova, Sena, Luca, y todos los cãtones Catolicos, de tierra de Suizos, quedando fuera sola Florencia, y los Ereges Luteranos. Alabavan todos al Cesar de Clementissimo, pues con los ruegos del Pontifice se avia inclinado à posponer sus intereses particulares, por el bien, y reposo de todos. Diòle estos dias vna enfermedad de esquinçia, que aunque de su naturaleza no era peligrosa, perã de temer en su Magestad, por fer herencia de su padre, y abuelo: pero con el favor de Dios, y asistencia de su Medico el Doctor Narziso, conualeciò luego.

Muchas platicas vuo en  
tre el Papa, y el Emperador,

sobre si recibiria la Corona en Roma, ò en Bolonia. A los principios se tuvo creido, que la fiesta feria en Roma, y así se avian prevenido los Romanos, teniendo sus casas dispuestas, y sin rastro de la calamidad pasada. Però por muchas raçones, y la principal por no recordar las memorias olvidadas, y q̄ el pueblo indiscreto buscasse aora sediciones contra los soldados, y fuesen ocasion de disgustos, sangre, y inquietudes, acordaron, la recibiese en Bolonia: y por alli tomar el viage à Alemania à poner en ordẽ à los erreges Luteranos, q̄ tã sin ella viviã. Señalòse para ello el dicho dia de el nacimiento del Emperador, q̄ era el de San Matias Apostol, en el qual cõplia los treinta años, y en este mesmo, cinco años antes avia preso à Francisco Rey de Francia en el Parque de Pavia.

Lo se vn pasadizo de madera, desde el Palacio, asta San Petronio, para que por èl pudiesen pasar el Papa, y Emperador, sin estorvo de la  
gen-



gente, y todos los pudiesen ver, adornaronle de ricas rapicerias, como para tal ocasion era menester. Dos dias antes, el de la Catedral de San Pedro, vinieron alli los Magistrados de la Ciudad de Monça, que por antigua costumbre àn de coronarse en ella los Enperadores, de la Corona de hierro, por Reyes de Lonbardia, la qual recibò en vna Misa rezada, en presencia del Pontifice. En esta primera Coronaciõ llevaron las insignias Imperiales, el Cetro de oro el Marques de Astõrga; Don Alvar Perez Osorio el estoque merido en vna vaina, cõ muchas piedras engastada, Don Diego Pacheco, Duque de Escalona, el mundo, y globo de oro Alexandro de Medicis, despues Duque de Florencia, la Corona de hierro llevaba Bonifacio, Marques Monferrat. La segunda Cortnaciõ fue la mas ostentosa, que lós onbren àn visto, pues quanto à que los onbres se acuerdã jamàs vuo concurso, ni se viò tanta gente, y tan diversa, junta en

vna Ciudad, ni acto de Coronacion tan solemne.

Antes de todo en San Petronio estavã echas muchas Capillas con la misma forma, y titulos que las de San Pedro de Roma, donde antiguamente se acostunbravã àazer semejantes solemnidades, para que no faltase aqui nada de lo que allà es es menester, ni se faltase en cosa ninguna à lo que disponen los Pontificales. La plaza de San Petronio estava toda cercada de artilleria, y en ella Antonio de Leyva, repartidos los soldados en forma de guerra, en sus quartales para seguridad, y magestad de la fiesta. En el portal del Palacio avia muchas fuentes de vino blanco, y tinto, con que los Estrangeros tuvierõ que admirar. En medio de la Plaza se asava vngrandissimo bucy todo entero, cõ el vientre lleno de aves, y caza. Ceremonia que se vsa en la Coronacion, y para que los soldados tuviesen que alegrarse, aqui con la comida, como allì cõ la bebida, sin salir de sus

quar;

quar  
gent  
do en  
nas,  
porif  
algun  
Petro  
rede  
mo c  
dose  
mo p  
era  
señ  
que  
fiera  
Pala  
y en  
la c  
oro,  
quid  
y en  
par  
Enp  
sadi  
cost  
tod  
yCa  
per  
do c  
por  
que  
ma  
do,  
que



quarteles. La multitud de gente era tal, que no cabiendo en calles, plazas, ni ventanillas, se subian à los techados, por si podian alcanzar à ver alguna cosa. La Iglesia de S. Petronio estava por las paredes llena de tablados, como corredores, acomodandose en ellos cada vno como podia, porque la gente era tanta, que Principes, y señores tomavan el lugar que allavan, y no como quisieran. Salió el Papa de su Palacio, llevado en ombros, y en una silla de carmesi, con la clavaçon, y adornos de oro, vestido de Pontifical, riquissimo. Entró en la Iglesia, y entre tanto que se vestia para dezir la Misa, vino el Emperador, por el mismo pasadizo, debaxo de vn Palió costosissimo, acompañado de todos los Principes, señores, y Cavalleros de su Corte Imperial. Apenas avia acabado el Cesar de pasar, quando por la multitud de la gente que cargó, se quebraron las maderas, se hundió el tablado, cayendo con él toda aquella multitud, de que mu-

tieron muchos, y muchissimos quedaron lastimados, y heridos. *Quid times? Cesarem debis*, dezia el primer Emperador de Romanos, quando al tiempo de embarcarse en vn esquife temió el marinero, que el mucho mar, y el tiempo recio podria ocasionar alguna desgracia. Conocióle la flaqueza, y con vn grito le puso animo. Que temes? le dixo, no ves que llevas al Cesar? Parece que las maderas conocieron à quien llevavan sobre si: y mientras fue el Cesar no vuo que temer: pero despues de auer yá pasado, flaquearon en su ausencia, las que con su presencia tuvieron constancia. El caso lastimoso, y la desgracia de tantos, no se ponderò tanto, como la puntualidad de quebrarse por donde acabava de quitar los pies el Emperador, y librarle el Señor tan sensiblemente de tan el peligro, de que dieron gracias à su Magestad divina, que así le guardava, para defensa de su Iglesia. El coraçon magnanimo del Cesar no izo movimiento ninguno.



de turbacion con el estruendo, y el peligro que tenia de baxo de los pies, torció con mucha grauedad vn poco el rostro, para reconocer que era aqueſto: y encogió los ombros, levantando los ojos al Cielo dâdo gracias à Dios por la merced que le avia echo. Al entrar en la puerta de la Iglesia, empezaron las ceremonias, ſaliendo à recibirle los Canonigos de San Pedro de Roma, que le recibieron en ſu Colegio, y para ſignificacion dello, le viſtieron vna ſobrepelliz muy delgada, labrada con mucha arte. Anduvo pocos paſos, y llegó el Cardenal Salviati, y tomó el juramento de anparar la libertad Eccleſiaſtica, ſegun la forma que pone el Pontifical. Izo el juramento ſobre vn Altar que ſe dice de las dos torres: y jurò con mucho agrado de ſer perpetuo de defenſor de la dignidad Pontifical, y anparar la Iglesia, ſin diſminuirle ſus libertades, y eſcenciones. Acabado el juramento, dos Diaconos Cardenales le volvieron à ſacar à la puerta prin-

cipal del Tenplo, eſtos eran Rodulfo, y Salviati. Pueſto de rodiſlas en medio deſtos, llegó el Cardenal Piccolomini, y en tono levò algunas oraciones ſobre la cabeza, y bendiciones, conforme al ritual. De alli romandole por la mano le llevó à la Capilla de San Gregorio, donde le deſnudarõ la ſobrepelliz, y calçarõ vnas ſandalias de oro, con muchas piedras, y perlas de ineſtimable valor, que eran bien peſadas. Puſieronle vna Dalmatica, como Diacono, y ſobre ella le viſtieron vna capa, como la que uſan los Canonigos en el Coto. En eſte abito ſaliò, y en cabello aſta la mitad del Tenplo, donde avia vna concha de piedra porſido, como la que eſta en la Iglesia de San Pedro de Roma. Saliò à ſu Mageſtad el Cardenal Pucio, con capa, y Mitra. Pueſto de rodiſlas cantò vna oracion el Cardenal, encomendando à Dios la vida, y eſtado del Ceſar, ſuplicandole vnmildemente ſe ſirvieſe deazer perpetuo ſu Imperio, pacifico cõ tra-

qui-

quilida  
de los  
Fè C  
otras  
en pie  
el Car  
fue ca  
tat m  
los mu  
cong  
interi  
dillas  
tercio  
bre v  
ta riq  
cabad  
nal C  
le ley  
luego  
que e  
gio,  
Mag  
pilla  
tòl:  
d. Cu  
y de  
vngi  
otioſ  
cio:  
ladis  
roca  
nar l  
la Ig  
el c



quilidad, lleno de vitorias de los enemigos de la Santa Fè Crolica : añadió à esta otras oraciones , y puesto en pie despues de las, enpeçò el Cardenal la Letania, y así fue caminando àzia el Altar mayor , prosiguieron la los músicos muy despacio , y con grande devocion. En el interin estuvo puesto de rodillas sobre vnos coxines de terciopelo, y de pechos sobre vn sitial con vna cubierta riquísima de brocado. Acabada la Letania el Cardenal Canpegio, llegó à èl, y le leyò otra oracion. Vino luego el Cardenal Farnesio, que era Decano del Colegio , tomò de la mano à su Magestad, y le llevó à la Capilla de San Mauricio. Quitòle la capa , y Dalmatica, desnudole el brazo derecho, y despues el izquierdo, le vngió en ambos ombros, con olio santo, repitièdo las oraciones q̄ para esto esta señaladas. Luego enpeçaron à tocar los ministriles, y à sonar los organos que parecia la Iglesia vn Cielo. Tal era el estruendo de musicas,

instrumentos, gozos, y aclamaciones. Luego el Sochantre enpeçò el Introito de la Misa , con vna musica celestial. Vistiòse à ella el Papa, y el Enperador que sirviò de Diacono, y vn Cardenal Subdiacono, con los mesmos ornamentos, que acà vsamos. El espacio: y gravedad con que iba la Misa, parecia no acabarse jamàs: però la vista tenia, y los sentidos tanto en que alegrarse, que la mayor dilacion era corta. Al proseguir iba el Pontifice dandole las insignias Imperiales, acompañandolas de Antifonas, y oraciones. Al darle el cetro de oro, se puso de rodillas, y el Papa le diò luego el estoque , el mundo de oro con la Cruz encima, así mismo diziendo à cada vna, palabras apropiadas à lo que significauan. Y vltimamente al ponerle la Corona Imperial, postrado con toda vnilidad besò al Pontifice los pies. Puesto en pie le pusierò vna capa de brocado riquísimo, ò manto Imperial, largo, con tanta pedreria, q̄ el



peso era demasiado, y de allí le llevaron à sentar à vna silla cubierta de oro, que estava al lado izquierdo del Pontífice, vn poco mas baxa. Entonçes fueron llegando todos los Grandes, y señores, que pudieron llegar, dándole la obediencia, besándole la mano, y aclamándole Emperador, y saludándole como à tal. A este punto disparò Antonio de Leyva toda la artilleria, y mosquetes, vna, y otra vez, à que acompañaron los gritos de la gente, el ruido de las campanas, los instrumentos en la Iglesia, que parecia vndirse el mundo, segun la confusion, y vozaria, y alegres ecos q̄ sonavã de todos. Cesò el ruido, y prosiguiò el Papa el Canon de la Misa, asta cõsumir, entonçes partiò la Ostia, y comunicò al Emperador, que estava dispuesto para ello, dixose la comunicanda, y el *Ies. Misa est.* Con que se acabò, y con ella las ceremonias de la Coronacion.

Començaron à salir, y à ponerse à cavallo. Salieron los dos cabeças del mundo,

dados de las manos, y en abito triunfal cada vno con su Corona en la cabeça. El Emperador con la Imperial, y Clemente con la Tyara, y el Emperador con sus sandalias, y manto, que no pesavan poco, ni le davan poco trabajo. Pusote su Santidad en vn cavallo blanco Turco, y el Cesar en otro Español del mismo color. Entraron ambos debaxo de vn mismo palio, y se enpecò el mas suntuoso, y mas magestuoso palseo que jamàs vieron los onbres, y quizá jamàs verá. La musica, aclamaciones, vitores, y alegrias parecian à aquellas que en Ierusalẽ davã los muchachos, alabando à aquella Divina Magestad, y en estas à las Magestades ymanas. La gente era tãta, q̄ no cabia por parte ninguna, las tapizarias, sedas, brocados, telas, de q̄ no solo estavã adornadas las vètanãs, balcones, rejas, y paredes, no contentandose cõ esto, las tendian por el suelo para q̄ pasasẽ, cõ ser de inestimable valor. Quãdo el Pontífice quiso montar en su cavallo,



cavallo, izo el Enperador  
 el ademan de tenerle el es-  
 trivo, cosa que él no lo  
 consintió. Iban delante to-  
 dos los criados, y familias  
 de los Cardenales, Arce-  
 bispos, y Obispos en grande  
 numero. Seguianse las van-  
 deras de los cursores de  
 Roma, que son ciertos ofi-  
 ciales de la Curia: à es-  
 tos seguian siete estandar-  
 tes, ò vanderas, vna tras  
 de otra, llevavanlas gran-  
 des señores, cada vno con  
 grande numero de pages à  
 cavallo, y lacayos à pie.  
 La primera llevaba Angelo  
 Rancio, Confatoniero de  
 Bolonia, con vna sola letra,  
 que dezia *Libertas*. La se-  
 gunda Iulian Cesarino con  
 las armas Romanas, que  
 son vn Ipotamo; con las  
 quatro letras S. P. Q. R.  
 Luego iban de dos en dos  
 Don Iuan Manrique, con  
 vna vanderá blanca, y en  
 ella vna Cruz colorada, y  
 y à su mano izquierda O-  
 trec, Flamenco, con el A-  
 guila Imperial. Trás estos la  
 vanderá, y armas del Pon-

tifice. Luego el estandarte,  
 y llaves de la Iglesia Ro-  
 mana; y por postre la van-  
 dera de la santa Cruzada,  
 que estava concedida con-  
 tra los infieles. A las van-  
 deras se seguian muchas  
 acanças, y cavallos blan-  
 cos encubertados de broca-  
 do, y sedas de diversa s co-  
 lores, con jaezes de mucha  
 gala, entre ellos iban à ca-  
 vallo quatro pages, ijos  
 de grandes señores, que  
 llevavan en vnas altas mu-  
 largas, y levantados en al-  
 to, cada vno vn capelo,  
 forrado en terciopelo car-  
 mesi, con grandes adere-  
 zos de cordones, fluecos,  
 y borlas de oro, y seda.  
 Allí cerca iba vna acanca,  
 que llevaba el Santissimo Sa-  
 cramento, metido en vna  
 caxa de finissimo cristal, y en  
 otra de lo mismo vna lanpa-  
 ra, todo debaxo de vn rico  
 palio, cõ forme vsã llevar de  
 late de sí los Pontifices, quã-  
 do salen de Roma. Cami-  
 nava tan de espacio, y con  
 tanta gravedad, que pare-  
 ce, que conoçia lleva-



va sobre sí al Señor de los Cielos, y la tierra, y à cada lado diez achas de cera blanca. Detrás del Santísimo Sacramento entrava el tropel de los que pudie-  
rón entrar à cavallo, sin oficio, ni nonbre, con ricas galas todos. Seguianse à estos los Cavalleros Españoles, y los de otras naciones con aderezos costososísimos. Llevavanse los ojos de todos, el Marques de Astorga, el Duque de Escalona, el Conde de Alá-  
mira, el Conde de Saldaña, ijo del Duque de el Infantado, el Marques de Villafranca Don Pedro de Toledo, ijo del Duque de Alva, el Conde de Aguilár, y Francisco de los Cobos, Secretario de el Enperador. De los señores Flanencos, el Conde de Nafao, Camarero mayor de el Enperador, Felipe de Croy, Marques de Aris-  
cot, Capitan de la Guarda de à cavallo del Enperador. De los Italianos, el Duque de Mantua, y el de

Ferrara. Despues de los Señores, y Cavalleros, se seguian los Enbaxadores de casi todos los Prineipes, y Republicas de la Cristianidad, todos los que enos dicho, auian concurrido à las pazes yniversales. Despues se seguia el sacro Colegio de Cardenales en sus mulas ricamente aderezadas, y vestidos todos de purpura. Y despues debajo del Palio el Papa, y el Enperador. Quedavase turbada la vista al mirarlos, sin saber à quien inclinarse antes: ò à las venerables canas, y santa persona de Clemente: ò à la ermo-  
sura, y Magestad de Carlos. Poco antes del Palio iba el Marques de Monferrato, con abito triunfal, y Corona en la cabeça, con el cetro de oro en las manos. El Duque de Montefeltro, Prefecto Romano, iba alli junto, vestido de purpura, y en la cabeça vn bonete Ducal, largo, puesta en él vna Cruz de oro, y pendiente de el

vnas



Vnas fajas como las que tienen las mitras de los Obispos, el qual llevaba el estoque desnudo. Junto al Emperador iba el Conde Palatino de el Rin, que llevaba vna ropa rozagante de purpura, con las mangas justas, y vn bonete blanco forrado en pieles de armiño, al modo Tudesco, con el mundo de oro, en la mano derecha. Luego, el Duque de Saboya, con vn cendal blanco en las manos lleno de perlas, y piedras por la orla, para quitar con él la corona à qualquiera de los Principes, que quisiese quitarla, ó poner como acostumbra con los Obispos, quando exercen algun acto Pontifical. Entre todos estos señores, y al rededor del palio andava vn Tesorero con talegonas de moneda de oro, y plata esparciendola à puñadas por la gente, las quales tenían gravado en sí el rostro de el Cesar coronado. Trás de el palio se seguian dos Camareros,

y dos medicos de el Papa, y los mesmos de el Emperador. Luego se seguian Obispos, Prelados, y Clerigos de todas calidades, en mucho numero. Por retaguarda iban los onbres de armas Flamencos, armados de blanco, que davan ertmosura à la fiesta. Llegando los Principes à vnas quatro calles, que se llama, ad clauaturas, se despidieron, aziendose el vno al otro cortesias. El Papa se fue à su Palacio con los que quisieron seguirle, y el Emperador, con la demás gente, y a compañiamiento prosiguió su viage al Insigne Convento de santo Domingo, donde està el cuerpo de el Santísimo Patriarca, lustre de España, y onra de les Guzmanes, à quien visitó el Emperador. Estava intitulado San Iuan de Letran, por la misma razon que diximos arriba lo de las Capillas. Esperavan à la puerta los Canonigos de San Iuan de Letran, como allà los de San



Pedro, desmontaronle del cavallo, y segun su ceremonia le echaron tambien vna sobrepelliz. Admitieronle en el numero de su Colegio, y como tal, entrò en el Templo. Izò oracion al Altar de Sã Iuan. Pidiò el estoque y tocãdo con el en el onbro izò cavalleros como es costumbre à muchos de los que iban sirviendole. Volviò à montar en su cavallò, y fue por distintas calles de las que auia ido el Pontifice. Aũ llegó à Palacio, donde estaban las mesas puestas para su Magestad, que ya el Papa auia comido en su quarto. Para desnudarse aquel abito tan pesado, entrò su Magestad en el aposento del Cardenal Ipolito de Medicis, casi solo. Alegròse de quitarse aquel manto, y las sandalias que le traia casadisimo. Tomò vna ropa de palacio, que era de brocado, y se sentò vn poco à descãsar. Vino la comida con toda la musica posible, y se sètò à comer q̃ lo avia biẽ menester, siẽdo ya casi de noche. Antes q̃ saliese armò à algunos Cavalleros.

Salierò delãte los Príncipes cò sus insignias, y pusierò sobre la misma mesa. Entre los q̃ aqui armò Cavalleros, fue principalmẽte el Marques de rò Astorga, dãdole el premio de mas galã. Tenia su Magestad la mesa sobre vn estrado alto, donde comiò solo, y tuvo cõbidados à su mesa mas baxa, y algo apartada à los señores q̃ llevarò las insignias. En la quadra de afuera al mismo tiẽpo comierò los demàs Príncipes. Levãtadas las mesas pidiò el estoque para armar mas Cavalleros, y dãdosele el Duque de Vrbino dizẽ se enbarcò por vn accidẽte, de suerte que de la vayna del estoque, se cayerò algunas piedras de las muchas, y muy ricas, con que estava guarnecida. Con esto diò fin el Enperador à su coronacion, y triunfo, y viò la Ciudad de Bolonia el día mas glorioso, que muchos siglos no pudieron alcanzar. Con esta accion quedaron los amigos, mas amigos, los que no conocian à Carlos, muy aficionados, y el Sumo Pontifice contentisimo vien



Viendo consigo ran amistoso al que los reboltosos le a- zian ser contrario ; y los que le tenian en opinion de cruel, vieron por sus ojos la misma vmanidad : y al mismo tiempo los enemi- gos de Dios, y de su Iglesia tuvieron vn azote, y vn ra- yo, que destruyera todas sus maquinas. Entrò Cristo Nuestro Señor triunfante en Ierusalen, y los buenos se alegraron, los niños die- ron gritos de alabança, y quando los q̄ deviã darlas à su Magestad callavan, los q̄ estavan al pecho ablarõ mi- lagrosamente, y le alabarõ para que se cunpliese lo que David profetizò, y repitiò su Magestad: *Ex ore infan- tium, & lactentium.* Su triunfo quiso Cristo nuestro Señor, se encaminase al Tē- plo. El glorioso Enperador recibì el suyo de las manos del sumo Pontifice, y Vice- Dios en la tierra, y fue à re- cibirle en la Iglesia de Bolo- ña, como Cristiano, y como quien à Dios reconocia por Supremo Señor.

## EXEMPLO II.

Entrò el Señor en el Ten- plo, y le allò profanado con la avaricia, y desordenes de los ministros del, y tratâtes. No les bastava toda vna Ciu- dad para plaza de su codi- cia, y asta lo mas cõsagrado quisietõ azer lõja de sus ne- gocios. El poco amor, y te- mor à Dios dieron brios, y ocasion para semejâtes mal- dades: y el Señor q̄ via su Casa profanada, diò à entē- der su sentimiēto, y su eno- jo en el castigo q̄ izo en los q̄ se la violavan.

Aora se nos viene à propo- sito la bellaqueria q̄ izierõ los soldados Inperiales fa- queãdo à Roma, y poniēdo en prisiones la persona del Papa Clemēte VII. Que auq̄ este caso fue antes de la Co- ronaciõ del Enperador, y estas vistas en Bolonia, fuerõ el olvido de todas las cosas pasadas: le ponemos aqui, porq̄ el orden de los sucesos de Cristo Señor N. y la profa- nacion del Tenplo fue des- pues del triunfo, y entra- da en Ierusalen triunfante:



y tambien, porque se sepa con fundamento la ninguna culpa que vn Principe tan Catolico tuvo en ello, antes si, castigò à los q̄avian cooperado à tã grande sacrilegio.

Las revoluciones en que andava Italia, y los negocios en que estava metido el Papa Clemente, eran tan agenas del officio en q̄ Dios le auia puesto, como lo es la guerra del caracter de sacerdote, y los exercicios de dar, y quitar Reynos à sus dueños, de el ser padre, que à de poner paz, y amor entre quien no le tiene, el deseo de ver à sus deudos Duques de Florècia, las guerras con el Cardenal Colona, que viendose oprimidos, saqueados, y quemados sus lugares de la gente del Papa, recurriendo à Carlos de Lanoy, Virrey de Napoles, por el Enperador, que les defendiese de tãtas estorsiones. La guerra que azia à otros, la padecia en su coraçõ, con tãtos sobresaltos, y inquietudes, q̄ no tenia vna ora de sosiego. Enpeçarõ à publicar Cõcilio general en **Espira de Alemania, y cita-**

ron al Papa, que dentro de cierto termino pareciese allà personalmente à poner remedio en las cosas q̄ los Ereges traian tã rebueltas, y el Cardenal Ponpeyo Colona diò calor para que en todas las Iglesias, y partes publicas se pusiesen cedula de esta citacion. Porque viò, que el Enperador anparava al Cardenal, y le desagravava tanto las inquietudes de Clemente, quiso quitar le el Reyno de Napoles. Escriuiò à Valdemonio, Cavallero Francès, diciendole que entrase conquistandole, que luego al punto le daria la enbestidura: à que èl se diò tanta prieta, que ayudado del Rey Francisco, enemigo mortal del Cesar, vino con grande armada, y tomò à Salerno, y se pasó à vitta de Napoles, causando grande espanto, muertes, y inquietudes. El exercito del Papa, que estava contra Colona, y los Imperiales puesto sitio à Frisiõn le dieron asaltos espantosos, resistiendose los cercados con igual valor. Afloxaron los Pontificios en



la guerra, porque su animo era que duratè, y comer, y triunfar à costs del Papa, q̄ aunque de buen entendimiẽto, era tan escaso, y apretado, que muchas cosas, que entendió dexò de conseguir por no gustar. Sentia mucho el Emperador verse obligado à que sus armas anduviesen contra las del Papa, y que obligase con sus cosas à ponerle exercitos, para que tuviese quietud à que se echase voz de juntar Concilio. Deseava, como tan Cristiano, y Catolico, q̄ viese paz, porque quando no fuera ijo tã obediente de la Iglesia, y amante del sumo Pontifice, y su suprema dignidad loiziera, p̄ no dar motivo à las alegrías de los Luteranos, que las tenian grandes de ver al Pontifice guerrero, contra cuya dignidad era su principal rabia, y enojo. Para que no quedase diligencia ninguna de su parte que hazer, quitò conbidarle con la paz, y embió por su Embajador al General de la Ordẽ del glorioso Padre San Francisco,

que se llamava Fray Francisco de los Angeles, que despues fue Cardenal. A quien fue siguiendo Cesar Ferramusca, criado del Emperador, y con carta suya para el Papa Diziẽdole que no deseava en esta vida cosa con mas instancia que tener paz con èl, y venerarle como à Vicario de Cristo. A quien ponja por testigo, que su intencion era de conservar sus estados, no quitar à nadie lo que era suyo. Y que todas las vezes que la Santidad tratase con èl de pazes, ò otro qualquier enemigo suyo, por medios onestos, la allaria en èl muy cumplidamente. Pero q̄ si la paz q̄ se le avia de pedir, por bien intentava alcãçarla cõ las armas, no dexaria de volver siẽpre por su reputaciõ, ni cõsẽtiria que ninguno le diese à èl leyes: pues era officio suyo darlas à otros, principalmente à los Principes seglares, que devian reconocerle, como à Emperador. Obrarõ mucho en Clemẽte esta carta, y sus raçones, que ayudò mucho con sus consejos, y



discrecion el General de Sã Francisco. Inclindose à la paz, no porque no quisiera vengar su enojo, sino por estar falto de dineros para sustentar la guerra: y la floxedad de los soldados, y verlos tan olgazanes, le apagavan los espíritus. Davale mucha priesa para apresurarla, el oír dezir, que Borbon caminava muy à la ligeta, para saquear à Roma, como avia echo en otras partes. Ajustaronse las pazes à treze de Março, de mil y quinientos y veinte y siete. Los capitulos principales erã, que Borbon se bolviese a Milan, sin pasar adelante; ni acercarse à Roma: dãdo el Papa ducientos mil ducados para pagar la gente de Lonbardia. Que Lanoy despidiese su exercito, y el Papa el suyo. Y Lanoy se detuviese en Roma, asta tãto q̃ Borbõ se vuiese retirado à Milã, y vuiese seguridad de no saquear la Ciudad. Pesòle despues en lo vivo de el coraçõ de aver desecho su exercito, porq̃ supo, q̃ en Florècia se aviã amotinado cõtra sus sobrinos, y

quisieta meterles la guerra en casa, y vengar su enojo.

Los soldados, que se aviã prometido entriquezer en Roma, si no les pesò de las las pazes, no izieron caso de ellas; antes enfurecidos de ver, que así se cerrava la puerta à sus deseos, atropellaron con todo, y caminaron con mas priesa, diziendo publicamente que iban à saquearla. El Papa, con este aviso embiò à Carlos de Lanoy, para que los detuviese, y ponderase à Borbõ el deservicio grande que azia al Emperador: pero los Tudescos, como creges Luteranos, oyendo las persuasiones de Lanoy, se encendieron, como la fragua, con el rozio. Antes echando llamas, prosiguieron adelante, llevando la mira en vengarse del Papa, y destruir Altares, y Templos, y llenar las bolsas con el rãbo. A Borbon no le respetavan, como à Principe, mas le temian, como à General de sus armas, y solo se aprovechavan de el, para que fuesse caudillo de sus volun-



tades , para llevarle donde queriã ellos. A tanto llegò la desverguença, que en vna ocasion que se allarõ sin bastimentos , amotinados, quisieron quitarle la vida , despues de auerle saqueado su tienda; y mojaran sus espadas en su sangre, si le pudieran allar. Pasòsele el enojo, y le buscaron. Allandole escondido, le sacaron, haziendo burla del. Quiso retirarse , y porque se temian castigos de el Enperador, y perder sus comodidades, le rogaron , bolviese à gobernarlos. Estimavanle tan poco , que nunca le llamavan su nombre, sinoborracho, traidor à su Rey. Los Españoles , mas modestos, sentiã verse gobernados por vn Francès: pero los Tudecos, como gente alquilada, y que venden sus vidas por el dinero , y la esperança de el robo , se desbocavan sin freno. Dize Illescas en su Pontifical, que si quisiera, pudiera estorvar la jornada, y se cõtradize , pues publica, que Borbon andava tan sujeto à los soldados , que así por-

que no le matasẽ, como, por que no podia dexar de obedecer à quien avia de mandar , fue quien guiò sus vanderas àzia Roma.

No puedo llevar en paciencia el ver los libros llenos de mentiras , y infamias contra los Principes, y principalmente , quando el que las escribe no à sido testigo de vista. No soy adulador en mis escritos , pero me duele el coraçon, ver, que padece la fama, y credito de muchos , por la liviandad de los Escritores, que alaba el vulgo , por verdaderos, quanto son mas desenfrenados. No ay cosa mas recibida en el mundo , que dezir , que la Reyna Dido tuvo sus amores torpes con Eneas, quando aportò à Cartago, despues de la destruicion de Troya. Y porque es dezir mal de vna Princesa , le parece al vulgo , que es tanto mayor verdad, y que refieren vna cosa tanto mas digna de saberse, quanto la persona de quien dizen es mas soberana. Virgilio fue el An-



tor de la desonra de aquella pobre Reyna, y porque abla en buena colocacion de voces, se dãn à beber sus mentiras, enbueltas en su elegancia: y las aprendemos con tanta tenacidad, como las cosas que nos enseñan quando niños. San Agustín en sus libros de la Ciudad de Dios aze argumento evidētissimo de q̄ Virgilio mintió, y tanto, que ni aun con mas desesentaños de distancia, no pudo alcanzar Encas à la Reyna Dido, y q̄ quando nõ fuera infiel, y tã pecador como fue, solo por las mentiras q̄ enboiviò en sus poesias, merecia grandes penas. Tengo vanidad (quãdo no fuera cosa que repugna à mi natural) en no dezir mal de nadie, ni en quantos libros è impreso asta oy, aun reniẽdo ocasiones para ello, veanse, y no allaràn palabra contra ninguno, antes procurò limpiar la pluma muchas vezes, para que ni vaya contino de sangre de lisonja, ni mentira. No à auído siglo mas abũdante de escritores que este, ni jamàs à avi-

do mas necesidad de poner remedio, y azer à muchos que escrivan mejor, y tẽngã mejor modo de escribir. Pareceles à muchos que es vna agudeza el escribir contra otros: y que lo que escriben no tienen obligaciõ de desdezirse. Mucho se predica contra las malas lenguas, y no ay quien predique cõtra las malas plumas, quitando la reputacion à Principes, señores Reynos Republicas, familias, y personas. No digo yo q̄ se callen los pecados, pues me arguitãn, q̄ el sagrado Texto refiere los pecados de muchos. A esto digo, que alli se dizen para darnos documentos, para nuestra reformation, y señalarnos las sendas por donde emos de caminar à Dios: y es sobrada ignorancia el ponerse à escribir contra este, y contra el otro, en virtud de que leen los vicios de Ieroboan, David, Acas, y otros, sin azer discrecion de quien es el que escribe; q̄ escribe, y para que. Con esto segastan los caudales en impresiones, multiplicando

libro  
la ce  
pulo  
livia  
estrã  
mo  
nuest  
nem  
mo à  
tros  
Espa  
vno  
figa  
ni c  
gan  
esta  
mic  
de r  
si se  
pe  
me  
me  
pr  
ni  
ria  
ña  
de  
bu  
E  
na  
na  
ya  
co



libros sin fruto, exponen à la censura del vniverso sus passionés, y se muestran las liviandades de la pluma, los estrāgeros tomando de aqui motivo, para eternos con nuestras armas: porq̄ si sō enemigos de nuestra nació, como an de dezir biē de nosotros, quando en los eseritos Españoles allan tãto mal de vnos cōtra otros? Cada vno figa el dict. mē q̄ quisiere. El ni o es no dezir mal de ninguno: antes si donde vuiere esta oracion, ò di. malarla, ò mirarla por el lado que sea de menos ofensa: que quizàs si se averigua bien, lo que se presume malo, se allarà ser mejor, que lo que se presume, y lo que vna vez se imprime no es facil de borrar, ni del papel, ni de las memorias de quien lo à leido.

Robaron toda la Campaña de Bolonia, y si el Duque de Ferrara no les diera vn buen socorro, padeciēra su Estado lo mismo. Pasò à Sena, donde se detuvo dos dias mientras la gente descansava. De alli partiò à Roma, con tanta brevedad, q̄ pare-

cia que bolava. Allò se Clemente aora con el enemigo en casa, y sin gente para resistirle. Batallava aora entre mil confusions, sin acertar à tomar acuerdo en ninguna. Vnos le dezian, que se metiese en vna faluca, y se fuese à Civita-Vieja, para escapar la furia de los soldados. Otros, que quebrase las puentes del rio Tiber, y se encerrase en la Ciudad, con q̄ estaria fortificado, y los enemigos sin a lar paso. Procurò cōcertarse cō Bonbon, para buscar de algun modo el remedio à esto. Viēdole caido, algunos tomarō esfuerço con su flaqueza, y se atrevieron à dezirle en su cara, q̄ por ser tan guardador, y no galtar, se avia desarmado, y despedido su exercito, que aora le fuera su remedio. Renzo de Cherrri, con algunos soldados, que pudo juntar, le ponía algun animo: este era bastante, si la osadia de vno, fuera tan eficaz, como las armas: pero le parecia, q̄ con estos podria resistir todo el tiempo que no llegasen el Duque de



Vrbino, y Marques de Saluzo, à quiẽ avia llamado. La priesa de los Tudescos fue tal, que llegando Borbon con quarenta mil onbres à las murallas de Roma, la mesma tarde q̄ pararon, se pusieron en ordẽ para dar el asalto. Fue el dia quatro de Mayo del año de mil y quinientos y veinte y siete, y luego al punto enpeçaron à batir la muralla por la parte de medio dia, por donde estava el muro con menos fortaleza. Dize Illescas, que el primero que escalò el muro fue Borbon, y lo cierto es, que al tiempo de llegar à el, como iba el primero, vn soldado le disparò vn mosquete con tan buena punteria, q̄ le quitò la vida. Poca falta les izo su persona, porque como les capitaneava su codicia, y rabia, esa fue quien con mas animo les izo atrimar las escalas al muro, al qual subieron con poca resistencia, por las espaldas de la Basílica de San Pedro, y fueron entrando todos, ya por allí, ya por las puertas,

que despues franquearõ los que auian entrado antes, de forma, que no quedò onbre ninguno en el campo, que no se alojase dentro de los muros,

Conponiase el exercito de seis mil Españoles, y diez y ocho mil Tudescos, y de Italianos se avia acrecentado el numero à mas de quarenta mil, y con ser tan pocos los Españoles, tantos los Tudescos, y tantos mas los Italianos; y todos con tanto del orden: quieren que el sacò se nos impute à nosotros, y no a los mesmos Italianos: que lo que los Godos Barbaros no izieron en Roma, ni Turcos, ni Meros izieron, eso obraron en cõpañia de los Tudescos. No respetavan à viejos, ni teniã las stima de los niños, ni verguença à las mugeres. El sagrado Templo de San Pedro, y San Pablo, que los Barbaros reverenciaron, y no se atrevieron à saquear, en este dia padeciò miserable estrago. Quando los soldados entraron en la Ciudad



estava el Pontifice puesto à los pies de vn Cristo Crucificado muy devoto, que tenia en su Oratorio, y con lagrimas en los ojos le pedia misericordia para su pueblo. Las deſdichas que pasavan en la Ciudad eran tantas, y tales los alridos de la gente, que atormentado su coraçõ, se levantò deſpavorido, y llorando, para irse al Castillo de Sant-Angel, por vn muro hueco, que aze pasadizo desde el Palacio. Cargò todo el tropel de los enemigos à la puerta de Septimio, y pasando à la puente Sixto, entraron sin resistencia en la Ciudad. Esta entrada fue tan cruel, como si se viera disparado vn exercito de rayos. Fueron matando à quantos encontravan, sin azer diferencia de edades, estados, ni sexos, y quitaron la vida à mas de siete mil personas. Jamàs tuvo Roma noche tan triste, ni tormentosa, pues ni quedò Iglesia, Parroquia, ni Convento de Frayles,

que no le saqueasen, ni Monasterio de Monjas, que no quebrantasen las puertas, y violasen, enpeçando por las Virgenes dedicadas à Cristo, sin reservar casadas, ni donçellas. Los Cardenales, Arçobispos, y Obispos andavan por aquellas calles desnudos, sin abrigo, ni decencia, para escapar con las vidas, ya que vian sus Palacios robados, saqueadas sus alajas, y reducido todo à deſdichas. Los Tudescos cansados de quitar vidas, de derramar sangre, y forçar mugeres, como ereges, fueron luego à profanar los Templos, quebrar las Imagenes, y azer burla, como Luteranos, de las sagradas imagenes. Quando su luxuria, codicia, y rabia la vieron satisfecho pasaron à poner sitio al Castillo, para prender al Papa, q̄ cõ algunos Cardenales se avia acogido à el. Quitarõ le los bastimẽtos con tal teson, q̄ a vna pobre vieja, q̄ llevó al Papa vnas lechugas



la aorearen delante de sus ojos. Dos dias despues de aver echo estos daños el exercito, entò en Roma el Cardenal Popeyo Colona, pensando alegrarse de la victoria de sus amigos, y ver preso al Papa Clemente su enemigo mortal. Pero quando viò tantas muertes, robos, sacrilegios, y desdichas, se le cubriò el coraçõ de mortal tristeza. Abriò entõnces las puertas de su Palacio, para socorrer en èl à todos los que padecian: poniendõ en cobro, y buena guarda gran numero de mugeres, para que no padeciese su onestidad con la bestial torpeça de los soldados. Diò vestidos à muchos Obispos, y Cardenales, que asta en esto auian padecido, y por no tenerlos, no osavan salir en publico. Concertava los rescates de mucha gente principal, que auian echo prisioneros, y de su bolsillo pagò grandes cantidades, y diò muchas mas, para quietar el orgullo de los enemigos. Fue grande el alivio, que con èl recibìò Roma, pues no solo se repa-

rò en mucho, de lo que avia padecido, sino remedió que creciese mas el daño. Culpanle algunos, que puso fuego à vna viña, y casa de recreacion del Papa, que viandola con sus ojos arder, conociò su pecado, y dixo: Razon tiene Colona en vengarse de mi: pues pocos dias à, que por mi causa ardieron sus jardines, y lugares. El poco bastimento que tenia en el Castillo cõ facilidad se gastò, y apretando la hambre, se viò estimar la carne de vn jumento, como si fuera de perdis, y con ella se sustentò algunas vezes. A este estado reduce la necesidad à los obispos, aunque sean Pontifices. Esperava socorros de diversas partes, y nunca lleguan, porque el Rey Enrique VIII. de Inglaterra, à quien se avia pedido, que toda via no avia desistido en sus errores, y maldades, no se le quiso dar, diziendo, que si su aflicciõ fuera por causa de la Fè, ò por defensa de su oficio le socorriera: pero que no queria enbiar sus armas à vengar los duelos que èl se bus-

cava

cava  
culat  
no,  
no,  
con  
De E  
Esgu  
dido  
ning  
con  
se à  
nem  
que  
rian  
no p  
na c  
fa q  
Tod  
dos  
Pap  
fino  
te p  
pue  
zes,  
ale  
de l  
tur  
nes  
el a  
mu  
tem  
tre  
ven  
con



cava por sus pasiones particulares. El Duque de Urbino, que estava cerca, no vino, temiendo el revolverse con gente tan desesperada. De Francia, ni de tierra de Esquizaros, donde avia perdido socorro, no oya cosa ninguna que pudiese darle consuelo, y se reduxo à darse à prision à manos de sus enemigos, pareciendole agora que de vn Principe tan Cristiano, como el Enperador, no podia rezelar cosa alguna contraria, ni esperar cosa que no fuese en su favor. Toda la ansia de los soldados, era pedir sus pagas al Papa, no de dias, ni meses, sino de años. Lo que Clemente podia dar, era muy poco: pues vendió sus Calizes, Cruzes, y vasos sagrados, y no alcançò, ni à la menor parte de las que le pedian. La apretura de la gente, y desordenes de los soldados corron el ayre, de suerte, que morià muchos cada dia. Esto, y el temerse, que Mons de Lautrech, General de Francia, venia ya pasando los Alpes con vn poderoso exercito,

fue quien dio priesa à ajustar las pazes. Para ellas era menester la concordia, y amistad entre el Papa, y Cardenal Ponpeyo. Mucho se alegrò Clemente, porque la conciencia le arguia ser causa de todos estos daños. No se hizo de rogar tan poco el Cardenal. Era ombre mansísimo, y apacible de condition. Solo le durava el enojo, quanto durava en el enemigo la mala voluntad, y en viendolo rendido, èl lo quedava mas, y mas ymilde. Recibióle Clemente con buen rostro, y sin fingir cosa alguna: porque la necesidad en q se via, y el conocimiçto de que solo el Cardenal podia librarle de lo que estava padeciendo, le convenia à estimarle agora de veras. Lloraron los dos muy de veras, (y con justissima causa) viendo que sus pasiones, y conperencias avian puesto en tan miserable estado aquella santa Ciudad, y dado lugar à los barbaros Tudescos, para que derramasen tanta sangre, y quitasen las vidas à quien no tenia culpa alguna: y apretò mu-



cho sus edraçones el defacato con que avian tratado los Templos, y la dignidad Sacerdotal. De la piedad, y zelo del Enperador biẽ creido tenia el Papa el sentimiẽto que avia de tomar por lo que sus soldados avian echo: pero ellos cada dia mas insolentes le pedian dineros, sin saber el pobre Pontifice que azerse. Dixoles le pusiesen en libertad para butcarlos, porque estãdo preso, mal podia obrar cosa alguna: y no lo estãdo aria lo posible Diò por rehenes à los Arçobispos de Pifa, y Siponto; à los Obispos de Pistoia, y Verona, à Iacobo Salviati, padre del Cardenal Salviati, y à Lorenzo Rodolfo Genoves. Lleyaronlos à casa del Cardenal Colona, esperando, q̃ agora tendrian mas segaras las pagas: y viendo, se tardaven, querian pagasen estos con injurias todo lo que no cobravan en dineros. Cada dia les azian mil afrentas, y en vna ocasion precipitados, y dados al demonio los sacaron à la plaza del Campo de Flora, donde sin duda les qui-

tãran la vida. Interpusose el Cardenal Ponpeyo, y fue menester toda su autoridad, para que no se executase aquella atrocidad. Enojò se grandemente por tal atrevimiẽto, y dando orden que aborrachasen à los Tudescos, q̃ estavan de guarda, diò puerta à todos feis, cosa de que tuvo mucho gozo el Pontifice, y desde entonces se enpeçaron à ajustar mejor los negocios. Las enfermedades iban dando cabo de muchos, y las noticias del exercito de Francia, que estava ya en Lombardia, aziendo cruel guerra, davan priesa al negocio. Los Florentines, viendo agora preso al Papa su Paysano, y enemigo, se vengaron del, echando de la Ciudad à de la Ciudad à sus sobrinos Ipolito, y Alexandro de Medicis, despues de mas catorze años, que poseian los primeros lugares en su Republica, y ellos se avian juntado con el exercito de Francia, y atizavan el fuego con todo lo que tocava al Enperador. Estas cosas les diò mas priesa à la paz. Desca-



Vata mucho el Cardenal, por ver à su patria libre de tã mi-  
sera opresion. Estando en es-  
to llegò vn correo con car-  
ta del Enperador, diziendo  
à los Capitanes diesen ordẽ  
como el Papa fuese puesto  
en libertad, pero que le ase-  
gurasen de suerte q̄ de ami-  
go no se bolviese enemigo.  
Vbo entre el Principe de  
Orange, y Antonio de Alar-  
con, y los demás cabos, no sa-  
bian como entender aque-  
llas palabras, y vuo entre  
ellos diversidad de parece-  
res, juzgando cada vno que  
acertava con la inteligencia.  
El Cardenal, y los de su fa-  
milia deziã, que en todo ca-  
so mandava el Enperador,  
se diese libertad al Põrifice,  
y que se iziese cõ el vn par-  
tido, con que el Enperador  
quedase libre de la sospecha  
de la prision del Vicario de  
Cristo; y juntamente queda-  
se impossibilitado de juntarse  
con sus enemigos. El medio  
para esto, era dexarle pobre,  
pues no ay cosa q̄ dè mas  
brios q̄ el dinero, ni desma-  
ye mas q̄ el no tenerlos. Es-  
te parecer diò el General de

San Francisco Fr. Francisc-  
co de los Angeles. Siguierõ-  
le todos, y con esto se ajustò  
con brevedad la libertad del  
Papa. Buscõse prestado en-  
tre amigos todo el dinero  
necesario, y salìo el Exerci-  
to de Roma, dexandola casi  
destruida. Diò el Papa en re-  
henes de la amistad que pro-  
metiò guardar con el Enpe-  
rador, cinco Cardenales, que  
fuerõ Tribulcio, Pisano, Ce-  
sis Ursino, y Gadis, à tres se  
llevò Põpeyo cõsigo à Napo-  
les, à los otros dos enbiò à  
sus casas à Sublaco, dõde los  
regalò con magnificencia de  
Principe. Diò el Papa al Ge-  
neral vn Capelo, por sus tra-  
bajos, cõ q̄ lo tenia biẽ mere-  
cido; al Cardenal Põpeyo la  
Legacia, y gobierno de Anco-  
na, y diò otros seis Capelos, y  
à muchos soldados, y Capita-  
nes q̄ conociò aficionados à  
la veneraciõ, y buẽ tratamiẽ-  
to de su persona, izo muchos  
favores. Quando el Papa salìo  
de la prisiõ para irse à Orbie-  
to, le izo el Cardenal vn pre-  
sẽte de vn cavallo Turco, en  
q̄ fuese, el qual le sirviò, co-  
mo ya diximos, en la corõ-



nacion del Emperador en Bolo-  
 lonia, diòle todas las azemi-  
 las necesarias para llevar la  
 recámara, y vna acanea blá-  
 ca muy ermofa, para llevar  
 el Santifimo Sacramento, co-  
 mo acostunbran los Papas  
 quando caminan. Este fue el  
 suceso lamentable, que vuo  
 en aquella sacra Ciudad, que  
 profanaron los soldados, sin  
 orden de su Rey, de que to-  
 mò gran sentimiento, y vis-  
 tiò luto Inego que lo supo,  
 dando à entender à todo el  
 mundo, que vn Principe Ca-  
 tolico no cooperava en se-  
 mejante maldad. La de los  
 Suizos, y Italianos ocasion-  
 naron tantas muertes, y sa-  
 crilegios, y aunque no lin-  
 piemos à los Españoles de la  
 mancha, tuvieron la menor  
 parte de culpa. Asi profana-  
 ron estos los sagrados Ten-  
 plos, como aquellos ten-  
 nian el de Ierusalen. Pero co-  
 mo el Señor sabe castigar, y  
 bolver por su causa, lo verè-  
 mos en el exemplo siguiente.

## EXENPLO III.

*Spondan. Ann. Eccles.*

Sintió Cristo Señor nuel-  
 tro ver su santo Templo vio,

lado, y el zelo de que su ca-  
 sa estuviere por el vicio de  
 los profanos convertido en  
 cueba de ladrones, le obligò  
 à poner enmienda en ellos,  
 derotandoles las mesas. Cas-  
 tiga el Señor con errendas  
 plagas todo lo que es irreve-  
 rencia à su casa, y aunque  
 disimule en el castigo, no de-  
 xa de tomar satisfaciõ su jus-  
 ticia. En conformidad desto  
 verèmos la paciencia de sa-  
 Magestad en sufrir à vn on-  
 bre endemoniado cõ sus ere-  
 gias, y el castigo que le diò  
 por ellas.

Por los años de trecien-  
 tos y diez, siendo sumo Pon-  
 tifice Eusebio, Emperador de  
 Roma el gran Constantino,  
 y Obispo, y Patriarca de A le-  
 xandria S Pedro, q sus accio-  
 nes, y virtudes le dierõ el re-  
 nõbre de Magno, y cõ la co-  
 rona del Martyrio pasò à la  
 biçaveturãça, viuia aquel on-  
 bte demonio Arrio, q siendo  
 Diacono de la Iglesia de Ale-  
 xadria, cõ el veneno q respi-  
 rò de sus eregias, inficionò  
 casi à toda Europa. Sentia  
 mucho el Santo Patriarca  
 verle poner su sacrilega lã-

gua



Ena en el miſterio de la Santifima Trinidad, y negar la igualdad de las tres divinas perſonas. Por lo qual le excomulgò, y eſcapandose de ſus manos, ſe puſo en ſalvo, donde ſin peligro de ſu perſona pudiese publicamente enſeñar ſus dogmas ereticas. Arrepintiòſe de ſus maldades en lo exterior, y fingièdo reducirſe al rebaño Catolico, vino à los pies del Santo Patriarca à pedir abſolucion de las cenſuras, y abjurar ſus eregias. Creyò el Santo q̄ venia verdadero penitente, y le abſolviò, y reconciliò à la Igleſia. Fingiò el enemigo ſer ſanto, mirava con ojos de larga viſta ſus conveniencias, y para entablarlas mejor, y diſponerſe à conſeguir las, diò à entender à todos, que ya era otro diſtinto del que avia ſido antes. Encubria el alma erege, con vn exterior Catolico, y las maldades que avia ſeguido, jamàs las avia olvidado. Es muy facil de engañar à vn coraçon ſanto y cencillo, engañaron à Criſoſtomo los Monges Ereges, Oigenif-

tas, que à Conſtantinopla vinieron de Alexandria, y como de vna patria, todos parece que ſe davan lecciones de vivir ciegos en ſí, y azer ciegos à todo el mundo, para que no viera ſus atrocidades. En virtud del buen exemplo que dava, y el dolor que moſtrava de lo paſado, le ordenò de Diacono el Santo Patriarca, para que aſí fueſe miniſtro de Jeſu Chriſto, y el traydor ſe entrò en ſu Igleſia, para profanarla, y ſer lobo con capa de corde-ro. Ya no pudo diſimularſe: porque vn animo traidor vive violento todo quanto tiene de diſimulado: y como el fuego q̄ encerrado eſtà violento, aſta que rebienta, aſí la traicion eſtà buscando la ocaſion para manifeſtarſe. Abriò la boca el infernal miniſtro, y enpeçò à publicar contra el miſterio de la Santifima Trinidad tales errores, como los paſados, y à renovar agora todo quanto antes avian dicho. Deſpues de algunos dias eſtando el Santo Obiſpo preſo en la carcel por la confeſion



de la Fè Católica, vna noche se le apareció Cristo Señor nuestro, cercado de inmensa luz, y con la túnica echa pedazos. Admirado reparò el Patriarca en tan extraño traje, y le preguntò: Señor, que abito es este? Como està echa pedazos esa túnica? A que el señor le dixo: Arriola à despedaçado de este modo. Advirtióle su Magestad, de que ya se avia llegado la ora en que avia de dar la vida por la confession de su santo nombre: Que advirtiese, que dos sacerdotes de su Iglesia, que se llamavan Achila, y Alexandro, esos le avian de seguir en el Pontificado: y vendrian à rogarle, que admitiese otra vez à su Iglesia à Arrio, les dexase avifados, que jamàs le recibiesen en ella, porq̄ cõ sus eregias la avia de destruir, si entrava. Con esta advertencia, y dexandole cõsolado Cristo nuestro Señor desapareció. Llamò entonces el Santo à los dos Clerigos, y previno, así de que

en el Pontificado le avian de seguir, como de lo que su Magestad le avia mandado. Antes de morir bolvió à renovar las censuras con que antes le tenia excomulgado, para que aquel cruel enemigo de la Iglesia se arrepintiese de sus culpas, y todos los fieles conociesen las eregias de este traidor.

Muerto el Santo Obispo, y Martyr Pedro, le sucedió Achila en el Patriarcado. Arrio como ya viò trocadas las cosas, y otro gobierno nuevo, procurò introducirse cõ él. Era Achila sobre docto, y tãto, q̄ por su grãde cõpreçsion de la sagrada Escritura, le encomendò la Iglesia de Alexandria, q̄ iziese vnos comentarios sobre ambos Testamentos viejo, y nuevo. Pero junto cõ esto era tan facil, que sin violencia le bolvian al lado que cada vno intentava. Vicio reprehensibile en qualquiera, y mucho mas en vn Prelado, que cada movimiento suyo es vna ruina fatal de los que tiene à su cargo.



Solos tres meses gezò el puesto, quizá fue castigo de nuestro Señor, pues aviendo avisado antes, así olvidò lo q̄ su Magestad, le avia mandado. En esta ocasion quiso Arrio no perder vn punto, y dandosele por amigo, no solo le absolviò de las censuras, sino le ordenò de sacerdote. Bolviò aora à fingirse arrepentido de sus errores, hizo demostraciones de penitencia. Al buen pagador no le duelen prendas, dize el vulgo, y al buen engañador no le duelen falsedades, porque el animo doblado en la malicia, con facilidad se trãforma en los rostros que necesita; ya se pone triste, alegre, negro, ò blanco, conforme lo pide la ocasiõ. Por ordenarse de Evangelio, fingiò este traidor que se arrepentia: ya ordenado volviò à sus maldades. Muriò San Pedro, y por ordenarse de Presbytero, bolviò aora à fingirse arrepentido: y le ordenò Achilas. Luego veremos otra pretension suya, que el no conseguirla le izo à el rematarse en todo. Def.

pues de muerto este Obispo, eligieron à Alexandro en su lugar, conforme Cristo N. Señor les avia avisado, por medio del Santo Martir, y Patriarca Pedro, y estando Arrio en vnas conclusiones, en que presidia Alexandro, y se tuvierõ en su presencia, arguyendo Arrio, enpeçò à bomitar sus errores tercera vez: pero como dize San Teodoro reto, la causa fue el ver, que no pudo conseguir el Patriarcado, que dieron à Alexandro, y èl deseava para sí. Quedòse mal contento, y envidioso, y para vengar su rabia, bolviò tercera vez à declararse Erege. No puede la envidia dexar de causar tan monstruosos partos: pues vn coraçõ que le pesa del bien del proximo, en orden à desahogarse de su enfermedad diabolica, no ay desdicha q̄ no execute.

El Patriarca Alexandro q̄ via aquel mal onbre ordenado de Sacerdote, y q̄ tãto mas peligroso avia de ser en la Iglesia, quãto mas encimado se via en dignidades: y q̄ mal contento aora, por no aver



conseguido la mitra que deseava, procurava azer gente, para sus eregias, juntado discipulos defensores de su doctrina. No era tan à la sorda el negocio que el Patriarca Alexandro no oyese el ruido, y alborotos que andavã en Alexandria. Acordavase de lo que Cristo nuestro Señor le avia avisado por medio del santo Obispo, y Patriarca Pedro, y para prevenir el precipicio à q̄ iba caminado vnas vezes por si, otras por interpuestas personas, le avisò, y amonestò con todo amor, que no profanale la Iglesia santa de Dios, ni con sus eregias causase alborotos, y divisiones en ella, q̄ se apartase de sus maldades, y errores, y en todo caso arrepentido de ellos, los abjurase, pues ya se acordava aver echo lo mesmo en ocasiones que avia difundido las mismas eregias. A estas voces de su Pastor estava tã sordo, que no solo, no les dava oidos, antes con mayores diligencias, iba aziendo gente. Nunca al malo le faltan compañeros en su maldicia, y

aun cõ mayores brios la defendian, que suelen defenderse las cosas buenas. No solo se avia introducido Arrio, con los legos, sino para tener mas eficacia en persuadir sus errores, y mejores arcaduzes para que se comunicasen; metiò todo el fuego en la Iglesia, y los Eclesiasticos eran quien mas engañados estavan. Traxo à si à siete Presbyteros, doze Diaconos, y de las monjas, y Virgenes dedicadas à Dios, engañò, y persuadiò à mas de setecientas. Sõ las mugeres instrumẽto mas poderoso q̄ vsa Satanàs para la ruina de vn alma. Para que Adan cayese, y todos quedasemosijos de ira por el pecado, tomò por instrumento à Eva, y olvidando todos los animales, y criaturas de la tierra, y los medios de que por cada vno podia valer se, este solo le allò el mas eficaz para apartarle de la gracia, y amistad de Dios. Salomon cõ toda su ciencia, y aviendo sido tan Catolico, la compañía de las mugeres, y sus persuasiones le izierõ olvidar à Dios, y



volverle las espaldas, y dar adoraciõ à los idolos, y ellas le arrastraron, y quitaron con sus alagos, y porfia el que no prosiguiese en el culto à Dios, en que se avia criado.

Con este numero de mugeres, que Arrio avia echo dicipulas de su doctrina, y con las personas q̄ cada vno podia atraer, estava ya Alexandria, y Egypto poco menos que llena de ereges. Ya el mal avia crecido, y à tanta disolucion era menester que la Iglesia pudiese mucho remedio, porque el cancer no acabase de corromper la parte que avia quedado con salud. Despachò el Patriarca sus cõvocatorias à todos los Obispos, llamandolos à Concilio, y se juntaron de Egypto, y Libia casi ciento. Los quales condenaron por eretica la doctrina de Arrio, y à èl, por contumaz en ella, le dieron por Eresiarca, y comprendidos en la misma doctrina a este numero q̄ enos dicho. Privatõle de el sagrado ministerio de sus ordenes, declarandole por ex-

comulgado à èl, y à todos sus fautores, y sequazes, asta q̄ olvidados, y abrogados sus errores, se recõciliasen cõ la Iglesia. Eramuy apasionado de Arrio Eusebio, Obispo de Nicomedia, y pesãdole del Concilio, y lo que se avia resuelto en contra, tomò à su cargo el patrocinio, y defensa, y como si fuera de vn justo, y santo asì izo, que por todo el Orbe bolasen cõtra Alexandro las noticias. Ya avia crecido tanto esta peste, que no avia parte; que no estuviese tocada de las eregas, y la tunica de Cristo echada pedazos por muchos lados. Padeciò en aquellos tiẽpos mucha inquietud, y persecucion la Iglesia de Alexandria, por Licinio, q̄ era Governador de Egypto, y todo el tiempo que el Patriarca, y los fieles estuvieron oprimidos tuvo Arrio lugar de alegrarse en aquella Ciudad, y ayudar à la persecucion. Pero el Señor que sabe consolar à sus fieles en sus trabajos, fue servido de quietar aquella tormenta, serenar la mar, y dar luz despues de tã-



tos nublados, como la avlantraido triste, y melancolica. Allòse el Patriarca ya con libertad para poder exercer su oficio, y desterrò à Arrio de Alexandria, no dandole lugar, ni vn instante para q̄ durase en ella. Pero miètras no le quitò la vida, no le cerrò la boca, para que continuase contra la Iglesia, y còtra el misterio de la Santissima Trinidad sus errores. Aora se fue à Palestina, dõde consiguió licencia de sus Obispos, para poder predicar publicamente, y que sus sequazes oyesen su doctrina diabolica. Aconsejavanle q̄ se mirase el mal estado en q̄ estava excomulgado, y apartado de la comunicacion de los fieles, que bolviese en si, y abjurando sus errores, se reconciliase con su Patriarca Alexandro.

Era onbre sobervio el Arrio, amigo de novedades, doblado en el trato, y poco seguro en sus palabras. No quiso dar oidos à esto q̄ le aconsejavan, antes ayudado con el favor de Eusebio Obispo de Nicomedia, Prelado muy

poderoso, enpeçò à causar mayores alborotos. Todo lo q̄ el demonio no puede introducir por la razõ, introduce con el poder, y cõ los alientos deste, alla patrocinio para ser obedecido. Antes de aora, como se ha dicho, se avia mostrado Eusebio muy apasionado deste onbre demonio, y para moverle, y enpeñarle mas de veras, le escribió muchas vezes, dandole mortales quejas de Alexandro, que le perseguia, por lo q̄ enseñava. En cada renglõ de la carta metia mil erergias, y dezia, q̄ si era malo, como dezia Alexandro, y como le aviã condenado en aquel Cõcilio, que otros Obispos mas doctos q̄ ellos, no solo no reprobavã su doctrina, sino q̄ publicamēte la enseñavã, y defendiã, y estos eran Eusebio, Obispo de Cesarea en Palestina, Teodosio de Laodicea, Paulino, Obispo de Tiro, Atanasio, Obispo Anazarbese, Gregorio de Berito, Aedio de Lido, y asimismo todos los Prelados Oriẽtales, sino era Filogonio de Antioquia, Macario de Ierusalẽ, y Hela-



nico de Tripol. No cōtento cō esto, pasò à llamar en su carta Ereges à Alexandro, y à todos los q̄ no sētiā lo mismo q̄ èl. Tal desventura ciēga à los onbres perdidos, y rā à riēda suelta se dà al demonio.

Tomò Eusebio las cartas de Arrio, y el negocio tan de proposito, q̄ quiso dar à todo el mūdo à entēder, q̄ era onbre de enpeño, y q̄ Arrio padecia injustamēte. Como andariā los Católicos perseguidos, como estariā los ereges insolētes bien se dexa entender de ministros à quiē el demonio mueve para destruir, y acabar cō la Iglesia, cosa q̄ rātos años à q̄ procura, y ni èl, ni las puertas del Infierno no puedē preualecer. Aunq̄ sentia lo mismo, q̄ Arrio; y era de su color en las eregias, no osò jamàs à pronunciarlas por escrito, para q̄ no le arguyesen: pero en quāto à anparar la persona del maldito Eresiarca, y sus sequezes, no se le quedò diligencia ninguna que no iziese. Escriuiòle à Alexandro para q̄ no persiguiese à Arrio, dan-

do à entender, que se movia por passion, y enojo. A esta carta juntò Arrio la suya, y lo mismo izierou los Clerigos que andavan en su compañía, mintiendo en ellas; y diziendole, que para que los perseguiā? Pues si era mala doctrina, la que predicavan, y enseñavan, èl se la avia enseñado, y de su boca la avian oido. Con vna maldad como esta, se viò obligado Alexandro à bolver por su causa, y izo vn manifesto, q̄ esparciò por todo el Oriente, dando à entender doctifimamente las eregias de Arrio; y que por tales las anatematizava, y condenava, y mostrando nunca aver enseñado, ni dicho, ni pensado contra el misterio inefable de la santissima Trinidad, las escandalosas proposiciones que èl dezia, y pronunciava.

Aunque en el Concilio las tenia condenadas, y como tal erēge estava declarādo à todo el Oriente, con todo quiso Alexandro darle mas fuerça à su determinacion, y escriuiò al glorioso Sā Sil-



vestre, que ya era Pontifice Romano, para que como ca- beça vniversal de la Iglesia, y Principe sucesor de S. Pedro en la suprema silla, cuyo officio es favorecer la Fè, y apagar las llamas de eregias, y errores que contra ella se levantan, tomò se aora à su cuenta este negòcio. Puso le por exèplo aver asi sucedido en tiempo de San Dionisio Pontifice Romano su prede- cesor, que alandose a quella silla de Alexandria turbada, y su Patriarca tambien Dio- nisio fatigado con vnas ere- gias que se auian levantado, le eseriviò, para que tomase en ello la mano, como per- sona à quien le còperia prin- cipalmente, y luego al pun- to embiò personas que apa- gasen el fuego. Aora que el Santo Pontifice Silvestre tu- yo el aviso, con su paternal cuydado, atrimò el onbro, para poner remedio en todo el Oriente, que tanto le ne- cesitava, y tan perdido esta- va con aquel demonio de on- bre. Allavase entonces en Roma, ò como otros dicen en Bitinia, cerca de la per-

sona del Enperador Constantino, para tratar gravissimos negocios vn Obispo de Cor- dòva, llamado Osio, varon insigne en letras, y santidad de vida, de quien ablan con grande estimacion todos los Eseritores de aquel tienpo: y el santo Pontifice le despa- chò, con potestad de Legado à Latere, para que fuese al Oriente à componer estas di- sensioncs, y confurar las ere- gias de aquel demonio. Lle- vò cartas del Enperador, pa- ra poder con mas facilidad exercer su officio, y luego al punto que llegò à la Ciudad de Alexandria, convocò à Còcilio General à todos los Obispos sujetos al Patriar- ca, en que de nuevo bolviò a condenar estos errores. El atrevimiento de Arrio no parò ay, tomò la mano el Enperador Constantino, en que se desdixese de ellos, y reconciliase à la Iglesia, y con el Patriarca Alexandro, eseriviò à vno, y à otro sobre ello. Vno de los efectos que causa la eregia es la delver- guença, porque quien la tie- ne para Dios, no la pierde pa-

ra lo  
ra la  
Eng  
mie  
te, c  
al on  
publ  
tino  
de la  
se en  
por  
dro  
sus  
por  
dier  
sequ  
ra q  
fen  
qui  
pus  
por  
par  
pue  
jor  
el n  
do  
I  
leb  
xan  
afi  
fiel  
mo  
rri  
con



ra los ombres: y tomando aora la pluma, le respondió al Enperador con tanto atrevimiento, y tan desonestamente, como pudiera escribirle al ombre mas baxo de la Republica. Encendido Constantino en zelo de la justicia, y de la onra de Dios, para q̄ no se entēdiese q̄ el aver escrito por èl al Patriarca Alexandro, era azer buena cara à sus errores, despachò cartas por todo el Oriēte, repreendiendo los de Arrio, y sus sequazes, y dando orden para que le prendiesen, y pusiesen à buen recaudo, donde quiera que lo allasen. No se puso en execuciō este orden por ciertas causas que vuo para ello, pareciendo despues al Enperador seria mejor reducirle por bien, y que el mismo que avia encendido aquel fuego, le apagase.

¶ Despues de aver Osio celebrado el Concilio en Alexandria pasò à Niccà, donde asimismo se abrafavan los fieles en estas eregias, que como viento pestilente avia corrido por todas partes. Allí concurrieron muchos Obis-

pos, y en presencia de todos se leyerō los escritos de Arrio. Fue tal el asonbro que causò en todos los Padres oír tã escandalosos errores, que se taparon los oidos, mãdando no prosiguiese adelante. Los de Eusebio, su gran protector de Arrio faltavã aora, y no eran menos malos que aquellos, antes èl cō su autoridad queria, que à las mayores blasfemias, se le diesen los oidos mas atētos: enpeçaron à leerlas, y indignados los Padres de oír cosa semejante, tomaron el papel en las manos, y en presencia de todos, le izieron pedazos, sin dar lugar à proseguir adelante.

Aora bolvieron en este Concilio todos los Padres à leer las actas del Concilio celebrado en Alexandria, contra Arrio, y despues de averlas conferido, bolvieron à aprobarlas, para que los ereges conocieran, que no avia sido parcialidad, ni tema el condenar las en Alexandria, sino refutar sus eregias, como contrarias à la Santa Fè Catolica. Aviedo ya los Padres



de el Concilio, anatematizando las eregias se juntarõ aora à cõferir que voz dariã que explicase ser Verbo Eterno consubstancial con el Padre, para cerrar con ella la puerta à las eregias, y pusieron vna voz griega, que en nuestro Latino significa, *consubstantialcm Patri*. De ay pasaron à pronũciar los Arrianos otras eregias, ya cõtra el Padre, ya cõtra el Ijo, y cerrando les la puerta el Concilio por todas partes, pronũciaron el Synbolo de la Fè, que llamamos el Credo, con estas palabras: *Credimus in Deum Patrem Omnipotentẽ, omnium visibiliũ, & invisibiliũ Creatorem. Et in Dominũ Iesum Christum filium Dei, natum ex Patre, & unigenitum: hoc est, ex substantia Patris. Deum de Deo, lumen de lumine, Deum verum ex Deo vero, genitum, non factũ, & consubstantialcm Patri, per quem omnia facta sunt, tã in Cœlis, quam in terra. Qui propter nos homines, & propter nostram salutem descendit, & incarnatus est, & homo factus est, passus est, & re-*

*surrexit tertia die, & ascẽdit in Cœlos, venturus inde ad iudicandos vivos, & mortuos. Et in Spiritum Sanctũ, &c.* Llamase el Credo Niceno, porque en este Concilio General, el Santo Concilio cõfutiõ las eregias contra Arrio, q̃ inpio, y blasfemo pronunciava contra las personas de la Trinidad santissima, y desde entonces se canta à voces en la Iglesia cõfessando, como Catolicos lo q̃ los Apostoles nos enseñaron, y el Espiritu Santo à revelado. Allõ se aqui en este Concilio asì mesmo por Presidẽte, y Legado nuestro Obispo de Cordova Osio, para q̃ en la Iglesia Catolica se conozcã los ijos Espaõoles que à tenido, escudos fortissimos para defender su santa Fè: y enemigos mortales de los que no la confiesan.

Vbo algunos que no quisieron firmar los decretos de el Concilio, à los quales les privaron de sus Obispados, y el Enperador desterrò dellos, pero arrepiñtiendose despues fueron restituidos à sus sillas: y Arrio, y sus es-

cria



critos cōdenados. Añadiendo los Padres, que en el decreto de la Fè no se entendiese aver disnido conforme à los tiempos. *Ad istum modũ credit Catholica Ecclesia*, para mostrar, que esta no era nueva confesion de la santa Fè, sino Apostolica, y que lo que en ellos avian firmado, no eran novedades de agora, ni doctrina propria, sino enseñada por los santos Apostoles.

Vió Arrio, que los Padres le avian quemado sus escritos, y condenado, y como cauteloso se temió, que el fuego le andava cerca, y que el Enperador Constantino agora que ya le via condenado por dos Concilios no le avia de dexar pararse en el mando, para mejorar se de fortuna, vino à Nicea, y pues to en presencia de los Padres abjurò sus eregias, y firmò el Concilio. Pero para que no bolviese à mover tumultos en Alexandria, aũq̄ le absolvierõ de la excomuniõ, y recõciliarõ a la Iglesia, le desterrarõ, y prohibierõ la entrada en su patria. No se avia

olvidado su grãde amigo Eusebio de favorecerle, q̄ tan erege en el alma como è l, azia lo posible, para q̄ acabase de inquietar el mũdo. Procurò Eusebio introducirse cõ todos los de la Corte del Enperador Licinio, con quiẽ estava casada Constãcia Augusta, hermana del Enperador Costantino, y ija de S. Elena. Y para entablar mejor el negocio, se valiò de vn Clerigo que asistia en Palacio, el qual continuamente le abla-va de Arrio, y le dezia estava ya muy enmendado, y olvidado de sus desatinos. Con esto le cobrò Constancia algun afecto, ò por lo menos se suavizò aquel orror con que le mirava como à erege, y causa de tantos males.

Apretòle el mal de la muerte, y vino el Enperador su hermano à verla: y le pidió que le iziese vn gusto en vna cosa que queria pedirle que seria la ultima: y era, que pues el Clerigo Arrio estava ya mejorado, y olvidado de sus errores le levãtase el destierro, y volviese



à Alexandria. Que pudiera pedir vna Enperatriz, etmana, y en el articulo de la muerte, que no conseguiria de vn pecko tã afable, como el de Constantino? Luego al punto le hizo gracia: y le revocò el destierro, que fuera mejor le vueran desterrado de la vida, para que tan mal onbre no viuiera en el mundo, ni le echara à perder.

Ya no avia parte del mudo que no estuviese inquieta. No avian bastado los Concilios, para que las eregias se apagafen. Declararonse, y dierõse à costrocet al mudo: pero los que tenian los animos teñidos de aquel color, no por eso se reduxeron à lo que el Espiritu Santo avia inspirado à su Iglesia, junta en Alexandria, y Nicea, en aquellos dos Concilios. Todos los amigos de Eusebio, y demàs Obispos aficionados à Arrio, inquietos, y bulliciosos en cada lugar andavan juntando conciliabulos, para oponerse à los dos Generales, y defender à Arrio, y su doctrina. La Iglesia con poca quietud en aquellas partes,

toda era en susijos sobre saltos, persecuciones, y desdichas. Todo el Oriente estava echo vna confusion con este onbre onbre, que comunicãdose despues a todas partes, parece que no quedò en todo el Orbe palmo de tierra que no apestase.

Entrò, pues, en Alexandria, y quanto avia callado asta entonçes, enpeçò agora à hablar, y con tanta rabia, como avia sido lo que se avia enojado por su destierro. Sentia gravissimamente el Patriarca Alexandro las nuevas revoluciones. No le cogiã desprevenido, pues Cristo nuestro Señor se lo avia avisado: Agora que estava en su patria quisiera que le dieran officio, en la Iglesia, como siya todo estuviere olvidado: y como si por estar alli disimulando, no estuviere todo el mundo ardiendose en eregias, cismas, inquietudes, y maldades. Resistia valerosamente el Patriarca su entrada, diciendo que vn onbre tan malo, y inventor de eregias, era digno de puesto Ecclesiastico, que no

era Ca  
no: diffi  
cion, y  
to, bo  
antes:  
tantin  
cosa la  
tud co  
el Enp  
cia de  
enbiò  
recie  
vinof  
ce, y  
sion d  
financ  
cea. I  
del En  
figua  
que a  
en el  
ñor l  
ma p  
mãdã  
confi  
rado  
deziã  
man  
caqu  
fia, y  
feno  
ca de  
te vu  
pera



era Catolico de coraçon, sino disimulado por su ambicion, y en viéndose en el puesto, bolveria à ser peor que antes. Iuntòse aora en Constantinopla otro Concilio. Era cosa lastimosa ver la inquietud con que viuián todos, y el Emperador teniendo noticia de la que tenia Arrio, le embiò à llamar, para que pareciese en su presencia. Previnose, como raymado el lance, y llevó escrita la confesion de la Fè, como la avia firmado en el Concilio de Nicea. Puesto ya en presencia del Emperador, le preguntò, si guardava la Fè Carolica que avia jurado, y firmado en el Concilio Niceno. Si señor le respondió, esa mesma presentò à V. Mag. firmada de mi nonbre, y así la confieso. Parecióle al Emperador que conforme à lo que dezia, estava enmendado, y mandò à Alexandro Patriarca que le recibiese en la Iglesia, y en su Cabildo. Afigióse notablemente el Patriarca de que tan poderosamente viuese engañado al Emperador aquel malvado; y q̄

no podia azer demostracion de la falsedad q̄ en èl conoçia: y por eso se via entre dos angustias, vna, de q̄ si entrava en la Iglesia, seria peor: otra de que si le resistia, avia de enojarse el Emperador, y pareceria ya tema, y oposicion. Los amigos de Eusebio gran protector de Arrio, avian jurado, que el dia siguiente le avian de entrar en la Iglesia, y en el Cabildo, y darle la posesion, aunque se opusiese el Patriarca, y quantos fuesen imaginables. Fuese Alexandro aquella noche à la Iglesia à consolar con Dios, y puesto de rodillas delante de vn Altar, con grandes suspiros, y echos sus ojos dos fuentes de lagrimas, le suplicava, q̄ mirase à su Iglesia, y que si aquel enemigo avia de entrar en ella, antes à si mismo le quitase la vida: y si se dignava de apidarle della, estorvase esta entrada. Así pasó toda la noche, y al amanecer se fue à su Palacio, y antes que bolviese, venian ya los Obispos Eusebianos con Arrio, para traerlo à la Iglesia. No andava menos viva la



oposicion, y el demonio que la sopla va no descanlava vn instante. Al tiempo de ir à la Iglesia le diò à Atrio gana de regir el cuerpo, y se apartò de sus compañeros q̄ le quedavan esperando. Fue à vn lugar comun, destinado para esto junto à la plaza de Constantino, y apenas enpeçò à azer la naturaleza su officio, quando por la misma via echò las tripas, bago, igados, y todas las entrañas, que dañado tuertto tabiando con grandísimos dolores, y apartandose aquella miserable alma de aquel maldito cuerpo para penar eternamente. Así castigò Dios à aquel enemigo, y quitò la ocasion de boluer à profanar su Templo. Conuirtieronse muchos à Dios, desègañados cò aquel orrendo fin: y se folegò algo la inquietud en aquel imperio, aunque despues creció por todo el Orbe.

## EXENPLO I V.

Profanado tenian el Templo de Dios así los mercaderes

res que estavan en èl, como los sacerdotes, y estos eran à los peores, q̄ con sus vicios enseñavan à los demàs, y juntandose la mala doctrina de estos à la poca devociò de los seglares, venia à redundar en estar la Iglesia destruida, y sin reverencia. Esto hemos visto en el exemplo pasado, padecer la Iglesia poro la mala doctrina, y eregias de aquel maldito ombre Atrio, y destrogarla tunicavincò sutil q̄ significava la Iglesia, cò sus desordenes, y errores. Pero como el Señor castigò à aquellos, atrojados de su Iglesia, ò Templo, y quitandoles las Catedras, así quitò à este la vida, sin dar lugar à que bolviese à entrar otra vez en el Templo, que tantas vezes avia profanado.

Aora admirados, y enojados los Escrivas, y Fariseos, llegaron à su Magestad à preguntarle, que què le dava potestad para aquello? Que de donde se tomava èl autoridad para derribar las mesas, azer salir fuera las reses, y no de-

xar.

Kar  
ya,  
que  
sa,  
de l  
niam  
sus  
f. n  
na d  
dero  
de n  
res  
ya, e  
dad  
ver  
pe b  
mig  
quit  
le di  
le c  
ra d  
y d  
que  
no. I  
ijo c  
Alb  
ro c  
E  
tes,  
cos  
la c  
ener  
rian  
enl



Karlos parar? Era caſa ſuya, y de ſu padre *Domus mea*, que dixo el Señor, via ſu caſa, y de ſu padre echa cueba de ladrones, y que ellos la tenían tiranizada, y violada cõ ſus vicios, y aſí entra triunfante en Ierufalen, y camina derecho al Templo, ſe va derecho à ſu caſa à librarla de mano de aquellos traidores, que aſí la tenían por ſuya, echa abrigo para ſus maldades. En eſta conformidad verèmos aora à otro Principe boluer por ſu caſa, q̄ enemigos de Dios ſe la tenían quitada, y la poteſtad q̄ Dios le diò para ello, ſeñalándole como à ſoldado ſuyo, para derrotar à ſus enemigos, y destruirles los aſientos que avian tomado en ſu Reyno. Eſte fue Iorge Caſtrioto, ijo de Iuan Caſtrioto, Rey de Albania, antes llamada Epiro cõtermina à Macedonia.

En el tienpo que Amurates, gran ſeñor de los Turcos florecia en vitorias, con la codicia mortal que eſtos enemigos de Criſto, y de Criſtianos an tenido, y tienen de enſanchar ſu Reyno, qui-

tandolos à los Criſtianos los ſuyos le pareció, que ſería bien azer lo meſmo con Caſtrioto, que avia echo con todos, y aſí aplicò ſus armas à conſeguirlo. Caſtrioto eſtava caſado con Voyſaba, ija del Rey de Bulgaria, en quien tuvo nueve ijos, los quatro varones, Repoſio, Eſtanifa, Constantino, y Iorge, y cinco enbras, Maria, Yela, Angelina, Vlaica, y Mamiza. Suele Dios muchas vezes antes que los niños nazcan à eſte mundo, dar anuncios de lo q̄ deſpues an de ſer, ò para que los padres conozcan las mercedes que Dios les aze endarſelos, ò para q̄ ſe encaminẽ conforme à las ſendas por dõde ſu Mageſtad quiere q̄ guien. Al tiẽpo q̄ Iorge eſtava en el viẽtre de ſu madre, ſoñò ella q̄ paria vna ſerpiente q̄ cubria todo ſu Reyno, y metiẽdo la cabeça en el Imperio del Turco, ſetragava todas ſus gentes, y eſcondia la cola en la mar, ſeñaladamente en el ſeñorio de los Venecianos. Comunicò eſte pẽſamiẽto al Rey



tu matido, y le interpretò de la valentia del ijo, que auia de nacer en su casa, lo qual se confirmò viendole nacido, reparando todos, que en el braço derecho, desde el hombro, asta el codo, sacò impresa vna señal de vna espada, con tanta perfeccion, q̄ admirava. Prodigiosos anuncios de que prevenia Dios en su braço vn cuchillo mortal à los Turcos. Desde que nació enpeçò à dar muestras del grande espíritu que le governava, pues toda su inclinacion eran las armas, y à ese conpàs la devocion, y recogimiento. Viasse en èl vn dechado de virtudes, y en su cara, y ermosura la de vn Angel, que se llevaba à sí la admiracion de todos. Prèdas son, q̄ al ombre mas baxo del mūdo le azē estimaciō entre los mas retirados, y si se allan en vn Principe, buena gracia, y manidad, virtud, y esfuerço, sobresaie en su sangre, como el diamante en el oro. Las guerras continuas q̄ Amurates izo al infeliz Castrioto le obligarō à darle todos sus ijos en rehens

por evitar por este medio el verer con ellos, y q̄ à todos les quitate las vidas, de spues de averles quitado el Reyno. Entregòselos, y en lorge el coraçō, y el alma, pues igualmēte le queria. Era de nueue años, y no faltò quiē dixo, viendole llevar: No sabe el Turco lo q̄ lleva. Algun dia le pesarà de averle llevado consigo, y maldecirà à su fortuna, y los regalos traidores q̄ le à echo. Lo primero q̄ izo Amurates, fue saltar à la palabra, y cō ciertos q̄ avia echo de no violentarlos en la Fè en q̄ avian nacido, y se avian criado: antes los circuncidò à todos, y izo bolver Turcos, para que perdiesen las almas, pues avian perdido à sus padres, à sus vasallos, y à su Reyno.

A lorge le pusò por nonbre Escanderbegio, q̄ quiere dezir en su lengua, Alexandro el señor, ò Alexandro magno: en lo qual parece q̄ asimesmo quisò. Señor darle la alabança por boca de el enemigo, y q̄ le pusiese el nonbre de su payfano Alexandro,



Rey de su tierra, y el mayor  
 q̄ tuvo el m̄do. Dióle Amu-  
 rates maestros, q̄ le enseñar-  
 ò ablar, leer, y escribir las  
 lēguas Turca, Araviga Grie-  
 ga, Italiana, y de Ilirico. Lue-  
 go q̄ se sintiò cō fuerças pa-  
 ra mandarlas, todo su exer-  
 cicio erā las armas, y diò ta-  
 les muestras de sí, q̄ le izo Sā-  
 Iaco, q̄ es la segunda autori-  
 dad despues de los Baxaes. En  
 ella, como le pareció al Tur-  
 co, les dà el poder en q̄ se  
 muestre. Por entōces no pu-  
 so debaxo de su gobierno  
 mas q̄ cinco mil cavallos, cō  
 los quales siguiò à los mayo-  
 res Capitanes, de sus exerci-  
 tos, mostrando en las bata-  
 llas lo mucho para q̄ le criò  
 naturaleza, no teniēdo entō-  
 ces mas de diez y ocho años.  
 Poco despues se levatò nue-  
 va guerra, y sería cōtra el So-  
 fi de Persia, enemigo mortal  
 del Turco, y de allí bolviò Es-  
 cāderbegio, q̄ así le llamā-  
 mos agora, cō muchas vāde-  
 ras, estādartes, y despojos, y  
 su gēte entera cō estimación  
 de benemerito, y prudentissi-  
 mo soldado: y en tā tiernos  
 años, llegó à ser, así dentro

como fuera del Imperio, el  
 moço de mayores esperanças,  
 y de quiē se ablava cō mas re-  
 putacion. Para q̄ aun estādo  
 en la Corte no estuviēse ocio-  
 so, se le ofreciò vn desafío de  
 vn barbaro Scita, arto nota-  
 ble. Esteyino à la Corte à de-  
 safiar vno à vno à quātos qui-  
 siesen azer cāpo con èl. Las  
 condiciones erā aver de pe-  
 lear desnudos los cuerpos, y  
 con sola la espada. No vuo  
 Turco q̄ le respōdiēse al Scita,  
 y saliò Escāderbegio à el-  
 Tiròle el cōtrario vna esto-  
 cada al viētre, q̄ si lograra el  
 lāçe, avia ganado mucho: pe-  
 ro al mesmo tiēpo, vrtādole  
 el cuerpo, fue el golpe en va-  
 go, y cogiēdole cō la mano  
 izquierda la guarniciō de la  
 espada, le tirò vna cuchilla  
 da à la gargāta cō tātobrio,  
 y tā buena fortuna q̄ le cor-  
 riò la cabeça, y se la llevó à  
 Amurates q̄ lo estava mirā-  
 do. Nunca estas acciones dexan  
 de dispersar enemigos,  
 porque la envidia en todas  
 partes se alla, y mas en las  
 Cortes de los Reyes, y  
 quando estava tan favoreci-  
 do de el Rey, esto solo bast



Yava, para verse enbido: pero su cortésia, y afabilidad con todos era tal, q̄ obligava à los mas mal acondicionados à que ellos se alegrasen mas de sus aumentos. No mucho despues se ofreció otra ocasion en que aumentò mucho mas su credito. Llegaron à la Corte dos Persas, vno llamado Yava, y otro Zansa, grandes abladores, y que parece venian concertados en alabarle el vno al otro de valientes. Para prueba desto desafiaron à todos los de la Corte con sola espada, lança, y adarga, sin que vuiese otra ninguna arma ofensiva, ni defensiva. No vno ninguno q̄ se atreviese à salir, y mādolo Amurates à Escanderbegio. El concierto era pelear onbre à onbre, sin ayuda de ningno, y entrando en el palenque à cavallo, como avian entrado los contrarios, al primer golpe quedó Yava de mala manera. Zansa, sin poderse contener en las leyes del desafio, puso espuelas al cavallo, y fuese contra Escanderbegio, que previniendo el lance, se en-

dereçò con el, y poniendole la lança en la garganta, la pasó à la otra parte, y cayò muerto. Aora se vino Yava para èl à descargarle vn terrible golpe cō la espada: puso espuelas al cavallo, y escapò el golpe, y buelto à èl, se tiraron algunos golpes, el vltimo de ellos fue el de Estanderbegio, que dándole sobre el onbro derecho, le cortò el braço. Sacaronle triunfante de la estacada cō grandes aclamaciones, y olgandose mucho Amurates le hizo muchos favores.

Desto modo iba creciendo cada dia en nueva reputacion, venciendo batallas, asi de infieles, como de Christianos, adonde su señor le enbiava. Aqui se portava con mas remision, por la Fè de Iesu Cristo que tenia en su alma, y por el continuo deseo de su coraçon, pidiendo à Dios le trajese à tiempo que el pudiese serlo con libertad. En estos dias pasó de esta vida su padre, llevando consigo à la sepultura el dolor de verse sin ijos, y todos en poder

de



de aquel enemigo del nōbre de Dios. Luego al pūto Amurates le quito el Reyno à la pobre viuda, metiendo gōte de guarnicion Turca en todas las Ciudades, y quedādo aquellos pobres Criſtianos, con la infeliciad que todos los que padecen el duro cautiverio de tal enemigo. Para asegurarse mas bien en ello, quitò la vida con veneno à quatro ermanos de Escāderbegio: y aun con èl quiso tãbienazer otro tanto; pero se detuvo, considerando que se privava de vn gran soldado que le aria mucha falta para sus guerras, y parecèria mal à todo el mundo dar tan mal pago à quien tan bien le servia. Vn dia por tētarle Amurates, y conocer en èl si tenia espīritu de reynar, por dōde pudiese inferir del algū daño, le ofreciò querer darle tierras en que viviese. Conociòle el animo, y le dixo, no tenia inclinacion à nada de eso, sino à la guerra, y que no queria mas descanso que servirle, y arriesgar su vida por azerle algū servicio.

*Tom. 6.*

Mucho le agradò al Barbaro esta respuesta, aūq̄ siẽpre anduvo cō cuidado de no comer cosa de sospecha, para que no le sucediese lo que à sus quatro ermanos. Voyſaba, madre de Escāderbegio, quedò sola con la Infanta Mamiza: y el Turco la asignò azienda de que se sustentasen en cierta parte del Reyno que les quitava. Pasò la Reyna de esta presente vida con el dolor que el Rey su esposo. No alcanzaron sus ojos à ver à su ijo ya en su Reyno. Solo la la ermana le alcanzò, que casò despues conforme à su mucha calidad.

La mesma razon que Escāderbegio tenia para procurar la muerte al Turco, que era averle quitado el Reyno à sus padres, y la vida à sus ermanos, esa le dezian los envidiosos de sus glorias, à Amurates, que por vengarse que'ria levantar se con su Imperio. Bien conocia el barbaro, q̄ era imposible en el echo, pero no se le pidiò de entēder q̄ aria lo posible, y à lo menos se persuadiò

*D 3*

que



que la mala voluntad, y la vengança la tenia oculta en el coraçon, aunque en las obras procurava desmentirla. Aora, para que alguna vez llegase la ocasion de dar la vida, y que acabase, sin que se dixese averlo èl muerto, avièdosele revelado Ieorgio Bucu, Principe de Misia, llamado Desporo de la Servia, le enbiò Amurates con grueso exercito contra èl. Por curarse de las sospechas izo en las tierras de Cristianos mas mal que èl quisiera, y volviò sano, y con mas credito que en otra ninguna ocasion. Ardiafe el Turco en rabia mortal, y quisiera verle muerto à sus ojos. Para esto publicò fiestas, torneos, y entretenimientos, creyendo, q̄ no dexaria de probar sus bríos con quantos viniesen, y encontraria con alguno que le quitase la vida. Guardavale Dios para libertad de su tierra, y así le facò libre, con muchos premios, sano, y con mucha onra. Cada dia pensava mas. Amurates, como obrar vna ingrati-  
tud con èl. Los mesmos que

le aborrecian, le alabavan, y no podia executarfe, sin que diese nota de ingrato à todo el mūdo. Poco despues volviòse el Despota à revelar, y el mesmo Amurates fue en persona à castigarle, tomòle toda la tierra, y consiguió en ello grã triunfo por mano de Escanderbegio, que Capitã general de sus armas, rindiò el Reyno, con grandissima velocidad, y así se bolviò el Turco à su Real Ciudad de Adrianopoli en Tracia, donde tenia su Corte. Sètían mucho aquellos Principes verse sujeta de este barbaro, y poco despues Ladislao Rey de Polonia, y Vngria, con el gran Capitã Iuã Huniades, facaron vn exercito de treinta y cinco mil cavallos para restituir al Despota en su tierra. Enojado Amurates, enbiò al Baxà de Romania con vn exercito de ochenta mil ombres, y à Escanderbegio con otro de veinte mil. Aora doliendose en el alma de lo que avia obrado cōtra los Cristianos, y para ir disponiendo el negocio contra aquellos enemigos,



migos à quien capitaneava, vsò de traza para que les diesen en la cabeça, y alguna vez lograsen los Cristianos vna buena ocasion. Al trabarse la batalla se retirò, como vencido, ò a lo menos como medroso. El Baxà, viéndole retirar à vn ombre tan gran soldado, creyo, no sería sin fundamento, y izo otro tanto. Cobraron animo los Polacos, y los Vngaros con su Capitan General Huniades, y cerrando con ellos, los metieron en huida, y los desbarataron, robàdoles ricos despojos, y degollando à todos los que no pudieron valerse de los pies para ponerse en salvo.

Algunos dicen que el Papa Eugenio Quarto, escribió à Escandarbegio que se pasase à los Cristianos, y dexase al Turco. Bien creible es, y que mediàte este aviso tendrían eficacia los deseos que siempre avia ocultado en su cotraçò. Agora enpeçò à executarlos, descubriendo su pecho à los amigos que le pareció le tendrían para guardar el secreto: y entre ellos

à Amefa, ijo mayor de su hermano Reposio. Cogiò Escandarbegio al Secreterio del Baxà aparte, y le izo que ordenase vna provision, en que el Baxà en nonbre de Amurates mandava al Governador de la Ciudad de Croya, Corte, y la mas fuerte de Albania, entregase el Govierno della à Escandarbegio, echo governador della, por el gran señor. Matò luego al punto cò todo secreto al Secreterio, y à los demàs que pudo, y de quien no se recelava cosa buena, y tomò muy à la ligera el camino de Albania, juntandosele trecientos cavallos, que le favorecieron en tan peligrosa jornada. Marchando à grandes jornadas, llegò à Dibra la superior, Ciudad frontera de los Bulgaros, ò Tribalos, que dista quinze leguas de Croya. Entrò de noche secretamente, y dandose à conocer à los principales, y Cavallos de ella, diziendo iba à poner aquella tierra en su antigua libertad, le recibieron, como à vn Angel del Cielo, y como à su Rey, y



señor natural. Mandarõ poner guardas en los caminos, para que no llegasen avisos de Amurates al Governador de Croya, ofrecieronsele todos, asta dar las vidas, y cõ todo secreto enpeçaron à azer matriculas de la gēte de guerra, para que estuviese dispuesta en siendo menester. Tomò algunos pocos de los cavallos, y enpeçò a caminar descubierta, dando ordē que los demàs se enboscasen en la selva de Croya, para q̄ de alli le socorriesen con presteza contra los Turcos que estavan en la Ciudad de guarnicion. Esto dispuso en vna sola noche, al amanecer partiò de Dibra, y al llegar cerca de Croya, enbiò à su sobrino Amesa con dos criados, que notificase al Governador su llegada en nombre de Amurates, para tomar el gobierno de Croya. Amesa se fingiò Turco, y que iba por Escrivano de Escānderbegio, y supo pintar su llegada, y fingir su officio con tan buen arte, que el Governador enpeçò à coger su ropa. Llegando Es-

cānderbegio, y mostrando le la patente, le entregò la Ciudad, como à verdadero Teniente de Amurates. Los Cristianos como à su señor natural, y los soldados Turcos como à su Capitan, le dieron mil placemes de su llegada.

Iuntò Escānderbegio luego al punto à sus Ciudadanos, descubriòles el secreto, y ellos se le ofrecieron à toda fortuna. Llegò la noche, y aziendo señas à los que avian quedado enboscados, entraron dentro, y juntos con los de la Ciudad, dieron en los Turcos, degollandolos à todos, sin dexar mas que à algunos que pidieron, que les dexase ser Cristianos. Al punto despachò à su sobrino Amesa à Dibra, dando aviso de lo que pasava, encargando iziesen lo mesmo, y procurasen se iziese en todos los pueblos: porque antes que se moviese Amurates, no les quedase en todo el Reyno enemigo con vida. Apellidava la gente libertad contra Amurates, y no topa-



van Turco à quien no quitasen la vida. Castríoto, así le llamaremos ya, embió à saber lo que pasava por la comarca, y deseos todos de chocar con el Turco, izieren luego muchas compañías de cavallos, y infanteria. Fue à Dibra, donde Amesa tenia ya la tierra por suya, y puso dos mil ombres en Esfetigrado, y monte Mocreo, por ser aquel el camino mas ordinario para Macedonia, y Tracia. Vna batalla le sucedió de algunos Turcos, que se juntaron, y quisieron probar fortuna, derrotóles su campo, y pasó à cuchillo, sin perdonar ninguno, que aun dexandolos à arbitrio de sus soldados, se vengaron bien en ellos, y enriquecieron algunos con sus despojos. Embió desde allí à Amesa con docientos ombres, para que se metiese en la gran fortaleza de Croya. Algunas fortalezas en que se conservavan los Turcos, era menester armas, y gente para rendirlas. Echó vando que para tal

dia se juntasen en Croya ciertas personas que despachó à diversas partes, para que cada vno trajese consigo la mas gente que pudiese. Iuntóse aun muchas mas de la que se esperaba, y especialmente los señores sus parientes, como Musaquio su sobrino, Ijo de Angelina, Goyco, y Jorge tambien sus sobrinos,ijos de Yela su ermana, Guino Musaquio, marido de Vlaica la otra ermana, à las quales el Rey su padre avia casado antes de morir, sino es à Maniza, à quien despues casó Castríoto. Iutarósele doze mil ombres, buenos para qualquiera empresa, cō q̄ se alteraron mucho mas los espíritus de todos. Embió à Moises, vn grã Capitã, cō tres mil ombres à vnã fortaleza allí cerca, llamada Petrela, à quien siguió cō el cuerpo del exercito. Pocagãte, y menos palabras le costó, siendo casi inexpugnable, por q̄ cō las amenazas, sino se rediã, y los buenos partidos, si se davan, le entregatō la fortaleza, y embió con ellos à Moyses,

que



que los sacase del Reyno, sin dexar en él ninguno. Sin entrar en el pueblo metió à los que avian de quedar de guarnicion, y con estar el mundo cubierto de nieve, y los frios tan terribles, sin detenerse allí movió el exercito, sin detenerse allí movió el exercito, sin ~~de~~ <sup>sin</sup> entre noche, y dia, ni aun dos oras, todo el tiempo que le durò recobrar su Reyno. En las batallas peleava sienpre con el braço derecho desnudo en carnes, aunque los frios fuesen tan grandes como entonces. Comia, y bebia mucho, como ombre robusto, y en llegando à encēderse en colera de batalla, no parecia ombre, sino vn exercito entero. De Petrela caminò à Piedralva, fuerça que à tener bastimentos era inexpugnable puesta en vn monte de los campos Ematios, celebrados de los Poetas, al punto se le entregò, saliendo los Turcos en salvo con sus aziēdas. Sin reposar la gente, dexando allí la necesaria para la guarnicion, pasó à Esteluso, donde por ser de noche

no se abrió asta la mañana. Pafaronla cansados, anbriztos, entre nieve, y al sereno. Requiriòles se entregasē. Los soldados querian, el Capitan lo repugnava, y llegaron à él, y atado de pies, y manos, le entregaron al Principe, los demás se fueron, y otros de medio de Amurates se quedaron, y bolvieron Cristianos. Llegaron à Esferigrado. Quería el Capitan rendirse, y pidiendo el parecer à sus soldados, vno sacò vn alfanje, diziendo, que à tal pregunta con aquel se avia de dar la respuesta. Izieronse fuertes, y dexò à Moyses cō seis mil ombres pueño sitio. Volviòse à Croia, para tener la Pasqua de Navidad. Despidiò à su exercito muy contentos, advirtiēdo le, que para la Primavera los avia menester, para prevenirse contra Amurates, ò sino viniere, entrar por su tierra, y saquearsela para azer pagado à su Reyno de lo que avian padecido. Bautizò con gran solemnidad à su sobrino Amesa, y à los demás que no lo estavan, y cepearon à ce-



lebrarſe los oficios divinos, y reſtituirſe la Religión Chriſtiana à aquel Reyno, que tã deſterrada avia andado por aquellos enemigos.

Vn dia eſtando à la meſa, le dieron mala comida con vn aviſo que le deſpachò Moyſes, de que los Turcos que ſe avian ſalido de Eſte-  
luſiã, con vnos vagabundos que ſe les avian jũrado, y caminavan cõtra èl. No le diò mucho cuidado, pero por no parecer tenia en poco à ſu amigo, ſe levantò luego de la meſa, y con cien cavallos fue à encõtrarſe con ellos. El temor de los Turcos fue tal, que ſin oſar eſperarle, ſe bolvieron à Turquía. Enojado Caſtriotto de que le huvieſen dado mala comida, cogiò à mil ombres de los de los de Moyſes, y entrò tras ellos, robando, y aziendo grandes eſtragos, y ſevolviò à Croya con ſu gente muy ricos, y contentos.

Quando Amurates ſupò el deſtrozo de ſu exercito en Vngria por arte de Caſtriotto, ſu fuga à Epiro, y el levantamiento, perdia el ju-

zo de enojo. Dezia muchas palabras que manifeſtaván la hiel de ſu coraçon, con que tomara vengança de Caſtriotto, ſi pudiera. Llamavale ingrato, falſo aſtuto; otras vezes dava gracias à ſu Profeta Maoma, por averle ſacado de ſu caſa à vn ombre, que ſegun ſe ſiava d'èl, le pudiera matar quando quiſiera. Otras vezes le aſeava delãte de los ſuyos el aver deſtruido ſu exercito en Vngria, que no le avian ofendido, y dava ponderaciones à la muerte del Secretario. En ſin deſbaratò ſu exercito, y la aſrentoſa huida que en Vngria leizo el Baxa, leizo dexarſe de ſeguir aora à Caſtriotto, para bolver à Vngria, con tan rabioſo deſeo de vengarſe, que muchos de los ſuyos le animavan à q̄ lo izieſe. Otros ponderavan el valor de los Vngaros, ayudados de los Italianos, y del Polaco, y Huniades, que hizo trengnas con el Deſpota por diez años. Deſpues le peſò al Turco, ſabiendo las enfermedades que avia en el Reyno, cõ que le fuera facil rendirlo; y



allí lo dexò por entonçes.

Toda la detencion de Amurates fue otro tanto de mejora à Castrioto, juntò à todos los Principes comarcanos en un lugar de Venecianos, llamada Lyso, pidiendo, se coligasè todos para resistir al Turco, porq̃ sus fuerzas ya conocia no erã bastantes. Así propuso las necesidades de aquella tierra para darles à entēder quãto devian ayudarle, yazerse todos vn cuerpo, que sodos le izieron Capitan General, y los principales demàs de la gente cõ que le aviã de acudir, le prometieron grandes socorros de diaero que junto cõ sus rentas, llegavan à docientos mil ducados por año. Cosa notable, que con tan corta renta pudiese este Principe, azer tan cruda guerra al Turco, y sustentar tan grãdes exercitos. Devia de tener buenos ministros, y leales, que procuravan el credito de su señor, y no el azer rentas, y engrãdecer sus casas, vitando, y dexandole à èl pobre, y con perdida de sus Reynes, y sin conquistar cosa alguna.

Ya que los Vngaros dexavan en paz à Amurates, determinò aora la jornada cõtra Castrioto. Mandò à Ali Baxà, que con quatroenta mil cavallos escogidos fuese cõtra èl. Al mismo paso que los Turcos viendose tantos, y tã buenos se juzgavan vencedores. los de Epiro se davan por vencidos. Dexavan los lugares cortos, y llenos de orror, y espanto, se venian à las Ciudades, y lugares fuertes, trayendo cada vno sobre sus ombres lo que podia. Solo Castrioto como los conocia à los Turcos se burlava dellos, y reia la tímida flaqueza de los suyos. Conociòse en esta ocasion que avia nacido aquel onbre para soldado, y que tenia gran conpreension de las cosas de la guetra, y sabia quando, y como se avia de azea. Ofrecieronsele infinita gente para salir à la resistencia al Baxà: y de vn copioso exercito que se avia juntado escogiò ocho mil cavallos, y siete mil infantes, solamente. Los demàs à vnos repartió por las fortalezas para



pa a guarnición, y a los demás los despidió, y enbió à sus casas. Ablóles à todos con tales palabras, y tal conocimiento, q̄ ya no solo no temian q̄ el Turco viniese: antes lo deseavan, porque en su Príncipe tenían toda la esperança firme.

Sonavale por instantes q̄ se iban llegando los Turcos, salió con su exercito à Dibra la inferior, quinze leguas de Croya. Llegó al ponerse el Sol, à vn sitio, que le pareció à proposito, no solo para descansar allí su exercito, sino para darle la batalla al enemigo al dia siguiente. en que sin duda vendria à las manos con él. Enboscó à Gino Musaquio, y à Amesa su sobrino, con tres mil ombres entre vnas espesuras, cō orden de q̄ no saliesen asta ver bien trávada la batalla, y entonces cogiesen por la retaguarda al enemigo. Ellos caminaron con tanta priesa, q̄ no pararō asta reconocer à Castrioto, amenaçandoles de muerte. Castrioto mandó apagar todos los fuegos de su Real, mandando

à todos, que descansasen, sino es las centinelas que estuviesen en pie. Prohibió el ablarles palabra à los Turcos, ni darles baya, ni responder à las suyas. Con esto pensaron, que de miedo no osavan ablar palabra, y eran al contrario, que apenas amaneciò, quando sin poderlos detener, querian ir à cerrar con ellos. Por la mañana les mandó comer, porque si durase la batalla no desmayasen, y despues sin miedo ninguno de los Turcos ordenò su cãpo, poniendo la cavalleria delante, entremetidos algunos ballesteros, la mano izquierda diò à Tanusio, y la derecha à Moyses: èl tomò el cuerpo de la batalla cō Georgio Estresio su sobrino, valentissimo Cavallero, llevãdo cō sígo la gente de Croya para mejor guarda de su persona, y para q̄ à su vista meneasen mas bien las manos. La segunda batalla de infanteria diò à Aydinò: y à Bracanontes, Capitã de grande valor, lo restante de la cavalleria cō q̄ cerrava sus batallones.



Luego que Ali Baxà vbo mō  
raos, y diò vista à los Esqua-  
drones Cristianos, diò vna  
grande risada de verlos tan  
poquitos, y tan bien ordena-  
dos. El coraje, y el ardor de  
los Cristianos estava tan ar-  
diente, que aun no podia de-  
tenerlos Castrioto; diò les or-  
denes que ninguno se mo-  
viese asta que estuviesen à ri-  
sco los Turcos, porque no  
le huyesen mas presto de lo  
que él queria, ni se perdie-  
se bala, ni flecha, que no de-  
rrribase Turcos. Embió el Ba-  
xà vn batallon de cavallos,  
para que trabasen la batalla,  
y saliedolos a recibir los de  
Castrioto, se retrajo, sin dis-  
parar cosa de guerra el Tur-  
co. Rezelòse Castrioto al-  
gun ardor de los que suelen  
vsar los Turcos, y medio  
por fuerza, retrajo à su gen-  
te, que querian seguirlos, y  
dexar descubierro el cuer-  
po de la batalla. Bolvieron  
à ordenarse, y afrontaron  
vnos contra otros, de fuerte  
que se enredarò tortissima-  
mente. Los que estavan en-  
boscados, salieron antes de  
tiempo, no obstante, vien-

dose los enemigos seguir  
por las espaldas, y que ve-  
nian à ellos con tal orden,  
asombrados enpegarò à huir  
desapoderadamente, y los q̄  
andavan en la pelea caian à  
miliares. El Capitan Vrana-  
contes con su gente, que es-  
tava oigada, llegó à vn bata-  
llon del Baxà, y le rompiò, y  
sin sacar muchos esfuerços,  
todo era matar Turcos, co-  
mo si para ciò vvieran veni-  
do El Baxà, que avia echo  
tanto escarnio antes, se sa-  
liò antes de tiempo huyen-  
do de la batalla, como si la  
muerte fuera siguiendole.  
Despues de los muchos que  
quedaron muertos, fueron  
siguiendo el alcance, en que  
mataron à muchísimos, à o-  
tros izieron cautivos, y à  
treientos dellos, que con  
lagrimas picieron las vidas  
à Castrioto, se las concediò.  
El despojo de los enemigos  
fue muy rico, con que que-  
daron los soldados vitorio-  
sos, y ricos, y aora bien sa-  
tisfechos de que su Principe  
entendia la guerra; pues cō  
poca gente, y buena dispo-  
sicion, sabià vencer mayores

exerc



exercitos. Quedaron en el campo muertos veinte y dos mil ombres, y dos mil cautivos, en solas tres oras que durò la batalla. De los nuestros murieron solos ciento y veinte, aunque muchos quedaron eridos. Descansò en el mismo lugar de la batalla Castrioto aquella noche, y otro dia siguiète. Por la mañana izo remontar à la Infanteria, dandoles cavalllos a todos, de los muchos que avian dexado los Turcos. Tuvoles vna platica à sus soldados, diziendo, que lo que avian recogido en la batalla, avian sido eridas, y golpes, y que la paga la tenia èl reservada para aora, que le siguiesen. Metiòse en algunos lugares de Turquía, saqueandolos, poniendo fuego, pasando a cuchillo, y robando quanto tenían, con q̄ bolvieron cò muchos ganados, cargados de despojos, alentados, ricos, y esfuerçados para nuevas batallas. Así caminaron à Croya triunfantes. Los que avian enviado à sus soldados à pie, y pobres, no los conocian aora,

viendolos venir à cavallo, y tan ricos, y galanes. Lloravan de contento, viendolos entrar con aquel triunfo. Izieronse grandes fiestas en Croya por la vitoria, y à Dios Omnipotente, como Señor de los exercitos, dedicaron en sus Iglesias veinte y quatro estandartes que ganaron al enemigo. Enbiaron las noticias à los Principes comarcanos, y concibieron de allí grandes esperanças de vmillar la potencia Otomana.

Gran pesadumbre sintiò Amurates con esta perdida, y procurò en adelante, que sus Capitanes se portasen con Castrioto, no tanto cò fuerzas, como con ardides, q̄ estos son los que muchas vezes en la guerra aseguran vna vitoria. Entròse en Epiro, en ocasion que los Venecianos le avian movido guerra, y buelto de amigos enemigos, por vna efencia de q̄ avia echo dueño al Senado vn Cavallero de Albania, vasallo de Castrioto, que èl pretendia para sí, por ser el difunto su vasallo, y de-



más de eso averse la dexado por legado en su testamēto. Pusieron los Venecianos su exercito en campaña, y Castrioto despidiendo la mitad del que tenia cōsigo, les diò tan cruel batalla, que le matò mucha gēte en la batalla, y siguiendo el alcāçe, no quitò à onbre la vida, antes à los que hizo prisioneros, diò luego libertad, y agafajò mucho. Cosa que estimandolo mucho el Senado, esta pendencia fue causa de mayores amistades.

Avia venido por General del segūdo exercito del Turco, el Baxà Mustafa, y pareciendole, que aora que estava Castrioto divertido con los Venecianos, podria azer vn gran negocio. Desde la raya de Macedonia, donde estava publicò à todo el mūdo venia à castigarle. Dexò Castrioto el cerco de Dayno, donde estava, y con quinientos cavallos, y mil infantes, salió à recibirle. Desseava Mustafa venir à las manos con el Principe, y èl mas cuerdo que poderoso, le guardava los lançes quanto

podia. Rabioso, y enperrado el Turco de no poderlo conseguir, se ocupò en destruir todos los lugares que allava cerca, y sentò su campo en vna llanada cerca de Dibra la superior, seis leguas de Croya. La gente q̄ se le avia ido llegando, era mucha. Tāto como esto puede vn Capitán que es padre de sus soldados, y que pretende azer el negocio con fidelidad, buscar la onra en la guerra, la derrota del enemigo, el provecho de sus soldados, y la reputacion de su Principe: Allò seis mil onbres, con los quales se resolviò de pelear con Mustafa, que estava alojado media legua de allí. Con pocas palabras animò Castrioto à los suyos, y caminò al enemigo, que los recibió cō su gente mal ordenada. Enpeçò Castrioto cō los suyos à guiarlos, con toda orden militar, y mas en ocasiō que los enemigos enpeçavan à darle la vitoria, y los fueron retirando cō arracobardia suya. Mustafa temiendo que se perdia, se animò vn poco. Llamò à los suyos,



vos. y esforçò los algo quanto pudo durar la batalla con algã ardor por su parte. Paulo Menufio, q̄ matò à vn Turco en vn desafío à vista de ambos exercitos, à quiẽ buscavã los Turcos para vëgar la afrenta q̄ avian recibido en el difunto, conociendolo, le cercaron para rendirle, ò matarle. Y èl quitò la vida à vn otro Turco cõ grãde esfuerco. Asonbrados los vezinos de semejante furia, se pusierõ en huida: pegarõ estos el miedo à los demàs, y enpeçò el exercito à flaquear por esta parte, y los Turcos imitarõ à los perros, q̄ en hiriedo à vno, huyò todos. La batalla cõ la vitoria se inclinò à Castrioto, q̄ perdiò 300. ombres, y de los enemigos ochèta: y diez mil muertos, cõ quinze vãderas q̄ se aprefarõ. El triste Mustafa quedò prisionero, con otros doze Turcos principales, y sin los ricos despojos q̄ cogierõ los Cristianos, y las muchas armas, y cavallos, entrarò luego la tierra del Turco, aziendo otras presas de grãde cõsideraciõ, poniendo fuego à

los lugares, y obrando en todo, como pudiera vn rayo, que todo lo destruye.

Ajustòse el rescate de Mustafa en veinte y cinco mil ducados, y el de los otros doze q̄ avian quedado prisioneros. Repartiò Castrioto el dinero entre los soldados diziendo, q̄ era suyo, porque ellos lo aviã ganado. Generosidad prodigiõsa con q̄ cautivava los coraçones, y à los soldados de libres, los azia esclavos para servirle, y de ombres los convertia en leones.

El modo de ajustarse con los Venecianos, fue el mas generoso, que en pocos ombres se à visto. Avriendole puesto cerco à la Ciudad de Dayno, que se avia revelado en su favor, y se cõservava contra Castrioto, aun despues de averles vencido en aquella batalla, los cercados escrivieron al Senado, que estaban para rendirse, por falta de bastimentos, que perecian de hambre. El Senado le enbiò sus Embaxadores, pidiendole, que porque dexasse à Daino libremente, le



darian vnos campos grandes en las riberas de el Drino. Regalò à los Enbaxadores Castrioto, y los festejó magníficamente. Aceptò la recòpésaciò, y luego al punto izo renúciaciò dellòs en el Senado; dizièdo, queri queria Ciudad, ni campos, siso sola la amistad de los Venecianos à cuyo gusto, y volúrad estaria sièpre cò su persona, sus exercios, y su Reyno. Y en estas molestias, q̄ avia padecido, y mas en tièpo q̄ tanto avia menester, no quise le izie se nuevaguerra, sino quise le ayudase, no se quexava del Senado, sino de los reboltosos, q̄ aviã echo à la vieja, madre del difunto, q̄ metiese al Senado en este empeño, por cosa q̄ à el se le devia. Cò esto levantò el sitio de Daino, y à sus soldados despues de pregonada la paz, y despedidos à los Enbaxadores, los llevò à tierra de los Turcos à enriquezer, y à que cobrasen allí lo q̄ en el cerco de Dayno aviã padecido. Dos dias estuvo azièdo gradisimos estragos, repartièdo su campo en tres trozos, fue grandisimo

mo el tesoro q̄ trajo, y notables los males q̄ les izo à los enenigos. Con q̄ los suyos bolvièrò à sus casas alegres, y pagados. Por esto solia dezir los Principes comarcanos, q̄ el tesoro de Castrioto, era sus enenigos; pues en avièdo menester alguna cosa, cargava sobre ellos, y les despojava de quãto avia necesidad. Dexò aora tres mil ombres en aquella fròtera, y despidiò à los demàs ricos, y còtentos, y èl se retirò à su Corte à descansar.

Quãdo los Enbaxadores Venecianos dièrò noticia al Senado de la generosidad de Castrioto, fue notable el còtento de toda la Ciudad, por la paz de sus tierras. Entrarò en Còsistorio, y los Senadores para gratificarle entrarò en voto, y sin faltar ninguno, le dièrò el derecho de Ciudadano Veneciano, para èl, y para todos sus descendientes, ponièdo à su familia por vna de las nobles, y à èl le dièrò la suprema governaciò q̄ la Republica tenia en su Reyno de Albania, de lo qual le embiarò las patentes,



de preciosos dones, y regalos. Amurates estava pensando como tragarse à Castrioto, viado q̄ quãtos exercitos avia enbiado cõtra èl los avia derrotado. Iurò vn poderoso exercito, sin dezir para dõde, y ni Castrioto se olvidava, ni sus amigos, q̄ tenia en la Corte, dexavã de avisarle. Fortalezò sus plazas, avisò à los Prìncipes comarcanos estuviesen dispuestos los socorros para quãdo los necesitase, reservò para sí los diez mil ombres de los q̄ aviã peleado cõtra los Venecianos, q̄ erã los mejores de su estado, sacò las mugeres de entre sus maridos, y à los hijos de cõ sus padres, dexò à estos para las armas sin embargo, y à los q̄ podiã gastar el bastimẽto, ser de estorbo, y ninguna ayuda, llevò à tierras de Venecianos. Vno grãdissimos llãtos, viãdose apartar vnos de otros. Esto era menester para librase de mayor esclavitud q̄ les esperaba. Dexò à Vranacotes por Governador en Croya, instruyòle en publico, y en secreto de lo q̄ devia azer, y en

tãder de los Turcos, q̄ peleã mas cõ mañas, y traiciones, q̄ cõ fuerza, aũq̄ mucha. Propuso grãdes premios à quiẽ lo iziese bien, y à los q̄ mal, grãdes castigos. Encomẽdãdolos à Dios salìo de su Corte à esperar à Amurates, q̄ el en persona venia governado su exercito. Salierõ asta la puerta de la Ciudad à despedirle cõ lagrimas: y estas las alegrò la llegada de Moyse con la noticia de aver rendido à Esferigrado, q̄ le avia dado siẽpre tanto cuidado por su resistencia, y por estar en frõtera de los Turcos. Amurates izò pasar el exercito de quarenta mil ombres de Asia, y todos los demàs sacò de Europa, por ser mejor gẽre. Despues de consultas resolviò entrasen los de Asia à cãpear à toda Epiro, y la enflaqueciesen, quemãdo, y talzò por todas partes.

Con el grueto del exercito caminò Amurates à Esferigrado. Reconociò el campo enemigo Castrioto, y supliò con la piel de la raposa lo q̄ no alcançava la del leõ, diòles aqui algunos rebatos de



cōsideraciō, y quedarō vnos, y otros biē temerosos: Castrioto de la multitud de los enemigos, y ellos del poder de Castrioto. A 14. de Mayo, de 1449. llega Amurates à poner su exercito sobre Esferigrado cō malazar, por la matança q̄ Castrioto avia echo en los suyos, y cō rezelos de no tomar la plaza, por la posiciō, y dificultad para la pelea, por estar puesta en alto. Enbiò al Governador vn mē sajero, pidiēdole la Ciudad, y aziendole partidōs à él, y à su gente, tã traydores, como sabē los Turcos, y mal despedido, se sintiò Amurates de la respuesta. Enbiò otro dia à vn Ciudadano de Croya renegado por Enbaxador. Pedro Parlato el Governador le recibì, y regalò mucho, mostrādole los bastimētos q̄ le sobravā, y armas para defenderse, dixole, q̄ era vn perro renegado, q̄ avia dexado à su natural señor, por vn tirano, y à vn Principe Cristiano por el Turco, y cō esto le despidiò. Mucho se sintiò el viejo Amurates de esta respuesta, y los señores

de Epiro, avisarō à Castrioto jūrase mas gēte, por q̄ era infinita la del Turco, oyò las embaxadas, despidiòlo dādole animo. Llegòse al Real de los enemigos, y matò dos mil de ellos, quādo mas entretenidos estava batiēdo la Ciudad turbòse el capo, y pudieron los de la Ciudad valerse de su asonbro, matādo à muchos, y recogiendo sus armas. Por otras partes le fue dādo cruels cōbates, y matādole mucha gente. Los q̄ Amurates dava à la Ciudad, eran grandes, pues rabioso de los daños q̄ recibia de Castrioto quiso vengar en la Ciudad, q̄ batiò con la artilleria tres dias cōtinuos, disponiēdo para el otro vn asalto general.

En este interin quiso Amurates guardar las espaldas, y à Ferri, Baxà muy bravo, le diò el cargo, cō quince mil cavallos q̄ resitiese à Castrioto si llegase por allí. Trabòse la batalla, vsando el Baxà mil ardidēs de guerra, y Castrioto, poniendo la mira en el Baxà, y la lança en su cuello le quitò la vida, derrotò su campo, y ahuyentò



Yentò su exercito , cogien-  
do grandes despojos.

La pesadumbre de Amu-  
rates con esta nueva le quitò  
el habla, y aviendo quedado  
muertos quatro mil ombres,  
fue tanto esfuerço para los  
de la Ciudad , como flaque-  
za à los Turcos. Dispusose  
el asalto, y quedando siete  
mil Turcos muertos, se re-  
tiraron sin poder tomarla.  
Mucho se fatigava Amura-  
tes de no poder rēdir la Ciu-  
dad, y Castrioto mucho mas  
por echarle de su tierra.  
Viale muy quieto en su cā-  
po, y se temiò alguna traiciō.  
Lo que no consiguiò cō las  
armas alcāçò el dinero, por  
q̄ entre muchos buenos nū-  
ca falta vn traidor. Este era  
natural de Dibra , y dispuso  
necesitar à la Ciudad, por vn  
modo estraño. Y fue, que  
los de Epiro , ò Albania  
conservavan muchas super-  
ficiones de los Griegos sus  
vecinos, y vna dellas, era no  
beber jamas el agna de nin-  
gū pozo, ò fuēte, donde vuē-  
se caido muerto algun ani-  
mal. Solo de vn poço se sus-  
tētava toda la Ciudad, y para

azerla perecer de sed, este  
traidor echò vn perro en el  
poço. Pedro Parlato su Capi-  
tā desaguò el poço, bebiò de  
el para quitarles la supersti-  
ciō, y el asco ; pero viēdos  
q̄ primero se dexariā matar  
à hierro, q̄ beber, enpeçaron  
à azer movimiētos de paz.  
salierō los soldados cō sus  
ropas, y armas, cōtra el gusto  
de Maometo, ijo de Amura-  
tes, q̄ dezia no se devia guar-  
dar fee con Cristianos, sino  
pasarlos à cuchillo. Repreñ-  
diòle el padre como viejo, y  
experimentado, diziēdo que  
dōde no ay verdad, ni fideli-  
dad no ay vivir, y donde el  
Principe no tiene clemēcia,  
no ay reinar. Entrò cō sugē-  
te en la Ciudad, y la fortificò,  
y reparò los muros de lo q̄  
aviā padecido con la artille-  
ria; al traidor diò dos mil du-  
çados de rēta, en sus tierras,  
y cinquēta mil asperos (mo-  
neda corriente en Turquia)  
pero luego pagò la traicion,  
muriēdo enpoçado, por q̄ los  
Turcos se sabē valer de la  
traiciō para q̄ no lo sea tan-  
bien con ellos, le saben dar  
el castigo. Con esto levantò



Amurates su campo para irse, dexándole treinta mil ombres muertos. Fuele siguiendo Castrioto con ocho mil cavallos, y matándole mucha gente.

Bolvióse à Croya, quedó su Reyno descansado con la fuga de Amurates. Era ya Castrioto de quarenta años, y sin casarse, ni memoria de eso. Pidióle el Reyno escogiese esposa, pero él, como valiente, respondió, que afuera facar à Esfetigrado del poder del Turco, no queria rebolverse en afectos mugeriles, y que despues arialo que le pedian. Tuvo buenas nuevas de que los fronteras à Esfetigrado tenían acorralados à los Turcos, matándoles mucha gente, y robándolos: agradeciòselo mucho, enbiòles trecientos cavallos, y quinientos infantes, y despues los siguiò con ocho mil cavallos, y diez mil peones, alojado su exercito, tan cerca de la Ciudad, quãto estava libre de sus flechas. La noticia del sitio de Esfetigrado asonbrò tanto al Turco, que pareciendole

menguano aver conquistado à Epiro, y contentadose con vna sola Ciudad, aora se la avian de quitar; publicò, que en persona queria bolver à la cõquista del Reyno.

Mucho sentimiento tuvo Castrioto con esta nueva, levantò el sitio, y atendió à la fortificacion de sus plazas, y à bastecerlas, que no avia trigo en el Reyno. Metió provisiones en Croya para vn año. Supo el Turco que avia levantado el sitio, y aflojó en el proposito, despidiò su exercito, y le citò para la primavera siguiente. Prevínose Castrioto de muchos bastimentos, y de Venecia, y Dalmacia vino mucha gente à servirle. Amurates formò exercito de ciento y sesenta mil ombres, sin los oficiales, y trabajadores, que serian otros tantos. Llevò mucha artilleria menuda, mucho metal en pasta, para fundir piezas, y bastimentos necesarios, porque sabia que en Epiro no produce la tierra, sino es armas, y sequedad. A cinco de Abril enpeçò à caminar la gente de la Ciudad



dad de Adrianopolis, entonces Corte del Turco, venian ordenados sus batallones, q̄ Castrioto esperaba con seis mil cavallos, y dos mil infantes. Con ellos se recogió à las breñas, y espesuras del monte Tumenisto vna legua de Croya, donde llegó Sebalias, General de la Cavalleria del Turco con quarenta mil cavallos, y sentò su Real en vn llano, no aziendo por aora mas que proibir la entrada, y salida de la Ciudad. Esperò à Amurates que llegó veinte dias despues, cõ aquella multitud, que puso en rededor de la Ciudad, llenando sus campos de gente, tiendas, y artilleria, gastando quatro dias en sentar el Real, con bien poco miedo de los cercados.

Enbiòles vn recado para que se rindiesen, y ellos cõ su Capitan Vranacontes le dieron la respuesta que merecia, de que enojado el Turco, mandò batir la Ciudad cõ la artilleria menuda. Del metal que avian llevado, estuvieron quince dias fundièdo piezas, y sacaron diez ri-

ros que disparavã la bala de seiscientas libras, que son veinte y quatro arrobas, y los otros de à docientas libras, con que batian la Ciudad. Ya atormentados los muros, prometió Amurates cien mil asperos al primero que sobre ellos pusiese sus vanderas. Dexòlos Castrioto quietar aquella noche que se prevenian para el asalto, y diò en ellos con tan gran furia, que causò notable espanto asta en Amurates, y su ijo Maometo que se viò obligado salir à la defensa. Matòle seiscientos Turcos, robòle sus tiendas, y aviendole cercado, escapò del peligro, quando los suyos le juzgavã por muerto. Apretò el asalto à la Ciudad, en que le mataron ocho mil Turcos: y casi perdiendo el juicio de ver, q̄ ni podia rendir la Ciudad, que parecia aver traído su exercito para que los Aibanefes le quitasen la vida, en dos dias no se dexò ver de su campo, encerrado, y consultando el medio mejor para aquella guerra. La noche siguiente



le pasó à otro monte con su exercito, y dexando adonde estava quiniētos cavallos para q̄ diesen vn rebato falso, y inquietasen la gente. Izierōlo así, y acudiò por otra parte degollando à muchos, y poniendo fuego en sus tiendas, con q̄ rabiavan Amurates, y Maometo su ijo.

Andavan en estos dias viciosos los asaltos de la Ciudad, y cruelísimos los q̄ Castrioto dava à los Turcos, sin dexarlos descázar vn instante. La melancolia, y enperramiento de Amurates le llamarō la muerte, antes q̄ pudiese ver logrado vn palmo de tierra. La enfermedad le iba apretando, y las pocas esperanças de vida, le izo llamar à su ijo Maometo, encargandole aquella guerra, y advirtiese, nūca tuviese en poco à Castrioto, q̄ le podia poner en mucho cuydado, q̄ cō el gobierno de su Inperio le dexava el cargo de la vengança. Muriò segun lo mas cierto de vna apoplexia, arto de beber vino, y culpavāle todos de grā borracho, cō q̄ ni era Cristiano, porque no tenia la Fè de Cristo, ni

era moro, por q̄ no gnardava la ley de Maoma. Enbalsamarō su cuerpo, y llevarō à la Ciudad de Bursa en Asia, dōde entōces teniā su entierro los Enperadores Otomanos. Luego al pūto todos los Baxaes, y Capitanes del exercito dierō à Maometo la obediēcia, como à su Rey. Fuele forçoso, aūq̄ cōtra su voluntad, levātar su cāpo, por q̄ antes queia tomar à Croya, y agora le era forçoso ir à cumplir cō las ceremonias de su coronaciō, y entablar cō seguridad su Reyno.

Desocupado el campo, entrò Castrioto en Croya dōde le recibierō cō grādes alegrías, salva, repique de cāpanas, oguerras, y regocijos, p̄ emiò à muchos la fidelidad, y agradeció à todos la resistencia al Turco, doblò las pagas à los soldados, y diò vestidos, y à Vranacōtes en la Provincia de Ematia diò quatro villas por su valor, y le izo señor dellas. Descázarō agora, y respirarō todos los Príncipes comarcanos, q̄ estavā suspenso, y medrosos de la venida deste enemigo. Los Cristianos embiaron sus embaxadas



xadas solemnes à Castrioto, en especial el Papa Nicolao, Ladislao, Rey de Vngria, y Felipe Duque de Borgoña, dándole no solo muy onrosos parabienes, sino grâdes cãtidades, para socorrer las muchas necesidades q̄ tenia: y mas que todos se esmerò el Rey D. Alõso de Aragõ, singular aficionado à Castrioto, q̄ demàs de grã suma de ducados, le embiò trecientas mil fanegas de trigo, y cien mil de cevada, por q̄ supo no averse sèbrado vn grano en Epiro, por las guerras. Demàs de esto jūtò gran numero de albañiles, cãteros, cuchilleros, cerrageros, carpinteros, y de todos officios para q̄ restaurasen en el Reyno lo q̄ avia padecido.

Ya q̄ estava desfogado, le instaron los Principes de su Reyno les cunpliese la palabra de casarse, pues mas estimava verle cõ sucesion q̄ libres del Turco, cometiòle à sus parientes, y le buscarõ por muger à una ija de grã señor de su estado. Celebrarõ sus bodas cõ grâdes alegrías, y el Rey D. Alõso de Aragon le hizo agora vn presentetã ri-

co q̄ aũ no querid recibirle, sino fuera por las instancias de los suyos. Embiòle en recõpẽsa grã cãtidad de cautivos Turcos, ropas, y muchas alajas, y quedò entre los dos grande amor, y ermandad.

Tenia Amurates quando murió 85. años, y Maometo su ijo 20. quando enpeçò à reinar. Las crueldades suyas fuerõ grâdes, pues para quitar la vida al q̄ se le antojava, fingia acusaciones falsas, y con ellas les dava la muerte. Su ambicion fue mayor q̄ la de todos sus antecesores, y para jũtar mas reñoros, mas q̄ todos robava à sus vasallos, cargandoles de pechos, y tributos. Era tan escaso, que por no gastar comida, y vestia como el moro mas baali, y barbaro. Vivissimo de entendimiento, y tan cruel, que aun sus parientes fueron los que mejor porbaron sus azeros. Torpe, y desonesto, sin quedar torpeça que no executase. Valiente soldado, de gran sufrimiento poco sueño, y no bebia vino. Fingiafe muy religioso, aprendiò las lenguas Griega, Persa, y Araviga,



amigo de leer historias, y aficionado à la Astrologia, conforme à la qual disponia sus acciones. De su crueldad se sacò algun fruto, poniendo à su Reyno tan limpio de ladrones, que por qualquiera parte, y à todas horas se caminava con seguridad, sin peligro alguno. Era pequeño de cuerpo, su semblante arrebatado, y feroz, en que mostrava su condicion, la nariz corva, y el color cetrino. Tan doblado en sus miémbros, que en todo el palacio de su padre, no avia quien iziese pruebas de fuerza, y valétia, como èl.

Ya entablado su Reyno, y Castrioto el suyo, quiso que pagasen los Turcos lo que no avian dexado senbrar en Epiro. Saliò con sus exercitos, aziendo entradas, robandoles los ganados, cogiéndoles el trigo, y cevada, cautivandolos, y causando grandes molestias. Llegavan las quejas continuas à Maometo, que escarmentado de tantos exercitos, y tan sin fruto, no queria agora moverse à nueva guerra. Enbiòle ca-

pitulaciones, para que pagase cada año diez mil ducados de tributo, que su padre Amurates le avia pedido, y con esto le dexaria en paz. A que respondió Castrioto, que quedava enojado por la proposicion, y que aun quedado iguales de vna à otra parte, con dificultad admitiria las pazes. En esta ocasion estava Maometo embarcado cò la guerra del Persa, q̄ le apretava mucho. Valiòse Castrioto de la ocasion, y fortificando sus plazas, y aziendo nuevas fortalezas para prevenirse, le bolviò à entrar en sus tierras, aziendo grãdissimos daños, y robando à los Turcos esta no dexarles camisa en el cuerpo. No se pudo gozar mucho en este còrento, porque tuvo aviso q̄ aviendo cesado la guerra de Maometo con el Persa, juntava poderoso exercito contra Epiro. No se le izo dificultoso de creer, por ser entrada de invierno: y lo senria mas por allarse sin gente, armas, ni bastimento.

Vinose à la frotera, donde juto cinco mil ombres, el

cas-



castillo nuevo, q̄ avia echo en Modriso, desde donde se registra gr̄a parte de tierra, y le reconocian enemigos, disparò piezas, avisando la llegada de los Turcos, que erã doze mil cavallos, à cargo de va Capitan llamado, Amesa. Venia caminando à largas jornadas, por allas desprevenido à Castrioto. Esperòle en vn monte aspero, donde diò tal combate à los enemigos, que los degollò, y izo prisionero à su Capitan, quedaron muertos siete mil, y de los nuestros solos treinta. Diò Castrioto à su sobrino Amesa al Capitan, para que dispusiese del, conforme à su interès, y à los soldados el despojo que fue mucho, y rico. Entròles las tierras, y sacò dellas gr̄a pirukla de ganados, y bastimèto para los suyos, que no sembravan por las continuas guerras. No quiso vsar con los cautivos con la crueldad que ellos tienen con los Cristianos, llegando à Croya, mandolos traer à su presencia, quitòles los grillos, tratò al Capitan prisionero

Amesa con mucha vniidad, y concertaron su rescate en treze mil ducados. Llegãdo las nuevas à Maometo, y viendo à los que escaparon sin armas, ni videras disimulò su rabia, diziendo que se avia perdido poco, pero vièdo que le pedian treze mil ducados para el rescate, enpeçò à blasfemar cõtra Amesa, llamãdole traidor, cobarde, y que por su culpa se avia perdido aquelexercito. Esto azia, y dezia por escaparse de dar el dinero. Tanto puede la avaricia; quietaronle sus grandes, diziendo, que no estàn las batallas en manos de los ombres, y que ninguno jamàs pelea para perderse, sino para vencer, pues no es milagro que tal vez entre muchas ocaßiones buenas, aya alguna mala: y q̄ si asistraya à los vencidos, no avria quien le quisiese servir. Quietòse con esto, y pagò el dinero. Y diò Castrioto libertad à los Cautivos.

Antes que Amesa llegase à Adrianopoli, muchos Turcos que querian ganar duto con Maometo, le per-



suadieron enbiase otro exercito. Debreas, Capitan muy atrevido, se ofreció à vengar en Castrioto estas injurias. Llegò Amesa, vieronse, y abló de la valentia, y fortuna del enemigo, cosa que cò arto pesar oia el Capitan: pero por no parecer cobardia, prosiguiò con el intento. Iuntò quinze mil cavallos, y antes que vujesen dexado su tierra, y entrado en la de Epiro, ya estava cò ellos vna noche despues de aver padecido vna gran tormenta de agua, vientos, y rayos, por el mes de Março, en que sucediò esto. Diòles la batalla, y los Turcos enpeçaron à pagar su ofadia. Al amanecer cobràdo animo los nuestrs, acabaron de derrotarlos, quedando muertos quatro mil ciento y veinte, y entre ellos su Capitan, à quien Castrioto quitò la vida de vn bote de lança que le entrò por el pecho. Recogieron el despojo, y repartido entre los soldados, puso aora en planicas Castrioto el ir sobre Esferigrado, ò sobre Belgrado. Cosa que le desuadie-

rò los suyos, asta ver los movimientos de Maometo, despues desta detrorra. Izo notable sentimiento en el Turco, y aora aunque sus consejeros, y Capitanes se prometieron mejores sucesos, intentò conseguir a Epiro sin sangre, buscando quien matare à Castrioto. Para esto despachò à vn ombre cò cartas à Dibra, donde estava el Capitan Moyses, à quien el Turco prometia grandes riquezas si le quitava la vida, ò el gobierno de Epiro, ò grandes estados en Turquía; azerle de los primeros ministros de sa Corte, ò por lo menos, sino qui si se matarlo, le dexase, y se pasase con el à su Reyno. O codicia de los ombres, y que poca fidelidad que guardas! Quedòse Moyses enbuelto engrades pensamientos, pasò el Turco à Esferigrado, no le dixo cosa cierta, sino que bolviese. Ponderava las mercedes que Castrioto le azia, pero q̄ por reinar no ay cosa fea. Cò solavase con esta tirania, y endemoniada politica. Bolvió el Turco cargado de jo-



yas para darle, no quiso recibir ninguna, y le despidió diziendo, que èl aria, que Castrioto no bolviese à enojar à su señor.

Buenas esperanças concibió Maometo desta respuesta: pero quiso asegurarse mas en ella, y por molestarle otras guetras, dexò por aora esto, y escribió al Capitan de Esferigrado lo concluyese. Quiso Castrioto poner sitio à esta Ciudad, que esta le dava cuidado, esquivòselo Moyses, diziendo estavan muy prevenidos. Ya enpeçava à obrar la traicion. Dexòse de ello Castrioto, y enbiò à pedir socorros à su amigo el Rey Don Alonso de Napoles, y Aragon, que le enbiò gente, y armas. Con ellas, y su exercito, caminò à poner sitio à Belgrado de Epiro, Ciudad suya, que tenia el Turco. Con ocho mil cavallos, y siete mil infantes, llegó à sus muros, batiendo la Ciudad dos dias continuos, los de adentro por entretener alcançarò treguas de 15 dias. En este tiempo avisaron

à Maometo, que le cogió la nueva en Helespoto, à la lengua del agua, q̄ iba con su exercito à conquistar el Imperio de Trapifonda. Dexòle, y bolviò sus armas à Belgrado. Sus Capitanes le aconsejaron no dexase lo principal, por vna cosa de poca importancia. Resolviose en enviar quatenta mil cavallos con el Capitan Sebalias, para el socorro, y el prosiguiò adelante su conquista. Enbiò aviso à la Ciudad de q̄ se conservasen, q̄ presto estaria cò ellos; llegó sin ser sentido de Castrioto, el qual dâdo en su cãpo, q̄ estava desprevenido, le derrotò, y aun estuvo su persona en grande riesgo de ser muerto, ò prisionero. Murierò en la batalla 5000 ombres de los nuestros, tres mil infantes, y dos mil cavallos. Lloròse en toda la Cristiandad la perdida, porque sabian todos quan bien empleava Castrioto las armas. Aora aprovechandose el traydor Moyses de la caída de Castrioto, enpeçò à alabar en grande manera la grandeza de Maometo.



No quiso azer solo la fuga, por no verse señalado cō el dedo como traidor: procurò levantar à otros, diziendoles, que aquella vida avia de ser siempre trabajar con las armas en la mano: sin mas premio que eridas, hambre, trabajos, y muerte: y quando no muriesen, no tenian à que aspirar. Que mejor seria servir à Maometo, que finalmente tendria atencion, y les premiaria. No allò en muchos acogida su traicion, porque despues de Dios, solo à Castrioto teniã por su anparo. Con pocos amigos se pasó à Esfetigrado, y los Turcos le recibieron con grandes fiestas, dieronle pasaportes para ir seguro, y caminò à buscar à Maometo. Luego que Castrioto supo la traicion de Moyse, la sintiò mas que la derrota de su exercito. Vino luego al punto à Dibra, hizo averiguacion del caso, como fue, y no allandonin- gun culpado, diò à muchos los bienes de Moyse, y especialmente à aquellos a quien avia llegado à per-

sueldo: alabò su fidelidad, y hizo muchas otras, puso en ella persona que la guardase, y buena guarnicion, y se bolviò à su Corte. Croya para repararse de aquella fatalidad, y estar à la mira de los desigios de Sebalias que estava fortificãdo à Esfetigrado, de lo mucho q̄ avia quedado maltratada con la artilleria.

Bolviòse Sebalias à Constantinopla, que ya la avia ganado el Turco, y echo silla de su Imperio, y en ella fue recibido con grandes aclamaciones, porque èl solo avia podido domar à Castrioto. Pasò el invierno, y Moyse por mostrarse servidor de Maometo, y por merecerle le diese el gobierno de Epiro, no cesava de molestarle le diese gente para irle à servir en la guerra, diciendo, que los muchos parientes, y amigos que tenia, solo deseavã verle afomar, para levantarse. Salìo con quinze mil cavallos de Constantinopla à veinte, y cinco de Febrero, cōtra su patria Dibra, en cuyos campos le

cf.



esperava Castrioto, no pudiendose persuadir anniendole à Moyfes, que le fuese tan contrario, sino que queriaazer alguna pesada burla à Maometo, à quien avia prometido Moyfes de pelear cuerpo à cuerpo, y así lo intentò enbiandole à desafiarse, antes que los exercitos entrasen en çapaña. Aun estuvo Castrioto esperandole mucho rato, y repugnando la batalla, asta que ya le era forçosa la defensa. Animò à los suyos, diziendoles bolviesen por su reputaciõ, porque Moyfes dezia, que no queria traer mas gente, porque todos se le avian de pasar à su campo: travòse la batalla teniendo Castrioto seis mil cavallos, y quatro mil infantes, peleando Moyfes con tal rabia, como quien de traidor queria pasar à Rey, enpeçò su gente à descaezet por la mucha que le matavã, y llegando la noche, solo pudo recoger quatro mil Turcos, porque los demãas ya avian dexado las vidas, vengandose en ellos de lo que aviã echo en la de Belgrado.

Perdia el juicio Moyfes con esta desgracia, y sin osar bolver à Constantinopla, se anduvo algunos dias cõ los que le avian quedado en la raya de Epiro, aviendo prometido de allanarla. Los Turcos afrontados, le dexaron solo, y se bolvieron à Grecia. Bolviò à la Corre, dõde oyò mil pesadumbres, diziendole no podia olvidar ser traidor: pues avia llevado à entregar à Castrioto la flor de Turquia. Abonavãle los Turcos que avian ido con el, de muy valiente: pero Maometo indignado, ya que no le quitò la vida, le dexò tan pobre, que no se podia sustentar: no pudiendo sufrir tales injurias, vna noche se huyò, y caminando por partes desiertas, se vino à Castrioto. Pufose vna fogã al cuello, y y arrojòse à sus pies, confesando su culpa, y q̄ executase en el qualquiera pena. Abraçòle el Principe, y le perdonò, y bolviò à restituir en su gobierno de Dibra, y en todas sus antiguas onras, como de antes.

Quando Maometo supo



el buen recibimiento que Castrioto izo à Moyses, entendió, que avia sido otro traidor para consigo. Al tiempo que este procurava con sus echos sacar la mancha de su fuga, pudo Maometo por medio de la comunicacion de vnos Turcos atraer à si à Amesa, sobrino de Castrioto, prometiendole azerle Rey de Epiro con vn moderado tributo. Creyòse tã de ligero, como lo manifestó su priesa, pasandose luego à Turquía, con todo secreto con su muger, yijos en reenes de su seguridad, y de que no aria cosa cõtra su servicio. Era sagacissimo, gran soldado, con grande ardid para ganar voluntades, de afable conuersacion, y fingia, y disimulava cõ gran propiedad lo que queria. Puesto delante de Maometo, le ablo con vna arenga notable, pidiendole perdon de aver dexado el servicio de su padre, y suyo, escusandose con que era niño entõces, y su tio le avia engañado, y que aora al punto que oyò la voz de su mãdato, avia

venido à obedecerle: y que no queria mas de èl, que lo que por sus obras se mereciese. Quedò Maometo satisfecho de sus palabras, mãdò venir à su muger, yijos à su presencia. En viendola, ordenò se les diese con que poder vivir onradamente. Vnos dezian, que avia llevado à su muger engañada, otros, que ella avia ido de su voluntad, creyendo verse señora de Epiro, y esto es mas creible. Aora se ablo de la guerra de Epiro con mas calor, porque Maometo rabiava, viendose tantas vezes vencido de Castrioto, resolviòse à dexar la guerra de Vngria, y levantò cinquenta mil cavallos, y diera mas, si mas le pidieran. Fue por General dellos el Baxà Isaac, y el mal sobrino contra su tio por Capitã de cinco mil. Tuvo aviso Castrioto de las disposiciones, y de que Amesa venia encomendado al Baxà, para que le coronase Rey de Epiro. Iustò sus gentes Castrioto en Dibra, y allò tantos, y tan dispuestos, que antes vno me-

ac-



nestor refrenar su orgullo. Entrò el Baxà por Epiro, talando, y quemando quanto encontraba. Repartiò à los Capitanes los puestos, y entrò tanto en Dibra la superior antes de menear el Baxà sus Esquadrones, llamò à Amesa, y en nombre de Maometo su señor, le intituló Rey de Epiro, blasfemando de Castrioto, y suplicando à Dios, le pusiese en sus manos, para bolverse con el triunfante à Constantinopla. Castrioto se avia retirado, y no parecia, todos se avian alcaido de los lugares, y ni aun que robar allavan en ellos. Tres dias avia que Castrioto se les avia ausentado, y el que no se descuydava, fue dexando atalayas por todas partes para que avisasen de los movimientos de los Turcos. Sintioles en vn valle muy ancho estar descansando, à vnos en sus tiendas, à otros al rezio Sol de Julio, à otros entre los arboles, desensillados los cavallos, y desde el monte Estenusio, los estuvo mirã

do, tanta multitud, con el semblante alegre. Baxò à ellos con toda priesa, antes que pudiesen prevenirse, y el tocar arma cõ tanta priesa los Turcos, fue ponerles mas espanto, juzgando, ò imposible que alli se apareciese Castrioto, ò juzgando que traia algun exercito grandissimo. El primer combate fue con Amesa, que mal prevenidos sus batallones los derrotò, y matò mucha gente. El Baxà que viò sangrienta la batalla, acudiò alli por socorrer à Amesa. Al Baxà saliò Moyfes con los suyos, y entròle por vn costado, cortò sus batallones. La multitud desordenada cõ rã repëtino alalto, no pudo ponerse en forma de batalla, y por la parte que los nuestros cargavanno avia resistencia al morir de los enemigos. Moyfes por facar la nota de lo pasado, peleava por mil. Cantòse la vitoria por Castrioto, y recogierõ 20. banderas principales, y aviendo muerto 60. de los nuestros, de los enemigos quedaron prisioneros mil y quinien-



tos, y los muertos veinte, otros dicen treinta mil. El despojo fue inmenso, así de cavallos, que enfilados, y enfrenados, no tuvieron sus amos lugar de montar en ellos. Muchas y muy ricas tiendas, con pavellones muy ricos, y con grandes prevenciones de bastimentos, y otras riquezas, fueron la alegría de los soldados Cristianos. Mandò Castrioto enterrar à los muertos, porque no causasen pestilencia, y dexò à su exercito goçar la vitoria en el lugar que la avia ganado. Quedò Ameza prisionero, aunque el Baxa escapò huyendo. Mandò Castrioto levantar el exercito, y caminar à Croya, llevando los cautivos delante, y à vn Sanjaco, y à su sobrino detrás de sí, en traje de cautivo. Así gozò la Corona que le diò el Baxa, y así premia Dios tales procedimientos. Fue notable la riqueza que cogieron, y la alegría del pueblo, viendolos entrar con las vanderas de los

Turcos, y las colgaduras de grana de la tienda de el Baxa. A Ameza le pusieron à buen recando, asta ver que se avia deazer de èl, y al Sanjaco con èl. Ya no sabía Maometo queazer con Castrioto, que le tenia por invencible. Vnos le dezian se dexase de aquella guerra, y solo pudiese gente en las fronteras, aunque no seria menester, pues èl solo queria que le dexasen. Otros, que à otro tiempo podria ir en persona. Aora aviendo el Sanjaco enbiado à dos Turcos, para traer dineros para su rescate, le escribió Maometo, enbiandole grande cantidad, para regalar à Castrioto, y procurar de él vnas treguas onrosas. Al darle el dinero le ablo en esto, tonòle Castrioto, diciendo era en recompensa de la perdida de Belgrado, pero en lo demàs no le ablaste. Replicò el Sanjaco, que si quiera por diez años las concediese. No lo pudo conseguir, y se fue à Constantinopla, bien triste, y sin po-



derazer lo que ſu ſeñor le mandava.

Ameſa que eſtava en vna priſion muy dura, ſe la alivio, y con lagrimas, y intercelores, conſiguio el perdono de ſu tio, que como piadoſo le perdonò. Antes de ſalir de la priſion, quiſo para mayor ſeguridad, confeſar con ſu tio el modo de facer à ſu muger, y ijos de Conſtantinopla. Acordarò que fingieſe auerſe huido de la carcel, y volverſe al Turco, diziendo mucho mal de ſu tio, y aſegurarle aſta poder librarlos, y traerlos à Epiro. Pero el triſte, aunque lo fingiò tan bien, nuncabolvio à la gracia de Maometo, y murió de triſteza, no ſin ſoſpechas de veneno. Maometo embiò dos Capitanes Turcos que cò dos exercitos guardafen las fronteras, los quales nunca ſe movieron àazer daños, ſolo à inportunarle à Caſtriotto por vnas largas treguas: acompañandofus palabras cò ricos presentes, y regalos. Conocia bien Caſtriotto las trayciones de los Turcos, y ja-

màs quiſo dar oidos à eſtos tratados, ſi primero no le entregavan ſus dos Ciudades de Eſferigrado, y Belgrado.

En eſte tienpo el Rey D. Fernando de Napoles, y Aragon, ijo del Don Alonſo, q̄ tanto quiſo, y ayudò à Caſtriotto, ſe viò turbado de la poſeſion de Napoles, q̄ pretendia para ſi el Duque de Anjous, Francès. Enbiòle à pedir à Caſtriotto le ſocorrieſe. Y lo que jamàs el Turco pudo conſeguir de Caſtriotto en las treguas, ahora èl ſe las pidió por vn año. Aſi ſe arrastra vn pecho noble, y agradecido. Sentada ya, dexò el gobierno del Reyno à ſu muger, y à otros ſeñores, que la aſiſtieſen, y embiò à ſu ſobrino Goyo con quiniètos caballos à Sicilia, que embarcò para que entretuvieſe por allí al Francès. Caminò con ſu gente à Ragufa, donde allò navios, y galeras para embarcarſe. Fue caminado à la Pulla, y enderecò ſu armada à vna Ciudad, donde el Rey Don Fernando eſtava ſitiado de



sus enemigos. Los quales viēdo à Castrioto saltar en tierra cō la gēte sin mas esperar huyeron. Grāde alegría fue la del Rey, viendo q̄ sola su llegada le avia puestto en libertad, abraçarōse cō legri-  
 mas, llorādo la falta del buē Rey D. Alonso. La gente de la Ciudad, que supo la llegada de Castrioto, salia à mirarle como à prodigio. Al dia siguiente q̄ vuo descansado, salio à algunos lugares que ocupavan los Franceses, y aviendolos saqueado, bolviò rico, con mucho tesoro, ropa, y ganados, que les quitò, y repartiò en su exercito, y en los de la Ciudad. Echo consejo con el Rey, pasò Castrioto à tierra del Abruzo, llevando consigo al Rey, porq̄ los Franceses no bolviesen à cogerle en la Ciudad, y allà esperarían la gente que enbiava el Papa, para juntarla con la suya. El Conde Iacobo Pecenino, vno de los contrarios del Rey, temiendose el valor de Castrioto, y su gēte, quiso ablarle; y aun dizen q̄ matarle cō traicion. Llamòle, y aplaca-

ron para el dia siguiente las vistas. Tuvo aviso Castrioto de la traicion, y enojado, publicò, q̄ à otro dia se la avia de pagar; con esto se bolviò à Bari, dōde estava alojado, y Pecenino se estuuo en su exercito. Al dia siguiente dispuso su exercito de modo, q̄ en aquella batalla se cobra se el Reyno de Napoles, diò al Rey la mano izquierda, con la Cavalleria Aragoneta, à Moyses la derecha cō la de Epiro, y èl tomò el cuerpo de la batalla. Pecenino diò à la Cavalleria Francesa la derecha, y à los Italianos la izquierda. Estando a punto mandò Castrioto azer señal, y chocando èl cō Pecenino, y Moyses con los Italianos, tal carga les dieron, que aun los Franceses, sin llegar à pelear de smayaron, y cargando sobre ellos el Rey, les degollaron 4000. ombres Franceses, y cogieron veinte y cinco vanderas, con mil prisioneros, quedando muertos mil ombres de el campo del Rey. Castrioto recogio el Real, y con el Rey Don Fernando caminò



à Napoles, donde fue recibido. Aora le quedava facar vna Ciudad de poder de vn Governadar, que de Sicilia se le avia revelado, fueron allà, y ablandole Castrioto, respondió, no avia si el Rey no le pagava, no se que cautidades. Cerrò Castrioto cò el, y cogiendole entre los brazos, le puso en el suelo, donde llegaron los suyos, y le prendieron. Luego entregò la Ciudad, y fortaleza, pidiendo le dexase pasar con su ropa à Sicilia. Otòrgòselo, y se fue, y entrò en ella el Rey Don Fernando, como fu natural señor.

Todo pacificado, bolvieron Castrioto, y el Rey triunfantes à Napoles, donde llegaron Embaxadores de el Papa Pio, y de muchos señores de la Italia, dandole el parabien de la vitoria, y ricos presentes. El Papale còcediò muchas gracias, y favores para su tierra, y prometìò, que en pasando, como pensava con el exercito Cristiano contra el Turco, le darìa la Corona de Rey de Egipto, Macedonia, Aca-

ya, y Tracia, y de toda la Romania, y avia Capitan General de la Iglesia, y de el exercito Cristiano. Con esto, aviendo restituido al Rey en su Reyno, quedando pacifico, pasado el año de las treguas, se bolviò à su tierra. Los agradecimientos de el Rey, fueron notables, diòle algunas Ciudades en su Reyno, muchas riquezas, à sus soldados embiò muy remediados, y con lagrimas falliò à despedirle. Acompañaronle muchos señores, festejandole con solemnissimos recibimientos por donde pasava, y embarcando su gente en la Pulla, con buen tiempo llegaron à Durazo de Macedonia, que oy se llama Albania. Saltaron todos en tierra muy contentos, caminaron para Crova, aziendoles muchas fiestas los pueblos por donde pasava, asta llegar à su Corte, donde allò todas las cosas muy à su gusto. Izieron grandes regozijos, alegrías, y fiestas por su venida, y luego fueron entrando muchos



chos Embaxadores de los Principes comarcanos, dándole el bien venido.

Aora en este año bien se avia olgido Maometo, y como cavallo sin freno, avia echo grandes males en tierra de Cristianes. Apenas se pasó el año, quando sin dexar descansar à Castrioto quiso de golpe entrar en el Reyno de Epiro, y à Sinan, vno de los Capitanes de la Frontera mandò, que con veinte mil cavallos entrase con toda priesa à destruirle. Tuvo aviso desto, salió con ocho mil ombres, y cargando sobre él, le diò tan cruda batalla, que le matò la mayor parte parte de la gente, y cogiò todo el bagaje, quedando sus soldados ricos, y con grã cantidad de dinero, y ropa del enemigo. Poco despues vino A sanbego, con otros treinta mil ombres. No parecia sino que Maometo le iba enbiando gente para que la destrocasse, ò no se de dõde avia tanta que poder matar. Diòle la batalla, y dexado su campo destruido, y su gente muerta, escapò erido.

Al día siguiente fue assado, y preso traíole consigo Castrioto à Croya, donde entrò triunfante. Curòe las eridas, y regalò mucho, y estando convalecido le diò libertad, con mucho gusto. A este se siguiò Iulumbego, q con diez y ocho mil ombres venia. Saliò à él, aun antes de entrar en Epiro, y asombrado de ver que su animo pasava à pelear entre tantos enemigos, peleò con brio, y cobrando grãdissimo temor, le boviò las espaldas, y tras él su exercito, que en el alcance se dexò dos mil Turcos muertos, sin querer coger cautivos, ni enbaraçarse. Despues vn pobre viejo, muy arriscado, queriendo remocarse, pidió exercito à Mahomero. No dudava de darlos, por si alguno avia q marase a Castrioto, y no reparava en los que le matava à él. Vino con treinta mil cavallos, publicando de si mismo, que Carazabeja solo avia de matar à Castrioto. Dixo d'él, que mas le temiera solo si fuera moço, que à todo su exercito. Buena pue-



Ba de que era gran soldado. Sentó su campo junto à Dibra, que allí era el matadero de los Turcos, y le destrozò quatro mil cavallos que avia enbiado delante, y el buen Carazebago, temeroso, se bolvió à Constantinopla, que se lo agradeciò Maometo, porque no se avia puesto en mayor peligro à sí, y à su gente.

Viendo que no avia medio para vencer à Castrioto, tentò por paz, y le enbiò un Embaxador con carta, la fecha en Constantinopla à dos de Mayo, de mil y quatrocientos y sesenta y vno. Pidiéndole diese paso à su exercito por su Reyno, contra Venecia; que sentasen paz, y entregase en rehenes à su ijo, y que fiado en su Real palabra, y seguro, se viniese à Constantinopla, y permitiese comercio de sus mercadetes en su Reyno. Respondióle Castrioto, negandose lo, solo admitiendo el comercio de los mercadetes. Bolvió el Turco à responderle à dos de Junio, con palabras de grande amor, con-

tentandose con lo que él queria solo, que era el comercio, pidiéndole pazes, dándole el derecho de su Reyno, sin que jamás bolviese à molestarle en él. Consultò con sus Principes, y Consejos la proposición, conociendo que el enemigo rogava, y que les estadia bien el comercio de vnos con otros, y se publicaron las pazes en Constantinopla, y toda Turquía, y en Croya, Epiro, y Albania.

Poco duraron las pazes, porque fueron trayedoras, y ya que no fueron para azer daño à Castrioto, fue para asegurarle, y azer guerra à los Venecianos, que eran sus amigos. Padecieron muchos daños, y ellos le pidieron le iziese guerra, prometiendo gente, y dineros, pues por su paz la avia echo à ellos el Turco. Respondió Castrioto no queria, y el Embaxador se bolvió muy triste. Persuadióle à la guerra el Arçobispo de Dirraquio, grande amigo suyo, y de los Venecianos. Mandò azer gente contra él, y en-



tró por sus tierras, aziendo una gran matança, y trajo la gente de sus fronteras de tierra del Turco, y de laazienda de Maometo, tres mil yeguas con sus crias, y de los demás, sesenta mil bueyes, y ochenta mil cabeças de ganado menor, sin otras muchas cosas. Efeivió le Maometo con grandissimo sentimiento, llamádole falso, fementido, ladrón, y ajenaçando, que se la avia de pagar. Castrioto à èl le respondió con otras peores, y tratandole de traidor, falso, titano, sin palabra, ni fee. Aora recibió Castrioto cartas del Papa, animandole à la guerra, y auisandole, se estava previniendo para ir en persona con su exercito, que se enbarraría en el puerto de Ancona, para ir à Epiro, donde le daría la Corona de Rey, y Capelo de Cardenal al Arçobispo de Dirraquío, y que se adelantase aora à publicarle al Turco la guerra. Quitòle Dios la vida al Pontífice, que si saliera, no quedara Principe Cristiano,

que no ayudara à tan santa guerra, y estos cruces enemigos de Dios, y de su Iglesia, no vueran crecido tanto, con tanta ruina de la Cristiandad.

Aora irritado Maometo embió vn exercito de catorze mil cavallos, à cargo de Seremecio, su Tesorero general, con quien venia vn ijo suyo. Echó Castrioto algunos cavallos delante, con orden, que fuesen trayendolos adonde èl quedava en emboscada. Quando los vió junto à sí, salió à ellos, con tan cruel furia, que le mató mucha gente, y prisioneros sus Capitanes, quedó sin ellos Castrioto, y vencedor. Executó Maometo en los prisioneros horrendos castigos, quitandoles la piel à todos, aun estando vivos, con que les dió la muerte, bien al contrario de lo que Castrioto avia usado con los prisioneros, que tantas vezes avia regalado, y enbiado, ò por sus rescates ò en salvo,



Bolvió el Turco à en-  
biar à Ballabano , con trein-  
ta mil ombres , para que  
pues avia enpeçado à apor-  
tillar la fortaleza de Cas-  
triotto , la profiguiese : pe-  
ro le salió tan mal , que  
oyendole vna noche venir,  
quando todo su campo re-  
posava , dió gritos al ar-  
ma , y saliendo al enemigo,  
le matò la mayor parte de  
su gente , y los demàs es-  
caparon , aunque queda-  
ron muertos algunos de los  
suyos. Otras dos vezes le  
venció , con grande credi-  
to , aunque en vna de ellas,  
se vió en peligro tal , qual  
nunca asta entonçes se auia  
visto. Pero Dios , que le  
guiava , le guardò en esta  
ocasion , quitando la vida  
à veinte y quatro mil Tur-  
eos , seis mil cautiuos , y  
quatro mil de rescate , y  
increible riqueza. Perdia  
aora el juicio Maometo,  
mas que en ocasion algu-  
na , y enbió à dos traido-  
res , para que fingiendo  
ser Christianos , ò queter  
ferlo , y recibir el Bautif-  
mo , se introduxesen con

Castriotto , y con hietro,  
ò veneno le quitasen la vi-  
da, Bautizaronse , y descu-  
briendose el vno al otro,  
fueron aorcados. Si Mao-  
meto no venia llenando à  
toda Epiro de gente , le  
pareció no negociava cosa  
alguna ; formò vn exerci-  
to de docientos mil om-  
bres , enbió à Ballabano  
delante con ochenta mil ca-  
vallos , à quien siguió con  
ciento , y veinte mil in-  
fantes. Atormentò al mun-  
do con su venida. Puso si-  
tio à la Ciudad de Croya , y  
teniendo tratos con algu-  
nos pueblos de la Provin-  
cia de Chaonia de Epiro  
se le entregaron. Pasò à  
cuchillo à ocho mil per-  
sonas , viejos , mugeres , y  
niños , y con eso se bol-  
vió contento à Constanti-  
noplá , mandando à Balla-  
bano , que no levantase el  
sitio asta tomar la Ciudad.  
Puesto animo en los suyos,  
y dexando las cosas à buen  
recaudo , salió disfrazado  
de su Reyno , y vino à Ro-  
ma , à ver al Pontifice  
Paulo Segundo. Recbiòle



en Consistorio publico alabandole por el mayor Capitan que conocieron los siglos. Pidióle socorros, pues de no darfe los tenia Maometo animo de tragarse à toda la Cristiandad, y à Roma la primera. Izole muchos favores, dióle mucho dinero, y joyas para socorrerse, y à toda priesa se bolvió, para no azer falta en su Reyno. Ballabano, que perfido vasallo suyo, y renegado venia aora otra vez por Capitan contra él, apretó bastantemente à Croya, y valiendose Castrioto de lagente que concurrió de Epiro, Ilirico, Dalmacia, y Macedonia, fue tal el asalto que dió al enemigo en sus trincheas, que le temió, y disparando vn soldado vn molquete, entró la bala por la garganta à Ballabano, y cayó muerto el renegado. Huyó su campo viendose sin cabeza.

A ora no sabia que azerse Maometo, y perdido el color, triste, y enojado no vuo quien en muchos dias pudiese verle. De laogose

algo de su rabia mortal, y mandó juntar otro exercito como el pasado, para ir en persona sobre Castrioto, y su Reyno. Iuntóle con brevedad, y puso se sobre Croya, que siempre fue la tema de su porfia. Enbidò à dezir à los de dentro le diesen la Ciudad, y la respuesta fue gran numero de cañonazos, conque le mataron mucha gente. Las salidas que azian de la Ciudad, y los rebatos que continuamente le dava Castrioto, no le dexavan vna ora de sosiego, y segunda vez amedrètado, levantó su campo, y enpeçó à marchar, dexado libre otra vez la Ciudad. Son indezibles las batallas que dió Dios à este su esclarecido Capitan, pues desde que los ombres enpeçaron à tener guerras, asta oy, jamás se à visto à otro ninguno vencer tantas, y tan continuadas, matando tantos millares de gente, destruçando tantos exercitos, destruir tantos lugares, azer sacos, y destrucciones tantas, lograr tantos tesoros, como este esclarecido Capitan



ran de Iesu Cristo, que así se apellidava él à sí mismo. No faltá quien diga, que murió de veneno. No se me aze increíble, porque vn enemigo tan poderoso como el Turco, lo conseguíria con las promesas, y diligencias que continuamente hizo por esto, y quitarle la vida con traiciones, ya que no podia con armas.

Llegòse el dia, en que nuestro Señor, quiso llevarle à descansar à su gloria, y de la milicia de esta vida, colocarle en el eterno descanso, y darle mejor Reyno, y con mas quietud, que el que tanto avia defendido. Diòle la vltima enfermedad, q̄ le derribò en la cama, y aorá izò el mal lo que tantos enemigos jamas pudieron azer. Llamò à su ijo Iuan, heredero de sus estados, à quien diò muchos consejos, encargandole el amor de sus vasallos, la fidelidad con la santa Iglesia Romana, amor, y renior al Vicario de Iesu-Cristo, y continua vigilancia para las cosas de el Turco. Muchos avisos aconpa-

ñò à esto, para que amase la virtud, no fuese vicioso, antes procurase en todo ser exeplo à sus subditos. Recibió los Santos Sacramentos con grã ternura, y devociò, y entregò su espíritu en manos de su criador, à diez y siete de Enero, de mil quatrocientos y sesenta y seis, siendo de sesenta y tres de edad. Fue desconsolado el dolor con que llorò el pueblo su falta, y como si en cada casa vuiera faltado Padre, ò Madre, y todo su consuelo, así eran las lagrimas, y suspiros. Izieron sus exequias, y enterraron su cuerpo solemnissimamente en la Ciudad de Alessio, en la Iglesia mayor de San Nicolas. El cavallo en que andava Castrioto, y en que salia à las batallas, en el instante que espirò su amo, se enbraveció de modo, que se puso como rabioso, y no consintiendo à ninguno sobre sí, poco despues espirò. Como que el bruto no queria mas vida, faltando la de Castrioto. Despues de muchos dias, bolviendo los Turcos à to-



mar à toda Epiro , y llegando al sepulcro de Castrioto, trataron su cuerpo con la veneracion que si fuera de Santo, à quien ellos quisieran mucho. Cogieron sus huesos, y teniendo por dichoso el que podia alcanzar vna parte, engastados en oro, y plata, se los echaron al cuello, para gozar de tal esfuerço, y dicha como Castrioto avia gozado. Asi le premiò Dios en muerte, cõ la estimacion que del izieron sus enemigos, que como Cristo, Señor nuestro arrojò del Templo, y de su Casa à los Judios que le profanavan, destruyendoles sus mesas, aziendas, y ganados, que arrojò fuera de el; con esfuerço, y ayuda del mismo Señor, arrojò Castrioto de su casa, y de su Reyno à los Turcos. Mostrò en su esfuerço, y en su braço la señal de la espada, y Cruz que Dios avia puesto en el, para que se conociese la potestad que su Magestad le dava cõtra los enemigos de su santo nombre; pues así los Judios pregun-

tavan que quien le dava poder para obrar, no queriendo conocer que era Ijo de Dios, y eredero legitimo en toda la casa de su Padre.

## CAP. II.

*La opinion grande de Iesus Cristo trae à sí a los ombres estrangeros, para verle. acredita el Padre Eterno à su Magestad, en presencia de muchos, y los que crecen en el, no se atreven à manifestar dicipulos, por temor de los Judios.*

## Texto, y Moralidad,

**E**L Concurso de Ioann. Ierusalen en 12.

Estos dias para celebrar la Pasqua, era infinito, y à ese conpasa fama que bolava por todos de las maravillas, y persona de Cristo. Estava su Magestad predicando, y enseñando, el auditorio era mucho, y era dificultoso llegar adõde estava, y vnos gentiles, deseando conocerle, vinieron à San Felipe, que era de Bet-

Saida



Talida de Galilea, diziendole:  
Señor, queremos ver à Iesus.

Siempre fue de estimaciõ qualquiera accion linçia de interès, y el obrar, sin llevar este objeto arrastra las voluntades, aun de los que son mas retirados. Muchas ocasiones leemos en el sagrado Euangelio, de que los onbres buscarõ à Cristo, y las mas era ir à pedirle el remediõ en sus necesidades. Ya les llevaba la esperança de la consecucion, y el deseo de alcanzar lo que buscavã: pero estos gentiles no leemos que tuviesen mas motivo, que, ò su curiosidad ò devocion. Quiere Dios, que le busquemos, y por nuestra conveniencia nos lo avisa muchas vezes, à cada passo nos estãn ambos testamentos dando gritos con voces de aquella soberana Magestad, para que lleguemos à à allarle; pues no se niega, ni à nuestras diligencias, ni à nuestras peticiones.

Siente Dios mucho el llamar, y que no le respondamos: y como si el buscar-

le nosotros fuera conveniencia mas suya que nuestra, se regocijan asta los Angeles del Cielo, y azen fiestas, porque los onbres se dan por entendidos à sus divinas voces, y con prontitud acuden à su llamamiento. Y quando el onbre se despierta à si mismo, se llama, y se desembraça para buscar à Dios, se conoce que tiene gana de allarle.

Primero que entrasen à ablar aquella Magestad soberana, comunicaron su intento à San Felipe. O fuese, porque facilitase la entrada, como de casa, ò fue porque no siendo Judios, y conociendose sus idolatrias, presumieron lo despediria el Señor. Los que en el mundo tienen vna pretension, buscan vna favor, y intercesor para la persona con quien an de negociar: para que la autoridad de el que ruega, y sus meritos de suplemento al que pide, y por su intercesion se aga. Son los santos los que con  
dos



dos continuamente están negociando nuestros despachos, y como à amigos suyos les dà gratos eidos, y por su medio concede el efecto de nuestras peticiones. A la primera palabra de estos onbres se le concede lo que piden. La Cananea era tambien gentil, y le costò muchas diligencias, y suplicas: Pues como el Señor aquí tan pronto para consolar a estos onbres: y tanto se aze de rogar allí? No siempre que pedimos à Dios, concede, sino lo que està mejor à nuestra alma, y esto otorga. Esa es la causa, dize S. Iuan en su Canonica, porque no recibimos, y nace del pedir mal. Si pedimos à Dios lo q̄ mas conviene à su onra, y gloria, y nuestra voluntad la resignamos en la suya, nuncaniega lo que nos es de provecho. La Cananea buscava à Cristo, para pedirle salud à su enfermedad. Estos Gentiles. no por necesidad le buscavan temporal, sino quizà por devocion: y à estos luego al punto se les dà puorra, y à aquella se le nie-

ga, asta que à mostrado tener Fè.

Luego que ablaren à Sã Felice, llegò à ablar à San Andres, y ambos juntos se lo dixerò à su Magestad. Pocas horas de dilacion pasaron estos onbres en esto, y los Apostoles con brevedad se ofrecieron à la intercessor, y aquella Magestad soberana luego se deò ver. En aquella Corte con facilidad se negociava. Vno de los mayores trabajos que tienē los que pretenden, es la molestia q̄ padecen en los Palacios con estas dilaciones. Ni sienten la falta que azen en sus casas, ni la azienda que se les pierde por su ausencia, ni los gastos que tienen exorbitantes, sino las carreras, viages, intercesiones, suplicas, y cortesias para aver de ablar à vn señor, y despues de aver ido vna, y muchas vezes, con aguas, soles, frios, y malos temporales, y esperan vna ora, y dos oras, mediò dia, y todo vn dia, les responden, que no ay lugar de ver al señor, que no pueda llegar à ablarle, que



que à dado orden que no entre ningun criado, y està el pobre pereciendo, y gastandole, esperando. Ante dicho que es imposible verle; viene vna visita de otro señor, ò que es de su conveniencia, para este està la puerta abierta, y para el pobre està cerrada. O Palacio de Dios, y con que facilidad se negocia ent! O Corte soberana, y que abiertas tienes las puertas para todos! Sin detencion ninguna fue San Felipe à ablar à San Andres: y el santo viejo luego al instante se comidió à ablar à Cristo, para que aquellos ombres tuviesen aquel consuelo. No se izieron de rogar. No pusieron imposibilidades, no vendieron por fineza la intercession, no ablaron palabra que se la dease à dar à entender era mucho favor el que azian, no se movieron por interes. En aquella escuela santissima obravan los discipulos ajustados à las reglas de su Maestro. Su Palacio no se conocia, pues como èl mesmo dixo: A las raposas les sobra vna cuebe

uela donde recogerse, y el ijo del ombre no tiene donde reclinar la cabeça: y aun quando se le conoció, q̄ fue al nacer, fue vna cueba, donde se recogia algunos ganados. Su cavalleriça tuvo tan pocas carroças, cavallos, y zemilas, que para aver de entrar triunfante en Ierusalen, fue necesario pedir prestado vn jumentillo. Sus ministros andavã tan pobres, y tenian tan pocos regalos, q̄ tal vez para sustentarse, fue necesario coger vnas espigas, y desgranarlas entre las manos. Vno solo vuo, que era interesado, y quiso aprovecharse del officio San Iuan le llama ladrõ. *Fur erat*: pues con pretexto de obra pia, y de dar à los pobres, queria robar, y convertir en vtilidad faya el precio del vnguento con q̄ Magdalena vngió à Cristo de ladrõ, y codicioso, izo pasadizo à ser traydor, y vino à morir aorcaido. Aun con ser primos, y el vno el querido mas que todos, porque pidieron sillales dió una repreension. Negociavan todos con amor, y



el interès era para las almas, y para la gloria, y onra de Dios.

Predicòles en esta ocasion à todos, dandoles documentos con el grano de trigo, q̄ si muere en la tierra, fructifica, y diziendoles: el que me sirve, sigame, que donde yo estuviere, estará mi ministro. Como si dixera, yo soy el Iuez, yo soy el superior, vosotros sois mis ministros, y quien està en mi casa, à de seguir el porte que yo tengo, y à de regular sus pasos conforme à las huellas que yo le dexo estanpadas: que yo le darè el premio en mi cõpañia, y al que me sirviere, le onrarè à mi Padre.

Amonesta el Señor, que le sirvan con fidelidad, y promete, que al que le sirviere, le corresponderà la onra por mano de su Padre Eterno. En el tribunal de Dios, los ministros que sirven bien, salen onrados: y en algunos tribunales del mundo, el pago que suele llevar vn buen ministro, es vna desonra. Cuida Dios

de premiar, y onrar: y algunos Principes se olvidan tanto de sus obligaciones, en que estàn à sus criados, que si Dios no los socorre, jamás se acuerdan dello. Los que no lo àn servido sò quiè consigue los premios, y los que lo àn trabajado, no alcançan, ni onta, ni provecho.

Leuantò el Señor la voz à su Padre Eterno, pidiendo ensalzase, y esclareciese su santo nombre. Y oyòse otra del Cielo, en que el Padre Eterno respondiò: Le è esclarecido, y otra vez le è de esclarecer.

La gente que oyò esto, y estava con su Magestad, divididos en opiniones, decia vnos, que avia sonado vn trueno: otros, que vn Angel le avia ablado à su Magestad.

Tan varias son las voces de vn vulgo en vna misma cosa. Todos la oyen, y cada vno discurre, y ninguno dize lo que es cierto. Si en lo que es bueno ay tanta variedad, que se puede esperar de lo que no es? Segun



se infiere de las palabras que se siguen, no solo no sacaron fruto ninguno de esta voz, y de la plática que les tuvo, sino que endurecidos los coraçones, le pusieron argumentos, y replicas à ellas, y el Señor se escapò de entre sus mànos, y se escondiò: *Abijt, & abscondit se ab eis.* Después de tantas señales, dize el Euàngelio, que sus coraçones estavan tan endurecidos, que no creían en él. Tanto puede la malicia ymmana, y tanto se dexan los ombres llevar de el demonio, para perseguir à vn justo, que cierran los oidos à su defengañò, y los ojos; para no ver cosa con abono del que persiguen: y à las voces de Dios dizen que son truenos, y ruido.

A tantos milagros, à tan visibiles señales, ciegos los ojos, y endurecidos los coraçones se muestran, y ni estos son bastantes à reducirlos al conócimieto de su Divina Magestad.

Oyen la voz del Cielo, y quando devieran confe-

sar à Cristo, se ponen de modo, que su Magestad se escapa de entre ellos. Confiesan, que es Angel el que le à ablado, y quando el ver, que el Cielo le favorecia de ese modo, deviera ser motiuo para que le venerasen; de ay le roman para nueyamente perseguirlos. Suele el Señor mortificar à sus siervos, y ponerlos en tales aprietos, para que así crezca su merecimiento.

Permite que el demonio les busque persecuciones, por lo que es bueno, como si fuera malo; y al mismo paso que así se van viniendo más estrechamente con su Magestad, así van Sarandás mas fuerromente entredando à aquellos de quien se vale para labrar esta Corona de paciencia à todos los iustos.

Con todo eso dize el Euangelista, muchos de los principales creían en el Señor; pero no se atrevían à confesarle, porque los Fariseos no los echasen de la Synagoga.



Green que ay Dios, saben que ay Dios, y no se atreven à confesarle, por no perder sus contodidades. No quierẽ que se oyga en su boca su santo nõbre, porque no les priven de sus oficios. Estimã en mas la estimacion de los õmbres, q̃ la gloria de Dios. Quieren ser malos con los malos, porque si parecẽ buenos, no arãn caso dellos. El que el mundo los mire, y aga caso dellos, lo tienen en mayor reputacion, que el confesar à Dios. Olvidan vna gloria eterna, por la gloria, y vanidad que dura quatro dias. No azen caso de vn fuego eterno que les espera, en orden à lograr estimaciõ que el tiempo mayor que se la prometen es bien corto. Armales el demonio cõ ese zebo, y cogelos en su red, en que los tiene entredados, todo el tiempo en que viven, conocen que ay Dios, y apartan el pensamiento de que les à de pedir quenta. Saben que ay infierno, y no se persuaden que an de ir à el. Conocen que ay gloria, y se allã imposibilitados de entrar

en ella, y que si no azen penitencia, y enmiendan la vida se an de condenar, y con el conocimiento de Dios, y su floxedad, esperã la muerte, que los lleva à pagar la pena de sus culpas.

## EXENPLO I.

Deseosõs de ver à Cristo nuestro Señor llegan aora los Gentiles, porque la noticia de sus maravillas, que bolava por todo el orbe, movia à todos para desear, y azẽ diligencias de gozar de su amable presencia. Estos que pudieron lo lograron; pero los que no alcançavã ver su persona, por lo menos se cõsolaràn con vn retrato. Este fue Abgaro, Rey de Edesa, de quiẽ referirẽmos vna istoria notable, y asimesmo la autoridad que tiene.

El caso fue, que aviendose divulgado la fama de los milagros en toda Siria, y las maravillas q̃ obrava Cristo Señor nuestro, dando salud à los enfermos, vida à los muertos, y librando del poder de los demonios à los q̃



decian dellos, llegó la noticia a Abgaro que era Rey de la Ciudad de Edeſa, en la meſma Siria. Eſtava tã enfermo, que quantas medicinas le aplicavan no tenían efectos, y aviendo traído Medicos de diverſas partes, ningano le diò ſalud. Lo que pòderava mucho era las curaciones eſpantofas que le ſu Criſto azia, ſin aplicar medicinas, ni yerbas, que èl tenia por milagroſas. Pòderava mucho, como le dezian, lo mal que le querian los Iudios, y al conpàs que devieran eſtimarle, à eſe le perſeguián: pues quando no fuera mas que por ſer de ſu patria, devia defenderle, y ya que no le acreditarán, no tiraràn à deſonrarle, como cada instante azian, y moverle à ver ſi podia azer le venir à ſu Reyno, aſi

para tenerle enoſigo, y eſtimarle como ſe devia: y q̄ le dieſe ſalud, como la neceſitava, y parte por ſacarle de entre ſus enemigos, para q̄ cõ la auſencia dellos, no padecieſe mas injurias, le enbiò vn Enbaxador, eſcriviendole quiſieſe azerle merced de venir ſe con èl à ſu Ciudad. Enbiò juntamente vn pintor, para que en caſo q̄ no quiſieſe venir, ſacaſe vn retrato de ſu roſtro, para cõſolarſe con èl, ya que no lo graſe ver el original. La carta la pone Eufebio Ceſarienſe, ſacada del original, que eſtava guardado en los Archivos de la Ciudad de Edeſa. El la tradujo de lengua Siria en Latina. Y del Latin en que Eufebio la pone: en

nueſtro Eſpañol dize

aſi.

)o(

o(o)o(o)o(o)o(o)o(o)

(o)o(o)o(o)o(o)o(o)

(o)o?o(o)

(o?o)

o(o)o(o)o(o)o(o)o(o)

(o)o(o)o(o)o(o)o(o)

(o)o?o(o)

(o?o)

A



## ABGARO, PRINCIPE DE EDESA.

**A** IESVS, Salvador propicio que en tierras de Jerusalen à aparecido en carne mortal. Salud, y buena dicha.

A llegado à mi noticia, así las maravillas que obras, como la salud milagrosa que das à los enfermos, sin tomar por medio medicinas, ni yerbas, das vista à los ciegos, pies a los tullidos, limpias a los leprosos, libertad à los endemoniados, sin resistirse a en virtud la enfermedad más prolongada, y obras la mayor de todas las maravillas, que es dar vida a los difuntos. La consideracion desto me dà que pensar, ò que eres Dios, que às descendido al mundo, ò ijo soy quien tal obra. Por lo qual en esta que te escrivo, te ruego con todo encarecimiento, que pues este trabajo as tomado por la salud de tantos, le aumentes con venirte a mi casa, y estado, y me sanes desta enfermedad que tanto me affige. Tambiè è oïdo que los Iudios te marmuran, y con envidia miran tus acciones, y palabras, y buscan ocasiones de darte toda pesadumbre, y ocasionarte algun daño considerable. Aquí tienes vna Ciudad, que aunque es corta, es hermosa en edificios, y con el regalo necesario para la vida, y vuestro consueo, y mio, &c.

RECIBIO EL SOBERANO MAESTRO  
la carta, y respondió esta.

**A**Bgato. Dichoso tu, que sin averme visto, solo por las noticias (às creído en mi. En ti se cunplen las profecias que ablan de mi, y dizen, que los que me ven, no creeran en mi, y los que no me vieron creeran, y conseguirán su salvacion, y eterna vida. Me pides en tu carta que yo



Vaya á esta Ciudad mya, y me alla inpedido con la asistencia sorgosa, que aqui devoazer, por cuya causa fui enbiado, y ella cumplida bolverme á mi Padre que me enbido.

Pero te doy mi buena Fe, y palabra, que luego al punto que suba de este mundo, te enbiare vno de mis Discipulos, para que consigas por su mano la salud que de la mia esperas, y te des las felicidades que para ti, y para los tuyos pides.

Ananias, así se llamava el Embaxader, viò, que no podia conseguir lo que su amo deseava en llevarse consigo á Cristo nuestro Señor, diò aora orden al pintor, para que iziese el retrato, dize San Juan Damasceno, lib. 4. de fide Orthodoxa, cap. 17. Previno los colores, dispuso los pinceles, caprimò el lienço, y con todo ya prevenido, esperò ocasion, para que en viendo aquel rostro santissimo, mas ermoso que los Angeles, le pudiese coger los perfiles. Allando la ocasion de mirarle, eran tantos los esplandores de luz, que salian del rostro del Señor, que turbada la vista, casi desmayava del intento. Diòse por entendido: llamòle á sí, y

cogiendo el lienço, le aplicò á su rostro, y quedò en èl copiada su santa imagen.

Las autoridades que Baronio trae para esto son notables, y de grandissima autoridad, como se pueden ver en èl, y en su abreviador Iacobo Spondano, al año treinta y vno de Cristo, en la impresion de Francfordia, del año de mil y seiscientos y catorze, fol. veinte.

Aze gran prueba de esto las noticias, sermones, y devocion de los Enperadores Orientales, y Latinos, y vna confirmacion del Papa Adriano, que lo escreve segun refiere el Metastafte, escribiendo al Enperador Carlo Magno, y fue recibido del Papa Esteban



en un Concilio General en Roma, como mas largamēte refiere Baronio, y del Espondando citado.

Aze fiesta la Iglesia Griega, y pone su memoria en sus Calendarios, à quince de de Agosto, y no sè si carece de misterio, ò alude à esto la santa Iglesia de Iden, mostrando al pueblo el rostro de Cristo Señor nuestro, valgarmēte llamado Veronica, este mismo dia.

Los milagros que nuestro señor obrava en Edefa, por aquella su imagen, eran muchos, y en esta conformidad la Fè, y devocion q̄ todos la tenían. Entre los favores que recibian de nuestro Señor por ella, vno era la tradicion que se conservava en todo el Reyno, de que nunca avia de apoderarse de la Ciudad enemigo ninguno, con esto vivian consolados.

Año de quinientos y quarenta, y cinco, tuvo Cosroe, Rey de los Persas brío para sujetar à todo el Imperio Romano, queriendo celebrar sus armas por todo el mun-

do, con mas nonbre que le avian celebrado los Enperadores. El primer inpetu fue contra Edefa, à quien puto cruel sitio para rendirla. Cō facilidad llegò à los oídos del barbaro la seguridad q̄ tenían, fiados en la palabra de Cristo; pero èl mas furioso, y aziendo enpeño tomar la Ciudad, para ver si Iesu Cristo, en quien no creia, la defendia, y librava de sus manos, y por si aquel retrato suyo, que dezian tener, obrava como dezian. Fue apretado el sitio a la Ciudad, con terrible exercito, y grandes maquinas de guerra, con que quiso batir la Ciudad, y arrasar los muros. Cō todo esto, dos Edefanos recurrieron à Dios, pidiendole misericordia por medio de la imagen de su Ijo, y de repente, quando mas quietos estavan, sintieron contra si el brazo de Dios, que con tempestades, y rayos cargò sobre su exercito, con tal azote, que se encendieron, y ardieron todos los instrumentos, y aparatos de guerra, q̄ avian traído, desbaratados

sus



sus batallones huieron, quedando muertos en el campo muchos, à quien alcanzaron los rayos, y levantando Dios el sitio, quedó la Ciudad libre de aquella pesadumbre, y ellos nuevamente confirmados en la palabra del señor, y asegurados en la compañía de su santa efigie.

Noparò ay el barbaro, pues aviendo huído con tanta afrenta, como arrogancia trajo, diò en seguirle el Enperador Iustiniano, y apretandole cõ guerras crueles, y alcanzando grandes victorias el que avia venido à triunfar, y azèr guerra, pidió aora al Enperador cõ todo rendimiento le diese requias à sus armas, y comprò la paz à costa de grandes cantidades de oro, y plata.

No escarmentò el Persa en esta ocasion, porque luego que se le olvidò el dolor de la pasada, bolviò cõ nuevos bríos, año de seiscientos y quarenta y ocho. Aviante prometido vnos echizeros, q̄ avia de sujetar al Imperio Romano, y la codicia de ver cumplida esta promesa, lo le

dava vn instante de quietud. Saliò aora con numeroso exercito, intentando tragar-se lo que no avia podido cõseguir la vez pasada. El Enperador Mauricio diò el baston de Capitan General de su exercito à Filipico, gran soldado, casado con su hermana Gordia, y saliò à oponerse à sus designios. Llevò consigo el santo retrato, y fortificado con su ayuda, diò tan cruel batalla al Persa, q̄ no le quedò ombre à vida.

Pero el año de novecientos y quarenta y quatro, allandose con otro sitio la Ciudad, à quien los Moros querian rendir, pidieron à Constantino, Enperador de Constantinopla, les socorriese, y darían la imagen de Cristo que tenían consigo. Vino el Enperador con grande exercito, y los librò del cerco. Llevò con gran magestad à su Corte, no solo la imagen, sino la carta de mano de Cristo Señor nuestro, y fue obrando por el camino muchos milagros. Dedicaròle su fiesta los Griegos el dia diez y seis de



Agosto. Ahora sucedió otro milagro, que enviando San Pablo, Anacoreta santísimo vn velo de la misma cántidad para que se aplicasen al retrato, quedó pintado en él, del mismo modo que el que tocó Cristo nuestro Señor, quedando el Emperador admirado del prodigio. Después de muchos tiempos, padeciendo Constantinopla asaltos de enemigos, para que tan preciosa reliquia no padeciese en sus manos, la llevaron à Roma, y pusieron en el título de San Silvestre Papa, donde oy se venera, segun todo lo escribe Espondano, recopilando al Cardenal Baronio.

### EXEMPLO II.

Por no perder sus comodidades los Judios, y que no los echasen de la Synagoga, no se atrevian à confesar à Iesu Cristo. Para con su Magestad querian darse à conocer amigos, y para con los demás mostrarfe enemigos,

como todos lo eran. No menos que estos se mostrava vn erege en Francia, en la Ciudad de Carcasona, repugnando al glorioso Padre Santo Domingo la predicacion del santísimo Rosario. Quiso nuestro Señor acreditarla con prodigios del Cielo para confusion de los enemigos, como supo el Padre Eterno à voces glorificar, y esclarecer à su santísimo ijo en esta ocasion para confusion de los enemigos, y para que se redujesen al camino de la verdad.

El caso fue. Predicava el santo esta sagrada devocion, que le mandò la Virgen santísima, para la conversion de las almas en ello junto con la oracion vocal, y salutaciõ à su Magestad, juntamente està la meditacion de la Encarnacion, Vida, Pasion, Muerte, y demás misterios de Cristo nuestro Señor. A millares concurría la gente à escribirse por Cofrades, y rezarle, cosa que en breve tiempo se conoció el provecho en todos, y el efec,



efecto que el santo deseava y nuestra señora le avia dicho. Vn Cavallero de aquella Ciudad, tan erege, como noble, y gran defensor de la feta de los Albigenses, en quien vno de sus principales desvarios, era negar la Virginitad de la Virgen Santissima, y poner sus sacrilegas lenguas en quien Dios puso su omnipotencia, y su gracia, para azerla mejor que todos los hijos de Adan, ija suya, Madre de su Ijo, y Esposa del Espiritu Santo: no solo azia burla de la devocion del Rosario, y mofava de todos los que la tenian, sino al santo que la predicava. En quantas partes podia, azia burla del, diziendole quantas afrentas se le venian à la lengua, pretendiendo con esto quitarle la reputacion, que ninguno le estimase, ni siguiese, y con esto obligarle à mudar de tierra, y verse desbaraçado, y no oir lo que tanta pesadumbre le dava.

Medio que toman los

ijos del demonio, desfatandose con desverguença en injurias a los justos, porque les corrigen sus vicios con su santa vida: y porque por vnilles jamas allan en ellos la respuesta que se merecen por sus atrevimientos.

No se contentan estos con lo que en secreto obran, antes tomando alientos de el disimulo, pasan à placear en publico lo que les parece que no se oye. Ni sus diligencias eran bastantes à retraer la gente de seguirle, ni sus palabras atemorizavan al Santo, y ya se resolviò ponerse donde predicava, y tener la pesadumbre de oirle, por la ocasion de calumniarle, y desde el lugar donde estava oyendole el Sermon, delante del auditorio, que era muy numeroso el que le seguia levantava el grito, y dezia mil eregias, llamando al Predicador en bufatero, ipocrita, sedicioso, engañador, diziendole que callase, dava risadas, con que azia burla de lo que oia,



y inquietava i agente que estava amedrentada de oírle, y muchas vezes se privavan de seguir en los sermones al Santo, por no ver aquel mal dito onbre, ni ponerle en ocasión de que luego èl los infamase, y iziese burla por que le seguian al glorioso Padre. Todo el tiempo que la persecucion fue en oculto, disimuló Dios, y su Madre: pero llegando à ser en publico; y que era menester volver por la reputación propria, aora asimesmo enpeçò el castigo en publico. Confiète Dios nuestras culpas por su infinita paciencia, y quando llegan à encimarse tanto q̄ por ellas se olvida à Dios, y no queda amor, ni temor de su divina iusticia, desenyayna la espada para el castigo, y lastima con ella, como à sabido sufrir, asta descargar el golpe. Quiso asimesmo la Virgen Santissima mostrar quan grata era à sus ojos esta devocion, y quanto le ofenden los q̄ la resisten, y por justo juicio de Dios se allò el Erege poseido de los demonios. A pocas oras

enpeçò à dar muestras de la infernal compañía que tenia consigo, y despedaçandose los vestidos, mordiéndose las manos, arañandose la cara, echando espumas por la boca, con los ojos temerosos, y ademanes horribles, dava señales de quien era quien le poseia. Sus padres atemorizados de verle, y para que no iziera daño ninguno, le atavande pies, y manos con gruesos cordales, añadiandle grillos, esposas, y cadenas y las quebrava con facilidad, de suerte, que faltavan remedios para detenerle, y en èl sobra van fuerzas para soltarse, yazer mil daños. Estando así dava gritos, y aullidos temerosos, dezia blasfemias contra Dios, y sus santos, ablava en diversas lenguas, cosa que jamás se avia visto en èl, y descubria pecados de muchos que avian cometido en secreto. La opinion que en todos tenia Santo Domingo, con facilidad trajo à sí los cuidados de todos, para pedirle el remedio en esta necesidad, juntandose à su opinion de



lanta vida la experiēcia que tenían de otros à quien avia librado del demonio, se resolvieron aora en llevarle à este miserable. Quando resolvieron esto, estava el Santo predicando esta santa devocion à vn auditorio que tenia mas de doze mil personas. Cosa prodigiosa! Pero quien predicava Apostolicamente como el santo, no es mucho le siguiera la gente como si fuera vn Apostol: y así acredita el Señor las voces de sus Predicadores, y ministros, quando predicán à Cristo Crucificado, y no se predicán à si mesmos, olvidados de sus vanidades, y de que los celebren, y en sus sermones no buscan su estimacion, sino el servicio de Dios, y provecho de las almas. Acabando el sermón, trajeron al endemoniado, y le pusieron à sus pies. Conocián todos que el enemigo avia venido à parar à manos de quiē tanto avia procurado desontar, y juzgando que el santo Predicador se movia por passion, ò conservava rencores, le rogaron, que

olvidado de los agravios, injurias, y malas obras q̄ avia recibido de aquel miserable, se doliese del, y rogase à à nuestro Señor le librara de tā perniciosos enemigos. Postrado à los pies del santo estava el Erege endemoniado, y los compañeros que traia, que le perseguian à lo descubierro estava con el tā v̄mildes q̄ parecia no atre mētarse. Al ver que avia venido el endemoniado, no solo no se fue nadie del grandissimo auditorio q̄ avia concurrido, sino juntandose infinita gente mas, todos estava atentos al suceso. Oianse en el pecho de aquel miserable, tan grande ruido, como si otra tanta gente como le oia, estuviera ablando cō voces, porrias, y pleytes. Dolióse mucho el Santo de ver aquel onbre en aquel trabajo, porque los ijos de Dios, como à ninguno quierrenal, à ninguno quieren ver con desdichas ni desconfuelos. Conoció que aquella era ocasion para manifestacion de la gloria de Dios, y así le dió gracias, levantando



do la voz diciendo : Bendito seas, Señor, que aora por medio de este onbre persiguido se conprobarà mi predicacion : y la doctrina que è predicado, aora onfesaràn estos enemigos de quãto daño les es à sí, y provecho à los fieles. Llegòse à èl , y dixo: Espiritus infernales, que persiguis à este onbre, demonios que abitais en los ingernos, yo os mando en en nonbre de la Virgen Maria N. Señora sienpre Virgē, que con toda claridad respondais à todas las preguntas que os facere aziendo. Lo primero os preguntò, quãto estais en este cuerpo, y porque causa aveis entrado en èl? Muchas dificultades vuo para responder, porque enbravecidos, y aziendole echar espuma por la boca, con violencias notables, de fuerte, que mucha gente no podià tenerle, despues de muchas batallas respondieron. Desdichados de nosotros. No podemos resistirnos ya à ese conjuro, ni podemos negarnos à lo q̃ nos às mandado. La causa porq̃

emos entrado en este miserable, es por los pecados que à cometido, por su irreverencia, y blasfemias contra la Virgen Madre de Dios, à quien nosotros aborrecemos con perpetuo odio. La segunda causa es la incredulidad de este. Pues à vn mes, que estando tu predicado en Tolosa, esta devocion del Rosario, que às introducido, este no quiso dar credito à tus palabras, antes burlandose de tus consejos, y amonestaciones, enpecò injustamente à azer bucha de ti, dando risadas, inquietando el auditorio, y pasando à levantar la voz en tus sermones, y contradizirte, alborotando al pueblo. Y demàs de eso, pasò à todos los sectarios de sus eregias à moverlos contra ti, para que el pueblo se alborotase, y no diesse credito à tus sermones, antes te vieses afrẽtado, y sin onra, y por esa causa dexases el predicar, y mudases de tierra, sin proseguir en ello.

Los misterios del Rosario que predicas, son quinze, y

por



por aver este echo bur-  
la de él, à querido el Se-  
ñor, por justos juizios su-  
yos, que entremos quinze  
mil demonios en su cuer-  
po para castigarle conforme  
merecen sus culpas, por a-  
ver ablado contra la devo-  
cion del Rosario de la Vir-  
gen Maria. Aqui estamos  
violentos, contra nuestra  
voluntad emos entrado en  
este cuerpo: nosotros ja-  
más presumimos ator-  
mentarle, pues antes nos  
atraia este muchas almas al  
infierno, con sus eregias,  
con su presencion; con a-  
zer burla de la devocion de  
el Rosario, y antes le ayu-  
dávamos, antes aora nos  
venimos obligados à confe-  
sar por su boca nuestra per-  
dicion: y à dar voces pa-  
ra que todo el mundo la  
abraçe, y se libre por ella  
de nosotros.

Bolviòles el Santo à pre-  
guntar: Que porque causa  
eran precisamente quinze  
mil los que avian entrado  
a atormentar à aquel mise-  
rable?

A que respondieron: Ya

te emos dicho, que entra-  
mos quinze mil, en cor-  
respondencia del Rosario,  
pues en él ay quinze die-  
zss, que se dividen con  
quince vezes la oracion de  
el Paternoster, por eso  
emos entrado quinze mil.

Por este santissimo Rosa-  
rio, prosiguiò el Santo, os  
conjuro à que me digais  
porque causa aveis permiti-  
do el que este onbre ven-  
ga à mi?

Aqui fue donde el onbre  
enpeçò à padecer nuevo tor-  
mento, y los enemigos à  
causarle tan terribles an-  
gustias que parecia querer  
quitarle la vida.

Vieronse los espíritus  
infernales obligados à res-  
ponder, y dixeron: que  
Dios los avia castigado con  
esto, para que pues él era  
quien predicava el Rosario  
que ellos tanto repugna-  
van, à sus pies padeciesen  
esta afrenta, y esta pena,  
y no solo ellos, sino to-  
dos los demás espíritus in-  
fernales conociesen en su  
castigo estauan vencidos, y à  
la devocion del Rosario era



de tanto provecho à las almas, como para el os era de melancolia, pena, y rabia. Y por eso avia querido el Señor se viesen ellos mas atormentados cō estàr en su presencia, que lo que aquel onbre lo estava con sus tormentos, y compañía,

Izoles el Santo la tercera pregunta, diziendo: Responded claro, y deid, que os oygan todos, si las cosas que è predicado del santissimo Rosario, son verdad?

Aora se vieron mayores estremos de dolor, y tormento, que los que asta allí se avian visto en aquel onbre. Porque insufrible à todos, y con visajes temerosos, dava à entender lo que estava padeciendo. Los gritos que aora dieron, y el ruido que dentro de aquel cuerpo sonava, parecia oirse vna multitud de voces, y alaridos en vn valle profundo, con clamores espantables. Mandòlos el santo quietar, y respondieron: Maldita sea la ora en que entramos en este tronco torpe, y desonesto. Desdichados de nosotros pa-

ra siempre jamás. Porque ro le rogamos antes que llegara à tu presencia, para que no nos pusieras en estas afrentas, y nos vieramos obligados à responderte à todo lo que nos preguntase. No ay cosa mas terrible para nosotros que esta pregunta, ni cosa de mayor pesadumbre que esta respuesta. Aqui nos estas dando tormento: y cō cadenas de fuego con q̄ nos tienes apretados, nos obligas à que aplemos lo que jamás pudimos pensar aver de dezir. Cristianos, y Christianas, oid lo que os dezimos, aunque no sin perjuizio nuestro. Este Fray Domingo, enemigo nuestro cruel, y infaciable, que nūca se cansa de perseguirnos, todo quanto os à predicado del Rosario es verdad. Y tambien, que en castigo de vuestra incredulidad, y en pena de no dar credito à sus palabras, os amenaza vngrã castigo, sino os cōuertis à Dios, y azeis penitēcia de vuestras culpas. El Señor os le à enbiado, para que os auise, y lo que os predica es el me-

dio



dio para vuestra salvacion, atended à sus palabras, si que reis no padecer la calamidad grande que os espera. La quarta pregunta fue, que dixesen quien era el onbre à quien en este mundo aborrecian mas?

A esta respondieron al instante: Tu eres à quien aborrecemos todos, y ninguno de nosotros puede verte, y quisiéramos poder dar fin de ti. Porque con tus continuas plegarias, y oraciones, con tu austero modo de vivir, y con la regla que às en señado de penitencia, y para que todos se librè de nuestros lazos, nos quitas de nuestras manos à los ombres, en quien aviamos echo presa, y que teniamos ciertos para el infierno. Con tus reglas, y con tus Sermones enseñas à cada vno el camino del Cielo, y nos le quitas de el del infierno, adonde camina va derecho. Y sabete, que todos nosotros, y los Principes infernales ànecho cõjuracion contra ti, y contra los tuyos, y estamos inquietos contigo. Y el infierno à

despachado à espíritus fortísimos, y los mas valientes, para que tu, y tus Religiosos caigais, y procuren poner os ocasiones sutilísimas para destruiros, sin tener de vosotros misericordia alguna. Y sin duda alguna te an de derribar. Y ay de ti en viniendo à nuestrás manos, porque entonces verás lo que nos às ofendido, como lo vengamos.

El vnilde coraçon de Domingo, ovendo esto, y temièdo no procurase el demonio acreditarle de virtuoso, y azerle mayor guerra por aquí que la que pudiera por las persecuciones, y conoclendo sus trazas, se bolvió à todos, les dixo, ijos, ya sabeis que este es padre de mentiras, y jamás à ablando verdad es cosa que el diga por sí, y si la abla es obligado de Dios nuestro Señor, para el provecho nuestro. En esto que dize de mi, miente, yo no soy bastante para azer cosa buena, soy pecador, soy el mas malo que sufre Dios en el mundo. No porque ago à este



enemigo; que confiese estas cosas, creais del mas de lo que yo le pregunto: ni por eso entendais de mi, que en mi ay cosa alguna de virtud, ni merecimiento para con Dios. Su Magestad quando conviene a su gloria sabe obrar las cosas por medio de instrumentos flacos, y no por eso se à de presumir mayor virtud ellos. A querido la divina Magestad que este enemigo able, para que de su boca conozcáis los peligros. Vna cosa es que lo q̄ yo predico sea bueno: eso es por ser de Dios: otra que yo lo sea. Soy pecador, à este no le deis credito. Era cosa notable ver al Santo vmillarse, y abatirse, y ponerse en el rostro la zeniça del conocimiento proprio, para cerrar la guerra à Satanás, y no dexarle lado por donde entrase à persuadir maldad alguna, ni derribarle como lo avia dicho.

Aora vieron los demonios nuevo motivo de tormento, y à gritos dixeron: Maldito seas tu, y tu vmiidad, q̄ tanto nos atormenta.

Llegòse el santo al endemoniado, y echòle su Escapulario al cuello, y cogiendole con èl, le preguntò, quien eran entre los Cristianos los que se condenavan.

Aora succediò vna cosa particular: pues el alboroto de los infiernos se manifestó en este punto, que enpeçò el atormetado à arrojar por las narizes dos caños de sangre, tan negra, como tinta; por la boca arrojaba ediondas, y asquerosas espumas, y por los oidos vna materia tan podrida que parecia veneno. Mandòles el Santo, diciendo: En nombre de Iesu Cristo nuestro Señor os mando, que no atormeteis à este onbre. Replicaron ellos, pues dexanos tu ir, y no padecerà tormento alguno. Respondiò el Santo. No cesarè de atormentaros asta que respondais à lo que os è preguntado, pues eso azeis, para que con la lastima deste onbre se divierta la respuesta, y no digais lo que os mando. Ni por eso le aveis de atormentar, ni por eso os aveis de ir, sino que

aveis



aveis de dezir lo que os preguntó.

Obligados de la violēcia que el Santo Patriarca les azia, dixeron de Prelados, y Principes, y ombres, del cāpo ay menos. No porque son buenos, sino porque no vivē enredados en tantos lazos, y maldades como aquellos. Mercaderes, tratantes, y Ciudadanos tenemos muchísimos, porque muchas vezes por la avaticia, y muchísimos por las defonestidades, luxuria, engaños, y fraudes, se condenan à nuestro infierno.

Como no dezis nada, ni azeis mencion de los Sacerdotes, y Religiosos, dixo el Santo.

Respondieron: Sacerdotes tenemos innumerables. Religiosos ningunos. Pero se entiende de los que son observantes de sus constituciones, y regla: que de los que sin azer caso de lo que profesaron, temerariamente quebrantan su regla, no viven conforme à los votos que prometieron, ni en cosa alguna guardan su

Religion, y viven relaxados, cada dia baxan innumerables de estos à los infiernos à pagar su merecido.

Fue el Santo apretando les las cuerdas, para que fueran confesando mas, y les dixo: de mis Religiosos, y de los Menores teneis alguno.

Respondieron, renovando las voces, y clamores, y diziendo: Ay, ay, aora no tenemos ninguno toda via. Pero se llegará el tienpo, en que tengamos infinitos, quando el rigor de sus constituciones empieze à serles molesto, y resfrie en ellos el fuego de la caridad, y vayan faltando en sus ceremonias, y estatutos, y las pisen por vivir licenciosamente. Entōnces emos de lograr todo lo que aora carecemos.

Sexta pregunta les hizo el Santo, diziendo: Declaradme, quien es el Santo que vosotros temeis mas, y que desde el Cielo esaze mas guerra, à quien los ombres deven mas glorificar, amar, y reverenciar?



A esta pregunta, fue tal el clamor q̄ levantarō los demonios, y tan orrendo, que toda aquella multitud de gēte que estava à la vista, a sonbrados cayeron en tierra, sin poder sufrir semejante orror. Las voces, y alaridos de la gente causavan nuevo a sonbro, pues parecia averse juntado allí todos los demonios para favorecer à los que estavan allí atormentando à aquel onbre, y padeciendo ellos, y así mismo à atemorizar à aquel auditorio, para que cesase aquel examen: porque de allí se les seguiria viuir los onbres con más cuidado, y enmendar sus conciencias. Diò voces el Santō, animandolos à todos, diziendo, no temiesen, que aquellas eran trazas de Satana's, para azerlos huir de allí. Mandò à todos tener silencio, y aviendolos animado, y dado cō sus palabras esfuerço, bolviò à apretar à los demonios, para que respondiesen, y levantaron aora las voces, fingiendo tristeza, y pena, para mover à lastima,

y dezian: Domingo, Domingo, tèn misericordia de nosotros. Mira, que redamos palabra de azer pazes perpetuas cōtigo, y no ofenderte. Tu eres piadosissimo con los pecadores, y te dueles de sus miserias. No ignoras, que nosotros somos los mas miserables de todos, y que estamos padeciendo, y padeceremos eternamente, duelete de nosotros, dexanos. No nos bastan los tormentos que padecemos? Porquè tu quieres pasar de piadoso à cruel, y perseguirnos? Cesa ya Domingo, y tèn lastima, no añadas à nuestra infelicidad esta pesadumbre. Es posible que tengas gusto en ser molesto, y causarnos nuevas desdichas? Date por contento de lo que padecemos en el infierno, y dexanos ya.

No os è de dexar, dixo el Santo, asta que ayais respondido à lo que os pregunto. Pues esperate, dixeron ellos responderèmos, pero no à de ser à voces, delante de esta multitud que està aqui delante, sino en secreto te lo



dirèmos à ti solo, porque no todos estos son capaces de saberlo: pues ni tan poco podremos dezirlo, sin que dello se nos siga mucha perdida à todos. Quisiera el demonio, que no se plazeara la respuesta, y lograrla, diziendola en secreto, para tener de ay ocasion luego de dezir, que èl no avia dicho tal, y que el Santo avia conpuesto de su cabeça aquello. Pero como ya los conocia, no quiso darles treguas à la respuesta, y les dixo: todo esto es gastar tiempo, y entretener el dia, antes por esto mismo que sentis el dezirlo, lo aveis de responder mas claro, y de fuerte que todos lo oygan, y lo entiendan. Enpeçaron a fingir por medio del atormentado tantos suspiros, y lagrimas, y à dar tales gemidos, que muchísimos de los que estavan al rededor, movidos de compasión necia, enpeçaron tambien à llorar, y tener lastima de los demonios. Procurava moverlos à que rogase al santo los dexase, y escapar por este medio de la dificultad en

que los ponía. Rebolvió sobre ellos, diziendo: Si no respondeis apriesa à lo que os è preguntado, os è de atormentar aora con nuevo rigor. Pareciòles, que con callar podrian escaparse. Y tuvieron tal silencio, que no fue posible sacarles palabra. Quantas voces, y diligencias azia el Santo eran inútiles, y aora quiso negociar por el Cielo lo que no podia conseguir dellos. Púsose de rodillas, y llamando à la Reyna de los Angeles, hizo vna oracion, diziendo: Soberana Virgen Maria, Señora nuestra, por virtud de tu santísimo Rosario, te suplico obligues à estos enemigos del genero umano, à que respondan à lo que les pregunto.

Al instante que acabò de dezir estas palabras, enpeçò el onbre à echar fuego por las narizes, boca, y oidos: aunque sinazer lesion alguna.

A vna cosa tan insolita, como està, enpeçaron todos à santiguarse con la señal de la Cruz, y invocar el dulci-



lino nōbre de Iesus, y Maria

Los demonios, siendo así que aborrecen tanto el nonbrar estos nōbres santísimos, y andan con mil rodeos para no dezirlos, aora à voces dixeron: Domingo, por la Pasion de Iesu Cristo, y por los meritos de la sacratissima Virgen, y por los sufragios de la Santa Iglesia, te rogamos, q̄ nos dexes ir de aqui: pues esa pregunta que nos azes, no te importa saberla, y quādo gustares te la revelaràn los Angeles Santos. Nosotros somos falsos, y mentirosos, y por eso los Cristianos nō nos an de dar credito à lo que dixeremos. Por eso no nos molestes mas, dexanos ya. Prodigiosas trazas buscavan los demonios, para escaparse de responder, y todas tan ingeniosas como suyas. Ya pidiendo misericordia, ya obligando à ella à los circunstantes, ya callando, ya queriendò ablar en secreto, ya diziendo, que no avian de ser creidos, ya diziendo, que los del Cielo, lo revelarian todo, à fin

de que de su boca no se conociese quien era nuestro consueto, y intercesion por los pecadores mas acepta à Dios, y mayor azote fuyo desde el Cielo. Bolviò el Santo à dezirle: vosotros no merecis ser oidos. Pusose otra vez de rodillas, y llamando à la Reyna de los Cielos, le dixo: Virgen Santissima Madre de la Sabiduria eterna. Suplicote, Señora, por el remedio deste pueblo circunstante, q̄ obligues à estos enemigos tuyos, q̄ digan la verdad pura, y claramēte desto q̄ les è preguntado. Acabado su oraciō, apareciēron en el ayre cien Angeles armados, exalado de si mucho resplādor, y en medio dellos la soberana Reyna dellos, y de los ombres, cō vna vara de oro en las manos, cuya presencia, y de los Angeles vio solo S. Domingo. Llegòse su Magestad al endemoniado, y tocandole rezió con la vara, mandò à los demonios, diziendo: Respōded aprisa à lo q̄ mi siervo Domingo os à preguntado. Reparò el pueblo en q̄ segū la atēciō del S. y el te-



mor del endemoniado, avia alguna cosa del Cielo, q̄ avia baxado à obligarles à respōder à lo que tantas vezes se avian resistido. Ahora asenbrados por vna parte, y por otra parte rabiosos, enpeçarō à dezir: Enemiga nuestra, cōdenacion nuestra. Enemiga, condenacion. Confusion nuestra, às baxado del Cielo para atormētar nos aquí? Por ti, q̄ nos tienes bacios los infiernos, rogādo por los pecadores, y eres el camino seguro para q̄ ellos subā al Cielo: por ti nos vemos obligados, aūq̄ violētados, à declarar la verdad de la pregūta. Ahora desdichados de nosorros emos de dezir, y azer publicō el medio, y modo cō que nos destruímos. Ay de nosotros, y de todos los Principes de las tinieblas. Oid, oid Cristianos, esta Madre de Cristo es la todō poderosa en preservar à sus siervos, y devotos de q̄ vayan à nuestros infiernos. Del modo que el Sol desfaze las tinieblas, y las ahuyēta, así esta destruye, y aniquila todas nuestras maquinās, y trazas: manifiesta, y

descubre todos nuestros engaños, y las tētaciones q̄ armamos, las destroza, y no nos las dexā lograr. Forzados, y violētos confesamos claramente, q̄ no baxa ninguno cō nosotros à los infiernos, ni se cōdena, si persevera devoto en su santo servicio, y devociō, solo vn suspiro suyo, ofrecido à la Santissima Trinidad, sobrepuja, y excede à las suplicas de todos los Santos, y à sus piadosos ruegos, y deseos. A ella sola la tenemos mas q̄ à todos los Santos del paraíso, y nuestras fuerzas no pueden prevalecer contra sus fieles siervos. Sabed tabiē, q̄ infinitos Cristianos q̄ la invocā à la ora de su muerte se salvan cōtra nuestro derecho. Y si esta Maria no nos estorvara, y reprimiera nuestras diligēcias, muchos años à q̄ viéramos destruido à toda la Iglesia, y viéramos echo q̄ muchas vezes viéran falzado à la Fè todos los estados, y ordenes que ay en ella. Y sobre todo os confesamos, y dezimos cō toda claridad, aūq̄ obligados de



la fuerza, y la necesidad en que nos pone, que ninguno q̄ persevera en rezar su Rosario, se condenarà à padecer eternos tormentos: porque ella à sus siervos, y devotos les alcanza de su Ijo contricion, y dolor de averle ofendido, por donde cõfiguen el confesarlas bien: y configuen de Dios el perdon dellas, y les lleva à su gloria.

Desfaziafe en lagrimas de devocion aquella multitud innumerable que asistia à este caso, así de considerar que estava allí presente la Virgē Santissima, aunque ellos no la vian, y así mismo oian de la boca de aquel infernal enemigo el patrocinio que tenemos los ombres en su Magestad, y los favores con q̄ assiste à quien con devocion, y perseverancia reza su santissimo Rosario. Al punto izo el Santo, que todos puestas de rodillas, le rezafen à coros. Era cosa hermosa ver vna multitud de mas de doce mil ombres, en cõfusa armonia, y cãtar à seismil coros alabanças à la Reyna del Cielo, y al glorioso Padre

Santo Domingo, ocho Maestro de Capilla de aquella musica celestial. Enpeçòse à conocer allí visiblemente el efecto de esta Santissima devocion, pues à cada Ave Maria que rezavan, iban falliendo multitud de demonios de la boca de aquel miserable, encendidos como carbones de lumbre, enbueltos en ediondo vniõ. Acabado de rezar el Rosario, quedò el onbre libre de aquellos enemigos, y la Virgen Santissima, mostrandose afable, y benigna, à todos les echò su bendicion, y con ella quedaron todos nuevamente inflamados en sus alabanças, y devocion. Así desapareciò su Magestad, y el onbre reconocido à tãtas mercedes como avia recibido de la Reyna de los Cielos, por medio de la oracion de su Rosario, y meritos del glorioso Padre Santo Domingo, abjurò sus erergias, y con su exemplo muchos ereges izieron lo mesmo, dexando sus errores, y reconciliandose cõ la Iglesia, fueron perpetuos devotos de N. Señora, y su Ro-

sa-



fario, con que el Santo izo en las almas innumerable fruto, y con increíble provecho se à estédido en toda la Cristiandad, por medio de su sagrada Orden de Predicadores. Deste modo el glorioso Padre trajo à Dios à este onbre, y atraía las almas al conocimiento de Dios, y como fiel ministro del Euangelio, y especial Capellan de nuestra Señora, intercedió por este, para que en su presencia mereciese verse libre de aquellos enemigos, y salir de las cegias en q̄ estava obrando el Santo, como ministro Apostolico, con la imitació de San Felipe, y San Andres, que luego al punto que vieron, y ablaron à estos Gentiles de quien aze relacion el Euangelio los introduxeron à que viesen à su Magestad, y fuesen testigos de las voces del Cielo, que se oian en su credito.

)o(  
 o(o)o(o)o(o)o(o)o(o)  
 (o)o(o)o(o)o(o)o)  
 (o)o?o(o)  
 (o?o)

Tom. 6.

CAP. III.

*Buelve Cristo Señor nuestro à la Ciudad al Lunes siguiente. Alla la iguera sin fruto, y la maldice, y se seca. De alli toma ocasion para predicar à sus discipulos los tengan Fé.*

Texto, y Moralidad.

**D**omingo desde *Matt.* por la mañana, 21. asta la tarde a- *Mar.* via estado el soberano Maestro en Ierusalen. A la noche se fue à Betania. Lunes por la mañana buelve à Ierusalen. señor, mucho repetir es este. El enfermo que toca mucho la ropa, dà señas de moribundo, y el ir, y venir tanto à Ierusalen, apúcia vuestra muerte estar cercana. Al baxar de la cuesta del monte Olivete, para dar vista à la Ciudad, al lado izquierdo avia una iguera. Tuvo necesidad de desayunarse, llegó à ella, y viendo la ponposa de ojas, la allò bazia de fruto. Mas misterios

H 4 rios



rios tienen las palabras que ojas la iguera. Padres ay que dizen, que la iguera era la Sinagoga, y por no dar fruto ninguno la maldixo. No ago agora officio de Comentador, ni quiero investigar causas. Miro à la iguera, y voy facendo della las moralidades. No tenia fruto, sino ojas. No es reprehensible en vn onbre que no puede, el que no dà el fruto que cada vno quisiera: lo que es enfado, es verlos dar esperanças, y no corresponder à ellas con las obras. En el onbre cuerdo, las palabras se ven en las manos, y en el poco prudente las obras estàn en la lengua. Ay lastima en el mundo, como el ver que ay onbres que traen enlabiados à millares de gente, entretenidos à vnos cõ promesas, à otros con esperanças, y que pongan estos su remedio, en lo que estos les aseguran, y llegando el tiempo de cunplir la palabra, todas an sido palabras de cunplimiento? Què quando el necesitado se prometia el remedio en

sus aogos, el alivio en sus trabajos, y el mejorarse de fortuna, todo se alle averse convertido en vno, y desvanecerse como niebla fragil.

Puede se preguntar. Si Cristo nuestro Señor conoçia que la iguera no tenia fruto, para que llega à buscarle? Pata què gasta el tiempo en llegar à ella, si sabe que no à de allar cosa ninguna? Bien està el que lo sepa; pero como buen superior à de verlo, y examinarlo con sus ojos, para que antes que llegue la sentècia, conozca el mundo que à echo la devida diligencia. No quiere regirse por informes, pudiera enbiar à los Apostoles para que se informasen, quiere no fiarlo al cuydado de ministros, sino ir, ver, conocer, y despues de auer tanteado las cosas, azer el juizio dellas. Pudiera la iguera alegar, que la sentècia ayia venido sin q̄ el Iuez se vuieta informado. Pues para que no le quede mas que alegar, quiere ir à verla.



No allò igos en ella , y la dixo: Nunca de ti buelva en jamás à nacer fruto. Parece rigor, porque el Euangelista advierte, q̄ toda via no era tiempo de igos, y no era mucho q̄ no los tuviese. Si en tiempo que devieran los tuviera, parece se deviera dar la sentencia. Mirèmos desde esta iguera à la otra, q̄ dize San Lucas en el cap. 13. que plantada en vna viña, y llegando à ella a buscar fruto, no allò mas que ojas. El que llegava preguntò al labrador: *Què que azia con ella, ò que esperaba?* Tres años à, le dixo, que la è visitado, y jamás è allado fruto: pues para que ocupa la tierra: A ora se entenderà la causa de la maldicion. Es verdad, q̄ no era tiempo de q̄ tuviese fruto; pero si son arboles q̄ à su tièpo no le dà, y q̄ sièpre àn de ocupar ociosa mète la tierra, y gastar el trabajo, que se à de esperar con ellos? *Que vnos arboles continuamète estèn trabajàdo, y fructificàdo, sin dever les à sus dueños mas memoria de ellos, q̄ para quitarles el fru-*

to, sin recibir de su cuidado, ni vna labor, ni vn riego, y otros q̄ ocupèn la tierra, con penpa, y Magestad, sin fruto ninguno, q̄ trabaje vn ortelano en cultivarlos, y servirlos, y q̄ si quiera para vna ocasion q̄ se ofrece, no se alien de provecho, ò maldiciõ sobre ellos, q̄ los seque luego al punto, ò aplicarles la acha al pie, y q̄ cayga todo à tierra, pues así se arà buena justicia, y de otro modo podrà formar quexa los arboles del ortelano, de q̄ no reparte biè el trabajo, q̄ los q̄ estan olgàdo, se estã olgàdo, y los q̄ trabajã, sièpre estã en trabajos.

Al pũto se secò la iguera. Luego al instãte Si este senti mieto aze en vna criatura insensible vna maldicion de Dios: q̄ serà en vna criatura racional oir la maldicion de Dios, por q̄ mientras estuvo en esta vida, no diò fruto de buenas obras, todo se le fue en palabras: El leño seco al fuego se aplica. Avrà dolor como el ver q̄ vn alma sober via, q̄ gastò la vida, sin fruto, solò en palabras, y palabras asperas, como la oja de la igue-



iguera, à quien el Señor à estado esperando vn año, y otro, y quando llega à ella con desseo de allar fruto, no le logre, porque no le tiene: se busque por todo esto vn fuego eterno, pudiendo producir frutos, y ser como el árbol, que plantado junto à las corrientes de las aguas, acude con los frutos à sus tiempos! Vendrà el Señor à ajustar cuentas. Los arboles que fueren de provecho, los trasplantara al Parayso: y los que allare sin aver fructificado en este jardin de su Iglesia, seràn los demonios quien carguen con ellos para arder en aquellos eternos fuegos.

Martes por la mañana bolvieron à patar por el mismo lugar, y repararon que esta va seca asta las raizes. Prodigio que con especialidad advirtió San Pedro, y lo dixo a Iesu Christo: Señor, mira como se a secado la iguera, à quien maldixiste.

Las raizes fomentavan la iguera, y davan aliento para que criase cuerpo, y no echate fruto, y si ellas no la sus-

tentaran, no viviera ociosa. Y el misterio que en esta se nos descubre, es vna enseñança bien clara: pues dev e llevar la pena del delito, quien sustenta facinerosos que le cometan. Asta las raizes se secan. No viviera con tanta lozania, sino tuviera quien sustentara sus verdores. A costa de las raizes eran todas las ojas, y ramaas, y quando los demás arboles prometia frutos, en este no auia ni aun señal dellos, *Nisi folia tantum*, pues si ni aun esperança queda, no es mucho que le sequen las raizes que sustentan tanta ociosidad.

#### EXEMPLO I.

El fruto que se esperaba de la iguera, no le tubo, y sus ojas asperas venian à ser fruto de sus pinpollos. Muere al golpe de vna maldiciõ, para que se vea como el Señor castiga, quando los ombres no corresponden à las obligaciones que tienen por su estado. Asi murio Brunchilde, Reyna de Francia, sien-



siendo su vida orror à los ombres, y su muerte escarmiento al mundo.

Por los años del Señor de quinientos y sesenta y siete, reinava en España Atanagildo, Rey Godo, segun dize S. Isidoro, que tuvo dos hijas, ambas casaron con dos Reyes de Francia, que entonces estava dividida en muchas Coronas, Galsuinta, que era la mayor, casò con Chilperico, que reinava en Suefion, y la menor q se llamava Brunehilde, casò con Sigiberto, que reinava en Rems. Por medio de estos casamientos se acabaron las guerras entre los Reyes Godos de España, y los Franceses, y goçaron paz estos Reynos. Tan antiguas son en ambas Coronas las enemistades. Avianse criado en la dotrina de Arrio, y aprendieron de su padre las heregias, pero tambien heredaron la piedad con los Carolicos, que aunque Aranagildo se apartava de la Fè Catolica, nunca los perfigiò, ni su creencia queria que se estableciese con sangre, ni à costa de las vidas de

los q no querian ser Arrianos como el. Este afecto fue causa para abrir la puerra à que estas Reynas asintiesen cò amor à la profesion de la Santa Iglesia Romana, y pasando à Francia se reconciliaron cò ella, abjurado las heregias en que avian sido criadas. Pero como las infelicidades desta vida tambien saben subir à los Palacios de los Reyes, como entrar en las casas de los mas miserables villanos, no les saltarò à estas Reynas muchos trabajos en que poder mirar las miserias à que ni aun los Reyes se libran: porque al punto que enpeçò à verse en la compania del Rey su esposo, padeciò las pesadumbres que sufren las mugeres con un mal marido.

El casamiento desta señora, mas fue para cantarse por tragico, que para poder formar Epitalamios Nupciales, pues los que predicò Fortunato Venancio en las bodas de Brunehilde su ermana, los conuertió aora en lugubres lamentaciones por la pobre Reyna Galsuinda. El  
**Rey**



Rey Chilperico vivia tan torpe, y tan escandaloso, q̄ no contentandose con ser mal Cristiano, parece se auia pasado à ser bruto. Divertido con muchas mugeres, à cada vna celebrava por vnica, y tomando posesion de su libertad, tantas Reynas tenia aquella Corona, como damas celebrava el Rey. Estava Chilperico tan ageno de si, y de la modestia, y exemplo con que deve vivir el que tiene officio de gobernar, que aunque muchas le tenían perdido, quien especialmente le tenia rematado, era otra, llamada Fredegunde, muy hermosa, y astuta. Nunca los ombres que ponen su amor fuera de su casa, le conservan en ella, antes aqui les sobra de aborrecimiento, quanto les falta de voluntad. Vivia despreciada, sin autoridad de Reyna, sin amor, ni estimacion de su marido: que quando ya le viera faltado la voluntad, como à ombre, no deviera faltarle la estimacion: cosa que los ombres de biẽ procuran siempre, no que à sus

mugeres las quieran, sino q̄ las estimen, y veneren como mo deven. Ofrecia à Dios sus desprecios, lloravá la perdicion de su marido, sus ojos continuamente estavan echos rios de lagrimas, porq̄ quãdo llegã à tal estado, y se dexan llevar del demonio tã sensiblemente, es para llorar con lagrimas de sangre su desdicha. En ella vivia contento, con aquel letargo estava tan allado, que todo lo que no eran vistas, y conversaciones de sus amigas, no le caia cosa en gusto, y qualquiera cosa que la Reyna azia, ò dezia, era para èl vn infierno, vn desconsuelo, y mortal rabia. Procurava negociar ella cõ Dios, q̄ alũbrase à su marido, y le sacase de aquellas cadenas con q̄ el demonio le tenia aprisionado, pero como no era en vna sola parte el divertimento del Rey, no alcançavan las fuerzas de la Reyna à arrancar de raiz tãto mal. sus oraciones, penitencias, y exercicios de virtud eran muchos: y todos los aplicava por esta necesidad, que si biẽ



se considera, es la mayor que padece vn alma, viéndose ausente de Dios.

Nunca el malo quiere ver junto à sí al bueno, porque cada accion, y palabra, con que se ajusta al servicio de Dios esta condenando su mala vida, con que se aze esclavo del demonio, y procura por todos caminos desviarle de sí. Ayuda Satanás sus intentos, y acciones, para que así viva mas ciego, y le falte la luz que podía sacarle de sus tinieblas. En esta conformidad tenia à la Reyna tan distante de su vista, y retirada como lo estava de su voluntad, y memoria. Muchas vezes le avisò, y le aconsejó: pero esto era echar leña al fuego, así para querer mas à sus amigas, como para aborrecerla à ella: pues ya que padecia tanto tormento tenia al Rey tan cautivo, y su mala vida tenia escandalizado al Reyno, quiso agora ver quanto la amava mas que à la Reyna, y le persuadiò que la quitase la vida, para que sin ese estorvo pudiese con menos so-

bresaltogozar su libertad. No le pareció mal el consejo, porque ella le parecia bien, y precipitado del demonio entrò vna noche en su quarto en ocasion que estava acostada, y la aogò. Enpeçò agora à vivir para Dios, desde el instante que su vida acabò en el mundo, y la llevó el Señor à gozar de sus eternos gozos, q̄ se avia merecido por la paciencia, y sufrimiento en tantos desconsuelos. Manifestò el Señor à muchas personas la gloria q̄ su sierva gozava, y las señales de su virtud estava dando claros indicios de ella.

Aora le pareció al Rey, q̄ quitado aquel estorvo no le quedava ocasiõ de melancolia, y q̄ muerta la Reyna, podia vivir sin pesadumbre: y agora enpeçarõ sus males, por dõde acabò la vida Galsuirta. La ambicion de Fredelgunde, era ver en sus sienas la Corona, y al punto la consiguió. Porq̄ vn Rey q̄ estava ciego para quitar la vida à vna Reyna virtuosa, no era mucho lo estuiera

para



para coronar à una mala muger. No vno ninguno en el Reyno à quien no diese pesadumbre la accion primera, y viendo esta segunda, pasaron los vasallos de tristes à colericos. Juzga el peccador, que con quitar de enmedio al justo à quien aborrece, remedia algo de sus intentos: y allí se enciende fuego del infierno q̄ le abraza, donde juzga gozar de descanso. Los primeros que empezaron à ser sus enemigos, fueron sus parientes, que afrentados de tantas torpezas, quisieron borrar su infamia con los azeros, y bolver por la causa publica, y por la dignidad de Rey, que en estragada se via en aquel onbre. Su hermano Sigiberto publicò guerra à Chilperico, y ayudado de sus hermanos, à fuego, y sangre entraron por sus tierras, asta que fugitivo, y desonrado perdió la Corona, y le quitarò el Reyno. Deste modo acabò el viuir, y el reynar la Santa Reyna Galsuinda, y con tan infeliz Corona en el mundo, supo granjearse la de la gloria eterna.

La segunda hermana Brunehilde, que casò con Sigiberto, no fue mas dichosa, pues lo q̄ en la hermana mayor vno que llorar por perseguida, en esta por perseguidora. Aquella fue exemplo de virtud, y de paciencia, y esta sin exemplo en la crueldad, brio, y grandeza de espíritu. Muerto Sigiberto, con que pado Chilperico bolver à introducirse en el Reyno, y granjear las voluntades de sus vasallos, para que le admitiesen. Y Brunehilde, q̄ se allava viuda, casò con ijo de Chilperico su cuñado, no ijo de su hermana; si de la primera Reyna con quien antes avia estado Chilperico, llamada Audovera, y el Meroveo. Chilperico, que viò à su ijo casado incestuosamente con la muger de su rio, y que la ambicion de reynar le azia pisar las reglas, que enseñadas por la Iglesia vemos guardar todos susijos. No fue este solo el daño, sino que siendo Clerigo, ordenado de Presbytero, y olvidando sus ordenes como el incesto, ni reparò en la in-

po-



posibilidad que este le dava, ni en la que aquel Santo estado le oponia, y bueltas à Dios las espaldas, à todo dava facilidad Brunechilde, q̄ nada escrupulosa, todo lo atropellava; en orden à no perecer sin sucesion, y poder vengar la muerte de su hermana, con el mismo ijo del matador, y à Chilperico cerrarle la puerta, para que quisiese vnir este estado al suyo, por auer muerto su hermano, sin dexar heredero. Cosa que encendia en rabia mortal à Brunechilde demás de la que tenia por el agravio de Galsuinta su santa hermana.

El padre enojado puso en campaña sus exercitos, para quitarle el Reyno, y Brunechilde animosa, esforcava à su marido para que iziese la resistencia que devia. No favorece Dios maldades, ni dà auxilio à insolencias, y en esta ocasion tomando brio los soldados de Chilperico, con facilidad vencieron à Meroveo, y le aprisionaron. Cogiòle el padre, y corrió el pelo, mandò abrirle la Coro-

na, y conguarda de soldados le enbiò al Monasterio Cenomanense, para que en èl se portase como Sacerdote: pues como tal, era incapaz de ser casado. Pudo Meroveo escapar de los soldados que le llevaban preso, y se fue à la Iglesia de San Martin en Turs, que el Latino llama Turonense, donde su Obispo Gregorio le recibì, para defenderle de aquella furia con que se via aquel pobre desconsolado. A pocos dias supo el padre donde estava, temiòse de su ijo aora vna guerra mortal, porque tanto avia de proceder mas cruel, quãto el enojo avia sido mayor, y la guarda mas descuidada. Esto tienē los lãçes q̄ se intētan, y no se executan, que quãto se remediã los males, si llegan à prevenirse, y a cortar los pasos al dañò. tanto son mayores, si el tiro à salido incierto, y no se logra.

Aora pudo vna echizera hablar à Meroveo, y dezirle que prosiguiese en su intento, porque todas aquellas

turbaciones llegariã à quie-

tar.



tarfe, y gozaria cō toda paz, y prosperidad la Corona. Pero viendo que su padre auia enbiado vn grueso exercito, para que pudiese sitio al Conuento, y le cogiesen, y aprisionasen: encomendò à Dios el negocio, y para tomar algun vaticinio que les señalase el fin de aquellas turbaciones, puso vn Misal, ò los libros de la sagrada Escritura. Llegò à abrirlos, y leyò las primeras palabras en que allava guerras, y malos sucesos. Profugió mirando por todas partes, y qualquiera renglon en que ponía los ojos le estava señalando fatalidades, y desdichas. Avia ayunado tres dias, acompañando à su abstinencia sus oraciones, pidiendo à nuestro Señor, le avisase por aquel medio el fin de sus pretensiones: allò infausto quanto mirava, y desesperado se salió del Monasterio. Antes avia el Obispo negado al Rey que le sacasen de su Iglesia, protestando quebrantava la inmunidad, y sacros, y quando el Rey, entendió que el mismo Sagrado de q̄ se avia

valido, le sería carcel, para estar guardado, no le sirvió mas que de azerle a asegurar en este pensamiento, porque apenas vno d'efecho el padre su exercito, quando Meroveo se salió de la Iglesia de San Martin, y fue con su muger, bolviendo à renovar sus disparates, y locuras. No quisieron los vasallos recibirle por Rey, y Brunehilde resentida, echa vna fiera quisiera despedaçar à todo el mundo. Ahora enpeco à ser sangrienta, y à mostrar sus brios con notable crueldad.

Nunca vn vicio viene solo, y quando interviene la avaricia, està abierta puerta franca à quantos puede cometer vna persona. En esta ocasion vivia en Borgoña S. Columbano Abad; varon santissimo, que de Ibernia su patria avia venido à aquel Rey no, oy titulo de Ducaño, de donde era Rey Teodorico, pariente de Sigeberto, difunto, marido de Brunehilde. Como Rey, y como moço, andava tan divertido, como el que emos dicho, y cō tanto escandalo, y ruina de



su Reyno, que no avia nin-  
guno, que no lo ficiese, y  
juntamente no llorase esto,  
porq̄ con el divertimiento  
de amigas, no tenia muger  
propria, y no estado casado,  
no avia sucesor en el esta-  
do. Doliase mucho el San-  
to Abad desta perdicion:  
venetava mucho sus virtu-  
des, retiro, y exenplar vida,  
Teodorico, que le venia mu-  
chas vezes à visitar à su Mo-  
nasterio, y como nieto de  
sigeberto, marido de Bru-  
nechilde heredava su estado.  
Persuadiòle Columbano que  
mirase su alma, su quietud,  
y Reyno; que se casase, pa-  
ra que de ese modo viviese  
mas recogido, y tuviese su-  
cesion. Brunequilde sentia  
en el alma estas platicas, por-  
que todas eran contra ella,  
y pues en tanto vivia segura,  
en quanto Teodorico no tu-  
viese ijo legitimo, y se olga-  
va de su distraccion, porque  
asi tenia quietud en su esta-  
do, y esperanza de tener ijos  
de Meroveo, para totalmen-  
te cerrar la puerta à sus re-  
zelos, y asegurarlos despues  
con sus armas, en caso que

Teodorico intentase quitar-  
la del. Ahora vièdo q̄ Colun-  
bano le persuadia tan conti-  
nuamente este recogimien-  
to, procurò Brunechilde te-  
ner inteligencia con las da-  
mas q̄ Teodorico tenia, per-  
suadiendolas à ira cõtra el  
Sãto, q̄ procurava apartarle  
de su amistad. Ellas q̄ se vian  
favorecidas de vna Reyna, q̄  
anparava sus maldades, y  
dava continuacion à sus tor-  
pezas, procuraron mas fuer-  
temente tener al Rey. Tro-  
caronle el juicio, para q̄ ya  
no viese, ni oyese à Colun-  
bano, sino que como à viejo,  
impertinente le aborreciese.  
Pasò el odio à execucion, y  
desde entonces, como à Pre-  
dicador molesto, le procura-  
va quantos desayres podia,  
para q̄, ò se fuese de su esta-  
do, ò callase. Ni lo vno, ni  
lo otro hizo, y resuelto de vna  
vez puso fin à sus sermones,  
y cõsejos, mādãdole salir de  
su Reyno, y echãdole del de-  
terrado. Cõsiguiò Brunechil-  
de su intento, q̄ para el no le  
avia quedado piedra que no  
moviese. Saliò el S. del Rey-  
no, y el miserable Rey que-



dò en sus torpeças mas fuer  
temête aora entredado, quã  
ro menos tenia quien le cõ  
traidiese, con que quedava  
mas lexos de casarse, y de  
tener sucesion que à Brunc-  
childe la quitase su Reyno.  
Fue cumpliêdo su destierro,  
pasò por el Reyno de Clota-  
rio Ijo de Chilperico, y de  
Teodoberto hermano de Teo-  
dorico, que cada vno en sus  
tierras, le recibieron como  
à santo, aziendolo grandes  
onras en su entrada, cele-  
brãdole como mereçian sus  
virtudes. Predixo entonçes  
algunos sucesos de Francia,  
diziendo cõ espíritu de pro-  
fecia, que Teodorico no  
avia de reynar tres años, y  
que Clotario avia de ser  
Rey de toda Francia, jun-  
tandose en su Monarquia to-  
dos los Reynos en que esta-  
va dividida, lo qual se cum-  
pliò puntualmente, como  
avia dicho el santo Abad.  
Fue el santo desterrado à  
perar à la Ciudad de Mogun-  
cia, donde el Señor le izo  
insigne, y esclarecido, con  
innumerables milagros, que  
obrò por su intercession.

Muchas vezes consiste la  
quietud de vn pecador en  
no enpeçar à desenfrenarse  
en vicios: y en llegando à  
perder la verguença en vn  
pecado, se vãn por èl, como  
por camino llano. Ya avia  
enpeçado Bruncchilde à ce-  
barse en los Obispos, y pa-  
reciendola que Desiderio,  
Obispo de Viena, y Delfin,  
Obispo de Leon, avian de  
oponerse à sus designios, y  
q̄ cõ su autoridad Eclesiasti-  
ca aviã de poner remedio en  
sus desordenes, trazò medio  
para quitarles las vidas, y fe-  
ria por reprender sus ince-  
tosecãdalosos. Deste modo  
fue asegurando su corona,  
como si el quitar à los san-  
tos de enmedio, no fuera  
irritar à Dios, para la ven-  
gança de estas atrocidades.

Ya toda Francia andava  
rebuelta en guerras, en-  
peçavan en los hermanos Re-  
yes, y decendiendo sus in-  
tereses à sus vasallos, no  
avia pueblo que no estuviese  
lleno de armas, turbacio-  
nes, desasosiegos, eridas, y  
muertes. Encendieronse en  
rabia mortal Teodoberto, y



Teodorico, à quien Brunehilde favorecia, y ayudando à aquel con su gente, y venido Teodoberto, le trajeron preso à la Reyna, para q̄ viese que se avia de azer del. Quiso impossibilitarle de ser Rey, yizo que se ordenara de Sacerdote. No azen cosa los malos en que no se contradigan: quando quiere que Meroveo se case con ella no le estorva el ser Sacerdote, para ser Rey, y quando le quita à Teodoberto el Reyno le aze ordenar de Sacerdote. Allí se aora, que este argumento la convencencia, y que no avia mas razon para vno, que para otro, y precipitandose en nuevas culpas, le quitò tambien la vida, para que deste modo, con menos enemigos tuviese mas seguridad en su Reyno. Conplióse el tiempo de los tres años que San Columbano avia profetizado, y Teodorico, ò fuele con vn rayo que cayò del Cielo, como dicen vnos, ò con veneno que le diò Brunehilde, como dicen otros: èl acabò infelizmente la vida. Pe-

ro Clotario, à quien de derecho tocava el Reyno, por no aver dexado Teodorico, ijo legitimo ninguno, sino à cinco bastardos, juntò vn poderoso exercito, y quitòles à todos la vida, à Sigiberto, y à Brunehilde: y deste modo cogió en sí la Francia toda, de que se coronò Monarca. Quiso q̄ Brunehilde, que avia sido causa de tantos males, y de tantas muertes fuele aora exenplar escarmiento à todos. Pasola sobre vn camello, atada toda cõ sogas al rededor el cuerpo, y izo pasear por las calles publicas donde el vulgo furioso, y vègativo con piedras, lodo, y injurias la desonrarò. Despues deste paseo la izo atar por los cabellos à la cola de vn cavallo por domary arrastrada diò la vida en esta miserable, y afrentosa muerte, pagèdo sus incestos, y crueldades. Deste modo se viò el castigo de Dios en esta desventurada muger, q̄ olvidada de la Santidad de vida de su hermana Gofuinda, esta acabò su carrera con creditos de Santa,



como arbol provechoso, dà  
do por fruto su paciencia, y  
penitencias, y Brunehilde,  
como iguera ambiciosa, quie  
fo viuir sin dar fruto de fan  
tidad, y acabò con las maldi  
ciones del pueblo de sontra  
da.

### EXENPLO II.

Corresponde el mal fin  
de los ombres à los malos  
principios, y la muerte es  
la clave, que cierra el arti  
ficio de la vida. La mala, q̄ se  
significa en la iguera, la vi  
mos acabada en vna maldi  
cion que el Señor la echò.  
Asta las raizes se fecò. Ar  
bol al rebès, dixo Platon,  
que era el ombre, porque es  
te tiene las raizes arriba, q̄  
son los cabellos, y los arbo  
les las tienen en la tierra.  
Afida de los cabellos murió  
Brunehilde, porque su mal  
dita vida me reció morir as  
ta en las raizes, como la  
iguera. Del mismo modo  
acabaron otros que vivierò  
del mismo modo. En esta is  
toria se verá como el Señor  
castiga la vida infructuosa

de los ombres, que no solo  
no llevan fruto de buenas  
òbras, sino que baelos de  
llas viven en pecados.

En vn lugar del territo  
rio, y jurisdicion de Bona en  
Alemania, vivia vn soldado  
muy noble, y muy Cristia  
no, llamado Vvaltero, muy  
devoto de nuestra Señora.  
Diòle vna grave enferme  
dad, de q̄ llegó à estar muy  
apretado, y en ocasion que  
la gentè de casa le avia de  
xado solo, se le apareció  
el demonio en forma visi  
ble à los pies de la cama. El  
rostro tenia, como de vna  
mona, y cuernos de cabra.  
Asonbròse el enfermo de  
verle, y sobrefaltado con  
tan horrenda vision, le pre  
guntò: Quien eres? Què  
quieres? De donde vienes?  
El demonio soy, respondiò  
èl, y vengo à llevarme  
tu alma. Vete, vete, ene  
migo, dixo el enfermo, no  
la lograràs, porq̄ à Iesu Cris  
to q̄ la redimiò, la tengo en  
comendada, y espero en su  
misericordia, la librarà de  
tus manos. Pues espera, di  
xo el demonio, y oyelo q̄ te  
digo.



digo que te à de estar bien. Tu te mueres de esta enfermedad, sin que aya remedio en esta vida. Si tu me izieres vna obligacion que te dixere, no solo te darè perfecta salud; sino que te darè azienda con mas abundancia, que la querienen, ni àn tenido todos tus parientes. Dexate gobernar, que en tu gusto està tu remedio. Vete de ay, respondió el enfermo. En quãto à riquezas, tengo las q̄ è menester, para pasar la vida, si Dios me la diere, y fino aga se su voluntad. Todo quãto tu prometes, es engaño, todo es apariçcia, y no ay en ello cosa alguna verdadera.

Pero dime de donde tienes tu los tesoros que prometes? ò en que parte los sabes que estèn? Dentro de tu tierra, dixo el demonio, se ocultan infinitos que pudiera mostrarte. Es poderoso contrario el oro, para que derribe la fortaleza mas fuerte? Por esto dezia Filipo el Macedon, no ay Castillo ninguno que se resista, aunq̄ estè mas agria su subida, si tiene senda por

donde pueda ir vn asno cargado de oro. Antes se avia el enfermo sobresaltado de oir al demonio, y verle, y al punto que le oyò ablar de tesoros, ya ni le era tan fea; su presençia, ni tan abominable su conversacion. Preguntòle el enfermo al demonio: Dime, el alma de Guillermo, Conde Iuliacense, mi señor, que à poco q̄ murió, donde està? Sabes, ò às visto, dixo el demonio, los Castillos, y fortalezas, que estã aqui cerca, de Volckenburg, y Drachenfels? Muy bien los è visto, dixo el enfermo. Pues por mi buena fee, te aseguro, dixo el demonio, q̄ si así los Castillos, como las montañas sobre q̄ estan fundados, fueran de hierro, y los arrojaran en el lugar dõde è lestå, en menos tiẽpo q̄ el abrir, y cerrar los ojos se aviã de derretir, como la cera. Apenas acabò el demonio de dezir estas palabras, quando leuantò la voz, dando vna gran risada, diciendo: Aora, aora este fuego es pintado, esto es cosa de entretenimiento: quando



llegue la ocasión de juntarse el cuerpo al alma. Entonces ferà su padecer. Pasò adelante, y preguntòle, el alma del Conde de Sein, donde està? Allà con nosotros, dixo, pero de sus penas no tēgo licencia para ablarle. Mi padre donde està? preguntò Valtero. A tu padre le tuvimos por nuestro veinte y vn años; pero aquella tuertezuela, y aquel calvo piojoso, que està en aquel retiro, le sacaron de nuestras manos, y enmendò su vida, y se nos escapò. Llamò tuerta à la Madre de Valtero, que fue tanta la abundancia de lagrimas q̄ derramava por su marido q̄ perdiò vn ojo: y estas fueron tan eficazes para su conuersion, como las de Santa Monica para la de su ijo San Agustín. Calvo, y piojoso le llamó à Fr. Teodorico, Monje Bernardo, hermano del enfermo, que por saber su achaque, y peligro avia venido à verle. Y mi madre, dixo Valtero, que me dizes della. Esa nunca à declinado azia nuestra jurisdiccion, que es muger santa,

y virtuosa. Pero à tu hermano Lanberto le tenemos ya marcado por nuestro, de tal fuerte, que no se nos escapará, porque fue muy avariento, y codicioso. De adòde vienes aora, dixo Valtero. Respondiò: Fuimos à asilir à la cama de vna Mōja de Abito negro, que estava espirando, para ver si podiamos llevarnos su alma, yo, y mis compañeros, emos estado ocupados en esto. Y quantos estavais allí? Dixo èl entonces: As visto el bosque de Cotinforst? Ya, ya se qual dizes. Pues no ay en todos sus arboles, y ramas tantas ojas, como demonios estavamos allí. Y que conseguisteis? Nada, respondiò, porque era buena Cristiana, y muy buena Religiosa. Y demàs deso vino el Arcangel Miguel, y con vna vara de hierro à palos nos echò de allí, con mas priesa q̄ el ayre levanta el polvo de la tierra. Estuviste à la muerte de Fray Gerardo, Abad Cisterciense? Si estuve? No ay en la playa del mar tanta arena, ni tanta multitud de granos,



nos, como fue el numero de compañeros que estuvimos presentes pero no logramos cosa alguna, porque aquellos piojosos, como si fueran puercos que gruñen, tendidos por el suelo, y susurrando, no nos dexavan llegar cerca. Quiso dezir con esto Satanas, la ceremonia q̄ vsan los Religiosos quando alguno sale desta vida, que todos juntos asistē à su hermano, encomendando à Dios el alma, y con sus oraciones inclinā al Señor à que cō misericordia la socorra en aquel amargo lance, y la libre de los infernales ministros. Como estavan puestas de rodillas, y rezando, dezia aora, que estavan tendidos en el suelo, y gruñendo como lechones. Pasò adelante, diziendo: Y estos murmuradores, y susurrones tienen vna oficina, en que nos quitan, y perdemos todo quanto àn cometido: Quiso dar à entender el capitulo, en que delante del Prelado confiesan los subditos todos los defectos que àn cometido en el quebrantamiento de su regla, y consti-

tuciones, y imponiendoles la pena, quedan abueltos de ellas, y allí se reparā las quebradas que à avido en la observancia. Aora le dixo Valtero: Pues dime, enemigo, como tuviste osadia, para estar à la muerte de vn varon tan Sante? Aziendo burja, respondió à esta pregunta. Yo tuve atrevimiento para estar presente, quando murió el ijo de Dios, y estuve sentado sobre el brazo de la Cruz, en que espirò: mira aora como me avia de retirar, y no atreverme al Monje! Estas palabras, que respondió el demonio de aver asistido sobre la Cruz, se aze relacion en la Glosa super Tobiam Y q̄ facasteis de provecho en la muerte de Cristo: dixo Valtero. Nada, nada, respondió el demonio. Allí venimos por nuestro mal, porq̄ el q̄ moria con su virtud, nos turbamos todas, y despues de gran inquietud, y pesadumbre fuimos encerrados en el infierno. Con esto despareció el demonio, porque ya viò, que por su mal avia sido tan abrador, y fortificando-



se mas cō Dios el enfermo, no le diò lugar à su tentacion, Convaleciò de su enfermedad, y referia muchas vezes esta platica, viviendo desde alli cō mas cuidado, y enmienda de su vida.

Pero para que se sepa las penas que dixo, està padeciendo el Conde Iuliacense, y la vida que tuvo, que à tal estado le trajo: Este vivió tan sin acciones de Cristiano, tan torpe, y olvidado de Dios, como si fuera inmortal, y jamás se viera de llegar el dia de la cuenta. Vivía junto à la Ciudad de Colonia en vn lugar suyo, que se llamava Nedecke, y deseando vengar vn agravio, venia à la Ciudad: pero el Señor q̄ le avia sufrido, y esperado su conversiõ, vièdo lo mal q̄ se aprovecha del tiempo q̄ cō misericordia le concedia, le cortò el ilo de la vida para castigarle sus culpas, y evitar otras muchas. De repente le diò vn mal, en que conociò venia reboçadamente la muerte, y sin poder tenerse en el cavallo, cayò en el suelo, para

morir como vn perro. El Medico vino, y conociendo la priesa que traía la enfermedad, le avisò de que no viviria muchas oras. A via muchos años que no azia vida con la Condesa su muger, porq̄ sin Dios, y sin ley avia quitado vna muger à su marido, y con ella estava rebelto cō escàdalo de aquella Provincia, y el pobre marido, no tenièdo fuerzas cõtra vn señor tan grande, callava, y padecia, ofrecièdo à Dios su afrèta, y trabajo. Sabièdo ella el mal repètino de el Cõde, vino presurosa, y cogièdole en sus braços, desde alli pareciò en el Tribunal de Dios. El medico q̄ conocia, si el mal estado de su cõciencia, como el q̄ la vida se le iba acabando, le dixo, que llamase à la Cõdesa, la pidiese perdõ, y se reconciliafe cõ ella. No arè tal, respõdiò, no tencis q̄ ablar mas en eso.

Suplicòle, q̄ vn soldado q̄ tenia preso muchos dias avia, y cargado de cadenas, y grillos, q̄ le die se libertad, pues tãto tiẽpo le avia echo padecer. Eso no, respondiò mien-



mientras yo viviere, no saldrá de la carcel. Pues, señor, dixo el Medico, segun esto mañana saldrá de la prission, y él no tendrá que agradecer, y dareis quenta à Dios, de q̄ alta lo vltimo de la vida lo aueis perseguido. La dama q̄ se quedava viuda del Conde: viédo q̄ se le moria, le preguntò: señor, y despues de muerto vos, q̄ tengo de azer? Tu te casaras, la dixo, cõ fulano, señalando à vn soldado moço. De modo q̄ ni aun despues de muerto, quiso q̄ bolviese cõ su marido, y quiso q̄ se estuviese en pecado mortal por su quenta, para añadir infierno à infierno, y penas à sus penas.

A la ora q̄ espirò estava en oracion vna Santa Religiosa del Monasterio de San Mauricio en Colonia. Fue arrebatada en espíritu, y llevada à la boca del infierno, en que viò vn poço profundissimo, que arrojava tremendas llamas de azufre, cubierto con vna tapa de el mismo fuego, estando alli à la vista, le preguntò à su Angel, que la acompañava,

que para quien era aquel tremendo poço, ò quien estava en él: àl que le respondió: Alli ay solas dos almas. La vna es del Enperador Maxencio, y la otra es la de Guillermo, Conde Iuliacense. Por la mañana, oyendo dezir avia muerto, conociò aver sido verdadera la vision. Fueron semejantes en las culpas, y así son compañeros en las penas, por justos juizios de Dios, porq̄ como se parecieron en ser tiranos, se asemejaron en la luxuria. Fue Maxencio tan torpe, q̄ no vno en Roma, muger noble, ni plebeya, que le pareciese bien, que no la gozase. Ni la calidad de la persona, ni la autoridad suya, ni de sus parientes, ni los desconfuelos que causava, ni las murmuraciones fueron jamas parte para que dexase su bestial aperito: antes corría mas desenfrenado, donde allana mayor la resistencia, y alli queria que se conociese mas bien su autoridad, quanto mas lagrimas, y sentimiento causava, y quanto a costa



de sus vasallos podia lograr su bestial apetito. Las casas no estaban seguras con la autoridad de sus maridos, ni las doncellas por serlo se podian librar de sus manos; pues, ni la mas escondida lo estava, que su cuidado, no la allase, ni la mas recatada à quien su autoridad tirana no la vèciese. Al ser torpe acõpañava el ser cruel. Sabia disimular con tal traicion, que en la risa mas agradable, ocultava la muerte mas terrible que disponia. No era mester para dar la muerte à sus vasallos, conocer con evidenciã la culpa, porque la menor sospecha, era causa justificada, y quando queria executar la sospecha estava por demas, porque su coraçon sanguinolento no estava atenido à las reglas de la justicia. Ni los Senadores, Consules, Sacerdotes, ni soldados, estava libres por su autoridad, ni privilegios, por todas las calles de Roma, corria sangre, como en todas las casas avia desonras. Pasò à perseguir à

la Iglesia, y todas las Provincias que estava sujeta al Imperio Romano, lloravan con lagrimas de sangre, como en Roma. Admirò el Còde de los pasos del Emperador. Y si sus fuerzas, y poder no eran iguales, su torpeza, y locuras eran mayores. Apenas avia muger, ò ija, no solo de sus criados à quien no persiguiese, sino de todo su estado. No se le ponìa por estorvo el ser incestuoso, porque no cerrandose sus vicios à lo que vn racional perdido puede obrar, como bruto desenfrenado, pasava à ser incestuoso, no dexando madre, ijas, ni ermanas, q se reservasen. Persiguiò Maxencio, y quitò à muchos la vida por ser Christianos, y el Còde en ocasion de aver cisma en el supremo Pontificado, persiguiò à los que eran obedientes à la Iglesia Catolica, procurando atraerlos à la devocion, y obediencia del Antipapa à quien èl seguia. Quitò Maxencio la vida à la Emperatriz su esposa; y el Conde, ya que no la quitò à la Condesa, no izo vida con



cō ella, y vivió cō el desco-  
tuelo que vive vna muger  
onrada que ve à su marido  
metido en vn infierno. No  
le quedava Sacerdote legu-  
ro en su Iglesia, à quien no  
desterrase, ni Catolico, en  
quien no executase atrocida-  
dades, cortandoles las ore-  
jas, manos, pies, narizes, sa-  
candoles los ojos, y vfando  
orrendas crueldades. El fru-  
to que llevò esta uiguera, fue  
este, y como tal le vino la  
maldicion eterna, secándose,  
como la otra asta las raizes.

## CAP. IV.

*Propone Cristo Señor nuestro  
la parabola de la viña. En  
ella les dice à los Indios lo  
mal que obrò la Synagoga  
en la administracion della,  
y les predize, que la Igle-  
sia pasará à los Gentiles, y  
se les quitará à ellos.*

Texto, y Moralidad.

**D**espues de la *Matta*  
maldicion de  
la uiguera, pasó el Se-  
ñor à la Ciudad. Apenas lle-

gò al Templo quando le cer-  
caron los Principes de los  
Sacerdotes, y los Fariseos à  
arguirle con aquella envidia  
mortal que siempre le teniã.  
Dixoles vna parabola de vn  
padre que tenia dosijos, y  
à vno mandò ir à su viña, di-  
xo, que no queria, y luego  
fue; el otro dixo q̄ iria, y no  
quiso ir. Sacòles de aqui la  
cõsequencia, q̄ los publica-  
nos, y pecadores tendrian  
mejor lugar que ellos en el  
Reyno de los Cielos.

Propusoles otra, y dixo:  
q̄ vn padre de familias avia  
plantado vna viña, cercóla  
toda en contorno con balla-  
dos, izole lagar, fabricò vna  
torre, y diòla luego en arre-  
damiento à vnòs labradores.

Mucho beneficios izo este  
padre en su viña, todòs se  
le convittieron en dño: por  
que az èda q̄ no tiene pre-  
sente à su dueño, quanto tie-  
ne de conueniçela, para quiẽ  
la administra, tiene de per-  
dicion para quien la costea.  
Atalaya fundò en ella, para  
que viesen desde ella, si en-  
travan ladrones. Padre, dize  
que era el que la plantò. Co-



y cuidado de Padre, es solo quien sabe proveer de todo lo necesario, para el servicio, y fortaleza. Vn padre sabe mirar laazienda como suya: vn mayordomo la mira como padrastro: en si misma se conoce su falta, pues su ruina llora, quanto no tiene de asistencia, y cuidado de quien la plantò, y la formò.

Llegòse el tienpo de los esquilmos, y enbiò à sus criados, para que cobrasen de los arrendadores. Pero ellos à vno apedrearon, à otro hirieron, y à otro quitaron la vida.

Dà suazienda este padre à traidores, y el fruto que coge es muerte, eridas, y desonra. Fùdò la viña, y bolviò las espaldas. Dexòla en perfeccion, y la entregò à ladrones, que sin Dios, ni ley tuvieron tal correspondencia. Quando no faera por Dios, devieran estos por ombres de bien tener atencion: y pagarle à este padre con puntualidad: pues con liberalidad, y confianza, les dexò suazienda. Ay ombres à quien elazer

confianza dellos, es obligarlos mas al cumplimiento de sus obligaciones. Estos son los menos: y los mas, en fiando de su correspondencia, nõ solo faltan à lo que deven, sino se muestrã enemigos. Cosa dura es, que ayà de dar vn ombre suazienda, y con ella compre vn contrario, y quien despues de quedar se cõ ella, no solo no se la paguẽ, sino q̃ su onta, y reputacion le quiten si la pide. Que aga vn ombre vn beneficio, que le dè à otroazienda, medios, y modos para remediar se, y entõces enpieça à conocer vn enemigo, quando avia de experimentar vn agradecido. El que tiene el animo generoso, y es onrado, nunca se acorta con la falta de correspondencia al debito, que el acreedor, ya q̃ no le corresponden con lo que se le deve, siente, que le nieguen la abla. Quien tiene el animo corto, y traydor, no solo no paga, sino huye las ocasiones de ver à quien le deve: se retira, le enfada, evita el encontrarse con èl, no quisiera verle, ni oirle, ni que se le



le nonbraran, de qualquiera trabajo que le succede, se huega, porque por alli le parece que se libra de pagarle: si le pide suazienda, sino le niega el dinero, le niega la cortesía, y si llegara el día de su muerte, fuera para el deudor el día de mayor gozo, porque le parece está libre de aquella obligacion, que aunque pasa à otros el derecho, ya se miran con vn poco de mas desago, porque no es el que agora pide, quien hizo el beneficio, y ay alguna posibilidad para negarle, y en todo caso se dan largas al cumplimiento.

À vno irieron, à otro apedrearon, y à otro quitaron la vida, engente que se aviã valido de piedras para vno, no se valdrian de armas para todos, las piedras son las mas vsuales en el campo. Estas no son armas con que la gente noble pelea. Y en las mesmas armas manifestan que su correspondencia, no es de gente de obligaciones, sino de villanos. Recibir vna credad, y pagar

con vna pedrada, no es moneda que corre entre Ciudadanos.

Que sentiria este padre en ver, que el primer fruto, que cogia de su credad, eran pesadumbres? Que se quede sin credad porazer ricos à otros, y despues que lo están, le quiten la vida à quien va à pedirles los reditos! A esto está expuesto vn buen Señor, con malos criados, los quales despues de enriquezer à costa de suazienda, le pagan tan malos reditos. No es el dolor que ellos paguen mal, que en eso cumplen con las obligaciones de ombres, la mayor desdicha es, aver los menester, y verse vn ombre obligado à traer vn enemigo à su casa, y tan forzoso, que sin el no se puedeazer laazienda, y tan necesario, que si èl falta, à de parar la obra, y muchas vezes vna polilla, que la consume toda, y èl es el amo porq̄ mãda toda laazienda el amo es el criado, porq̄ es obligado à sujetarse



èl, y à de vivir con el nonbre de Señor, y con la pensión de quien sufie, y sirve.

Que padeceràn los Reyes, viéndose obligados à sufrir ministros que en esta vida, y a que no se alçen con ella, quieren enriquezer à costa del padre q̄ en ella los pone! A Corona! A Corona! dezia aquel desengañado, si el que te conoce te encontrara en el suelo, por no levantarte, ni aun te diera cõ el pie. No tienes cosa q̄ no sea vna pesadumbre: no tienes resplandor que no sea fantastico, no tienes piedra que no sea vna espina, tu oro es falso, tus perlas son engañosas, si cargas sobre las sienas, oprimes, y tanto tienes de ermosura, quanto tienes de ser mirada de leños, y tu pesadumbre solo la conoce quien de cerca te mira, y te considera.

Ay Prelacias, tan ansiosamente buscadas, y lloradas despues con tanta amargura de coraçon! Siembras el mandar à otros, y conforme la tierra en que cae, así es el fruto. Si es en v̄ mildes,

y obedientes es fruto centesimo; si es en sobervios, y duros, en lugar de trigo, coges piedras; si en inquietos, coges espinas; si es en ombres sin razon, se pierde lo que mandas; y por postre la cosecha mas segura es vna murmuracion, vn testimonio, y muchos vna rebeldia, y vna desonra; y quiera Dios, que despues de aver sufrido por acà esto, no sea despues en la otra vida mas sensible la residencia de auer sido Iuez, y Prelado.

Quando se llegó el tiempo de los frutos entonces enbiò à sus criados à recogerlos.

Si el enbiar fuera antes de tiempo parece que pudier n referirse los arrendadores. Pero justificada su causa por todos lados, es azer ellos mas injusta la correspondencia. Como tendrían cara para parecer en juicio à dar cuenta de sus acciones, quié despues de averle dado azienda, y esperado, se quiere alçar con ella, quitando la vida à quié le pide los reditos?

El padre de familias, viédo



do tal insolencia, embió aora otros criados en mas numero que los pasados. Pero como las armas no se les avian caído toda vía de las manos, lo mesmo izieron con estos, que con los otros.

Vn onbre q̄ está rematado en vna cosa, no tiene ya por inconveniente el perder se. El malo, que à echo quantas cō la vida, y con el alma, y conoce, que sale alcançado en ellas, y no busca su remedio, es milagro q̄ no aga mayores daños. Alma que despues de aver cometido vn pecado, no busca el remedio. luego, antes queda bien allada en èl, dispuesta está para cometer otros muchos. Son pintas de ijos de Dios, las que ya que se à cometido el delito, luego se sigue al pecado el dolor, y pesafoso de aver à Dios ofendido, propone la enmienda, y se aparta de la ocasion del pecado. Pero el que se come te aora, y va abriendo puerta para otros, y quando con la enmienda de la vida, y mejora en las costumbres, deviera poner remedio en

ellas aora sin remedio, camina à su precipicio. A esto se exponen con los pecadores, los que de parte de Dios les auisan de que llega el tiempo, y piden quenta de los talentos, y azienda que el Señor les à entregado, estas son las muertes, eridas, destierros, carceles, persecuciones, y trabajos que los Santos àn padecido, y los justos padecen. Pues, ò àn de dexarlos que con ellos se pierda la azienda, ò si piden quantas, à vnos apedrean, à otros lastiman, y à otros quitan la vida.

La insolencia de estos arrendadores, le pareció à este padre, que se reformaria con la presencia de su ijo, y que à èl le tendriã respeto, ya que à sus criados le auia perdido.

Tan al contrario le salió al padre esta quenta, como las antecedentes. Quitaron la vida al ijo, y lo mismo fuera al padre, si pudieran averle à las manos. Antes aora juzgaron la eredad por suya quãto menos teniã quien se la pidiese. Este es el



eredero, dixerón, venid, y quitemosle la vida, para que la heredad sea nuestra. Echaron mano del, le sacaron fuera de las cercas, y le mataron. No solo le arrojan de su casa, sino le privan de vivir, y le dan la muerte. Muerte, y destierro le dan al dueño, y el castigo que se suele dar à quien des à remediarlo. Ellos son ladrones publicos, y como à ladrón asistran à su amo. Estos trabajos se le siguen à quien por su desdicha encuentra con tales criados.

Aora les izo Cristo à ellos que fuesen luezes desta causa, y les dixo: Que arà con estos labradores este dueño de la viña? Quítar sela respondieron, y darla à personas, q à su tiempo correspondan fielmente con los debitos.

No pueden negar lo que es razon, aun los naturales mas broncos. La justicia la confiesan, aun los mas perdidos, porque mirada la atrocidad de vn delito, no ay quien puedaazer espaldas para que no se castigue. Eso

tiene contra si el ingrato, qual quiera culpa, por grave que sea no le falta à quien la mira vn lado por donde disculparlas: pero à vna ingratitud nauniel mas malola cõdena.

Que animo le puede quedar à los onbres paraazer bien, si tienen tales escarmientos de aquellos à quien fian sus aziendas, y les azen dueños dellas? *1007. 1017. 10281*

Luego que ellos vueron dado la sentencia, les dixo el Señor: Pues por estos digo yo aora, que se os quitarà de vosotros el Reyno de Dios, y se darà à gente que haga fruto, y le pague. Aora acabarõ de conoçer los Principes de los Sacerdotes, y Fariseos, que todas estas parabolas las aplica contra ellos. Bolvieron los ojos à vn lado, y à otro, queriendo echarle mano, y prenderle.

No se atrevieron por la multitud de gente que avla en contorno, que le estimavan como à Profeta grande, y rezelandose movimientos en ellos, y causar alborotos, por eso no executaron su intento. *1001. 1000. 1000*



No aypefadunbre para el malo, como que le conozcã que lo es. No à menester, q̄ le ofendan, para tener por enemigos à todo el mundo, mas que el saber que saben sus maldades. No quisiera ninguno que se alcançãsen à saber sus malas obras, porque esta naturaleza, que desde el pecado apereciõ el ser mas, si conocen le tienen en menos es su muerte, y su sentimiento. Quieren los malos proceder mal, y que nadie los repreenda, y que ninguno se dè por entendido de sus cosas, que se agan ignorantes de todo lo que pasa; quieren notar à todo el mundo, y que todo el mundo se fugete à sus licenciosas lenguas, sin mas meritos de su parte que su desago, y sin que en lo demàs aya razon para callar, sino su modestia, y encogimiento, para no perderse cada instante, ni verse en ocasiones de quebrar su cordura. Al oir en el Señor estas razones no ablaron palabra, sino miraron à todos lados, para

poder executar sus iras. Como à los malos les falta razon, les faltan razones: y el concluir sus negocios, es cõ vna traicion. La mala conciencia con que viuen les emudece la lègua, y la rabia de verse conpreendidos, les saça aquel fuego à las manos. Quierẽ la poner en quiẽ no les ofende, como si el vèrgarse en ellos fuera conpurgar se de su mala vida, y es añadir torpeza a torpeza, y entredarse nuevamente en peores lazos. No enmendavan sus vidas los Judios, y quisieran aora quitarla à Cristo, como si esto fuera ser ellos bueno, ò por este medio vueran de escapar de ser malos.

## EXENPLO I.

Grande cuidado vemos en Dios, en qualquiera parte que leemos esta viña, porque si es la que cuidò, enbiando jornaleros à trabajar à todas las oras de



el día anduvo solicitando el  
 allarlos. Si en esta se vee los  
 gastos en plantarla, y las pe-  
 sadumbres, y sinlabores, qui-  
 tando la vida à sus criados, y  
 à su ijo. Toda deve de ser  
 vna, q̄ desde los principios  
 enpeçò à dar muestra de estos  
 frutos, y tales fueron ellos,  
 que muchos años antes se  
 avia quejado por su Profe-  
 ta, de que en lugar de vbas,  
 llevò agrazones, y el fruto  
 que della cogiò, fuerò amar-  
 guras. Apenas se ponen los  
 ojos en esta eredad, quando  
 el pensamiento se vâ luego  
 à considerat aquella infeliz  
 Ciudad de Constantinopla,  
 cabeça del Imperio, y Iglesia  
 Griega. Exemplo de quantas  
 miserias pueden dezirse en  
 el mundo. Pues à no ser Je-  
 rusalen la Ciudad de quien  
 llorò Ieremias tã tiernamē-  
 te su pecado, y su perdicion,  
 y dezirlo en sus trenos, y la-  
 mentaciones tan claramen-  
 te, juzgaramos con facili-  
 dad, que era Constantino-  
 pla de quien ablava. Porque  
 las eregias, y pecados de  
 los Griegos, y el castigo que  
 Dios embiò sobre la Ciudad

se cortaron tan al molde  
 de lo que pasó en aquella  
 Ciudad, que parece, que  
 aquellas profecias fueron  
 deste suceso. Era Ierusa-  
 len la Corte de lo Catolico  
 entre los Indios, como Cōs-  
 tantinopla entre los Grie-  
 gos. Los Sacerdotes, y mi-  
 nistros del Templo estavan  
 llenos de pecados, Simonias,  
 y logros. No estavan menos  
 los de Grecia. Aquellos qui-  
 taron la vida à Iesu Cristo:  
 estos pusieron obstinados  
 mil eregias contra la Santissi-  
 ma Trinidad, y especialmen-  
 te contra el Espiritu Santo,  
 negando proceder del Pa-  
 dre, y Ijo, la consustancia-  
 lidad, igualdad de perso-  
 nas, y otros mil errores.  
 Aquellos aborrecian todo  
 lo que era orden, y estos es-  
 tavan divididos entre si, en  
 varias sectas, y opiniones  
 de Essenos, Fariseos, Sadu-  
 ceos, Erodianos, y otros  
 muchos, de lo qual ablamos  
 mas largamente en nuestros  
 libros de Anales Euangeli-  
 cos, que para este libro baf-  
 ta esto, segun la concision  
 con que escrivimos la isto-



ria. Del mismo modo estavan los Griegos, y de tal modo enbuelto en eregias, que apenas gozava aquella Iglesia de vn Patriarca Catolico, quando le sucedia vn Eregge. Los ludios perfiguieron à Iesu Cristo, y à sus Discipulos: y las persecuciones que la Iglesia Latina en sus ijos à padecido de la Griega, no es para dezirse. Pues como si el Venerable, y Santo Sacrificio de la Misa, que los Latinos celebramos, fuera distinto del suyo, ò fuera otro Dios, ò ellos mejores que nosotros, y nosotros la escoria del mundo, así nos aborrecen, y si algun Latino dize Misa en los Altares, que ellos celebran, le van luego à labar, y le limpian muy bien, y dicen, que à quedado contaminado, por auer dicho Misa en èl vn Latino. Dexanse llevar con tal passion contra nosotros. Que persona que en este año de mil y seiscientos y setenta y tres salio de Ierusalen, y le ablè en esta Corte, y di credito por las reverendas

grandes de virtud, y puestos que le aconpañan, que fue testigo muchas vezes en Ierusalen, y en Palestina, si acaso algun Iudio se conuierte à la Fè, ya que no le reducen à su sentir los Griegos, y quiere profesar la Religión Catolica, le dicen, q̄ ya q̄ no se aga Griego con ellos; antes se buelva Turco, q̄ Latino. Oponense ellos, y los Españoles en algunas cosas que è observado: lo primero, que ellos son cismaticos; lo segundo, que no no saben jamás, que seguridad se pueden prometer los q̄ tratan con ellos por la demasiada sobervia, y poca estimabilidad en lo bueno, y estando entre Turcos à quiè aborrecen como à enemigos, cõ ellos se vnen para azer oposición à los Latinos. En el Sacrosanto misterio de la Trinidad enbuelvè mil errores; no creyendo de aquellas tres divinas personas lo q̄ la Iglesia Catolica reverencia, y cree ilustrada por el Espiritu Santo. Llevan con impaciencia, q̄ el Sumo Pontifice Romano sea cabeça de la Iglesia uni-



verfal, y quierẽ, q̃ el Patriarca sea, fino supremo, por lo menos igual en la jurisdiccion, y aunq̃ en algun tienpo se ayan sugetado, y reconocido, como deven, nunca se les apaga a quel fuego de soberbia, con q̃ ponen la ptoa, ya q̃ no a llevarse a la Grecia la primacia, por lo menos a no quedar inferiores en cosa alguna a nosotros. Desde q̃ el glorioso Apostol S. Andres fundò aquella Iglesia, donde fue el primer Prelado, asta el año de 1453. q̃ tomò Maometo a Constantinopla, tuvo ajustada la quẽta, ciento y cinquẽta y ocho Patriarcas, aniendo entre vnos, y otros algunas vacantes. Las inquietudes de muchos dellos en sus cismas, eregias, y alborotos con el pueblo, y las q̃ el pueblo tuvo con otros q̃ fueron sanros, y virtuosos, las revoluciones de los Enperadores Griegos no sò para escritas, por q̃ se aze increíbles, aũ a los ombres mas barbaros del mundo. Muchas vezes intẽtò la Iglesia Latina vnir a si a la Iglesia Griega. Doze vezes executò esto, y otras tã-

tas se apartarò de la Fè Católica de la Iglesia Romana, cò el aborrecimiento q̃ tienen de q̃esta Iglesia sea Madre, y Maestra de todas las Iglesias del mũdo, pues su primacia no la recibò de Reyes, ni Enperadores, sino del mismo Cristo su fundador, q̃ la diò a S. Pedro. Sin embargo de ser la S. Iglesia Romana la superior a todas las del mũdo, las quatro Patriarcas del Imperio Griego, q̃ son Constantinopla, Alexãdria, Antioquia, y Jerusalẽ, todas oy sujetas al Turco, en castigo de sus pecados, y errores, casi nunca estuvieron firmes todas en esta obediencia, por q̃ ora vnas, y luego otras, estuvieron en estos movimientos, siẽdo la de Còstantinopla la q̃ siẽpre levãtaua la vãderra, y a cuyo sequito miltitavã las demàs. La 1. divisiõ fue por los años de 341. siẽdo Enperador Còstacio, Frego Arano, movido en Antioquia por Eusebio su Patriarca q̃ celebrò conciliabulo cõtra el S. Cõcilio Niceno, por quitar del Simblo de la Fè aquellas palabras: *Et in Spiritũ Sanctum, Dominum, &*



*divinam, qui ex Patre, Filioque procedit. Qui cum Patre, & Filio, simul adoratur, & conglorificatur.* Y negar al Ijo la consubstancialidad con el Padre, y al Espiritu Santo la procesion del Padre, y del Ijo, y así mismo la consubstancialidad con ambos. Para este Concilio fueron citados a San Atanasio, Patriarca de Alexandria, y à otros Obispos Catolicos, y no queriendo venir, los excomulgaron, y privaron de sus Obispados. Apelaron al Papa Julio Primero, vinieron los Catolicos, y los Ereges no quisieron venir llamados, y aogando al Patriarca Paulo, debaxo de un Altar, donde le encerraron en Cucubo, el Enperador Constantio puso en Constantinopla à Eusebio, que era Atriano, à quien sucedierõ Macedonio, Eudofio, Demofito, Evagrio, todos Ereges, y tuvieron aquella silla treinta y seis años.

La segunda, fue año de 426. y enpeçò por Nestorio, promovido de Antioquia à Constantinopla, q̄ enpeçò à

predicar, q̄ la Virgen Santissima no se avia de llamar Madre de Dios, sino de Cristo, y pasó à negar la procesion del Espiritu Santo.

La tercera fue general de todos los Griegos por los por los años de quatrocientos y quarenta y tres, movida por Dioscoro, Patriarca de Alexandria, siendolo de Alexandria San Flaviano, el qual corrigiò à Eutices, q̄ dezia no avia en Cristo mas q̄ la naturaleza divina, por q̄ en ella se avia cõvertido la humana. Iuramete le privò el Santo de la governacion de los Monasterios que tenia à su cargo. Iurò se con Dioscoro, aviendo apelado al Concilio, q̄ se juntò en Efezo, por mandado del Papa Leò, adonde fuerõ cõ grande acompañamiento de gente armada. Dioscoro no quiso dexar presidir à los Legados del Papa, forçò à todos los presentes à confirmar la doctrina de Eutices, restituyòle en sus puestos, quitò la vida à S. Flaviano, y puso en su Patriarcado à Anarolio su Arceidiacono. El S. Pontifice escrivio



al Emperador Teodosio, que Dioscoro turbava la Iglesia de Dios, condenò lo actuado en este conciliabulo, y pidiòle se juntase otro Concilio. No quiso Teodosio, y Dioscoro le unió à sí, q̄ tuvo atrevimiento para excomulgar al Papa, y quedando unidos con èl los demás Patriarcas, todos quedaron ereges.

La quarta fue por los años de quatrocientos y setenta, en tiempo del Papa Simplicio, movida por Acacio, Patriarca de Constantinopla, q̄ puso en todas las Iglesias Patriarcas ereges, y quitò la obediencia à la Romana, à quien algunos dias despues sucedió Macedonio, tan grande erege, que falseava los la Escritura, y le sucedió Timoteo, con otras eregias, no menores que estas deste.

La quinta fue en tiempo del Papa Pelàgio Segundo, por el año de quinientos y ochenta, en que siendo Iuan Patriarca de Alexàdria quiso llamarse vniversal, convocò à sí à algunos Obispos,

que le dieron este título. La sexta vez fue por la eregia de Sergio, Patriarca de Còstantinopla, que dezia, no avia en Cristo mas de vna naturaleza, y en este error duraron por sesenta y cinco años.

La septima fue en tiempo de Tito Patriarca de Constantinopla, continuando la eregia de su antecesor, sucedieronle en ella Iuan, Germano, Anastasio, y Constantino, que avièdo cesado aquella eregia, enpeçò à moverla de negar el culto à las imagenes.

La octava fue, continuando esta misma eregia el Emperador Leon, Armenio, q̄ se prolongò asta el año de ochocientos y cinquenta y nueve, en tiempo del Papa Nicolao Primero: que descomulgò à Focio, que de onbre lego, y endemoniado fue echo Patriarca de Constantinopla. Por justas causas diò el Papa sentencia contra èl privandole de la silla. No se le diò nada desto. Confervòse en ella con ayuda del Emperador Miguel. Por vè-



garfe del Papa, q̄ no le avia querido confirmar, le pareció, que el resucitar las eregias viejas era poca agudeza, y tratò de inventar novedades. Juntò à Concilio General: y porque este, sin autoridad del Papa, y sin Legado suyo, era ilegítimo, buscò Obispos, que se fingiesen Legados. Ya junto el Concilio, enpeçaron algunos à formar cargos contra el Papa, y presentaron testigos còtra èl, de muchas cosas. El maldito Focio fingia defenderle por estar el Papa ausente, no aziendo caso de ser suprema Cabeça de la Iglesia, que no puede ser juzgado por ningun inferior. En los cargos que le ponian, dixo, que se dava por desentendido, y que aora solamente excomulgava al Papa, por aver añadido al Símbolo de la Fè, que el Espíritu Santo procede del Ijò, y deponiendole de su Pontificado, dixo, que no queria proceder à mayores penas. Tal miseria como esta pasava en aquella Iglesia. Desta se originò la nona, por el maldito Focio, revol-

viendo Papas Enperadores, y Concilios, con tan crueles turbaciones, que jamàs pudieron imaginarse en el mūdo otras como ellas.

La dezima la causò el Enperador Constantino Monòmaco, el año de mil y cinquenta. Vino de Constantinopla à Sicilia, q̄ era suya, y allando muchas cosas curiosas en las Iglesias, y estatuas, y marmoles en las partes publicas, las arrancò, todas y robò, con intento de edificar el Monasterio de S. Gregorio en su Corte. Esto es propriamente robar, para dar por Dios, y desconponer à vn santo, por componer à otro. Fue terrible el sentimiento de los de la Isla, y por eximirse de los Griegos, que con sus variedades, soberbia, y eregias los tenia enfadados, luego que el Enperador bolviò las espaldas, se levantaron, apellidando libertad. Avisarò dello al Papa, que sintiò mucho ver pobres las Iglesias de Sicilia, solo por enriquezer las de Constantinopla. Tuvo aviso el Enperador desto, y lue-



go ecrivio al Pontifice excomulgase à aquellos para que se reduxesen à su obediencia. No quiso azerlo, por ser cosa tan agena de las armas de la Iglea, ni intrometer la jurisdiccion espiritual, con la temporal. Esto mesmo fue poner en sòspechas al Emperador de q̄ el Papa avia consentido en el rebellion, ò q̄ ayudava à èl miètras no los excomulgava. Para vengarse de èl dispuso, no solo quitarle la obediencia, sino q̄ todos los de su Imperio iziesen lo mismo. Avia en Constantinopla vn Patriarca de mala vida, a compañada cõ grãde ignorancia, y idiotismo, q̄ por si esbãstãte para qualquiera desdicha, y con tales costumbres, era milagro en èl todo lo q̄ era ser bueno. A esto se le juntava el ser ambicioso para que nõ le quedase parte por dõde no entrase en èl toda la malicia. Iuròse à èl el Emperador, y de la malicia suya, y vicios del Patriarca se vierõ horrendos efectos. Dixole, q̄ si le dava gusto en lo q̄ le queria dezir, le arria, y traeria del freno à su

vniversal Prelado de la Iglea cavallo, como azian los Emperadores de Roma à los Papas. Con estas promesas asintió facil à quanto el Emperador le pidió. Convocaron à Concilio General, y excomulgò al Sumo Pontifice, y à todos los Arçobispos, y Obispos Latinos, denunciãdolos à todos por depuestos de sus Pontificados, por aver aãadido al Credo la palabra declaratoria, de que el Espiritu Santo procede del Ijo, como del Padre. Y que pues el Patriarca de Constantinopla es el segundò despues del Papa, y este nõ lo avia, por estãr excomulgado, y depuesto, òl quedava por Papa vniversal para darle autoridad, y que la farfa tuviese todas sus tremoyas, en vna accion publica, tomò el Emperador de dietro el cavallo en que iba su maldito erege, y falso Patriarca. El Papa ecrivio al Patriarca, enseñandole lo que devia saber, aunque mas idiota fuera, que todos los Synodos vniversales, celebrados en Grecia.



cia; y aprobados por todos los Prelados, y Enperadores, siempre confesaron, ser la silla Romana superior à todas las del mundo, y no poder ser juzgada de ninguna. Agora el Enperador izo vn discurso, que pues el Papa desde Roma le excomulgava, me, or lo aría el que tenía dentro de casa, y no llevaba mala traza, segun la soberbia, que avia aumentado, y el sequito, y aplauso que tenía en todos, y las muchas preeminencias que él le avia concedido. Para prevenir los daños, que ya amenazavan, le privò de las insignias que le avia dado, y de la autoridad, que le avia añadido, y aun quitò mucho de lo q̄ por su antiguo estado de Patriarca gozava. En esto vienen à parar las amistades de los malos, que enpiezan con pecados, y con escandalos se defazen. No por esto se bolyò Constantino, antes izo pregonar publicamente, que à quien descubriese mas faltas de la Iglesia Latina, ese llevaria mayores premios.

Tomaron mucho la pluma cõtra nosotros, sin que quedase accion, que no nos se condenasen por eregia, aña el cortarse la barba los Eclesiasticos. Y aun aora me acuerdo, que el año pasado de mil seiscientos y setenta y dos, vien esta Corte à vn Griego, que dezian ser Monje Basilio: su abito consistia todo en vna tunica negra, que le cogia del cuello à los pies, suelta sin ceñir, y las mangas vn poco anchas, forradas por dentro en vna telilla azul, y el cabello largo afuera los ombres, y la barba muy crecida.

Preguntèle, que como siendo Sacerdote, y Religioso traía el pelo largo, y sin Corona, y me respondió, que el no traerlo los Latinos, que era inuencion nuestra, y que ellos se portaban como los Apostoles, y como anduvo Cristo Señor nuestro.

Ni entonces tuve noticia destas eregias, y aborrecimiento que nos tienen, ni estavan en parte, donde po-



dia bolver à replicarle, y así lo dexè. Leyendo, y escribiendo esto me acordè de su sobervia, y de que queriaazer alusion à esto q̄ su Emperador Constantino opuso à la Iglesia Latina, y ellos àn ido aprendiendo noventa y nueve eregias nos oponian, sin que dexasen de cõdenarnos por tal, el andar à cavallo, por no cansarnos. Bien conocian los ombres doctos, que todo era disparate; pero la gente vulgar fue quien por entõces lo aprendiò con mas viveza, y de allí se à derivado, y quedaron los Griegos mas divididos de los Latinos, que asta entõces la Iglesia Romana los tuvo por miembros cõtados, y incorregibles, y jamàs izo caso dellos, viendolos tan obstinados en desverguença.

Las dos vltimas divisiones succedieron por el Emperador Andronico, ijo del Emperador Miguel Paleòlo, q̄ enpeçò à reynar, despues del Concilio de Leon de Francia. Allí se Miguel en este que se avia jurado para

la vnion de la Iglesia Griega con la Latina, y reduciò jurò de guardar la Fè Católica, como la Iglesia Romana confiesa. Boiviòse à Constantinopla, y procurò entablarla, como buen Catolico, sin quedarle rastro de los disparates antecedentes. Era Patriarca de Constantinopla Iosef, que precisandote mas de Griego erege, q̄ de Obispo Cristiano, nunca quiso asentir à lo que se avia determinado en el Concilio, sino pertinaz, y obstinado, permaneciò en sus errores. A este le privò Miguel de su silla Patriarcal, y la diò à Iuã Vecho. Castigò à muchos por inobedientes, quitandoles las vidas, y aziendas, y obrando en todo, como devia vn Principe que anpara la causa de Dios. Pero no durò mucho esta felicidad, pues liegandosele la muerte, le quitò la vida, y la Corona. Succediòle su ijo Andronico, tal fiero, y tan cruel, que no se lee de otro en el mundo aver echo lo q̄ este. Pues al punto que su padre espirò, allandose ere-



dero del Imperio, enpeçò à un mal onbre, pues su Imperio exercitar su Reynado con un vinieron à comersele poco tra su padre difunto. Privò à poco los Turcos, y Tartarale de sepultura Ecclesiastica, sin tener armas, ni vallamandole erege, porque elor, para estorvarsele. Y su avia convenido con los Latinos, niecto Andronico le quitò el tinos en el Concilio de Leõ, Imperio, obligòle à que to y renunciando los dogmas, q̄p mase el abito de vna Reliconfesava la Iglesia Griega, y gion. Acabò de pasar su vida y sus eregias. Con accion tã encerrado en vna celda, so escandalosa como esta, enpeçaron todos à prometerse lo pobre, olvidado, y despreciado, y en ella le cogiò buenos sucesos con tener à la muerte, y acabò su infeliz vida, sin que nadie supiera vn Enperador que los auia de anparar en sus locuras. se del.

Quitò el Patriarcado à Iuã Vecho, à quien su padre le avia dado, y le diò à Iosef, pertinaz defenser de las eregias Griegas. Quiso agora dar à entender, que la Iglesia Romana avia de tener en èl vn enemigo perpetuo, y para q̄ enpeçase con buen proposito en manos del Erega Iosef, izo protestacion de las eregias de su Iglesia Griega, y de no consentir con los Latinos en cosa alguna; con esto se revelaron todos de la obediencia del Papa, y quedaron de peor calidad, q̄ asta en rōces aviã jamàs estado. No dexò Dios sin castigo à este

Desde el Concilio de Leõ, donde se allò Miguel Paleologo, y ynio los Griegos à los Latinos, asta el Florentino, donde se allò Iuan Paleologo, para lo mismo, pasaron ciento y sesenta y cinco años. Nunca quisierõ admitir, que el Espiritu Santo procede del Ijo, como del Padre. No llegavan à tener conferencia alguna, ni disputa con los Latinos en orden à esto, de donde no fallieran convencidos, y la respuesta que davan à la ultima consecuencia era cerrar los oidos, y dezir, bien puede eso ser verdad, pero la Iglesia



sia Griega siempre à tenido, y defendido esto: así nos lo enseñado, así emos de morir. Iuntòse el Concilio Florentino, donde vltimamente se bolvió à tratar este negocio: à èl vino el Emperador Paleólogo, y su Patriarca, y se dieron por concluidos. Concurrieron allí mismo muchos Prelados de Grecia, y ombres doctos, vtilitaronse todas las materias, vno grandísimo examen, como se requeria para cosa de tanta importancia, y desde el Emperador, asta el mas infame de los Griegos, que concurren, quedaron cõvenidos de sus errores, y unidos con los Latinos en la cõfession de la Santa Fè Catolica de la Iglesia Romana, y así se bolvieron à Constantinopla. Solos dos Obispos Griegos no quisieron asentir à las determinaciones del Concilio, y los Clerigos, y Religiosos, que tá allados estaban en las suyas, se les hizo mal el dexarlas. Algun Autor dize, que fue poco cuidado del Cõcilio, no embiá Predicadores para to-

da la Grecia, para q̄ reduze-  
 sen à la Iglesia Romana à  
 sus gentes, y à creer lo que  
 siempre confesaron sus anti-  
 guos Griegos; pero si siem-  
 pre se auian de quedar del  
 mismo modo, antes juzgo,  
 que fuera perder el trabajo,  
 y no lograr cosa alguna.

Doze años solos durò el  
 Emperador en esto, no se le  
 ocultavan al Pontifice la per-  
 tinacia, y soberbia desta en-  
 demoniada gente, y como à  
 cosa desesperada, así los juz-  
 gò. Duròle al Emperador la  
 Fè, todo aquello que durò  
 su comodidad, y sintiendo,  
 que el Turco queria comer-  
 se de su Imperio lo que los  
 años pasados avia dexado,  
 embió à pedirle socorro al  
 Papa.

Las pocas muestras de cõ-  
 plir lo que avia jurado en el  
 Concilio, y el disimulo con  
 que procedia, el ningun cui-  
 dado que aplicava à que en  
 su Imperio se gnardase la Fè  
 Catolica, y vnion; eran los  
 estímulos que punçavan su  
 conciencia, y conocia, q̄ esta  
 poca observancia, auia de  
 irritar al Papa, y mas quan-  
 do



do los procederes de todo su Imperio, mas eran de muchachos, que de ombres con barbas, y tan largas como ellos vsan. Pidióte socorro, para defenderse del Turco, y ay quien dize, que el Pontifice enojado no se le quiso dar, pues era gastar el tesoro de losijos Catolicos, en vnos enemigos, q̄ solo se confesavanijos, quando, ò el temor, ò la conveniencia, los azia entrar por las puertas de casa. Con esto, viendo el Emperador, que no tenia que esperar ayuda ninguna, como se lo mereciã sus obras, vltimamente acabò de negar la obediencia à la Santa sede Apostolica, y bolverlo à sus antiguos errores, y eregias, y con èl todo su Imperio, con que quedaron ya doze vezes llamados, reconciliados, y vnidos con la Iglesia Latina; y otras tantas ereges cismaticos, y sobervios, olvidando lo que antes avia jurado en el Concilio, y bolviendo à Dios las espaldas, y à su Vicario en la tie-

Por la mayor parte se ve, que siempre que la Divina Iusticia castiga los pecados, vienen por los mismos filos, que se àn cometido las culpas, para que en la misma pena reconozca el pecador, si azaso se à olvidado, la causa, porque aq̄ le castiga. Doze vezes se auian reconciliado con nosotros, y otras tantas se avian dividido. Y desde la vltima vez pasaron doze años, asta que publicamente la vltima vez se dividieron.

Vna de sus principales Eregias era contra el Espiritu Santo, negando proceder del Ijo, igualmente que de el Padre: y para que el castigo correspondiese à la gravedad de este pecado, que tan antiguo era en ellos, quiso el Espiritu Santo, que en su misma Pasqua llevasen la pena: pues como malos labradores, así avian negado la vinya à su Padre, no quitando la vida à su Ijo, sino con sus lenguas blasfemas diziendo mil eregias, blasfemias, y disparates contra



tra el Padre, contra el Ijo, y contra el Espiritu Santo, y enbiò al Turco Maometo, que el año de mil quatrocientos y cinquenta y tres, Lunes, segundo dia de Pasqua de Espiritu Santo entrò en ella, quitandoles el Imperio, la Iglesia, su libertad, aziendas, onras, vidas, y poniendo fin a aquel Imperio de jente, sin ley, y freno, a sus blasfemias, y eregias.

Ya iba espirando el Imperio del miserable Constantino, vltimo Enperador de Constantinopla, y Grecia, y a ese compas se iban dilatando los terminos de Maometo Enperador de los Turcos, y cruel enemigo del nõbre de Cristo. Muchas Ciudades auia tomado, y Provincias enteras de la Grecia, pero miẽtras no ocupaua a Cõstantinopla, le parecia no auer echo cosa de inportancia, asi por ser la Corte, y cabeça del Imperio, como por su hermosura, y fortaleza, ser Ciudad maritima, y de tanta comodidad para el regalo de la vida ymana. Para irle cortando los pasos de termino,

fundar vna Ciudad junto al Bõsforo de Tracia, por la parte donde el mar mediterraneo se estrecha mas, que oy se llama canal de Constantinopla, enfrente de la Ciudad de Abido, de forma, que de tierra a tierra no ay mas de mil pasos de distancia de mar. Llamalè a su nueva Ciudad Bogazasar, que quiere dezir estrechura del cuello, porque alli se estrechan las aguas, y se juntan Asia, y Entopa, como en el estrecho de Gibraltar, España, y Africa. Puesta esta fortaleza en aquella angostura, preuino dos cosas: vna tener su artilleria puesta sobre todos los nauios que pasan del poniente al leuante, y reconocerlos: y otraazer desde alli la guerra a Constantinopla. Juntò para el edificio mucho numero de gente de Europa, y del Asia, y para que en la fabrica no vuiese confusion repartì por quartales el edificio, y a cada Capitan señalò su obra, la porfia era igual en todos, y crecia la obra con admiracion, aun de los que la iban labrando.

Tres



Tres meses tardarõ en azerla, y rodearon de vn muro de veinete y dos pies de ancho, con tres Castillos inexpugnables. Ya acabada esta, y guarnecida de artilleria, armas, y gente, pasò a edificar otra Ciudad en Europa, a quien llamò Ezqui, media legua de Constantinopla en vn monte. Puso en ella diez y ocho cañones gruesos para batir la Ciudad, dando a entender que no la bolvetia las espaldas, sin tomarla, y quedasse con ella. Para no dexar atràs enemigos, quiso entretenerlos con guerra. Estos eran los ermanos de Constantino que tenian la tierra de Peloponeso, embiò contra ellos à Turacanes, q̄ levantando todòs los soldados de Europa, y Asia entrò aziendo grandes estragos en aquel Reyno.

Si poniendo el exercito por tierra no guardava Maometo la mar, quedava puerta abierta a entrar en la Ciudad socortos. La armada que tenia, no estava para poder azer faccion de importancia. Quiso ponerla sitio con vna

gran flora, que pudiese azer guerra à la Ciudad, y asimismo defenderse de qualquiera otra que pudiese venir de los Cristianos a socorrer. Cosa, que aunque juzgava necessaria, no avia prevenido, porque la Ciudadela de Ezqui, que avia fabricado en Europa, sobre Constantinopla, y la Bogazasar en el Bosforo, de Asia à la vista, le pareciò, que esta seria bastante, para acañonear la Ciudad, y impedir la entrada por la mar, limpiandola de Bajales, y aquella por tierra. Engañòse por aquella parte, y dexando mucha guarnicion en ellas, se retirò à la fabrica de navios, y galeras. Gastò todo el ibierno en ello, juntando los mas, y mejores oficiales que vno en Europa, y Asia. Era grande la presa que deseava, y à ese compàs se prevenia de todas fuerzas. La artilleria que fundiò de nuevo para esta conquista fue la mayor que en el mundo se à visto asta entonces, ni de spues tal cosa se lee, pues sola vna pieza que tirarò sobre su carreton, fue necesari-



rio, para traerla dos mil on-  
bres, y setenta pares de bue-  
yes. Cosa que solo el poder  
de tan terrible enemigo pu-  
do azer, y conseguir tantas  
cosas, como ella sola reque-  
ria.

Entrando la Primavera,  
tuvo su gente prevenida, y  
todos los aprestos de mar, y  
tierra. Embió antes à Sara-  
cias, Capitan general de la  
Artilleria, para que la fuese  
conduciendo, asta ponerla  
en Ezqui, y con grandes  
tropas de Cavalleria, que  
iban de guarda, mientras la  
mitad caminava al paso tar-  
do de los carros, en que iban  
los cañones, iban à cãpear,  
robando, quemando, y sa-  
queando quantos lugares  
allavan en el camino. Bol-  
vian estos bien mojados de  
la sangre Griega que avian  
derramado, y cargados de  
despojos à incorporarse con  
los batallones que iban de  
escolta à la artilleria. Los  
que avian ido en su guar-  
da, viendo los ricos, y vencedo-  
res, se arrojavan con brio, y  
animio nunca visto à lo mis-  
mo, para robar, y saquear.

Propriedad q̄ tienē los Tur-  
cos entre quantas naciones  
ayen el Orbe, pues demàs  
de su crueldad, y barbañis-  
mo, en el ser ladrones tienē  
mas arte, y inteligencia, que  
los onbres mas doctos de el  
mundo en qualquiera facul-  
tad, y oficio que ayen profe-  
sado muchos años. Asi lle-  
gò el Baxà de Europa, Sara-  
cias à Constantinopla con la  
artilleria, y mayor parte del  
exercito, à quien vino siguiē-  
do Maometo, con todo el  
grueso que avia junrado de  
Asia, y Europa sètò el Real  
con tanta multitud de gente  
de à pie, y de à cavallo que  
cubria todos los campos, siē-  
do solos los soldados quatro  
cientos mil los que vinierò  
por tierra, sin numerar los  
criados, viyanderos, gasta-  
dores, y bestias de carga, que  
pasavan de ochociētas mil.  
Estilo que sienpre tienē los  
Turcos, quando salen à al-  
guna guerra, llevar preve-  
nido de antemano todo quã-  
to àn de comer ellos, y sus  
bagajes, para no verse ne-  
cesitados à carecer dello,  
por la esterilidad del país, ò



por estorbos de los enemigos. Vieron los Griegos, q̄ ya esto iba de veras, y diéron viveza à sus diligencias, y prevenciones. Cerraron la boca del puerto cō las gruesas cadenas q̄ tenia para su defensa; fortificarō los muros, previnieronse de armas, bastimentos, y gente, y se encerraron en la Ciudad, por q̄ ni su cobardia, ni turbaciō les dava alientos à oponerse à tan poderoso enemigo. Llegò la armada del Turco, q̄ se cōponia de 230. velas. Recogieron los Griegos dentro del puerto sus navios, para poder resistirle quãto podiesen. Sentaron el Real por tierra, y por mar, àzia dōde la muralla estava menos fortalecida, y por la parte de tierra tenia muro, y barbacana muy fuerte, q̄ así mismo rodeava por todas partes vna caba, echada de piedra, y muy profunda. Mandò Maometo batir la Ciudad, y q̄ con vna pieza disparàsen al Palacio Imperial, y con otra à la puerta de S. Romã. La bala q̄ arrojavã estos canones, era de ocho arrobas,

tiravã otras de dos arrobas. Erã las pelotas de piedra negra fortissima, q̄ sacavã de las cãteras del Põto Euxino. El artillero era Cristiano de naciō, nacido en Dacia, llamado Orbano, criado toda su vida entre los Griegos, de quien saliò grande maestro en este arte. Las necesidades q̄ padecia entre ellos, y el no pagarle sus sueldos, ni premiar sus servicios, le obligò à amenazar muchas vezes, que se pasaria al Turco. No quisierō oirle, y convirtiò su floxedad en vn mortal enemigo al q̄ era su defensa. Izole Maometo mil mercedes, por q̄ cō èl podia à cañonazos conquistar à todo el mūdo: así en el Magisterio q̄ tenia de sũdir piezas, como en el dispararlas, con tanto acierto q̄ ponia la bala dōde le mandavan, con tanta destreza, como si la llevara con las manos. Desdichados Reyes, q̄ no les falta de dōde sacar dineros para profanidades, y quizà ofensas de Dios, y para pagar à quiẽ le à servido, y à menester, nũca tienen, y dan motivo à verse en



femejantes aprietos, q̄ entõ-  
 çes reconoçeen, quando no  
 tienea remedio. Trabajo co-  
 mo este aconteciò à los Por-  
 tugueses, llegãdo con su ar-  
 mada à Calicut. Huyerõse-  
 les los Italianos artilleros,  
 y pasaron al campo del Rey  
 barbaro. Enseñarõ los à fun-  
 dir artilleria, y en breve tiẽ-  
 po labrarõ quatrociẽtas pie-  
 zas, con q̄ no solo se defen-  
 dieron, sino aziendo grãdes  
 daños en la armada de los  
 Cristianos, no la dexarõ con-  
 seguir vn palmo de tierra  
 en todo aquel Reyno, ni cos-  
 tas del seno Canticolpo.

Pusieron los Turcos vna  
 bateria de tres cañones, dos  
 q̄ acõpañavan à aquel terri-  
 ble q̄ emos dicho. Las meno-  
 res disparavaa primero, y  
 atormõtavan el muro, si al-  
 gunas no le pasavan, y des-  
 pues se seguia la grãde, para  
 acabar lo q̄ las otras avia en-  
 peçado, à su golpe no avia  
 resistẽcia. El trueno q̄ dava,  
 era tal, q̄ aturdiã à las gẽtes,  
 y pareia hundirse el Cielo.  
 La tierra se estremecia en  
 cõtorno, y tal el quebranto  
 q̄ causava q̄ solo siete vezes

la disparavan cada dia. Las  
 peloras desta pesavan cator-  
 ze arrobas. Cosa nũca vista,  
 sino en el gran poder del  
 Turco. Por la mañana al  
 amanecer enpeçava à dispa-  
 rar, y à la patre q̄ se afesta-  
 va, azia señaal, para q̄ los de-  
 mäs cañones tirasen alli à  
 abrir brecha en el muro. La  
 rabia de los enemigos, no se  
 cõtentava solo con las espe-  
 ranças q̄ la artilleria dava;  
 llegaronse à la muralla à pi-  
 carla, para socabarla por de-  
 baxo, y poner la puntales à q̄  
 aplicar fuego, para q̄ quemã-  
 dose, viniese todo el lienço  
 à tierra, como avian echo en  
 la Ciudad de Rodas. Los  
 Griegos se defendian vale-  
 rosamente, por q̄ con saetas,  
 lanças, azeyte, y pez irbien-  
 do, estorbavan el llegar se.  
 Para esto izieron los Tur-  
 cos vnas mantas de madera,  
 aforradas por defuera cõt-  
 ra el fuego, con que sin dañar-  
 les el que arrojavan de arri-  
 ba, podian bien à su salvo lo-  
 grar quãto intentavan. Mã-  
 dò azer Maometo algunas  
 minas que entrasen dentro  
 de la Ciudad por debaxo del



muro. Sintierōse las los Griegos, y con las contaaminas las estorvaron, de fuerte, que trabajaron en ellas muchos dias sin provecho. A ora que por debaxo del muro, no podian conseguir cosa alguna, dispusieron vna traza, para poder pasar à èl à pie llano, y sin peligro. Izierō vna torre de madera fortissima, y muy alta, desde donde echavan maderos sobre çl muro, por èl pasavan los soldados à pie llano, pero la resistencia fue tal de los de dentro, q̄ jamàs entrò onbre cō vida, dexandolas muchos en el intento.

Pareciòle à Maometo q̄ la parte de la mar estava ociosa, y que tentando por alli la fortuna, se podria prometer la vitoria. Inpedian el paso à sus bajeles las cadenas que los Griegos avian echado à la boca del puerto, y el valor con que las defendian. Y para q̄ à esta fuerza vuiese otra superior, izò lo que jamàs se lee en istorias. Mandò, que sacasen à tierra ochenta nauios de la mar, y los llevasen por encima de

vna monte, à echar por encima de la cadena que inpedia el paso. Procuraron los Griegos quemar selos. Cosa que si la consiguièra les fuera de grande utilidad: pero poniendo los Turcos mucha gente en la defenfa, los retiraron cō muerte de muchos que salieron al estorvo. Con la artilletia que disparavan de la Ciudad, aunque azian daño à los enemigos, era mayor el q̄ recibian. Arrojaván las balas de seis arrobas, y los muros atormentados veniã à tierra cō mas facilidad, y cō la defenfa, ayudavan al intèto à los enemigos. Pareciòles el no dispararlas, pues el provecho que cõseguia era poco, y mucho el daño. La multitud infinita de balas q̄ avian disparado, avian derribado quatro torres, y gran parte del muro. Cerraron los Griegos de noche los portillos cō pipas llenas de tierra, y otros instrumentos, con q̄ podian inpedirles la entrada. Andavã los Griegos cãfados mucho, porq̄ ellos pocos, la Ciudad grande muchos los enemì-



gos, y sin bastate gēte à resistirlos. En esta ocasion supo Maometo, q̄ dos navios grandes, vno de Genoueses, y otro de Griegos, cargados de provisiones, venian à meterseles en el puerto. Mandò à su Almirante q̄ con sus navios, y galeras saliesen à cogerlas. Puso sus proas à la Griega, y le diò tal carga por todos lados, q̄ la traian bien apretada. El de los Genoueses, viendo à sus compañeros en aquel aprieto, se le fue llegando para defenderle, y izo grande estrago en los Turcos, con grande esfuerço, y señoreandose de todos con ayre, y valentia. La guerra q̄ traian fue tal, q̄ puso en admiracion à todo el exercito, y otra tãta rabia à Maometo, q̄ saliò en su cavallo, y tan encendido en cólera, q̄ se entrava en la mar con èl, como si pudiera llegar à ellas à rendirlas. Traian viento en popa, y sin ser bastantes los navios, y galeras de los enemigo, entraron en el puerto, salvas, y sin peligro. Valiòle la vida al Almirante el salir erido en vnojo, por q̄

el Turco echo vn perro, que ria quitar sela, por tal cobardia, y no tomar dos navios, con tãtos como tenia cõsigo. Dixo en su disculpa, q̄ los suyos le avian erido, y por eso avia cesado. Prendieron à los sospechosos, y quietòse su señor con esto, asta descubrir la verdad.

Pareciòle al Turco, q̄ lo q̄ avia derribado de los muros, era ya bastate para darle el asalto, y mundò, segun vfan estos enemigos, encender fogueras, y luminarias las tres noches antecedētes al asalto. En ellas es cosa temerosa oir à los Turcos auillar como perros, y cantar vnas nausicas, q̄ estremeen los oecos de sus xãbras, y fiestas. En ellas se encomiēdan à su falso Profeta Maoma, para q̄ les dè buen suceso en aquel cõbate. En este estado estava la Ciudad, quando Maometo cõbidadoles cõ la paz, enbiò à Ismael, ijo de Escenderes, Governador de Sinopis para q̄ como q̄ salia de si, ablaste à los Griegos, proponiendoles el miserable estado en que estavan. Que su señor no

avia



avia de levantar el fitio, aña  
 rendir la Ciudad, y entrádo-  
 la, no fe avia de quedar on-  
 bre à vida. Izo el Enbaxador  
 fu papel cō toda traza, ofre-  
 ciendo fe ferles intercefor  
 con Maometo, fi ellos desde  
 luego, y por bien fe le ren-  
 dian. Entraron en confejō el  
 miserable Esperador Con-  
 antino, y los Principes, y  
 Prelados q̄ eftauā encerra-  
 dos en Constantinopla, y viē-  
 do las pocas fuerzas q̄ teniā  
 para refiftir fe, y eftando en-  
 cerrados, las acortava mu-  
 cho mas, refolvieron enbiar  
 Enbaxador à Maometo, para  
 que tratafe defto. No quifo  
 darle audiencia, y por mo-  
 dio de Ifmael le refpondiō,  
 q̄ fi los del Imperio Griego, y  
 Constantiupla queriā paz es-  
 cō èl, le aviā de tributar ciē  
 mil ducados cada año. Y que  
 fi el tributo les parecia mu-  
 cho, dexafen la Ciudad, y da-  
 riā pafō libre à cada vno, fin  
 ofenderle, ni en la vida, ni  
 en laazienda. Y fino queriā  
 efte partido, y fe refolvian  
 a pelear, que fe defendiefen,  
 que en tomando la Ciudad,  
 no vfaria mifericordia con

ninguno, pues les avia ya ro-  
 gado con ella.

Es la avaricia la puerta, por  
 donde entran las defdichas  
 à los ombres, y los que la pa-  
 decen, en orden à no despo-  
 ferfe de parte de fu dinero,  
 muchas vezes lo pierden to-  
 do. Eftavan los de Conftan-  
 tinopla riquifimos, y quan-  
 do en fus casas no lo tuvie-  
 ran, los Templos eftavan lle-  
 nos de plata, y oro, que para  
 remediar tan eftrema nece-  
 fidad, bien pudieran valer fe  
 dellos, fi por otra parte les  
 faltara, como muchos Prin-  
 cipes Católicos àn echo en  
 femejantes aprietos. Por no  
 verfe en aquella defdicha,  
 podian muchos años pagar  
 el tributo, fin quedar po-  
 bres, aña mejorar fe de fuer-  
 zas, y negar fe lo à laçadas, y a  
 balaços; pero el corto ani-  
 mo de no querer despofer-  
 fe de fus aziendas, los izo  
 perderlas todas, y la liber-  
 tad. Enbiaron al Papa Nico-  
 lab V. q̄ tenia la Silla de S. Pe-  
 dro, para q̄ les enbiate focō-  
 rro. El Pōtifice tenia baffate  
 cōpreçfō de las faltas de los  
 Griegos. Quando eftavan en



paz, no querian reconocerle por suprema cabeza, y à cada paso negavan la obediencia: y quando se veen apretados, le enbian à pedir, como à Padre. Ricos, y llenos de tesoros no quieren gastar en redimir su vexacion, y quieren gozar de reposo à costa del Pontifice. Que con su dinero, armas, y gente los defiendà, para que luego al punto buelva à ser peores que de antes. Doze años avia que avian vltimamente reconciliadose con la Iglesia Latina, y luego le bolvieron las espaldas: y como si vuiera muchos siglos que eso estava olvidado, y vuieran buelto à reconocer à su Pastor, quando mas fresca estava su inobediencia, le piden q̄ los socorra. Nicolao estava en esta ocasiõ ocupado en pacificar las guerras de Italia, y quando eso no fuera por el conocimiẽto q̄ tenia, no izo caso de su demãda, ni atendio en cosa ninguna a su peticion. Permittiòlo Dios, asi, para q̄ los que le avian dexado tantas veces, y con tanta desver-

guença, de vna se viesen desamparados del, y los suyos, para que se acabasen de perder, y tuviesen sin tantas eregias cõtra su Divina Magestad, y los perjuriõs contra los onbres.

Oyeron los Griegos la amenaza de Maometo, y ellos mas sobervios q̄ valientes, y mas avarientos q̄ ricos, se resolvierõ à pelear, y defenderse: y à desamparar la Ciudad, sin aver llegado à tentar los azeros con èl: mas que averles dispaado algunas piezas, y resistido la entrada en algunos asaltos particulares que avian intentado los Turcos.

Antes q̄ pasemos adelante, darẽmos breve noticia de quiẽ era Emperador de Constantinopla, y su fin desgraciado. Era ya muerto el Emperador Juan Paleologo, q̄ se allò en el Concilio de Ferrara, que se acabò en Florencia. Dexò algunos hermanos, y vno de ellos llamado Demetrio, que no era el mayor, ni tenia mejor derecho, luego que su hermano avia espirado, puso demanda



En de l'Imperio. Con la Enperatriz su madre avian quedado señalados Tuezes arbitros, para que vista la justicia de rodos, le diesen à quien les pareciese lo merecia. Constantino era el mayor, à quien de derecho le tocava, y estorvado à Demetrio, favorecieron à aquel, que despojado injustamente, temieron entraria Turcos en la Ciudad, para que le restituyesen la Corona. Tomàs el menor de los tres hermanos, Llegò à Constantinopla, pensando allar viuo al Enperador su hermano, y allò la Ciudad rebuelta por Demetrio. Todos tres tenian tierras del Peloponeso, que de común acuerdo avian partido, viendo que Constantino por mayor avia tomado posesiõ del Imperio, y aviendo echo juramento de jamàs contravenir à la particion, Tomàs luego al pũto se partió allà. Sin atención al juramento q̄ avia echo à Dios, ni à la fee publica, ni à su palabra, levò gēte, y formado exercito, enpeçò à conquistar las tierras de su hermano De-

metrio Quàdo viò que Tomàs azia con èl, lo que èl avia intentado contra Cõstantino, con ayuda de su cuñado Afan, llevò Turcos para su defenfa. Diòse tan buena priesa, que en breve tiempo le apretò de modo, q̄ le obligò à venir à concierto, y estar por lo que el Enperador su hermano determinà se, y para ello diò reenes de seguridad. La Enperatriz Elena, madre destes infelizes ijos, sentia en su coraçõ verlos cõ mayores ostilidades, siendo hermanos, que las podian padecer de sus enemigos, y aora se via su coraçõ echo pedaços, con los Turcos, para quitarla la Corona, y con los ijos, que cada vno tirava à despedaçarla.

Creció en Maomero la rabia, como en Constantino avia sido la soberbia: y quando se aplacara con cien mil ducados de pronto, y señales del tributo, y èl se viera exento de tantas desdichas, muertes robos, atrocidades, y perdida de su Corona, y con eso se diera Maomero por pagado de tan inmensos



gastos como ruvo en concu-  
cit vn exercito tan numero-  
fo, con ciento, docientos, tre-  
cientos, quatrocientos, ni  
quinientos mil ducados, no  
quedava pobre aquel Inpe-  
rio, y en este tiempo podia  
fortificarse, confesar à Dios  
con la Fè pura, y santa de la  
Iglesia Romana, vnirse à  
ella de coraçõ, y sin doblez,  
y mejorar su Reyno, y azer-  
le glorioso. Sus pecados le  
traïã à cõtinar las eregias,  
y poca estabildad q̄ avia ere-  
dado con la Corona, y este  
infeliz Emperador llenò el  
el vaso de la ira del Señor.

No peleava Maometo cõ  
vn señor de vna villa, ni vn  
Castellano de vna fortaleza,  
fino cõ vn Emperador de Gre-  
cia: y aunq̄ la mayor parte de  
el Imperio la tenia sugeta à  
sus alfanjes, y medias lunas,  
no cõsegua cosa de reputa-  
ciõ mièrras no cõsegua à la  
cabeça de todo, porq̄ della  
dependia el nõbre de todo  
aquel cuerpo. Midiò à esta  
reputacion Maometo su es-  
piritu, y animo lo mas que  
nunca, saliò montado en su  
cavallo, visitando todos sus

esquadrones, onrando à sus  
vasallos, favoreciendo à sus  
soldados, y animãdoles para  
el asalto, q̄ el dia siguiente  
avia de dar à la Ciudad. No  
ay cosa en este mundo q̄ tã-  
to espirtu infunda en los  
soldados, como ver q̄ su Rey  
los onra con su presencia, q̄  
se acuerda dellos, en pasear  
su quarteles, y mirarlos, co-  
mo à quiẽ viene a defender-  
le con sus armas, y dar la vi-  
da por èl.

Despues q̄ vno paseado to-  
do el exercito mirando à to-  
dos con el rostro afable, re-  
cibiãdo mil saludes, vitoras,  
y aclamaciones, juntò à to-  
dos los Capitanes del, à quiẽ  
onrò mucho de palabra, y en  
breves razones les dixo el  
xo el Empeño en q̄ estava de  
consegua aquella Ciudad;  
pues èl en persona avia veni-  
do à la conquista: y q̄ avia de  
ser por su medio: q̄ prometia  
el primer puesto de su Inpe-  
rio à qualquiera q̄ primero  
subiese à la muralla, y pu-  
siese en ella vna vãdera. Cõ-  
cediò à todos el fãco, sin re-  
servar cosa alguna, asi de las  
personas, como de las azien-  
das:



das: y pues él concedia, dixo, libre mano para ser ricos, arria lo q̄ devia con el que no peleáse como soldado, y se quedáse sin entrar en el asalto: que echo pedazos le pondria à vista de todos para escarmiento. Los Capitanes le prometieron la victoria. Pareciendoles buena ocasion, le pidieron perdonáse à los q̄ tenia presos, sospechosos de aver erido al Almirante de la armada, por los navios que no rindió. Dióles este cōtēto para obligar à vnos, y a otros con vna misma accion, mandando, q̄ no se les abláse mas sobre ello. Los Ziquides, ó Sacerdotes de los Turcos, entraron despues por los quarteles predicandoles, y reduciendo à la memoria sus valētias pasadas, y exortandolos à continuar sus gloriosos echos agora, en q̄ no solo conseguirian premios del gran señor, sino de la Profeta M. oma en el otro mundo, q̄ los esperaba con deseanso, q̄ tenia preparado à los q̄ morian en tal demida. Esforçatōse los Turcos à la batalla, cō tal brio, q̄

cada ora de dilació, les parecia vn año. Era mucho el premio q̄ Maometo les avia ofrecido, y era menester mucho valor, para merecerlo, y mas descubriendo el cuerpo à muchas flechas, espadas, balas, y lanças, como los de dētro tenian prevenidas: en este vltimo esfuerço libravā el buen suceso de sus cosas, como si por no conseguir el Turco la Ciudad en este asalto, se avia de faltar gēte para otro, y otros muchos. Mas sobervios los Turcos, quanto mas avatientos les pareció desde sus casas encerrados, aviā de destruir al enemigo. Endureciòseles el coraçō, y cegarōseles los ojos para no ver su daño. El Emperador se previno todo lo mejor q̄ pudo, para esperar el cōbate, y al Capitā Genoves q̄ avia entrado cō el navio cō 300. Genoveses puso enfrē de Maometo, para resistir à sus soldados, q̄ como mas escogidos puso junto à sí, para verlos pelear. Repartiò la gente por sus estancias, previniendolos de armas para que tuviesen à la mano. Al Cor-

denall



dena! Hódoro, Arçobispo de Rusia, que aya ido por Legado de la Sede Apostolica, para reducir à los Griegos, y azer la vnion con la Iglesia Latina, le diò tambien vn pedaço de muro q̄ defendiese. Autor ay q̄ dize, estava ya echa la vnion destos con los Latinos. Parece cosa de burla! Y q̄ fue muy tarde pues los Latinos no dieron ayuda à los Griegos. De dōde se infiere, q̄ no los traxo el conocimiēto de sus errores, sino el solicitar por este medio los socorros contra su enemigo.

Cinquenta y quatro dias avia que Macmeto tenia sitiada la Ciudad, y Lunes al amanecer, segundo dia de Pasqua de El espíritu Santo, del año de mil quatrocientos y cinquenta y tres, mandò el Turco tocar à prevenirse la gente para el asalto. Oyeron q̄ en la tienda de su Enperador sonavan los clarines, y cajas, y al instante sonaron, y correspondierō por todo al rededor de la Ciudad, acompañando los gritos de los Turcos, y causando

vn estruende q̄ parecia acabarse el mundo. Echa segunda señal de acometer, empezaron a arrimar escalas al muro, por todas partes, con tanta prisa à subir por ellas, que en vn instante se vieron llenos de gente. Los de adentro los rebarian con grande esfuerço, matando, y iriendolos à todos. Per la parte de la mar defendierō la muralla valerosamente los Griegos; pero los Genoyeses asloxaron cobardemente, viendo à su Capitan erido en vna mano con vn arcabuzazo. Fuese retrayendo con los suyos, y dexò el paso libre à los Turcos, q̄ entraron tràs dellos, como leones. El Enperador Constantino, q̄ peleava cerca de aquel puesto, y viò el mal modo del Genoyes, que no deviera dexar su puesto, aunq̄ con su cuerpo tapara el portillo, quanto mas estando vivo con aliento, y fuerças de gente, y armas para pelear. Preguntòle el Enperador q̄ dōde iba? A q̄ respondiò desfalmado: Donde tengo de ir? Donde Dios quiere para q̄ les abra  
puer-



puerta à los Turcos. Mas espada, y menos lègua era menester en aque'la ocasion. Llamavase Iuan Luègo Iustiniano, y este apellido sienpre infeliz con el Turco, como no supieron defender la Isla de Chio, que se la tomò este enemigo, aora le abrieron campo para que entrase en Constantinopla. Que los Griegos, aunque no muy esforçados, supierã defenderla y no dar entrada à los enemigos, sino es por encima de sus cuerpos, ya despedaçados, y muertos. Llamò entõces el Enperador à Cantacuzeno, y à los pocos que estavan con èl, y le dixo, que fuese à toda priesa a impedir à aquellos barbaros la entrada. Ya eran muchos los que estavan por las calles, y pocos los defensores, con que el Capitan dexò la vida entre los alfanjes de los enemigos, que multiplicandose à millares, le fùe forçoso al Enperador bolver las espaldas huyendo. Conocieron los Turcos, y no pudieron averle à las manos, y dispararon tantas flechas, y balas

contra èl, que cayò muerto. En vn instante bolò por todas las murallas la muerte del Enperador, y q̄ los Turcos avian entrado. Desmayaron los Griegos, cayeronse las armas de las manos y ya teniã los vnos, y los otros por ocioso el pelear, ni defender los muros, quando à pie llano iban entrando millares, sin resistencia alguna. Abrieron la puerta de S. Roman, para escaparse huyendo, y fue tal el tropel, y el miedo, q̄ los Turcos los dexavã aogar se vnos à otros por huir, y mataron allí à quantos quisieron. Muchos se acogieron à los navios de Venecia, y Genova, que estavan en el puerto, y pudieron salvar las vidas. Ayudò aora à ser mas el numero de los muertos, que los porteros de la Ciudad cerrarõ los candados à las puertas, y perdieron las llaves, pareciendoles, que el no aver puerta para huir, los aria pelear para defenderse. Traian entre todos vna profecia, sin saber de quien; pero el sucesso les diò a entender ser falsa.



fa de que la Ciudad la tomarian los enemigos; pero que rebolviendo sobre ellos los Ciudadanos, los vencerian, y quedarian en su Ciudad quietos, y sin riesgo alguno. Pareciòles q̄ esta era la ocasion de cuplirse esto, y à toda priesa quisièron se verificase tan à su costa.

Vicente Roca notò, q̄ el mismo dia q̄ se perdiò Constantinopla, nació el Rey Catolico Don Fernando el V. de España, enjugando nuestro Señor con su naciimiento las lagrimas que à la Cristiandad costò tan gran perdida. Viendose sin remedio, y enjaulados por todas partes, concurrían al Templo de Santa Sofia, que era la Iglesia Cathedral à defenderse en ella. Y ni allí allaron socorro, porque echos pedrezos los hacavan della los Turcos. Algunos Griegos vno q̄ por no verla defonra de sus mugeres, y ijas, dieron la vida, peleando, y fueron los menos. Despues de aver cansadose los enemigos en derramar sangre, dieron en cautivar mugeres, y niños, y ro-

bar aziendas, profanar Templos, y Monasterios. Los grietos, y alaridos de los cautivos, era para estremecer à las piedras. Era la Ciudad de mas Templos, y Monasterios que aua en toda la Cristiandad, de donde se infiere la mortandad, y sacrilegios que en ellos cometieron los barbaros. Las riquezas de oro, plata, y piedras, fueron tantas, que con ser tantos los Turcos, quedaron tan poderosos que no sabian como aprovecharse dellas. Y como dijo Maometo, viendo tanta multitud en el Real, que bien merecian los Griegos lo que les avia sucedido, pues avian querido padecer tanto, por no desfazerse de tanto oro, y plata, como les avian quitado. El Cardenal Isidoro, Arçobispo de Rusia, disfrazado en abito de de moço de cavallos, y echo esclavo fue vendido por tal. Pudo escaparse, y metido en un navio huyò al Peloponeso. Sintiò mucho Maometo su fuga, y diera por su persona, tanto, como diò de albricias al que le traxo la



cabeça de Constantino. Los navios de los Venecianos, que estavã en el puerto, quedaron singente que los gobernase, porque sus dueños murieron en defensa de la Ciudad. Llevò los el viento, vagueando, asta Egina, publicando en su soledad, la destrucciõ de la Inperial Constantinopla. Los de Pera, poblacion de Genoveses, pegada à la Ciudad, fuero recibidos de Maometo en su gracia, porque el Governador, viendo entrada la Ciudad, fue al Turco à entregarle las llaves. Quando deviera, como buen soldado defenderla, la entregò, como aze la mala muger, à quien mas la regala, ò mas le teme; pues si se resistiera con valor, mastuvièra que trabaxar el enemigo, y quizà mejoraria de fortuna. Dioles privilegio Maometo de amigos, y confederados, enbiò allà à Zogano su suegro, para asegurarlos, y mado de su parte estuviesen quedos. Puso en ella Governador de parte de Maometo, derribò los muros, para q̄ jamás se revelasen, aunq̄ llegase

gente Italiana. Pero nunca arian tal, porque si ellos tenian mas conveniencia en ser Turcos, no les faltarian. Muchos de los Griegos, se pasaron à Pera con sus familias, para gozar de la seguridad q̄ el enemigo suyo, y amigo dellos les avia concedido. Pero dando Maometo libertad à todos los q̄ quisiesen volver à Constantinopla con ella se aseguraron muchos en sus casas. Poco tiempo les durò, porq̄ vn traidor, que tenia vna ija suya por marceba de Maometo, le pidió, q̄ no dexase à Griego ninguno con la vida, y el, q̄ no negava cosa mala q̄ le pidiesen à los q̄ con su gusto ayudavan à su condenaciõ, los mado à todos pasar à cuchillo, sin atenciõ à averlas dado seguro cõ su fee, y palabra. Constantino, ijo de Elena fundò à Constantinopla, y Constantino, ijo de Elena la perdió, aviendo reynado en esta ciẽ Enperadores desde el Magno Constantino, asta este por tiempo de mil ciento y veinte y tres años. Otras vezes avia sido entrada esta Ciudad, toñida



por Cristianos, y maltratada en los edificios: ora quedò al contrario, fava en los edificios, y muertos, huídos, ò cautivos sus vezinos, y sus Iglesias convertidas en Mezquitas, con afrenta, y desprecio de los Cristianos que lo consenten. Ize ora Maometo otra crueldad no menor que las pasadas. Mandò pregonar, que todos los cautivos nobles pudiesen retirarse. Como se fuerò descubriendo, les fue à todos quitando las aziendas, para enriquecer con ellas, y luego las vidas, para q̄ no quedase ombre noble, que pudiese levantar el espirita à revelarse contra él. Así quedò esta florentissima Ciudad en poder de tã cruel enemigo, echa alta oy Corte, y asiento de su silla. Así sabe Dios castigar los Reynos, y destruir las Monarquias que tanto le ofenden, y sujetar al dominio de los barbaros, los pueblos que se soñavan imposible de que alli pudiesen llegar. Porque como los pecados llegan à la presencia de Dios, sabe su Magest-

tad enbiar à los pecadores los castigos, aunq̄ estèn mas retirados.

### EXENPLO II.

En estos malos labradores que se revelaron contra su señor, ò podemos entender à los Griegos, que cada instante se apartavan de la obediencia de la Iglesia Romana, ò à los Turcos, q̄ se levantaron con la viña, quitandola à su dueño. No me parece impropria la inteligencia de vnos, ò otros. Aquellos despues de aver quitado la vida à los primeros mayordomos que el Padre de familias enbiò, izieron lo mismo con los segundos, porq̄ cebados ya en derramar sangre vmana, el perder à Dios el temor en la primera ocasion, es tomarse el pecador la puerta para cometer otras muchas atrocidades. Pensò el Padre, q̄ su animo destos, se estendia alta los criados, y que à cosa que tocase à su persona la reverencia, y respeto q̄ se deve de vn criado à su señor,



ñor. Envid à su ijo, para q̄ como dueño de la eredad, cobrase sus reditos, y ellos tuviesen freno en sus insolencias. Antes por lo mismo se irritaron mas, por q̄ quanta es la diferencia de vn criado à vn amo, imaginaron seria mayor el aprieto en q̄ se avian de ver, y para eximirse del, trazaron quitarle la vida, como à los otros. Este es el heredero, dixeron, venid todos, y demosle la muerte. Llamaronse para executarla, como q̄ no avia de quedar ninguno, que no fuese complice en ella, para que así fuese en todos igual el pecado, y la erencia. El aborrecimiento à los ministros fue grande, el q̄ cobrarõ al mayorazgo mucho mayor. Esta parabola les predicò Cristo à los Pontifices, y Fariseos, dandoles à entender, que la Synagoga q̄ componian ellos, era quien mas le perseguia, y sin respeto à Dios, ni à sus Profetas, los aviã muerto à vnos, à otros desterrado, à otros apedreado, y buscado mil persecuciones, y que por poseer à su

Magestadad le avian de quitar la vida. Pero q̄ en castigo de sus culpas, se les quitaria à ellos la administracion, y pasaria à gente que pagasen los reditos della, q̄ pasaria à los Gētiles, que como buenos administradores la cultivasen bien, y pagasen à su tiempo todo lo que erã obligados, como buenos ministros à su señor.

Al ijo le quitaron la vida los labradores. Los Judios à Cristo Señor nuestro, poniendole en vna Cruz. El aborrecimiento de esta gente à Cristo, es el mayor que se puede imaginar con entendimiento vniano: y oy en dia los que viuen, le añ heredado, de tal modo, q̄ daran en su ceguedad, y obstinacion tan viuamente, como aquellos que le crucificaron. No solo se cõtentaron con quitarle la vida en su persona: en sus imagenes està a oy obrando lo mismo que entõnces. Cada instante vemos, y oimos en los autos de la Inquisicion, que estos enenigos azotan, despedan, quemian, y destruyen las



las de Cristo Señor nuestro Crucificado. Bastava para persuadir esto, el caso q̄ sucedió en Madrid por los años de 1632. quando vnos Judios cogierō vna imagen de Cristo N. Señor Crucificado, y la azotaron, y quemaron, obrando en ella orrendos sacrilegios, como si fuera, ò pudieran sus intētos pasar à ofender à su original: y ablo entonces su Magestad por la Imagen, diciēdoles: *Parque me maltratais, siendo vuestro verdadero Dios?* Prodigio bastante à enternecer coraçones de bronce, à no ser Judios pertinazes. Y prosiguiendo en sus injurias, reduxeron à zeniças la santa Imagen. Motivo, que obligò à la serenissima Doña Isabel de Borbon, Reyna de España à fundar en el mismo sitio, donde sucedió el caso, el Convento de Religiosos Capuchinos, q̄ se llama la Paciencia, para q̄ los fieles frequētafen aquel lugar, como venerable, dōde avia el Señor viado aquella misericordia, ablando à sus enemigos, para que se

convirtiesen: y donde su Magestad avia sido injuriado en su Imagē viviefen Religiosos tã penitentes, q̄ con la austeridad de su vida, y rigorosos exercicios satisfagan al Señor, y le aplaquen de las ofensas que alli se cometieron contra èl. Cosa, q̄ asimismo tomaron los fieles tan à su cargo, q̄ en la ayuda de Párrquia San Millan, veneran otra Imagen de aquella, y ambas de nuestro Redentor, con vna Cofradia insigne, y en el culto, adorno, asistencia, y concarso, es vna de las mas celebres desta Catolica Corte: para que en nuestro rendimiento, Fè, y devocion, allē los enemigos la confusiō de su ineredulidad, y obstinacion.

Aora se mostrarà otro exenplo desta rabia mortal de los enemigos en vna istoria de las mas peregrinas q̄ àn sucedido en España. Y para entrar en ella, se à de saber, que luego que los Catolicos Reyes Don Fernando, y Doña Isabel de gloriosa memoria, tomaron el



Centro desta Monarquia, ar-  
rimarã el ombro cõ todo ef-  
fuerço à limpiar à España de  
Judios, y Moros, dõde viviã  
cõ tanto desago entre Cris-  
tianos, y tenian sus Synago-  
gas, y Mezquitas, como si es-  
tuvierã en Palestina, ò en Ar-  
gel. Para esto era el remedio  
vnico fundar en estos Reinos  
la Inquifcion, y poner en  
ellos su Tribunal q̄ fundò el  
glorioso Español, y nobilissi-  
mo Guzman S. Domingo.  
Que fundo digo, porq̄ èl fue  
el primero q̄ le puso en for-  
ma, y estableciò, como oy se  
conserua: pues aunq̄ otros  
sujetos, en tiẽpos antecede-  
tes vuicfen exercido esta ju-  
dicatura, era por especial de-  
legacion de la Sede Aposto-  
lica, no con Tribunal senta-  
do, como le formò S. Domin-  
go, y sus hijos le àn exercido  
en la Iglesia, y oy en muchas  
partes de Italia. Ai à salido  
vn libro, diziendo, que los  
Santos Iuan de Mata, y Fe-  
liz Valeſio, fundadores de la  
Orden de la Santissima Tri-  
nidad, fueron Inquifidores,  
y fundaron el Tribunal. El  
dolor que tengo es, q̄ como

ay reuifores, para q̄ exami-  
nen los libros por parte del  
Rey, y de los Obispos Dio-  
cefanos, por si contfienen al-  
guna mala dotrina, no aya  
quien los examiue, para ver  
si se imprimen verdades, que  
con esto no se persuadieran  
mentiras al vulgo, en virtud  
de que està escrito de mol-  
de: y se evitãran andar las  
plumas en defensas, y Apo-  
logias. No niego yo, ni me  
meto à examinar si exercie-  
ron, ò no los Santos algunos  
actos tocantes à esto. Yo les  
concedo todo aquello q̄ qui-  
sieren dezir para su consue-  
lo, y decoro. Lo q̄ digo es, q̄  
Tribunal de Inquifcion en  
forma, no le tuvo la Iglesia  
asta Santo Domingo. El fue  
el primer Inquifidor, y sus  
ijos le àn sucedido.

No paso con la pluma mas  
adelante porque es tã ocio-  
so el trabajar en esto, como  
el probar que el Sol alu-  
bra. Nunca los Padres Cal-  
zaos de la Santissima Trini-  
dad àn escrito estas nove-  
dades, quizã por averse con-  
tinuado en sus ijos la ver-  
dad de lo que les sucediò.



a sus Sãtissimos Patriarcas, y como para su lustre, y ser vna Religion grauissima, y tan decõrosa en la Iglesia de Dios, no necesitan aora de fãlssas atribuciones, ni tan poco *mittere falcem in messem alienam*. Siento, y buelvo a dezir, que no niego que fuesen subdelegados de la Sede Apostolica en alguna de estas conuisiones. En lo demas solo Sãto Domingo fue el primer fundador de este Santo Tribunal.

Diò gran calor a este negocio el Venerable Padre Maestro Fr. Tomàs de Torquemada, Priõr de el Cõuento de Santa Cruz de Segobia, que como Cõfesor de el Rey Catolico, le animo mucho, para q̃ expeliese de Castilla la perniciosã multitud de Iudios, que auia en ella, y fundase el Santo Tribunal, como lo estava en Aragõ muchos años antes. Pusieron en execucion los Gloriosos Reyes sus Confejos, y pusieron los Tribunales en poder de los Religiosos de Santo Domingo, como siempre lo an estado, y

fue el, el primer Inquisidor Publico luego el Rey, su Edicto mandado q̃ dentro de breue termino saliesen de estos Reynos, todos los Iudios, sin llevar oro, plata, joyas, ni cosas preciosas, pena de la vida, y confiscaciõ de sus bienes. Salieron entonces ciento y veinte mil familias, llevando mortal rabia de su destierro, no tanto cõ los Reyes Catolicos q̃ lo ordenauã, sino con los Frayles de Sãto Domingo, Inquisidores q̃ se lo persuadian. Todo su rencor quisieron vengarle en los ministros del Santo Oficio, y de noche, y de dia no descansauã, pensando como tomar vengança de ellos. Muchos pasaron a Francia, muchos se fueron a Portugal. El modo con q̃ proeuereuan los de Frãcia vengarse era por vn medio execrable, y vna echizeria orible, tomando el coraçon de vn niño inocente, y el Santissimo Sacramento de Jaltar, en vna ostia consagrada, echo polvos, y quemado e charlo en los rios, y fuentes donde auian de beber los Cristia-



nos , para que rabiaſen todos. Arbitrio con que les pareció quedarian vengados , y remediados. Deſian auer tenido reuelacion diabolica, y lo cierto fue el Consejo de vn gran Rabino echizero de grande autoridad para ellos, a quien acudian por Consejo en todas ſus dudas; el qual se le dió en esta forma. Procuraron ponerle en execucion, y empeçò Dios a descubrirle a los primeros pasos de obrarle.

Para esto se descubrierò aun Cauallero de Francia, q̄ era muy pobre , tenia muchos hijos , y juntandose todas estas cosas de cauidad, necesidad , y mucha familia traen en tanto mayor descòfuelo , a la persona a quien atormentan, quanta deue ser mayor la ostentacion con q̄ deuen portarse a la vista de el mundo. Llegaronse a èl, y con grandes misterios, le dixeron querian descubrirle vn secreto , que nose atreuian a fiarsele, si primero no les daua palabra de guardarle, y azerles grandes ju-

ramentos de fidelidad, y que si callaua , y azia lo que le pedian , se veria en prosperidad , rico abundante con mucha azienda , y saldria de aquella miseria en que estaua con su familia. El pobre idalgo , viendose tan prometido de ser rico , les prometió fidelidad, y silencio en lo que trataſen con el , y deseos de darles contento en todo lo que le pidieſen , si estuviere en sus manos obrarlo. Quando le tuvieron ganado por esta parte, le dixeron. Pues mira. Nosotros emos dispuesto quitar la vida a todos los Cristianos , y segun la cuenta, tu , y toda tu casa abais de ser los primeros que recibierais la muerte. Pero te conbidamos a que te aproueches de la ocasion que tienes aora , no solo para viuir, sino viuir con descanso. Tu tienes muchos hijos az cuenta, que vna en ternidad se llebò a vno, a quien emos menester , para con su coraçon azer vn sacrificio, conforme a nuestra ley. En esto nos va



la vida, y a ti tambien, y à todos menos inconveniente, y enbaraço es que la pierda vno, que no el que todos murais. Demàs de eso quedas con inmensa azienda; pues tienes esta ocasion para quedar con descanso, no la pierdas, sino aprovechate della. Estremecido de tales proposiciones, les respondió el Cavallero como buen Cristiano: Nunca Dios permita, que yo quite la vida à ninguno de los ijos que él me à dado; ni por tan horrendos medios venga la azienda à mi casa. Es verdad que soy muy pobre, no quiero ser rico así, antes determino pasar mi necesidad, pues dello es servido nuestro Señor. Con esto despidió à los Judios, que quedaron pesados de aver dado el golpe en vago, y descubierto el pecho tan sin fruto. Pero bolvieron à pedirle la palabra de no descubrirlos à nadie, ni jamás revelar el secreto, que fiados en su juramento, le avian manifestado, y con esto se fue-  
ron,

Apenas se apartò de ellos, quando enpeçò consigo mismo à padecer grandes batallas. Peleavan en su pensamiento su pobreza, y su onra por vna parte, y por otra la codicia de su remedio con la crueldad de matar à su ijo. Quietava estas tormentas la consideraciõ de el ser Cristiano, y la nobleza de su linage, que no le dexava declinar a tal parricidio.

Pues aunque el lance fuese de quitarle la vida à su ijo, muchas vezes à succedido à algunos padres; pero para fin tan maldito como ese à ninguno.

Que tarde, ò temprano podria saberse, y no avia de ser tan sensible la pena de tal castigo, como la desonra de tal atrocidad. Muchos dias anduvo con estos pensamientos, y llegaron à ponerle triste, y melancolico, desuerte que su muger lo entendió.

Preguntòle que tenia, y que causa le tenia tan suspenso.

Dixole, y ella riendose  
de



de que por efo eſtuviaſe aſi le dixo: Diles à los Judios que no les perſe de averte revelado ſu penſamiento, q̄ entonces dixiſte de no à ſu propoſicion, y deſpues de conſultada mejor, quieres darles guſto. Son las mugeres preſtas en el diſcurrir, y con facilidad piensan lo que muchas vezes los ombres deſpues de mucha meditaçion no alcançan. Yo diſpondre, dixo, de modo, que ni el niño muera, tu les quites el dinero, y queden burlados: Ya ſabes, que diſcuzen, que el coraçõ del puerco ſe parece al del ombre. Matarè vno que tenemos en caſa, y al niño le quitarèmos por algunos dias de donde ellos le vean, llevaràsles el coraçõ, fingiendo bien el ſer de tu ijo, con que ſe diſpondrà nueſtro remedio, y ſu engaño. Pareciõle bien al marido el penſamiento; bõlviõ à los judios, y traxo la converſacion de lo que le avian ablado aziendole de rogar. Ellos pareciendoles, que el dinero que le avia picado,

avia de conſeguirlo, le ofrecieron mayores cantidades. Quedò el negocio ſentado, traxo les el coraçõ en buelto en vn lienzo serocado de la ſangre, fingiõ el Cavallero mucha triſteza, y ellos le dieron quanto le avian prometido, con que ſe bõlviõ à ſu caſa contento con la mucha cantidad de dinero que llevaba, y ellos quedaron alegrifimos con que ya tenían lo mas dificultoſo que avian menefter para ſu vengança.

Aora les quedava el alcançar vna Oſtia conſagrada, que era otra dificultad no pequeña; y el dinero que lo vence todo, pudoazer rendirſe para eſto à vna vieja pobre, que como otro Judas, les entrego à ſu Dios, y Señor à los Judios por el vil interès del dinero. Trataron con con ella q̄ quando fueſe à comulgar, guardafe la forma, prometiendole de pagarſelo muy bien, y darla para vna ſaya, demàs de el concierto. Ella perſuadida con la eſperança de eſte premio,



y pensando, que era para guardarla por Reliquia, ò otra cosa de devocion (que todo era disparate) fue à comulgar, y como pudo, reservò el Santissimo Sacramèto. O Señor, y lo q̄ sufris de los ombres, aun despues de tantos tormentos como padecisteis por ellos! Entre gòlo à los perfidos Indios que la estavan esperando. Pagaronla con puntualidad lo que avian puesto en el concierto, y mucho mas, porque guardase el secreto. Teniendo ya todo lo que deseavan, tomaron el coraçõ de la puerca, pensando ser del niño, y la Oñia consagrada. Procuraron quemarlo. Añ tanto como esto diò permission nuestro Señor, sin abrafarlos alli, ni confundirlos viuos à los infernos. Echo polvos lo echaron en vn rio, que por alli pasa, para inficionar las aguas, de donde los Cristianos bebian, para que en gustandola, rabiassen todos, y muriesen. Fue cosa notable, que todos los puereos que llegaron à beber al rio, rabiaron, y

reberaron. Escandalizò se la gente de aquellas comarcas, sin saber à que reducir vn caso tan nunca visto. El Cavallero viãdo esto, entendió con claridad la malvada intencion que los Indios avian tenido en pedir el coraçen del niño. Diò noticia dello à las Justicias, que pudieron coger à alguno dellos, porque los demás huyeron de alli, y se escaparon al punto que arrojaron al agua el echizo. Temianse, que su mesmo pecado los avia de descubrir y el demonio, que los metia en estos engaños, los traia tan sin sosiego, como el que anda en ofensas de Dios, que ni le tiene en si, ni dexa tenerle. Supieron como avian quedado burladas en su pretension, y ya quando pudieron conseguir cosa alguna, comunicandose con los de España, trazaron, como quebrar su rabia por el medio que mejor pudiesen.

Año de mil y quatrocientos y noventa, se izo en Toledo vn auto de Inqui-



quifcion cõtra algunos Iudios à quien penitenció el Santo Oficio. Allaronse à èl vn Iudio vezino del Quintanar de la Orden, en la Mancha, con otros nuevamente convertidos naturales del mismo lugar, y de Tenbleque, y de la Guardia, junto à Ocaña. Despues de aver visto lo que avia pasado por los que sacaron en el auto, recogiendo se à sus posadas, enpeçaron à lamentarse de la opresion en que dezian estar con los Inquisidores, y ministros de su Tribunal, consideravan el daño que cada instante les amenaçava, y el peligro que tenian à la vista, y que de alli adelante les era necesario vivir con mas cuydado, para asegurarse de caer en sus manos. En este discurso melancolico estaban todos, à que el Iudio de el Quintanar, enfadado de verlos tan cobardes, les dixo: Que diablos teneis, que estais temblando? Yo sè azer vn echico con vn coraçon de vn niño, y vna Ofia consagrada, para que rabien

los Inquisidores, acabè los Cristianos, y prevalezca nuestra ley de Moyfen. Animòles mucho el maldito cõ estas palabra, y allaron aora la ocasion para dos cosas: La primera, para executar en vn niño todos los termõtos de la Pasion de Cristo nuestro Señor, para cõ ellos escurecer la gloria de su Magstad, y publicar, que cõo mismo se avia verificado en otros, y que era ficcion de los Cristianos todo quanto publicamos, y veneramos en nuestro Salvaçor: y lo segũdo, para que despues de aver logrado este lance, sacarle el coraçon, y azer el echizo que el del Quintanar dezia. Para esto acordaron bolverse à Tenbleque, y al Quintanar, confirieron bien el negocio, y para que fuese mas oculto, dispusieron vttar en Toledo vn niño, y llevarsele. Al llegar à la Santa Iglesia, por la plaza del ayuntamiento, allaron vn niño de quatro años de edad en la puerta del perdon, por dõde entrò la Virgen santissima à darle la Casulla à S. Ildefonso



fo, dexando ſu Mageſtad ſeñaladas las platas de ſus ſacratíſimos pies en vna piedra que oy ſe venera allí. Cuyo ſitio reverenciò tanto el Eminentíſimo Cardenal D. Baltazar de Roxas Moscoſo, y Sandobal, que quíſo, que ſu cuerpo gozaſe eſta dicha, y eſperafe la vniverſal reſurreccion en el lugar que la Virgen Santiſima avia ſantificado, à los pies del Altar, mientras ſu dicha ſalma eſperavañiſe al cuerpo, gozando en el Cielo la dicha ſalma, y feliz preſencia de aquella Señora, q̄ ſe dignò de baxar à ſu Igleſia à favorecer à ſu antecesor San Heſòſo. La tiernedad del infante, les pareció à los Iudios era à propoſito para verifiſcarse en èl las profecias que ablan de nueſtro Salvador; y q̄ por los pocos años del niño, cabia biẽ en èl lo que de ſu Mageſtad profetizó David en el Pſalmo ſeſenta y ocho: *Quæ non rapui tuæ exolveram.* Y el otro Texto: *Qui peccatum non fecit, nec inven-*

*rus eſt in ſpiritu eius dolus.* Lo de Iſaias, cap. cinquenta, y tres. *Sicut agnus coram tondente ſe obmutefcet.* Y el otro: *Sicut ovis ad occiſionem ducitur.* Textos mal entendidos, y peor explicados. Pues ſi eſta canalla ſupiera entender los biẽ, delos milmos aviã de ſacar la luz à ſus tinieblas. Rigene con eſpíritu de noveleros, y bachilleria fundada en preſuncion, y ignorancia, y aſi eoavierten como la viuora en veneno todo quanto comen. Y los Inquiſiciones no tiene que trabajar con ellos, como onbres doctos, ſino con vna canalla de pica-ros, q̄ todo ſu judaíſmo cõſiſte en ſer no Criſtianos, apoſtatas del Santo Bautiſmo, q̄ recibieron azer algunas ceremonias ſuperſticioſas como el poner torcidas nuevas al candil, mudar la ropa limpia el Sabado, no trabajar en èl, no comer carne de puereco, y otras invenciones, ſin cõnocimiento, ni noticia, aun de lo miſmo q̄ dizen que profeſan. E abla-  
do.



do con ombres doctos que àn visitado las juderias destes, así en Orán, antes que el Marques de los Velez, Virrey, y Capitan general de aquella Ciudad, los expeliese de allí, como de los que están en Roma, y con ser Ebreos de nacion, y continuarse en ellos de padres à hijos el ser Indios, q̄ era motivo para que vniense algunos ombres entendidos, y doctos en la Escritura, me àn informado, que no los ay, y todo su saber se reduce à dos, ò tres lugares de Escritura mal entendidos, y defendidos con pertinacia, y negar con rabia, y refon, que el Messias no à venido, y en esto consiste toda su juderia: para buscar deste modo la introduccion de los que son como ellos, y que se allan con dinero para que les den la mano para sus tratos, negocios, y comercio.

Llamavase el Niño Iuan, quando le vrtaron, y sus padres Alonso de Palamontes, y Juana de Gundera, Cristianos viejos muy onrados

vezinos de Toledo. Algunos dizen, que el proprio de el niño era Cristoval, y su madre Maria, añadiendo, que aun en esto quisieron representar la Pasion de Cristo, como en todo lo demás; pero la verdad es, que se llamava Iuan, y así se alla en los procesos de el Santo Oficio. Pudo ser que los Indios le llamàsen despues Cristoval, à imitacion de Cristo, y à su madre Maria, pero aquello es lo mas cierto. O que la devocion de los fieles, viédo à este santo Martyr, que los Indios le avian procurado con sus tormentos asemejar à Cristo, no sabiendo su nonbre le pusieran, y muy à proposito el nonbre de Cristoval. El vrtto leizo Iuan Franco, vezino de la Guardia, ò por lo menos se lo traxeron a su casa, engañando le para q̄ callase con los juguetes q̄ son facil el persuadir à vn niño. Iuã Frãco no tenia hijos, y criava a este como à proprio aquellos dias desde que le vrtaron asta su muerte, ajustádose à dar seja



el día catorze de la Luna de Março, dando à entender, q̄ le avia tenido fuera, criandole, ò que le avia proijado por tal. El tratamiento en lo exterior, era de padre: dentro de su casa era como de verdugo, y de quien executava en èl, lo que no podía en Cristo nuestro Señor. Açoravale casi continuamēte, y traía el cuerpecito lleno de cardenales. Los golpes, bofetadas, y tormentos que sufría en aquellas delicadas carnes, pudieranazer temblar à quien tuviera mas fuerças, y en aquella criatura, queria dar à entender el Señor la Constantia que sabe dar à los que padecen por su nombre. Vna vez temeroso, se saliò huyendo de su casa, y en vna de la vezindad se escondiò debaxo de vna cama. Sacaronle de allí, y preguntaronle, que porque se avia escondido, y con cariños, y alagos procuraron consolarle: y de su boca no se oyò paltra ninguna, imitando à aquel Señor, que como cordero, fue lle-

vado à la víctima, y mudo, sin voz, así no desplegó sus labios. El Juan Franco era tan de mala condición, y tan enperrado, que conociendo su crueldad en aquel lugar, y aora mucho mas cõ los castigos q̄ azia en aquel Angelito, era ya refran en las mugeres, para azer callar à los niños, dezirles: Mira que viene Juan Franco. Enmudecian entonçes, como si viniera sobre ellos el castigo q̄ continuamēte dava al q̄ tenía en su casa, padeciendo tantos trabajos.

El esperar q̄ se llegase la Luna, catorze de Março, era el dar dilaciones à la atrocidad, en que era el tiempo que sus antecesores avian cometido la mayor del mundo en Ierusalen con Cristo N. S. En este tiempo tenià muchas juntas, y conferencias sobre ello. A estos se jutarõ otros diez, ò onze Judios, y vnos apofatas de la Fè q̄ avian recibido, y otros no bautizados. La sala de sus consultas era vna cueba, antiguamēte majada de pastores q̄ està en vn campo cerca de la Guardia q̄ està



está juto al camino q̄ della  
va a Ocoña, y se llama por  
eso Carretocaña, segū cōsta  
de los procesos del Santo Ofi  
cio de la Inquisicion.

El deseo diabolico de v̄-  
garse de Iesu Cristo Salva  
dor de las gentes, les avia  
ya dispuesto el modo como  
avia de ser. Juntaronse en la  
cueva, ya llegada la ora, vna  
noche, encēdierō en medio  
de todos vn cirio de cera ama  
rillā, taparō la boca della cō  
vna capa, para que la luz no  
los descubriese, como si to  
das estas diligencias vueran  
de quedar ocultas. Pienfa  
el pecador, que lo q̄ obra  
para tapar, y encubrir sus  
maldades, escapa con que  
lo disimula, y quiere nuestro  
Señor, que sean rastros, por  
donde mas bien se descubra.  
Sentaronse todos en contor  
no, y repartieron los officios  
de los ministros que vuo en  
la muerte de nuestro Redē  
tor; vno azia el officio de  
Cavfas, otro el del Rey Ero  
des, y à Fernando de Ribe  
ra, Contador del Prior de  
San Juan, vezino de Temple  
que, como à mas principal

y sobre entendido, criado  
en Palacio, dieron el ofi  
cio de Pilatos. Asi mismo  
nonbraron à los que avian  
de ser los acusadores, y tes  
tigos falsos; y los minis  
tros, y verdugos, para azo  
tarle, coronar de espinas, y  
cruzificarle con todos los  
demàs tormentos de la Pa  
sion de Cristo nuestro Re  
dentor.

Es de creer, que al San  
to niño le accelerò su  
Divina Magestad el v̄so  
de la razon, como dize San  
to Tomàs, que izo con los  
Inocentes, para que cono  
ciese la crueldad que con  
el vsavan, y ofreciese aquel  
martirio al Señor, por quiē,  
y à cuya imitacion pade  
cia. Ya determinado todo,  
como avia de ser, traxeron  
al niño alli en medio, y  
echandole vna foga al cue  
llo, lo traxeron arrando  
por aquellos campos. Davan  
le bofetadas, enpellones, y  
pantillazos: Etcupianle el  
rostro, echavan mano à las  
melenas, y como a ran pe  
queñito con poca fuerza so  
brava, con facilidad tramin  
fu



su cuerpo, como vna pelota. Atarõle las manos atras, y mis atastrando, que por su pie le traxeron à la cueba. Es natural à los niños llorar, y enternecerse, no solo quando les castigan, sino aun ablandoles vna palabra algo aspera. Fue cosa prodigiosa lo que se viò en este: que quando menos castigos eran bastantes, para que se desfiziera à gritos, y llorata, le diò el Señor tal fortaleza, que no se oyò en en su boca, ni vn gemido, ni dar muestras de tristeza. Pues el Señor à quien imitava, como le siguiò los pasos, así quiso fortalecerle con el silencio, como su Magestad le tuvo. Pusieronle en presencia de los que representavan à los malvados Pontífices Anàs, y Cayfas.

Izieronle sus preguntas, y acusaciones, levantaronle falsos testimonios, como à Cristo, dixerõle blasfemias, bolvieron à repetir las bofetadas, y salivas. Calumniaronle de sus sermones, y doctrina, como si

ablaran con su Magestad, diciendo: Muera, muera, este perro enbustero, que tiene engañados los pueblos, y buelto el juizio à las gentes, llamandose Cristo Rey de los Judios. Los que azian oficio de soldados, y acusadores eran Iuan de Ocaña, y Garcifranco, q̄ le cogieron, y pasaron adõde estava Fernando de Ribera, Pilatos, que estava sentado en vn Tribunal echo de piedras, y sus capas, ante quien enpeçaron à pedirle que le sentèciase à muerte. Enpeçò à aplacarlos, y dezir, que si el condenarle era porque predicava, que èl le castigaria, de modo, que quedase afrentado, y no bolviese mas à oírse su voz, y quedaria infame, para no poder nunca dezir, q̄ era Rey. Mandò le azotasen cruelmète. Para esto tomaron vna sogã, à que echaron nudos por los cabos, quitaronle el vestido, y dexandole en carnes, enpeçaron à tirarle tan fuertes golpes, que el menor dellos bastava para azer pedaços aquel



delicado cuerpo. Para este tormento le sacaron al redor de la cueba, por entre vnos atochares, y aferezas grandes que ay. El oficio de verdugos azian Lope Franco, y Garcifranco; y como en todo pretendian azer burla de Cristo nuestro Señor: tuvieron aora atencion à darle el mesmo numero de azotes que à su Divina Magestad.

Azian sus estaciones de veinte en veinte pasos, donde le azoravan, echavan vna piedra en vna bolsa, para ir contando los numeros. No se oyò en este tormento tan poco, que el niño ablaste, ni se queaxase, y se vid aora otro prodigio mayor que el de su sufrimiento: segun lo que su Magestad à revelado, los azotes que le dieron, fueron cinco mil quatrocientos y noventa y cinco, segun refiere Ludolfo de Saxonia en el Vita Christi. Y aunque mas cuenta tuvieron con los que le davan al niño, excedieron este numero, y llegaron à cinco

mil y quinientos, q̄ fueron cinco mas de los q̄ sufrió el Salvador. Aqui fue el mostro su sentimiento, pues quando en todo lo antecedente no avia dado vn suspiro, ni quejado, enpeço cõ tiernas lagrimas, y sollozos à llorar, como publicando su dolor en q̄ viesesen en el excedido el numero q̄ su Criador avia sufrido. A los azotes acõpañavan sus palabras, diziendole Traydor, engañador, aora pagarás quanto às predicando cõtra la ley de Dios, dada à Moysen, y quantas cosas azias, y dezias en aquel tiempo. Tu pensaste en salzarte y destruirnos. No à de quedar en esto tu castigo, te destruiremos, conforme intentaste executar lo con nosotros. Llevaronle así à la cueba, y mirando à Fernando de Ribera, Pilatos, le dezian con vna rabia mortal: Crucificia à este encatador, que se dezia nuestro Rey, que avia de arruinar nuestro Templo, Predicador de mentiras, y que se avia de vengar de nosotros, y matarnos. Crucificalo, crucif



cificalo a este petro: en bay-  
dor, e bígero, porque se llama  
maua Dios, y se dezia Rey de  
los Judios, siendo onbre co-  
mo cada vno de nosotros.  
Qual quedaria aquel delica-  
do cuerpo, no es menester  
ponderarlo, sino considerar  
el milagro de Nueſtro Se-  
ñor, en que pudo ſe quedar  
con vida vn niño, aun no de  
quattro años, deſpues de tan-  
tos agotes.

El tormento de la Co-  
rona de espinas no era el me-  
nor, ni ſu rabia dellos ſe cõ-  
tentò con lo echo, forma-  
ronla de vnas yerbas espino-  
ſas, que le puſieron en ſu  
tierna cabeça, fue Garcia  
de las Meſuras el miniſtro  
deſta crueldad, y para que  
no le faltasse nuevo refref-  
co de tormentos, ſe las pu-  
ſieron en las plantas de los  
pies, y en todas las llagas  
del cuerpo, que ſolas ellas  
baſtauan a hazer ſentimien-  
to en vna piedra. No vuo  
oprobio en la paſſiõ de Crif-  
to nueſtro Redentor, que no  
executaſſen en el niño: y en  
todos ellos eſtubo el mila-  
groſo Martir con tanta man-

ſedumbre, y paciencia, que  
representaua bien a Ieſus  
nueſtro Salvador, a quien  
ellos procurauan injuriar.

Llegoſe la ora, en que  
cunplidos todos los demàs  
tormentos, enpeçaron a vo-  
zes a dezirle a Fernando de  
Ribera: Crucificalo, cruci-  
ficalo. Poca reſiſtencia al a-  
ron en èl, mayor la vuo en  
Pilatos, porque, aunque  
mal juez, conocia, que los  
judios, mouidos de envidia,

le auian entregado para que  
le ſentenciara a muerte, y  
procurò, por lo meaos en lo  
exterior euitarla, para que  
no ſe executara. Y pues Ri-  
bera azia oficio de Pilatos,  
deuia azer diligencias para  
librar de la muerte al niño,  
como el otro las auia echo  
para librar a Crifto, que aun-  
que fueſſen fingidas, quien  
tan puntualmente guardaua  
el numero, y orden de los  
tormentos, deuiera guardar  
en la deſenſa. Era peor eſte  
que aquel, y ſu crueldad  
fue mayor que la de Pilatos.  
A las voces de aquellos en-  
demoniados, en que pedian  
dieſſe la ſentencia de Cruz,  
ſe



se dió por conuencido, que aunq̄ ellos diéron muchas, eó pocas consiguióerō lo q̄ deseauan. Y luego al punto izieron vna Cruz dentro de la cueua, de vna escalleta de vna carreta que auian traído. Con vna foga le ataron por el cuello al madero con otra de esparto le ataron los pies, y las manos, y luego las clauarō con clauos gruesos. Puesto en la Cruz, no entre dos ladrones solos, sino entre onze maluados. Vno de los naueuamente conuertidos, vezino de la Guardia llegó a él, le rompió los brazos con vn cuchillo, y recogió la sangre en vn barreño. Era este cruel verdugo Benito Garcia de las Medidas, que mas cruel que todos se señaló en estas maldades. Luego con el mismo cuchillo llegó, y rompió el costado por bajo del pecho, pensando ahar allí el corazón. Viendo que no le allaua, rompió mas con el cuchillo, de suerte, que pudo meter la mano por la erida al cuerpo, y enpeçó a reboluer las entrañas para allax

el coraçō. Dos vezes se oyó su voz de aquel Angel, vna quando excedieron en el numero de los acores, y a ora, que bolviendo el rostro ya mortal a aquel cruel enemigo, le dixo, *que buscas?* Para q̄ en esto se pareciese a Cristo nuestro Señor, que viniendo a prenderle los enemigos salió a ellos al encuentro, y preguntó a quien buscauan? Respondió Benito, maldito, y endemoniado: El coraçon busco. En este otro lado está, dixo el Niño. Con esto entró mas la mano azia el lado izquierdo, y le sacó el coraçon, y pendiente de las entrañas se le dexó fuera del costado, para que se defangraste, y le echó luego vn poco de sal. Al punto entregó su espíritu a su Criador, y espiró en la Cruz, el dia primero de Abril de mil quatrocientos y nouenta y vno. A esta ocaçión obró nuestro Señor vn milagro con la Madre del Niño. Era ciega muchos dias auia, y pudo ser auer cegado, llorando la falta de su hijo, por q̄ este amor suele ser tan vehemente en

al-



algunas madres, que no solo quedan ciegas, sino pierden la vida. Tienen la puesta en su ijo, à quien aman, y faltandoles esto, falta la luz de sus ojos, y falta su consuelo. Al mismo punto que el niño espirò en la cueba de la Guardia, cobrò ella repentinamente la vista, en Toledo, quedando admirada del suceso, y de todos quantos la avian antes visto ciega, y agora de repente, sin diligencia ninguna estava buena. Despues de descubierto el delito, y se hizo averiguacion del suceso, se allò ayer cobrado salud à la ora que el niño avia espirado en la Cruz.

Milagro prodigioso con que Cristo nuestro Señor guiso ontar à su imitador Cristoval, para que se mostrase al mundo, como sabe ontar el Señor à quien padece por su causa; y que viendo concedido tan grande privilegio, en que no solo le imitase, y llevase su Cruz, sino le pareciese en su Pasion, oprobrios, y muerte. Muchos

Santos à avido en la Iglesia, à quien el Señor favoreció con que le imitasen en algunas cosas de su Pasion.

El Príncipe de los Apóstoles San Pedro murió en Cruz, pero no clauado, ni azotado, ni coronado de espinas: los diez mil Martyres murieron, y unos en Cruzes, otros clavados en un brazo, otros en un pie, y en ambos: algunos Martyres de el Japon murieron en Cruzes, y alanceados: pero ninguno à avido en quien los enemigos ayau procurado azer un retrato de Cristo nuestro Señor sino en este tierno infante. Qualquiera ombre en quien se executa un tormento, mueve à compasion. Aun los mismos à quien la justicia quita la vida en castigo de sus maldades, mueven tanto à los coraçones piadosos, que procuran aliviarles el tormento, y si es de tierna edad, es tanta la compasion de verlos que àn de padecer, que muchos se àn arrestado à perderse, y



exponerse à grandes riesgos con los Iuezes, en orden à eximir del modo que pueden à vn moço el que no padezca. Aun para estos tienen las leyes señalada la edad en que se les castigue con orca, ò pena de muerte, y por pequeño que sea, siempre es mayor de doze años. Estos en esta edad, y en la mayor, mueven tanto à piedad, aun siendo facinorosos, y vn niño de quatro años, y no cumplidos, que despues de tantos tormentos, en vn cuerpo tan delicado, no mouiese à aquellos enemigos: antes se enfurecian mas contra él, quanto mas sufría, es el argumento de crueldad mayor que jamás se à oido.

No acaban los Eseritores de alabar el valor prodigioso del glorioso Martyr, onra de nuestra España San Lorenzo, que estando en las parrillas asado vn lado, tuvo esfuerço como Español valiente, padezirle al tyrano, que aquel lado ya estava asado, que

le boluiese del otro. Pero à mi me falta el discurso para ponderar en vn niño tan tierno como de quatro años, despues de tantos tormentos, auendole entrado la mano à buscar el coraçon, boluer al Indio, y preguntarle, que buscava, y dezirle, que el coraçon le buscasse en el otro lado.

Bendito seais, Señor, que así quereis ermolear à vuestra Iglesia, adornandola de prodigios como este, y onrar à España con darla tan gloriosos Confesores de vuestro nombre, y valor tan inaudito para padecer por él.

Despues que ya vuieron concludido con todo, algunos de los Indios, nuevamente con erridos, quitaron al Niño de la Cruz, y auendole de las manos, y pies, le llevaron à enterrar.

Fue cosa notable, que no quisieron darle sepultura en la misma cueua: ò pudo ser rezelo de que en algun tiempo fuese descubierta, ò permission del Se-



Como su Magestad tuvo su sepulcro algo apartado del lugar de la Cruz en que espirò, así quisiese también le imitase este glorioso infante. La grande baxada del cerro donde està la cueba, tiene casi vn quarto de legua, y le baxaron à vna eredad, que entonçes era viña, y bien junto à vna Iglesia, q̄ se intitula Nuestra Señora de Pera, le enterraron. Sobre el lugar de su sepultura, se izo despues vn Vmillerero cubierto, y en la pared va sepulcro cabado. Este lugar de la sepultura mandaron reconocer los Inquisidores, enbiando vno de los reos, puesto à buen recaudo, y se endiende era Juan Franco, el que le enterrò.

Entonçes fueron con èl las Iusticias Eclesiastica, y Seglar, y gran parte del pueblo con açadones, y cabando en el sitio donde dezia averle sepultado, allaron precisamente vn hoyo de vn niño, y grandes señales de todo lo que allí

auia pasado, en que parecia ser todo verdad. Porfi acaso mentia, ò se olvidava, cabaron en contorno, y no se allò del cuerpo cosa ninguna, sino vn capotillo, y calçones, con que se entendió auerle enterrado.

Muchos piadosamente, presumieron, que Iesu Christo nuestro Redentor le refulciorò, y lleuò consigo à la bienauenturança, para asemejarle así en el premio, pues tanto le auian los enemigos procurado asemejar en las penas, oprobrios, y tormentos.

Yo suspendo el iuyzio, alabando los profundos de Dios, y reuerenciandolos; y ya que no se alargue à tanto mi discurso, creo le tendrá el Señor reservado para quando su Magestad fuere seruido de que el Romano Pontifice declare por verdadero Martyr à este niño, y el Señor dè vn buen dia à su Iglesia con esta noticia; para que los Cristianos entonçes le veneren por Santo, en ablando la cabeza de la Iglesia.



El coraçon que los en-  
migos se llevaron tanpo-  
co pareció, y solo que-  
daron los liengos retoca-  
dos de sangre, en que es-  
tuvo embuelto. No ay co-  
sa ni circunstancia que no  
aga alusion à la Passion de  
Cristo nuestro Señor, y  
nos dexan argumentos de  
que le quiso onrar, como  
avia padecido.

Ya estavan los perfidos  
Judios contentos con que  
no solo auian executado  
su intento en dar la muer-  
te al niño para azetbur-  
la despues de los Cristia-  
nos, que adoramos, y ve-  
neramos à Cristo nuestro  
Señor, y divulgar por toda  
Europa el caso. Iantamen-  
te tenian el coraçon guar-  
dado, que era el que ne-  
cesitauan para el echizo,  
y en vn sugeto auian logra-  
do dos cosas, aora les fal-  
tava la Oñia consagrada,  
para ponerle por obra, y  
lograr en España lo que  
no pudieron en Francia,  
paes se auia allado en es-  
ta maldad vno de los que  
quedaron allà burlados cõ

el coraçõ del puerco. Co-  
sa que asta aora auia calla-  
do, y despues confesò. Era  
Sacristan de la Villa de la  
Guardia vn Iuan Gomez,  
Iudio tambien, y nueuamõ-  
te conuertido como ellos:  
solo à este les pareció des-  
cubrirse, que como de su  
misma raza dellos con fa-  
cilidad atracrian à su dic-  
tamen. Ablaronle, y pro-  
metieron darle vn capuz  
que valdria treinta reales:  
para que no fuese sola vna  
vez la que su Magestad se  
aya visto vendido, y con-  
prado de Iudios, en esta  
cantidad. Añitiò con fa-  
cilidad à su petition, que  
quando no lo iziera suave  
el interès, el ser de su na-  
cion, y ley quien le pedia, y  
de injuria, y aborrecimien-  
to à Iesu Cristo, y a su Ley  
santa, que ellos fingidamẽ-  
te profesauan, no avria mu-  
cho que reparar en ello.  
Con la comodidad que tie-  
ne vn Sacristã para estas co-  
sas, se juntò su cuydado al  
poco que auia en el Cura,  
en guardar las llaves, y pu-  
do sacar del Sagrario el Sã-



tísimo Sacramento en vna forma, consagrada, la qual llevó muy contento à sus compañeros, que le esperavã, como los Pontífices, y Fariseos à Iudas q̄ les entregase aquel mismo Señor. Guardaronlo todo, y para disimular sospechas q̄ se podian originar de verlos juntos muchas vezes, dexarõ pasar algunos dias, y los de la Guardia, dixerõnaviso, que para tal dia, y ora se juntasen en la cueva, q̄ era la sala de sus cõcilios endemoniados. Aquí se congregavan, sin por estar mas cerca de todos los terminos, como para evitar en la soledad el registro à que estavan expuestos en poblado, pues en qualquiera parte q̄ se juntasen, siempre despertan cuydados estos enemigos. Ni aun por este disimulo pudieron escapar se de que su pecado se viesse plateado. Menos gente, y menos ojos tuvo Calo que le mirasen, quando quitò la vida à su hermano Abel, y al punto que acabò de cometer el deli-

ro, se vid en las plazas publico. *Stavit in ioribus peccatum tuum.* Ni avia pueblos ni plazas ni gente alguna en todo el orbe mas que sus padres Adan, y Eua; y el pecado mismo haze azer gente, para azer fe publico, y quando se oia a algunos que lo dixese, la sangre de aquel Santo, y innocente hermano, dava gritos al Cielo, pidiendo justicia, y venganc. Vinieron à la cueva los de la Guardia, el Quintanar, y Tenbleque, y enpeçeron à confetir aora como pòdrian en execuciõ el echizo, para acabar de vna vez cõ los Fraytes Dominicos Inquisidores, que tanto cuidado, y pesada hambre les davan, y con todo el resto de los Cristianos, y q̄ su ley de Moysen se viesse enfatçada. Izierõ cierta experiencia en sus echizos, y no fallèdofes biẽ, con o pèfavan, dexarõ para otra junta el resolver sobre ello. Que en el interin se mirase, y cada vno traxese pèfado el mejor medio para la execucion, y señalaron el



Concilio para otra parte, y no entrar otra vez en la cueba, por si los avia visto alguna persona agora no repitiesen el verlos, y ir borrando las pisadas, sin dexar señales de sus juntas.

En la que tuvieron segunda vez tampoco, resolvieron cosa alguna, no mas de que se consultase à Zamora. En esta Ciudad avia su Aljama de Indios, à quiẽ ellos tenian por la principal Synagoga de todo este Reyno de Castilla, à quiẽ acudian en todas sus dudas, y de quien tomavan la forma en sus negocios, porque los Indios que entravan en ella tenian entre todos el credito de grandes Rabinos.

Para que fuese allà, señalaron à vno, y que diese à todos noticia dello, y iziesen la experiencia, y avisasen de todo lo que se avia de obrar, para que todos los Cristianos muriesen rabiando, y acabasen de vna vez con ellos.

Benito Garcia de las Medidas, segun de todo lo

afuado, parece devia de ser el enemigo mas endemoniado entre todos, y el que con su rabia mortal se movia à todas diligencias, y à ser verdugo del Santo Niño. Antes de pasar à Zamora, avia de pasar por Avila, donde avia vn Rabino muy señalado, y mas docto que los que avia en aquella Ciudad, y aun en Zamora, con tener los de aquella Ciudad tanto credito.

Este Benito Garcia se allò en Francia al echizo que emos dicho, que como perro rabioso, andava de vnas partes à otras, sin parar vn instante, deseando acabar con la Cristianidad, y Fè Santa de Cristo nuestro Señor.

Residia en Avila entonces el Santo Tribunal de la Inquisicion, que despues se pasó à Toledo, y alli era Inquisidor el Santo Maestro Fray Tomàs de Torquemada, Fray Fernando de Santo Domingo, y otros Inquisidores puestos por aquel Santo Maestro.



El año pasado de mil y seiscientos y setenta y dos pasè por aquella Ciudad, y insignie Conuento de mi Ordèn, Santo Tomas de Auila, auie dome enbiado a Salamanca el Ilustrissimo, y Reuerendissimo Señor D. Fray Iuan Martinez, electo Arçobispo de Santiago, que reconociò, y Confesor de las Magestades de Don Felipe IV. que està en gloria, y Doña Maria Ana de Austria, que Dios guarde; y a si mismo de su Consejo Supremo de Inquisicion, que en todos sus officios se a portado, como verdadero Ijo de Santo Domingo: y como tal me mandò iziessè en aquella tierra diligencias, y recogiesse noticias para escriuir la vida del Ilustrissimo Señor Don Fray Pedro de Tapia, de la mesma Orden, q̄ murió Arçobispo de Seuilla. Y en aquel Real Conuento me dixeran cosas notables de este Santo Inquisidor Torquemada, y entre ellas, que solia tener en la celda vn perrillo que siempre le acompañaua, y en viendo algun

Iudio enpezaua a ladtar cõ tales estremos, que parecia quererle despedazar, y que parecia quererle despedazar, y que por este medio se descubrieron infinitos que castigò, por Iudayçantes, y Ereges, Apostatas. Y el tenia vn entendimiento tan uiuo, que parecia leerles en los rostros a ellos mismos sus pecados. Pudo ser, que como a tan gran Ministro le ayudase Nuestro Señor con darle mayor conocimiento para que limpiase la mies de la Iglesia, y entre sacase la çicaña para entregarle al fuego, como Ijo, y Excedero del Oficio, y Espiritu del primero, y Glorioso Patriarca, y Inquisidor Santo Domingo de Guzman.

El Benito Garcia, luego q̄ entrò en Auila se fue a la Iglesia Mayor, lleuaua consigo enbuelto en vn lienço el coraçon del Niño, y en vnas oras la Ostia Consegurada. Pusose de rodillas en el cruzero de la Iglesia, fingiendo adorar al mesmo Señor q̄ traia entre el libro para cometer aquel sacrile-



gió orrendo: juntaua las manos, daua golpes en los pechos, y azia ceremonias, como pudiera el onbre mas deuoto, y mas catolico del mundo. Sacò las oras, y fingiò que rezaua en ellas. Entrò tambien en la Iglesia vn onbre, que se puso junto a èl aazer oracion, que aunque le fue acaso, para Dios fue disposicion ordenada de su Magestad, que no queria que tan grandes males pasasen adelante, y que aquel maldito onbre cõ todos los demàs fuesen conpreendidos, y castigados. Viò que de las oras salian vnos resplãdores de luz clarissima, a que acompañauan arboles, y colores como del Cielo. Mirole con atencion, y presumiò que aquel onbre era Santo, a quien Dios queria dar a conocer con aquella marauilla. Estuvo le atẽdiendo con admiracion, y respeto, no le dixo cosa alguna, esperò que se leuantase, y le fue siguiendo a su posada. De alli se fue al Real Conuento de Santo Tomas, donde estaua el Tri-

bunal, y abliò al Santo Inquisidor Fr. Tomas de Torquemada, y diò noticia de lo que auia visto, no presumiendo, que de alli le pudiesse yeair mal a aquel onbre, sino para manifestarles vna cosa tan grande, y no vista, sino en especiales amigos de Dios, que aunque el demonio tambien sabe remedar estas cosas, es la suya luz de tinieblas, y ordenada a mal fin, y las de Dios son luzes de gloria, con que se dà por aytrado en sus seruos. Pero comoemos dicho fue providencia particular de Dios, q̄ quiso por esta via poner freno a tantas maldades, y fuesen castigados tan peruersos onbres. Y juzgo, q̄ para dar su Magestad autoridad, y grauedad a aquel Tribunal, y ontarle, donde se castigan las blasfemias, y manifestos delitos contra si, quiso el mesmo ser el denunciador destos perfidos judios, por medio de aquel milagroso resplandor, fueron a la posada los Ministros del Tribunal, y allaron en ella al judio. A pocas



palabras, y preguntas que le hicieron, se entendió lo que auia en él, y las maldades que ocultava. Llevaronle preso al Convento, donde estavan las carceles del Tribunal, y oy perseverar, y à pocas diligencias confesò, y descubrió los tratos, y maldades, que iba à tramar, y avia vrdido: declaró toda su pretension, que era quitar la vida à los Inquisidores, y ministros, y que muriesen rabiando, y asimismo à todos los Cristianos, para que así quedase sin enbataço la ley de Moysen. Confesò la muerte del Santo niño, manifestó la forma del Santissimo Sacramento, sacò vna bolsa grande en que llevaba el coraçon del Santo niño, al descubrirle, no le allaron mas que el lienço con las manchas de sangre, que señalavã aver estado allí. Prodigio tambien, como el que sucedió con el cuerpo, en que parece averle el Señor querido vnir à su lugar, ò llevarle à su gloria, si piadosamente podemos así discu-

rrirlo, ò ponerle en el Parayso, asta la yniuersal Resurreccion, ò guardarle asta que su divina providencia le revele para consolar à su Iglesia, quando, y como viere que conviene. El Santissimo Sacramento se llevó al Sagrario del Conuento, donde se conserva la Santissima Ostia en Republica aparte, y con aver tantos años, se conserva oy sin corrupciõ alguna, como se ve el dia del Corpus, q̄ se muestra patente à todos los fieles. Despues de algunos dias deste suceso, vuo en aquella Ciudad vna pestilencia grande, y sacãdo en processiõ à su Divina Magestad en aquella sagra Ostia, que es pan de vida, aplacò su ira, y cortò los brios a la epidemia, purificòse el ayre, y enpeçò la Ciudad à cobrar perfecta salud.

Por la confesion deste maldito onbre Benito Garcia de las Medidas, que en nombre de todos, llevaba el coraçon del niño, y el Santissimo Sacramento à los Rabinos de Zamora, y Avi-



la, y por vna carta que le cogieron, en que firmavan todos los conplices: y era de fee, y creencia, para que los de la Sinagoga atendiesen à sus proposiciones: dexando este à buen recaudo, embiò el Tribunal ministros à prender à los demás reos. Cogieròlos à todos en la Iglesia de la Guardia, cerrando las puertas, en ocasion, que avian entrado a oir vn Sermon.

Tan disimulado como esto andavan estos enemigos,

y por tan Crisianos se davã à entender entre los demás. Llevaronlos à la Inquisiçõ de Avila, donde estuvieron en las carceles, sin querer confesar por ninguno de los medios que con ellos se tomava. Pusieronlos en diversos calabozos de fuerte, que no se pudiesen ablar los vnos à los otros, y vno dellos para fortificarlos à que negasen sienpre, tuvo industria de cantar en voz alta para que los otros le oyesen, esta copla.

*Aste à la rama, niña, y verás,*

*Aste à la rama, y no morirás,*

*Y este Castillo tenteme fuerte,*

*Y no temerás la muerte.*

**C**ON esta industria pudo vno de aquellos perfidos Iudios fortificar à los demás, para que no confesasen. En todo este tiempo no supieron que estava preso Benito Garcia, ni tenían noticia q se viese echo del, aunque bien se presumian que esta prision era efecto de aquel viage.

Pusieronle los Inquisidores delante de cada vno, y no pudiendo negar los delitos, los fueron confesando, sin quedar circunstancia alguna. Para mas averiguacion de los delitos, y demonstraciones de la verdad, izieron los Inquisidores otras muchas diligencias, cõ q verificaren los lugares de la cueva, dõde crucifi-



cificaron, y atormentaron al Santo Niño, y la parte dō de le enterraron, lleuando para esto a vno de los reos. Aueriguose quiē fue el Padre, y la Madre del Niño, y como estaua ciega, y recibió la vista el dia, y la ora en que su ijo fue crucificado, como queda dicho arriba.

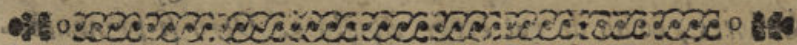
Prósiguieronse las causas contra ellos, algunos de los complices eran ya difuntos, se pronunciò sentēcia, en que algunos fueron relajados al braço seglar, y otros en estatua, como parece en los procesos, y sentencias del negocio, q̄ estàn en el archivo del S. Oficio de la Inquisiciō. Actuarōse estos procesos en aquel Tribunal año de mil quatrociētos y noventa y vno: y en el q̄ se izo cōtra Benito Garcia se le prueba muchas cosas. Entre ellas es auer apostatado de la ley de Cristo Nuestro Señor, porque despues de auer recibido el Santo Sacramento del Bautismo, por el qual se izo Cristiano, y perseverò en la ley de Iesu-Cristo treinta años, despues

dellos apostatò, juidaiçò, y fue erege, perseverando en la ley de Moysè cinco años, aunque en los treinta años que fue Cristiano guardò tambien la ley de Moysen, sus ritos, y ceremonias, y se le probò auer sido en crucificar a este Niño en virtud de la Passion de Cristo, y en sacarle el coraçon, para con el, y vna Ostia Consagradaazer vn echizo para que muriesen todos los Cristianos rabiando. Iuntamente se le probò de otras befas, y escarnios que azia contra el Santissimo Sacramento. Negaua la Confesion, y dezia que no aptouechaua para la remision de los pecados: y que asi este Sacramento de la penitencia, como los demàs de la Iglesia eran burla, y supersticiosos. Negaua que vujese Cristo, ni Santa Maria, que todo era burla, y que nunca vuo tal Iesu-Cristo, ni Santa Maria. Llamaua a los Cristianos perros, y idolatras, y que adorauamos imagenes. Estas, y otras cosas se le probaron, que fuera cosa



inmenſe el referirlas aqui. Tales coſas como eſtas ſufre la paciencia infinita de Dios, y tales coſas dicen, y azen eſtos enemigos de Jeſu Chriſto, y de ſu ſanta ley, obſtinados, y pertinazes en ſu ceguedad, y eregias. Auiendo concludido las probanças, y echo todas las di-

ligencias que aquel ſanto, y reſto Tribunal ſienpre vſa, el ſanto Inquiſidor con ſus compañeros, comparecer, y conſulta de ombres doctos, y temeroſos de Dios, dierõ, y pronunciaron la ſentencia en eſta forma, cõtra el mal uodo Benito Garcia de las Meſuras.



**Chriſti nomine invocato.**

**F** Allamos que deuenos pronanciar, y declarar, pronunciamos, y declaramos la intencion del dicho Promotor Fiscal, por bien probada, y verificada, aſi por los teſtigos, y probanças por el preſentados, como por la confeſion, y confeſiones del dicho Benito Garcia de las Meſuras, Cardador, el qual no probõ coſa que le releue, y pueda aprouechar. Por ende que le deuenos declarar, y declaramos por Erege, Apoſtata, Iudaicante, y auer echo, cometido, y perpetrado el dicho crimen de Eregia, y Apoſtoſia, permaneciendo en el, como pertinaz, y por tanto auer incurrido en ſentencia de excomunion mayor, y en todas las otras penas, y cenſuras Temporales, y Eſpirituales, y de confiſcacion, de perdimiento de todos ſus bienes, contra los tales Apoſtatas en los derechos canonicos, y ciuiles, eſtablecidos, e impueſtas, y por persona maldita, y excomulgada,



da, miembro cortado de nuestra Santa Madre Iglesia, y que le devemos relaxar, y relaxamos à la Justicia, y brazo Secular, y al onrado, y noble varon el Licenciado Alvaro de San Estevan, Corregidor desta dicha Ciudad de Auila, y su tierra, por los Serenissimos Reyes nuestros Señores, y à su Alcalde, y Alguaziles, para que agan del dicho Benito Garcia lo que deaen y pueden azer de derecho, aplicando los dichos sus bienes, los quales declaramos ser aplicados, y confiscados à la Camara, y Fisco de los dichos Reyes nuestros Señores, como de tal erege Apostata. Otro si pronunciamos, sentenciamos, y declaramos, sus ijas, nietos, nietas, y descendientes del dicho Benito Garcia, por la linea masculina, ser no abiles, infames, è incapazes, privados de todos beneficios temporales, y espirituales por el dicho delito de la Eregia, y Apostasia, cometido por el dicho Benito Garcia, cardador su padre, y abuelo, privandolos, como los declaramos privados de todas las Dignidades, y officios Ecclesiasticos, Canongias, Raciones, medias Raciones, Prestamos, è Prestameras, qualesquier otros beneficios Curados de qualquier calidad que sean, y de todos, y qualesquier frutos, y rentas que en la Santa Iglesia de Dios, tengan, ò esperen tener, y de la posesion dellas, que no lo puedan tener, y poseer, aora, ni de aqui adelante, ni de nuevo aver asta la segunda generacion, ni puedan ser Clerigos, promovidos à Sacros ordenes, ni puedan ser Maestros, ni Doctores, ni Licenciados, ni Bachilleres en ningunas otras ciencias, ni artes, ni puedan vsar de tal nonbre, ni de tal ciencia, ni arte, ni officio ni dignidad, por ser como son inabiles de derecho para lo tal, privandolos asimismo, como los privamos, y declaramos



privamos para todos los officios, honores publicos, q̄ en lo rēpo-  
ral tēgan, ò esperen tener, q̄ no lo puedā tener, regir, ni exercir,  
ni de nuevo aver, ni poseer; por si, ni por interpositas perso-  
nas, as̄ como Regidores, Corregidores, Jurados, Asistentes, Al-  
caldos, Alguaciles, Diputados, Abogados, Procuradores, Ma-  
yordomos, Maestro Escuelas, Pesadores publicos, Cobradora-  
res, Mercaderes, Escribanos, Notarios, Contradores, ni  
Tesoreros, ni Cancilleres, ni Medicos, ni Cirujanos, ni Sāgrado-  
res, ni Barberos, ni Boticarios, ni Fieles Executores, ni Arre-  
dadores, ni cogedores de algunas rētas, ni qualesquier otros offi-  
cios semejantes, q̄ publicos sean, y dezir se puedan. Los quales  
officios, benefiicios de feso dichos declaramos, ser vacātes por los  
dichos sus ijos, e ijas, nietos, y nietas; y ser inabiles para los  
tener, para aora, y para siempre jamās, para que ellos, ni  
alguno dellos no puedā vsar, ni vsen de los tales officios, ni  
de alguno dellos, por si, ni por otra persona alguna, ni por otro  
questo color que sean auidos, y adquiridos, antes que el di-  
cho Benito Garcia su padre, y abuelo cometiese el dicho de-  
lito de rregia, y Apostasia, que despues de cometido, puedan  
tener, ni puedan tener otros officios, y exercicios que tocan,  
y dezir se puedan para administracion, ò Regimiento, ò pro-  
veymiento de ninguna renta publica, y si necesario es, de nuevo  
los declaramos por privados y no puedā ser especieros, ni mesne-  
ros, ni venteros, ni rabineros: pues que la sangre dañada,  
y inficionada de la infamia del dicho Benito Garcia su padre,  
y abuelos acompaña, y sigue: segun los derechos deste caso. quie-  
ren, y disponen, para lo qual, y cada cosa, y parte dello  
pronunciamos ser inabiles, e incapazes, para aora, en lo pa-  
sado, y por venir, lo qual vos proibimos, vedamos, y defendemos,



quanto podemos, y demás, so las penas en derecho establecidas y las otras arbitrarias, que vos seràn, y son impuestas por Nos.

Asi mismo pronunciamos, y declaramos, y sentenciando mandamos, proibimos, y defendemos, que los dichosijos, è ijias, nietos, y nietas del dicho Benito Garcia, ni alguno de ellos, en ningun tiempo, ni lugar por alguna causa ocasion, ni color, pueda vestir, ni traer brocado, ni oro, ni plata, ni carmesi, ni otra ninguna seda, ni chamelote, ni grana, ni aljofar, ni corales, ni anbar, ni otras joyas, ni piedras preciosas, asi sobre sus personas, como en sus caualgaduras, ni dozado, ni plateado, ni puedan traer otros qualesquier paños, reuocados, è bordados de seda, ù de oro, è plata, que preciosos sean, y dexirse puedan, ni montar en cavallo con silla, ni traigan armas algunas, salvo vn cuchillo despuntado de pan cortar, ni otras cosas que sean, ni ser puedan proibidas, ni atavios, ni ornamentos de alguna Dignidad de Milicia, è Cavalleria Ecclesiastica, è Seglar, so pena de excomunion mayor, y perdimiento de todo lo que asi traxeren. Y caygan, è incurran en las otras penas y censuras susodichas en los tales puestas. Y que de aqui adelante se pondràn en sus personas, y bienes, y queden à la merced de Rey, y Reyna nuestros Señores. Y por esta nuestra sentencia definitiva, pro Tribunali sedendo, asi lo sentenciamos, declaramos, y pronunciamos en estos escritos, y por ellos.

Fray Tomàs de Torquemada.  
Fray Ernando de Santo Domingo.  
El Doctor Pedro de Villada.



Fernando de Ribera es el que azia officio de Pózio Pi-  
to, y dió sentencia de Cru- cificar al Santo, Inocēte, co-  
mo se verá por la sentencia  
infra escrita.

**N**O S los Inquisidores contra la eretia pravedad, y  
Apostasia en la muy noble Ciudad de Toledo, y en  
todo su Arçobispado, y Obispado de Siguença por  
Autoridad Apostolica ordinarta. Visto vn proceso, y causa  
criminal que ante Nos à pendido, y pende entre partes, de  
la vna actor, demandante el Venerable Bachiller Diego Or-  
tiz de Angulo, Promotor Fiscal; y de la otra reo acusado  
Fernando de Ribera, Contador, Vezino de Tenbleque so-  
bre que el dicho Promotor Fiscal, en la acusacion que con-  
tra el puso, è intentò, dixo, que estando el dicho Fernando  
de Ribera, en posesion. y abito de Cristiano, y tal se llama-  
do, y gozando de los priuilegios, y esenciones que los fieles  
Catolicos gozan, y deuen gozar, avia sido Apostata de nu-  
stra Santa Fè, y Religion Cristiana, pasandose à la falsa  
creencia de la ley de Moysen, aziendo, y guardando sus ritos,  
preceptos, y ceremonias. Y especialmente, que por onra de la  
dicha ley auia guardado los Sabalos, ataviandose en ellos de  
ropas, y camisas limpias, aziendo encender cand las à las  
noches los Viernes, y ataviar su casa por onra del Sabado vis-  
tiendo camisas limpias, encendiendo luzes los Viernes, en las  
noches, mas temprano que en las otras noches entre Semara, y  
poniendo mechas nuevas, no las consintiendo apagar, asta que  
ellas de suyo se apagarian. Dogmatizando, y diciendo à cier-  
tas personas, que todos eran obligados à festejar, y guardar  
los Sabados, alegando autoridades de la Biblia, y que en vili-  
pendio de los Catolicos Cristianos, à esto, jaclandose de ser In-  
dio,



dio, y dezia muchas vezes. Estab el Iudio subido en lo alto,  
 comiendo gallinas, y capones, y perdizes: andase el Cristiano  
 no con su barriga arrastrando. Y que con la enemistad que te-  
 nia à nuestra Santa Fè Catolica, auia sido en crucificar, y  
 matar al niño inocente en la cueba de la Guardia, y fue Pi-  
 lato, y sentenciò al dicho niño. Y que auia tomado vna Osta  
 Consagrada, y vn hueso de Cristiano, y vn poco de zenica, y  
 lo auia dado à vn Iudio, para que iziese ciertos echizos,  
 para que los Inquisidores no les iziesen mal; y para que los  
 dichos echizos alcançasen vna Contadaria que deseaua, y ne-  
 gociava; y por cumplir enteramente la ley de Moysen se auia  
 circuncidado, y retajado, y auia tenido mucho trato con Iudios,  
 recibiendo combites en sus casas, dan lo dineros para azeite  
 à la Synagoga, y como ombre dudoso en la Fè, incredulo avia  
 ofado dezir q̄ no auia mas mundo, q̄ nacer, y morir, y q̄ auia si-  
 do impedidor del Santo Oficio amenazando, y queriendo matar à  
 ciertas personas por sospechosas q̄ tenia de auer testificado cõtra  
 el en la Santa Inquisicion. Y estando sano, y bueno auia comido  
 muchas vezes carne en Sabado, y en Quaresma, y en otros dias  
 vedados por la S. Madre Iglesia. Y q̄ auia sido fautor, en ubri-  
 dor, y participate de ereges y echo, y cometido otros muchos cri-  
 mines, y delitos de Eregia, y Apostasia. Porque nos pidió,  
 por nuestra sentencia disritina aeclarasemos al dicho Fernã-  
 do de Ribera auer sido, y ser Erege, y auer caído, è incu-  
 rrido en sentencia de excomunion mayor, y confiscacion de  
 todos sus bienes, relaxando su persona à la Iusticia, y bra-  
 ço Seglar, segun que esto, y otras cosas mas largamente en  
 la dicha su acusacion se contiguen, pidiendonos sobre todo, ca-  
 tero cumplimiento de iusticia.



Y visto, como el dicho Fernando de Ribera rogò la acusacion, y nombrò Letrado, y Procurador que le ayudasen en defensa desta causa, y como despues, antes de la publicacion de los testigos el dicho Fernando de Ribera pareció ante Nos judicialmente, y expontaneamente, llorando començo à dezir el Psalmo de Miserere mei Deus, con mucha contricion, y arrepentimiento, diciendo: Señor, a ti solo peque, y errè mal delante de ti, por que seas allado justo, y verdadero en tus razones, y venças quando juzgares. Enbia al Espiritu Santo en estos señores Iuezes de la Santa Fè Catolica contra las pecadores, y ofendedores della como yo, para q̄ me juzguen con misericordia larga, y cumplidamente, asi como tu, Señor lo usaste cō el Ladrón, quando estaua en la Cruz, q̄ con solas las palabras del Domine, memento mei. fue aquel dia en el Parayso, auiedo sido quien era, y como usò con la Magdalena, y con Zaqueo, y con Santa Maria Egypciaca: pidiendo misericordia à Dios, y a Nos penitencia, asiendose de sus barbas, y cabellos, y pidiendonos, q̄ le mandasemos leer los capitulos de la dicha su acusacion, para mejor reducir a su memoria, y mejor aclarar, y confesar sus pecados. Y como por Nos le fue dicho, que dixese, y confesase lo que se acordase en ofensa de Dios nuestro Señor, y de su santa Fè Catolica, y como el dicho Fernando de Ribera dixo, que el Espiritu Santo viniese sobre èl, como à los Santos Apostoles, para descargar su conciencia de lo que se allase culpado, y q̄ podia auer quarenta y cinco, ò quarenta y seis años siendo de edad de catorze, ò quinze años auia ayunado el ayuno mayor por el mes de Setiembre, no comiendo en todo el dia asta la noche salida la estrella, y cenaua entonçes carne. Y que auia pedido perdon à ciertas personas, besandoles las manos, las



quales se las pusieron sobre la cabeza, sin se santiguar. Y q̄ de la misma manera avia ayunado otros ayunos otros tres años antes, q̄ asimismo auia guardado los Sabados en el dicho tiempo, vistiendo se en ellos camisa limpia, por onra y guarda de la ley de Moysen, y que en la casa donde estauan, se encendian candelas limpias, con mechas nuevas los Viernes en las noches, y q̄ no los apagauan, asta que ellos de si mismo se apagauan, y los dexaua ardiendo en el Palacio donde dormian, y q̄ lo fizo dicho izo por espacio de tres, ò quatro años, y q̄ despues desde dos, ò tres años, ayunò el dicho ayuno mayor con otras ciertas personas, y à la noche cenauan carne, y se pedian perdon los vnos à los otros: y que cada vno de las dichas personas avia tomado vna correa el dicho dia del ayuno, antes que se pusiese el Sol, y que la avia dado à mazar al dicho Fernando de Ribera, y otras ciertas personas, para ver, y conocer si auia comido el dicho dia, y allò, y conociò, que el dicho Fernando de Ribera auia ayunado, y q̄ las otras personas auian comido, y que por aquello auian dado bien de cenar al dicho Fernando de Ribera, y que à las otras personas no las auia querido dar de cenar, por q̄ no auia ayunado. Y q̄ podrà auer treinta años, poco mas, ò menos q̄ auia guardado los dias de los Sabados, y los Viernes en las noches cõ otras ciertas personas, à las quales via encender candelas los Viernes, en las noches por onra, y guarda de la ley de Moysen, y que lo fizo dicho auia echo por espacio de tres, ò quatro años, y q̄ despues de auerlo echo, que tenia trabajo, por no ser sentido de de moços, y moças, aunque sienpre auia tenido la intencion dañada, teniendo por buena la ley de Moysen, aunq̄ no podiaazer las ceremonias della, por que sienpre estaua con el Prior de San Iuan, y comia, y cenaua con él. Que todas las vezes que venia



à su casa, trabajaba en guardar los Sabados, y vestia camisa limpia, y tenia, y azia aderezar en su casa un Palacio para oír los dichos Sabados, comiendo carne en ellos, y no azia guisar los Viernes antes, porque no los sintiesen, ni viesen los moços de su casa. Y que en los Sabados rezaba los siete Psalmos Penitenciales, sin dezia Gloria Patri. Y que podria auer seis años poco mas, ò menos que auio ayunado otro ayuno mayor por el mes de Setiembre, no comiendo en todo el dia, asta la noche, salida la estrella, y que el dicho dia, auia rezado los siete Psalmos Penitenciales, sin Gloria Patri. Y diziendo cierta persona, que no auia sino nacer, y morir, el dicho Fernando de Ribera lo auia aprobado, diziendo que era verdad. Y viendo despues, que el dicho Fernando de Ribera anduvo variando, y bacilando, y reuocando la dicha su confesion, y se izo publicacion de los testigos presentados por el dicho promotor Fiscal, y ambas las dichas partes fueron oídas en todo lo que dezia, y alegar quisieron asta que concluyeron, y Nos viuimos el pleyto, y causa por conclusa, y asignamos tiempo para dar en èl sentençia definitiva, y auido nuestro acuerdo, y deliberacion cõ personas de letras, y conciencia, y de su voto, y parecer declaramos esta sentençia.

*Christi nomine inuocato.* Fallamos, que deuemos pronunciar, y pronunciamos al dicho Promotor Fiscal auer probado bien, y cumplidamente su intencion, y al dicho Fernando de Ribera auer sido, y ser Erege ficto, y simulado, confitente, è inpenitente, y auer caydo, è incurrido en sentençia de excomunion mayor, confiscacion, y perdimiento de todos sus bienes, los quales declaramos pertenecer, y auer pertenecido a la Camara, y Fisco de su Mag. desde el dia q̄ cometió los dichos delctos. Y q̄



le devemos relaxar, y relaxamos à la justicia y brazo seglar: y mandamos entregar, y entregamos al noble Señor Alonso Godinez, Alcalde mayor desta Ciudad, al qual encargamos, y rogamos de parte de Dios N. S. q̄ se aya cō el dicho Fernādo de Ribera, bien, y piadosamente, y q̄ no proceda contra èl à pena de muerte, ni à mutilaciō de miembros, ni efusion de sangre. Otro si declaramos à sus ijos, y descendientes por la linea masculina asta el segundo grado, y por la femenina asta el primero ser privados de todos, y qualesquier beneficios, y officios de onra, asi Eclesiasticos, como Seglares, y ser inabiles, è incapaces, para tener los, ni de nuevo aver otros. Y q̄ no puedan traer sobre si, ni sobre sus vestidos oro, plata, ni grana, ni chamelote, ni corales, ni aljofar, ni piedras preciosas, ni subir a cavallo, ni traer armas, ni ser Abogados, ni Fisicos, ni Boticarios, ni Cirujanos, ni usar de las otras cosas, ni officios arbitrariamente en derecho, y prematicas destos Reynos prohibidas, so las penas en ellas contenidas. Y asi lo pronunciamos; y mandamos por esta nuestra sentencia, y en estos escritos, y por ellos.

Fray Tomàs de Torquemada.

Fray Ernando de S. Domingo.

El Doctor Pedro de Villada.

**E**N esta forma castigaron à aquellos perfidos, portándose cō justicia, y misericordia, como siempre vìa el Tribunal cuyo Tinbre es la oliua, y la espada: esta, para mostrar el castigo: aquella para denotar la piedad cō los q̄ reconocidos de sus yerro, piadosamente, y perdo de ellos. La q̄ usò cō Fernādo de Ribera, fue tã grãde como se vè, pues auiendo sido un Indio tã pernicioso, y cruel verdugo del Santo niño, las muestras de dolor que diò, y las señales exteriores de reconocer su culpa, tan grandes, que merecieron, q̄ el Santo Tribunal encargase al brazo



reglar à quien le entregò para el castigo, q̄ se viuiese con èl con piedad. Y así mismo fueron castigados los demás q̄ pudieron ser aprendidos estando vivos: y los demás, como se à dicho, q̄ erã ya difuntos, fueron allí castigados en estatua, y quemados sus huesos.

Luego al punto que el Santo Martir pasó desta vida enpeçò nuestro Señor à obrar muchos milagros en la cueba, donde padeciò, y en èl sepulcro, dõde fue enterrado, especialmente el año de mil quatrocientosynouenta y dos, se tomò por testimonio ante la Iusticia de la Guardia, que ciertas personas vecinos de Alcaçar de Confuegra, gozaron destos fauores de nuestro Señor por su intercesion. Vno de los quales venia tullido, y ran palmado el cuerpo, que no podia rodearse. Izo q̄ le traxesen à la cueba, dõde el niño fue Crucificado, y velò en ella dos noches, pidiendo à nuestro Señor por su intercesion le diese salud.

Oyò sus ruegos, y conce-

diò el efecto de sus peticiones, de suerte, que de repente se sintiò en todos sus miembros, y cuerdas, sin aquel dolor, y pãsmo q̄ sentia antes, y puesto en pie anduvo tan bueno, y tan sano, como si jamàs vuiera enfermado de tal achaque.

En la misma ocasion que el antecedente vino tambien à la cueba vna muger que de vna perlesia que le diò, se le avia buuelto la boca, a vn lado, y mas de diez y ocho años que padecia sin aver allado remedio à su mal. Como el onbre tullido estuvo ella dos noches, velando en la cueba, y pidiendo à nuestro Señor, q̄ por lo que el Santo niño padeciò en imitaciõ suya, le diese salud. Quando viò q̄ el tullido avia cobrado salud, esforçò sus oraciones con mas ansia, y afectos mas fervorosos. Oyò la nuestro Señor, y al instante se le bolviò la boca à su lugar antiguo, y se acabò aquella fealdad, y achaque que padecia.

Otro onbre sordo, avia mas de quinze anos que lo estava, sin oyr cosa



alguna, aunque de muy cercalle ablasen muy rezio. Fue à verle en compañía de los sobredichos, y le dió nuestro Señor elido, como à los dos les auia dado tambien salud.

Vna muger estaua del todo ciega, que como aquel no oia nada, tan poco via cosa alguna. En compañía de los tres arriba dichos, fue à velar à la cueba. Inclino se el Señor à sus ruegos, llamado por los meritos, y oraciones del Santo niño: y le dió vista, con que à vn mismo tiempo cobraron salud milagro samēte estos quatro en la cueba, de que tomó la Iusticia cumplido testimonio.

Es cosa notoria los milagros que cada dia obra nuestro Señor con toda fuerre de enfermos que acuden à la cueba à pedirle salud, y especialmente en los niños q̄ oprimidos de varios achaques, los llevan à pedirle a nuestro Señor remedio en aquel lugar.

Supose en todas partes su Martyrio, y la deuocion de los fieles dedicò en Iglesia la

cueba: y la que fue teatro de su tormento, la dedicaren en sala para pedir à Dios misericordia, adornandola con toda decencia.

Muchas personas estando velado en ella denoche, afirman aver visto apagada la lanpara, ò apagar se de pnes, y diversas vezes à fido milagros luz de las aberturas de las piedras donde tuuierõ atormentado al Santo niño, y encendió se con admiracion de todos, que dieron gracias à nuestro Señor por las maravillas cõ que à querido onrar àquel Santo lugar, y azer glorioso el padecer del Santo niño con q̄ siguió sus pasos, y Pasion.

A crecido la veneracion de los fieles, y la frecuencia de los pueblos, ennoblecendo aquel santo lugar; ya cõ sus romerias, ya con adornos, y aderezos para la Iglesia, y sacristia que se labrò en èl.

No fue menor credito ni estimacion la que izo el Ilustissimo señor Don Alonso de Fonseca, Arçobispo de Toledo, de cuya Diocesis es aquella tierra. Mado labrar



el retablo que ay en la Iglesia, adornandole de figuras q̄ representan la historia, tormento, y muerte del santo niño.

La rabia mortal que estos enemigos de Iesu Christo, y de su Fe santa tienen cō los Cristianos, y el odio implacable con q̄ procuran nuestra ruina, se vè claro en quãtas acciones puedē mostrarla, pues no solò fue à este S. niño en la Guardía, sino à otro en Zaragoza, llamado Domingo, q̄ era seise en el Coro de su S. Iglesia del Asco. Amenazaronle los Judios, q̄ si cõtava cosas de Dios, le auian de quitar la vida, y por eso mismo mas esfórçado cõtava mas. Cogierõle vna tarde, y le metieron en casa de vno dellos, donde juntãdose muchos, le azotarõ cruelmẽte, y fizieron en el muchas de las cosas q̄ en Cristo N. S. obraron sus antepasados. Quitarõle la vida, y porque el caso no se supiese le arrojaron en vn poço. Por el mismo caso que lo procuraron ocultar, lo manifestò nuestro Señor, porque cre-

ció el agua toda teñida en sangre, y su oïdo esta arriba, conseruandose mil grosamente. A este prodigio acompañaron luzes del Cielo, que vieron vnos labradores, que venian à la Ciudad, y si duda estava fuera della el poço donde le arrojãrõ al santo niño. Fueron presurosos à dar noticia de lo que auian visto à la Iusticia, y Prelados: que vinieron, y allarõ el prodigio que les auian dicho, llegãde el agua al mismo brocal, y el cuerpo del niño en lo alto. Al punto q̄ le cogieron de alli, belviõ el agua a baxar à su estado. Conocieronle, y la causa porque le auian quitado la vida, y colocaron en la Catedral, guardando su santo cuerpo, entre las demàs Reliquias del Sag. ario de aquella santa Iglesia: fuese ilustrando su nombre, que el Señor por quien auia padecido, quiso azerle celebre para que se vea como entra à sus santos, y publica a vista de todos el martyrio q̄ tan en silencio procuraron los enemigos que fuese. Erigie-



ronle vna Cofradia, luego al punto, y celebran su fiesta, por el mes de Octubre, con asistencia de el Cabilido de aquella Santa Iglesia.

Año de mil y quatrociētos y cinquenta y quatro, cō la noticia de estos sucesos, lo mesmo era llegar a saber se en qualquiera parte dōde avia Judios, que prevenir se a lograr, lo que, ni en Fracia, ni en la Guardia auian coseseguido. No descansauan vir instante, por quitar la vida a los Cristianos, y como lobos anbrientos a los Corderos, à si andauā a caza de niños en tierra de Zamora, y Benauēre, cogieron a otro, a quiē sacaron el coraçon, y echo zenicas los dauan con vino. Preparauanle con veneno, y quitaron la vida a muchos.

Los Arrendadores de aquella viña, que el Padre de familias auia plantado, auie do muerto vna, y otra vez a los criados, que iban en su nonbre a cobrar los reditos, le pareciō, que enbiando a su ijo le guardariā mas atēcion, y mirarian con ojos de reuerencia. Y aun porq̄ era

ijo, y crederō se mouieron con mas esfuerço a quitarle la vida: y sacandole fuera de la edad ingratos, y alevés le dieron la muerte. Predicoles el Señor esta parabolā a los Judios, dioles a conocer, que ellos eran los q̄ quedauan retrados en aquellas palabras, y que a su Magistad se auian de quitar la vida. Pero que ellos serian expellidos de la edad, y la daria el padre a gente, q̄ con puntualidad, vagra decimieto le fuesen pagando los reditos de suazienda. Estauan los Judios tan apoderados de España, que casi era dueños de toda ella, y en comercios, negocios, rentas, tratos, estauan tan introducidos, q̄ por qualquiera genero de negocios que se camina se, estauā inficionados cō esta canalla. No solo se quisieron quedar con la viña, y levantar con España, acabando con todos los Cristianos, sino a todos quantos niños podian auer a las manos dauan la muerte, con orrendos tormētos, por eso los gloriosos Reyes Catolicos, Don Fernando; y



Doña Isabel, los expelieron de España, instando en ello su Confesor Fr. Tomàs de Torquemada, primer Inquisidor de este Reyno, con que quedaron los Españoles libres de tan mala gente, y la etedad Católica, limpia de tan malos auitadores.

C A P. V.

*Buscan los enemigos ocasiones, para aprender a Iesu Cristo. Con fraude, y simulacion embian quien le pregunte de el cense. Conoce su intencion, y reprendeles su maldad.*

Texto, y Moralidad.

**Q**uando la injusticia, y obstinacion se junta en un sugeto, todas sus trazas son meditar maldades, para onestar sus acciones. Lo que en si es malicia, quieren pasarla al sugeto, a quien quieren mal, y su animo endemoniado, como no quiere persuadirse a que lo está, no descansa un

instante en orden a poner en quien mal quiere las culpas, que quiere se vean a los ojos de todos. Pretendian los enemigos condenar a muerte, y darla a Cristo. Faltales la justicia, y publicamente se valen de maldades. Para que le coja en palabras, embian ministros. No allan obras en su Magestad, para torcerlas al lado de la calumnia, y pareciendoles el lazo, mas facilmente se puede armar en las palabras, dandoles diuersos sentidos, echan la red aora con los ministros, y le juzgan por logro de su intento, si consiguen vna palabra. Para entabecer mejor el negocio, y a su patecer azerle a Cristo la forçosa, calunniandole por qualquiera respuesta, que diese, ò en pro, ò en contra, le embiauan a preguntar, si es licito pagar el Tributo al Cesar, ò no. Aquí se ofrecia campo abierto, para explicar el modo con que estaua el gouierno en Ierusalen, y como gouernauã los Romanos, y que juridicion les auia que.



quedado y los Judios. E mos  
ablado ya desto en los libros  
anteriores, y lo omitimos  
ahora, por no repetir lo que  
ya se à escrito otra vez. Dos  
cosas son de reparar aqui.  
La primera es, que dize San  
Mateo, que izieton junta los  
Fariseos, para conferir el  
modo, y causa para prender  
à Iesu Christo nuestro Señor,  
y que la resolucion fue bus-  
carle calumnia en las pala-  
bras.

Las palabras que se dizē,  
y el modo con que se ablan,  
es el campo mas dilatado que  
se puede ofrecer en esta vida  
para buscarle à vn onbre su  
perdicion. Y como la diver-  
sa pronunciacion aze diver-  
so sentido, asi le dan diversa  
inteligencia, quando las espe-  
ra la malicia. Todo el mun-  
do està lleno de dichos. Ful-  
lano dixo, fulano dixo. No  
se dize fulano oyò mal, fu-  
lano pervirtió la palabra q̄  
se dixo, que no fue con ese  
animo ni cō ese sentido. Yo,  
dize el q̄ las à menester, no  
aueriguo si fue con esta intē-  
cion, ò no. Esto dixo, Y pu-  
diera dezir la intencioa en-

demonstrada es mia, que infi-  
ciono lo que oygo, y no del  
que dixo.

Los Fariseos para este ne-  
gocio enbiarò à sus discipu-  
los. Como enseñados en tal  
escuela, asi aprendieron biē  
sus doctrinas. Cosa es nota-  
ble, que como no le faltan à  
la virtud sus amantes, no le  
faltan al vicio sus Catedras,  
y su sequito. Mas frequen-  
tadas se ven sus clases, que  
aquellas, porq̄ la buena apli-  
cacion que desde Adan ere-  
dò el linage vmano, con mas  
facilidad le reduce à ofen-  
der, que à servir à Dios. Vn  
bueno, que trata de la refor-  
macion de su vida, de la me-  
jora en sus costumbres, de  
prevenirse para la muerte,  
y dar à Dios buena quen-  
ta, ò se anda solo, ò po-  
co acompañado. Todos  
le miran, ninguno le sigue,  
si pocos le buscan, los mas le  
aborrecen. Vn malo, que su  
vida en vn vicio cōtinuado,  
y vna perpetua ofensa de  
Dios, alla amigos, compa-  
ñeros, quien le celebre, y  
le estime. Sus palabras son  
agudezas, sus acciones son



loables, llegateles el aplauso, y estimacion, y dançan estos, como èl les aze el son.

Juntarõse los discipulos de los Fariseos, con los Erodianos: y con estos, que eran como aquellos, se juntaron los malos. Para la maldad que tenían prevenida, no buscaron ombres de virtud. Nunca el que quiere obrar mal, busca quien le reprenda, sino quien le acompañe; no quien le tire del freno, sino quien à rienda suelta le ayude à correr en sus vicios. Malos erã los Fariseos, los Erodianos no eran menores, y para perseguir à vn justo nõ ca le faltan al malo compañeros, que le asistan, y celebren.

De los Fariseos ya emos dicho quienes eran, de los Erodianos no se à ofrecido hablar asta agora. Varias opiniones tienen los Padres de esta gente. Algunos juzgarõ que eran Gentiles de aquellos que estauan sujetos à la jurisdicció de Erodos. Otros, que estos Erodianos eran los que à Erodos Antipas, Rey de los Iudios le tuvierõ por

Cristo, y como à tal le veneravan. S. Geronimo, y Crisostomo, juzgaron que erã soldados, que militauan en las banderas de Erodos, nõ que asistiã à la guarda de su persona.

Otros dizen que se llamauã así, porque azian secta particular, diciendo, que los Iudios no devian pagar tributo al Cesar de Roma, aunque estavan à èl sujetos, y oprimidos de sus armas, sino à su Rey Erodos.

La opinion mas probable es, que Erodos, por componer se cõ el Cesar, era su agente en Iudea, y cuydava de la cobrança de los tributos, por medio de ombres publicanos que tratavan en este genero de negocios. Los Fariseos, que dezian ser solos los que defendian la libertad Iudaica, se oponian à Erodos, diciendo, que porque el Cesar le conservase la Corona sobre los Iudios, era traydor à la nacion, y la disfrutava para darle. Sobre esto auia tiñas, y pendencias cada instante de los vnos cõ los otros llamando los Fariseos,



y sus discipulos, traydores à los Erodianos, y estos deziã rebeldes à los Fariseos. Los demonios no pensaran aora la traza que estos enemigos pensaron, y fue dezir en su cabildo: La question mas reñida q̄ ay en esta Republica, es sobre el pagar el censo al Cesar, cosa que aũ que se executa, siempre se siẽte, pues no solo nos quita el dinero, sino con la costumbre, la libertad, pues nos aze feudatarios suyos. Nosotros repugnamos, que se aya de cobrar tal tributo para èl, los Erodianos son quiẽ lo introduce, y lo cobra, y somos de opiniones encontradas. Pues juntemos nuestros discipulos à ellos para que le pregunten à Iesus, si se à de pagar, con que le achemos arbitro de ambas opiniones encontradas,

Si dize que se pague, entenderẽmos, que no es Cristo, como èl se dize, pues nosotros le esperamos q̄ nos aliviarà el Reyno, y se opondrà à las vexaciones que padecemos de los Gentiles, y pondrà este Reyno en su an-

tigua libertad, como siẽpre estuvo. Si dize que el tributo no se pague, ya tenemos el intento, pues niega al Cesar la sugecion, incurre en delito de lesa Magestad, y por aqui el mismo camina à buscar su muerte, y se condena por su boca. Con simulacion de controuersia fueron aora à que el soberano Maestro decidiera la question, paliando sus intenciones, que eran de allar motivo en sus palabras para echarle mano por sedicioso, y ombre que se oponia à la Regalia del Cesar. Los q̄ antes como enemigos se aborrecian, y opuestos en sus dictámenes cada vno procurava azer gente de su vando, aora se vnẽn. Poderoso imã trae consigo vna maldad para conciliar voluntades, ò puestas con inclinacion à obrar perversamente. Lo q̄ el bien no puede conseguir, ni adelantar en ellos, esto cõsigue el deseo de perpetrar vna desdicha. Sobrado de lengaño fuera para vnos, y para otros, en que se mostrara la poca justicia de sus pre-



procedimientos, el poner la consideracion à que los que roman por acompañados, ni àn sido jamás sus amigos, ni àn procedido bien en sus obras: y ciegos de la passion aora los mirà como buenos, aora disimulan lo pasado, se dan las manos à la vnien, se visitan, y celebran, porque la maldad que quier obrar, es el norte q̄ influye en sus movimientos, y regula sus acciones. Olvidados de Dios y de su santa ley, se esfuerzan, se conbidan, y sus alientos todos duran todo lo q̄ el calor de su mal obrar.

Todos juntos llegaron à Iesu Christo, y para tenerle grato antes, le dizen: Maestro, ya sabemos, que eres onbre de verdad, y justicia, que enseñas desnudamente el camino del Cielo, sin aceptoracion de personas, ni para tus doctrinas miras, ni temes el ceño, ni agrado de ninguno. Conociendote así, venimos à que dès tu parecer en esta question en que fluctuamos todos. Dinos si es lícito, y de justicia pagar al Cesar este tributo q̄ cobra de nosotros.

Con lisonja introducen la platica los enemigos, pareciendoles que el medio mas suave, y la pildora mas amarga, se aze facil con este oro. Las esperiencias se ven cada instante en los onbres, que con vna palabra que les diga de su abança, facilmente se reducen à lo que les ruegan.

Poca vmildad tienen en sí, ò son tan tardos de entendimiento, ò soberbios, son tardos, sino conocen que es lisonja quanto les ablan, son poco vmildes, sino se miran, son sobervios, apeteciendo aquella gloria que les dan, q̄ solo consiste en las palabras, y estas ijas del interes, y deseo de lograr. Es tan poderoso este veneno de la lisonja, que el que mas lo conoce en otro, y lo vitupera, mas se ciega. Para mirarlo en otros, tienen la vista aguda, para conocerle en sí, les falta, y ellos mismos, que mas mal ablan de quien à el se rinde, son quien primerò se dexa derribar à la primera palabra. Es crencia esta enfermedad, que con el ser ojos de



de Adan, la contraxo todo el linage humano: Biẽ conosciò el demonio la eficacia de el veneno, quando à nuestros primeros padres les dixo, q̄ porque Dios les auia proibido comer del arbol de la ciencia del bien, y del mal. Y q̄ serian como Dioses comiẽdola. En la primera palabra les quiso persuadir nobleza; y que Dios no auia de obrar con ellos de aquel modo. En la segunda les promete deidad. Con esta inuestiua los reduce, y los derriba. Si no apartaran el conocimiento de si mismos, y pues acabavan de salir formados de la mano de Dios, se acordarã del beneficio, pues tan poco antes le auian recibido, y miraran la tierra de que auian sido formados, conocieran la distancia grande que auia entre si, y las promesas de el demonio, y con su conocimiento proprio, y con el lodo de que auian sido formados, cerraron la puerta por donde iba entrãdo la lisonja.

Conociò Cristo S. N. la tentacion destes enemigos, y les respondiò mostrando

en sus palabras asi su conocimiento, como la maldad con que venian, y les dixo: Para que llegais à mi con esta tentacion? Mostradme vna moneda de esas para verla. Mostratõ feta, y aadiò entonces: Esta imagen, y letras que tiene cuyas son? Sõ del Cesar, le respondieron. Pues bolued al Cesar lo que es suyo, y à Dios lo que es de Dios. Con esta respuesta los dexò confusos, viendo q̄ auia respõdido en vna palabra, desatando la duda sin agrauiar à nadie, ni dexar puerta à sus maquinas, con que desvanecierõ sus intentos, y ya por entõces nõ allaron ocasion de executarlos,

#### EXENPLO I.

Bolued al Cesar lo que es del Cesar les respõdiò Cristo nuestro Señor, y à Dios lo que es suyo. Con estaleccion les dexò conpuestos en su duda por allar ocasion de quitarle la vida. Castigados se bolvieron cõ la respuesta, porque en ella manifestò el Señor, les auia conocido la



pregunta. El querer los ombres vsarpar la juridiccion q̄ no les toca, à sido sienpre el motiuo de muchos males en la Republica. Sufre el Señor muchas ofensas de los ombres, y quiere que estos con su exenpto se consuelen en sus trabajos, reservando para si el azerles vengados, bolviendo por los q̄ padecē, y castigando à los que mueren estas cismas. De vno, y otro se ofrece exenplo en esta istoria, en que se muestra la ambicion poderosa de algunos ombres à los supremos puestos de la republica, las turbaciones que en ella àn causado, y el miserable fin que àn tenido.

Año de mil ciento y cinquenta y nueve pasó desta à mejor vida el Papa Adriano Quarto: y el sacro Colegio de Cardenales se encerraron luego en su conclave à elegir sucesor en el oficio, y suprema cabeça de la Iglesia à 4. de Setiembre del mismo año, se juntaron en el Vaticano. Muchos sugeros àuia muy dignos, en quien poner los ojos, pero divididos en dos fac-

ciones, cada vno pretendia para si tener Pontifice de su parte. La mayor parte de Cardenales eligió al Cardenal Rolando, del titulo de San Marcos, Canciller de la Iglesia Apostolica. Era natural de la Ciudad de Sena, insigne, y esclarecida por tantos santos, y Pontifices, como à tenido, y èl en si amabilísimo por sus prendas, y condicion. Era muy docto, liberal con todos, y prudente, con que al mismo tienpo que se mostrava à todos en su doctrina, prudencia, y eloquencia, los tenia à su devocion por su natural inclination à azer bien, pues auia pocos, ò ninguno à quien no viiese echo grâdes amistades, y beneficios. Merecieron sus virtudes vn Coronista, como el glorioso S. Bernardo, pues auiendole echo Cãiller su antecesor Eugenio, aũq̄ cõ palabras equiuocas lo profetiçò el Põtificado. En esta ocasion se allò en el Cõclauo Otaviano, Cardenal, titulo de S. Cecilia, q̄ ambicioso, y inquieto, pretendia ser Papa, y las voluntades



des de los Cardenales, que no pudo traer a si, ni la de Dios en especial, que no gustaua de que lo fuese, quiso cō violencia torcer, y atraer a si. Coronòse Rolando, y sellamò Alexandro. Tercero, fue su eleccion de notable gusto a todo el Clero, y pueblo Romano. Celebrada de todos, y aplaudida, que muchas vezes en esta aclamaciō vniuersal fue el Señor dar a entender el gozo que preuiene al mundo en algunas cosas: y el coraçon del onbre, en quien suele preuenirse la felicidad, ò desdicha, en su melancolia, y alegria anuncia lo que espera. Todo el gozo del pueblo Romano fue melancolia para Otaviano: auia pretendido mucho el ser Papa, y como viò que aora se le iba el Pontificado de entre las manos, las moviò con toda violencia, para ponerse en la Silla. Tenia otros pocos Cardenales a su devociō, pocos, y con la expectatinade q̄ por su medio, auian de cōseguir cosas grandes. Eran los principales Iuā Presbytero, Car-

denal del titulo de S. Martin, y Guido, Presbytero Cardenal de San Calixto. Viendo todos postradas sus esperanças, no las perdiò Otaviano, porque apartandose con los de su sequito reclamò la eleccion de Alexandro, y los suyos, le eligierō a el, como si por su violencia uiera de ser Papa. Era Enperador en esta ocasiō aquel terrible enemigo de la Silla Apostolica Federico Segundo, llamado Barbarroja, que continuado aora los malos officios con que auia perseguido a los Sumos Pontifices antecedentes, y al Colegio de los Cardenales, diò calor a los disgnios de Otaviano, viòse en el dia de la coronacion de Alexandro vn caso, y vn exenplar notable. En este de vmildad, y en Otaviano de ambicion. Aquel ab tiempo de vestirle las insignias Pontificales resistirse a ellas, porque quisiera vmilde escaparse desta carga tan pesada, que como dize el S. Concilio de Trento, asta los mismos Angeles es formidable: y Otaviano tan soberbio,



bio; que viendole puesta la capa Pontifical, perdido, y ciego de colera, cerrò con el Santo Pontifice, y se la quitò de los ombres, y se la puso a si, mostrando en esta accion, ò estar endemoniado, ò loco.

Bien previno el lance que avia de suceder, pues porque no le faltase capa, como si en ella consistiera la dignidad, dispuso, que vn Capellan suyo traxese otra escondida. A tan desafortada accion llegaron los Cardenales, y se la quitaron.

No por eso desistió del intèto, q̄ desbolviendo el Capellan la q̄ traia oculta, se la vistió à su amo. A este punto entraron en la Iglesia de San Pedro multitud de soldados, que tenia prevenidos, por medio de algunos Senadores de Roma, à quien con larga mano tenia bien grangeados, y ayudado tambien de otros muchos que eran aficionados al Enperador Federico, y sentaron en la Silla à Otaviano, y retiraron à Alejandro con los suyos.

Podia Federico solamente meterse en las cosas que le pertenecian, como Cesar, y las de Dios, dexarlas à los ministros de Dios: pero esta fiera, que no descansava vn instante, no le dexava tener de reposo à la Iglesia.

Fuese retirando el Santo Pontifice con sus Cardenales al Castillo de Sant Angel, y los soldados, que avian entrado à favorecer à Otaviano, como si fuitaran vna plaza de vn enemigo, así le fueron poniendo cerco, que por diez y ocho dias le padeciò, como si fuera de Turcos, ò creges, cerrandole las puertas puertas, para q̄ no pudiera salir. Pareciòle à Otaviano, que la carcel en q̄ el Papa, y Cardenales estavan, no era carcel, y la fue estrechado, de modo, q̄ su lugar de respirar no tenía. Era Otaviano natural de Roma, muy noble, descendiente de los Condes de Tuscia, à quié favorecian, no solo sus deudos, y amigos, sino los amigos, y deudos de todos, porque era interesados en que



él fueſe Papa, y atraſtrados de ſu paſion, llevauan adelante lo que Otaviano avia enpeçado. Poco ſupene eſte ſauſto para Dios, q̄ ſabe del poluo de la tierra levantar exercitos para caſtigar à ſus enenigos, y aora para bolver por ſu legitimo Vicario, mouiò los animos del pueblo Romano, de fuerte, que teniendo le todos laſtima, y irritados por los atrevimiètos de Otaviano, à gritos, y à millares concurriã por las calles, llamando à Otaviano Erege, perturbador, y ſedictoso, facaron à ſu Santo Pontifice de la carcel, donde avia eſtado de ſde ſu Coronacion, aſta la Vigilia del Apoſtol San Mateo, y le puſieron en libertad. Fue vniuerſal en todos el gozo, viendo à ſu Paſtor fuera de las preſas del lobo, y aconpañado de toda la mayor parte de los Cardenales, Arçobispos, Obispos, Abades, Clero, y niñiſtros Ecleſiaſticos, y muchos nobles de Roma, le ſiguieron à las Niñas, Igleſia, algo apartada de la Ciu-

dad, donde el Obiſpo de Offia, ſegun antiquiſimo uſo de la Igleſia, le conſagrò en Pontifice Santo, y como à tal teaos le adoraron, y le dieron la obediencia.

No por eſto ſe turbò nada Otaviano, porq̄ue quedandole en Roma, ſus diligencias, andavan tan vivas como ſu entendimièto. Cõſervauaſe en la Igleſia de San Pedro, y no por eſo era ſu ſueſcor. Baſcava por todas partes Obispos, y Prelados, que traer à ſu devocion, y à ella ſolo eſtauan los dos Cardenales Iuan, y Guido, que le aconpañavan.

Sus parientes, y amigos trabajauan enazer gente de ſu vando, y gratificar Prelados, como ſi con eſto le diera mejor derecho, y ſobre todo baſcavan Obispos, que le conſagraſen en Papa. Nunca le falta al malo quien le ayude, ni à Otaviano le faltò aora vn Obiſpo de Maſi, que fugitivo, y deſterrado de ſu Igleſia, por cauſas grauiſſimas eſta-



va escondido en Ancona.

A este se juntò otro Obispo de Ferento, que enemigo de Alexandro, le pareció vengava su rabia llegarle al lado de Otaviano, como si el daño no fuera para sí, y en todo no buscara el precipicio de ambos. Antes avia acudido à la eleccion de Alexandro, bolvióse agora contra él, y oobre mudable, y vario en sus acciones, manifestava su poca prudencia, y otro Juan Tusculano, estos tres le execraron, más que le consagraron, llamándose Víctor.

Sentia el Papa Alexandro, como Padre, los males que a sí, y à la Iglesia buscava Otaviano, y ya le era fuerza proceder contra él, como cismatico, y turbador de la vnidad de la Iglesia.

Enbidle à notificar de sítiense de su locura, y sabiendo, que queria asimismo consagrarse, le auia de excomulgar à él, y à todos los que le ayudasen, y comunicasen en es-

te deliro. Pasado el término, y no mostrándose arrepentido à su locura, à sí à él, como à sus sequazes los declaró por excomulgados publicos. No por esto se dava por vécido, antes si aviendole llegado los cinco Cardenales, despacharon cõtra Alexandro cartas por toda la Cristiandad, tan llenas de falsedades, q̄ parecia fuerlas dictado el demonio. Y como si por excomulgar él al Papa viera de serlo, ò por aquellos disparates viera de adquirir la potestad, y jurisdiccion, así mismo pronúció cõtra él, y contra todo el Colegio de Cardenales, y qualesquiera personas que le siguieran, sentencia de excomunion. Allauanse con Alexandro veinte y dos Cardenales, en numero, virtud, justicia de causa superiores de los quales eran cinco Obispos, ocho Presbyteros, y nueue Diaconos, q̄ eran todos los q̄ auia en la Iglesia entonces, fuera de los cinco cismaticos q̄ acompañauan al Antipapa. De-



cretaron escriuirle al Emperador Frederico, dándole noticia de lo que pasaba, y así mismo quejándosele del Conde Oton Palatino à quien él auia enviado, no solo para molestar al verdadero Pontífice, y Colegio de los Cardenales, sino para que toda la tierra de Campania, y patrimonio de San Pedro allanase à la deuotion, y obediencia de Oruiano. Muchas vezes àuido cisma en la Iglesia, y los Antipapas que se leen en las istorias, àn tenido à su parecer alguna razon para la pretensió, y su injusticia àn procurado darla à entender, onestandola por algun modo: pero pretensio como esta mas violenta, mas sin razon, ni sin parte alguna, por donde poderla onestar, jamás se à visto, sino era queriendo vn onbre claramente tirauizar el Pontificado, y causar estas inquietudes, y division en la Iglesia de Dios.

Permitió su Magestad

entonces, para la paciencia de los Catolicos à Frederico Barbarroja tan soberbio, y inobediente à la suprema cabeça de la Iglesia, como todos los Istoriadores publican. Al abotrecimiento que siempre tuvo à los verdaderos Pontífices, y à Alexandro se juntò el amor que tenia à Oruiano, no sería por sus prendas, ni persona, sino porque auia quien le diese gusto en levantar cabeça contra el Pontífice, y causar estas inquietudes.

Estas dos cosas le tenían tan asido el corazón, que yendo agora los Embaxadores de parte de Alexandro à ablarles, los recibió con el desprecio, y vilipendio que pudiera el gran Turco por ser Cristianos. Pretendia Alexandro reducirle à q̄ le obedeciese como à verdadero Papa, y no fauoreciese à Oruiano, tocándole en el alma con estas proposiciones.

Llegaron los Nuncios que llevaban la Embaxada,

die-



dieronle las cartas, y colerico, y enojado, no solo no las quiso leer, arrojandolas con desprecio, y vilipendio, sino que dió orden para que los atorcasen luego al punto. Executara sin duda este sacrilegio a aquel Dañifera en los Obispos, que fueron a la Embaxada, sino se allanarían presentes los Duques de Baviera, y Saxonia. Tomaron la mano por ellos, representaronle la torpeza que cometia; pues aun el Principe mas barbaro del mundo, no executava semejante crueldad, que no hiziese tal, si quiera por su intercesion.

Que leyese las cartas, y respondiese a ellas lo que mas fuese de su gusto; o conveniencia. Pues los Principes que embaxadores, quando no consigian lo que pretenden por medio de ellos, les queda siempre la queixa, si a sus Embaxadores no se les guardan las preeminencias, y atencion que se deve a quien representa sus personas. Tales cosas le dixeron, que acon-

pañadas de la autoridad de sus personas, estorvaron la muerte.

Bolvieron a instarle, que les diese audiencia. Permitted que leyese las cartas del Sumo Pontifice, y Cardenales, pero a ellas no solo no quiso responder por escrito, y de palabra respondió tantos disparates, y locuras, como se podian esperar de vn enemigo de Dios, y de su Iglesia. Con esto se volvieron los Embaxadores: si a legres de aver escapado con vida de las manos de aquel tirano, bien melancolicos, por tantos males como amañava a la Iglesia; la resolución de aquel ombre, pues estava empeñado con todas sus fuerzas en anparar a Otaviano, y azer que todo el Orbe le tuviese por legitimo Papa, y arrimasen a Alexandro.

Para oñestar Frederico sus dañados intentos dezia q la pretension de Alexandro, y Otaviano, no podia resolverse, sino en vn Concilio, y que siguiendo las pisadas de los antiguos Emperadores



Teodosio Instiniano, y Carlos Magno, asimismo lo queria congregarse en Pavia. La autoridad de convocar à Concilio es priuativamente del Sumo Põtifice à quien como à suprema cabeça de la Iglesia, està cometido su gouerno, y si los Enperadores antecedentes le convocaron, fue instados de los Pontifices, que entonces necesitaua de sus socorros. Ellos lo procurauan para fauorecer, y anpliarla, y èl intentaua destruirla. No podia Frederico llevar en paciencia, que el Papa tuuiese dominio ninguno, y queria, que su eleccion dependiese del gusto de el Enperador, de forma, que el elegir los Cardenales fuese ceremonia, y su voluntad eleccion. Tiraua à certenar el estado de la Iglesia, y estos intentos le traian inquieto fediciõso, y enemigo capital del Pontifice, y Cardenales. Despachò sus convocatorias à todas partes para que se juntasen Concilio en Pavia para el dia 8. de la Fiesta de los Reyes, así los Prelados de su Imperio, como de los demás Reynos de la Cristiandad, citando asimismo al Papa Alexandro, y à Otauiano à que patesiesen en èl, para ventilar se la justicia de cada vno. Para esto embidò por sus Enbaxadores al Obispo de Praga, y Verdense à Anania, donde estaua Alexandro, que como contrarios suyos, y amigos del Enperador izieron bien el papel. Recibidlos en Conclave de Cardenales presentes muchos del Clero, y pueblo, y sin azerle corteçia ninguna, ni darle la obediencia, como à Sumo Pontifice, le dixeron lo que el Enperador les auia mandado, y era, que à èl, y à todos los Cardenales les mandaua pãterger en Pavia al Concilio para el dia señalado, para que oyessen, y obedeciesen lo que se decretase en èl. Turbaron se todos de oír tal cosa, y mas quando leyendo las cartas que traian, vieron, que Frederico quitaua à Alexandro el titulo de Sumo Pontifice, y solamente le llamaua Rolando, Cancellario, y à Otauiano Pon-



Pontífice Romano. Enpe-  
zaron aquellos grauísimos  
Padres à conferir en la res-  
puesta. Porque si se rendiã  
à su dictamen, era sujetar  
la Iglesia à la potestad ten-  
poral, de quien la izo li-  
bre Cristo nuestro Señor.  
Por otra parte conocian los  
muchos males que les ame-  
nazava vn Enperador po-  
derosísimo, tirano, y cruel  
enemigo de la autoridad de  
el Sumo Pontífice, y la Igle-  
sia. Con todo esto aquel Se-  
ñor, que tantas vezes afian-  
çò con su Santísima palabra  
el no desampararla, y asis-  
tirla asta el fin de el mun-  
do, les diò luz, y esfuerço,  
y así el Papa como el Sacro  
Colegio, se resolvieron à  
padecer qualesquiera traba-  
jos en orden à defenderla,  
y aunque fuese por medio  
de la muerte, y tormen-  
tos conservar sienpre la ju-  
risdicion, conque Cristo  
nuestro Señor la fundò. Res-  
pondiò Alexandro à los En-  
baxadores, diziendoles. Di-  
reis al Enperador, que èl  
no tieno autoridad para cõ-  
vocar Concilio, sin asen-

so del Romano Pontífice,  
ni jurisdicion, ni potestad  
para llamar à su Curia, co-  
mo Subdito suyo al Vica-  
rio de Cristo: pues Cristo  
Señor nuestro, cõcediò pri-  
uilegio à San Pedro, y por  
èl à su Iglesia Romana, el  
ser Iuez, y superior à to-  
das las de la Cristiandad, y  
ver, y definir sus causas, sin  
que ninguna Iglesia pueda  
juzgar las suyas, ni à su  
autoridad estar sujeta. Que  
en esta conformidad los  
Padres antiguos derrama-  
ron su sangre, y dieron la  
vida, por no azer esclava  
la jurisdicion que Cristo les  
dexò libre: y así mismo con  
la vida defenderemos lo  
mismo, pues à puesto el Se-  
ñor su Iglesia en nuestra  
mano, y nos corre la mes-  
ma obligacion que à los an-  
tiguos.

Con esto se despidieron  
los Obispos del Enperador,  
y fueron adonde estaua O-  
uiano, à quien adoraron co-  
mo à Sumo Pontífice pos-  
trados à sus pies, pudiendo-  
se dezir de ellos: *Reddite  
quæ sunt Cesaris Cesari, &c.*



que sunt Dei, Deo.

Irióse Frederico con esta respuesta, y dió priesa al concilabulo; pero por mucha que procuraua, le dilatò para el dia de la purificacion de nuestra Señora. Juntaronse solamente los Obispos del Imperio, y los de Italia de la jurisdiccion de Frederico. La voz era para aueriguar quien era legitimo Pontifice; y el intento de suprimir al legitimo, y leuatar al cismatico Otaviano. Pareció este en Pavia, como para meterse al juicio que se azia, y Alexandro preuino con censuras, excomulgando à todos los que se juntasen, declarando la junta por cismatica, y anulando todo lo que en ella se obrase. Cinquenta Obispos no más vinieron, y de Abades, y Prepositos de Iglesias, grande numero.

Corrieron las letras conuocatorias por todos los Reynos de Francia, Inglaterra, Vagria, Dacia, y de todos ellos no se movió ningun Prelado, ni aun de

el Imperio, ni Italia concurrecieron muchos, por la razon de que se auia conuocado sin autoridad del Papa, y que era para declarar por tal à vn cismatico.

Añtió à esta junta diabolica Frederico, como si su presencia uiera de dar justicia al acto. Y los Obispos, y demás Prelados, à quien auia conuocado, por no serle ingratos, y ponderando por mucha onrra el auerlos llamado, no quisieron enojarle en dezir la verdad, sino apoyar todo quanto él queria.

O que juicio de Dios tan terrible, y que penas ay, para tan malos Prelados, que auiendoles Dios cometido el gouerno de su Iglesia, de Pastores, se azen lobos, solo por complacer à vn Principe que se lo manda.

Como si los uiera de librar de los infiernos, y les tuuiera preuenida otra gloria, ya que no gozen de Dios. Por complacer à Frederico fuerõ callado todas las razones, y la justicia de



Alexandro, y aumentando, y dando cuerpo de aparente verdad a lo que dezian de Otaviano: Con q̄ cō facilidad le allaron canonicamente electo, y al verdadero Papa le declararon por no tal. Estos traydoresismaticos, que pena no merecian, causando tales desdichas en la Iglesia, y muriendo la condenacion de las almas.

Que razones pudieron allar, para tener à este Otaviano por verdadero Pontifice, quando no tuvo mas que dos votos, y mucha ambicion, y desaforadas diligencias, y à Alexandro, à quien eligió todo el Colegio, y forçado le izieron admitir, declararle por no Papa? Si ay vna constitucion del Papa Nicolao Segundo, prohibiendo, que la eleccion de Pontifice, no pueda azerse sin los Obispos Cardenales, y demás de eso, ay a de concurrir mas de las dos partes, y Otaviano solo tuvo vn Obispo Cardenal. Esta pudo ser eleccion? Si el Romano Pon-

tifice à de ser consagrado por el Obispo de Ostia, y las demás ceremonias que se requieren en la eleccion canonica no se allaron en Otaviano: como se dexaron persuadir del demonio, y cerrar los ojos à la luz, quitando en quanto à su intento à la Iglesia, su legitimo esposo, y declarando à Otaviano por Sumo Pontifice, despachando noticias por toda la Cristiandad de esto, dando motivo de rixa à todo el mundo, y irritando à los Catholicos, para que si los cogieran, los izieran pedazos, y declarando que Victor era Sumo, y legitimo Pontifice; y Alexandro por excomulgado, yismatico con todos los de su devocion.

Luego al punto aplicó Frederico el cuydado para que se obedeciese el Concilio, y el demonio que le tenaa por suyo lo azia obrar quanto pensava para destruir la Iglesia.

Si fue para azer poner en execucion los decretos de vn

Con-



Concilio Congregado, por el Espíritu Santo, y con asistencia del Romano Pontífice, y de la Sede Apostólica viera inconuenientes, y dificultades, y vn Conciliábulo que juntó el demonio, luego procura entablarle. Despachó vn Edito por todas las Iglesias sugetas al Imperio, que luego al punto viniesen todos los Prelados, à adorar, y dar la obediencia à aquel Idolo, que auia leuantado. Amenazó con destierro à todos los que no obedeciesen luego al punto. Enpejó en la Iglesia aora vna turbacion de las grandes que à padecido desde que Cristo la fundó. Vnos que no tuvieron valor para resistir al Edito de Frederico, recelándose mayores males, se romauan el destierro de ante mano, dexauan sus Iglesias, y se ausentauan. Otros que no quisieron desampararlas les hizo la violencia ausentarse, priuandoles de ellas, y puso en vnas, y en otras Obispos de la deuocion de Orauiano, y Cismaticos como el. Los escandalos, persecuciones,

lagrimas, sacrilegios, e fusión de sangre, q̄a esto se siguió, pedia vn libro entero. Con todo eso, no dexó Alexandro de amonestar, como Padre muchas vezes à Frederico, para que reconociese sus culpas, y cesase ya en tantas maldades, que estorbaba tantos escandalos, y restituyese a la Iglesia la paz, que cō sus turbaciones auia quitado. Pertinaz, y endemoniado en su dictamen, nunca quiso desistir de el. Vió que no remediana por bien cosa alguna, y como a enemigo, y perseguidor de la Iglesia, le declaró incurso en la excomunión de la Bula de la Cena En la Ciudad de Anania, à sus subditos absolvió de el juramento de fidelidad, para que no le obedeciesen por Emperador, priuole de el Imperio, y bolvió a renovar las censuras contra Orauiano, y los suyos.

Todo lo que no podian los Cismaticos conseguir de voluntad en los Principes Estrangeros, sollicitauan recoger con trazas. O como se distingue la mentira de la



verdad. Esta sin violencia se cree; aquella aun con sollicitudes, no se persuade, porq̄ el coraçon no asiente a ella con facilidad, y repugna al entendimiento. Solo Otanio, y Frederico eran los polos de esta maquina, y traian al Orbe rebuelto. Por medio de Embaxadores, cartas, regalos, amistades, ofertas ibã comprando amistades. Buena traza de Pontifice: y Alexandro que a nada de esto se movia sin fuerça, arrastraua las voluntades de todos. Cõ todo esto le pareció que era menester no fiarse tanto en su justicia, pues vemos que la malicia cree, y sabe darse a entender, como verdad, y los contrarios andauan à costa de falsedades, introducir su cisma en la Iglesia, escriuiendolas a diuersos Principes, y Señores de la Cristiandad. Para remediar este daño, determinò el Papa despachar a algunos Cardenales Legados, à algunos Reyes, y Señores, para intruïelos en la verdad de todo, y que no diesen puerta a aquellas maldades. Nombrò a algu-

nos, que viesesen a España, Francia, Vngria, al Emperador de Constantinopla, à Palestina, y Siria. Con esto estuyeron siempre como ijos Catolicos, y obedientes al Santo Pontifice Alexandro, à quien dieron la obediencia Luis Rey de Francia, y los Reyes de España, Inglaterra, Sicilia, Ierusalen, Vngria, Emperador de Constantinopla. Con todos los Patriarcas, Arçobispos, Obispos, y Prelados de sus Reynos. Solo se quedó en su maldad Frederico, à quien acompañan los Prelados compliçes en su maldad, que auian cõpues to aquel Cõciliabulo del demonio, y auergonzado de verse solo, sin tener de su parte Principe, que asintiese a sus maldades, que quando no vuiera mas motivo para conocerlas, que verse solo, y aborrecido de todos, y que el Papa, à quien perseguia le veneraua, y amaua todo el mundo, y al maldito de Otanio, nadie le azia caso, era sobrado para su desengaño, y conocimiento de sus culpas.



Declarado Otaviano por Papa en el conciliabulo, qui so Frederico exercer la juridicion que deseava, en que los Papas vudiesen de depender de los Enperadores, en su eleccion, y en todas las demàs cosas de su dignidad. No fue tan loco, que quiesse coronarle, pero fue tan atrevido, como, que cõ ceremonia solemne reconociese su dignidad, que emanaua del, y le puso vn anillo en el dedo. A tal Enperador, y tan malo, no se podia llegar, sino tal Pontifice. No tardò mucho la justicia divina en tomar vengãca de los enemigos, que tal desdicha auian causado en su Iglesia: y poco à poco enpeço à manifestarse, enpeçando primero por Arnoldo, Arçobispo de Maguncia. Este como mas cercano al Enperador en este negocio, por ser Principe, elector del Imperio, y que del depende la conseruacion de sus estados, quiso ser el primero q̃ por boiverle el rostro, bolvièsea Dios las espaldas, y a su legitimo Vicario. Des-

pues de auer acabado ya el cõciliabulo, llegando à su Iglesia, vispera de S. Iua Bautista, le quitarõ la vida à puñaladas. Estas fueron las primicias: despues se fueron siguiendo otras. Sintió notablemente Frederico este agravio porque perdia en el Arçobispo vn gran caudillo de sus maldades, y irritado con la Ciudad, mandò detribar por tierra sus muros, auiendo echo grandes castigos, aun en los que estauan inocẽtes del delito. Al mesmopaso quiso nuestro Señor confirmar con milagros ser verdadera la eleccion de Alexandro. Pues auiendo enbiado à San Pedro Obispo de Tarantasia, por Legado, para ajustar las pazes entre Luis Rey de Francia, y Enrique de Inglaterra, en aquellas tierras, donde azia officio de Legado, diò el Señor por sus meritos milagrosa salud à muchos enfermos, para manifestacion de esta verdad.

Asta el año segundo de su Pontificado estuvo el Papa Alexandro en Anania, en-  
tra-



trado en el pasó a Roma, y los Cismaticos, q̄ en aquella Ciudad no le dexaban sentar el pie, tampoco en su Corte le dexaron descansar. Bolvió a Canpañia, tierra de el dominio de la Iglesia, y allò el patrimonio de San Pedro, ocupado con las armas Imperiales, y de los Cismaticos. Considerò, que si volvia a Roma, tenia Frederico tomados los pasos de toda Italia, y cerrada la puerta a todos los fieles de su obediencia, que recurría a èl, como a legitimo Pastor; y para socorrerles como Padre, y que no padeciesen a manos de aquel enemigo, deliberò pasarse a Francia, adonde podian todos acudir sin riesgo alguno. Dexo en la sacra Ciudad por Vicario a Julio Obispo de Preneste, y vino con los Cardenales a Taracina a embarcarse donde le esperauan las galeras del Rey de Sicilia, que le auia enbiado para esto. Apenas entrò en ellas, y enpeçò a navegar, quando vn temporal terrible las izo voluer a tier-

ra, con tan recios golpes de mar, que izo pedazos los baxeles en las penas de la playa, aunque pudieron todos saluar las vidas, y la ropa. Calmò luego, dieron las carena con toda prisa, y cuidado, y dentro de breue tiempo, en las Otauas de Pasqua de Nauidad, bolvió a embarcarse. Llego con feliz viage a Genoua: recibiole aquella Ciudad con demostraciones de mucho amor, y reuerencia, aunque el Emperador tenia mandado lo contrario. Poca fuerza tiene el demonio, donde Dios obra, y buelue por su causa. De allí pasó a Francia, donde tuvo aun Principe Moro, que venia de parte de su Rey Maometano por Embaxador. Pufose de rodillas para ablar al Santo Pontifice, y con toda vmildad, y reuerencia izo los oficios de su embaxada. Recibiole el Santo Pontifice, con demostraciones de gusto, y aziendole singulares mercedes, entre los demás Principes, y señores que venian acompañañdole. Parece caso ordenado con



especial prouinencia , para confuſion de Frederico , y de los Ciſmaticos , ver aun Rey barbaro embiar ſus Embaxadores a darle reuerētes embaxadas al Vicario de Criſto, al paſo que vn Principe Criſtiano le traia tan perfe- guido, y a toda la Igleſia pueſ- tā en tal miſerable turba- cion, y anguſtia.

La mala conciencia es, quien al pecador le azota con caſtigos mas ſenſibles, quanto menos ruidosos: y el vermis que eſtā royendo el alma, le es mas tormentoſo, quanto le acufa ſus meſmas culpas, no que otro le dize, ſino que el miſmo ſabe. Via- ſe Frederico ſolo, y deſanpa- rado de todos , cargado con vn Papa, que como fantasma auia leuantado, que todos hu- yan de el, y ſe via obligado a adorarle ſolo, llevarle, y ſuf- tentarle. Quando ya no le fueſen ſenſibles los gaſtos; la confuſion que padecia, no le era muy ſuauē. Quando juz- gò, que todo el Orbe ſiguie- ra ſu dictamen , ſe allò ſolo; y quando pensò arrogarſe a ſi, la juridicion de que los

Pontifices Romanos vnieſen de eligirſe por el , y eſtarle en todo dependientes, y dar- ſe a conòcer a todo el mun- do, por mas glorioſo que to- dos los Emperadores , ſus predeceſſores en que auia cò- ſeguido vna coſa intentada, ni conſeguida de ninguno, no vuo onbre que le ablaſe palabra, y el quedò confuſo, y auergonzado en ſus inten- tos. Ya le peſana muchas ve- zes de auerſe pueſto en ello, y como fuera facil el conpo- ner el quedar bien a viſta de el mundo, con no proſeguir en lo comēçado, y alçar ma- no de tātas reboluciones, lo viera de muy buena gana. La materia de eſtado, y reputa- cion diabolica de auer en- peçado, le enpeñaua en pro- ſeguir. Coſa que ſuele empe- ñar a muchos , para irſe al infierno. Quieren en eſtas ocasiones mas ſu credito, q̄ ſu alma, por no voluer atras, no les es inconueniente atro- pellar la ley de Dios, tropieçan en mil ofenſas ſuyas, y peccados orrendos , miran auierta la boca de el infier- no, que los espera para tra-  
gar.



garlos, y quieren consolarse en su euidencia, con que en Dios ay misericordia, que le pedirian perdon a la ora de la muerte, y así quedará todo conpuesto; de suerte, que no ayan retraydose jamás de sus maldades, que ayan seguido sus pasiones, que ayā atropellado tanta justicia, q̄ se mueren, y se van al Cielo. Con este engaño los trae el demonio ciegos, y adormecidos a tantos golpes, como el Señor les da, para q̄ dispierten y cierran los oydos, para no sentir sus voces, ni enmendar sus yerros, astra que de repente logrā fataná quanto a obrado por su medio, y se allan en las tinieblas eternas, en pago de la luz que despreciaron, ya que cerraron los ojos.

Aora para conponer todas las cosas, le pareció a Frederico dar en vn medio, que era elegir otro Pontifice, para dar a entender al mūdo que ni se atribuaua a Otobiano por passion, ni queria reprobar a Alexandro por Odio, y que por evitar los males que se originauan en

la Iglesia de esta diuision, aziendo otro Pontifice se conpondria todo. No le ponía el demonio medio ninguno, que no executase, y este era peor, que los que auia echo antes. Callò este animo, y escriuiò al Rey Luis de Francia, que los deseos q̄ tenia de la paz de la Iglesia, lós mostrase aora en ayudarle a conponerla. Que para tomar expediente en ella, se iziese vna junta en la Ciudad de Auñon, que está en los terminos de Alemania, y Francia, donde el traería a Otobiano, Luis traxese a Alexandro, y en concurso de los Prelados de Alemania, Italia, y Francia se tomase acuerdo en lo que se auia deazer. Para esto enbiò sus Embaxadores al Rey, que prometió deazerlo, aunque izo la cuenta, y la ajustò mal, porque no supo la resolucion de el Papa, antes de dar el sí. Por postre ya determinado el dia, vino el Emperador a Auñon, acompañado de los Reyes de Dacia, y Vngria, y Boemia, gran multitud de sus Principes, y con grau exercito.



cito. El Rey de Francia cōcurrió con los grandes de su Reyno, Obispos, y Prelados: de camino entrò por donde estaua Alexandro, y le pidió se viniese con èl. Resistióse el Santo Pontífice con gran valor, diziendole, que era cosa indigna; y omnimodamente repugnaua à los Decretos de los santos Padres, que el Romano Pontífice pareciese à ser juzgado de ombres. Por lo qual no tenia intento de salir de su casa. Pues para mostrar que su eleccion era canonica, y ser legitima cabeça de la Iglesia, bastaua enbixar à algunos Cardenales, para que la demostrasen, y que para esto señalava cinco del Sacro Colegio. Con esta respuesta, y con ellos prosiguiò el Rey su viage à Auñion. Ya tenia Frederico auiso de lo q̄ pasaua, antes q̄ el Rey llegase. El, y Otauiano juzgaron era azer burla, y declarada oposicion, y le despachò Embaxadores q̄ le cogiesen en el camino, que exandose de que no estaua a la palabra, y juramento que auia

echo. Que èl por sí la auia cumplido en todo, y que el Rey la auia asimismo de cumplir. Terrible encono de apostema, que auia de rebenotar con mortales guerras, y horrendos males, ò el Pontífice auia de venir contra su voluntad, y contrato de derecho. El Francès se viò cogido por la palabra. Parò en el camino, y despachò gente al Papa diziendole, que la paz vniversal de la Iglesia consistia en su venida, y la auia prometido, entendiendo, que no reusaria aquel viage, como quien la deseaua, y deuia procurarla. Que el Enperador le arguia con razon, para el cumplimiento de lo que auia prometido, y que para que se conociese no avia fraude de su parte, pondria su Real persona en sus manos, y se entregaria en reenes, asta q̄ su Santidad viniese a que estos negocios tomasen forma, que esperaua salir presto de estos cuidados cō su llegada, que por oras le quedaua con el deseo de ver,

Terribles trabajos ame-



maçavã, y el S. q̄ sabe cōsolar à sus siervos en el hãçe mas apretado, y sacar el remedio de la mayor desesperacion: dispuso aora el negocio, de suerte, que desapareciò este nublado, y quedaron todas estas armaduras desechas, como el vno con el viento. Supo el Rey de Inglaterra el aprieto en q̄ se allaua el Rey de Francia, y al punto mandò embarcar vn grueso exercito q̄ por la poca distancia de vn Reyno à otro con facilidad pudo conducirle à la disposicion de su necesidad, viniendo èl en persona à gouernar las armas.

Quien dixera, que vn Reino tan Cristiano, como el de Inglaterra, que era escuela de santidad, se auia de trocar en escuela de Eregias, y dos ijos obedientes à la Iglesia, auian de pasar à ser los mayores enemigos de la autoridaridad suprema del Vicario de Cristo! A este mismo tiempo se allò Frederico con su exercito, pereciendo de adbre, esterilizòse la tierra, de forma,

que de ninguna parte allavan focorros, y el cuerpo cõpuesto de varios vnores, desde luego enpeçò à señalar pintas de enfermedad de motines en los soldados por adbre, y malas pagas.

Quiso aora Frederico lo que era necesidad de bolverse darle viso de agrauio, y el temor, y imposibilidad de ajustar sus pretensiones por el Papa, y fuerças vnidas de Inglaterra, y Francia contra si, despachò à su Canciller al Francès, diziendole, que a ningunos Prelados de la Iglesia pertenecia la eleccion de Sumo Pontifice, fino à aquellos precisamente q̄ estavã sugetos al Emperador: y asta dõde se estèdia la jurisdiciõ del Imperio Romano, no les tocava juzgar en esto, sino cõcurrir para estar, y obedecer à lo q̄ el Cesar resolviere cõ sus Prelados en la elecciõ del Papa. Que no queria esperarle, por no azer cõtècioso lo q̄ tocava à su dignidad, ni dar lugar à q̄ dos Obispos de Francia q̄ le acõpañavã, pretèdiesen con los suyos igualdad en este articulo. Q Respõ:



pondiòle el Francès, que èl, y los suyos eran del rebaño que Cristo N. S. avía encomendado a San Pedro, y a sus sucesores. Esta respuesta diò tan sola à sus Embaxadores, à quien despachò luego al punto, aziendo poca estimacion dellos, como ministros de vn enemigo de la Iglesia Catolica. Con todo eso, por lo q̄ podia suceder fortificò las fronteras de su Reyno, y se bolviò acõpañado del Rey de Inglaterra à lo interior de la Fràcia. Antes auian estado discordes ambos Reyes, y cõ la poca vnion q̄ siẽpre à uuido en ambas Coronas, y Dios para castigo deste mal Enperador, y confusion suya juntò en vno las voluntades de ambos que casi competian en venerar al Vicario de Cristo. Llegò à sus pies Enrique de Inglaterra, y le adorò con la reuerencia q̄ se deve al Vicario de Iesu. Cristo. Teniale el Papa preuenida silla donde recibirle despues de su adoracion, y Enrique mostrando su deuocion, y rendimiento, no solo no la quiso, sino se

sentò en asiento muy baxo, y mandò à sus grandes iziesen lo mismo para mostrar tâto mayor veneracion al Papa, quantò mas vmildad tuuiese en su presencia. De allí pasó a Furs, dõde se detuvo muchos días, esperando el fin destas revoluciones. Quiso Alexandro ser Padre entre ambos Reyes, pues como ijos le asistian, y conpusò sus antiguas diferencias, sentando pazes, y concordia entre ambos, q̄ durò poco. Al tiempo de montar el Papa en su cavallo, llegaron ambos Reyes à tenerle el freno, y el estribo. Prodigio nunca antes, ni despues visto, pues aunque muchos Enperadores lo ayã echo, no otra vez antes, ni despues dos Reyes tâ poderosos, tan enemigos, y agora tan amigos, y obedientes à la suprema dignidad, y cosa con que nuestro Señor quiso reprender las maldades, y cisma de Frederico.

El idòlo que Frederico auia leuantado en Orauiano le seruiã de señuelo para en ganata todo el mundo, y a la sombra de su Pontifice:



malvado uſar de ſus tray-  
ciones. Deſeava con gran-  
des eſfuerços quitarle el  
Reyno de Dania, ò Dacia a  
ſu Rey Vvaldemaro, y para  
mejor disponerlo, le enga-  
ñò con falſa capa de piedad,  
diziendole el derecho que  
Otaviano tenia al Pontifi-  
cado, que le ayudafe en eſ-  
to à poner paz en la Iglesia,  
pues era officio de los Prin-  
cipes Criſtianos, que tenia  
determinadas aquellas viſtas  
en Auñon, donde concúr-  
rian muchos Reyes, y q̄ no  
faltafe a ellas. Creyòſe el  
Rey. No puede vn ombre pre-  
venir todos los lançes, y vn  
traydor mas ſe adelanta en  
pensar maldades, q̄ el bueno  
en prevenir las. No faltaron  
perſonas q̄ ſe lo auſaron, y  
entre ellos Abſalon ſantiſi-  
mo Prelado, y Obiſpo de  
Rochilde, diziendole q̄ atē-  
diſe a las maldades del En-  
perador, q̄ no auia que fiar  
dél. Muy temprano tuvo los  
auiſos, pero aſta q̄ bien tarde  
tuvo el deſengaño no quiſo  
perſuadir ſe. Vino con grāde  
acompañamiēto, y Frederico  
deſde Inego le prometìo la  
Eſclauonia por el Reyno de

Dania, ò q̄ le pagafe tributo,  
como a feudatario del Inpe-  
riò. Bolviò Abſalon a eſcri-  
virle, no conſintieſe en coſa  
de Otaviano, conociò ſus  
maldades, y ſe retirò a toda  
prieſa. Celebrò Alexandro  
Concilio general en Turs  
de Francia, donde aſſiſtieron  
17. Cardenales, 124. Obiſ-  
pos, 400. Abades, y otra in-  
finidad de Clero Regular, y  
ſeglar. Entre otros inſignes  
Prelados aſſiſtiò S. Tomàs  
Cantuarienſe. Mandò el Pa-  
pa azerle vn recibimiēto ja-  
màs viſto, q̄ ſalieſe todos los  
Cardenales fuera de la Ciu-  
dad a ſu llegada, quedādole  
cò el ſolos dos q̄ le aſſiſtiã. Cò-  
curriò à eſte Synodo Còra-  
do Arçobispo de Moguncia,  
pariēte muy cercano del En-  
perador, q̄ no queriēdo aſcē-  
tit al cisma de Otaviano, ſin  
ſaberlo Frederico, ſe vino  
cò el legitimo Papa, q̄ reci-  
biò cò grande amor, y deſ-  
pues izo Cardenal, y Obiſpo  
Sabinenſe. Bolviò Alexandro  
à renouar la cenſura còtra  
Otaviano, y ſus ſequazes, y  
izo muchos decretos ſaluda-  
bles en fauor de la Iglesia, y  
condenò las eregias q̄ ſe avia



leuado en Tolosa, y en la Gascuña. Cinco años auia pasado Otaviano en estas inquietudes diabolicas, y como si jamàs viera de morir, así se cōservaua en ellas sin cuidado. Llegatōsele los dias de su muerte; pero nunca el conocimieto della. Tenia echa Corte, y asiento de su fantastica silla en la Ciudad de Luca, donde acudiã todos sus devotos cismaticos, y enemigos del Romano Pōtifice. Miercoles despues de Pasqua de Flores del año de 1164. con su fin se le acabaron sus tramoyas.

Quince dias antes le diò vn frenesi, que ni de si, ni de Dios se acuerdo, y quando deviera conuertirse, y pedir misericordia, lo q̄ menos le ocurria, era eso, y lo mas que pensaua, era en como durar en aquella tramoya. Algunos dizen, que llamò vn Sacerdote Catolico, para confesarse de sus culpas, y sus criados cismaticos como èl, se lo estorvarō, para q̄ así le faltase este cōsuelo, pues tãto auia perseguido à la Iglesia. Murid, y fue en su inpenitēcia à reci-

bir el pago de sus cismas, y inquietudes. Quisierōle enterar en la Iglesia Cathedral de aquella Ciudad, y los Canonicos della lo estorvaron, no queriendo cōcederle Eclesiastica sepultura, como à excomulgado, cismatico, y miembro cortado del cuerpo de la Iglesia Catolica. Los ministros del Emperador, y los criados de su familia, le llevaron à vn pobre Monasterio de Monjes, q̄ oprimidos de la violencia, y amenazados de parte de Frederico, consintieron se enterrase en su casa, y así acabò con este deseredito, y miseria, la ambicion, y fausto de aquel miserable onbre, clamando contra èl todo el orbe, y juzgando sus escandalos merecedores, no de vno, sino de todos los tormentos del infierno.

Los dos malos Cardenales sus fautores Guido, y Inã, viendo aora solos, y sin Papa verdadero, ni falso no sabian q̄ azerse. Quisierã reducirse al verdadero rebzño, estauã excomulgados, y privados de su onra, y dignidad, esta auian de perder, ellos



quisieran que los bolviera el Papa a admitir, sin acordarse de lo pasado, con q̄ pretendiã allarse en su quietud, seguridad de cõciencia, y dignidad, despues de aver alborotado la Iglesia, y causado tantas desdichas; pues Otaviano nunca vuiera sido peor, si ellos no vuieran sido malos. Desesperados ya deste intento, añadiẽdo pecados à pecados: Izieron junta, assi de los Clerigos cismaticos, como de los seglares q̄ auian concurrido de Italia, y Alemania à la muerte de Otaviano. Entre todos eligieron por Papa à Guido, à quien llamaron Pasqual III. y èl muy contento con su nueva dignidad despachò sus nuncios al Enperador q̄ estaua en Alemania, pidiendole q̄ se siruiese de confirmar su eleccion. Otro tanto gozo recibìo Frederico, viendo, q̄ tenia Capellanes tan obedientes, y sugetos, que en vna cosa como esta, le obedecian tan a medida de su gusto. Confirmò su elecciõ, y izo juramento sobre los quatro Euangelios de Iesu

Cristo, q̄ a Guido, y a sus sucesores tenia, y tendria por Papas Catolicos, legitimos, y verdaderos, y que à Alexandro, y à los suyos desecharia, como cismaticos, y intrusos en la Silla Apostolica, con q̄ quedò muy vfanos, y el nuevo Antipapa fatisfecho, de que era Pontifice, como si para esto bastaua querer serlo la eleccion de Clerigos, y seglares, y la confirmacion de Frederico.

Supo el Santo Pontifice Alexandro la muerte de Otaviano, y llegò à noticia de los Cardenales, que con regocijos la celebrauã, alegrandose de que ya vuiese acabado tan cruel enemigo. Llorò como Padre tan miserable fin, porque la muerte del alma, que a de durar para siempre, y la infelicidad eterna, no ay lagrimas bastantes, para que publiquen el dolor. Quando Dauid devia alegrarse, segun lo vmano, y politico, porq̄ vn ijo rebelde, q̄ le queria quitar la Corona, auia acabado, y con su vida, sus inquietudes, enpeçò à llorar amar-



gamente, porque a la muerte del cuerpo, se le seguia la del alma, y no era tanto el gozo de que le faltava vn tirano, como el sentimiento de que se auia condenado aquel alma, y que sin declinar de sus pecados, ni arrepentirse dellos, auia la fatal guadaña cortadole los ilos de la vida. Con graue reprehension corrigiò su gozo Alexandro, y mouiò a todos a sentir lo mismo que èl, como Padre sentia.

Aumentava Dios cada dia el sequito de su Vicario, y crecia la envidia, y rabia mortal del Enperador. Todo quanto azia por sus Antipapas en odio de Alexandro le parecia eta fortificar mas su dictamen, como si por añadir nueuas causas de su condenaciõ vuiera de mejorarse en sus locuras. Bastaua la q̄ auia permitido en la eleccion del segundo Antipapa, sobrava el auer jurado el tenerle por Catolico. Aora quiso echar el resto en azer vna junta en Wirtzburg, por otro nonbre Frbioli, en la fiesta de Pentecostes, y inie-

ron a ella todos los Principes, y Prelados del Inperio, y quiso que le diesen la obediencia à Guido, y los ausentes, asi Ecclesiasticos, como Seglares, suplicen por poderes lo que faltaua a lo personal. Boluiò a azer juramento, puesta la mano sobre las reliquias de los Santos, de tener sienpre a Guido por legitimo, y reprobar a Alexandro. A si mismo izo, que los Principes electores jurasen, de que en muriendo èl, no admitirian, ni darian sus votos para Enperador a ninguno que fuese de la obediencia de Alexandro, y sus sucesores, sino de los de Guido. Muchas violencias vuo en esto, muchas tiranias intervinieron, con vna firma de cada vno saluaua su vida, quedando los coraçones auersos à lo q̄ señalava la pluma. Con esta se librauan de la tirania del Enperador, y con aquel atendian sienpre à que en librandoles Dios de lo q̄ padecian con aquel mal onbre, abraçarian la obediencia de Alexandro, à quien solo Frederico repugnaua,



y la lisonja de los que mas cercanos le assistian.

Todo lo que no era tirar à la raiz, le pareció à Frederico andar por las ramas, y que era toda guerra entretenida, todo el tiempo que durava Alexandro con la vida, ò con la filla en Roma, y no poner en ella a Guido su deuoto. Emanuel Emperador de Constantinopla, y del Oriente, deseando la vnion de su Iglesia con la Latina, juntamente deseava la del Imperio Occidental con el Griego, y auiendo priuado del Alexandro à Frederico, traxo copiosa armada para enpeçar la conquista. Auia tomado la Ciudad, y puerto de Ancona, de dōde toma nonbre aquella Prouincia, y encaminò à ella Frederico su exercito, para derribar dos enemigos de vn golpe. Izo que pasasen algunos Principes con sus tropas por la Toscana, à dar calor à Guido, los quales de camino atraxeron a la obediencia de Guido à muchas Ciudades de Italia. Los robos, sacos, muertes, in-

cendios, y desdichas que en todas partes izieron con su exercito, son iguales, y aun mayores à las que en otras ocasiones àn echo contra la Iglesia, y los fieles, sus mayores enemigos. Llegaron à poner sitio à Roma, para prender al Papa, y no lo pudiendo conseguir, compraron con el dinero las voluntades, y deuocion de muchos Romanos para su Antipapa, y excomulgado Emperador.

El general del exercito Imperial Raymon Conde de Toscana. Auiso à Frederico el poco efecto que azia, y le embiò grandes socorros de armas, gente, y bastimentos, con que diò vna cruel batalla a los Romanos en que les degollò infinita gente. A la voz de estar las armas Imperiales con vitoria, no vuo pueblo, ni Ciudad, que no se esforçase. Tan poderosa es la fortuna, que sienpre el vulgo fauorece la parte del vencedor, aunque sea malos, y la del vencido, aũ bueno, huye della, y se desanpara. Con esto cobrò ani-



mo Raymon, para poner de veras el sitio à Roma, y Frederico dexò a Ancona, y corrió allà con toda presteza, siguiendole su exercito que tenia consigo. Diòle terribles combates al Castillo de Sant Angel, y no pudiendole rendir, arrojò fuego à la Basilica de San Pedro, para abrafarla, y à los soldados que a ella se auian acogido, para fortificarse. Como Cristianos, primero quisierò que lo pagasen sus vidas, q̄ ver arder lo sagrado: pues ya auia visto reducida à zénizas vna Iglesia de Santa Maria alli proxima, con que se entregaron con la Fortaleza à merced del vencedor. El S. Pontifice, conociendo el riesgo, se salió del Castillo, y recogió à vna torre fortissima, llamada de Frangipane, dentro de la Ciudad. A ella llegaron Embaxadores de Guillermo Rey de Sicilia, con quienes le enbiaua dineros, y galeras, para su defensa, y para ponerse en salvo. No quiso el S. Pontifice bolver las espaldas a sus ovejas, dexandolas en manos

del lobo, ni desanparar à su Esposa, sino padecer alli el vltimo peligro. Tomò el dinero, con q̄ regalò a los Romanos q̄ fielmente le seruiã, y despidiò la armada, inutil de aprouechar en aquel tiempo, y ocasion.

El sitio q̄ Frederico tenia puesto à Roma, solo seruia de gastar le à èl la gente, pagas, y bastimento: porq̄ en lo demàs se resistian con grande valor, y sin esperança de tomarla. Auer venido à Roma con tan grueso exercito, y leuantarle, sinazer alguna faccion de importancia, le pareció cosa afrentosa, à q̄ tanto mas estaua enpeñado, quanto todo el mūdo le auia visto andar tantos años en este negocio, sin fruto: à que deuia aora corresponder el fin, pues nunca, como aora, auia estrechado: se tanto en èl. Por fuerça no podia obrar nada, y por trazas pretediò conseguir, para echar voz despues de que sus armas, y autoridad lo auian ajustado.

Introduxo platicas con los de la Ciudad, que su ani-



mo era buscar con la guerra la paz à la Iglesia, que Alexandro tenia tiranizada con su cisma, y originava aquellos daños: y para ponerles fin, que iziese renunciacion del Pontificado: Guido arria lo mismo, y se eligiese vn tercero. Renunciando cada vno la parte que tuviese, se aclararia la justicia en el nuevo electo, y tendrian fin aquellas inquietudes. El animo era asegurar con esto al Pontifice, y poderle echar mano, para quitarle la vida, desterrarle, ò ponerle en prison perpetua, ò azerle que renunciase, para que derribado Alexandro con justicia, ò sin ella, levantar a Guido, y de qualquier modo salir cõ la suya. Estas praticas auian ya engendrado malos vmores en la Ciudad, porque los que auia sobornado con el dinero, dauan gritos, diziendo la justicia que pedia Frederico, y que la ambicion de Alexandro, era origen de la guerra que estauan padeciendo de la qual se veria libres, quando el Papa dexa-

se desfer tenaz. Menos le importa, dezian, el ser Papa, que nuestros males. Si tiene justicia, reseruela para Dios, q̄ èl bolverà por ella, lo que de presente padecemos, y padece la Cristiãdad, no es por nuestra causa, sino por la suya. El Enperador pide bien, y arto se allana; pues dize, que Guido renunciara, y q̄ se elija à vn tercero, para que ni èl sale con su intento, ni violèta la election, sino deste modo, quiere que la Iglesia goze vna cabeça, sin confusion, ni duda.

Es facil de atraer à vn vulgo à qualquiera opinion, y mas si se palia con reboço de piedad. Esta q̄ se les proponia, como para abraçarla les picauã cõ tantos males como padeciã cõ la guerra, con facilidad estos infectos corripieron a todo el cuerpo, de fuerte, q̄ sino eran de la gente principal, y pocos q̄ asistian al lado de los Cardenales, no auia quedado salud en ningunos, por q̄ sin reboço, y publicamete se que xauã de Alexandro. Este aprieto

fue:



fue mayor que todos los antecedentes, y no tenia vna ora de seguridad, por q̄ si se detenía en la resolución, quando menos pensara, se auia de allar, ò entregado en manos de Frederico, ò entrada la Ciudad, y puesto en vna carcel. Consultò con sus Cardenales, que aia en esta ocasión, tomò resolución breue, y fue el huir el peligro. Quando todos pensaron estaua en la torre, como solia, se salió de la Ciudad à pie, en abito de peregrino, acompañado de algunos q̄ iban en el mismo abito poco sospechoso a los soldados del exercito, fingiendo estauan dentro al tiempo de poner el sitio, y auian escapado, porque la pertinacia de Alexandro auia de reducir a aquella Ciudad à la vltima miseria, y no querian perecer en ella. Con esto tuvieron paso libre, y caminò así à pie el Santo Pontifice asta Gaeta, donde se diò à conocer. Vistiò se sus abitos Pontificales, y pasó a Benevento.

Allò se burlado el Enpe-

rador, y para no perderlo todo, quiso recibir la Corona del Imperio èl, y su Emperatriz de mano del Antipapa Guido, en la Iglesia de San Pedro, dia de las Cadenas del Santo Apostol, llamado: *Ad vincula*. Estando en esta ora el Cielo sereno, y claro, enpeçò a llouer, cubriendose todo de vn nublado repentino, y con la misma breuedad boluiò à aclarar, cosa que se notò como prodigio, por la breuedad nunca vista, como aziendo los elementos demostracion de sentimiento, y llorando tantas turbaciones. Boluiò el Señor sus armas contra el tirano, y enbiò tan terrible peste sobre su exercito, que soldados, Obispos, Principes, y señores murierò infinitos, y èl huyendo el azote, escapò a todà priesa, como fugitiuo, por montes, y despoblados, sin querer recibirle en parte ninguna.

De Viterbo donde Guido se auia retirado por la peste, boluiò à Roma, donde goçaua de reposo con sus cismaticos. No auia alçado del la  
ma-



mano del castigo el Señor, y enbiò a su Apostol S. Pedro, cuya Silla tiranicamente poseia aquel maldito onbre, y castigandole con vna enfermedad terrible en el riñon, desapareciò. Creciò en èl la enfermedad, los dolores, y la rabia. Corronpiòse el pulmon, la respiracion con vn hedor infernal, arrojando sangre, y materias, con que murió rabiado. Sus cismaticos eligieron otro sucesor, Iuan Abad Stramense, onbre baxo, y de malas costumbres à quien llamarò Calixto.

Boiviòse Frederico à reazer de gente, y con copioso exercito entrò por la Lombardia à vengar en los Milanefes la deuocion que teniã à Alexandro; esperaronle, y le dieron tã cruel batalla, que desapareciò su exercito en vn instante. Y obrò en èl este sucefo, lo que no auia obrado diez y siete años de perfecucion que tuvo contra la Iglesia, y contra el Santo Pontifice Alexandro. Viéndose aborrecido de todos los Principes Catolicos, que

Dios le castigaua visiblemente, y que con quanto azia, no podia derribar al Papa, antes se roboraua cada dia mas en los coraçones de todos; quebrantado, y de coraçon, enbiò aora Embaxadores à Alexandro a pedirle pazes, à los quatro Ecclesiasticos principales del Imperio, al Arçobispo de Magdeburg, al de Vormes, al de Mogancia, y à su Protonotario. Fueron à Anania, donde estava Alexandro con plenissima potestad, para tratar todos los capitulos que concerniesen a ello. Despues de inmensa multitud de negocios, y ajustes con dinersos Reynos, que dependian de las pazes à q̄ Frederico auia de dar satisfacion, fue el S. Pontifice à Venecia, donde quiso encerrarle, para q̄ allí no pudiese resistirse al cumplimiento de lo capitulado. Recibiòle el Senado con grandes demostraciones de onza, y alegria, y despues llegó Frederico a Chiogia, Villa junto a aquella Ciudad adonde enbiò el Papa a algunos Cardenales para que re-



obiesen al Emperador juramento de guardar todo lo q̄ en los capitulos de la cōcordia se auia asentado, y juntamente, para q̄ abjurasen el cisma q̄ auia defendido de Otaviano, Guido, y Iuan de Struma. Izolo así Frederico, y luego cō autoridad Apostolica, le absolviere de la excomuniō tantas vezes promulgada contra el, por cismatico. Diò la obediencia a Alexandro, como à legitimo sucesor de San Pedro, y Vicario de Iesu Christo.

Lo mesmo se izo con todos los Principes, y Prelados que le acompañauan. Al dia siguiente, que fue Vigilia de Santiago Apostol, le esperò el Pontifice a la puerta de la Iglesia Patriarcal de San Marcos, acompañado del Sacro Colegio, Arçobispos, Obispos, Duque, y Senado de Venecia, y infini on numero de gente. Vino Frederico acompañado de sus Principes, y Prelados del Imperio. Al llegar a la puerta donde el Pontifice estava, diò el manto preciosissimo q̄ trala vestido a los Principes, y cria

dos, y en cuerpo anduvo algunos pasos asta llegar a los pies del Papa, puesto de rodillas, se inclinò a besarlos con mucha vnilidad, como Principe Catolico, y ijo obediente de la Iglesia, reconociendo sus errores, tomando para si su jurisdiccion, y bolviendo al Vicario de Cristo la que era suya. *Reddens Cesaris, Cesari, & que Dei, Deo.* Mandòle Alexandro posrarse bien, y leuantado el pie, se le puso sobre el cuello, diziendo las palabras del Psalmo: *Super aspidem, & basiliscum ambulabis, & calcabis leonem, & drachonem.* Que quieren dezir: Pondràs debaxo de tus pies al aspid, y al basilisco, y ollaras, y pisaràs al leon, y al dragõ. Aun tendido, como estava Frederico, no le faltò la soberuia, y respondió: *Non tibi, sed Petro, cuius successor es, pareo.* No me vnillo à ti, sino a S Pedro, de qui eres sucesor. Replicò el Papa: *Et mihi, & Petro.* A mi, y a San Pedro. Terrible fierra procurò armar el infierno en Frederico contra la



Iglesia; pero el Señor, por cuya cuēta corre su conser-  
 vacion, la diò la medicina  
 conforme à la llaga, cõ dar-  
 la à Alexandro, q̄ por su va-  
 lor, y gran coraçon, se me-  
 reció entre los Pontifices el  
 renombre de Magno, sobre  
 Maximo. Diòle la mano, y  
 leuantòle del suelo, donde  
 le tenia postrado, y aquel  
 ijo que venia rendido, como  
 otro Prodigio, le abraçò, y  
 diò paz en el rostro. Cogió-  
 le à su mano derecha, y lle-  
 vò al Coro. Estava la Iglesia  
 en este tiempo echavn Cielo,  
 así con el ruido de campanas,  
 como dentro de la con musi-  
 cas, organos, instrumētos, y  
 voces. Cantaron el *Te Deū*  
*Laudamus*, à que acompaña-  
 van las lagrimas de gozo en  
 todos los presentes, dando  
 gracias à nuestro Señor por  
 tal merced, como azia à su  
 Iglesia, en reducir à Frede-  
 rico, y à aquel lobo auerle  
 conuertido en cordero, y  
 traído al rebaño de su Pas-  
 tor. Representauase allí, ò  
 las musicas, y alegría q̄ man-  
 dò azer en su casa aquel ve-  
 nerable anciano, quãdo à su

ijo Prodigio le viò reducido,  
 entrar por las puerras de su  
 casa: ò à los gozos, y rego-  
 cijos que en el Cielo tienen  
 los Angeles quãdo vn pecca-  
 dor se conuierte, y aze pe-  
 nitencia de sus culpas.

Con esta musica, jubilos,  
 lagrimas, y gozos le lleuò  
 el Santo Pontifice à Frede-  
 rico al Coro, y sentandose  
 en su silla, le diò la bendiciõ  
 que recibìo èl cõ toda vni-  
 dad. Aquella noche no vuo  
 ventana, ni balcon, que no  
 se adornase de luminarias,  
 en señal de su alegria, y en  
 toda aquella hermosa Ciudad  
 se conocia el gozo de todos.

Amaneciò dia de Santiago  
 Apostol, y à porfia concur-  
 ria la gente à tomar puesto  
 en la Iglesia Catedral, para  
 ver vna cosa jamàs vista. En-  
 traron en ella el Papa, y el  
 Enperador: su Santidad cantò  
 la Misa, acabado el Euange-  
 lio, predicò vn elegante Ser-  
 mon, monièdo à dar muchas  
 gracias à N. S. por aquel be-  
 neficio q̄ azia à su Iglesia, y  
 ponderado así las infelicia-  
 des de el pecado, y inobe-  
 diencia à la Sede Apostolica.



como los frutos que se siguen de la paz, y vnion. Al ofertorio llegó Frederico, acompañado de sus Principes, y besando el pie otra vez al Papa, le ofreció oro, en señal de obediencia, y sujecion. Acabada la Misa, llegó, y tomándole de la mano derecha, le sacó asta la puerta de la Iglesia, donde estaua preuenido vn caballo blanco ricamente enjaezado, tuvo Frederico del estribo, para que subiese, y tomó el freno para llevarle de diestro, y enfalçar se mas, quanto mas obediente al Vicario de Cristo. Bolvió despues à la Iglesia todas las tierras que le auia quitado, y bolvió à Dios lo que es de Dios. Celebrò el Papa vn Synodo en la Iglesia de San Marcos con los Obispos Italianos, y Alemanes, en que se ajustaron las cosas que no lo estauan, con que desvanecieron las cismas, y el Papa se bolvió à Anania, y bolviendo Frederico à tomar su bendición, y prometiéndole de nuevo serle obediente, se bolvió à Ravena, y de alli a su Imperio de Alemania.

Deuia de ser Frederico algun demonio en abito de hombre, porque tales cosas, como las suyas en pocos se han visto. No fue menester que se pasaran muchos años para bolver al bomito. De camino como iba de Venecia, entrado en Cesena, quebrantò todo quanto con tantos juramentos auia prometido à Dios, y à su Vicario en la tierra, sin queter cumplir cosa de las que auia prometido guardar, sino fue desazer al Antipapa, que en esto solo obedeció: y fue porque èl sedió buena priesa à huir, viendo, que vnido el Enperador con Alexandro no tenia a quien arrimarse. Despues de veinte y dos años de Pontificado, sin auer gozado de paz vn instante, pasó Alexandro desta vida a la eterna, à coronarse de gloria, en premio de tantos trabajos. Sucedióle Lucio Tercero, con quien tuvo Frederico sus buenas disensiones, porque no solo no cumplia lo prometido a su antecesor, sino oprimia à los Eclesiasticos del Imperio gravissima-



mamente. Pretendia coronar Rey de Romanos a su ijo Enrique, y el Pontifice jamàs quiso consentir en ello, asta que vuese restituido lo ageno a sus dueños, y cunpliese los capitulos de la paz. Murid' Lucio Tercero en el quarto de su Pontificado, y sucediò le Urbano III. que prosiguiò en reprender, como sus antecesores à Frederico, para que restituyese, y no agrauase à los Ecclesiasticos. Sufria las repreensiones, porque pretendia coronar al ijo, y que le sucediese en el Imperio: pero viendo se despedido de conseguirlo, porque no cunplia lo prometido, a cara descubierta bolviò aora a perseguir al Papa: Aumentò a este su indignacion vn caso que en Lombardia sucediò con Enrique ijo de Frederico; que no olvidandò el que los Obispos, y Papas recibiesen las enbestiduras de los Enperadores, viò a vn Obispo recién consagrado; y le preguntò, que de quien auia recibido la dignidad? Respondiò èl: Del Papa la è recibido. Segun-

da, y tercera vez indignado bolviò a preguntarlo, y oyendo la misma respuesta, añadiendo: que èl no auia recibido nada del Enperador, ni le reconocia superior en su dignidad. Se irritò tanto, q mandò a sus criados le diesen de bofetadas. Ellos lo cunplieron tambien el sacrilegio, que despues de auerle bañado todo en sangre, lo llevaron arrastrando por las calles, y plazas por el lodo, y dexaron por muerto. Irritò notablemente al Pontifice esta accion, metiò se Frederico en Alemania, y cerrò por todos caminos la puerta para recurrir al Papa, diciendo, que à èl se auia de reconocer por superior, persuadiendo a Felipe, Arçobispo de Colonia, y Legado de la Sede Apostolica, q conociese en el Imperio de todas las causas que pertenecen de derecho al Papa, q ya por los Alpes, y por todas partes teni aimpedido el recurso. Quiso el Papa excomulgarle, quitò le la muerte la execucion, y no prosiguiò en ello.



Treintay seis años viuió en el Imperio, y en el vltimo año del enpeçò a ser bueno. Publicò el Santo Pontifice Clemente Tercero la Cruzada en fauor de la tierra Santa, para quitarla al Saladino, ò Soldan que la auia ocupado, y caminò allà Frederico con su exercito, que por tan largos caminos, y por la anbre que padecieron sus soldados, aun no le quedaron seiscientos cavallos. Muchas vezes vieron al glorioso Martyr San Iorge ir en la vanguardia capitaneando sus tropas. Despues de auer vencido muchas batallas de Turcos, jento à la Ciudad de Iconia, en Liffria le salió el Soldan à recibir con vn exercito de quatrocientos mil cavallos, à quiè diò vna batalla tan grande, que con tan corto numero, se los degollò à todos. Tomò la Ciudad, y viniendo otro exercito de docientos mil, asimismo los desbaratò. Y vna tarde auiendo caminado àzia Armenia, por el mucho calor, se entrò à bañar en vn rio, donde pere-

ciò aogado miserablemente. Sintió toda la Cristiandad su muerte; pues con su vida, y con tan feliz principio recobrará la tierra Santa. Parece no quiso Dios, que consiguiese esta gloria quien tan cruelmente auia perseguido à su Iglesia. Pues aunque en otras cosas fuera glorioso Enperador, esta mancha de perseguidor del Vicario de Cristo, y de los Catolicos, denigrara todas sus acciones. Así tuuo el fin Frederico, no contentandose con la jurisdiccion que por Cesar, y Enperador le tocaba, pasando à oprimir la del Vicario de Cristo, pues su Magestad auia mandado: *Reddis se que sunt Cesaris Cesaris.*  
(o).





## CAP. VI.

*Sentado en el Templo Cristo Señor nuestro atiende à los que davan limosnas: vna pobre vieja, aun con mucha necesidad diò la suya, y la alaba su Magestad mas que à todos.*

## Texto, y Moralidad.

**A** La vista del *Gazofilacio* en el *21.* Templo tenemos *20.* *Luc.* para à Cristo N. Señor *12.* Sentado, viendo despacio las limosnas que en èl se echavã. Pocos aurã que ignoren, que fuele el *Gazofilacio*; pero para q̄ los que leyeren este capitulo, lo allen aqui, dezimos ser vn apartado en el Templo, donde los q̄ entravan en èl, echavan sus limosnas. Auã dos *Gazofilacios*, como advirtió *Beda*, y le cita *Maldonado*; vno en q̄ se guardavan las cosas de cuerpo, y valor, y el común era vna arca dõde se echavã las limosnas comunes, comunes, como oyvemos las *arquillas* en nuestras *Iglesias*. Sē

tõse pues, su Magestad frõterodèl, y mirò con atencion (eso es *aspiciebat*, como escribe *S. Marcos*) las limosnas q̄ davan los que entravan à azer oracion.

Todo lo mira Dios muy de espacio, pero si a nuestro modo de ablar podemos dezir, q̄ tiene mas espacio en mirar, sō las limosnas. Esas le llevan à Dios los ojos, porq̄ son afecto de la caridad, q̄ es la llave de las virtudes. Para q̄ Dios mire al pecador con ojos de misericordia, es la limosna, la *ermosura* con q̄ se deve adornar. Apaga al fuego al agua, y así la limosna al pecado. Si està en gracia de Dios el ombre, se la aumenta: si està en pecado le dispone para salir dèl. No se pierde jamàs el merito, porq̄ el Señor por quien se aze, sabe dar de muchos modos el premio, y està mirandonos à las manos, para ver como damos por su amor.

Aqui ay dos generos de limosnas; vno que echavan en el arca los q̄ entravan de tropa, y este modo de darla, dize *San Marcos*: *quomodo iactaret*. Otro que vna pobre vieja



dió, y este modo le explica, diziendo: *Misit*. Diferencia ay grande, dize Maldonado, dos vezes repite aquel verbo, para declarar la jactancia, y mayor ruido con q̄ dauan los ricos sus limosnas. Cosa notable es, que obseruaciones, y que sentencias ay en el Euāgelio contra los ricos. No por que sea pecado el setlo, sino por los pocos q̄ saben aprovecharse de las riquezas, pues no distribuirlas conforme a los arañes de Dios, es abrir con ellas la puerta à todos los vicios. Estos q̄ así dauā limosna deuiā de ser los q̄ su Magestad reprendió, quando dixo: quādo dās limosna, no toques clarines, para q̄ te oigan. Sea el darla con tanta modestia, y recato, que tu mano sin izquierda no alcance à saber lo que con la diestra obras. Quiere el desvanecido, que sus limosnas agan ruido, q̄ el mūdo las sepa, y las celebre, no lo aze por Dios, y deste modo, se queda sin dinero, y sin merito.

Muchas vezes dexa de azerlas à quien tiene obligacion, à quien est à pereciendo à quien fuera agradable à los ojos de

Dios, y por q̄ esto no se sabe: por q̄ lo otro à de azer ruido, porque de allí se le àn de seguir aplausos, y lisonjas, loco, desvanecido, motiuado murmuraciones à los ombres de jūizio, que lo ven, y lo sabē, así se encantan, con las Syrenas q̄ los lisonjean, y despues de auer echo tales limosnas fuera mejor no auerlas echo. Nunca à la obra à de acompañar la palabra. El alma del beneficio es el silencio. Enfermā algunos ombres tanto de la lengua, q̄ no solo à ella se les viene el coraçon, sino las manos, y todo quanto ellas azen, dize aquella. Deseñ azer vn beneficio, solo por dezirlo, y les parece, q̄ no lo logran, si todo el mundo no lo sabe: y los q̄ lo reciben, dierā por muy biē empleado no auerlo recibido, por q̄ no se dixea con apetito de vanagloria. Pierde el merito el bienechor, quando es ablador. El q̄ lo recibe, esē lleva el cargo de publicarlo, y quādo fuere tan ingrato, q̄ no lo reconozca, dixo Seneca, entonces tiene licencia el q̄ lo aze, para acordárselo. La mucha soberbia, y mal jūizio son

quien



quien causan estos bomitos: q̄ el v̄milde, y prudente ſienpre tiene cerradas en el eſtomago las palabras.

Vio el Señor à vna pobre vieja, y viuda, q̄ echò dos maravedis. Llamò entonces à ſus diſcipulos, y les dixo: Veis eſta pobre q̄ entra por aì, pues os digo de verdad, q̄ eſta ſola à echado mas limoſna, q̄ tódos juntos los q̄ la àn echado en el Gaçoſilacio. Por q̄ todos dieron de lo q̄ les ſobrava; pero eſta de lo q̄ auia menester ſe priuò por darlo, y ſe quedò ſin ſuſtento, por darlo en limoſna.

Alabò Criſto expreſaniēte à eſta muger; pero no por eſo reprendiò à los otros Buena reglanos diò en eſto, para que quando ſe ofrece repetir con eſtimaciõ las acciones de vno, no ſea trayendo en vituperio las que otro aze. Pondera el Euangelista ſu modestia con aquella palabra, *Miſit*. Alaba el Señor ſu caridad, diziendo, q̄ por darlo à Dios ſe lo quitò del ſuſtento. Dos obras vuo en eſto, el dar la limoſna, y el carecer de lo q̄ necesitava. Eſmalte precioſo echò fo-

bre el oro, para q̄ aſi ſe manifeſtaſe el orò encendido de caridad, q̄ ardía en ſu coraçõ. El dar ſienpre à Dios, y por Dios, tiene à Dios por premio, nunca carece de l, ò temporal, ò eſpiritual, q̄ como es tã buē pagador, no queda à deuer nada, antes ſu pagas ſienpre exceden à nueſtras dadas, y en ſus libros de quantas, ſe allará auer dado à los ombres mas q̄ à recibido deſlos. El dar de lo q̄ ſobra ſu Mageſtad lo agradece, pero quitar lo de la boca, y de lo q̄ es neceſario, como conoce el ſeruiçio q̄ ſe le aze, el miſmo alaba la acciõ, y la publica, para q̄ ſe ſepa. A quella viuda de Sarepta, q̄ ſuſtērò à Elias en medio de la ſineza q̄ hizo en repartir con èl la poca arina, y azeyte q̄ tenia en ſu caſa, tuvo antes alguna duda, pues aunque ſe priuò del ſuſtento para ſi, y para ſu ijo, por darle primero que comieſe al Profeta, no fue cõ la prontitud que eſta. Vuo de perſuadirla para que izieſe aquella limoſna. Premiò la Dios cõ multiplicarle el azeite, y el pan, de modo, que nunca faltò en ſu caſa.



Mas caridad mostrò esta, pues sin pedirle la limosna, ni azerle instancias, ella de su voluntad la ofreee, y dexa de comerlo, por ofrecer à Dios aquel poquito dinero. En èl estaua su coraçon: coraçon, y dinero ofreee à Dios, y así su Magestad la alaba, y la pone en la noticia de sus Apostoles, y Discipulos.

#### EXEMPLO I.

El motiuo de este exemplo es esta pobre vieja, q̄ ofreciò al Señor en su Templo las pocas monedas q̄ para su alimēto tenia. En esta accion mostrò vn coraçon amante de su Dios. Y asimismo las finezas de Cristo Señor nuestro, llamado à sus discipulos à quiẽ les dà noticia de aquella eroica accion. A semejança desta referirẽmos otro exemplo raro de virtud en la Ciudad de Napoles, cuyos testigos son en España el Eminentissimo Señor Cardenal Don Pasqual de Aragon Arçobispo de Toledo, Primado de las Españas, antes Virrey de Napoles, y despues Governador de

estos Reynos, y el Excelentissimo Señor Conde de Peñaranda, q̄ siendo Virrey en Napoles, vno, y otro bien despacio comunicaron, y fueron testigos de lo q̄ refiero, aunque en sus vltimos dias conocieron al sugeto de esta istoria.

A diez y ocho de Setiembre de mil quinientos y ochenta y quatro, nació en aquella Ciudad la Venerable Madre Sor Maria de Vilani, ija del Marquès de la Pola Don Iuan Vilani, y Doña Porcia Constantaço, nobleça de la mas esclarecida de aquel Reyno.

Fue Religiosa, Monja de Santo Domingo, que el Señor la diò, para enriquezer con este tesoro à su Orden de Predicadores, al mismo tiempo, que en el otro mundo estaua criando aquella *Rosa*, que tanto à recreado à la Iglesia con su fragancia, y admirado al mundo con sus penitencias, y prodigios. Llamaronla en el Bautismo Beatriz, y desde los primeros pasos de su vida enpeçò à señalar dibujos de la santidad con que auia de dar el vino de las co-



lores, y representar vn retrato de virtudes. A los tres años de ſu edad murió la Marquesa ſu madre, y el Marques como Criſtiano, y buẽ Cauallero, no queriendo en ſu ija vanidades de mudo, ſi no imitacion de Criſto, dió por aya à ſu ija à vna Religioſa tercera del Serafico P. S. Francisco, para q̄ fueſe ſu madre, y Maestra. Entre otros exercicios la enſeñó algunas coplas à lo diuino, y iba cada instante à cãtarlas, pueſta de rodillas en preſencia de vna imagen de N. Señora, q̄ tenia el niõ en los brazos; para q̄ desde alli ſe enſeñaſe à tenerla por Madre, pues le faltaua la propia, y ſe aficionaſe à ſer ſu deuota. En eſtos tiernos años recibió faouores ſingulares de ſu Mageſtad, de dulçuras, ilustraciones, y conocimiento, como ſi fuera de mayor edad. En eſta pintura tiene el Niõ en la mano vna paloma, la qual ſe deſpẽdia, y bolaua con ſu aueuimiento al rededor de ſu cabeza; otras vezes azia dulce manſiõ en ella, moſtrãdo

el Eſpiritu Santo, q̄ eſ fuego, quãto le agradaua el q̄ ſe encendia en eſte coraçon.

Aun no avia llegado à cinco años, y enpeçó la carera de ſus penitẽcias, q̄ pene eſpãto. Acotauaſe cõ ortigas q̄ dexan abraſado el cuerpo mas q̄ le atormẽtan: Otras con crueles diſciplinas, aſſidiẽdo caidas, y golpes, q̄ dexavan bañado el ſuelo cõ ſu ſangre. Año de 384. nació D. Beatriz en Napoles, y el de 386. Santa Roſa en Lima, y parece, que de vn mundo à otro ſe azian ſeñas, para imitarſe en los Exercicios.

Dexò muy temprano la cama regalada: el cuydado con que ſus criadas andauã, la deſpertò à la cautela, y conſeruanço ſu cama de eſtado, izo otra de maderos, llenos de ganchos, y nudos, à que entretexió muchas texas delgadas, y agudas eſpinas, ſobre que ſe acosta-ua deſnuda, y ſe levanta-ua con la gala de ſangre, eridas, y deſgarros. Aũ eſte cruel regalo no le dexarõ gozar, y para recuperarle, ſin ſer ſentida, ni registrada,



vn cilicio ancho de cerdas de cavallo, que se puso à la cintura, q̄ en tanta delicadeza, y ternura, cō facilidad conuirtio su cuerpo en vna llaga. A este añadió otros dos en las rodillas, y estando casi siempre en oracion, siempre la acompañaua con este tormento. Entre las plâtas de los pies, puso vnâs piedras agudas, que a cada paso que daua, se le clauauan en las carnes, y en edad de cinco años, exercitaua en sí los rigores, q̄ pudieran los Anacoretas mas austeros de Egipto, ò Syria.

Seguiòse vn invierno muy aspero, y como ni el verano por sus calores la estoruaua vestirse sus cilizios, los frios no la deteniã de dormir por los suelos, sin abrigo alguno. Con esto cobró vna enfermedad, que en diez y ocho dias la dexaron los Medicos por desahuciada, y en brazos de la muerte. Pero la Madre de Misericordia, mostrando serlo de su ija, se le apareció, trayendo en su compañía à S. Catalina Virgē, y Martyr, y a la Mar-

quesa Madre de Beatriz. Diòla su Magestad perfecta salud en vn instante, y izo muchos favores, y la señaló à Santa Catalina Martyr, para que fuese su Abogada. Su Madre la dixo que perseverase en el seruicio de Dios, que la daria vna vida muy larga: que siendo, como avia enpeçado, la grayeria el desposarse con Cristo en la gloria. Con esto desapareciò, dexandola muy consolada.

A los nueue años de su edad, dispuso su vida, exercicios, oracion, ocupaciones, penitencias, y modo de viuir, con el concierto q̄ pudiera, si tuuiera muchos años. A los golpes de sus disciplinas, tenia consignadas meditaciones, no serian pocas, porque aquellos eran muchos. Su onestidad se daua la mano cō las demás virtudes, recatándose de sí misma, como si fuerã ojos ajenos. Tres dias en la semana tenia siempre de ayuno, fuera de los precisos; vno le aplicaua por los pecados de el mundo; otro por las animas de Purgatorio; y el ter-



ro por sí. Es el silencio la puerta cerrada à los vicios que comete la lengua, y para q̄ el demonio no la allase abierta, se ponía numero en las palabras q̄ auia de ablar aquel dia: para que à su memoria fuese acuerdo, y freno à la lengua traía continuamente en la boca vna piedrecita. Oí dezir, q̄ esta la tenia en vn anillo el Eminētísimo Señor Cardenal Aragón. En llegãdo la noche se pedia quẽta de las palabras q̄ auia ablado aquel dia. Si allava auer ablado alguna ociosa, ò no muy precisa, se castigaua la lengua cõ vn horrible castigo de punçadas. No acua S. Geronimo de alabar à vn Santo Anacoreta, que para guarda del silencio traía vna piedra en la boca. En esto ganò por la mano, y primacia à D. Beatriz, y si el Sãto Doctor la conociera, pasara à ella sus admiraciones. Y como si *ad cautelam*, ò por sí acaso auia cometido alguna culpa, pudiera acusarse, *ad cautelam* se daua en la lengua veinte y quatro picaduras, por si auia

ablado alguna cosa q̄ no se acordase. Este continuo dolor, y orrenda penitencia la traía sienpre tan en cuydado, que no se oia palabra de su boca, con que continuamente estaua respirando llamas de soberano amor.

En viendo à vn pobre se le iba tràs el el coraçõ, creciendo mas su caridad, quanto mas necesitado le via, cõ sus vestidos cubria su desnudez, sin reparar muchas vezes en la autoridad de su persona, sus galas, y ropas se las daua paravestirlos.

Todo su cuidado era saber donde auia enfermos, y si padecian necesidad, se quitaua la comida para enblarsela, con q̄ imitaua à esta muger del Euangelio, no solo en la limosna, sino en el ayuno que della se originava.

Retiròse el Marques su Padre à su estado en ocasion que affigió à Napoles vna gran peste, siguiòse à todo el Reino vna ambre general. Para socorrer à sus vasallos dispuso se cociese gran cantidad de pan para repartirlo



en su casa todos los dias. Quiso Doña Beatriz ser la dispensera. Doblava à cada vno las raciones à lo que tenia señaladas, y quando esto auia de causar falta, se via la sobra, porque lo multiplicaua Dios en sus manos milagrosamente. A placò el Señor su ira, boluieronse à Napoles, y la Virgen Santissima, quizà al mismo tienpo q̄ en Lima le trocava à Rosa su nombre de Isabel, para que fuese Rosa de su Rosa, le apareció à Doña Beatriz, mandandole tomase el abito de Monja de Santo Domingo, y se llamase Maria. Gustoso asintió el Marques su padre al estado. Tomò el abito en vn Conuento de Capua, y mudando de vida, mudò de nombre, como quien corría ya por quenta de nuestra Señora.

En esta nueua vida considerò, que la calu real, por donde se camina sin tropieço, es la obediencia, y vnilidad. En vna, y otra virtud le sucedieron casos raros, y cõ ser tan noble, jamas se presumió por mejor q̄ ninguna

como indigna de abitar su compañia, sienpre andaua retirada de rodas, descaendo oprobrios, y injurias, tanto mas alegre, quanto se via mas despreciada. En la obediencia se vieron prodigios, descaendo, que rodas la mandasen à que obedecia ḡn cosa. En vna ocasion estava enferma en la cama, por auersele quebrado vna pierna. Era su Confesor vn grã varon en virtud, y direccion de espiritus Fray Leonardo de Literis, que en muchas cosas auia echo experiencia del de la Sierva de Dios, aun en cosas contrã razon, à que allaua obediencia, sin replica, ni repugnancia. En esta ocasion padecia, sin que Medicos, ni Zirujanos diesen remedio à su mal, con q̄ resoluiã a cortar la pierna. El Confesor allò remedio, y fue el de la obediencia. Enbiò la à dezir la mandaua por obediencia se leuãtase de la cama, y fuese à dãçar à la celda de cierta Religiosa enferma, para entretenerla. Al punto q̄ oyò el nõbre de obediencia, se leuantò buena,



y sana, sin señal de quebradura en el pie, y fue à azer lo q̄ la mandò con admiraciõ de todas. En vna ocasion se le apareciò Cristo N. S. trayèdo en su cõpañia al Doctor Angelico S. Tomàs, prometiõla, q̄ viviria, y moriria Virgè en el cuerpo, y alma, y S. Tomàs entõces visiblemente la cingulo vn cingulo. Añadiò el Señor fauores à fauores, cõcediendola, no solo este don, sino q̄ otros muchos le conguierã por sus meritos. Dixola q̄ todos aquellos, q̄ cõ vna Fie traxerã sea cingidos los cingulos que ella texia, nõ sentiria jamàs incõtinuos torpes. Prodigio biẽ experimentado en muchos, y admirado, pues cõ solo ver estos cingulos, estan influyèdo castidad y pureza: Sus ayunos erã, ya casi todo el año, pues fuera de los tres dias de cada semana, ayunava seis quaresmas, y con tan poco sustento q̄ cõ ninguno se pasava; y para libebida, acordauase de la q̄ tuvo su Esposo en el Calvario, desleia la mirra amarga en vinagre, y como si Sa. Rosa la

brindara cõ el vaso de la hiel desde Lima, así Sor. Maria correspondia desde Capua. Tres disciplinas tomava S. Domingo todas las noches, y para corresponderle, hizo vna esta Esposa de Cristo con 33. pūtas cõ q̄ se azia pedagos orriblemente al cuerpo. Cifõse vna cadena gruesissima al cuerpo, por el pecho era terrible, y por las pūtas q̄ tenia, tan orrenda que se le clauauan asta los huesos.

Con la continua oracion, y estar de rodillas, se le zicrõ en cada vna vn callo, tan duro como de camello, Prodigio q̄ se alabava en S. Bartolomè Apostol.

Por ciertos respectos fue necesario pãsar el Conuento desde Capua à Napoles

Con la mudãca de tierra la vno en la reformation: Quiso nuestro Señor sacar esta Rosa de entre las espinas, y se le apareciò en vna ocasion, y mandò, que le edificase vn Conuento. Comunicòlo con su Confesor, el qual aprobò el

dica.



dictamen, y aora soltó el demonio sus fuerzas para perseguirla. No auia ya en su Conuento cosa mas vil, llamauanla inquieta, rebolto-  
sa, ipocrita. Tuvieronla los Prelados encarcelada, y excomulgada: y en todo bol-  
uia à renouarse en ella lo q̄ auia padecido la gloriosa Madre Santa Teresa. Pusie-  
ronla en tal estado, que consuelo vmano no tenia en esta vida, ni aun el diuino le permitian, pues en ordenà que no ablaste con su Confesor, no la dexauan llegar a aquel Santo Sacramento. A tanto se precipitan algunos en las comunidades, quando el demonio los toma por instrumentos para perseguir, con capa de zelo à su proximo, sin que aya quien se escape desto. Mas q̄ todo sentia el que su amado Esposo auia suspendido sus regalos, y entre tantas tristezas, y melancolias examinaua su constancia, como la del oro en el fuego. Aora vsò Satanas vna traza tan aguda, que à no tenerla el Señor de su mano, sin duda la venciera.

Fingió vn papel en nombre de su Confesor, en que la disuadia del intento, respecto de las inmensas dificultades, y representandole la amargura en que se auia de ver por ello en toda su vida, la insinuaua se desesperase, que con eso daria fin à tanto tormento. Grandes desconsuelos tuuo en esta ocasion, con tan fuerte bateria encomendò à nuestro Señor el negocio, boluìd à escribir à su Confesor, y se conociò que el demonio auia fingido su letra, y dictado el papel. Por postre la dieron licencia, para fundar el Conuento, q̄ el Señor por cuya cuenta corria, aunque exercitaua su paciencia, no la tenia en olvido. Saliò cō algunas compañeras, à las casas del Marques su padre, donde le fundaron con el titulo de Sãta Maria del Diuino amor, con lo grandole à la Reyna del Cielo. Antes auia estado en otro sitio, dõde padeciò los trabajos, y necesidades que siempre auia deseado. Aora en este, que era el suelo donde auia nacido, mejorò  
de



de fortuna. Leuantò el Conuento desde sus cimientos, magnifico en la obra, siẽdo admiracion à aquella Ciudad, que vna muger pobre, sola, y encerrada pudo diẽse conseguir vna cosa tã grande, q̄ para vn Rey era bastante ocupacion, y gasto. Pero la ayudava el de los Cielos, y tierra, y con su auxilio le fue facil.

No se labra vna piedra con vn golpe, ni con vn instrumento, y estas que à de colocar Dios en el edificio de la celestial Ierusalen las pude en esta vida con todas sus perfecciones. No fueron solo los trabajos de ayunos, penitencias, perfecciones de los onbres, y de el demonio, los golpes que el Señor fue perfeccionado esta piedra preciosa, siquieròsele el tropel de enfermedades, y dolores tãtos, y tales, que en vna piedra izieran impresion. El tiempo que en ellos gastò la sierva de Dios Maria, pudiera ser la vida prolongada de vn onbre, no fueron solos treinta y ocho años, como los de

el Perlatico del Euangelio en la Piscina, cinquenta años enteros padeciò, sin q̄ las enfermedades, diessen treguas vnas à otras, ni viese alguna, que en su cuerpo no se allase. Quando en los accidentes mas exquisitos, solia padecer sin allar remedio en la medicina, le tenia con la obediencia. Enbiauala à mandar su Confesor, q̄ estuviere buena: y al punto se ausentaua la enfermedad, y quedaua sana. Otras vezes baxaua su Esposo Celestial, y la daua salud. Andauan las Monjas aronitas, sin saber tomar el pulso à sus achaques, viendo transformaciones continuas, como portentosas. Tenia por singular fauor del Señor todo lo que era padecer, y en esta cõformidad escriuiò vna vez à su Confesor, que quando mas fauorecida se auia allado del Señor, era quando tratò de la fundacion de el Conuento, porque entõces auia recibido de su mano regalos de mucho tormento, y Cruz.

Otras vezes dize, que su pade-



padecer, erano aillar en que padecer. Dióla el Señor à sentir muchos de los dolores de su Pasion Santissima, y los que mas ponderaua, y donde padeciò tormentos mas atrozes, fue en la Crucifixion, correspondiendo à los que sintiò el Redentor de las almas. A los golpes de los martillos, sentia quebrarsele los huesos, agujerarsele los pies, romperse las venas, y neruios, pasarsele el cuerpo cõ las penas, y dolores, tales, que si el Señor, no la socorriera, mil vezes diera la vida.

El amor de Dios, que ardia en su coraçon era prodigioso, y no pudiendo cõprimirse en el pecho, buscava ventanas por donde respirar. Conociòse esto en ocasion que recibì vn favor de su soberano Esposo, que inflamado el coraçon, atroxò al pecho vna señal de las llamas en que ardia. Firmòsele en èl vna màcha roja, que tenia la semejança de vna lengua de fuego, que le durò muchos años, como si el cuerpo se iziera

lenguas para dezir el fuego, en q̄ su coraçon ardia. Otras vezes, como el Profeta, dezia, derretirse su coraçon como cera, en medio de sus entrañas, era tal la veemencia que sentia, que sudaua gotas de sangre en tanta abundancia que corrian asta la tierra. Coraçon tan amante le quiso su Esposo tenerro talmente por suyo, y para señalarle con la marca del amor diuino, se le apareciò vna vez con vn dardo en la mano, y le pasó el pebho. La erida penetrò asta el mismo coraçon, quedò el pecho abierto portentosamente con vna aberrura, q̄ cabian los quatro dedos de la mano, conseruandose este prodigio, contra las reglas de la naturaleza, no vn dia, ni dos, sino cinquenta años.

Quiẽ ama à Dios, no puede dexar de amar al proximo, y por tanto sentia en su alma, así las ofensas que cometen los onbres contra vn Señor, que tanto deue ser amado, como las miserias à pue se fugeran por el pecado. Azianse sus ojos fuentes



tes de lagrimas, llorando los pecados del pueblo, que tomara en sí las penas de todos, porque, ni Dios fuera ofendido, ni las almas se condenaran. Apareciósele vna vez su Divina Magestad en ocasión que su sierua le estava rogando por los peccadores, y queria consolar se con él de la pesadumbre que le causava el ver, como era ofendido. En esta ocasión fueron grandes sus angustias, y la dixo el Señor, que mientras viuiése auia de llevar sobre sí la Cruz del zelo de su onra, y amor de la salud de las almas, y por esto la azia vna merced de q̄ fuese medianera, ò instrumento de la saluaciõ de muchos q̄ estauan sumergidos en el abismo de sus culpas: y creceria su misericordia con ellos al compas de su zelo, amor, y cuydado. Alentada con este fauor, le rogò que se siruiese de saluarlos à todos. Respondiòle su Magestad: *Prometiendola de salvar à todos a aquellos por quiẽ ella rogase.* Añadiò su Magestad otro fauor, diziendola

*Y todos aquellos, que por tu medio me pidieren con verdadera Fe' qualquiera gracia perteneciente à su salud Espiritual, infaliblemente la conseguiràn.* Con estos fauores quiere el amantissimo Esposo consolar à su Iglesia, y en estos tienpos tan miserables, dar esta Esposa suya, para que se multipliquè los medios para vsar misericordias con los hijos de los ombres.

En vna ocasión se puso à rogar instantissimamente à su Magestad, diese su gracia à vna persona, y le alumbra se, para salir de grandes pecados en que viuia.

Mostròle la fealdad de su alma, y quedò tan asonbrada, que le parecia mas suauè el infierno. A tal estado se reducè los ombres por vn peccado mortal. Instò mas viuamète, porque conocia mas necesidad, y viò, q̄ de su costado santissimo salia vn rroyo abundante, en q̄ se significaua la Divina gracia, y le bañò todo, quedò cõ esto mas limpio q̄ el Sol. Desde aquel punto se fue mejorando



en la vida, y ſalió de las culpa en que eſtava.

Con ſus continuas penitencias, intenrava ſatisfazer por los que ſabia vivian en pecados. Las animas de Purgatorio que ſabian ſu valimiento con Dios, ſe le aparecian muchas vezes, pidiendole ſu interceſion, para ſalir de aquellas terribles penas. Parece q̄ auia heredado de Moyses aquel arreſtarſe cō Dios en orden à que perdonafe a los ombres, y como à èl le regalaua la diuina Mageſtad, aſi ſe venia cō ſu Eſpoſa à la celda muchas vezes, eſtandose con ella, no de paſo, ſino los dias enteros, no olvidandose de tener ſus delicias con los ojos de Adan. En ſus enfermedades la viſitaua, aliviaua de ſus dolores, daua paciencia para lleuarlos. Y como à ſanta Catalina de Sena, aſi venia muchas vezes à ayudarla à rezar, diciendo como la Seráfica Virgen en tal ocaſion: *Gloria Patri, & Tibi, & Spiritui Sancto*. Entre eſtas ocaſiones, que fue rezado, en

vna quiſo la ſierua de Dios catar los Maytines Llegò al *Te Deum laudamus*, y entonò le voz. Cayòle à ſu Mageſtad tan en guſto la muſica, mas articulada del amor que de la lengua, y en retorno ſuyo, cantò otro cantico Ieſu Criſtò en alabança ſuya. Con eſte ſoberano fauor diò ſin ſu Mageſtad à los Maytines, y ſu eſpoſa que dò nueuamente regalada cō prodigio, como eſte jamàs oido.

Las melancolias que le cauſauan los pecados del mūdo, eran tales, y tan continuas, que parecia auerle heredado el oficio à Ieremias.

Prorrúpia en tiernas lagrimas, y ſuspiros, y entonces embiaua el Señor Angeles de ſu celeftial Capilla, para que con ſus voces, y instrumentos la dieſen muſica, y la alegrafen. Otras vezes querièdo vnirla mas à ſi cō finezas mayores, no ya por medio de ſus Angeles, ſino por ſi miſmo venia à darla muſica, y à cōſolarla. Aſtigiaſe vml de con tan eſtrañas finezas



y esta vnilidad iba enpeñan-  
no mas à su diuina Magestad  
para obrar mayores prodi-  
gios.

Quiso en vna ocasion dar  
la à entender quan gustoso  
estaua del amor de su Espos-  
a, y como à su amado pri-  
mo, y dicipulo la recofò so-  
bre su pecho. Repitiò el Se-  
ñor esto muchas vezes, y al  
mismo tienpo que en Lima,  
en forma de niño se le acos-  
taua a Santa Rosa en la al-  
moadilla en que azia labor,  
aora en su forma de onbre  
perfecto, y de la edad en que  
diò la vida por nosotros; o-  
tras vezes se reclinava su  
Magestad sobre el coraçon  
de su Esposa, y alli con el  
amor cõ q̄ ella le bñscaya di-  
vertirse de los enojos que le  
cauauan los pecados de el  
mundo.

En muchas ocasiones en  
el tienpo que estubo encar-  
celada, y otras estando en-  
ferma, y no pudiendo salir  
al Confesionario, ò no pu-  
diendo entrar el Confesor  
adonde estaua, quisiera lle-  
garfe al Santo Sacramento  
de la Penitencia, Jordan dõ

de quedamos linpios de las  
culpas, y tabla en que esca-  
pamos del naufragio de las  
culpas actuales. Affligiase  
por la impossibilidad, apare-  
ciafele Cristo Señor nuestro  
y aziendo el officio de Confe-  
sor, la oia sus culpas, daua  
le absolucion dellas, y co-  
mo otra Magdalena, oia de  
su santissima boca el *dimitun-  
tur tibi peccata tua.*

Vn dia vino el soberano Ef-  
poso à desposarse cõ su sier-  
ua, dando se las manos de ef-  
posos, la puso Cristo en la  
mano vn anillo de oro, en el  
vna flor con quatro piedras  
preciosissimas, con vn emble-  
ma misterioso en cada vna.

En la primera estauan ef-  
culpados dos coraçones iden-  
tificados con vn modo admi-  
rabie, de modo, que siendo  
vno, parecian dos; y siendo  
dos, se miraua vno, signifi-  
cando en esto el amor q̄ auia  
entre su coraçon, y el de su  
amada esposa. En la segun-  
da auia dos Soles; vno detro-  
de otro, en que se mostraua  
la luz q̄ su Magestad la auia  
comunicado. En la tercera  
vna Cruz, en presa comun



de esposas queridas suyas, denotando, que por Cruz àn de llegar à la gloria. En la vltima dos corderos vnidos grauidos de vna misma forma, para que entendiese, que como esposa amante devia por el zelo, y cõpasion ayudarle à lleuar los pecados del mundo. Fauorecida con este misterioso desposorio, y anillo, cada dia procuraua con nuevos esfuerços amarle mas, y feruirle. Era cosa de admirar quan aficionado estaua su Magestad al coraçon de su Esposa, y las finezas q̄azia por el. Llouia vna lluvia suave, en que representaua la gracia que le bañaua todo: otras vezes venia vna llama de fuego, con que le purificaua, y ardia en amor diuino, otras le transformaua en el fuyo, de forma, que se viesse ser el coraçon de Cristo el de su sierva, y el desta ser el de Cristo. Este fuego la causaua nueva sed, y para refrigerarla, y dexarla mas abrasada, se le apareció su Magestad, llegòla ala llega del costado,

bebió de aquel suauissimo nectar, y como los Apostoles cõ la venida del Espiritu Sãto, à ese modo quedò como embriagada de amor diuino, y sin vso de los sentidos.

En el Sacramento Santissimo del Altar, se le representaua, ya en forma de Niño, ya sangriento, tal vez echo vn bolcan de fuego amoroso, ya echo cordero, y como la Esposa en los cantares, por entte las zelosias de los accidentes, la ablava à su alma, y regalaua. Estando con ardentissimos deseos de recibirle, vino su Magestad muchas vezes, y la comulgaua de su mano, como a Santa Catalina de Sena. Ahuyentaua à los demonios, cogiendo agua en la boca, y rociandola. La cercauan infinitas legiones, para acabarla, y esparciendoles el agua, del parecian cobardes, con que solia quedar la Venerable Madre con mucha risa, y cõtento.

No fauoretia con menos asistencias à su ija la Reyna de los Angeles, que su ijo san



Santísimo, visitaua la, conso-  
lanala, curaua sus enfermeda-  
dades, dexavale à su ijo en  
los braços, como à Santa Ro-  
fa Mandòla, que en su Con-  
uento la erigiese vna Cofra-  
dia con título de el Diuino  
Amor. Anla enriquecido  
mucho los Sumos Pontifi-  
ces con indulgencias, y es  
vna de las mas illustres q̄ ay  
en Napoles. Los Angeles  
en sus cōtinuas enfermeda-  
des, venian à serle enferme-  
ros, como así mismo à serle  
músicos. Las visitas de mu-  
chos santos le eran muy fre-  
quentes, especialmente de  
su glorioso Padre São Do-  
mingo, que como à ija que-  
rida, la visitaua, y regala-  
ua.

En vna ocasion se le apa-  
reció Cristo nuestro Señor,  
trayendo en su compañía à  
los dos lumináres de la Igle-  
sia San Agustín, y Santo To-  
màs, y la dixo, que se los  
dava por Maestros. Lució-  
sele el tenerlos en los admi-  
rables libros que escriuió, q̄  
fueron. Vno dellos de *dos*  
*Exposiciones ad difficultis-  
simo libro de los Cantares.*

Otro de *Psalmos sobre los*  
*Euangelios de San Lucas, São*  
*Matteo, y San Iuan.* Otro  
volumen grande del Santi-  
simo Sacramento del Altar,  
al qual le intitula: *Pancra-  
tium electorum.* Otro de la  
Pasión de Cristo N. S. cō el tí-  
tulo de *Paradisus animæ.*  
Otro del Diuino Amor, à  
quien intitula: *De tribus*  
*Diuinis flammis.* Otro de la  
oracion, con título de *Cella*  
*vinaria*, y el vltimo, que  
fue el Diario de su vida, por  
mandado de su Confesor. A  
quien ella dize que su Ma-  
gestad le puso por título *Es-  
pejo del Verdadero amor.* A pa-  
reciansele los santos Doto-  
res cada instante, y aclara-  
rauan sus dificultades, y en-  
señauan en sus dudas, y en  
medio de tantos trabajos, y  
enfermedades, pudo escri-  
vir tantos libros, y no auien-  
do aprendido vnanamente  
Latin, Celestialmente le fue  
enseñado para tantos miste-  
rios, y tã profundos como es-  
criue. Su prudencia admira-  
ble se conoció en la fabrica  
del Conuento, dando dispo-  
sicion à el tan rara, que



admirava à los Arquitectos, y el cuidado del, que tenia nuestro Señor, proueyendola milagrosamente de el sustento, y dineros en sus necesidades. Suspiraua su vnilidad, por ser Freyla, y seruir en los oficios mas vnils del Conuento, y pidió al Señor la escusase de Prelacias, à costa de su salud, y así la oyò el Señor, dandola tanto en que padecer. Su espíritu de Profecia fue prodigioso, reuelando secretos, y diciendo cosas raras, que despues se vieron, y se ven cumplidas.

Al principio de Quaresma del año pasado de mil seiscientos y setenta, enpeçò à agrauarse la erida que tenia en el costado, q̄ su amantísimo Esposo la abrió con el dardo de fuego, de allí se comunicaron los dolores à todo el cuerpo, asta la cabeça, que parecia estar en vna Cruz, semejante à la que padeciò Santa Rosa antes de morir. Estas eran preuenciones para la muerte, que ya se le llegaua, para pasar à la patria Celestial. Re-

cibió los Santos Sacramentos con gran ternura, y devocion, y auiendo estado muchos años forda, aora milagrosamente la restituyó nuestro Señor el oído. Sentian sus ijas tiernamente su falta, y en sus lagrimas y desconuelo lo mostravā. Buelta à ellas las consolò con esperanças de anpararlas desde el Cielo, como izo à sus ijos el Glorioso Padre Santo Domingo. Quiso el demonio en aquella vltima ora, azer su fuerçe en ella, y la que jamàs le auia temido, aora en su rostro se vieron señas de turbacion, mandò à su Confesor echase agua bendita. Signò se tres vezes con la señal de la Cruz, y desaparecieron los enemigos. Llegandose la ora deseada de entrar en los eternos desposorios, se le puso el rostro rodeado de luz, tanto, que alumbrò toda la celda con admiracion, y cōuelo de todas las Religiosas, y en vna alegria grandissima, y sonriendose, entregò su Espíritu en manos de su soberano Esposo à 26. de Março



de el año pasado de 1670. siendo de ochēta y seis años de edad. Mostrò el Señor en el cuerpo la gloria q̄ su alma gozaua: con enfermedad de mas de cinquenta años, jamás oida en otro, estaua todo denegrado, y feo, y con las penitēcias enjueto, al punto se mudò la fealdad en ermosura, lo arido en fresco, no como pedía su edad, sino como la muger de más gruesas carnes, las manos, y pies tratables, y el color blanco, y roxo. El olor q̄ respiraua de sí, fue maravilloso, y tanto, q̄ le percibieron todos, sin q̄ nadie pudiese ponerle en duda. Luego q̄ se supo su muerte, fue innumerable el concurso, y los nobles à porfia; pues no tãto vinieron por parienta à su entierro, como por veneracion de vna Santa. Antes de enterrarla quisieron ver la llaga del costado, de q̄ ya auia noticias; pues las maravillas que su Magestad obra, tarde, ò temprano quiere, q̄ se sepan, para gloria suya, y onra de sus amigos. Descubrieron el pecho, y viero

en èl la abertura de quatro dedos de largo q̄ toraua en el coraçon; y della saliò sangre tan viua, y tan roxa, como de vn cuerpo sano, la qual recogieron en dos anpollas, y seguarda con grãde veneracion. Las maravillas q̄ despues de su muerte à obrado el Señor por su intercesion àn sido muchas, las quales, y libro enterò de su vida eseriuiremos cõ el favor de nuestro Señor, mas dilatado q̄ esta abreuada noticia. El credito de su santidad en todos los q̄ la conocieron, ò tienen noticia de esta Sicrua de Dios, es prodigioso. El Excelentissimo Señor Conde de Peñaranda, y su familia bien lo confiesa, pues Profecia, y oraciones suyas fueron a asegurarle nuestro Señor la sucesion en el señor Don Gregorio de Bracamonte, y Guzman su ijo, quãdo sus padres arto melãcolicos no le teniã. El Eminentissimo señor Cardenal Aragon la venerò siempre, y tienē en èl gran credito que merecen sus virtudes, y para consolar su deuo



to coraçon tiene su retrato, en la galeria de su Palacio Arçobispal en Toledo. Asi premia Dios à sus amigos, aziendo que los Principes de la tierra los busquen: y vna monja encerrada, y con el recogimiento que se profesa, y el rigor de aquel Cõvento, asi la buscauan para pedirle sus oraciones, para consultarla en sus dudas, para la direccion en los negocios, y que encomendasse à nuestro Señor los aciertos de sus Virreynatos, y la felicidad desta Monarquia Católica. Aumeta el Señor su credito, deluerte, que à qualquiera persona de aquel Reyno de Napoles, q se le pregunte por esta sierva del Señor, es para alabarle el oír la veneracion con q habla, y las alabanças q predicán della.

De ochenta y seis años pasó desta presente vida; anciana era la pobre que ofreció su limosna en el Gazofilacio. De lo q auia menester para si ofreció à Dios, y à su Templo. Esta sierva de Dios servó su casa por el seruicio

de Dios, y le edificò vn Cõuento. De aquella predicò Cristo sus atabanças en presencia de los Apostoles, desta quiso su Magestad se vieran sus marauillas à vista de todo el Orbe, y como a aquella fauoreció tanto, tanto quiso ilustrar à esta, para exemplo nuestro, y que se conozca, como paga su mano liberal, y como premia todas las acciones que por su santo seruicio se azen, y lo que los ombres trabajan por el adorno, y culto de su casa para alentar con esto à los tibios, y floxos à amarle, y servirle con todo el coraçon, y todas sus fuerças.

## CAP. XVI.

*Cena Cristo N. Señor con sus Apostoles. Labales los pies, y instituye el Santissimo Sacramento del Altar.*

Texto, y Moralidad.

*Mat. 26. Mar. Luc. 22. Ioã nes. 13.*

**E**N este capitulo entraremos en vn inmenso

pie



pielago de tiempos, y mil y çon confu- buena conuerfa-  
 terios, y asimismo en gran- çion, sin mas arte, el Licen-  
 disima multitud de escritos. ciado Lozano, que escriuiò  
 de los Santos Padres, que los dos tomos primeros des-  
 en algunas cosas, que no son ta obra.  
 de la sustancia de los suce- Llegòse, pues, el primer  
 sos, se dividen en opinio- dia de los Azimos, y los dis-  
 nes, desuerte que las curio- cipulos le preguntaron à su  
 sidades que nos auian, fue- Maestro, y señor donde que-  
 ra de lo que los sagrados ria, que previniesen para ce-  
 Euangelistas escriuen, no lebrar la Pasqua. Diò ordẽ  
 sabemos à que opinion lle- à S. Pedro, y à S. Iuan, para  
 gar el entendimiento. Con q̄ entrasen en la Ciudad, y  
 todo esto en nuestros Ana- les dize, à la entrada encen-  
 les Euangelicos escriuimos- dros trareis à vn ombre con vn  
 con toda latitud, y curiosi- al cantaro de agua, seguidle,  
 dad todo quantò los Santos hasta la casa donde entrare.  
 Doctores àndicho, en todo Abdueño della le direis de  
 lo que toca à la vida de mi parte que se à llegado la  
 Cristo nuestro Señor, y de hora de celebrar la Pasqua, y  
 su Santissima Madre. Allí quiero en su casa tener la  
 àllarà el Letor quanto de solemnidad. Pedidle, que os  
 seare saber, sin que le quede muestre el quarto dõde à de-  
 particularidad de que no le fer. El os mostrarà vn Cena-  
 dè noticia autorizada en to- culo grãde, y adereçado, id,  
 do, cõforme à lo q̄ pide ma- y en èl areis la preuencion.  
 teria tan graue, à todas luzes. Obedecieron el orden q̄ les  
 zes, que demàs de mucho avia dado, allaron las señas,  
 à sido de mucho estudio; y como les auia dicho, entra-  
 la segunda, porque en esta ron en la casa, y previnieron  
 breuedad, no cabe aquella lo necesario.  
 dilacion, ni esta leyenda Para celebrar la Pas-  
 pide mas: antes emos levanta- qua, y el Misterio sacro-  
 do el estilo de lo que enpe- santo de su sagrado Cuerpo,



y sangre, les dà señas, de que allatàn à vn onbre con vn cantaro de agua, y que el Cenaculo es grande, y aderezado. Segun las muestras, devia de ser onbre poderoso, el dueño, pues prendas tan preciosas, como el Caliz que està en Valencia, y el catino, fuente, ò plato que està en Genova, y el adorno que su Magestad les dà por señas, no eràn cosas de onbre pobre. Linpieza, agua, y aseos se previenen al Sacramento, como si dixera el Señor, que para llegar se à aquella soberana mesa, à de preceder mucho lauatorio, mucha linpieza, lagrimas en los ojos, y mucho adorno de virtudes. La ora se llegò, dize S. Lucas. San Mateo dize, que por la tarde entrò el Señor, acompañado de sus doze Discipulos, y sentado a la mesa les dixo: E desfendo mucho el celebrar esta Pasqua con vosotros antes que padezca. Sentia mucho, y doliale en su coraçon auante, la traycion que Iudas tenia ya armada, con los Pontifices, y Sacerdotes, para entregarle. Saliò el dolor à los labios, y le pronunciò, diciendo: Con verdad os aseguro, que vno de vosotros me à de entregar. Turbaronse, y entristecieronse los Apostoles, oyendo tal cosa, y afligidos le preguntaron: Señor, Señor, ¿oy yo quien os à de entregar? Dixoles, como en la mesa estaua quiẽ comeria la traycion, y metia la mano en el plato, y mojaba el pan, quiẽ le auia vendido, y le fuera mejor no auer nacido al mundo; para no cometer tal delito, y desdichado del que causaua su prison. Siẽpre el mayor traydor aze preuenciones de mayor difinito, y para conpurgarse Iudas, mas q̃ todos, le pregunta, si acaso es el? Tu lo dixiste, le responde. Palabra que pudo entenderla, aunq̃ los Discipulos no la alcãaron por entõces; pues no fuera mucho, si lo supierã, azerle pedaços entre las manos. Con todo esto dize San Lucas, enpeçaron entre si mismos à averiguar quien



quien sería. Bien lo desed San Pedro, y por ſi lo hizo feñas à San Iuan, que estava recostado ſobre el pecho de ſu Maeſtro, para que lo preguntase. Izolo, y le dixo, que aquel à quien daua el pan mojado en el caldo. Diciendo eſto, la diò à Iudas, pero todos ſe quedaron cõ la duda, porque por entonces no quiso el Señor, que ſe ſupieſe, aſta que el efecto lo viese manifeſtado.

No quiere el Señor ſe ſe pa, ni con aspereza le abla, para que mas facilmente pudiese reducirle con ſu aſabilidad. dize San Leon, pues via, que ſabiendo ſu maldad, no le afrentaua por ella. Aun auiendo diſpuerto la venta, y concertado ſe en el precio, no quiere Criſto que ſe diga. Era ſuperior, y miraua por el credito de ſu ſubdito. Era Rey, y queria con ſu clemencia reducir à ſu vaſallo. Abla el mundo, aun antes q̄ las cosas ſe agan; y Dios, aun despues de comedia la traicion, no quiere que ſe diga, aſta que ella ſe manifeſte.

Tres cenas fueron las de aquella noche. La primera, la del cordero, la ſegunda, la comun, y la tercera la la inſtitucion del pan, y vino en ſu cuerpo, y ſangre precioliſima. Ahora entra la aueriguacion del laſatorio en que ocaſion fue. Muchas plumas eſcriuen, que antes de la cena del cordero. Mas ſiguiendo à Maldonado con muchos Padres de la Igleſia ſiento, que fue despues de las dos cenas: y antes de la inſtitucion. Ah lo inſinua San Iuan: *Etena facta*, y mas abaxo repite: *Surgit à Cena*. Leuantar ſe de la Cena, y echa la Cena, parece, que no dexa lugar à la duda. La congruencia lo perſeade, pues una accion tan vnide, y de tantos misterios, ſolamente la tiraua para ſi la inſtitucio de aquel admirable Sacramẽto, pues eſpirando ya las ceremonias de la ley, y enſeñando la de gracia, quiso el Señor darnos exemplo de amor, y vnion vnos cõ otros, como en ſi el de la Eucaristia es Sacramento de vnion, y



los misterios tan soberanos que encerraua en aquella vnilde accion, ya eran para abrir puerta al Testamento nuevo, y para cerrar las antiguas al Viejo. Estas son razones que me persuaden.

Aun no se auia acabado la Cena, y enpeçaron à tener cõtienda los discipulos sobre quiẽ auia de ser el mayor entre ellos. Valgate Dios, naturaleza vmana, y quando às de sanar desta enfermedad de ambicion! A vista de la vnildad de Cristo, y en su presencia se ponen à disputar sobre quien à de ser superior à los demàs. No atienden à lo que les està enseñando de vnildad, y abatimiento proprio, y ponen los ojos en el puesto mas alto.

Apartan la vista de aquel espejo clarissimo, y desvanecida con el puesto alto no miran à la vnildad profunda en que su Maestro les enseña.

Puso silencio à su porfia, y como buen Medico, aplicò al achaque el medi-

camento contrario. La enfermedad era por mandar, y les dize, que el que mandare, à de seruir: y el que fuere superior, à de ser criado de todos, y seruirlos.

Leuantòse de la Cena, y quitandose el manto, se tiñò sobre la tunica vn lienço, ò toalla, que seria larga; pues con los cabos del enjugava los pies de sus discipulos. Puso vna bacia en medio, echò agua en ella, y enpeçò el vnilde exercicio.

Aquí ay aora gran controuersia entre los Padres, sobre qual Discipulo fue primero. San Iuan Crisostomo discurre con deuotion, pareciendole fue Iudas: pues como mas necesitado, pedia su enfermedad mas aprieta el remedio, y Autor ay que diga, que fue tanto su desàogo, que se sentò en parte donde fue se el primero. Los que siguen à Crisostomo, se fundan en aquella palabra: *Venit ergo*. De donde infiere, que quando auia llegò à el



ya ania lavado à otto, ò à otros.

Pero el corriente de todos los Padres es, que San Pedro fue el primero, y aquel *Ergo*, es declarar, que empezó el lauatorio. Puso la bacía à sus pies, y puesto de rodillas, quiso labarlos. Tan grãde fue la turbaciõ, y espanto en el Apostol, de ver lo que nadie en el mundo padiera imaginar, que *Per Conaculum, velat insensatus cucurrit*, dixo vn Padre. Que atonito, y como sin juicio, se retirò huyendo por la sala de la Cena. Señor, dezia, tu à mi me as de labar los pies? Respondiõle el Señor: Lo que yo ago, no lo sabes tu aora, despues lo sabrás. Bolvió à escusarse, y el Señor le amenaça, con que no tendrá su compañía, sino obedece. Mayor asombro fue el que tuvo en esta amenaça, que en ver à Cristo vsar vna accion tan insolita; pues aqui no queria conceder los pies, y aora pies, y manos le ofrece al lauatorio. Despues les dixo: que aunque es-

tauan liapios, no eran todos. Dixo esto por Judas, que entregado su coraçon al demonio, andaua disponiendo tal enormidad. Acabado el lauatorio à todos, bolvió à ponerse su manto, y sentado en su lugar, les dixo: Dicipalos, vna cosa aveis visto, que quiero aora preguntarõs sobre ella. Sabeis que è echo con vosotros? Vosotros me llamais Maestro, y Señor. Bien dezis, porque lo soy. Si yo siendo vuestro Maestro, y Señor os è labado los pies, también vosotros deveis labar los vnos à otros. Esta accion, Dicipulos, à sido para daros exemplo; y para que como yo è echo, así obréis vosotros.

Por primera regla se pone el Soberano Maestro, para q̄ imiten sus Dicipulos. Quando quieren saber lo q̄ intenta azer, calla, asta q̄ à executado, y despues de la obra, dize, que de ella, tomen exemplo.

Primero obra, y luego habla, y antes que les corrija, ya les à enseñado cõsigo



mismo. No ay medio mas fuerte para entablar la obediencia en los subditos, que obrar el superior lo q̄ ellos àn de obedecer. A este imperio no ay en ellos palabras, ni ay excusa q̄ alegar, quando à él le v̄ que obra lo q̄ à ellos les manda.

Despues tomó el pan en sus santas, y venerables manos, y le consagrò, y se le diò à comer. Sienten todos los mas Padres, que Cristo se comulgò a si mismo, comiendo su Cuerpo Sacramentado, y bebiendo su preciosissima Sangre. Consagrò el Caliz, y bebieron todos. Otra question gravissima se mueve aqui, dificultando si Judas comulgò el Cuerpo de Cristo Señor nuestro, y bebió el Caliz de su Sangre. A la solucion desto remito à mis Anales Evangelicos, donde de proposito se trata, y se resuelve, segun el sentir mas probable. Predicò les su Magestad aquel Sermon mas lleno de misterios, que de palabras, exortandolos al amor, y auiendo dicho el Imno, salieron al

mente de los Ollas. El Imno que cantaron, dicen, que fue el Psalm o: *Laudate Dominum de Coelis*, ò el Cantic o: *Benedicite omnia opera Domini Domino.*

Para aver de entrar en la batalla de su Pasion santissima, primero conforta à sus Discipulos con su Cuerpo, y Sangre Sacramentado. Antes que sea entregado en manos de sus enemigos à la muerte, se quiere quedar entre nosotros. Confortalos cõ tan preciosa comida, para que entiendan los nombres, que en ella està la alegria de nuestra tristeza, el consuelo de nuestra melancolia, el esfuerço de nuestro decaecimiento, el alimento para nuestra hambre, la medicina para nuestra dolencia, el remedio à nuestras necesidades, y Dios para la criatura que dignamente le recibe.

### EXEMPLO I.

Quando el amor q̄ Cristo Señor nuestro tiene a los ombres no vuleta mas me-  
 dio



dió para conocerle, que el Santísimo Sacramento del Altar, y lo que su amor sufre en él de ingratiudes de los hijos de Adán, era bastante motivo para que incessantemente estuviéramos nuestras lenguas dándole gracias, y postrados siempre en su presencia, confesar nuestros errores, y alabar sus misericordias. No le bastó à su amor el auer padecido tanto, como desde que nació, asta que resucitó, sino que pasando sus finezas mas allá de la muerte, quiso subiendo al Cielo quedarle Sacramento entre nosotros, donde nuestras ingratiudes parece que apuestan con su amor. Solo él que nos ama, y supaciencia que nos sufre, puede saber las ofensas que en aquel Sacramento à recibido de los malos pecadores. Qué no àn dicho los Ereges? Qué no àn echo contra él? Qué atrocidades no àn intentado? A ese paso, qué beneficios invisibles, y visibiles no nos aze? Los exemplos que ay desto son innumerables. La Real presencia

de su Magestad, debaxo de aquellos accidētes, quantas vezes la àn negado los Ereges, y la niegan oy los de el Norte, y Alemania? Auiendo obrado tantos prodigios, en confirmacion desto, y reconociendo allí à su Dios, asta los brutos, ellos mas irracionales que ellos, aun no la quieren creer. Algunos casos destos referiremos, para roborar mas nuestra Fè, y encender nuestra deuocion, y luego las mercedes que aze nuestro Señor à los que en él le veneran.

En tiempo del Abad Arsenio vitia vn Monje muy virtuoso; pero muy simple. Conocia el Señor, que sus ignorancias no eran ijas de affectacion, sino de falta de luz, y fue seruido de darle la, para sacarle dellas: Dió en vna, que era afirmat, que no estava en el Sacramento el Cuerpo, y Sangre de Iesu Christo, sino vna figura, y representacion suya. A caso oyeron estos dos Monjes ancianos, y escandalizados de la eresia le reprendieron, y anilaron de la verdad, en



teñandole el misterio, como la Fe nos enseña, y devemos creer, diziendole, q realmente estava el Cuerpo, y Sangre de nuestro Señor Iesu Christo, no figuratiuamente como el dezia. Dexándole así enfermo, se fueron à sus celdas, y confitiendo el caso con los demás Monjes, en virtud del conocimiento que tenían de su simplicidad, y buena vida, le escusaron, pareciendoles, que seria facil reducirle, bolviendo otra vez à ablarle en ello. Otros dos Monjes fueron à verle, y le dixerón: Padre, emos cido, que vn infiel, que siente mal de el Santissimo Sacramento à dicho, que no està en el verdaderamente el Cuerpo, y Sangre de Cristo, sino su Imagen. Pareciòles, que entrando deste modo en la conuersacion, conocióla su error el viejo, y se apartaria del. Pero con grande sencillez les respondió: Yo soy el que dize eso, no ay que echarle à ningun infiel la culpa. Padre, Padre, le dixerón los Monjes, no

digais eso, q es eresia, sino creed, como la Iglesia Catolica nos enseña, que gobernada, por el Espiritu Santo, ni puede engañarse, ni engañar à susijos. Nosotros creemos firmemente, q el que despues de Conlagrado parece pan, es el Cuerpo de Iesu Christo, y lo que parece vino, es su Sangre realmente. El color, olor, y sabor, se conseruan milagrosamente, sin sugeto, porq la sustancia, se à mudado en el Cuerpo, y en la Sangre, q cò los accidētes està cubierta. Formando Dios al onbre de tierra à su imagen, y semejança, aunque è les infinito, no es el onbre imaginaria? Pues así mismo tomado Iesu Christo el pan en sus manos, y diziendo este es mi cuerpo, creemos queda conuertido en èl el pã, realmente, y no en figura ni semejança. Ay entendimientos que se azen pertinazes en vna cosa, solo porque se la persuaden, y si no izieran caso dellos, depusieran su sentir, y se ajustaran à lo q es razon. Con lo q los Mon-



jes Catolicos le predicaron à este, se pùo mas fuerte: cerrò los oídos à los argumentos, y les diò: Padres, no ay que cansaros en persuadirme: porque sino veo cò mis ojos, que el Cuerpo de Cristo està en el Sacramento, no lo è de creer. Vuestras razones no me conuençen, es tomar trabajo en predicarme. Aunque le conocian de mal entendimiento, tenían experiencia de su buena voluntad, y en esta fiaron al remedio à su error, y puer-tà à su salud, que tenía cerrada por su entendimiento, ciego, y pertinaz. Con todo esto le dixeron: Padre, esto q dezis es eresia.

No perdais por ella el fruto de las buenas obras, pues deseais seruir à Dios, y agradarle, por ocho dias enteros suplicad à nuestro Señor se sirua de alùbraros en esta ceguedad. No otros arèmos lo mismo, y fiamos de su misericordia se seruirà de acudir à esta necesidad.

Muy contento quedò el viejo con este partido, y

desde aquella ora enpeçò à rogar à nuestro Señor diciendo: Señor, bien sabeis, que el ser incredulo en esto, no nace de malicia en mi, sino de mi ignorancia: Señor mio Iesu Cristo, tened por bien de reuelarme esto, para que yo acierte à seruir, y crea lo que deuo para la saluacion de mi alma. Los Monjes asimismo cò seruirosas oraciones lo suplicavan à su Magestad.

Oyò sus ruegos, que no puede negarse à los que van encaminados à su santo seruiçio, y à los deseos del acierto.

El Domingo siguiente juntandose los Monjes en la Iglesia à los officios diuinos, al poner el Sacerdote la ostia consagrada sobre el Altar, entre todos los demàs que asistian, estos tres solos vieron à vn Niño ermosísimo, que estaua acostado en el.

Y queriendo partir la Ostia, vieron, que baxò vn Angel del Cielo, y le diuidia en partes, y la sangre que salia de aquel Cuerpo



ermosísimo mas que el Sol, la Tba recogiendo en el Caliz. Atendieron à las acciones del Angel, y del Sacerdote, y notaron, que las acciones que iba aziendo este en el sacramento, esas iba el Angel obrando en el niño. Diuidió la Ostia en muchas partes, y en otras tatas diuidió el cuerpo del niño el Angel. Llegaron todos los Mōjes à recibir la sagrada Comunion, y quando llegó el, viò, que la forma q̄ le daua el Sacerdote, se auia conuertido en vn pedazito de carne, toda llena de sangre, al modo de la que via echa pedazos del cuerpo del niño. Entōces atemorizado leuantò la voz, diziendo: Señor, creo firmemente, q̄ el pan sacrosanto en que te quedas consagrado, es tu santísimo Cuerpo, y que en el Caliz està tu preciosa sangre real, y verdaderamente. Al punto aquella carne, se bolviò à sus accidentes de pan, y le recibì dando gracias à nuestro Señor. Dixerōle los Monjes ves ay. Conoce Dios, que el onbre no

puede alimētarse de carnes crudas, y por eso transfigurò su cuerpo en pan, y su sangre en vino, con que quedò reducido, y todos confirmados nueuamente, y dando gracias al Señor.

EXEMPLO II.

Muchas maravillas à obrado nuestro Señor, por medio deste Santísimo Sacramento, ya venciendo la incredulidad de los infieles, ya castigando à los que se llegã à el con poca disposicion. Y como es medicina que sana nuestros achaques, y enfermedades de los vicios, si se escriuieran todos los casos portentosos, que por medio deste Sacramento à obrado, como fueran innumerables, y la capacidad vmana no bastara à conprenderlos, asimismo no se allara genero de maldad à que mediãte el no se viera mostrado la justicia diuina, ni caso alguno en que su piedad aya de socorrer à los onbres, en q̄ no se aya mostrado su misericordia. En nuestra España

su



cedieron muchos, que está-  
do infestada de Iudios, asta  
que los Catolicos Reyes los  
echaron de sus Reynos, y de  
Moros, asta que el Santo Rey  
Don Felipe Tercero izo la  
expulsion de los Moriscos,  
para confundir la incredula  
pertinacia de estos enemigos  
de su santa Fe Catolica, que  
no quieren creerle, ni vene-  
rarle en aquel amable Sacra-  
mento, y roborar mas a los  
Catolicos Españoles en su  
fee, se vieron mil prodigios.  
Vno de ellos sucedió en la  
Villa de Fromista, en el Obis-  
pado de Palencia, que vn om-  
bre llamado Pedro Fernan-  
dez devia a otro vna canti-  
dad de dinero, y sin aver me-  
dio para cobrarlos de el, re-  
currió al Iuez Eclesiastico.  
Pusole por excomulgado, pa-  
ra que diese satisfacion. Pa-  
gó el dinero, y juzgando que  
dar con eso satisfecho todo,  
lo cuidò absolverse de la cõ-  
fura. Después de algunos  
dias le diò la enfermedad de  
la muerte, y pidió los San-  
tos Sacramentos, para ca-  
minar, como Cristiano en  
aquella jornada tan peligro-

sa. Traxole el Cura acompa-  
ñado de mucha gente, y echas  
las preguntas ordinarias que  
determina la Iglesia nuestra  
Madre, tomò la forma cõ-  
sagrada para llegar a comul-  
gar al enfermo, y por nin-  
gun modo pudo despegarla  
de la patena. Asonbròse el  
Cura de caso tan extraordi-  
nario, y juzgando, q̄ aquel  
prodigio sucederia por al-  
guna indisposicion del enfer-  
mo, ò pecado oculto, man-  
dò salir fuera del quarto a  
los que venia acompañando  
a su Magestad. Entonces pre-  
guntò al enfermo si auia de-  
xado por confesar alguna  
culpa, y respondióle, que no.  
Congojòse nuevamente el  
vno, y el otro de ver, que no  
teniendo a su parecer peca-  
do que le impidiese, así viuie-  
se nuestro Señor reufado en-  
trar en su Cuerpo. Bolvió a  
preguntarle el Cura, si auia  
incurrido en alguna exco-  
munion de que no estuuiese  
absuelto? Acordòse enton-  
ces el enfermo del descuido  
pasado. Absolviòle el Cura,  
y le comulgò con otra for-  
ma, quedando aquella sien-



pre allí pegada. En la qual interuienen dos milagros, vno, dize Illescas en su Pontifical, el auer quedado la forma pegada à la patena, y tan vnida à ella: y otro el cõseruarse tanto tiempo, sin corrupcion alguna, como oy se muestra auiendo cerca de docientos años que sucediò el caso.

Muchos cuenta el Cardenal Roberto Belarmino, sacados de Enrique Gran, de donde asimismo emos puesto algunas istorias en estos libros trae auer vn mal Cristiano escondido al Santissimo Sacramento en vn lugar indecente, y las auejas le fabricaron vna Custodia de cera blanquissima, y con su confusa musica, dispuestos los enxambres à coros, y con grande orden estauan alabando à su Criador. Lo mismo se dize auer sucedido en la Ciudad de Granada, en el mismo sitio donde oy està fundado el Conuen-de la Santissima Trinidad de Calzados, y es tradicion muy recibida en todos los vezinos de aquella Ciudad.

Notables maravillas à obrado N. S. para castigo de los malos, y asimismo à onrado, y fauorecido à los buenos, que en este Sacramento Santissimo le veneran. Quando desto no viera tantos exenplares, basta por millares el cuydado que à tenido en ensalçar, y azer gloriosa à la serenissima Casa de Austria, por la deuocion singular cõ que sienpre à venerado, y venera a este Señor Sacramentado. Sienpre esta Casa à sido nobilissima, y tanto, que buscandole sus principios, casi se rozan con los de la naturaleza vmana, pues segun escribe Don Fr. Prudencio de Sandoval Cronista del glorioso Enperador Carlos Quinto, desde q̄ los ijos de Noe enpeçaron despues del diluvio à abitar el mundo, trae su origen, y descendencia, illustre, y esclarecida, asta llegar à los tiempos en q̄ nuestro Señor quiso ceñir sus sienes cõ la Augusta Corona del Inperio de Alemania, premiando singularmente cõ ella la deuocion que tuvieron à este misterio de Fe.

Fue



Fue, pues, el caso. Era Conde de Habsburg Rodulfo, y como Principe Religioso, sabia estimar à los que cõ verdad tratavan de seruir à Dios. En su tiempo vinia en cerrada en vna celda vna muger anciana, en vn desiertito, cuya fama de santa vida corria con grandẽ veneracion en todos. Solia el Conde visitarla muchas vezes, y en esta ocasion quiso ir à verla, acompañado de el Señor de Kiburg, su paciente. Al salir en su cavallo encontraron à vn Sacerdote, q̄ lleuaua el Santissimo Sacramento à vn enfermo, iba à pie, y cõ alguna incomodidad del tiempo. Atendiõle el Cõde, y en su Catolico coraçon izo prodigioso efecto, ver à vn Sacerdote à pie, y con el Señor de Cielos, y tierra en las manos cõ mucho trabajo, y poca decencia. Llamõle, y se detuvo, y desmontandose del cavallo, le izo subir en el; tomõle de diestro, y caminõ, como la caçoyo asta la casa del enfermo. El Señor su paciente, movido de aquel exemplo, tomõ

la campanilla, y vn cirio, y dexando su cauallo, asimismo fue acompañando à su Criador. Recibiõle el enfermo, voluieron del mismo modo al Sacerdote à su Iglesia, y dexandole en ella, tomaron los caualllos para ir à ver à aquella Santa Anacoreta, à quien iban à visitar, deseosos de verla por su credito de santidad, que todos estimauan.

Ya nuestro Señor la auia revelado la accion piadosa que el Conde auia echo en su seruicio, y con espíritu de Profecia, al punto que entrò en su celda, le dixo: La accion que às echo en agrado, y veneracion de de Dios, y de su Sacerdote, te la pagarà muy colmada su Magestad, à ti, y à tus sucesores. No juzgues, que mis palabras son vanas promesas, llegaràse el tiempo en q̄ las veas cumplidas, ten cuenta con nueue tiempos, q̄ te àn de suceder, q̄ despues dellos enpeçaras en esta vida à gozarlo q̄ N. S. te à dar en premio de tu deuocion.



Despues de las santas pla-  
rias que tuvieron con ella,  
enpeçò el Conde à numerar  
los tiempos por nueues, con-  
tò las oras, y no conoçia co-  
sa especial, esperò nubues  
dias, ni en estos la viò, y nu-  
merò nueve semanas, en es-  
tas no aduirriò nada; pasó à  
nueue meses, y de stos à a-  
ños, de donde le pareció q̄  
no podia pasar la profecia  
de aquella sierua de Dios,  
pues ya no auia más nueues  
que numerar. En el año no-  
no, que fue el de mil docie-  
tos y setenta y tres, le eligio-  
ron los Principes del Inpe-  
rio en Enperador, Augusto.

En su persona parece que  
se cumplió à la letra lo que  
el Señor prometió à Abraã:  
*Faciame te in gentem magna.*  
Que le aia Cabeça de vna  
generacion de grandes, y  
muchosijos, y tantos, que  
le sobran Principes à esta  
serenissima familia, y al mū-  
do le faltan Coronas en que  
ocuparlos, efectos todos de  
sugran Cristiandad, zelo de  
la Catolica Religion, y ene-  
racion al Augusto, y inefab-  
le Sacramēto de el Altari-

Todos los prodigios que  
en esto iban sucediendo, ce-  
tauan pidiendo vna nueva  
institucion de solemnissima  
fiesta en la Iglesia, y cada dia  
parece que su Magestad los  
obraua, para que se lziese.

Por el año de mil docie-  
tos y sesenta y tres, estando  
el Sumo Pontifice Urbano  
Quarto en Orbieto, Ciu-  
dad en la Toscana, sucedió  
en Bolsena, lugar muy cer-  
ca de Orbieto, que diziē-  
do Misa vn Clerigo, y teniē-  
teniēds en las manos la Ofi-  
tia Consagrada, començò à  
sentir grandes dificultades,  
dudas, y tentaciones de la  
verdad de aquel Santissimo  
Sacramento, si era así, que  
en èl estuuiese llama, pro-  
pria, y realmento el cuer-  
po, y sangre de Jesús Cristo  
nuestro Señor; y en esto  
enpeçò la Ostia à destilar  
sangre viua, que cayò sobre  
los Corporales, y dexò  
teñidos en muchas partes,  
sin quer salido de ellos, así  
ta, oy la señal, y saltaron  
otras gotas sobre la piedra  
mármol de la peana, así  
allí, como en el purifica-



dor, que es vn lienço que an-  
da con el Caliz, para su lin-  
pieza, y donde quiera que  
tocaron, quedó; y à per fec-  
verado el color de sangre as-  
ta oy en la Iglesia de Santa  
Cristina, donde dice el mio  
lagro. no nadi sup, solo yo

Los Corporales bañados  
en sangre, q traxeron desde  
Bolsena, con grande pompa,  
y procesion, y todos los Car-  
denales, Obispos, y Arco-  
bispos, con toda la Clero-  
cia, y pueblo, salieron por  
mandado del Papa à recibir  
les, y con este agonpaniã  
to se pusieron en la Iglesia  
principal de Orbieto, q por  
esta ocasion se labró despues  
suntuosissimamente, debaxo  
de la vocacion de nuestra  
Señora la Virgen Maria.

No se ablau en otra co-  
sa por toda la Corte Roma-  
na, y el Papa, y los Carde-  
nales estauan cõ cuidado de  
azer alguna memoria de es-  
te milagro estupendo. Jun-  
taronse con este otros mu-  
chos, que se traxeron en cõ-  
sequencia, y entre ellos,  
el que auia acontecido en  
los Corporales, que dicen

de Daroca en el Reyno de  
Aragon, que fue señala-  
da cosa en el mundo. Por q  
andando en la Conquista de  
los lugares de aquel Reyno,  
despues de ganada aquella  
famosa Ciudad, Don Beren-  
guet de Euzença, General  
de las Armas del Rey Don  
Iaimé, puso cerco sobre el  
Castiello de Obin, que está  
en medio de Luchente, y  
Pinete, dos pueblos ban-  
tiquissimos desde allí à Xa-  
tua, Ciudad fuette ay ca-  
sities leguas, y otras tan-  
tas de Albayda, y era la lla-  
ue de todos los lugares que  
auia en aquel valle, y de  
toda importancia para tener  
apretada la Ciudad. Nuestro  
campo se puso en vn aspero  
collado, q se llamava Bet-  
guira, y aora el Puig del  
Codol, por vna piedra grã  
de que auia en la cõbre del,  
q en lengua Valenciana se  
llama Codol, donde aora es-  
tà vn Conuento de la Orden  
de Predicadores, llamado  
Corpus Cristi. Desde allí en-  
peçaron à combatir el Casti-  
ello por la parte q está àzia  
vn lugarejo de Benicavella



Auaq̃ los Cristianos eran pocos, no mas 225. cauallos, y asta 500. infantes, los Moros se vieron muy apretados, y con las aumadas dieron auiso à toda la tierra, de donde en pocas oras les acudiò el socorro, y se allaron en el valle de Albayda veinte mil dellos. Auiendo entendido ser pocos los nuestros, cercaron el collado, porque no se les escapase Cristiano à vida. El Capitan D. Berenguel, auido su Consejo, se resolviò en salir à ellos, y darles la batalla, teniendo en poco à toda la Morisma, y fiando en Dios, en cuyas manos estàn las victorias. El dia siguiente, que fue Sabado veinte y tres de Febrero, vispera de San Marias, del año de mil dociientos y treinta y nueue, al amanecer, quiso Don Berenguel de Entença, como Catolico, preuenirse de la ayuda de Dios, y de sus Divinos Sacramentos, y ordenò que vn Clerigo de Daroca, Mosen Mateo Ramirez, que era Retor, ò Cura de la Parroquia de San Cristoval de

aquella Ciudad, les dixese Misa, y comulgase à los q̃ quisiese. El Clerigo dispuso vn Altar sobre la misma peña, y puso seis formas para comulgar al General, y à otros cinco Caualleros principales, que iban en su compañía, Don Fernan Sanchez de Ayerve, Don Pedro de Luna, Don Pedro Ximenez Carroz, Don Ramon de Cardona, y D. Guillen de Aguilon. Mientras el Sacerdote se preuenia, izo el Capitan vn breve razonamiento à los que allí estauan, que no eran muchos, porque auia embiado alguna gente à guardar vnos pasos por donde los Moros podian subir à desora, yazer mucho daño en ellos: Esforçolos à todos à pelear con la ayuda de nuestra Señora, cuyo era aquel dia les diò orden, que al brazo izquierdo llevasen todos vn ramo de palma, de que estaua lleno aquel lugar, con que se pudiesen conocer vnos à otros.

En esto se comencò la Misa, y despues de consagrado,



do, y adorado el diuino Sacramento, y antes que los Caualleros pudieſen recibirle, ſe diò al arma con tanta priefa, q̄ dexando al Sacerdote ſolo, corrieron todos à la parte por dõde los moros ſubian, y pueſtos en buena orden les eſtorvaron el paſo, matando, y iriendo à muchos dellos, ya à vezes ganando, y vezes perdiendo tierra. En tres oras enteras q̄ durò la baralla, los venció à todos los Moros, y echarò del Càpo milagroſamente, con increíble matança.

El Capellan que dezia la Miſa, cogió preſto los Corporales, y en ellos las formas que tenia conſagradas, para aquellos Caualleros, y turbado de muerte, las escondió entre vnas matas de palmitos, y de allí ſe fue cõ los Clerigos, que eſtauan juntos incados de rodillas, llorando, y orando, encomẽdando à Dios à los Crif- tianos, que con tanto peligro peleauan. Quando los Crif- tianos boluieron al Codo con tan gran yitoria,

el Clerigo fue por las formas, que tenia escondidas, quiza cõ intento de comulgar à los Caualleros, ò lo que mas cierto es, para ponerlas en mejor cobro, ya que eſtauan ſeguros de enemigos. Las quales allò pegadas al lienço, y de color de ſangre, tan pegadas, que no fue poſible de ſasirlas, ni apartarlas, de que no ſolo el Clerigo; pero todo el exercito Catolico quedò turbado, y fuera de ſi, no ſabiendo queazer, ni que dezir, mas que llorar, y dar vezes al Cielo confuſas, y deſordenadas de puro eſpanto.

Aſta que ſoſegandose vn poco el ruido, ſe tratò con mucha cordura lo que ſe à- via deazer. Otro dia ſiguiẽte, quiſieron proſeguir el cõbate del Caſtillo de Chio; pero no fue menester mucha fuerça para tomarle, porque los Moros, ſe diertõ à partido, y Den Berenguel de Entença mandò derribar la muralla por el ſuelo, y poner fuego à todas las caſas de el, porque



no pudiesen los Moros volver à fortificarse en ellas. Aunque sobre los Corporales, y formas, vuomas diferencia entre aquellos Caballeros, que entre las vanderas, y despojos de los Moros, queriendo cada qual para su tierra tan gran Reliquia, al fin se lleuaron à Daroca, que està de Luchente mas de cincuenta leguas, adonde entraron à siete de Março de aquel año, y se pusieron en la Parroquia de Sã Critoval, donde era Cura el Clerigo que las consagrò. Despues de algunos dias se pasaron à la Iglesia Mayor donde se guardan asta aora. La ijuela del Caliz, q̄ auia quedado encima de las Ofertias cõ alguna señal de sangre, se conserva oy en el Conuento de Santa Cruz de Carboneras en Castilla, que es de la Orden de Predicadores, en el Marquesado de Moya, Diocesis de Cuenca, donde la puso Doña Beatriz de Bobadilla, primera Marquesa de Moya, à quien la Serenissima Reyna Catolica Doña Isabel la auia dado en tiempo de su muerte.

Las alteraciones que se ofrecian aora en el exercito Cristiano eran grandes, sobre que cada vno alegaua razones para que le tocasse lleuarse aquellos Corporales con las formas, y esforçandose su devocion à esto, no se oian, sino voces, descõsuelos, y porfias. El Capitan General resolviò en esto cõ prudẽcia, diziendo, q̄ el milagro era obra inmedatamete de Dios, y queria remitir à su Magestad declarase el lugar donde queria, que su Cuerpo santissimo en aquellas formas fuese venerado. Sobre esto echaron suertes, poniendo en cedula los nombres de la patria de cada vno de los litigantes, y tres vezes consecutinas salió la suerte por la Ciudad de Daroca, de donde era el Clerigo que las auia consagrado. Ni aun con esto se quietaron los que no eran naturales de aquella Ciudad, y dieron en otro acuerdo, de que se buscasse vna mula mäs, y en vna arquita se pusiesen sobre ella los Corporales, para que ella siguiese



el runbo que nuestro Señor laguiase, y donde parase se conoceria ser alli el lugar que su Magestad gustava: y para que se conociese ser obra suya, se buscasse mula q̄ jamàs vuiese andado por tierras de Cristianos, para que el conocimiento no la guiasse adonde ella sabia. Cō esto se quietaron todos, aū que el Cura no muy contento del concierto; pero siempre con esperanças en Dios que bolveria à repetir lo q̄ en la suerte auia insinuado por tres vezes. Pusierō vna arquita sobre la mula ricamente adereçada, à quien seguian los Clerigos, y Capitanes detrás con luzes en las manos, y mucho numero de soldados. Salian à los caminos multitud de gente, dexando los lugares desiertos por adorar à su Dios, y reuerenciarle, alabandole por sus marauillas. Ponianle à la mula delante mucha comida para q̄ se detuviese, pero nunca parò, ni vn instante, asta llegar à Daroca. Encaminose à vn Ospital q̄ estaua à la entrada de la Ciu

dad, donde sucediò otro milagro, porque entrando en la Iglesia del, luego doblò los pies, poniendose de rodillas, y al instante quedò muerta. No quiso nuestro Señor, ni era razon, que el bruto que auia seruido à su Criador, siruiese despues à criatura ninguna. De este modo pararon en Daroca los Corporales, donde consurrieron luego Principes, y Señores à adorar à su Dios, y ver aquel milagro, tan continuado, que con auer cañ quatrocientos y cinquenta años que sucediò, se cōseruã las formas sin corrupciõ alguna, y enteras, cosa que natura mente no puede ser. Otro es estar teñidas de color de sangre, y pegadas al lienço. Luego al punto que sucediò, se enbiaron Embaxadores al Papa Urbano IV. dandole noticia de lo sucedido, el qual concediò muchas indulgencias à todos los que visitaren à nuestro Señor en aquel Sacramento, y le adorasen en aquellas formas.

El concurso de los pue



blos era innumerable, y para dar forma en el dia, y quando se auia de mostrar al pueblo solemnemente, determinaron, que el dia siete de Março, porque en él llegaron allí las Santas formas, se mostrasen al pueblo, y para eso hizieron vna torre, junto à la Iglesia de el Ospital, para que todos los fieles que concurrían, pudiesen de todas partes ver, y adorar à nuestro Señor. Este dia se aze vna procesion cõ grandissima solemnidad, y en este dia parece que nuestro Señor anunció con esta solemnidad al mundo q̄ auia de solemnizarse en la Iglesia Catolica fiesta à S. Tomás, que tanta parte tuvo en la fiesta de su Santissimo Cuerpo, y Sangre.

### EXEMPLO III.

Entre los grandes servicios que la Iglesia Catolica à recibido de la Orden de Santo Domingo, desde que este Sagrado Patriarca la fundò, se puede numerar vno que vale por mil, que es

solicitar con el Romano Pontifice instituyese fiesta particular, y señalase dia para que en él precisamente celebrase la Cristiandad fiesta al Santissimo Sacramento del Altar. Porque como la fiesta de Todos santos se instituyò para que nuestra deuocion supliese en vn dia todo lo que auia tenido de faltas en las solemnidades de todo el año, que con gozosa tarea consagra à Dios, y à sus santos: así viuiese vn dia propio en el año para celebrar, à Cristo en aquel Sacramento Santissimo, y con alegrías, y deuocion de alma, y cuerpo, supla nuestra atencion las faltas que en el discurso del año àn tenido en estas solemnidades. Trae esta istoria vn Padre de la Compania, que por vnilidad calla su nombre, en las adiciones al Espejo de los Exemplos, que escribe Enrique Gran, y cita por Autor della à Iuan Diestemo, Prior de la Iglesia de Santiago de Leodio, y dize, q̄ por los años del Señor de 1230. en la Ciudad de Leodio auia



vn Ospital fuera de sus mu-  
ros, dōde se curauan lepro-  
sos, que vulgarmente se  
llama oy el monte Cornes-  
llo, donde vivió vna virgen  
admirable en virtudes, ha-  
mada Iuliana, que desde su  
niñez se auia criado en aquel  
Ospital en seruicio de los  
enfermos. Su humildad, deu-  
vacion, obediencia, perfe-  
verancia en la oracion, y  
sus virtudes fueron materia  
para muchos libros que de-  
llo se han escrito, en que  
se publican grandes prodigi-  
os suyos, mercedes singu-  
lares, que nuestro Señor le-  
izo, raptos, y extasis, y no-  
tables cosas de su Espiritu  
de Profecia. Las luchas, y  
peleas que tenia con el de-  
monio eran casi continuas,  
y a este conpass las visiras que  
la azian los Sagrados Apōs-  
toles, y otros Cortesanos  
del Cielo. Por su medio, y  
oraciones obrò la Divina  
Magestad muchos mila-  
gròs, y toda suerte de enfer-  
mos acudian a pedirle sus  
intercesiones con Dios, re-  
niendose por alegrados de  
que qualquiera cosa que le

pidiese en sus necesidades  
Espirituales, ò temporales,  
la auian de conseguir.

Desde los primeros años  
de su niñez enpeçò a en-  
plearse toda en la oracion,  
en que le comunicaua su sa-  
grado Esposo singulares  
mercedes: y desde q̄ tuvo  
vso de razō, enpeçò à tener  
vna visiō casi cōtinuada. Re-  
presentauasele vna Luna res-  
plandeciēte en su plenitud,  
con vna señal, que de alto  
abaxo parecia tenerla que-  
brada. A los principios le  
causò admitacion, como no-  
uedad, y repitiendose por  
muchos dias la misma visiō,  
siempre tuvo q̄ rezelar se cui-  
dado. Pediale à nuestro Se-  
ñor instantissimamente, que  
apartara de sus ojos aquella  
representacion, y solici-  
taua à otras personas espi-  
rituales iziesen lo mismo.

Rogaualo, y no lo con-  
seguia, azia estas diligen-  
cias, y siempre persevera-  
ua, porque el Señor, que  
la ablaua mudamente, que-  
ria, que con sus ruegos  
mereciese la explicacion de  
aquel grande enigma. Des-



pues de tantos años, como se le representaua aquella Luna, enpeçò à discurrir q̄ aquello no carecia de misterio, y que sin duda queria el Señor darla à entender alguna cosa con la perseverancia de lo que via. Apareciósele Cristo Señor nuestro, y la dixo el misterio, y era, estar representada la Iglesia en aquella Luna, y la raya, ò quiebra q̄ en ella via, era la falta de vna solemnidad que faltaua por instituirse en ella, para aumento de la Fè, que era la de su Sacramento del Altar, y con ella tendrà todo el lleno de su ermosura. Mandòle su Magestad, que enpeçara à celebrar la, y anunciara al mundo, q̄ se llegaría el dia en que se celebrase. Escusauase con vnilidad, y nuestro Señor sienpre la dezía iziese lo que la auia mandado, q̄ para eso la auia escogido entre todos. Consideraua su vnilidad, y las dificultades que en ello se la auian de ofrecer, allauase incapaz para publicar, ni enpeçar cosa de tanta consideracion, y replicò

à nuestro Señor se siruiese de enseñarla, y mada se aquesa à los Eclesiasticos, y Sacerdotes, à quien tocava la ministracion de tan alto Sacramento. Dixole su Magestad q̄ ella auia de ser en todo caso quien diese principio, y bolviendose à escuchar oyò vna voz del Cielo, q̄ dezía: *Confiteor tibi Pater, Domine Cæli, & terra, quia abscondisti hæc à sapientibus, & prudentibus, & revelasti ea paruulis.* Doyte gracias, Padre, y Señor de el Cielo, y de la tierra, porq̄ ocultaste estòs misterios à los Sabios, y prudentes del mundo, y los reuelaste à los vnilde, y pequeños. Aun con esto no se quiso reducir. Instò vnilde otra vez, y oyò otra voz, diciendo: *Immissit in os meum Canticum nouum, carmen Deo nostro. Iustitiam tuam nõ abscondi.* Puso el Señor en mis labios vn Canticò nueuo, que es misterio à nuestro Dios. Tu justicia no la ocultè à ninguno. No fue vn dia solo, sino veinte años los que pasaro escu-



fandose vnilde con nueſtro Señor, que se ſiruiſe de encargar à otro el publicar eſta nueua ſolemnidad, y ſu Diuina Mageſtad en mãdarla, que ella la enpeçaſe, y publicafe al mundo. Quanto mas ſe eſcuſava, tanto mas inſiſtia aquel Señor q̄ tanto amò, y quiere la vnildad en ſus criaturas, de que nos diò tantos exenplos. Ya le pareciò, que era reſiſtir la voluntad de Dios, y revelò lo que ſucedia à Don Iuan Lanſena, Canonigo de la Igleſia de Leodio, à quien amava mucho por ſu ſantidad de vida. Rogòle, que lo comunicafe con perſonas de ciencia, y autoridad, Izolo aſſi, y lo diò à Don Diego de Trecas, Arceſiano de ſu Igleſia, Varon de grandes letras, que por ellas mereciò deſpues grandes puętos, y ocupaciones, pues de allí ſubiò à Obiſpo Verdunēſe à Patriarca de Ierufalen, y à Sumo Pontifice Vrhanò Quarto. Comunicò el Canonigo aſi miſmo el caſo con aquel Padre de la Igleſia, el Cardenal Vgo de Santo

Caro, que era Prouincial de la Orden de Predicadores en aquella Prouincia, y tan eſclarecido por ſu Santidad, y virtudes, como por ſus letras, que vnas, y otras le traxerò la ſacra purpura de Cardenal, y con el Illuſtriſſimo Don Guiardo, Obiſpo Cameracenſe. Aſi miſmo lo propuſo al Canciller de Paris (no pudo ſer Gerſon, q̄ fue mucho deſpues, ſeria ombre inſigne como èl) y à muchos ombres doctos de la Orden de Predicadores, y à otras perſonas excelentes en virtudes, y letras. Conſirieron biē las reuelaciones, deſpues de largo examen, y conſultas, fueron todos de vn parecer. Que no allauan razon eficaz en la ſagrada Eſcritura, y Canones Ecleſiaſticos, que eſtorvaſe la inſtituciò, y ſolemnidad de ta ſieſta. Antes ſi ſeriamuy para gloria, y onra de Dios, para el proyecho, y aumēto de la Fè, y de los fieles, ſi la memoria de la inſtitucion del Sātiſſimo Sacramēto, ſe celebrafe en la Igleſia todos los años cò eſpecial ſieſta, y ſolem.



solemnidad. Con el parecer de tantos, y tan insignes varones, dió el Canonigo la respuesta à Santa Iuliana, y ella à nuestro Señor muchas gracias de q̄por aquel medio iba manifestando su voluntad.

Deseaua la Santa, q̄ otra alguna persona tuviese noticia desta nueva solemnidad, y que el Señor comunicase este su proposito à otra persona, para poder conferir con ella lo que su Magestad le revelase. Tuvo noticia de vna muger de santa vida, llamada Isabel, a quiẽ comunicaua la divina bondad singulares fauores, à la qual procuró traer consigo à vivir à su Monasterio. Cõfigurado, y en breues pláticas conoció de su nueva ermana ser muger de grande espíritu, y que descubria mucho caudal de cosas celestiales. Procuró saber de ella, si el Señor la auia revelado algo de la nueva solemnidad, y conoció q̄ no. Así mismo conoció esta en Iuliana, que padecía grandes cuydados en esto, y to-

do aquel año gastó en pedirle à nuestro Señor diese à su Sierna luz, y inteligencia de lo que devia azer en esto. Pasado el año, fue à visitar Isabel à vna Santa Religiosa, llamada Eva en el Monasterio de San Martin de aquella Ciudad, entró en la Iglesia, y puesta de rodillas, en presencia de vn Señor Cruzificado, que auia en vn Altar, le reueló su Magestad, que esta fiesta auia estado siempre guardada en el secreto de la Santissima Trinidad, y que ya llegando el fin de los siglos, se auia llegado el tiempo en que gustaua de reuelarla à su Iglesia. Juntamente vió, estando en éxtasis, que todos los Angeles, y Santos por sus clases, cõ los rostros muy vmilés iban llegando à el Trono en que estaua la Santissima Trinidad, y con profunda reuerencia le suplicauan, que para cõfirmar la Fè de la Iglesia militante diese prieta à instituir esta solemnidad del Santissimo Sacramento, para que el mundo que ya bacilaua con ella se confortase.



Con esta vision quedó esta Sierva de Dios Isabel rã confortada, que propuso de alli adelante solicitar su institucion, aunque todo el mundo vniuerso se le opusiera contrario. Alcançò à oír esto Juliana, y alegròse su espíritu con ver, que ya auia el Señor echola participante de su Santa voluntad, y de que ya tenia compañera en el intento, con que desde entonces enpeçaron entre si à conferir lo que conuenia en orden à esto.

Deseaua Juliana, que se compusiese vn oficio de el Santissimo Sacramento, y no allana persona, ni ombre docto à quien encomendar o, que si le tuuiera para rezarle, le parecia tuuiera grande consuelo su espíritu.

Era Capellan de su casa vn Clerigo vniuerso, y poco letrado, à quien lepidò compusiese vn oficio de el Santissimo Sacramento. El se escusò quanto pudo, diziendola: Que ya conoia que era muy moço, y con poca leccion de la sagrada

Eseritura, y Padres, y que elo queria mucha ciencia, y experiencia.

Tales faèron las instancias que en esto izo, que èl se venció à obedecerlas; pero con vna cõdicion, que todas las vezes que se pudiese à estudiar, y à escribir auia de estar la santa en oracion pidièdole a nuestro Señor, le ilustrara el entendimiento, y gouernara su pluma.

Con esta condicion se ajusto entre ambos, y se conociò el efecto de las oraciones de esta Esposa de Iesu Cristo, pues en breues dias le acabò, con tal dulçura de palabras, y profundidad de misterios, que cantandole, ò rezando, no auia coraçon, por duro que fuese, que no se pronocara à ternura en oírlo. Luego despues diò la sierva de Dios este oficio à las personas q arriba emos dicho, los quales lo alabarò, y conocièrò, q en el auia mas Espíritu del que se podia esperar de aquel Clerigo moço, que le compuso.

En



En este tiempo bolò la noticia por toda aquella Diocesis de que se auia de instituir auena fiesta al Santissimo Sacramento: y enpeçaron las contradiciones, luego al punto. El que mas se oponia, le parecia era mas docto, y mas zeloso el que facia mas razones en còtrario. Dezian, que si todos los dias en la Misa se azia comemoracion de la institucion del Santissimo Sacramento, que Cristo izo en la noche de la Cena, para que era agora esta nueua fiesta? Si cada dia mil vezes se repetia, para que se multiplicavan solemnidades de vna cosa, y de vn misterio mismo? Ya en este tiempo era Cardinal de la Santa Iglesia de Roma Vgo de Santo Caro: y doliendole en el alma, q̄ ombres Cristianos le pudiesen à contradizeir vna cosa que era tan del seruicio, y onra de Dios, aumento, y firmeza de la Fè Catolica, y prouecho de las almas. Izo vn papel doctissimo en su defensa, mostrando todos los efectos que della resultariã,

con que divulgandose, en breue tiempo no vuo persona que boluiese à replicar en ello. Luego se siguiò à esto el Illustrissimo Don Roberto, Obispo de Leodio, q̄ en vn Sinodo general, mandò, que en toda su Diocesis se celebrase, rezando el officio nueuamente conpuesto, y que así mismo el de la solemnidad fuese dia de fiesta en todo èl, y se guardase como las demás solemnidades de la Iglesia. Murio el Obispo antes de promulgar este Decreto, con que por entonces no se puso en execucion. Solamente la Cathedral, y Canonigos le celebraron. Con ellos estava en grande reputacion, y veneravan mucho à aquella berrava de Dios, Eua, Religiosa en el Monasterio de S. Martin, ija muy querida de Santa Iuliana, que por sus consejos auia ganadola para Dios. Visitavala en su Monasterio muchas vezes, y la pidió infundese en los Canonigos esta deuocion. Pudo azerlo facilmente, así por el credito en que todos la



tenían, como por la autoridad del santo Cardenal Vgo de Santo Caro, que la auia patrocinado, y defendido, y por los deseos de su Obispo, que tan deuoto le auia sido asta la muerte. Con que por aora sola aquella Iglesia empezó à celebrar esta solemnidad, y à rezar della.

En estos dias sucedió que el Sumo Pontifice embió à Alemania al Cardenal Vgo, con potestad de Legado à la tere, para tratar negocios grauisimos en seruicio de la Iglesia, y de la santa Sede Apostolica, y despues de auer cumplido los negocios de su legacia, dió la buelta por la Ciudad de Lodi, que la allò inquieta, por la nueua solemnidad. Si fuera vna cosa mala, y en seruicio de el demonio, no uiera ninguno, ò muy pocos que se opusieran, y a vna cosa tan del seruicio de Dios, se empeñaran en resistirla, como si fuera grã pecado. Cosa notable es, que faciles alla el demonio à algunos ombres, para resistir qualquiera cosa que no es de su

gusto, aunque abiertamente conoçian ser del de Dios! y los que por su estado, y obligaciones deuierã mostrar semas al lado de la razon, esos son los que mas la pierden, contradiziendola. Aora con la uenida del Cardenal no tuuierõ que replicar: porque luego al punto mandò publicar, que para tal dia en la Iglesia Cathedral auia de celebrar, y predicar. Quiso Dios tomarle por instrumento desta solemnidad, ya quando era Provincial, y aora que allaua à los Canonigos solos de la Collegial la celebrauan, como èl se la auia persuadido, los alentò mucho en ello, y se alegrò de que así uiesen seguido su dictamen. Fue innumerable el concurso de gente à la noticia de que el Cardenal auia de predicar. Aviesdose celebrado Misa solemnissima, se subió al pulpito, quando llegò la ora, y predicò vn Sermon, ijo de su zelo, virtud, y ciencia persuadiendo la celebridad del Santissimo Sacramento, dziendoles los grandes pro-



uechos que della se seguian, y por postre como Legado à Lateremandò con Autoridad Apostolica, su culto, y solemnidad. Los Canonigos de la Iglesia mayor se mostraron obediētes en presencia del Legado, y al bolver las espaldas à aquella Ciudad, se viò el desprecio que izieron de quanto les auia mandado, y proibieron, que ni ellos, ni ninguno otro celebra se fiesta al Santissimo Sacramento. No se fueron sin castigo, pues à todos ellos les fue el Señor sentando la mano cõ el azote de su justicia, de suerte, q̄ murierõ miserablemente, y con muertes orredas. Cosa q̄ aduirtió el pueblo, reparando como N. S. bolvia por su causa, y à los peruerfos opositores de su culto, y q̄ resistian todo lo que era veneracion de aquel Santissimo Sacramento, así castigava, y sin auer alguno que pudiese azerse desentendido, todos conocieron con claridad la voluntad de nuestro Señor. Aunque los Canonigos de la Cathedral auian andado en

estas variedades, ya admitiendo, ya repugnando la solemnidad, yà castigando los nuestro Señor, por su pertinacia, nunca los de la Iglesia de San Martin izierõ movimiento en su deuociõ, porque desde que se enpeçò à ablar della, la admitieron, y sienpre conseruaron; Antes va Canonigo, para mostrar su deuocion al Santissimo Sacramento, y perpetuar su fiesta, de sus rentas la dotò todos los años en Sã Martin, para que su Iglesia fuese la primera del mundo, la que enpeçase esta solemnidad, con toda fiesta, y regocijo, con su officio propio, en la conformidad q̄ el Cardenal auia mandado, y confirmado su deuocion. Otro Canonigo de la mesma Collegial de San Martin, llegado à lo vltimo de su vida, dexò bastante renta, para que la solemnidad prosiguiese toda la Orana, y todos los años durase su celebridad por ocho dias.

Mucho gozo en el Señor tenia su Esposa Eua de ver, que en su Iglesia se celebra-



ua la fiesta de el Santissimo  
Cuerpo de Cristo , aunque  
amargamēte sentia, que las  
demàs Iglesias no la imita-  
sen en esto. A que se recre-  
cian nuevos cuydados, y re-  
celos de que no descaeciese  
con el discurso de el tien-  
po. Iuliana su Santa Maes-  
tra, tuvo reuelacion de las  
congojas, con que su ija, y  
Dicipula Eua , andaua te-  
miēdo se faltase la fiesta de  
el Señor, fue vn dia a visitar  
la, y la dixo. No temas ija, y  
ten por cierto, que esta solē  
nidad la divulgarà Dios por  
todas las Iglesias, y en ellas  
se celebrará, para utilidad,  
y prouecho espiritual de  
todos los escogidos. Mu-  
chas oposiciones le a de a-  
zer el demonio, y como e-  
nemigo de Dios, procura-  
rà, que ni los fieles tengan  
este cōsuelo en las almas, ni  
Nuestro Señor, esta gloria, y  
nueva celebridad, pero sus  
intētos seràn en vano; pues  
vendrà tienpo en q̄ la Igle-  
sia vniversal la celebre, cō  
muchos lūbilos de alma, y  
cuerpo, y cō grande solem-  
nidad en todo el Orbe,

Ya por este tienpo auia  
llegado al Sumo Pontificado,  
y ser Papa Urbano IV. el  
Arceobispo de Leodio, co-  
mo emos ya dicho, el Obis-  
po de aquella Ciudad auia  
pasado de esta vida, à quien  
siguiò los pasos Santa Iulia-  
na, que andando peregrina,  
año de mil docientos y cin-  
quenta y siete, murió en Fo-  
sanoua, en casa de vn Can-  
tor, donde la auian recogi-  
do, y onrândola N Señor en  
su entierro, con prodigios,  
y maravillas la enterraron  
en el Conuento Vilariente:  
con que auiendo faltado de  
Leodio estas personas, ya  
no auia quien se acordara  
de la solemnidad dicha, si-  
no es los Canonigos de San  
Martin; antesa qualquiera  
que ablaua en esto le suce-  
dian muchas contradiccio-  
nes, y enbarazos. Pero co-  
mo la Bienauenturada Iu-  
liana dezia, esta Festiui-  
dad auia sienpre estado  
dispuesta en el secreto  
profundissimo de la San-  
tissima Trinidad, ni fa-  
tanàs podia estorbarla,  
ni podia dexar de cumplir-



fe; pero eſperaua el Señor al tiempo mas oportuno. Llegoſe aora en que la Santifſima Trinidad, viò ſer el que auia decretado, y obrò el prodigio, que ya emos referido con el Santifſimo Sacramento, que dudando de ſu real existencia en el, el Clerigo de Bolsena, diſtilò la Oſtia ſangre ſobre el Caliz. O ſecretos profundifſimos de Dios, y diſpoſiciones ſuyas admirables! Quando ſu Mageſtad empieza a reuelar ſu ſanta voluntad, de que ſe inſtituya eſta fieſta, ſe alla el Papa Urbano IV. ſiendo Arceſcudiano en Leodio, con el ſe conſultã las reuelaciones, las aprueba, y es de parecer ſe celebre eſta ſolemnidad de el Santifſimo Sacramento, y quando quiere que ſe publique en la Igleſia Católica preuiene el ſuceſo, poniendo en la ſuprema ſilla de la Igleſia, al meſmo q̄ antes le auia aprobado, y da aora prieta cõ ſeñales, y prodigios, ya con el milagro de Bolsena ya con el de los Corporales de Daroca.

Allabaſe en eſta ocaſiõ por Lector en Orbieto en ſu Cõueto de Predicadores, a que lla luz ermoſiſſima de la Igleſia, y Glorioſo Doctor Sãto Tomàs de Aquino, q̄ el crédito grande de ſu doctrina, y ſabiduria, le acabaua de encimar con el admirable libro de la *Carbena aurea*, q̄ hizo de los Euãgelios, el qual dedicò al Papa Urbano IV. Moſtroſe agradezido a vna obra tan inſigne, como auia echo en ſeruicio de la Igleſia, y le auia dedicado, y le dixo, q̄ queria en ſatisfaciõ de ſu trabajo? El vnilde Tomàs, que de todos los ſuyos, no pretendia mas q̄ la Gloria de Dios, y aumento de ſu Fè Santa, y tenia ſu coraçõ tan enamorado de eſte Soberano Miſterio, y de las finezas q̄ en el enpeçò a azer nos Ieſu Chriſto en la noche de la cèna, y cada dia va cõtinuando, le pididò ſe ſiruielſe de inſtituir en toda la Igleſia Católica, vna fieſta particular de eſte Señor Sacrametado, para q̄ cõ eſpecial dia, y officio ſe celebralſe por todos los fieles. Entõces le



mandò el Papa Urbano, que cõpusiese el, el oficio de este Soberano Sacramẽto. Obedeciò el Santo cõ deuociõ, y breuedad, lo q̃ el Sumo Põtifice le mandaua, y pidiẽdo a N. Señor le alũbrase el entendimiento, le cõpuso el q̃ oy canta la Iglesia, tan misterioso, tã dulce, tã profundo, tan elegante, y tã cõplido, assì en Misa, Sequencia, Imnos, Lecciones, Versiculos, Responsorios, que a la primera vista se muestra biẽ en el que el Espiritu Santo le dictò, como para todos sus escritos. En cuyo testimonio, y de la parte q̃ en esta solemnidad tuuo, està pintado en la Iglesia de Bolleña, en lo alto de las puertas el milagro de el Sacerdote, q̃ celebrãdo distilò sangre la Ostia, y avn lado el Angelico Doctor en vn Trono sentado, y escriuiendo, y en su contorno el Sumo Põtifice, y Cardenales, y en el otro, el mesmo Sãto puesto de rodillas a los pies de Cristo Crucificado, de cuya boca salẽ aquellas palabras, tã en calificacion de su Doc-

trina, que le dixo: *Benescriptus es fili de me Thoma.*

Pensò el Pontifice en que dia señalar esta festiuidad. Porque el Iueves Santo, en que Cristo Señor N. la instituyò, estava ocupado cõ la tristeza y sentimientos de la Iglesia nuestra Madre, cõ la memoria de los tormentos, Pasion, y muerte de su Esposo: y no podian con ella mezclarse los Iubilos, y alegrias de los Cristianos, de tal dia, en acciõ de gracias de los beneficios que en el nos comunica su Magestad Diuina. A si mesmo en todas las Octauas de Pasqua, y su tiempo, y Pentecostes auia ocupacion por sus solemnidades, y pòr darle lugar correspondiente al orden de los Misterios de nuestra Redencion, y desocupado para poder solemnizarse, assì en su dia, como en sus Octauas, por auer sido Iueves el dia en que Nuestro Redemptor, en aquella vltima cena le instituyò, señaló el Iueves primero, despues de la Santissima Trinidad, y toda su Octa-



ua, para que vnuerfalmente en toda la Iglesia Catolica se celebrase la memoria de la institucion de este admirable Sacramento: mandando a si mesmo, que en las Lectiões de los Maytines de las Octauas, se iziese memoria, y relaciõ de los motiõs que vno, para instituirlo, y de la voluntad de Nuestro Señor en esto.

Queriendo, pues, que esta deliberacion tuviese efecto, despachò su Santidad sus decretos a los Arçobispos, y Obispos de toda la Iglesia Cristiana. Mandò noble a si lo executasen, para seruicio de Nuestro Señor, Exaltacion de la Fè Catolica, Veneracion de aquel Santissimo Sacramento, y prouecho de las almas. Acordòse aora el Papa de las revelaciones, que siendo Arceidiano de Leodio le auian consultado, y las Esposas de Cristo, a quien su Magestad auia decretado su santa voluntad, de quien auia oido muchas cosas, y auia visto. Mandò azer diligencia, y lla-

mo a su presencia a vnos Clerigos de Leodio, que auian venido a negocios a la Corte. Preguntò por aquella Sierua de Dios. Juliana viendose atormentada, con grauissimas persecuciones de vnos ombres, sin Dios, y sin Cristiandad, auia ausentadose de Leodio, y tenian noticias q̄ andaua peregrinando por los estados de Flandes. Y que su hija espiritual Eva, Religiosa en el Monasterio de San Martin de Leodio, vivia todavia, y con grandes deseos de ver instituida en la Iglesia, la fiesta del Santissimo Sacramento, sobre que continuamente estaua rogandolo a la Divina Magestad, que se le diese de concederle este gozo; y q̄ ella le viera antes de pasar de esta vida. Alegrose sumamente el Santo Pontifice de esta noticia, y quiso darsela, de que ya Nuestro Señor auia oydo sus ruegos, y cumplido su deseo, quiso animarla, y alentarla a perseverar mucho en el seruicio de Nue-



nuestro Señor, y como tenor de su Bula, es el que Padre, consolar à su ija. El se figue.

Urbano, Obispo, Siervo de los Siervos de Dios.

**A** Nuestra amada en Cristo ija Eva, reclusa en S. Martin de Leodio. Salud, y bendicion Apostolica.

Sabemos, ija mia, que con grandes fuerças à deseado vuestro coraçon ver instituida en la Iglesia de Dios vna fiesta solemne del Sacratissimo Cuerpo de nuestro Señor Iesu Cristo, para que perpetuamente le celebren los fieles en todos los siglos futuros. Y para vuestro gozo, y consuelo espiritual os damos auiso, que para corroboracion de la Santa Fe Catolica, tuvimos por cosa digna, y emos establecido, que de tan admirable Sacramento se acuerde la Comemoration que todos los dias aze de lla Iglesia, se celebre su memoria con especialidad, y mayor solemnidad señalando para esto dia determinado, y cierto, el Tuebes proximo, ò siguiente à las Otavaas de la Fiesta de Pentecostes. Para que en el mismo dia los deuotos concursos de los fieles por esto concurren afectuosos a las Iglesias, y sea a todos los Cristianos por todo el Orbe gozoso este Tuebes por la nueva festiuidad, y festiuo con dilatado gozo en todos, segun mas largamente determinamos, y se contiene en nuestras letras Apostolicas, que sobre, y en razon desto emos mandado despachar à toda la vniuersal Iglesia. Y sabreis, que Nos emos determinado con todos nuestros ermanos los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, y con todos los Arçobispos, y Obispos, y todos los demás Prelados de la Iglesia, que se allaren entonçes en la Corte, enpeçar à celebrarla, para que los que lo vieren, y oyeren, tomen de nuestra accion saludable exemplo, para azer ellos lo mismo. En grandexa, y alabe vuestra alma al Señor, y vuestro espiritu se alegre en Dios, vuestra salud. Porq̃ vuestros ojos àn visto ya la salud, y solem.



uidad que emos infligido à la vista de todo el pueblo Cristiano. Demàs os alegrã, porque el Señor ha cumplido el deseo de vuestro coraçon, y por la voluntad de vuestros labios, no os à defraudado de vuestras peticiones la plenitud de la gracia Celestial. Y porque el quaderno, en que se contiene todo el oficio desta fiesta, os remitimos con esta nuestra Bula, para retorno, y premio de vuestros trabajos. Quercemos, y por estas letras Apostolicas os mandamos, recibays dicho quaderno, con toda deuocion, y que à las personas que os pidieren copias del, las deis liberalmente, y con todo agrado. Y con el mismo, y con deuotas oraciones, y suplicas insteis con este Señor, que se finia id de dexar en la tierra un saludable memorial de si mismo, que de sus alturas nos envie gracia, para gouernar, y regir su Iglesia prouechosamente, la qual a puesto à nuestro gouierno, y cuidado, y sea para alabança, y gloria de su santo nombre. Dada en Ciuita Vieja, à ocho del mes de Setiembre, en el quarto año de nuestro Pontificado, y de el Señor de mil docientos y sesenta y quatro.

Quien dixera, que aora dio puso al instante execucion à la auia de auer escusas para la celebridad de la fiesta del Santissimo Sacramento? Aun despues de auer lo su Santidad mandado, no se executò con aquel tenor que en sus letras Apostolicas ordenaua, porque muchas disimularon el auerlas recibido, y sobreuieniendo luego la muerte de Urbano, en pocas Iglesias tuvo efecto su deuocion. Sola la de Leo-

dio puso al instante execucion al mandato, recibìo con grande solemnidad, y regocijo al Nuncio que la Sede Apostolica despachò à este negocio, y dexando el oficio que antes rezaua, dispuesto por la Sierva de Cristo Iuliana, admitiò cò grande veneracion el q̄ su Santidad les enbiana, que auia echo el Angelico Doctor S. Tomàs, y desde entòces enpeçaron à vfarle. Asi



pasò esta solemnidad muchos años, asta el de mil trecentos, y quinze, en que el Papa Iuan XXII. mandò à todos obedecer la Bula de su predecesor Urbano, y concediendo nuevas Indulgencias à todos los fieles q̄ aquel dia acudiesen à la celebridad, como dirèmos adelante. Diòle este Pontifice otra tanta solemnidad à la fiesta, con mandar ferirse aquel dia Procecion. Y aquel dia pareçe, que astas las criaturas insensibles cobidan à alegría, y en ella confiesan, y publican à su Dios, y sin azer los ombres mucho de su parte, para el alegría, no ay cosa à q̄ buelvan los ojos, que no estè prouocando à tenerla. Impulso prodigioso de la Fè de los Cristianos Catolicos, pues al mismo paso que celebramos à Iesu Cristo nuestro Señor, y veneramos su Real presencia en aquel Sacramèno Santissimo, paga, no solo nuestra Fè, y deuocion, con regalos espirituales al alma, sino con infundir alegría vniuersal en todas las Cria-

turas. No son todos los Cristianos vnos, ni la deuocion, y consideracion de aquella solemnidad aze en ellos operacion; pues malos, y perversos algunos, se valen del bullicio del dia, para mayores ofensas de Dios. Lleno de Sangre, Coronado de espinas, y con la Cruz acuestas se le apareció à la Santa Doña Sancha Carrillo, prodigiosa en vida, y virtudes, q̄ nació, y murió en la Ciudad de Eziya en Andalucia, y admirada de verle à su Magestad así en tal dia, le respondió: *Mira como me tratan oy algunos pecadores.* Vbo vn Iudas à la mesa en ocasion que su Magestad instituyò aquel Santissimo Sacramento, y muchos le imitan en el dia q̄ se celebra aquella institucion, si con pecados, y abominaciones manchan la solemnidad venerable, que devian celebrar con jubilos del alma, y regocijos de deuocion, y santidad.

Enseñò à venerarle siempre, y en este dia especialmente el Glorioso Enperador Carlos Quinto, pues



dose en Alemania à vista de los ereges Luteranos, mortales enemigos de este soberano Sacramento; lleuò con otros Principes las varas de el Palio, y tomando despues vn cirio, acompañò la Procecion, descubierta la cabeça, venerando à su Dios, y Criador. Llegaronle à dezir, que el Sol ardia mucho, y podia azerle mal que le tocase, respondió: El Sol de oy no aze mal à nadie. Como si dixera, q̄ la veneracion de aquel Santissimo Sacramento defendia de todo mal, y que à su vista perdian la fuerza todas las aduersidades. Sentencia que repitiò el prudente Rey Don Felipe Segundo su ijo, que como heredò de su glorioso Padre el Cetro, y la sangre, le heredò el espíritu, y Cristiandad.

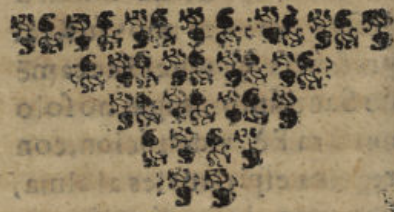
Por estos seruicios que la sagrada Orden de Predicadores à echo à la Iglesia y la mucha parte que el glorioso Santo Tomàs de Aquino, el Cardenal Vgo de Santo Caro, y otros varones insignes, tuvieron en

esta celebridad, concedieron los Sumos Pontifices, que el Domingo infra Octaua de el Corpus esta sagrada Religion celebrase à su Dios sacramentado, y pudiese sacar procecion por las calles, sin que en ese dia pueda estoruarle nadie su solemnidad, y otros privilegios, y fauores, ampliando estos.

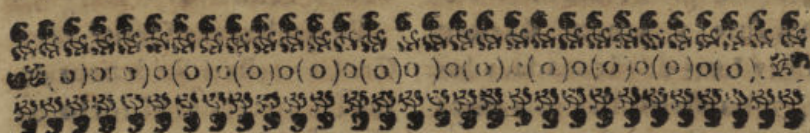
Derivòse à toda la Iglesia vniversal esta devociò en memoria de aquella vltima Cena, en que nuestro Señor, y Redètor, quiso que darse sacramentado entre nosotros, para que con especial solemnidad repitiese

mos la memoria de sus

marauillas.







C A P. VIII.

*Pasion, y Muerte de nuestro Señor, y Redentor  
Jesu Cristo, segun los quatro Euangelistas, va-  
rias revelaciones della, y autoridad de Padres.*

**E**STE Capitulo es el mar inagotable, dō de pierdē el pie los nadadores mas diestros. Toda la vida de Cristo nuestro Señor es vna escuela de nuestra enseñanza, y su Pasion Santissima, especial libro, donde el onbre deve estudiar continuamente, y el espejo adonde deve conponer sus acciones.

La ermosura de las almas, nace de mirarse en él con atencion, y la fealdad de los onbres, en no poner en él los ojos muy de espacio.

En muchos libros allará el que leyete esto escrita la Pasion de Cristo naef-

tro Señor, muchos Autores la escriuen, pero en pocos se allará recogido lo que aqui. Siēpre emos llevado atencion à nopriuar à nuestros *Anales Evangelicos* de todo aquel lleno de curiosidades, que en ellos emos recogido: però no podemos dexar de escriuir aqui algunas cosas, q̄nī alli agan falta, nī en todo neguemos la pluma à este libro, y en todo, y por todo le dexemos sin aquel trabajo.

No pondrēmos en ella meditaciones ningunas, por que de esto àn escrito plumas que buelan muy alto. Basta, pues, para muchos siglos



glos lo que escriuiò el Venerable, y Santo Maestro Fray Luis de Granada, y los q̄ en nuestros dias gozamos escritos de nuestro Reuerendissimo Padre Fray Iuan Tomàs de Rocaberti, oy Maestro General del Ordẽ de Predicadores. Allí allará el alma que desea apreender en la escuela de Cristo, quanto su deuociõ puede desear, para orar, y meditar, vna Teologia mística muy clara, muy profunda, y de tal modo dispuesta, que el principiante alle las reglas que à menester para su estado, y el aprouechado todo quanto puede buscar su desseo. Allí con aquel profundo Magisterio allará multitud de consideraciones piadosas para que su alma se regale. Aquí escriuimos los motivos para ellas, para que en qualquiera parte que quiera la consideracion azer posada, y pararse de espacio, tenga motivos que la exercitea à poner los ojos en vn Señor, q̄ tanto se quiso vmi-llar por nosotros, y quiso padecer tanto por nuestra sa-

lud, y remedio.

Ya acabada la Cena se fue Cristo nuestro Redentor cõ sus Dicipulos al Huerto de Getsemani, y Judas con el boeado en la boca se salió de la Casa del Cenaculo, y fue à efetuar la venta que auia enpeçado, para entregar à Cristo nuestro Señor. San Anselmo, Dialog. de Pass. dize le revelò nuestra Señora, que le dierõ treinta monedas Ismaelitas, que cada vna valia treinta dineros. Algunas de estas emos visto, y vna dellas en el Relicario del Monasterio de las Cuebas en Sevilla, de Padres Cartujos. Es tan grande como vn quarto de à dos redõdo de los que vsamos en Castilla, parece ser de plata, cõ alguna liga. Los quales, dize el santo, fueron las q̄ los ermanos de Ioseph recibieron de los Ismaelitas, por la venta de su ermano, quando enbidoios, y traydores le vendieron. Permitiò el Señor con altissima Prouidencia se fuesen conseruando por tantos siglos, para q̄ correspondiera en todo la fi-  
gu:



gora con el figurado, y se viese Cristo vendido, y comprado por las mismas monedas que Josef, que era representacion suya.

Miètras Iudas està diuertido en su ocupacion, vamos siguiendo à Cristo nuestro Señor, que con sus Discipulos saliò del Cenaculo, y tomò la calle de mano derecha, caminando àzia el Oriente de la Ciudad. Està el Cenaculo en el Monte Siò, al medio dia de Ierusalèn, casi junto à la Casa, y Palacio de Cayfas. Caminò su Magestad todo el batrìo à lo largo, pasò por la puerta del Palacio de Dauid, y del Pontifice Anàs, saliò por la ultima puerta del muro que diuide al Alcazar de Sion, de todo el cuerpo de la Ciudad, y baxò la cuesta, que ay desde ella à la fuente de Syloè, la qual salida, y viaje reuelò nuestra señora à San Anselmo. De alli baxò à la puente de el arroyo Cedron, que està en lo baxo de el valle. Desde ella bolviò sobre mano izquierda pisando ya la falda de el

monte Oliuete. Apartado vn poco de las casas de Gersemani, dexò à sus ocho Apostoles, San Andres Santiago el menor, S. Tomàs, S. Felipe, S. Bartolomè, S. Simon, S. Mateo, S. Iudas Tadeo. Llevò consigo à S. Pedro, à Santiago, y à S. Iuà, y los dexò diuididos de los demàs, vna distancia, como de treinta y quatro varas. Estos estauan ya dentro del Huerto, y los ocho se quedaron fuera. Los tres compañeros de su santissimo Maestro, quedaron sentados en vna roca que se diuide en tres peñas, dize Iuan Cotovico en su libro, que por mandado de la señoria de Venecia, hizo viage à la tierra Santa para azer descripciò della. Lib. 2. c. 12.

Llegando alli todos quatro, les dixo Cristo à los tres: Sentaos aqui Discipulos, mientras yo me retiro alli à azer oracion, velad, y orad vosotros, no deis lugar à la tentacion. Apartò se de ellos vn tiro de piedra à lo retirado del Huerto, y para azer oracion, se entrò en



vna cueba, dize Cotouico, q̄ está cabada en la misma piedra. Es redōda, en sí, tiene 4. columnas de la misma piedra, q̄ sustentan la bobeda, y tiene de diametro diez varas. A ella se baxa por vna escalera angosta, fabricados los escalones, y toda la obra de la roca. Al Occidente tiene vna claraboya, de donde recibe luz. Pusose N. S. en la parte q̄ cae al Oriēte, en cuyo lugar se edificò despues vn Altar, y à su lado vna columna, dōde estuvo el Arcāgel S. Gabriel, q̄ vino à cōfortarle. De rodillas enpeçò su oraciō, diziēdo à su Padre, q̄ si era posible, pasase aquel Caliz, y no le bebiese. Padre mio, dezia, todas las cosas os son posibles. Dispēsad cōmigo este tormēto. Si soys seruido no le pase yo, ni beba tā amargo Caliz. Pero agafe vuestra sāta volūdad. Yo le beberè, si gustais, no se cunpla la mīa. Dize S. Anselmo, q̄ añadiò à esta oraciō, segun le revelò N. Señora, las palabras del Ps. 68.

*Exaudi me Domine, quoniam benigna est misericordia tua, secundū multitudinē misera-*

*tionū tuarū respice in me. Ne auertas faciē tuā à puero tuo, quoniā tribulor, velocitèr exaudi me. Intēde anima mea, & libera eā: propter inimicos meos eripe me.* Pero q̄ las principales erā rogar al Padre Eterno, pasase el Caliz. Torniel en sus Anales sacros dize gastò en la oraciō tres oras, y despues de la primera vino à sus Dicipulos à quien la tristeza auia rēdido al sueño, y les dixo. Pues dormis? Pedro duermes? Bues vna ora, si quiera, no auéis podido velar? Ea, velad, orad mirad, no entreis en tētaciō. Acompañadme, q̄ aunq̄ el espíritu esta dispuesto à padecer, el cuerpo flaquea.

Bolviòse segunda vez à la cueba, y repitiò las mismas palabras à su Padre Eterno. En esta oraciō gastò la segunda ora. Segūda vez salió de ella, y bolviò à los Dicipulos.

El peso de la noche, y el sueño azian su officio, y los ojos señolientos con facilidad, se vencian à dormir. Dispertòlos el Señor aora tambien, y se bolviò à la Cueva tercera vez a su

ora,



oración, rogando al Padre Eterno, que si era posible le escusase de pasar aquel Caliz amargo. Apareciósele el Angel, y empezó a consolarle en aquella tristeza, que considerando lo que auia de padecer, los pecados, por que auia de dar satisfacion a su Padre Eterno, la terribilidad de los tormentos que le esperauan, à que a si mesmo ayudaua la melancolia del sitio, escuridad de la noche, y mucho mayor, dentro de la Cueva, empezó a sudar sangre tan copiosa, q'asta la tierra corrian a rroyos. En la consideracion de esto, preguntò S<sup>an</sup> Anselmo a Nuestr<sup>o</sup> señ<sup>or</sup> r<sup>ay</sup> que porque Orò Cristo? Por tres causas respondió la Virgen Santissima. La primera, porque era delicadissimo, como ijo de Virg<sup>en</sup>, y nacido de linage Real, sentia mas sus dolores, y afrontas, quanto mas las sufría vn noble, q' vn villano. La segunda, por q' las angustias que padecia eran tales, q' todo el cuerpo sudò gotas sanguinolentas, por la represen-

tacion de los tormentos, q' como Dios q' era, sabia, auia de padecer en su delicado cuerpo. Y la tercera, por q' sabia que los Judios, no auia de tener misericordia de el. Despues de la tercera ora, q' serian las onze de la noche, salió de la Cueva yltimamente, y allandolos dormidos a sus tres cõpañeros, les dixo, q' pues, no auia sus palabras obrado algun cuydado en ellos, que durmiesen, y descansasen. Pero mirad, les aduertte, q' ya llega el q' me a de entregar a mis enemigos, y yo serè preso a manos de los pecadores. Avn no auia el señ<sup>or</sup> acabado de ablar con ellos, quando Judas llegaua ya a la puerta de el huerto.

Luego que se apartò este traidor de aquella Santa Compañia, fue a los Principes de los sacerdotes, Pontifices, y Fariseos, q' estauan en auiso de darle gente, para quando la pidiese, y le dièrò vna Corte de soldados, y cõ ellos todos los criados, y lacayos de sus casas, q' preuenidos de armas, y luzes le fueron



siguiendo. Sabia Judas muy bien el sitio donde su Soberrano Maestro se retiraua aazer oracion, y como cosa euidente allarle alli, le fue siguiendo los pasos. Auia dado orden a sus amigos, q̄ ninguno se mouiese aazer la prision, asta q̄ el señalase a quien auia de ser, llegando a darle paz en el rostro. Mirad, dize San Anselmo, que les dixo Judas. Mirad q̄ ay dos parecidissimos, vno es Iesvs, y otro Iacobo el menor: no echéis mano al vno, pensando q̄ es el otro. Por esto esperadme ami, y cō la seña que os diere le conoceréis. La causa de aprouecharse de esta seña, fue, dize S. Buena Ventura, c. p. 73. que siempre Cristo recebia a sus Discipulos, con el Osculo de paz, quando auia estado ausentes de su persona, y agora se aprouechò Judas, para su traicion de la costumbre que su Magestad tenia con todos. Saliò Cristo a Judas al encuentro, y el se vino para Cristo, y le dixo, Dios te guarde Maestro, y diòle paz. Respondiò-

le. Pues amigo, a que es esta venida? Con contra seña de Osculo de paz, me as vendido, y me entregas? Diò adelante vnos pasos, y preguntò a los soldados, que a quien buscauan? Respondieron que a Iesvs Nazareno. Pues yo soy les dixo. Notable prodigio, al oir aquella palabra, con tanta oscuridad cayeron todos de espaldas en el suelo, como si estuyeran muertos. Tal fue su turbacion, y espanto. Leuantaronse, y boluò el Señor a preguntarles, que a quien buscauan? Respondieron segunda vez, q̄ a Iesvs Nazareno. Pues ya os, è dicho, dixo Cristo, que yo soy. Y pues a mi solo me buscáis, dad paso a estos que estan con migo, para que se vayan. Ya tenian la seña de que era su Magestad, y lo auian oido de su boca, y como leones rabiosos llegaron a el, vnos le cogierò en sus brazos, para que no se fuese, otros le pusieron sogas al cuello, otros las manos al cabello. Los Discipulos irritados, con tal mal-

dad



dad le preguntaron, si que-  
ria que acuchilladas le de-  
fendiesen? San Pedro no pu-  
diendolo sufrir, sacò vn cu-  
chillo, no alfange, como al-  
gunos piensan, cuchillo fue  
de poco mas largo, que vna  
tercia, no media vara, segùn  
lo describe Alonso Noua-  
da en su libro, Schedias-  
mata Sacro. Prophana, que  
dize le tuvo en sus manos,  
y considerò bien: por junto  
a la enpuñadura, en pieça an-  
cho, y prolixue algo corbo,  
asta la punta, que no es agu-  
da. Cõ este acometiò avno  
de aquellos traidores, que  
era criado de el Principe de  
los Sacerdotes, y se llama-  
ua Malco, y de vn golpe le  
derribò en tierra vna ore-  
ja. Mirole entonces su Ma-  
gestad, y le repreñdiò la ac-  
cion. Tomò la oreja en sus  
santas manos, y la bolviò a  
su lugar, como si nõca vnie-  
ra padecido. Esta accion q̃  
debiera resuscitar aũ, ami-  
go de vn enemigo, y ponerle  
por agradecido a su lado,  
para su defensa, fue para q̃  
de ella se engendrara vn  
perseguidor. Esto es ser vn

coraçon ingrato al benefi-  
cio. Dixole el Señor a S. Pe-  
dro. Pedro dexad esse brio.  
Volued la oja a la vayna,  
porque el lastimar con es-  
pada, tiene por castigo ao-  
tro azero. Quieres ruestor-  
bar que yo beba el Caliz, q̃  
mi Padre me à señalado?  
Pienfas que no puedo ro-  
garle que me enbie doze le-  
giones de Angeles, y mas,  
para que me defiendan? Co-  
mo an de tener cunplimẽ-  
to las escrituras, y profe-  
cias? No sabes que a si con-  
uiene que se execute? Bol-  
uiò se a los traidores, Prin-  
cipes de los Sacerdotes, y  
Magistrados del Tenplo, q̃  
como dize Cavetano, algu-  
nos vinierõ, y otros queda-  
ron esperando al preso. Tã-  
ta era su rabia, que sin mirar  
su autoridad, en ordẽ aprẽ-  
der a Iesu Cristo, atropella-  
ron con ella, y vinieron en  
bulla entre sus criados, y  
soldados, y gente mas infame  
de la Ciudad, como a lad-  
ron, y facineroso auéis sa-  
lido con soldados, y gente  
armada a aprisionarme?  
Pues no me temais todos



los dias, y me veais en el Templo? Como entonces no me prendisteis? Pero esta es vuestra ora, y se a llegado en vosotros la potestad de las tinieblas. Entonces los Discipulos le desanpararõ, y huyeron, y tirando de las sogas, le enpeçaron a sacar de el huerto. Seguíale syn mançebo enbuelto en vna sabana, à quien los enemigos prendieron, pero dexãdoles la sabana en las manos, escapò de ellos. Este, dize Baronio Ann. 34. num. 21. Citando a San Gregorio, San Ambrosio, y Beda, dize era San Iuan Euangelista, que venia con la Veste Cenatoria, con que auia cenado. Porque era costũbre en los Judios ponerfelas en sus conbires, y asi el Padre de familias, reprendiò al otro, porque auia entrado a la cena, sin el vestido Nupcial. Pero a mi Cardenal Cayetano, sienpre agudo, y profundo, le parece lo contrario: lo primero, porque el texto dize vn mozo, q̄ Adolescens, es de poca edad, la de San Iuan, entonces eran

treinta años. Dize el texto, que era sabana, y sobré el cuerpo desnudo, como San Iuan auia de auer quedado desnudo, y para que auia de traer la sabana? Era sin dũda algun mozueto de las casas de Getsemani, que viendo aquel tropel de gente a las onze de la noche, por aquel campo dãdo muestras de azer alguna prisiõ, y curioso por la nouedad, conociò, que aquel tropel iria a prender a Cristo, que si frequentaua aquel lugar muchas vezes, ya tenian de el noticia, los que vivian en quatro, ò cinco casas que auia en Getsemani, por dõde pasaua para ir al huerto, y como le cogiò el ruido acoitado en la cama, à si se leuantò, y fue a ver lo que sucedia.

Dexandole todos los Discipulos entonces. Solo San Pedro, y San Iuan le siguieron. San Pedro le siguiò asta que le negò en casa de Cayfas, y despues se fue, como luego veremos, San Iuan no le dexò vn instante. Santiago, y los demas, tomaron



la falda del monte Oliuete por el lado izquierdo, teniéndose siempre à mano derecha la Ciudad, y se fueron à vnas cuebas, que estan à las espaldas de el monte de Siõ, que caen al medio dia de Ierusalen, frontero del Palacio de Dauid, pasando por la puente del Cedron, q̄ era la llauca de toda la tierra. En estas se escondierõ los Apostoles, Santiago, se quedò en vna sola, que està poco mas adelante de el arroyo de Gion, vn tiro de piedra, antes de llegar à la eredad de Aceldemac, obligandose con juramento desde que comulgò el Cuerpo, y Sangre de Iesu Christo, Señor nuestro, que no bolueria à comer ni salir de alli, asta que uie se resucitado, dize Adricomio. En la piedra de la cueba, donde Cristo Señor N. se puso a orar, dize el Cardenal Baronio: Annal. 34. n. 20. quedaron las señales de sus rodillas, como si las uiera estanpado en cera blanda: y esta piedra fue colocada despues en la Iglesia, que

se fabricò despues en aquel sitio. Y refiere de personas que visitaron con devocion, y curiosidad aquellos santos lugares, que en muchas piedras de el valle Cedrõ, quedaron estanpadas las pisadas de nuestro Señor, que como echaua llamas de amor aquel bolean encendido, no era mucho, que como cera derritiese las piedras, y ellas con su blandura confundiesen la dureza de los coracones de los ombres; pues cõ su Dios estauan mas duros que piedras. Auiedo arado cõ cordeles, y fogas al dulcissimo Cordero, tomaron el camino para baxar à lo profundo del valle asta la puente. Per ella caminarõ todos los soldados, y izierõ q̄ su Magestad entrase por el agua, tirando ellos de las fogas que lleuava al cuello.

Otros dizen, refiere Adricomio, que por burlar de el, le arroxaron desde la puente al agua, y allandose inpedido con las ligaduras, y gruesas cadenas que traia al cuerpo, segun se le revelò à S. Brigida, y cõ el



mucho lodo de el arroyo, dándole de palos con las albardas, y tirando de las sogas, le izieron llegar à vna peña, que sirue de madre al arroyo, sobre que carga la puente, por ella subió su Divina Magestad, desde el cieno del agua, y quiso quedasen en la dureza della las señales de sus manos, con que se asió, para subir, y de las plantas de los pies, dice Coronico fol. docientos y noventa y cinco, las quales se àn venerado por tradicion constante, y así las visitan los Peregrinos, por vna de las Reliquias Santas de aque-lla Ciudad.

El Tribuno con los soldados, y criados de los señores, caminaron con el dulcísimo Iesus à casa de Anàs. Bolvió su Magestad aora por los mesmos pasos que auia ido, quando salió de el Cenaculo. Desde la puente, le bolvieron à la puerta de la fuente. De allí tomarò à mano izquierda, poco mas adelante, subieron à Sion, por la misma puerta que su Magestad

auia salido. Subieron la calle derecha al Occidente, y llegaron à casa del Pontífice Anàs, àsta donde ay desde el lugar donde le prendieron, dos mil trecientos y sesenta pasos. Anàs era suégro de Cayfas, el qual era Pontífice aquel año.

El qual dize San Cyrilo era el principal en la prisión de Christo, y con quien auia echo Judas en nombre de todos el concierto, y traicion de entregarle, y quien le diò los treynta reales, porque sin duda le auian echo depositario de ellos, y aora quiso fuese el primero, que viesse à su Maestro, preso, así para cobrar el dinero, como para ganar reputacion. Aquí no nos aizen los Sagrados Doctores, que padeciò el Señor: pero por lo menos no saldria de su casa, sin muchas afrentas de palabra, y obra. De aqui le lleuaron à casa de Cayfas, que era Principe de los Sacerdotes, donde se auian juntado todos los Sacerdotes, y Escriuas. Vivia en la misma calle que su



ierno Anàs, en el mismo lado izquierdo, pasaron por el Palacio de Daníel, y por el Cenáculo, donde auía cenado el Señor, y llegaron à ella, àsta donde ay desde casa de Anàs trecientos, y treinta pasos, dize Adricomio.

De allí salió el Señor bien atado, y le enbiò Anàs à su suegro Cayfas. Era Anàs Presidente del Sanhedrin, ò Consejo de los Ancianos, dize Baronio, An. 31. num. 5. Cayfas era Sumo Sacerdote, y Pontífice aquel año, por esto se llamaua Principe de los Sacerdotes. Anàs y tambien se quedauan con ese nombre los que auian sido Sumos Sacerdotes alguna vez. El Consejo del Sanhedrin no podia sentenciar à muerte, sin asistencia del Sumo Sacerdote à quien tocava conocer de los Profetas, y todo aquello que tocava à las doctrinas, y à la ley. Al lado izquierdo del patio de Anàs ay vna oliua, dize Corouico, antiquissima, donde dizen, que nuestro Señor estauo atado en el in-

terio que se juntaua el Concilio en la casa de Cayfas, donde auia de ir luego Anàs à votar, para darle la muerte al Redentor.

La pregunta que agora se ofrece es, que siendo gente de tanta autoridad, y siendo cerca de media noche, como se juntaua à Consejo à aquella ora? Pues acá vemos, que por facineroso que sea vn hombre, no se juntan tan à desoras los Oydores, ni Alcaldes de Corte, ni aun los Iuezes de los lugares de menos autoridad, se mueuen tan apriesa, ni tan à desora à dar sentencia de muerte: y allí el Sumo Sacerdote, los Principes, los ministros superiores en lo Eclesiastico, andauan à aquella ora azicndo jùtas? Y era la causa auer se juntado sin rabia mortal con la breuedad del tiempo, por que entrava la Pasqua, y en el Viernes que remian de vacante, procurauan quitarle la vida, porque si se dava dilacion al negocio, remian, que el pueblo auia de librar à Cristo de sus manos, porque le auian mu-



cho, ellos auian de correr peligro, y despues se rezelauan por mayor el daño. Auiendo entrado con Cristo nuestro Señor en casa de Cayfas, donde estauan ya juntos los del Concilio, San Pedro le venia siguiendo à lo lexos, y tambien San Iuan, que con el conocimiento q̄ tenia en la casa, dixo à vna criada, que abriese la puerta, para que entrase Pedro. El conocimiento que tenia con èl, dize Baronio, era por auerle San Iuan vendido à Cayfas vna casa. En el interin que lleuaron al Señor à la Sala del Consejo, ò Concilio, como la noche iba declinando y azia frío, izieron lumbre los soldados en medio del patio, para calentarse, à ella se llegó San Pedro, y puso en medio de la rueda.

Viendo agora el Sumo Sacerdote à Cristo en su presencia, le preguntò, que que doctrina predicana, y que dicipulos eran aquellos que tenia? A esto respondió Cristo: Yo è ablado al mundo sièpre en publico,

no en rincones, sino en partes donde los Iudios mas ordinariamente se juntan. Que me preguntas a mi? Preguntalo a los que me àmoio; q̄ es lo que les è enseñado; pues ellos bien saben mi doctrina. Apenas vbo atabado las razones, quando vn soldado leuantò la mano, y le diò tan grande bofetada, q̄ le izo caer en el suelo, dize S. Brigida, dexandole la boca, y la dentadura bañada en sangre. Traydor, le dixo, así respòdes al Pontifice? S. Iuan Crisostomo juzga que este cruel tirano fue Malco, à quien dos oras antes auia Cristo Señor nuestro sanado la oreja que San Pedro le cortò.

Autor graue ay que presume, fue el Paralitico à quien despues de treinta, y ocho años de enfermedad, diò el Señor salud, aunque ni vno, ni otro sea, no se quite la culpa, y cruel coraçon de tan endemoniado onbre. Respondiò entonces Cristo nuestro Señor, con toda mansedumbre, y vnilidad, y le dixo: Si è ablado mal, dime



en que , y ſi è dicho bien , y tengo razon , porque me injurias? El Principe de los Sacerdotes , y todo el Concilio , trataron de buscar teſtigos falſos , para con ellos condenarle a muerte. Rara maldad! En el Tribunal que devia eſtar la modestia , alli ſe dà licencia à la deſconpoſtura , y dan vna bofetada tan cruel al Señor; donde auia de eſtar la juſticia , los miſmos Iuezes buscan teſtigos falſos! Muchos vinieron ; pero ni aun de ſus dichos podia facarſe delito capital , y que por èl merecieſe quitarle la vida.

Aun aziendo de ſu parte quanto podian en la malicia , en medio de ella ſe moſtraua en Criſto la inocencia. Concordauan tan mal en lo que eſtudiauán falſo , que aun el buen deſſeo de ſus malditos Iuezes , no allaua razon en ellos

A lo vltimo vinieron dos teſtigos falſos à quien ya la experiencia de los otros auia echo eſtar conformes , y eſtudiar el dicho en la ſuf

tancia , y el modo para deponerle , y dixeron : Noſotros emos oïdo à eſte reo dezir , que deſtruyrà el Templo de Dios ; que ſe edificò con manos de ombres , y dentro de tres dias edificarà otro Templo , ſin llegar manos à èl.

La colera , y rabia del Sumo Sacerdote , le izo leuantar en pie , y mirando à Criſto , le dixo : Que dizes , que reſpondes à eſte cargo que te azen eſtos teſtigos? A ello eſtuvo ſu Mageſtae en ſilencio , ſin querer reſponder palabra. Segunda vez boluiò à preguntarle : Tu eres Criſto Ijo de Dios. Mira , que te conjuro por Dios viuo , que nos digas , ſi tu eres Criſto Ijo de Dios.

Reſpondiò ſu Diuina Mageſtae : ya en lo às dicho. Digo que ſi , yo ſoy Ijo de Dios. Y con todo eſo os digo , q̄ algun dia me vereis ſentado à la diestra de la virtud de Dios , y aſiſſido en Trono de nubes de gloria. Preguntaua el mal Pòtiſſec lo que no queria ſaber. Querìa , que dixefe



lo que quisiera que se callara. Quando à la pregunta responde, se desespera. Furioso como vn loco, rasgò sus vestiduras, diciendo: Este està blasfemando. Para q̄ busquemos mas testigos, que su misma confesion. Ya todos auéis oido su desenbolutura, y blasfemia. Deziid todos vuestros pareceres: Que sentis en esto? Todos entonces dieron sus votos, en que merecia ser condenado à muerte.

Baronio dize, que en quãto al rasgar. Cayfas, las vestiduras pecò mortalmente. Porque aunque los Indios lo acostanbrauan, quando oian alguna blasfemia contra Dios, por ley Diuina estaua esto proibido à los Sacerdotes, segun consta de el Leuitico, capit. 20. y 21. Y aunque Ionatàs Sumo Sacerdote 1. Machab. 11. las rasgò, fue el vestido militar estando en el conflicto de la muerte; no fue el Sacerdotal, estando en paz. Y Cayfas lo izo por acriminar mas el negocio, y con aquella accion desafortada, pronocar

à todo el Concilio contra Iesu Cristo, y irritar mas los animos de los Indios. San Anselmo, Dialog. de Pass. dize le reuelò nuestra Señora, que luego al punto que prendieron à Cristo nuestro Señor, vinieron los Apostoles llorando, y desconsolados à dar auiso à su Magestad, de que los Indios auian preso à su Ijo santissimo, y Maestro, y le lleuauan, sin saber donde, ni para que. Quando no tuuiera reuelacion dello, no podia ocultar se le, porque tanta multitud de gente, como fue à la prision, no camina tan en silencio, que no de noticia de si. Entre tanto que su Ijo estaua en la sala del Concilio, estubo su afligida Madre à la puerta, oyendo lo que pasaua, y quando todos à vna voz le sentenciaron à muerte, llegò à su ceraçon el cuchillo que Simeon le auia profetizado.

Los soldados q̄ le guardauan, viendo que todo el Concilio estaua contra su Magestad, que nadie le favorecia, y nenian en ellos

guar-



guardadas las espaldas, para sus atreuimientos: enpeçaron à azerle burlas, lastimarle, y escupirle, vendaronle los ojos, y con bofetadas, repelones, pantapiés, y pellizcos, repitiendole sus mismas palabras, le dezian: Pues eres Cristo, y todo lo sabes, con tu Profecia, acierta aora quien te à dado. Con esta sentencia, disolvieron la junta, para que la confirmase Pilatos, porque el Imperio Romano, conociendo à los Indios, y la poca justicia que guardaban en sus causas, les auian quitado la autoridad de sentenciar à muerte a ninguno. Y esa regalia la tenia los Presidentes del Imperio. Aora todo lo q̄ restaua de la noche, asta el dia se entretuvierõ los criados, y soldados en atormentar, y burlar de nuestro Redentor.

Ya cansados, ò vencidos algunos del sueño, dize Cotouico, que en la misma Casa de Cayfas, que des pues se izo Iglesia, ay vn calabozo pequeño, y oscuro, que està junto al Al-

tar mayor, al qual le llamã la carcel de Cristo, y en ella guardaron à su Diuina Magestad, asta la mañana que fuese ora de llevarle à Pilatos.

San Pedro estaua sentado con los ministros à la lumbre, y con la luz della pudo conocerle vna criada de Cayfas. Entonçes leuanto el grito, le diyo: Pues que azes aqui? Tu no eres Dicipulo de ese preso? Si, que tu sienpre le às acompañado.

A las voces de la moçuela, le atendieron todos, y por escaparse, quito saifazerla, diziendo, que ni era el que ella juzgava, ni à aquel onbre tampoco conocia, ni tenia noticia de lo q̄ ella auia ablado. Saliõse fuera de el patio, y cantò el gallo vna vez, como si con aquella voz le auisara nuestro Señor, que ya le auia negado vna vez, y no le negase otras.

Aunque mudò el puesto no escapò de el peligro, diò en manos de otra criada, y à gritos enpeçò à azer gen-



te, y à dezir: Este, este estaua en compañía de Iesus Nazareno, tu de sus discipulos eres, que eres de Galilea.

Segunda vez le negò, afirmando con juramento, que no le conocia. Pasò vna ora, y otro le puso en otro riesgo, diziendole aqui no ay que negar. Tu eres el que estauas con èl en el Huerto, porque eres Galileo. No lo puedes negar, porque tu modo de ablar te dà à conocer. Distinguiase en algo la lengua de los de Galilea, de los de Jerusalem, como se distingue la de los Gallegos, de los de Madrid, y Castilla. El negocio, como pasava con tantas voces, se fue llegando gente, y entre ellos vn pariente de Malcó, à quien en el Huerto auia cortado la oreja, y le dixo: Pues niegas? No te vi yo en el Huerto, que estauas en su compañía?

Negò terceravez, diziendo: Onbre, no se lo que dizes, dexame. Añadiò à esto juramentos, afirmando no

conocia al onbre que ellos dezian.

Aun estaua ablando, y cantò el gallo segunda vez. Bolvió entonces Cristo Señor nuestro el rostro, y le mirò. Acordòse de lo que estando en la Cena le auia dicho, que antes que el gallo canrase, le auia de auer tres vezes negado. Saliòse de alli afligido.

Llegando à este paso, dizze San Anselmo, preguntè à nuestra Señora: Donde estauas, Santissima Señora, quando sucedia esto? A que me respondiò: Sabe, Anselmo, que al punto que los Discipulos me dixerón la prision de mi Ijo (de donde consta, que antes que fuesen à esconderse, desde la prision del Huerto, fuerõ à casa de la Virgen à darla esta noticia) me diò vn temblor extraño en todo el cuerpo.

Esforçandome todo quã to pude, me levantè, y vine, acompañada de Maria Magdalena, adonde mi ijo estaua, oyendo el alboroto que sobre èl tenian, quise



entrar, y no me lo permitie-  
ron. Quedè me fuera en pie,  
llorando, y diciendo: Ay  
de mi, querido ijo mio, lun-  
brè de mis ojos, quien me  
darà en ellos vna fuente de  
continuas lagrimas para llo-  
rar tu muerte!

Maria Magdalena anda-  
na por todas partes soli-  
cita, y muy ansiosa, aze-  
chiando, y escudriñando  
lo que pasaua dentro, y  
oyendo ella misma, que  
San Pedro negaua à su Se-  
ñor, y Maestro.

Conmouieronse todas  
sus entrañas, viendo el des-  
anparò de mi ijo, y porque  
el principal de sus Discipu-  
los le negaua, y dixo: O  
buen Iesus, que sera de ti,  
quando este llegarà negar-  
te, siendo el Principe de  
tus Apostoles?

O Iesus mio. No te ne-  
gara yo jamás, aunque mil  
vezes me viesse à la muert-  
te. Yo, Anselmo, estaua lle-  
na de dolor, oyendo (aun-  
que no podia verlo, las bur-  
las, escarnios, y oprobios,  
que azian à mi Ijo, y oi tan-  
bien con mis propios oi-

dos, como el Apostol San  
Pedro le negò. Aviendo le  
mirado mi Ijo en la terce-  
ra negacion, bolvió en sí,  
y llorando amargamente,  
se salió.

En la salida de la puer-  
ta se encontrò conmigo, y  
con Maria Magdalena, que  
estauamos en pie, y lloran-  
do. Traia el rostro caido.

Preguntele, con grande  
dolor: Pedro, Pedro, di-  
me, que se aze de Iesus  
mi dulcísimo Ijo, y tu Maes-  
tro? Leuantò sus ojos lloro-  
sos, y viendome a mi llo-  
rando, se admirò de que  
yo estuyese allí, y me di-  
xo: Ay de mi! Y ay de  
ti, carísima Señora mia!

Sin misericordia alguna  
le tratan, y sin piedad le  
tormentan. Segun son los  
tormentos, presto le quita-  
rán la vida. Dichas estas  
palabras dexò caer su vista,  
en tierra, y dexándonos llo-  
rando, se fue à esconder en  
vna cueba que se llama del  
canto del gallo, donde estu-  
uo escondido asta que mu-  
riò Iesus en la Cruz, llo-  
rando allí muy triste, y muy

amarg



amargamente su peccado.

Luego que amaneciò, se bolvieron a juntar a Concilio los Eteribas, y Fariseos, los Principes de los Sacerdotes, y Ancianos de el Pueblo. El tiempo que auia pasado, desde el Concilio de la madrugada, asta este le auian gastado en estudiar leyes, que oponer a Cristo Nuestro Señor, de las quales aremos despues relacion. Bolvieronle a entrar en la sala, donde todos sentados le preguntaron: si eres Cristo, dinoslo, acaua ya. El Señor les respondiò, si os lo digo, no me creereis, si os pregunto, no me auéis de respòder, ni dexar libre. Vereis al ijo de el onbre sentado a la diestra de Dios. A esta palabra le sacaron vna Consequencia: luego tu eres ijo de Dios? Vosotros mesmos lo dezis, les respondiò. Ea pues, dixerò, lo demás es canfarnos en buscar testigos, pues, nosotros mesmos lo oimos de su boca. Con esta ratificacion que ellos buscauan a su dicho, le retificaron la sen-

tencia de muerte, y dispusieron remitirle a Pilatos, para que la mandase executar.

Preguntòle San Anselmo. Señora, y que iziste quando San Pedro te dexò de esa suerte? Respondiò: El cuchillo que me auia profetizado Simeon, atravesò a mi alma. Y para que no pienses, que parò aqui mi sentimiento, oye mas. Venido el dia sacaron a mi ijo, que yo tanto deseaua ver de casa de Anas, para traerlo a casa de Cayfas. Segun esta reuelacion, y la autoridad de muchos Padres, la negacion de San Pedro, y los malos tratamientos de el Señor, fueron en casa de Anas: y luego el primero, y segundo Concilio, fueron en casa de Cayfas. Corti a esto como vna leona, a quien robaron el cachorrito. Vile aquel deseado rostro, manchado con las feissimas saliuas de los Iudios. Dixe yo entonces llorando. Ay de mi ijo de mi alma, y quan miserablemente te veo agora, que tantas vezes solia con tu suavidad



vísima vista regocijarme! Y queriendo darle vn abraço, no me permitieron llegar à él. Dieronme los Indios ignominiosamente de enpello nes à vna, y otra parte, y cõ esto le lleuaron de mi presencia, corriendo tràs del agente, como quando à algun ladron le llevan condenado à ajusticiar. Preguntò la San Anselmo: Señora, y quando así le viste lleuar, tuviste alguna esperança de que se libraria? Si, respõdiò la Viagen, porque sabia yo, que mi Ijõ era ingenioso, y eloquente en sus razones, y puesta en tienpo su acusacion, sabia disculparse, y descargarse, de modo, que la justicia le daría por inocente, y libre. Aquí fundava mi esperança. Mas quando le vi, como vn Cordero en sacrificio, sin abrir su boca para defenderse, cõsidera mi dolor, y mi pena. También tuve esperança en otra cosa, y es que como sabia yo por experiencia quan afable era mi Ijõ, y quan dulce su presencia, y su trato, sienpre confie de que con él vence-

ria, y traeria à su amistad à los Iuezes. Pero à muy poco rato estubo tan cubierro de saliuas, q̄ parecia leproso.

De allí bolviendo à aprisionarle, le llenaron à casa de Pilatos. Viò el traydor Iudas, que el Señor estaua ya condenado à muerte por el Concilio, y que le lleuauan al Presidente, para que diese execucion à la sentencia. Arrepentido del mal q̄ auia echo, entrò à los Principes de los sacerdotes, llevandoles los treinta reales, y diziendo a voces, que auia obrado mal, que era onbre justo, y santo el que tenian condenado, y èl auia pecado en entregarle. Pues q̄ nos importa a nosotros, respondieron ellos. Miraraslo tu antes. Fue al Tenplo arrojò les el dinero, que segun Cornelio siente, aunque es verdad que todos los sacerdotes estauan en el Concilio, muchos deuan de estar tambien en el Tenplo, para no azer falta à lo Ecclesiastico. Saliò de allí desesperado, y ponderando el mal que auia echo, afligido de su tristeza

se



se fue al campo, y se aorçò de vn arbol, donde se dexaremos por agora, para volver luego a el.

Entre el Occidente, y medio dia de Gerusalen ay vn bosque, al qual se llama de la Ciudad por la puerta de los pezes, y la cogen en medio vn camino, que va a Belen, y otro a Egypto, este al izquierdo, y aquel al lado derecho, y del primer arbol que allò se aorçò. El arbol, dize Adricomio era Sicomoro, y por esta noticia que puede muchas vezes ser de prouecho, aremos de ella relacion. Sicomoro es vna especie de Igueta, que solo se cria en Palestina, la qual se parece en la estatura ramas, y ojas al Moral. Echa vn genero de igos, que solo los produce, ò en el tronco, ò en las ramas mas gruesas. La qual fruta produce quatro vezes al año. Son semejantes a los igos de nuestras Igueras en la forma, pero con distincion, que ellos no tienen granos, y fino es afados no se pueden comer, y a si fa-

zonados son sabrosissimos; llamaala a esta Plynio Ficus Egyptia.

Los Principes de los Sacerdotes, no sabia que azerçò con el dinero. Si lo echauan en la Corbona ( a si llamauan al Tesoro. Sacerde el Templo ) era illicito, por ser dinero, que auia comprado sangre humana, y dinero que auia andado entre infames tratos, era illicito guardarle con el que no estaua contraminado. Tuuieron sobre esto su consulta, y aun Barrero, ò Alfajatero, le compraron vna heredad, para dar en ella sepultura a los Peregrinos, y por esta causa se llama desde entonces, aquel sitio *el campo de la sangre*, cumpliendose entonces las profecias que ablauian de esto. El maldito de Iudas quedò aorçado, que tal castigo merecia en la vida, vn ladrón, y rraydor, para enpear a pagar desde esta eternamente en la otra. Y para que se sepa, que ni fue esta sola la maldad, que auia cometido en esta vida, como no fue vno solo el be-

ne;



beneficio que en si y en su casa  
 auia recibido de la mano de  
 Cristo: oygase lo que S. Agul-  
 tin dice del, que son cosas  
 notables. Serm. 28. ad Fra-  
 tr. Las quales palabras trae  
 Copeinstein, Serm. de Pass.  
 que traducidas son estas: Vē  
 acá traidor, por ventura tu  
 Maestro no te librò muchas  
 vezes de la muerte? Por ser  
 tu su Dicipulo, no sanò à tu  
 padre de la lepra? A tu ma-  
 dre, con quien tu incestuo-  
 samente auias tratado, y  
 sido la galan, no sanò de la  
 perlesia? Despues destas mal-  
 dades tuyas, no te izo su Di-  
 cipulo? No te izo deposita-  
 rio de su dinero? No te cõ-  
 preendiò muchas vezes en  
 tus vrios, y siempre te per-  
 donò? Despues de su Vicario  
 San Pedro, no fue à ti à  
 quien mas onrò, mas que à  
 los demàs Dicipulos? Nò  
 se dignò, siendo tu tan vil  
 de traerte consigo à su lado?  
 Por ventura no te diò en  
 la Cena su Santissimo Cuer-  
 po, y Sangre como a los  
 demàs? No se puso de ro-  
 dillas delante de ti, para la-  
 barte esos asquerosos pies,

y los labò? Nò te recibió al  
 osculo de paz, sin desdenar-  
 te por tus maldades? Pues  
 que mas deuìd, que no izie-  
 se por ti?

Solamente el leer las pa-  
 labras, sin ponderarlas, cau-  
 sa admiracion, el que en-  
 tre onbres solos viuiesen  
 pasado estas cosas, fuese tan  
 traydor, y tan endemonia-  
 do el animo de aquel tan  
 maldito onbre, que à tan-  
 tos beneficios, ya que no  
 correspondiese, conforme  
 devia agradecido, por lo  
 menos no fuese tan dado  
 al demonio, que trazase  
 tan grandissima maldad, y à  
 ese mismo paso, quando  
 fuera loable de vn onbre  
 que disimulase por tanto a-  
 grauio, es infinito mas pon-  
 derable la misericordia de  
 Dios nuestro Señor tantas  
 vezes ofendido, y su justi-  
 cia tantas vezes provoca-  
 da al castigo.

El se acordò, y la Glosa  
 sobre aquellas palabra de los  
 actos Apostolicos: *suspensus  
 crepuit medius*, trae vna  
 noticia notable de este mal-  
 uado, traydor, y infame



ombre, que aunque el Texto dize que se aorcò, y rebentò, compone, aunque en diez e sstienpos, la accion; con que dexando en su cumplimiento la verdad del Texto, explica el como. Y refiere, que Papias, Dicipulo de San Iuan Euangelista lo dexò así escrito: que despues de auerse aorcado este endemoniado ombre, algunos q̄ pasaron por el camino, le quitaron el lazo, de forma, que no peligrò, castigandole el Señor mas, con este alivio en aquella desesperada muerte. Que sobreuiuid, y se leinchò el cuerpo tã mostruosamente, que no podia andar, aun por donde pudierã pasar vn carro. La cabeza ab mismo, creciò al compàs de su cuerpo, los parpados de los ojos se engrasaron de tal suerte, que para ver alguna cosa, era necesario alçarlos cõ vnos instrumentos, y aun no podia ver, por lo retitado que estãvan en sus concavidades. Cubriòse todo el cuerpo de vnos gusanos, tales, tantos, y tan alquerosos, que era

injuria de los ojos el mirarle, sin que las partes interiores de su cuerpo, estubiesen libres deste castigo, pues por sus organos manauan a millares. En sus verendas tuvo tantas, y tales enfermedades, que es asco el referirlas. Y despues de auer viuido en esta vida, con tan infames achaques, dignos de su maldad, pasando vn carro por junto à el, le quitò la vida, rebentandole, y aziendole saltar todas las entrañas. Enterraronle en vna eredad suya, en la qual se conseruaua vnodor tan infernal, desde que se enterrò en ella aquel endemoniado cuerpo, que asta oy, no solo no ay quien la abite; pero ni pasar por ella, sin dexar de taparse las narizes. La qual noticia trae la Glosa, de Ecumenio, Cornelio à Lapide, el Ianferio, cap. 140. lo refiere de Teofilato, y Eutimio.

Compraron la eredad de este dinero, la qual cae al mediò dia de la Ciudad à las espaldas de Sion, que tiene por sus espaldas à vn monte que



que se llama con el mismo nombre, y por delante, al conpás de los muros de la Ciudad, vn arroyo, que baxa de las dos fuentes, ò piscinas de Gion, y la fuente alta, que vâ à defaguar por el lado izquierdo àzia el Oriente, en el arroyo Cedron, y dista della vn tiro de piedra. Es admirable la virtud de esta tierra, que si se entierra vn cuerpo en ella, à las veinte y quatro horas le conuierte en polvo.

La Esperatriz Santa Elena, viendo, que no solo en su sitio tiene esta virtud, sino que llevada à diversas partes, no la perdía, izo cargar della docientos y setenta nauios, y llevó a Roma, con la qual llenò el que oy es Campo Santo, que aunq̃ la tierra mudò de suelo, y constelacion del Cielo, no perdió su virtud en quanto al consumir los cuerpos en tan breue tiempo aqui, como alla. Pero se conoce en ella vn prodigio continuado, que si entierran algun cuerpo de algùn peregrino, le consume, y si es cuerpo

de algun vezino de la Ciudad, lo echa fuera. Como si ella misma dixera, que auia sido conprada por el precio de Cristo, para ser sepultura de peregrinos, y no de payfanos, dize Adricomio.

De la casa de Cayfas, donde se auia echo los dos Concilios, llenarò à su Magestad al Pretorio de Pilatos. Era Viernes por la mañana, y los Sacerdotes, y demàs que auian interuenido en la sentencia, no quisieron entrar en él, por no contaminarse, sino por allarse allí dispuestos, para celebrar la Pasqua. No reparauan en la maldad que auian cometido, y cometian, y estauan melindrosos en contaminarse, quando sus infelizes almas se cargauan con tantas culpas.

El Presidente Pilatos, fallò à ellos, y les preguntò, que que causa traian conera aquel pobre onbre? A que respondieron, que sino fuera malechor, no le llevaran a que le castigase. El replicò: pues si es malechor, como dezis, llevaosle, y sen-



tenciadle vosotros segun sus meritos, y vuestra ley. A qui ellos replicaron, que no les era licito quitar à ninguno la vida, ni sentenciarle.

Sacaron à su Magestad de la casa de Cayfas, y le decedieron de lo alto de Sion al valle que ay entre èl, y la Ciudad, adonde subieron. Tiraron la calle derecha à la plaça del mercado, donde despues fue degollado Santiago el mayor. De alli fueron derechos a la puerta Occidental del Templo, el qual dexaron à mano derecha, y vinieron a salir à la plaça mayor, en cuyo lado izquierdo en yna esquina esta el Pretorio, y casa de Pilatos, que desde la de Cayfas à ella, ay mil pasos. Adricom.

San Anselmo preguntò à nuestra Señora, y quando asi le viste, Señora, llevar a Pilatos, tuuiste alguna esperança de verle libre? Mucha, respondiò nuestra Señora, porque asta agora, como no era muy de dia, no estava la multitud, y turba popular presente, y quando vi,

que se conuocaua el vulgo, à quien mi Ijo dulzemente auia predicado, à cuyos enfermos diò salud, y à quien diò en el desierto aquel sustentomilagroso, como yo sabia, que por todos estos respetos el pueblo aficionado a èl, le auia defendido muchas vezes de la muerte, confiè, que aun seria agora lo mismo. Pero triste de mi, luego que vi, que esta turba clamò despues, diziendo: Crucificalo, crucificalo.

El Pretorio era la casa donde viuia Pilatos, y todos los que azian su oficio de Presidentes de Indea, por el Imperio Romano. A èl se subia desde la plaça por veinte y ocho gradas, las quales, llamada, escala santa, la trasladò despues el Emperador Constantino, ijo de Santa Elena, y colocò en Roma, en la Iglesia de San Iuan de Letran.

Estauan en esta casa, las salas del gouierno politico, y por eso estava la viuenda del Presidente en ella, como en Madrid el Rey nuestro



Señor tiene los consejos en su Palacio, en Granada el Presidente, que viue en la Chancilleria, y el Regente en la Audiencia de Sevilla. Desde el Pretorio ay vn pasadizo de arcos de cantería, sobre columnas, para entrarse en la torre llamada Antonia, y desde esta, que cae al medio dia de el Pretorio, y de la torre otro pasadizo al Templo. En la torre estauan los soldados de Presidio, que guardauā el Pretorio, y tenian sugeta a la Ciudad, y porque el Templo por su fortaleza, muchas vezes alentaua a los Iudios, para sus mouimientos, y reueliones, con facilidad se allauan sobre ellos los soldados, y los tenian a raya, y los sugetauan mas de lo que ellos quisieran.

Aora enpeçaron los Iudios a oponerle a Cristo nuevos cargos. Su malicia los tenia bien pensados, porque auian tenido lugar de dificultarlos. En el Concilio, solo le acusaron de blasfemo, que era: dezian ellos azerſe ijo de Dios, y eſo

como a Eclesiasticos les tocana el conoçer. Por aquel lado ya le tenian segura la muerte, aora para que no se les escapase por el lado de Pilatos, pensaron que oponerle cargos pertenecientes a su jurisdiccion. Aora dixeron, le auian conpreendido, andar inquietando la gente, como sedicioso, y alborotando a los Iudios, para que se reuelasen al Cesar, y prohibiendo se le pagase el tributo. Quan al centrario fue lo q̄ pasó en esto! Y juntamente diziendo que era Cristo, y Rey. Entrò Pilatos con su Mageſtad en la Sala del Tribunal, y teniendole en pie en su presencia, le dixo: tu eres Rey de los Iudios? A que le respondió el señor, con otra pregunta. Tu me lo preguntas, ò me lo dizes, porque te andado de mi eſta noticia? Pues acaso yo soy Iudio? Dixo Pilatos. Tu nació, y tus Põtifices son quien te an entregado a mi jurisdiccion. Dime q̄ as echo, en que aspeçado? Mi Reyno, no es de eſte



mundo, dixo Cristo, porq̃ si yo tuviera en èl mi Reino, mis vasallos pelearan, y me defendieran de ser entregado à los Iudios. Luego tu eres Rey? replicò Pilatos. Tu mesmo lo dizes, respondió Cristo, que yo soy Rey: y yo naci, y vine al mundo, para dezir la verdad. Pues que es la verdad? dixo Pilatos. Acabando de azer esta pregunta, le bolvió las espaldas, y salió à los Iudios, y les dixo: Yo no allo causa ninguna en este onbre. Bolvian enpeñados à azerle cargos à Cristo, y a ninguno de ellos respondió palabra su Magestad, siendo los Principes de los Sacerdotes, los mas enpeñados, y endemoniados, quando por su oficio devieran ser mas santos. Y los que por su estado devian aplacar al pueblo, ellos le auian concitado.

Bolvió el Presidente segunda vez à Cristo, y le dixo: No oyes las maldades q̃ estos dizen contra ti? No respondes nada? no ves los cargos, y capitulos que te oponen? Y a cosa ninguna

quiso el Señor responder. De modo, que su silencio causò admiracion à Pilato. Agritos, y con voces destempladas, quisieron torzer la justicia, y obligarla que le sentenciasse a muerte, prevaleciendo en su maldad, y acusacion, dezian, que tenia alborotado al pueblo, enpeçando desde Galilea, asta acabar en Ierusalen con que tenia inquieta à toda Iudea.

Al oír Pilatos aquella palabra Galilea, y preguntòle si era Galileo? Conociendo que era de la jurisdiccion de Erodos, porque fòla aquella Prouincia, tenia, y auia venido aquellos dias a Ierusalen a la solemnidad de la Pasqua, se le remitiò para que le juzgase. No porq̃ tenia jurisdiccion para ello, quiso azerle este agasajo de que èl fuese su juez, por ser Rey de Galilea, y para que con esta judicatura, y corteſania componer algunas enemistades que auia entre los dos.

Caminò el Señor, dize Adricomio, desde el Pretorio, asta casa de Erodos, que



que cai entre el Norte, y Occidente de la Ciudad ca- si vna calle derecha, y ay de vna a otra parte trecien- tos y cinquenta pasos, en medio de ella está la casa del Rico auariento, que se dexan à mano izquierda. Mu- chos dias avia que Erodes tenia deseo de ver à Cristo nuestro Señor, porque auia oido muchas maravillas su- yas. Quisiera ver alguna se- ñal que obrase en su presen- cia. Izo Erodes, dixo nues- tra Señora à San Anselmo, muchas preguntas à mi ijo. Eres tú, le dixo, aquel à quien siendo niño, quitò mi padre matar, y por cuya cau- sa quitò la vida à tantos ino- centes? Eres tú aquel que me dizen, que dà vista à cie- gos? Eres tú el que resusci- tò à Lazaro, y al ijo de la viuda de Nain? Yo te ruego, que agas aqui algun mila- gro en mi presencia. Si lo izieres, te prometo librar- te de los Indios. Pusole Erodes vna Corona sobre su cabeça, dándole su pala- bra Real, de que si azia al- guna maravilla en su presen-

cia, no solo le aria parr ci- pante en su Reyno, sino su eredeto. Como el Señor no deseava verse libre, sino muerto, por redimir al mún- do, no izo alli milagros, ni respondió palabra. Ptegun- tòle San Anselmo: Señora, y tuvisteis esperança de ver libre à vuestro santissimo Ijo, quando en presencia de Erodes le acusauan los Prin- cipes de los Sacerdotes? Y confiasteis de que se libra- ria? Si, dixo nuestra Seño- ra, porque sabia yo, que Erodes era Rey de notable presencia, y hermosa perso- na, y así me pareció, que viendo la ermosura de mi Ijo aficionado, le libraría. Procula muger de Pilato le enbio à dezir, aun estando sentado en el Tribunal, q̄q̄ tenia el que ver con aquel Justo? Que le dexate libre, pues por su causa se via asõ- brada de visiones q̄ la perse- guiã. A vialo aparecido el de monio en sueños, para q̄ es- torvase la muerte de Cristo à quien sospechava Dios por las conjeturas que tenia de que lo era, ò por el cumpli-



miento que via ya de las escrituras que ablan de el. Otros Padres ſienten, ſegun dize Barradas, que fue Angel de el Señor, el que ſe apareció a Procula en aquella mañana meſma, quedandose durmiendo en la cama, à la ora que el Preſidente ſu marido, llamado de los Principes de los Farifeos, ſe leuantò a la Audiencia a oir aquella cauſa. Que ria el Padre Eterno, que al meſmo tienpo que los Iudios condenauan a Criſto por mal echor, ſe oyen voces publicandole juſto, y ſanto, para que a ſi mas canpeaſe ſu inocencia, y la malicia de los enemigos.

Los Principes de los Farifeos, como ſe vian cogidos con el enpeño de Pilatos endarle a Criſto libertad; y que les auia dicho en ſu cara, que ni Erodos, ni el auian allado cauſa para condenarle a muerte, con que les daña a entender que eran maluados, pues con mouimientos de envidia, y tirania tenían oprimido al Señor, y queriã quitarle la vida; di-

currieron vn medio, para q̄ quedafe condenado a muerte de Cruz, y ellos no faltan a la corteſia, al Preſidete, ni al enpeño q̄ ya moſtraua en la deſenſa. Sin reſpòderle palabra a to q̄ dezia, perſuadierõ a la pleue, q̄ en inumerable concurſo eſtaua delante de el palacio en aquella gran plaza, para q̄ agritos dixerã no queriã por libre a Criſto, ſino a Barrabas. Por dos vezes le propuſo Pilatos a N. Redentor, al lado de vn bellaco ladrõ, omicida, y reboltoſo, para q̄ aquellos endemoniados viesen a quien ſe inclinauã a dar libertad. Parecióle a el q̄ auindose enpeñado la primera vez, y q̄ ellos auian alborotado a la pleue, viẽdole ſegũda vez inſiſtir en ello arian q̄ la gente vil, no proſiguieſe en ello, ni alguno ablaſe palabra, por el reſpetto q̄ ſe le deuia a ſu perſona, y autoridad; y mas, quãdo le defendia cõtra la injuſticia q̄ ellos pretendian, ellos rã enpeñados la ſegunda vez, como la primera le atropellaron en ſu dictamen, y



bolvieron à persuadir à la plebe pidiese la libertad, solo à Barrabàs. Dixoles Pilatos, pues que quereis, que aga de Iesus, à quien llaman Cristo?

Replicaron entonces, q̄ le crucificara. Tercera vez les dixo: q̄ à cometido este onbre? Yo no allo causa, para quitarle la vida, yo le castigarè, y darè libertad. Dando gritos, q̄ se vendia aquella plaza, como locos porfiavan en q̄ le condenase à muerte. Pensò Pilato q̄ azotando à Cristo, quedaria aquellos años solsegados, y mandò, le lleuasen al castigo. Este fue el mas cruel, y mas cõtra razon, q̄ jamàs se oyò. Porq̄ la ley Romana disponia, q̄ al reo se le diesen quarèta azotes, y en este solo iarentauan afrentarle, no quitarle la vida: y para afrenta sobrauan estos. Los soldados de el Presidente, como Romanos, y alentados con la autoridad, y sombra de su amo, insolentes en toda Palestina, y Iudea, como suelè ser los q̄ estàn de presidio, en parte estraña, por esto, ò por sobor-

no de los Iudios, que todo se puede presumir de quien tan sin Dios queria à su Dios, y su Rey quitarle la vida, excedieron la comission; pues demàs de azotarle con aquella crueldad, le coronarò de espinas, aize Eulimio. Ahora preguntò S. Anselmo à la Virgen Santissima: Señora, quando oiste que le llevavan à azotar, tuviste alguna confianza de que no le azotarían? Si, dixo la Virgen, porque yo azia mi quenta: ninguno sabe la ermosissima composicìõ de aquel bellissimo cuerpo. Quando le tengan desnudo, y vean aquella delicada tez, dudo q̄ tengan animo, para descargar sobre el, ni vn azote.

Pero ay de mil! Que en vn momèto estubo lastimadissimo su cuerpo cõ mas de cinco mil azotes, de tal suerte, que con estar desnudo, parecia estar todo revestido de vna purpura, sin quedar en el lugar sano, desde la planta de el pie, asta la cabeça, y luego instantaneamente apa-



reciò todo como cubierto de lepra. El Maestro Medina, Mercenario, lib. de excel. de la Cruz, cap. 33. dize, que segun la costumbre de los Romanos, primero le azotaron los Lictores, con varas de espinas. Causados estos, se remudaron los segundos, con cordeles nudosos; dize San Geronimo, citado de Copeinstein. A estos segundos, se siguieron los terceros, que todos fueron seis cò cadenillas de hierro, con tosetas, ò garfios al cabo; con que no solo lastimauan sus santissimas carnes, sino las despedaçauan, arrancãdolas de los huesos. Aun en esto reparò Baronio, An. 34. num. 27. quiso el Redetor de nuestras almas parecer esclavo, pues como tal permitiò ser azotado. Pues segun el Jurisconsulto, l. 4. §. de incend. l. leuia de accus. l. in seruorũ. Et de pœnis, à los ombres libres, los azotauan cò varas, ò palos, y à los esclavos cò cordeles.

Aunque es verdad, que Pilato con el castigo de los

azotes intentò mitigar sus animos, y escapar à Cristo de la muerte, no replicaron à ello, que como tenían dispuesto que muriese, queriã, fuese cò todas las circunstancias de afrenta que fuesen posibles. Disponiã las leyes de Roma, que el que vuiese de ser crucificado, fuese azotado primero, y esta afrenta no, solo tocava à la persona, sino à todo su linage. Ley que se observaua en Judea, dize la Glos. in Math. aludiendo à esto las palabras: *Flagellis casum*, que dize San Juan 19. y San Marcos 15. Mientras intentò azotarle, callaron los enemigos: y ya que así tenían à su Magestad, clamaron, pidiendo su muerte, para que no quedase con vida, aunque con azotes, y afrenta, y ya que muriese, fuese con toda ignominia.

Cotonico, lib. 2. cap. 4. dize, que la coluna à que ataron à Cristo nuestro Señor estuvo muchos años puesta en el portico de la Iglesia de Monte Sion, donde la venerauan los Cristianos.



Ocupando los Moros à Ierusalen, la quebraron en dos pedaços, la vna parte se traxo à Roma, y la otra, que es la mayor, se guardò en el Tenplo de Santo Tomàs en el mismo Monte Siò. Despues, siendo Guardian del Santo Sepulcro vn Santo Religioso, llamado Fr. Bonifacio, la trasladò al dicho Tenplo del Sepulcro. Diuidiendola en pedaços se quedó allí con vno, otro enbiò al Papa Paulo III. otro al Enpetador Ferdinando, otro al Rey de España (que segun el tiempo, fue D. Felipe Segundo), otro à la Señoria de Venecia, otro à la Señoria de Ragusa. Es roxa con algunas manchas blancas à modo de porfido, con que se conoce ser de jaspe.

Y en el capitulo onçe añade del libro de el Guardian Fray Bonifacio, que escriuiò de, Peremni Cultu terræ Sanctæ, que los Turcos jamás conceden licencia para que los Cristianos entren al Pretorio en el qual viue el Saiaço, ò Go-

vernador de la Ciudad. El qual algunas vezes le llama va para quitarle el dinero, y le inponia alguna paga arbitraria, conforme a su codicia, ò necesidad, por ver el lugar, donde Cristo nueſtro Señor fue sentenciado, que es vna sala, adornado el suelo de piedras, como azulejos, que es el Litostrotos, q̄ dicen los Euangelistas. Aquí solo le permitia entrar, y en los demás aposentos rarissima vez. En vna que se ofreciò despues de siete años estando el Saiaço fuera de Ierusalen, por medio de vna vieja Turca, que estaua en la casa, tuvo modo para entrar en ella: y en el aposento donde fue azotado Cristo Señor nueſtro, eſp̄, y los q̄ iban en su compañía, oyerò ruido de azotes.

Admirado dello le preguntò à la vieja, si sucedia muchas vezes oírse aquellos golpes? A que respondiò, q̄ se senta años asta que viuia en aquella casa, y que continuamente, de noche, y de dia se estauan oyendo, sin cesar vn instante.



Añ todo aquel Santissimo Cuerpo echo pedazos le sacaron al patio del Pretorio, auendolo recibido en el cinco mil quatrocientos y setenta y cinco azotes, segun le fue reuelado à Santa Brigida. Otras reuelaciones ay que parece se oponen à esta, en que dizen se le reuelò à San Bernardo el mismo Cristo, y à otros Santos Monjes de la Cartuja, y Ludolfo dize, que su Magestad asimismo reuelò a vna Santa Religiosa, que las eridas de su cuerpo fueron cinco mil quatrocientas, y nouenta. Cosa que causa horror, pues aunque no fuera Cristo nuestro Señor el que las padeciò, aunque se vieran en el ombre mas facineroso del mundo, mouiera a compasion a los corazones mas duros. Refiere lo mismo Mata, en su lib. de quatro Rios de el Parayso. Serm. del Domingo de Ramos. Yo no allo repugnancia, porque Santa Brigida abla de los azotes, y las demas reuelaciones dizen las eridas del cuerpo.

Bien puede vn azote, y con vn golpe causar dos eridas, y mas. Con q̄ se puede allar facilmente ser mas el numero de los golpes, y mas el de las eridas: y si a estas se juntan la Corona de espinas, clavos, y lança, a mi no me aze dificultad el componer estas reuelaciones, q̄ a la primera vista parece que estan opuestas.

Juntaronse todos los soldados de la Corte en el patio, y desnudándole otra vez, de sus vestiduras, le vistieron a vna ropa de grana, q̄ segun dize Baronio, era de algun soldado. E visto, y venerado en el Escorial vn pedaço della: el color tiza à rosado escuro, y la tela parece bombasino fino, aunque raída, y sin pelo.

Texieron vna Corona de espinas, y segun dize San Vicente Ferrer, Serm. de Pas. le cogia toda la cabeza, a modo de Corona Imperial. Revelò nuestra Señora a San Anselmo, q̄ con el cabo de vna lança la clauaron en su Santissima cabeza: y San Vicente dize abriò



en ella setenta y dos eridas. Añadieronle vna caña en la mano, para que no le faltase purpura, como a Rey, Corona, y Cetro. Poníanse de rodillas en su presencia, y le saludauan, dandole de bofetadas, escupiendole el rostro, y diciendo: Dios te prospere Rey de los Iudios. Saliò otra vez Pilatos, y les dixo: Ea, ya os le traygo así castigado, para que conozcais, que en este onbre no allo causa para condenarle a muerte. Saliò el Señor desnudo de sus vestiduras proprias, mal cubiertas sus carnes con aquella ropa vieja, y suzia, con la Corona en la cabeça, y la caña en las manos. Y les dixo: Ea mirad a este onbre, miradle como está! La parte por donde Pilatos mostrò a Cristo al Pueblo, dize Adricomio, y Corouico, fue por el pasadizo que corre desde el Pretorio asta la torre Antonia. Oy à quedado vn arco grueso de canteria, sobre èl en el pasadizo està vna ventana leuantada cinco pies del suelo de el pasadizo, y con vna co-

luna de jaspe, en medio forma dos arcos, al modo de las ventanas antiguas. Llámase el arco del *Ecce homo*. Este arco mira al Oriente, ya èl cai la ventana. Por la parte que mira al Norte ay en èl dos tablas de piedra en que estaua escrito: *Tolle, tolle, crucifige eum*, las quales estangastadas con el tiempo.

Y dize Corouico, que las mirò de espacio, y que solo àn quedado estas letras T O. El aposento es de seis pies de ancho, que esto tiene el hueco del pasadizo, y doze pies de largo.

Luego que le vieron los Pontifices, enpeçaron à dar gritos, y dezir que le quitase de su vista. Juzgò Pilatos, dize San Leon Papa, que con esto quedarían sofegados aquellos animos en demoniados, viendo al Señor de tantos modos afligido. Pero creciendo el fuego de la ira con que dauan grandes voces, y gritos, cõsiguieron para condenacion suya, lo que pedian con pertinacia.



Crucificale, crucificale, sonaban los gritos de aquella infinita multitud, que no cabia en la plaza, ni en contorno del Pretorio. Aora acabò Pilatos de conocer la bellaqueria, y maldad de aquellos enemigos, y oyendo sus voces temió, porque dezian, que le sentenciase, pues por si, por los delitos q̄ le oponian, tocantes à su juridicion, dezian, que segùn las leyes propias merecia la muerte.

Entrò otra vez con su Magestad al Pretorio, y le dixo: dime, de dõde eres? Yo juzgo, que en esta pregunta quiso q̄ le declarase las presunciones que el tenia. Porque sabiendo que era envidia la de sus enemigos, y no ignorando los prodigios que auia obrado, ni allando aora cargo ninguno de muerte con quanto le oponian: juntauase a eso el recado que le auia enbiado su muger, de que visiones, y prodigios la venian a senbrada, que publicavan su inocencia, y santidad, y las voces con que se lo enbiò a dezir, que era

Iusto, y justo. Reparaua en el Señor aquella paciencia, y santidad, no dar vn gemido, ni vn suspiro, viendose, no solo con tantas eridas en todo el cuerpo, sino en la cabeça, que causava orror mirarla con aquella multitud de espinas, que se le clavauan en las carnes, y baxauan dellas arroyos de sangre, por todo el cabello, à los ojos, niexillas, barbas y vestido, que a qualquiera parte que le tocasen, todo estaua erido, y lastimado con cardenales, desgarros, y punçadas. A vista desto quando en otro allara quejas, gemidos, suspiros, lagrimas, y sollozos, via en el Señor tanta paciencia, tanto sufrimiento, tanto silencio, le juzgò, no por loco, como dezia Erodes, no por malo, como deziã los sacerdotes, y plebe. El auerle dicho, q̄ era Rey, y que fu Reyno no era deste mundo, le traia con grande confusion, y así le pregunta, que de donde era? A esta pregunta no quiso el Señor responder palabra. Sintióse dello Pilatos,



y le dixo: Pues à mi no me ablas? Pues à mi no me respondes? No sabes, que tengo poder para quitarte la vida, y tambien para crucificarte? No la tuvieras tu cõtra mi, le respondiò el Señor, si de el Cielo, no se te vuiese dado. Pero el que me à entregado à ti, mayor pecado à cometido. Bolviò Pilato à azer diligencia, para librarle, y los Iudios à gritos le dezian, que si le daua libertad, se declaraua enemigo del Cesar. Pues aquel onbre se auia querido azer Rey.

Bien podiã acordarse quãdo despues de auer sustentado à cinco mil dellos cõ los panes de cebada, y pezes, se huyò, porque le queriã azer Rey.

A ellos podian crucificar los, porque lo auian intẽtado, pues contradexian en esto al Cesar, conforme aora alegan. Su animo estaua entregado à los demonios, y así no reparauan en tan graue cargo de conciencia. Con esto les pareciò que Pilato no podia resistirse: porque si se negaua à condenarle, le po-

diã azer cargo al Emperador, de q̃ ayn onbre, que se auia querido azer Rey, y leuuntarse con Iudea, no auia querido sentenciarle, entregandosele en sus manos. Los traydores, como tenian bien deseado, quitarle à Iesu-Cristo la vida, tenian bien pensados todos los cargos q̃ auian de azerle. El primero era de blasfemo: diciendo, que se auia echo Iho de Dios. Y quando dixeron, q̃ tenian ley, y segun ella devia morir, citauan à la de Moyses, al capitulo 24. del Leuitico, en que manda, que el blasfemo muera apedreado, la qual muerte dieron à S. Esteban. Ellos la buscauan mas afrentosa. Por eso quisieron matarle a pedradas, quando dixo, que el Padre, y èl era vna cosa misma. El segundo cargo era de comunero, dogmatizante, con que le declarauan reo del crimen de lesa Magestad, y que a vn tiempo mismo inquietaua al pueblo, y enseñaua doctrinas opuestas a la ley de Moyses.

Tambien dixeron, que re-  
nia



ni pactos con el demonio. Y así por sedicioso contra el Cesar, induzen à Pilato, q̄ le sentencie à muerte. Cogiendo, como dizen en la forçosa, pues aunque querria librarle, le dizen, que atienda a que se declara por enemigo de su amo, favoreciendo à Iesus.

No quiso Pilatos, que le acusasen de omiso en esto, ni que se entendiese, que favorecia à Cristo contra derecho, y viendo aquel descaro, y maldad de los Judios, con quien no aprouechauan tantas diligencias como auia echo, tantos medios, como auia usado, delante de todos pidió agua, y se labò las manos. El labarse, dice Baronio, ni fue ceremonia de Romanos, ni de algunos otros Gentiles, era solo de los Indios, como consta del cap. 21. del Deuteronomio, para que mostrandose alguno sin culpa en alguna muerte, q̄ le imponian, así diese testimonio de su inocencia. A esto aludiò David, quando en el Plalmo 57. *Lætabitur iustus, & manus suas lauauit*

*bit in sanguine peccatoris.* Sus palabras, y interposiciõ solo seruian de que aquella maldita gente se fuese amotinando, y labòse, diziendos Yo ago lo que querreis: pero quedo limpio desta injusticia, porque clamais a gritos. Este es justo, y injustamente padece. Vosotros querreis su muerte, y a mi me obligais forçado a q̄ le sentencie contra justicia. Allà os lo aued. A Dios dareis cuenta dello. A Pilato, y q̄ neciamente às temido! dize San Leon. A Pilato, si tu vieras valor, como tuviste entendimiento: y como tubiste mano para firmar la sentencia, tuvieras coraçon para repugnarla! Quisieron ellos conpurgarse de la culpa que Pilato les cargaua, y le dixerõ: Pues tu dizes, q̄ es sin culpa su muerte, su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestrs ijos. En nuestras conciencias venga esta que tu dizes culpa. Sentenciale tu, que aqui saldremos à la satisfacion cõ Dios deste que tu juzgas por santo.



Entonces queriendo dar satisfacció al pueblo, aucoó a si las peticiones de estos, y segú ellas proueyó que Barrabas fue se fueyto de la carcel, y absuelto de la pena q̄ por el omicidio, y sedicion auia incurrido. Y a esvs despues de auerle afrentado cō los azotes le entregó a su voluntad de ellos, para crucificarle.

La ley, porque Cristo N. Señor fue sentenciado a muerte de Cruz, era por go vernarse Iudea por las leyes de Roma, y segú sus fueros se juzgauan las causas en todas las Prouincias de su dominio. Entre las leyes de las doze tablas, que ordenaron los Consules, y Decem Viros, q̄ fuerō criados para este efecto, como dize Sigonio, lib. de factis Romanorū. En la tabla 6. q̄ le cupo a Tito Romilio leg. 16. se ordenaua a su *Sicarios, et insignes fures. Cruci addicito.* Por la primera parte de *sicarios*, q̄ quiere dezir omicidas, se entendia la gente baxa, por q̄ los nobles morian cortadas las cabeças, por es-

ta ley fueron sentenciados los ladrones, y debia morir Barrabas.

La ley, porque sentenciaron a Cristo era la 63. de la tabla 12. que dezia: *Maleficos, magos, et prestigiatos, postquam flagelatos, Cruci affigito.* Despues que uieres azotado a los echizeros, encantadores, y enbusteros, ponlos en la Cruz. Y a si como ellos le inputauan a Cristo, que tenia pacto con el demonio, por aquí quisieron le echasen la ley, y por el crimen de Iesa Magstad; ya que por la ley de blasfemo se les escapaua. Tal malicia no se a visto en ombres, despues que Dios crió el mundo, ni se verá aora que se acane. Tal genero de proceder en vna materia tan graue, nunca se a visto. Quando no fuera tocando en N. Dios, y suyo, sino en qualquier ombre ordinario, el oir las maldades, y injusticias q̄ estos enemigos izieron, es, ó para perder el juicio en considerarlo, ó con siderar que el demonio los trata a ellos sin juicio

arras;



arrastrandolos a tantas, y tan horrendas maldades.

Y Pilato quedò con aquella ceremonia, como si quedara limpio de la culpa, pues con su imprudencia ayudò, y diò esfuerçosa la injusticia de los enemigos. Quando no quedara con el remordimiento de conciencia, de que injustamente auia sentenciado a quien agritos auia publicado, y defendido por justo. En quanto a derecho procediò injustamente, pues estava fresca vna ley del Enperador Tiberio, ordenada con el Senado Consulto, el año quarto de su Inpetio, y carotce antes de la muerte de el Señor, por la qual mandaua que en todo su Inperio, ningun Iuez pudiese dar sentencia de muerte a ningun Reo, sin q̄ diez dias antes se le viese notificado la sentencia. La qual trae Suetonio in Tiber. cap. 75. Y Sidonio Apolinar dice, que el Senado aprobò, esta ley à treinta dias. La qual confirmò el Enperador Teodosio, à instancias de S. Ambrosio Obispo de Milan. Y

quebrantando tantas leyes del derecho, tantas de conciencia, y razon, la noche antes le prenden, le sentenciã, y le crucifican, al dia siguiẽte, aun sin darle lugar a que resp̄ irase de vn tormento a otro.

Dada la sentencia de muerte, contra el Señor de la vida, llegaron los enemigos presurosos, y alborozados, y le desnudaron la ropa de grana, y le pusieron sus vestidos, y sacaron para crucificarle, poniendole sobre sus ombros santissimos la Cruz. Ya que este precioso madero le vemos en los ombros de Cristo, sera biẽ a riguarle el como llegò allí. Algunos dixeron que este madero fue del Paraíso, y que de el salidò, para remedio de el mundo, pues allí se auia dexado caer nuestro primer Padre Adan, para destruirle. *Tracta a si Godefrid. Viterbiens. in Chorinc. Pantheon. apud Ciacccon. lib. de Sig. Sancta Cruc. cap. 3. S. Method. in Chitiad. ap. Petri Comestor. Hist. Scholastic. cap. 18. in Euang. Nic.*



colao de Lira in Ioan. cap. 5.  
Auth. lib. dormi secute.  
Mag. Fr. Pedro de Medina,  
cap. 46. Iuan Belettho Teo-  
log. Parisiens. Rationale  
diuinorum, cap. 141. que flo-  
reció mas à de quattrocien-  
tos años, y si esto es a si, pare-

ce que lleuan fundamento  
los de esta piadosa opinion,  
pues la Iglesia nuestra Ma-  
dre, canta en alabança de la  
Santissima Cruz, aziendo alu-  
sion al pecado de nuestro  
primer Padre, que en ella  
tuvo el remedio, diziendo,

*De parentis protoplasti.*

*Fraude factor condolens.*

*Quando pomi noxialis.*

*Morsu in mortem corruit.*

*Ipse lignum tunc notauit.*

*Damna ligni vt solueret.*

Aunen el verso siguiente, parece que se insinua con pala-  
bras mas claras.

*Hoc opus nostra salutis.*

*Ordo depoposcerat.*

*Multiformis proditoris.*

*Ars vt artem falleret.*

*Et medclam ferret inde.*

*Hoslis vnde laferat.*

**C**ONsiderado la corres-  
pondencia que Dios  
à guardado en todas  
sus cosas, y que venció al  
demonio por los mesmos  
pafos que el nos derribò, y  
otras infinitas cosas, q son  
misteriosas, y nos predicau

su prouidencia, y admirable  
disposicion, no me parece  
fuera de camino, entender  
que quisiese buscar la me-  
dicina en el mesmo arbol q  
se causo la llaga, y que el q  
fruió para el pecado, fruió  
se para el remedio.



Lo cierto, y en lo que todos los autores concuerdan, es, que este madero estuvo puesto en la puente del Cedron, por donde la Reyna Saba entrò en Ierusalén. Al llegar a ella, dió un uo ilustracion, de que en el ania de morir su ijo, y redimir al mundo. No queria pasar por el venerandolo. Vmillose, y le reuelò despues a Salomon el misterio. El la quitò de alli, y puso debaxo de tierra en el lugar donde se fabricò la Piscina; por curso de tiempo se vino a descubrir, y andaua sobre las aguas que en ella se recogian del Tenplo. Lo mismo sienten San Buenaventura en el libro de las Meditaciones, cap. 43. Esta se fecò totalmente a la ora en que prendieron a Cristo N. Señor, y echando mano de los Judios: le izieron Cruz. Dize esto Francisco Alvarez, lib. de Reb. Ethyop. ca. 32. Que en el Reyno de Tringimabon, en la Ciudad de Aquaxumo, que fue entonces Corte de la Reyna Saba, en la Iglesia del Pueblo,

allò vn libro a quien ellos Hamauan Abesi, en lengua Etiòpe, traducido de la Ebreá, en el qual èl mismo leyò esta Iſtoria. La asta de la Cruz tuvo de largo quinze pies, y el transversal en que se clauarò los braços, ocho. Esta carga pesada pusieron los enemigos, sobre los ombros de Iesu Cristo, tan eche pedazos, eò eridas, y desgarròs, tã desangrado, y descacido, como se dexa entender. Pues aquí no es necesario, para conpadecerse de su Magestad, el considerar a Dios, y onbre, padeciendo, sino solo pensar en vn onbre tan sin piedad perseguido, y tan sin leyes, de justicia, y razón atormentado, para mouerse a dolor, y cópasion.

Quando ya sacauan a mi Iſo, dixo la Virgen Santissima a San Anselmo, en medio de dos ladrones, quise seguirte, y verle, mas no pude, por la innumerable turba, y multitud de Pueblo, que falia a ver el opronio de mi Iſo. Pero al fin acompañada de Maria Madalena, pude

pa;



pasar. Atravesò por otra calle, y saliendo por vna calle cerca de vna fuente, llegamos à encontrar con mi Ijovado, desfigurado, y oprimido del dolor. El qual inclinandome à mi benignamente su cabeça, me saludò, diciendo, *Aue Mater*, pocas palabras, mas en ellas me quiso dezir: Yo te doy gracias, escogida Madre mía por los muchos beneficios que me iziste; por los muchos trabajos, con que el Templo de mi cuerpo en pobreza tan summa criaste, y agora en su destrucion, y muerte, entre tantas afrentas, y oprobrios, no me às dexado, sino me acompañas, sin anergonçarte de ser Madre de este sentenciado, aunque ambos seamos sentenciados de todos. Todo esto me quiso dezir en aquellas dos palabras, *Aue Mater*. Y llevandole de esta suerte de mis ojos, le crucificaron.

La traza, pues, de que el Señor lleuase à cuevas la Cruz, fue la mas ingeniosa maldicia, que ellos pudie-

ron jamás pensar. Era solo castigo que se deuia à los Escclauos, dize Plutarco, *libro de ser. num. vindict.* En la vida de Coriolano.

Penian à los esclavos solamente sobre sus ombros el patibulo, en que auian de morir, el qual lleuauan por las calles acostunbradas, q̄ llamauã *Vicinia*. La razon deste castigo, la dà en el Problema 70. porq̄ si el delinquente escapaua de alli, y quedaua con la vida, solo por la sentencia de vergüenza publica, quedaua infame, y jamás podia ser recibido por testigo, ni se le diese credito à sus palabras, y se cautelasen todos de el, como de ombre falso, enbattero, y fementido. Y si demàs de la vergüenza publica moria en la Cruz fuese su memoria, y opinión infame, y puesta en perpetuo olvido, dize Medina, libro primero, capitulo lo treinta y quatro.

De aqui se conoce la en-demoniada traza de aquellos perfidos Iudios, en que izieron que Cristo nuestro



Señor llebafese la Cruz imitando en esto a los Romanos, pues no fue tanto por quererle atormentar con el peso, como afrentarlo, y escurecer sus milagros, y opinion, y que su doctrina no fuese mas receuida. Y en mofa de auer dicho Cristo, que era Rey, dize San Leon Papa, *Serm. 8. de Pass.* Y San Antonino *L. p. Hist. tit. 5. cap. 6.* dize que por ir muy de espacio Cristo Nuestro Señor, con la Cruz por lo atormentado, que estaua remiéndose los Iudios algun motin de el pueblo, y que se le quitasen de entre las manos, ò que Pilatos reuocafe la sentencia de muerte, y forçado de sus maldades, y calumnias, auia dado por eso, alquilarón a Simon. Y aun conociendo a su Magestad tan descaecido, no quisieron sacar dispensacion de aquella ley, pues les parecia, que inreresauan mas en quitarle su credito, afrentandolo, que en matarle dos oras antes, ò despues.

Sacaron al Señor para lleuarle al monte Caluario, ò Golgota, el qual estaua cerca de la Ciudad, puesto entre el Occidente, y Norte. Es monte no muy alto, pero fragoso por las muchas piedras que cria.

En este ajusticiauan a los mal echores, casi todo el estaua lleno de Cruzes, y pedaços de cuerpos, piernas, braços, y calaueras de los que allí ajusticiauan, Adricom. Sacaron al Señor de el Pretorio, y baxò de la escalera de veinte y ocho gradas, que emos ya dicho, y tiraronle al lado izquierdo de la casa, casi frontero de el Xisto: y en el suelo llano de la plaza, pusieron sobre sus ombros la Cruz.

De allí enpeçò a caminar, pasando por vna puentezuela, que auia sobre vna azequia, que atrabefaua la plaça mayor, y se recogia de las Piscinas. Caminò asta salir de la plaça: y al entrar en la calle cayò su



Magestad la primera vez, con el peso de la Cruz. Ay desde donde se la pusieron junto al pretorio, à esta boca calle, donde cayò, ochenta pasos, Adricom.

Siguiò toda la Calle adelante, y al llegar, à donde quatro calles se juntavan, fue donde su Santissima Madre se alcançò, que le salió al encuentro por su lado izquierdo, auiendo desde donde cayò al salir de la plaza, asta esta encruzijada, sesenta pasos, y tres pies. En el qual lugar en reuerencia de la Virgen Santissima, edificò Santa Elena vna Iglesia, que se ve arruinada, Adricom.

San Anselmo, dize le reuelò Nuestra Señora, que la Cruz tenia quinze pies de largo. Y como mi Ijo, dize la Virgen Santissima, estaua ran descaeciò de lo que padeciò la noche pasada, y aquel dia no podia llevarla.

Esta pesada carga pu-

Zem. 6.

sieron los enemigos, sobre aquel santissimo cuerpo tan echo pedazos, con eridas, y desgarras, tan desangrado. Ibale siguiendo infinita multitud de jente, y muchas mugeres, que naturalmente son piadosas, con alaridos, y lagrimas publicauan el dolor que tenian de verle asi atormentado, y llevarle a quitar la vida. Boluiose el Señor a ellas, y las dixo: mugeres de Ierusalem, no lloréis por mi: llorad por vosotras mesmas, y por vuestros ijos. Porque vendrà el dia en que digan dichos las madres, que no parieron ijos, y las que no dieron alimento en sus pechos a criatura alguna.

Entonces rogaran a los montes, que se caygan de su estado, y les aoguen, y a los collados, y montañas, que los confundan. Pues si en vn pinpollo verde ven a si obrar esto, que será en el que està seco, y dispuesto?

Zz. 150. Vien.



Viendo los soldados así al Redentor tan deshecho echaron mano de vn ombre, que se llamauan Simon, natural de Cirene en Libia, el qual era Padre de Alexandro, y Rufo, y le mandaron llebarse la Cruz, y ayudase a Cristo. No fue esta ayuda, dixo Nuestra Señora a San Anselmo, porque tuvieron lastima de Cristo, sino porque no era posible llebarla.

Ludolfo de Saxonia, refiere de San Geronimo, que este Alexandro, y Rufo,ijos del Simon, eran Dicipulos de Cristo: el qual Simon, era antes Idolatra, y se auia conuertido al iudaismo.

Prosiguió el Señor toda la calle derecha, asta llegar a otras quatro calles, y aqui fue donde llegó el Cireneo, auiendo andado desde donde encontró a la Virgen Santissima, asta aqui, setenta y vn pasos.

De alli prosiguieron la calle derecha, asta otras

quatro calles, donde en la primera esquina, a mano derecha, vivia Vernice, aquella dichosa muger, que el vulgo llama Veronica.

La qual salió de casa, y con valienço linpió a Cristo Nuestro Señor su rostro, que iba todo cubietto de sangre. Ay desde las quatro esquinas, donde el Cireneo ayudó a lleuar la Cruz; asta este sitio, ciento y noventa y vn pasos. Queddó el rostro de su Magestad impreso en el lienço, el qual se guarda en Roma, en la Iglesia de San Pedro, donde le edificó Constantino el Magno, vna Capilla suntuosa.

De alli caminaron derechos a la puerta judicialia. Llamase a si, porque en esta puerta asistian los Iuezes, para juzgar las causas de los pleyteantes, y que estos no tuviesen trabajo de buscarlos en la Ciudad, segun era orden de Dios. Al salir de esta puerta, auia vna puente, por qual



la qual se pasaua por cima de el valle , que rodeaua los muros , el qual seruia de foso. En esta puente , al salir de la puerta , cayò segunda vez el Redentor.

Ay desde la casa de la Verónica , asta aquí , trecentos y treinta y seis pasos , y dos pies. Siguieron el camino , torciendo sobre la mano derecha , desde Occidente al Norte , el qual es camino Real , que va a Siloc , y Gabaon , y aparrandose este al lado izquierdo , el de el lado derecho , va al monte Golgota , ò Caluario. Aquí fue , donde el Señor se bolvió a las mugeres que le seguian entre la tropa , y les dixo , ijas de Ierusalem, &c.

Ay del sitio de la caída , al salir de la puerta , asta aquí , trecentos y quarenta y ocho pasos , y dos pies. Es el camino pedregoso , y poco a poco por vna cuesta llana va subiendo.

Tam. 6.

Perseguieron el camino , asta llegar a la raiz del monte , donde tercera vez cayò su Magellad con la Cruz , y ay asta allí ciento y sesenta y vn pasos , dize Adrico.

San Anselmo dize , que la multitud de el pueblo , y muchachos que seguian a Cristo , le tirauan todo , y piedras : lo mesmo dize San Bernardo , aunque algunos le llorauan. Asta en esto perseguieron los enemigos a Cristo , sin tener lastima de verle , tan amargo como iba , y tan agrauado con la Cruz.

A si llegaron al monte Golgota , donde le quitaron la Cruz de sus ombros. Cotouico , libro 2. capitulo 4. dize ay en el monte vna cueua escura , que èl la viò , en la qual azen oracion , y la veneran los Cristianos , por auer estado preso en ella Nuestro Señor , en el interin que azian el oyo para la Cruz , y preparauan lo

Z 3 ney



necesario. Para crucificar al Señor, dize Santa Brigida, le quitaron primero la Corona, y con violencia tiraron por la cabeça de la túnica inconsutil, que ya estaua pegada a las llagas, cō el sangre que se auia enjugado. Boluieron estas a renovarfe, arrancandole la túnica, y otras en la cabeça, bolviendole a poner la Corona. Que sobre tantos dolores, bolver aora a repetir nuevas eridas, solamente su paciencia santissima que lo sufrió, puede ponderarlo dignamente. Queddò el Señor desnudo en carnes, y afrentado. Y a si dize Lira, sobre el 53. de Isaías, *quasi absconditus vultus eius*, explica, *pro verecundia*, pues, como sucede a vn hombre taparse el rostro, quando vn cosa le causa enpacho, y verguença, de verse a si afrentado, estubo su rostro santissimo, como escondido. En esta ocasion dize San Anselmo, le preguntè a Nuestra señora, le dixese lo que alli auia pasado. Y le dixo: oye Ansel-

mo vn caso, que ninguno de los Euangelistas refirió. Llegalos que fueron con mi Ijo al lugar ignominioso del Caluario, donde se echauan los peceros, y otros animales muertos, desnudaron a mi Ijo de todas sus vestiduras, de tal suerte que no quedò en su sagrado cuerpo, cosa alguna cubierta. Yo que a la sazón llegaua, ronpiendo por entre la gente, me puse muy cerca de èl, y viendole a si de snudo delante de tanta gente que le siluaua, y escarnecia, quedè como sin alma de dolor. Mas diòme el Cielo esfuerzo, y quitandome de presto el velo de mi cabeça, se lo ceñi, por la cintura para cubrirle. Echaron la Cruz en el suelo, y en ella le estendieron, y le incaron la vna mano en èl vn brazo de la Cruz, con vn clauo tan grueso, que por entonces, no pudo salir la sangre en abundancia, porque se ocupaua la grandeza de la erida, con la grandeza del clauo. Despues tomaron vnos cordeles, y enlazaron



el otro brazo quitaron de el con tanta violencia, que le izieron llegar la mano al barenno, que ya tenian echo para el ſegüdo clauo. Echo eſto, eſtiraron ſus pies con fogas, y los clauaron. Y de tal manera fue eſtirado ſu cuerpo, que las huesos ſe uian, y diſtingian tan manifiſtos, que ſe podian contar en cumplimiento de la Profecia de Dauid, *Dimmerauerunt omnia offa mea.* A ſi meſmo ſe cumplió la otra Profecia del meſmo Dauid, *Audi filia.* Porque eſtando mi Ijo, y Dios en aquella Cruz, al enclauarle en ella, me dezia: *Audi, & Vide.* Oye, y mira Madre mia. Oye eſtos golpes crueles de los martillos, y mira mis pies, y mis manos con tan terribles clauos, y nadie ſe conpadece de mi, ſino tu ſola piadoſa Madre mia. *Audi, & Vide.* Con eſto leuataron la Cruz en alto con grande trabajo, de la qual quedó pendiente, tal alto del ſuelo, que no ſe le alcançauan los pies, con el

gran peſo ſe traſgaron los agujeros de los clauos, y enpeçò a ſalir la primera vez la ſangre de los pies, y manos con abundancia. Yo eſtaua veſtida con vna veſtidura echa al traje de aquella, que cubria la cabeza, y todo el cuerpo. Allandome debaxo de la Cruz, quedó mi manto, y veſtidura todo tenido de la ſangre de aquel Ijo de mis Entrañas. Si vandole todos, burclauan de el. Dezianle mil de nueſtos, y el manſísimo Cordero rogua al Padre por ellos. Entonces pudo dezirme ſegüda vez. *Audi, & Vide.* Oye Madre mia las voces de los que blaſfeman a tu Ijo, y mira eſte dolor que padezco. Preguntò la San Anſelmo. Señora mia, y que iziſte entonces? Reſpondió. Eſtaua en pie muy cerca de la Cruz, tan llena de triſteza, que no podía receuir conſuelo. Eſtaua con migo mis Hermanas, y Maria Madalena.

San Bernardo, ſerm. de Lament. Virg. Dize ſe reuelò Nueſtra Señora, que



queria ablar, y no podia, por que ya la voz la auia faltado, y en lugar de palabras, ſolo podia pronunciar ſuſpiros. Viendolo pendiente en la Cruz, el afecto dize me daua palabras, y impedialas el dolor, y ſonauan roncacas por auer perdido la lengua el vſo de ablar.

Lira, ſobre el Salmo 21. dize, que primero que clauaſen en la Cruz el cuerpo del ajuſticiado, le tomauan la medida de vna mano a otra, y de los onbros a los pies.

Puſieron la Cruz tendida en el ſuelo, doze paſos mas arriba de vna piedra, donde ſu Mageſtad eſtubo ſentado, entre tanto que azian los barrenos a la Cruz, y para tomar bien la medida otra vez, le izieron llegar ſe, y ſe acoſtaſe ſobre ella. Dize Adricom. clauaronle cõ quatro clauos, dos en las manos, y dos en los pies. Los quales defcanſauan ſobre vn

zoquete, que eſtaua en vna mueſca echa en el madero.

Dizelo Sã Gregorio Turonense, lib. de Glor. Martyr. cap. 6. Corouico lib. 2. cap.

4. Dize que el ſitio donde le crucificaron, aſta el, en que ſe puſo la Cruz, ay catorce paſos. El lugar oy eſtã cercado de loſas, y cubierto con vn velo. Eſtã al lado izquierdo de el ſitio de la Cruz, de forma que desde donde eſtubo, aſta donde le crucificaron, ſienpre ſe va ſubiendo ſobre la mano izquierda. Catorce paſos, mas arriba en la piedra viua, abrieron el oyo donde le leuataron en la Cruz. Aviendo desde el palacio de Bidato, aſta el ſitio de la Cruz, mil trecientos y veinte y vn paſos. O contado de otro modo, tres mil trecientos y tres pies, cuya quarta parte de el pie, eſtã eſta raya, como ſeñala Adricomio.

Que la ſantísima Cruz,

tuvo cabeza eſcierto, dize

San



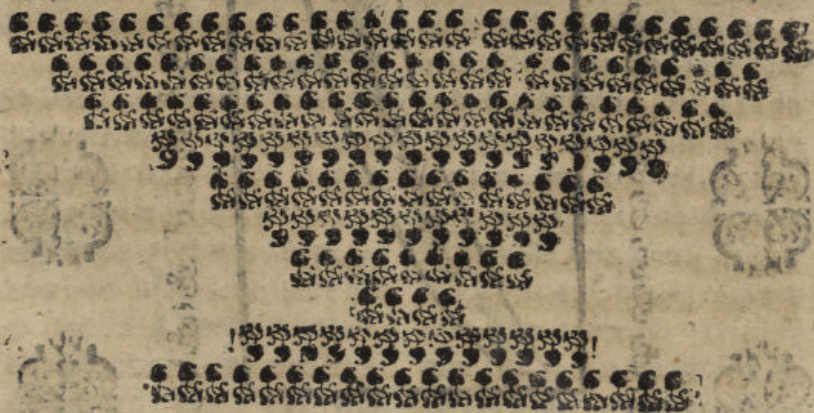
San Agustin, ferm. 3. de Anunt. Porquedize que la Cruz se asemeja avn cuerpo vmano, y nõ es cuerpo perfecto, al que le falta vn miembro tan principal, como la cabeza. Y lo mesmo, San Iustino Martir Apolog. ad Anton. Pium.

Al tiempo que los enemigos estauan crucificando al Señor, estauan los Angeles absortos, y cantando el Trisagios, con voces de alabanga, aunque tristes: Sanctus Deus, Sanctus Fortis, Sanctus immortalis. Med.

cap. 2. San Seuer. Patriar. Alex. lib. 3. Rituum. traducido de Siro en Ebreo, y Latino por Guido Fabricio en Anbers, que por orden de Felipe II. trabajò la Blibia Regia. La forma de los clavos de la Cruz, con que clauaron al Señor es esta, como se ve, en elque el Rey nueſtro señor tiene en su Relicario, en la Flor de Lis, que vino a España, en rescate de el Rey

Francisco de Francia.

(??)









**L** vez juntamente crucificaron en su conpañia a dos ladrones; y los quales les escietto el auiron en sus Cruzes; con el agnos; porque sino fuera a si; no tuuiera Santa Elena, efadada; para distinguir o del ellas; la vida de Cristo Nuestro Señor; quando las allò a todas; tres; y de estos tiene la tradicion recouido; que vn o se llamaua Dimas; y otro Gestas; este el malo; y aquel el bueno; De Dimas; refiere Cotouico; que saliendo de Rama al norte de Ierusalen; ay vnas ruynas; con vn Castillo; en el qual juzgãmciò este Santo ladron. Y rezando alli; estàn concedidos siete años de Indulgencias.

Antes de crucificar; al Señor; le dieron a beber a los ladrones el vino mirrado; dize Baronio; y porazer; barta de Cristo; y atormentarte; se le mezclaron con hiel; el qual no quiso su Magestad beber. Dize Baronio; que mirrado era por darse en vasos echos de madera de mirra;

y a los vinos que en ellos se guardauã; llamauan mirrinos; que eran de notable estimacion; y por su mucho regalo. Lyra sobre el salm. 78. dize que dauan este vino a los condenados a muerte; para que no desmayasen; el qual le confeccionauã algunas señoras nobles; de Ierusalen; y de caridad se le enpianan a los pobres; a justiciados; donde el Profeta Amos; le llama *Vinum Damnatorum*; cap. 2. *alibet vinum*

Que de su Magestad crucificado; buelto el rostro al Occidente; y las espaldas a Ierusalen. La Cruz de el buen ladron; puieron aze el norte; al lado derecho de la de Cristo; la de el malo; al medio dia; y a su lado izquierdo. Dista la de el buen ladron; de la de Cristo; quatro pies; y dos palmos; la de el malo; poco menos de seis pies. Entre esta; y la de Cristo; està en la mesma peña la abertura; que se izo con el temblor de tierra; que tiene tres palmos de ancho; y tan profunda;

da;



da, que fientē algunos llega aſta el centro de la tierra, por donde aquella mala alma baxò à penar ſus maldades.

Vno de los creditos grandes de Chriſto Nueſtro Bien, y confuſion de ſus enemigos, fue el titulo de la Cruz. Pilatos, que ſe viò acufado de la verdad, y de ſu mala conciencia; pues auendolo declarado por Juſto, le condenò, temiendo la reſidencia del Senadò Romano; y lo que la jente podia murmurar contrà el, pues ſiempre los ombres prudentes, y de buena cabeça, le auian deculpar la accion, que por vna furia popular de Iudios ſe vbiere dexado vender à dar tal torcedor à la juſticia, auiendo procedido tan contrà las leyes, y derecho de las gentes. O fueſe cò impulso de arriba, ò cono cimiento en lo vmano de el linage Real, de donde decē dia Chriſto, y q̄ por ſer ſu cabeça David, tenia derecho al Reyno, que Erodos abia vſurpado: por preuenirſe en todo, dize Sixto Senēſe,

libi. 2. Bibliol. mandò que eſcriuiſe el titulo de Rey, y ſepuſieſe ſobre la Cruz. Fue coſa, donde deue cargar la conſideracion el Chriſtiano, alabando los profundos juizios, y ſecretos de Dios, y darle gracias por ellos. No llamo a eſte punto àl que leyere, à conſideracion miſtica; por que ſino tiene eſpiritu, ſe enfade, y le arriue a vn lado. Sino à que como ombre de juyzio, y razon, aga ponderaciõ de eſtos lanzes. Los Principes de los Farifeos, quierē q̄a Chriſto le crucifiquen, por que dixo, ſer Rey de los Iudios. Eſe cargo le azen delante de Pilato, y en virtud de el, le azen de la ſentencia de muerte, que pretenden. A temORIZARLE, cõn que ſino firma la ſentencia, le condenaràn al Ceſar, por que favorece a quiẽ comete vndelito de la Mageſtad. A mi juizio, tanto fue aora el poner, y confeſarle Rey de los Iudios, como el defender que lo era. Iuntemos aora las voces de ſu muger, llamando à Chriſto, que era Juſto, y Santo,

con

con e  
ſando  
el pat  
me,  
perac  
ſona  
des,  
de aq  
ro. Re  
los ni  
los Ju  
Chriſt  
laro l  
cont  
de E  
dios.  
cruſi  
Grie  
de la  
auian  
dad d  
todo  
lo oy  
ritud  
y por  
el tit  
te, y d  
ſobre  
à lee  
Q  
peſac  
Sacer  
oir en  
ſe les



con el arresto de Pilato, confesándole Rey, y poniendo sobre el patibulo vn padron, no infame, sino onroso, contra el Emperador de Romanos, cuya persona representaua, contra Erodos, que se allò presente, è hijo de aquel, que por buscar à Cristo Rey de los Iudios, degollò à los niños. Y quiere el Señor, q los Iudios a su pesar, vean, que Cristo es Rey, que el mismo Pilato le confiesa por tal, aunque contra la autoridad del Cesar, de Erodos, y intento de los Iudios. Mandò Pilatos que se escriuiese en tres lenguas Ebreá, Griega, y Latina, para q ninguna de las naciones, de tantas como auia concurrido à la solemnidad de la Pasqua lo ignorase, y todos, y cada vno en su lengua lo oyese. Auia concurrido multitud de gente à aquella injusticia, y por el ruido q iba aziendo con el titulo los criados del Presidente, y demas, vierò subir à ponerle sobre la Cruz; acudierò muchos à leerle.

Quàto les auia sido antes de pesadübre a los Principes de los Sacerdotes, y demàs ministros oír en Cristo el titulo de Rey, ya se les auia quietado cò verle en

la Cruz. Aora q leyerò el titulo, cò nueua rabia, v desesperaciõ, cõcurrerò à Pilatos, para q le enmendase; pues allí dezia Rey, y q dixese, q por q auia dicho, q era Rey.

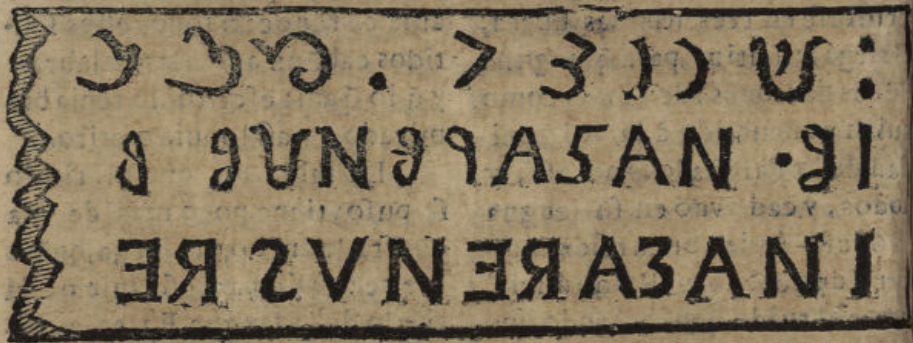
Estava Pilato melancolico por la injusta sentècia q auia dado, y procurò bolver por su reputaciõ en algùn modo, cò aquel padrõ, y titulo que mandò poner, viendole, que aora de nuevo boluian los Iudios à enfadate, los despidiò enojado, dizièdoles q nõ auia q ablar mas en ello, q lo escrito, escrito, y q su decreto, no le auia de reuocar: todos estos sentidos cabè en aquellas palabras; y q lo q auia escrito, lo tenia bien mirado, y así lo auia escrito.

La tabla en que el titulo se puso, tiene poco mas de vna quarta de ancho, y tã larga, quãto fue necesario para escriuirlo. El titulo de la lengua Ebreá es superior; el Griego està en medio; y el Latino abexo. Todos en pieçã desde el lado derecho, y acabã en el izquierdo. Las letras estan, no pintadas, ni escritas en pergamino, como dixo Lira in Ioan. sino abiettas cò vn formõ en la mesma tabla, como dize Arias Montano, que la tuvo en sus manos



y están mal, ò toscamente labradas porque como se dauan los enemigos de Cristo tanta priesa à quitarle la vida, por la priesa q̄ se dieron en escriuir las: ò porque como los que las escriuierõ eran criados del Presidente, y Romanos, no supieron bien formarlas; y la lengua Latina la escriuieron tambien al modo de las otras. Niceforo dize, que el titulo era blanco, y devía de ser blanqueado, para que sobresaliese lo negro de la letra. La pala-

bra *Iesus* tiene cifrada en todas tres lenguas, que tambien fue por la priesa que se tuvo en escriuirlo, y solo prosigue deste modo *Nazarenus* Re. Esto solo à que- dado, porque, como dize Illecasen su Pontifical, 1. parte, èl la viò, y diversos Papas à quitado por Reliquias lo q̄ falta. Aunque Fray Hector Pinto, cap. 2. sobre Daniel, dize, que tambien la viò, y que con la antigüedad se à gastado, el qual es desta forma.



**L**uego los soldados trataron de partir los vestidos, y los dividieron en quatro partes, vna à cada vno. Quedaua la tunica, y era inconsutil, texida toda de aguja, como las medias. Esta dice Baronio, la tenió nuestra Se-

ñora, conforme al vso del Oriente, que tenían las mugeres en texer semejantes vestidos. No fue preciosa, como algunos dixeron, sino pobre, y conforme à la pobreza que siempre usò, y tanto amò nuestro Redentor.



Pues quien quiso nacer en vn pesebre, y viuir con tantas necesidades, no es creíble, que quisiese vestir con riqueza. A esta no la quisieron diuidir en partes, sino echaron suertes sobre ella, para llevarse la a aquel à quiẽ le tocasse tan buena suerte. Así lo executaron, y de aqui se infiere, que los demás vestidos los izierõ pedazos, para llevarse cada vno el suyo. Viendo al Señor en la Cruz, quando deviera mover à compassion mirarle así afligido, por desfiere q̄ sea, que no la tenga de vno sentenciado à muerte, aora corriendo sangre de todo su cuerpo, despedaçado con tantas eridas, clauado de pies, y manos, la cabeça cõ cruales espinas taladrada, quando devieran consolarle en tan nunca vistos tormentos, pasando por delante de la Cruz, mouian la cabeça, con gestos, y visages ridiculos, le dezian: Vah. no tiene nuestro Español palabras para declarar la fuerza de aquella. Como si dixeran: Vete en ora mala,

maldito traidor, ¿enbustero No eres tu el q̄ dezias, auias de destruir el Templo de Dios, y en tres dias bõtuierle à reedificar? Pues si tanto puedes, librate de esa Cruz. Si eres hijo de Dios, deciende de ella, y te creeremos. No eran de mejor juicio los Sumos Sacerdotes, que con los Escriuas azian burla, diciendo: a otros à librado, y así no puede librar se! Pues si es Cristo, Rey de Israel, baxe aora de la Cruz, para que lo veamos, y creamos en el. Confia en Dios, y di-ze, que es su hijo: pues si Dios le quiere, librelle de allí. En medio destas blasfemias, y desconsoladas injurias que le dezian, leuãntò la voz à su Eterno Padre, diciendole: Padre, perdona los, porque no saben lo que se azen. Regla, y documento prodigioso para nuestra enseñanza, y para que el ombre mas altiuo, y de mas pñonador en el mundo quiete su altivez, y remita los agravios, no solo perdonando à sus enemigos, sino rogando à nuestro Señor por ellos.



Para q̄ midiendo sus injurias, y viendo, que por grãdes que sean, no llegã a aquellas agalo mismo q̄ su Magestad izo en medio de tantos agranios.

Suelen los que padecen juntos consolarse vnos à otros. Y en esta ocasion, ni aun este cõsuelo tuvo nuestro Redentor, porque de los ladrones que estauan crucificados à sus lados, no oia, ni enotes blasfemias. S. Mateo, y San Marcos dicen, q̄ ambos ladrones le injuriaban a Cristo. San Lucas dize que vno. Sin duda al principio enpeçaron los dos, y el bueno se arrepintió de lo q̄ ayia ablado. El malo blasfemaua a su Magestad, diziendole: Si tu eres Cristo, librate, y libranos destas Cruzes; Rabioso cõ sus dolores, y desesperado en ellos, convertin contra Cristo su rabia, como si fuera causa del castigo que estaua padeciendõ. El otro tomò la mano, para defender à su Magestad; y le dixo, ni tu ranpoco temes à Dios, y estàs en el mismo error, y condenacion.

Nosotros padecemos justamente, porque nuestros delicos se merecen esta pena. Pero este es justo, es santo, no à cometido delito ninguno; y buelto el rostro al Señor, le dezia: Señor, Señor, acuerdate de mi quando estuuieres en tu Reyno. A que su Magestad le respondió: Yo te doy palabra, que oy estaràs conmigo en el Parayso.

San Vicente Ferrer, Seru. de Nat. Virg. trae de San Leon Papa, que el buen Ladron no se lee, que viuiera obrado cosa buena en toda su vida, y que siempre fue malo, y vicioso. Y que à la ora de Completas, quando fue puesto en el trançe de la muerte, fue tal la contriccion que tuvo de sus pecados, q̄ apenas podia formar las palabras, ni dezir acuerdate, Señor, de mi.

Reuelò nuestra Señora à San Anselmo este paso, y dize, que oyendo los ladrones las afrentas que los Iudios dezian à Cristo, y que en medio de aquellas cosas pudo dezir à su santissima Ma-



dre: *Adi Filia, & vide.*  
 Oye, Señora, las voces de los que blasfeman a tu Ijo, y atiende à mi dolor. Tu sabes, que por obra de Espíritu Santo me concebiste, y que siendo Virgen me parifite, y sabes como me alimentaste. Y pues estos no creen en mi, cree tu, Señora, y tenme compasion. Ya entones el cuchillo de Simeon bolvió à atraerarme el alma. Oyendo esto vno de los ladrones, que estaua a la mano izquierda, le afrentava, diciendo: Si tu eres Cristo, librate, y libranos. Estas palabras, que a este malo fuerõ motiuo de blasfemia, sin duda lo fueron para la salvacion del bueno; y de aqui pudo ser se le aclarase el conocimiento de Cristo; y mas viendo su paciencia, y sufrimiento.

Estava su Santissima Madre en pie, frontero de la Cruz, a quien acompañavã Maria de Cleofas, ermana suya, y tia de Cristo, y Maria Madalena, y su querido primo, y Dicipulo San Iuã.

Quinze varas, dize Adri

comio, apartada de la Cruz azia la parte Occidental, estubo nuestra Señora, adonde oy se baxa por diez y ocho gradas. Levantò su Magestad los ojos, y arraucado su coraçon de dolor del que su Madre padecia, y de la soledad en que quedava, le dixo: Muger, ves ay à tu Ijo. Y à su primo, y Dicipulo le dixo: Ves a tu Madre: y desde aquella ora tomò à su cargo su asistencia. Desde la ora de sexta; asta la ora de Nona, se cubrió el mundo de tinieblas, escureciéndose el Sol, cõ vna escuridad, q̄ fue vniuersal entodo el Orbe, y no solo en Iudea, como algunos p̄sarõ, *Super vniuersã terrã* dize el Texto, y lo apoyã vniuersal, S. Iuã Crisostemo, S. Geronimo, S. Gaudenciõ, y S. Atanasio, S. Dionisio Arcopagita le viò en la Ciudad de Elio polis. Tertuliano dize se viò en Roma, y en nuestro libro de la Vida de S. Rosa, escriuimos, como se viò en el Perù, y como cosa notable cõseruauã su noticia, y memoria los Indios. El Eclipse fue



milagroso. Bien lo conoció San Dionisio; pues considerando, dixo, que, ò el Dios, y Criador de la naturaleza estaua padeciendo, ò se destruía, y acabaua esta maquina del mundo. Cinco milagros grandes obseruò en el Iuan de Sacro Bosco, lib. de Spher. mundi; y su Comentador Pedro Darcens. que escriue por estas palabras:

El dia de la Pasion del Señor era la Luna quinze, que era el dia de la oposicion de los luminaires; porque segun los Euangelistas dizè el Señor padeciò el primer dia de los Azimos. Y como enseña la Astrologia, el Eclipse se no puede ser, sino en la Luna nueva, en el primer dia, que es quando està junto al Sol. Se sigue necesariamente, que aquel Eclipse no fue natural, sino milagroso, sobrepujando todas las fuerças de la naturaleza, en el qual Eclipse vbo cinco milagros grandes.

El primero, por parte de tiempo, porque no fue en el Nouilunio. El segun-

do, por parte del cuerpo de la Luna, porque tiene su movimiento desde el Occidente a Oriente.

Y aora se viò caminar desde Oriente, donde se llena, asta el Occidente. El tercero por la parte en que enpeçò el Eclipse. Porque en todos la parte que primero se oculta, esa se descubre primero: y en esta la parte Occidental, que fue la que se escureciò, esa fue la primera que se viò clara.

El quarto, por la parte en que el Sol enpeçò à luzir despues del Eclipse. Porque en todos la parte, que primero se oculta, esa se descubre primero.

Y en este aquella parte Occidental que fue la que se escureciò, esa fue la primera que se viò clara. El quinto fue por el tiempo que durò. Porque todos duran poco, y este tres oras. Otro milagro pone San Gerónimo; y es, que el Sol, no solo se escureciò, por la interposicion de la Luna, sino que retraxo sus rayos,

que



dando el mundo en tinieblas, para no veria su Criador padecer, ni que gozassen de sus rayos aquellos blasfemos, y endemoniados ministros.

Demás del Eclipse, dize Origenes, *hom. 35. in Math.* que en todo el mundo aquella escuridad, se hizo vnas tinieblas espesissimas. Duraron tres oras, desde la de Sexta, asta la ora de Nona. Cerca de ella fue notable la tristeza, y desanparo que en su santissimo coraçon sintió su Divina Magestad, y levantò vna voz grande à su Padre Eterno, diciendole: Dios mio, Dios mio, porque me às desanparado? Las palabras que oyeron los enemigos, quando el verle así no auia mouido à su compasion, el oirle agora les mouió à curiosidad: citauanse vnos a otros, para esperar, por si venia Eljas à quitarle de aquella Cruz.

Despues sabiendo Cristo Señor nuestro, que todas las cosas estauan ya cumplidas, para dar entero cū-

plimiento a las Escrituras, y profecias, declaró su fed, diziendo: Sed tengo. Esta fue la mayor que à padecido mortal en esta vida, ni padecerà: por la falta de la sangre, se auia enjugado el cuerpo, y faltauale tambien el vuido radical, que auia consumido el ardor natiuo que se inflamaua. Oyendo esto aquellos endemoniados ombres, fue cortiçdo, y mojó vna esponja en vinagre, y arañdola a vna caña, juntamente con vna yerba, llamada Isopo, la leuantò en alto, y llegó à sus santissimos labios, gultò el Señor la bebida, y no quiso pasarla.

San Cirilo Alexandrino, *lib. 2. cap. 35. in Ioan.* dize, que por ser el Isopo dañossimo al estomago, y el vinagre que no es menos, todo junto le tenian preuenido en vn vaso, dize el Evangelista, con esto se viuificauan los Espiritus, aumentauanse, y crecian los dolores en los que crucificavan, y así acabavan mas presto la vida, y para que



muriesen presto le daa, di-  
zen el Cardenal Cayetano, y  
Toledo.

Asi mismo lo reue'ò  
N. Señora à San Anselmo,  
que el cuydado fue, para q̄  
su Ijo Santissimo acabase cõ  
breuedad. Baronio siente, q̄  
estas esponjas, eran para q̄  
mojadas en el vinagre detu-  
viesen la sangre. Yo juzgo,  
seria para fregarla por las  
eridas, para que creciesen  
los dolores. Y asi siente, que  
antes que al Señor la diesen  
a beber, la auian enpapado  
en su sangre. Es voz Caste-  
llana, que explica mas q̄ lo  
que es mojar. Dize, que oy  
se ve en ella misma, que tie-  
ne el color sangriento, y se  
guarda en Roma, en San Iuã  
de Letran.

Aora con vna voz gran-  
de, llamando à su Padre  
Eterno, le dixo: Padre, en  
tus manos encomiendo mi  
Espiritu, auiendo dicho an-  
tes, al no querer gustar el  
vinagre, que ya todo esta-  
va acabado; y acabando de  
pronunciar aquellas pala-  
bras, inclinando su santissi-  
ma cabeça, espirò à las

tres de la tarde.

Lado fo de Saxonia dize,  
que aquella voz fue mila-  
grofa, no natural; pues vn  
cuerpo tan descacido, no po-  
dia asi alentarla. Voz, que  
penetrò, y atormentò à los  
infiernos. Murìò Iesu Cris-  
to à las tres de la tarde, à  
la misma que Adan pecò,  
dize Beda, al capitulo quin-  
ze de San Marcos.

Y cerrando el Paraiso  
Adan con su culpa, à ese  
tiempo abrió su Magestad  
la puerta con su auertè. El  
aueriguarla con puntuali-  
dad, y conciliar lo que es-  
criuen los Euangelistas, y  
dar noticia de el modo con  
que ladios, y Romanos nu-  
merauan las oras, y elegir  
opinion en tantas, como  
ay en esto, no es para es-  
te lugar, sino para obra  
de mayor estudio, como  
se verá en nuestros Ana-  
les Euangelicos, de q̄ emos  
ya hablado.

Y para que se sepa la filo-  
nomia de Cristo N. Señor  
pondrèmos aqui lo que es-  
criue Pineda en su Mo-  
narquia Eclesiastica, p. 2.







uissima. Su estatura de siete palmos. Con cabello algo roxo, no muy espeso, que declinava vn poco à crespo, y largo, y las zejas negras. De sus clarísimos ojos despedia vna marauillosa gracia, y eran de viniſimo mirar, y la nariz algo larga. La barba de suauexura, y no muy larga. Nunca tocò nauaja à su cabeça, ni mano de ombre llegò à ella, sino fue la de su Madre; y esta fue solo el tiempo de su niñez. Traia vn poco inclinada la cabeça, por no dar muestra de muy derecho, y estirado. El color de su cara era qual la del trigo, que de sazonado, se va secando, entre bien blanco, y algo roxo. Y con traerla algo inclinada, mostraua grauedad, prudencia, y mansedumbre, ajena de todo accelemiento ayrado, y en fin, que fue semejante à su Madre, quanto fue posible el serlo. San Iuan Crisostomo, *homil. 3. in Marc.* San Gerónimo, *cap. 9. & 21. in Matth. y Epist. ad Princip.* Dizen, que de los ojos de

Cristo, y de su rostro, salian marauillosos resplandores, que en alguna manera descubrian la Magestad de la Diuinidad que en èl estaua encubierta.

En el mismo capitulo, §. 1. añade Pineda vna cosa prodigiosa, que sucediò à la ora en que Cristo nuestro Señor espirò, la qual refiere Plutarco, en el libro de *Defectu oculorum*, al qual cita Eusebio Cesariense, y otros, que la oyò à Epiterfes, padre del Retorico Emiliano, y fue, que nauegando à Egipto, llegò vna tarde à enparejar el nauio en que iba, con las Islas Equinadas, enfrente de la Etolia. Dònde calmò, sin poderse mouer el baxel: aunque cò arto trabajo, pudo arribar à las Islas, llamadas Paxas, enfrente de la de Corfu. Allí oyeron vna vez q̄ salia de las Islas, preguntando por vn marinero que iba en el nauio, que se llamaua Tamo, que era de nacion Egypcio, el qual nunca jamás auia aporrado por aquel paraje. Respondiò a la voz,



y bolvió esta à oírse, y le dixo, que quando enparejasen con las Islas Palodas, dixese, que el Gran Pan era muerto. Quedaron todos confusos, sin saber quien les ablaua. Bolvió à soplar el viento, y prosiguieron su viage. Llegando à las Palodas, bolvió à calmar el tiempo, y parò el nauio. Tamo enpeçò à dar voces, como le auian auisado, diciendo, que el Gran Pan era muerto. Al punto se oyò vn clamor espantoso en las Islas, como de infinita gente, q̄ de tristes, y admirados gemian, y se lamentauan por la noticia.

Las varias insignias con q̄ los antiguos pintauan a este Pan, no ay Poeta que no las refiera, asta dezir que peleò con clamor, y el amor le venció. Refierelas todas Pineda, y si bien se construyè, azen sel sentido de ser Cristo nuestro Señor el q̄ ellos ciegamente adorauan, y agora auia muerto vencido de su amor. Y en esta ocasion, ò los demonios entendierò à Cristo nuestro Señor ò à

su Príncipe, segun la pintura que tenia entre los Romanos. Y al punto que ellos vieron al Redentor de la vida, que en la Cruz les auia despojado, y su Reyno quedaua destruydo, ò llorando la caida, y ruina de su Príncipe, ò llorando, que por la muerte de Pan, perdian su dominio, izieron aquellas demostraciones de llanto; pues en vida tantas vezes confesarò à su pesar que les atormentaua.

Y parece se deve reducir à la diuina disposicion q̄ los Gentiles tuuiesen razon, y ocasion en inquirir la causa. Eusebio Cesariense entiende por el Gran Pan al Príncipe de los demonios, por cuya muerte aqui nonbrada querian dar à entender su destruicion, y ruina del señorio que tenia en el mundo. Mas el Forosenptoniense entiende por èl à Cristo. Y por los que se mostrauan con aquel sentimiento, à los Angeles buenos que le parece auer mostrado aquel sentimiento doloroso, por la muerte de su Criador, como



dixo Ifaias: *Et Angeli pacis amare flebant.* Que los Angeles de paz llorarian amargamente. Cosa notable, en que deue poner la atencion todo Cristiano. Fue tan publico este suceso, que llegò a noticia del Enperador Tiberie, el qual enbiò à llamar al marinero Tamo para saberlo del, y le izò relacion de todo, como auia pasado. Afta aqui son palabras del grande Iforiador Pineda.

Auiendo espirado el Redentor, se figuieron tales prodigios, quales jamàs se oyeron en el mundo. El velo del templo se partiò desde arriba, asta abaxo, y se izo pedagos. San Geronimo, cap. 27. in Math. dize, que a aquella ota se cayò en el Templo el Superliminar. Medina, lib. 2. cap. 17. Entiende, que fue vna pared gruesissima, que dividia el cuerpo del Templo de el Sancta Sanctorum, y en ella auia vnas grandes puertas de cedro sobredoradas, y con notable obra de escultura.

Todo cubierto con vn velo segundo muy grande, las quales se abrian sola vna vez en el año, parà que entrase el Sumo Sacerdote al Sancta Sanctorum: y espirando Cristo, se defizo, y con espantoso ruido vino al suelo, quedando el Sancta Sanctorum patente. Como dando a entender, que ya auian cesado todos aquellos misterios, sonbras, y figuras.

Y añade San Geronimo, refiriendolo de Iosefo, que en aquel punto se oyeron en el Templo voces de las virtudes Angelicas, que allí estauan en su guardia. q̄ dezian: Vamonos, vamonos ya de aqui, y dexemos estas moradas. Baronio, citando tambien à San Geronimo dize, que tambien se rasgò el primer velo, que estaua entre el pueblo, y los Sacerdotes, y San Efron Siro, que quando se rasgò el velo del Templo, salió bolando del vna paloma blanquissima.

Al punto temblò la tierra con monimientos tan desuados, que las piedras se abria-



brieron, como se manifiesta en la abertura del Calvario de que arriba dexamos escrito.

Las piedras abrian bocas, ò para llorar la muerte de su Criador, ò para mostrar confesion a los Judios, pues sus coraçones quedauã mas endurecidos que ellas. El temblor fue tan vniuersal, que oy en el monte Albernia, junto à la Ciudad de Afis en Italia, se ven en los montes infinitas quiebras, que entonçes se izieron S. Agustín, *lib. 2. de mirab. Sacrae Scrip.* dize, que con aquel temblor, se arruinaron doze Ciudades en el Reyno de Tracia. En Bitinia dize Eusebio Cesariense, *in Chron. sub Tiber.* temblò la tierra horriblemente, y en Nicca de Bitiqia cayeron grandes edificios, segun dize Lipomano, y cita à Europio.

Niceforo, *lib. 1. histor. capit. 17.* Escribe, q̄ con el fuerte terremoto, se arruinaron catorze Ciudades de el Asia menor, cuyos nombres son Magnesia,

Efeso, Sardis, Mofrene, Hiocasarca, Filadelfia, Timoto, Timo, Mirina, Cima, Apolonìa, Hircania Dia, Cibira.

Abrieronse los sepulcros, y resucitaron muchos cuerpos de los justos, que estauan difuntos, que vinieron a la santa Ciudad, y se aparecieron a muchos. El Centurion de los soldados, que estauan de guardia, viendo lo que passava, y sintiendo el terremoto, temieron.

Y acordandose de las palabras con que auia visto espirar a Cristo Señor nuestro dezia: Este verdaderamente era Ijode Dios. Este era Ijode Dios, à quien en el mismo sentir acompañauan otros, confesando lo mismo; y por Dios al que auian puesto en la Cruz.

Muchos Judios de los que toda via se auian quedado alli presentes, enpeçauan ya à sentir en sus conciencias el recordamiento de la maldad q̄ tan sin piedad auian obrado, y dan-



dándose golpes a los pechos, y suspirando, se bolvian à sus casas.

Ay vna ley del cap. 21. del Deuteronomio, en q̄ mādaua Dios à los Iudios, que el delinquente que muriese en Cruz fuese enterrado en el mismo dia q̄ moria. Después de crucificados, dize Lactancio (*lib 4. instit. cap. 26.*) los dexauan en las cruces, asta que espiranan, con que solia estar muchas oras en aquel tormento, y afrenta. Llegandose la noche, como por mandamiento de la ley no auian de quedar alli, les quitauan la vida, ò dandoles garrote, ò à lançadas, à pedradas, abriendoles el pecho, ò quebrandoles las piernas, y como dize Cayetano *in Ioan. em, cap 18.* muchas leyes judiciales ludai- cas tenian va los Romanos corronpidas en sus obseruã- cias, muchas abrogadas, y muchas violentas. Con que esta de quitar de los Patibulos à los ajufticiados ya no se guardaua puntualmente, y se quedauan en las Cruces à ser alimento de cuerbos, y

paxaros inmundos, como se quedan oy en Peralvillo, y los que desquartizados ponen en los caminos. Y solamente los quitauan, ò en los dias que cada año celebravan las fiestas de sus Enperadores Romanos, ò en vna gran solemnidad como esta de la Pasqua. Pues como era el Parasceve de la Pasqua, esto es la Vispera, y por la solemnidad tan grande, no auian de quedar los cuerpos en la Cruces, rogaron los Iudios a Pilato, que mandase quebrar les las piernas, y quitarlos de alli. Diò el Decreto, y vinieron los soldados, y quebraron las piernas a vno, y luego a otro de los ladrones. Repartieron el trabajo dize Ludolfo 2. *p. cap. 64.* Pues dos soldados quebraron a vno las piernas, y dos a otro. Y después de quebradas, les arroxaron los euerpos del monte abaxo, dize San Buenaventura *cap. 80.* avn valle profundo, adonde los precipitauan.

Después llegaron a Iesugristo, y viendo, que estaua muerto, y que no necesit



tava de aquel tormento, no le quebrarõ las piernas, sino vn soldado llegò con vna lança, y le abrió el costado, y al pũto corrió dèl fangre, y agua. Quisolo así su Magestad no se le quebrase ningun hueso: pues era el Cordero que en la Pasqua se sacrificaua, para quitar los pecados del mundo, como en las sombras del que se celebraua tantos años antes lo auia prefigurado.

En este paso escriue San Anselmo le reuelò la Virgē Santissima, diciendo: Quando vi que tal crueldad se executaua en vn cuerpo difunto, quedè como muerta de dolor, y entouces acabò de cunplirse en mi la profecia de Simeon. Enpeçè a gemir, y lamencarme. Faltaronme lagrimas, por lo mucho q̄ la noche antes, y aquel dia auia llorado, y dezia: Dulcissimo Ijo mio, donde està aora aquel aliuio, y consuelo que sienpre tuve cõtigo? Ijo mio, Iesus, quien me darà à mi, que yo muera por ti? Con estas, y semejantes palabras llorè la muerte de mi Iesus.

Ludolfo dice de Longinos el que diò la lançada à Cristo, que era ombre soberbio, y furioso. No pudo ser menos quien en vn cuerpo difunto executò tal crueldad. Y de San Iuan Crisostomo, hom 4. in Ioann. dize, q̄ este auia cegado, y corriendo la sangre de Cristo por la asta de la lança, acafo con ella tocò los ojos, y luego al punto tuvo vista. Dexò la milicia, y así mismo quiso el Señor dar sela en el alma. Instruyeronle, y bautizarõ le los Sagrados Apostoles, y viuiò cerca de treinta y ocho años en Cesarea de Capadocia, aziendo vida Monacal, y conuirtió à muchos Gentiles, y Iudios a Iesu-Cristo, el qual fue despues Obispo, y Martyr.

Ya era tarde, y tratavan de dar sepultura a aquel Santissimo Cuerpo. Alli le asistia su desconsolada Madre, y las Marias. San Iuan despues de auer llegado la ora de baxarle de la Cruz se presume iria à negociarlo. Vino vn ombre llamado Iosef, natural de la Ciudad de Ari-



Arimatea, en Judea, Decurion de los soldados, que a este puesto militar se juntaua su nobleza, y autoridad, y tan santo, como cauallero. Era Dicipulo de Iesu Cristo, aunque oculto por el miedo de los Iudios, en cuyas maldades no auia cōfentido. Y en ocasion tan peligrosa, no auia quien sacara la cara, por no padecer el mesmo riesgo. Con todo esto atropellò por los peligros, y con toda resolucion entrò a Pilatos a pedirle licencia, para quitar de la Cruz el cuerpo santissimo, y darle sepultura. Reuelò la Virgen Santissima a San Anselmo, que las palabras con que Iosef abliò al Presidente fueron. Señor si no dais licencia, para quitar de la Cruz el cuerpo de Iesus, de la Cruz en que està, es sin duda que su Madre, que es muger principal, se à de morir de dolor.

Admirose Pilatos de oir que ya el Señor vuiese espiado. Llamò al Centurion, para que le informase de la verdad, y si lo era de q̄ auia

muerto Iesus. Informado de que era cierto, diò licencia a Iosef, para quitarle de la Cruz. Iosef comprò vna sabana, y Nicodemus, e Ique vna noche llegò a ablar a Cristo, fueron, y le baxaron de la Cruz. Enboluieron el cuerpo en aquella sabana, auindole vngido con mirra, y aloes, que Nicodemus trajo, como cien libras (libra se à de entender, que cada nacion tiene su modo de peso, y medida, y esta voz *libra*, no es lo mesmo, que lo q̄ suena en nuestra España, libra de diez y seis onças, y onça de diez y seis adarmes.) Sepultaronle en vn sepulcro de Iosef, que auia echo abrir en vna piedra, y era nueuo, que aùn no se auia sepultado en el a ninguna persona, dexandole vngido, y ligado cō liencos, y aromaticos vnguentos, segun tienen de costumbre los Iudios en sus difuntos.

Aora le reuelò Nuestra Señora a San Anselmo, lo que auia sucedido en esta ocasion. Entre tanto que Iosef



fef quitaua el cuerpo, e  
 taua yo mirando atirua, à  
 quando veria vn brazo de-  
 fenclauado, para tocarle, y  
 besarle, y consolarme con  
 el, como a si que fue baxan-  
 do el cuerpo pude azerlo.  
 Auindole baxado, le  
 pusieron sobre la tierra ten-  
 dido, à tres pasos de la  
 Cruz. Cogi su cabeça en  
 mi cuerpo, y nueuamen-  
 te enpeçè a llorar ya de-  
 zir: Ijo mio Iesvs. Ijo  
 mio. Ay de mi! Que con-  
 suelo è de tener, quando a  
 si te veo muerto a mis o-  
 jos? Llegò entonces el Euā-  
 gelista, y se dexò caer so-  
 bre su pecho, llorando, y  
 diciendo: Ay de mi! Ay  
 de mi! De este pecho  
 santissimo bebi ayer dul-  
 çuras, y regalos, y oy  
 tristezas, y amarguras. En-  
 tonces vino Pedro, y llorò  
 amarguissimamente el auer-  
 le negado. Y Maria Ma-  
 dalena enpeçò a llorar  
 mas tierna que todos, y  
 dezir Señor mio, Señor  
 mio Iesvs; quien me per-  
 donarà aora mis pecados?

Quien me defenderà, con  
 Simon el Fariseo, y me  
 escusarà con mi erma-  
 na. Vino Iacobò, à quien  
 llaman ermano de mi Ijo,  
 el qual le parecia muchi-  
 simo, y con muchas la-  
 grimas dizia: ay Señor.  
 Si tu me diste gracia pa-  
 ra que nos pareciesemos  
 en las fayciones del ros-  
 tro, siendo yo seme-  
 jante a vos. Pero ay de  
 mi, que vuestro amargo  
 rostro no se parece en  
 nada al mio! Tus ma-  
 nos, y pies clauados con  
 claucs, tu santissimo cuer-  
 po despedazado por to-  
 das partes, y el mio por  
 todas partes, sin daño al-  
 guno! Y viendo a su  
 Maestro de aquella fuer-  
 te, izo juramento de no  
 comer, ni beber, asta  
 que le viesse resucitado.  
 Y luego concurrieron to-  
 dos los demás Discipulos,  
 lamentando su muerte  
 y mi Ijo santissimo por  
 mi consuelo, y el de  
 los Apostoles, quiso  
 obrar consigo vna ma-



ravilla, en nuestra presencia. Pues teniendo todo su cuerpo echo pedaços, con tantas eridas, y tan atormentado con tanto golpe, y todo lleno de cardenales, no quedò erida abierta, ni en todo su cuerpo señal de golpe, ni tormento alguno, sino es las cinco llagas del costado, manos, y pies, las quales à de reseruar asta el dia del Juizio.

Quedò tã fano, como si nunca vuiera padeido cosa alguna: de lo qual yo, y los Dicipulos recibimos notable consuelo. Y queriendo sepultarle yo misma, teniendole en mis braços, no queria dexarle, llorando amargamente, verle entre ellos muerto. Y le dezia a Iuan, Querido Iuan, dexame, dexame a mi Ijo entre mis brazos. Y dexame, que con èl difunto me consuele este coraçon, ya que estando viuo no pude llegar à abraçarle. Pero si es necesario el sepultarle, para q̄ è de vivir yo? Yote ruego, que me entierres con èl, q̄ así morirè consolada.

Finalmente di permiso, para q̄ le enterrasen: viendolo puesto en el Sepulcro, quise entrar à èl, y sobre el me arrojè, y tan compasiva, y tan dolorida estava, q̄ todos se mouieron à lagrimas de verme a mi sentir, y derramarlas. Quiso Iuan llevarme a la Ciudad, y apartarme del Sepulcro: y llorando, le rogaua, y dezia: Querido Iuan, no me agas ese agrauio. No me apartes de mi dulzissimo Ijo. Yo quiero quedarme aqui, y aqui è de morir. Boluieron los Apostoles, y los que me asistian, segunda vez a llorar. Finalmente Iuã me llevò à la Ciudad.

Los del Pueblo, viendome con el manto lleno de sangre, por auer estado junto à mi Ijo Iesus, a vna voz dezian: O que injusticia, se ha obrado oy en Ierusalen! O que maldad! O que agrauio se a echo con esta Señora, y con su Ijo, a quien an crucificado! Tenianme grandissima lastima quantos me vian. Los Iudios sabiendo, que Iosef auia sepultado



do a Cristo, movidos de envidia, le tapiaron viuo en vna torre de vn muro. Su muger despues mostrò el lugar a vn ijo suyo, que tambien se llamaua Iosef, diciendole dõde estaua su padre sepultado, y encerrado. Allí estuvo quatro años, asta que Vespasiano, y Tito destruyeron à Ierusalen, y le sacaron viuo de donde estaua. Y como los Indios vendieron à Cristo por treinta dineros, así eran entõces vendidos treinta por vn dinero.

Alli asistian Maria Magdalena, y se sentaron frontero del Sepulcro, y las demás mugeres que auian venido de Galilea. Atendieron al modo con que quedaua el cuerpo, y preuiniéron vnguentos para bolner a vngirle. Pero no pudieron por ser ya de noche, ni el dia siguiente pudieron, por no serles licito en tal dia como aquel.

El Sabado se juntarõ los Principes de los Sacerdotes, y los Fariseos, y todos de quadrilla fuerõ à Pilatos

dezirle, que aquel onbre, enbustero, aun viciendo èl, se acordauan de auerle oido dezir, que despues de tres dias auia de resucitar: que mandase poner guarda en el Sepulcro por aquellos dias. Porque no viniesen sus Discipulos, y le vrtasen, y quisiesen persuadir a la plebe, que auia resucitado, y fuefe este engaño peor que los antecedentes. Puès tencis gente de guarda les respondió Pilatos, id, y guardadle como sabeis. Ellos la pusieron, sellando la piedra, y dexando a sus soldados al rededor, en custodia. Asta aqui San Anselmo.

Algunas otras circunstancias reuelò la Santissima Virgen à su deuoto San Bernardo, que refiere en el Serm. de Lament. Virg. por estas palabras.

Seguiale yo, dixo la Reina de los Angeles, como podia, con las demás piadosas mugeres, que de Galilea le asistian; las quales como à difunta me sustentauan. Estaba puesto en la Cruz, y yo desdichada le miraba



mi Ijo, y a mi Dios. Yo lloraua, diciendo: Ijo mio, Ijo mio, ay de mi Ay de mi! Quien me darà a mi, que muera, porque tu no mueras! Desdichada de mi, que aré? Mi Ijo Iesvs està muerto, porque no muere contigo esta su Madre, que tan afligida està? Ijo mio, Ijo mio, amor mio dulcissimo, no medexes, lleuame contigo, para q̄ muera contigo. Entonces el Señor, padeciendo grandissimas angustias en la Cruz, la dize: Mujer, ves aya tu Ijo. Estaua San Iuan alli presente muy triste: y Maria Santissima en pie junto à la Cruz, mirando con benigno rostro à Cristo, pēdiente en la Cruz, y estriuando en los dedos de los pies, con las manos leuadas en alto, abraçaua la Cruz, retocada con la sangre de su Ijo santissimo; y se inclinaua ansiosa a oscular, y venerarla en qualquiera parte que la via auer corrido. Leuantaua las manos, para ab açarle, y no podia llegar con ellas à aquel despedaçado cuer-

po. La amarillez de la muerte se auia apoderado de su ermosissimo rostro, teniendo solo sonrosados los labios, y mexillas con q̄ auia venerado la Sāgre de su Ijo. Estaua atenta a las gotas de Sangre, que caian de aquellas eridas, baxaua al suelo presurosa à besar la tierra donde se enbebían.

En este tienpo Iosef de Arimatea, fue à Pilatos a pedir le diese el cuerpo del Señor. El qual llamò à vn Maestro de la ley, que se llamaua Nicodemus. Vinierõ al sitio de la Cruz, trayendo consigo los instrumentos necesarios. Luego q̄ los viò la afligida Madre, y conociò, querian baxar à su santissimo Ijo, como si se leuātara de la muerte, cobrò aliento su espiritu, y leuātándose de la tierra donde el dolor la tenia postrada, les ayudaua en lo q̄ podia: vno quitaua los clauos; otro sustentaua el Cuerpo, para q̄ no cayese.

Recibiò el Cuerpo, cogiendo sobre si los braços, y cabeça; y con amor de

Ma



Madre, le daua mil cariñosos osculos, y abraços. No se cansaua de contemplan do lorida las llagas que via en su Ijo, y acabandole de quitar de la Cruz, la veemencia del dolor, la dexò casi difunta. Estaua a la cabeça de su Ijo (deuidò de ser quando dize San Anselmo, que el Señor estava tendido en el suelo) y con lagrimas de sus ojos, regaua aquel santissimo rostro, escurecido con los rigores de la muerte. Besauale la frente, ojos, mexillas, derramando tantas lagrimas, que parecia toda quererse resolver en ellas, y regaua asimismo el Sepulcro, donde quedaron (segun dicen) señaladas en la piedra las ardientes lagrimas desta Señora, que indicaua el dolor que sentia.

Auia cõ su Magestad vnas Santas mugeres, y corto numero de ombres, que con la Santissima Madre llorauan à su Ijo, asistian tambien los Angeles con los q lloraua, y se condolian, y llorauan con el modo que podian la Muerte de su Dios.

Sepultòle Iosef en su Sepulcro nuevo, y auiendo comprado vna sabana en que embolverle; entonçes millares de millares de Angeles, que se juntaron al entierro, le cantaron a Cristo, dulces, y deuotas exequias, cantandole la vitoria, y sus triunfos, q con su muerte auia conseguido.

Ellos cantaban a Cristo, y Maria Santissima le lloraua muerto. Querian Iosef, y Nicodemus, poner a Cristo en el Sepulcro, y en èl queria la Virgen, que con su Ijo la enterrasen.

No le enterreis, dezia; tened lastima de mi, dexadme, que quitandole el Sudario, le contemple aquel rostro, no le enterreis, dexadmele, tenga yo a mi dulcissimo Ijo, aunque difunto, para que siquiera asime consuele.

Ellos le ponian en el Sepulcro, y su Magestad, como podia, intentaua traerle a si. Con todas sus fuerzas procuraua retenerle, y ellos intentauan ya sepultarle, y de esta manera,



avia vna contienda, que rasgava los coraçones el mirar la; y todos conpadecidos de el dolor de la Virgen, llorauan de forma, que no podian formar las palabaras, y mas llorauan del dolor, y desconuelo de la Madre, y su Soledad, que de la muerte de su Ijo.

Sepultaron al Señor. Abraçò la Virgen el Sepulcro, y con la voz que pudo, le echaua la vençicion à su Ijo, y gimiendo, le llamaua. Sèrada al pie, y puesta la cabeça arrimada al Sepulcro tedia los braços por encima de èl, besando la piedra, y llorando à su Ijo con amarguifimos suspiros.

Llegò su nueuo Ijo Iuan, llorando amarguifimamente; y la leuantò del suelo, q̄ no se podia tener en pie. Y como pudo, ayudada de las Santas mugeres, acompañandola todos en su llanto, enterraron a Iesus. Muchas mugeres, viendola llorar, llorauan tambien, y otras la iban siguiendo sus pasos, y lagrimas. Su dolor obligaua a llorara quantos

lavian, de fuerre, que les obligaua a derramar lagrimas, y sollozos. Llegaron à casa de San Iuan: alli se sentò: alli en su casa la tuvo S. Iuan, y la amò con todo amor, y mas que à su propria madre, y siendole señalado por ijo, la asitiò como siervo.

Sepultado el Señor, estaua la Virgen en casa de Iuan, donde se recostò aquella noche, y estuuo en la cama: q̄ por estar tan acabada con el dolor, y sentimiento, no podia tenerse en pie. Donde continuando sus lagrimas, ni sus ermanas, ni sobrinos. Iuan podian consolarla.

Ya que emos echo esta relacion, bo vamos à visitar la Cruz Santissima, que quedò en el monte Calvario. A toda la mayor parte de la Ciudad, dize Adriconio, la cerca vn valle, el qual forman los muchos montes que la cercan, al modo de la Ciudad de Toledo, aunque no tan angosto, y baña el arroyo Cedron aquel valle, como Tajo aquel, por donde corre, y tambien no



dý tanta baelta à los montes en que eſtà fundada la Ciudad, porque Tajo ſe deſpide della, por entre el Occidente, y Norte; y el Cedrón ſe aparta de el Valle, por entre el medio dia, y Occidente.

Por la parte que el Calvario eſtiende ſu falda, ayuda à los demàs montes à formar eſte valle en contorno de los muros. A eſta parte que aze de valle, y ſirue de foſo a los muros de Ierufalen, llamaban el valle de los cadauetes, porque los cuerpos de los ajuſtiados; que caían a pedaços de las Cruzes, los arroxaſuan de lo alto del monte, y baxauan rodando a lo profundo, donde ſe conſumían, y arroxando con ellos las Cruzes, fogas, y clauos, y demàs instrumentos que auian ſeruido para quitarles la vida, allí les ſeruia a todo de ſepultura la profundidad del valle.

Aquella tarde, como e-  
mos dicho, deſpues de auer  
quebrado las piernas a los  
ladrones, y arroxado ſus

cuerpos rodando por aque-  
llos precipicios al valle, jun-  
tamente quitaron la Cruz  
de Criſto nueſtro Señor,  
con el titulo, y arroxaſuan  
con los de los ladrones allà  
abaxo.

Limpiando deſpues la Ciudad,  
como aquel ſitio era  
tan aſqueroſo, echaron en  
el toda la baſcoſidad que fa-  
caron de ella, procura-  
do con arte tapar la Cruz  
de Criſto nueſtro Señor, y  
cargaron tanta baſura, y  
tierra, que llenaron el va-  
lle, ò foſo, y quedaron  
ſepultados los ladrones, y  
las tres Cruzes debaxo de  
aquel promentorio. Aſí  
durò por eſpacio de tre-  
cientos años.

Lo miſmo procuraron  
azer con el Sepulcro de  
Criſto nueſtro Señor, que  
eſtà diſtante ciento y ocho  
pies de la parte, donde ciu-  
ficaron a nueſtro Señor,  
y mas abaxo en la falda de  
el monte, y fueron cargã-  
do ſobre èl tal multitud  
de piedras, y tierra, que  
ya no parecia raſtro de èl,  
y eſtar igual por todas par-



rescõ lo alto del Caluario, como si con esta tierra, vuieran de borrar de los coraçones de los Cristianos la memoria de Cristo nuestro Señor.

A su imitacion izieron lo mismo despues los Gentiles, poniendo vna estatua de Iupiter, y labrandole vn Templo en el mismo puesto donde auian Crucificado à nuestro Redentor, y asimismo pusieron otra de Adonis en Belen, donde nació, para redimirnos, para que, ò fuese aziendo burla de nuestra veneracion, ò para causarnos con la suya olvido de aquellos sacratissimos lugares, y no bolviésemos à buscarlos, y así faltase la memoria, y con ella la Religion Cristiana. Por mas de trecentos años, estuimos sin estos tesoros, por que las persecuciones que padeciò la Iglesia, no dierõ, lugar à sus ijos, para buscar tan preciosas Reliquias, quedando sus coraçones sepultados en los sitios en que estauan los instrumentos que merecieron ayudar a nuestra

Redencion. y tocaron el Sacratissimo Cuerpo de nuestro Dios. Quiso el Señor, q se acabasen los nublados de persecuciones, y gozase la Iglesia de paz, siendo Emperatriz de Roma, y Ierusalen, la gloriosa Santa Elena, madre del Emperador Constantino. Con inspiraciones de Dios, siendo de edad de ochenta años, partiò de Roma a Ierusalen, con vn poderoso exercito, para restituir al deuido culto los Sacratissimos lugares que los Iudios, y Gentiles auian procurado ocultar por aborrecimiento de Cristo, y Cristianos.

No le quedò à la Santa Emperatriz piedra que no mouiese, para descubrir la Santissima Cruz. Viendo que se cansaua en valde, mandò llamara Ierusalen a los Iudios mas doctos, y mas ancianos que en aquel Reyno se allasen.

Puestos en su presencia, les mandò dixesen donde esta escondida la Cruz de Cristo nuestro Señor: a que ellos respondieron, no la sabian, y así se escusaron



por quantos medios les fue posible. Irritada la Santa, con la maldad de los Judios los mandò quemar a todos. Ellos vieron, que el negocio iba de veras, y que, ò auian de dezirlo, ò costarles la vida, por escapar se de la muerte, le dieron noticia de vn Iudio llamado Iudas, que era muy anciano, al qual siendo muy niño, le auia dicho su padre el lugar donde estava la Cruz. Prendiò a Iudas, y mandò dar libertad à los demás: y a este le dixo: Iudas, vos tenéis la vida, ò la muerte en vuestras manos. Si no me mostrais la Cruz de Cristo, auéis de morir: por eso consultad, que quereis mas. En peçò a responder con digresiones, y excusas, temiendo se, y rezelando, que si lo descubria, bolveria à resucitar el Cristianismo, con el qual auia de descaezzer el Iudaismo. Bolviòle à amenazar de nuevo; y viendo no remediaua nada, le mandò encerrar en vn poço que no tenia agua, para que alli muriese de anbre,

fino confesaua. Seis dias estuvo en èl, sin querer confesar; y al septimo pidió le sacasen de alli, y reuelaria lo que deseauan saber.

Izo le llenasen al sitio donde estauan, donde fue la Santa Emperatriz; y mandò ir grande numero de cavadores, para que fuesen apartando la tierra. Izieron todos oracion a nuestro Señor, suplicandole manifestase lo que deseauan.

Oyò sus ruegos, y concediòles el efecto de ellos. Al punto reblò la tierra, exalando de si vn olor aromático, que se conocia ser milagroso. Luego mandò la Emperatriz se cauase, y allaron las tres Cruces, y el titulo de la de Cristo Nuestro Señor, algo apartado dellas.

Aora les quedaua la duda en conòcer qual era la de Iesu Cristo, por la semejança que tenian vnas con otras: y Macario Obispo de Ierusalen, inspirado de Dios nuestro Señor intentò saberlo así, por vn mila-



gro, fiando en su Magestad se serviria de obrarle, por medio de su Cruz Santissima, pues mayores finezas que esta auia obrado en ella por todos losijos de Adan. Auia en Ierusalẽ vna Señora muy noble, q̄ antes muchos años padecia vna enfermedad incurable, y agora auia pasado desta vida. Rogò el Obispo à la Enperatriz, fuese con èl à la casa, adonde losacompañaron infinita multitud del pueblo, lleuando consigo las Cruzes. Izo el Obispo oracion à nuestro Señor, y tocaron con vna Cruz el Cadauer, y no diò señal ninguna de vida. Tocaronle con la segunda, y la muerte a ambas las despreciò.

Llegaron con la tercera, en que se obrò nuestra vida; y al punto la tuvo la difunta. Viendo este milagro Iudas, enpeçò à confesar por Dios à Iesu Christo, que auia muerto en ella. Bautizose, y por auer buscado la Cruz se llamó Quiriaco de *Quarendo*. El qual despues fue Obispo de Ierusalen, y

fundò la Orden de los Cruzados, enseñando à traer sobre si la Cruz de Cristo, y despues murió Martyr, en tiempo de Iuliano Apostata.

Despues de auer descubierta la Cruz, fue Santa Elena à descubrir el Sepulcro, y en èl allò los clavos, y la Corona, fue esto à tres de Mayo. Entonçes el Emperador Còstantino, izo decreto, que de allí adelante ninguno fuese ajusticiado en Cruz, y que tal dia se celebrase fiesta a ella aziendo memoria de su inuenciõ

Adornò la Enperatriz aquellos Santos lugares, edificando treinta Templos. Quetiendose boluer la Emperatriz à Roma, diuidiò en dos pedaços la Santa Cruz. La vna dexò en la Iglesia que edificò al Santo Sepulcro, engastada, y guardada en vna arca de plata: la otra parte con la tabla del título, Corona, lança, y los clavos los traxo à Roma à su ijo Còstantino, el qual edificò vna Iglesia, con el título de Sa-



ta Cruz en Ierusalen, y en ella puso estas Reliquias, y con ellas dos espigas de la Corona, y vno de los clauos; de todo lo qual aze relacion Adricomio.

Este pedaço de la Santissima Cruz, que quedò en Ierusalen, segun dize Corovico, no parece. En la Iglesia del Santo Sepulcro en la Càpilla de la Aparicion de Cristo à nuestra Señora; al lado derecho del Altar mayor, ay otro Altar, que antiguamente se erigió à la Cruz de Cristo; y a este no se acude ya con estacion, como a los demás lugares, por que ya no se guarda en el vn pedaço de la santissima Cruz, que en vna arca de plata, solia guardarse. Aze relacion dello Fr. Bonifacio en otro tiempo Guardian de Montesion, en su libro de la tierra santa. Que Solimangran Turco, auia mouido persecucion a los Cristianos, y puso quatro años en prisiones a los Religiosos de San Francisco, que guardauan aquellos Santos lugares. Entoncez los Ar-

menos vttaron el pedaço de la Santissima Cruz, y le lleuaron a la Ciudad de Sebasteste en Armenia la mayor. Y aunque dize, que la restituyeron à su sitio de donde la auian vttado, a costa de gran suma de dinero se cree sin saber quien, que la bolvió à vttar. Pues si alli estuuiera, veneraran aquel sitio los Cristianos, como veneran, y adoran aun a los que no tienen en si Reliquia tan de Cristo nuestro Señor, como su Santa Cruz, en que murió por nosotros. Della refiere vn prodigio San Cirilo, Patriarca de Ierusalen, segun refiere, y le cita Baronio, que al pedaço que guardaua en aquella Ciudad, no le faltaua cosa ninguna, con auerse repartido muchas Reliquias a casi todo el Orbe Cristiano, supliendo Dios milagrosamente en ella las Reliquias que le quitan. Si entoncez se admiraua el Santo, mucho mayor fuera oy su admiracion, quanto es mayor el numero dellas, que veneramos por tales.



En quanto a los clauos, dize Baronio, puso el Enperador Cōstantino dos en el freno de su cauallo, para entrar en las batallas; y otro en su Corona Imperial. Que estos no se desiziesen para el freno, si no q̄ enteros se guardasen en él, ò fue se cosidolos a la rienda, ò afiançados en ella, se infiere; pues vna Enperatriz tan Santa, y vn Enperador tan Religioso, q̄ tanto estimauā las Reliquias de Cristo, no auian de desfazerlas de ese modo, y poner en la boca de vn cauallō vn clauo, q̄ traspasò las manos, ò pies santissimos de Cristo; y estaua retocado cō su sangre. Y poniendo vno cō veneraciō en la Corona, no era buena correspondēcia poner, y desfazer los dos para el freno. Antes siento, q̄ los q̄ puso en el freno, no fuerō los q̄ clauarō los pies, y manos del Redentor, sino los q̄ estauan en la Cruz, para clauar vn madero cō otro, ò los q̄ clauaron el pedaço q̄ se puso a los pies.

De los que estuuieron en los pies, y manos, Adrico-

mio dize, q̄ vn clauo se dexò S. Elena en Ierusalen. Y q̄ otro dellos le arrojò al mar Adriatico, que oy se llama Golfo de Venecia. Por q̄ quando venia de Ierusalē, se leuantò en èl tal tormenta, q̄ juzgarō todos porcer en ella; y arrojado al mar vn clauo, como si quedaran sus aguas clauadas, así se pusiorō en calma luego al pūto. Las tormentas erātā cōtinuas, en este mar, q̄ por eso le llamauā los marincros sepultura de nauegates, y desde entōces quedò en bonança, asta oy, sin padecer mas tormentas.

Con q̄ estos dos clauos, y el q̄ tiene el Catolico Rey de España, son tres; del otro daremos mas larga relaciō en nuestros Anales Euāgelicos, q̄ aqui bastan estas noticias, antes no juzgamos auer dado tantas.

G. A. P. I X.

Resucita glorioso Cristo nuestro Señor. Aparecese à su Santissima Madre, y a los demas Discipulos.



Segun los quatro Euange-  
listas. Reuelaciones, y  
autoridad de Padres,

**E**N el Capitulo pasado no  
ponemos historias, como  
en todos los antecedentes, por  
q̄ la multitud dellas q̄ escri-  
uimos, de reuelaciones, y au-  
toridad de Santos, y Escritu-  
rarios, son tantas, q̄ tratando  
estas de la misma Passion de  
Cristo nuestro Señor, y  
tan dignas de saberse. Fue-  
ra ocioso poner otras, pues  
ningunas pueden ser de mas  
ternura, y deuocion: ni para  
mouernos al amor de N. S.  
y de su Passion, q̄ escriuē los  
sagrados Euangelistas, puede  
auer cosa de mas dulzura q̄  
q̄ las reuelaciones q̄ su Ma-  
gestad à echo a sus queridos  
San Anselmo, Sā Bernardo,  
San Bernardino de Sena, Sā-  
ra Brigida de Suecia; y lo  
que escriuē S. Agustin, San  
San Crisostomo, San Gre-  
gorio, S. Aabrosio, y otros  
Sā tos.

Y demàs de so como la Pa-  
sion, y Muerte de Cristo N.  
Biē, fue la mayor injusticia q̄

se à obrado en el mundo; no  
ponemos a su lado Istoria,  
ni Martyrio alguno, porque  
aunque muchos àn padecido  
injustamēte en esta vida nin-  
guno tanto, como aquel so-  
berano Señor. Pues aun de  
sus tormentos, con escri-  
uir tantos los Euangelistas,  
y con auer reuelado la Vir-  
gen Santissima, y su Ijo los  
prodigios que leemos, toda  
via quedan que saber; pues  
las insolencias, que aque-  
llos enemigos vsaron con  
èl, facron tantas, que solo  
su infinita paciēcia pudo su-  
frirlas, y el inmenso amor  
con que venia a dar la vida  
por nosotros; pues como  
dixo el Euangelista San Iuan,  
si se vueran de escriuir to-  
das las acciones de nuestro  
Redentor no cupierā en to-  
do el mundo los libros.

Quiso aora su Magestad  
consolarlos con su gloriosa  
Resurreccion; y que reco-  
brafen en gozos quanto a-  
nian padecido en lagrimas,  
tristeza, y desconsuelo en su  
Passion, y Muerte. La noche  
de el Sabado, que ya ama-  
necia al Domingo, que era

el



el primer dia de la semana siguiente, Maria Madalena, Maria de Iacobo, y Salomè compraron aromas para venir vngir à Iesus.

Aora se ofrece vna duda, que supuesto que al sepultar a nuestro Señor le auian vngido cō Mirra, y Aloes, para que boluian estas Santas mugeres a vngirle aora? Dize Baronio, que por la vezindad, y trato que los Iudios auian tenido, y teniã con los Egypcios se les auia pegado esta costumbre, que despues de sepultado el cadauer, quarenta dias le vngian, con que se endureciã los cuerpos, como si fuerã de metal, y así se conseruauan muchos años.

En aueriguar puntualmente la ora, y dar inteligencia genuina à las palabras, con que los Euar gelistas ablan deste tiempo, no ay menor dificultad. Pues San Mateo dize, *Vespere autem Sabbathi, qua lucefcit in prima Sabbathi.* San Marcos. *Valde mane, orto iam Sole.* S. Lucas. *Valde diluculo.* San Juan. *Mane cū adhuc tenebrae essent.*

Ay grande controuersia en los Escritores en conciliar tantas cesas e parecen contrarias, como ser por la tarde, ser de noche, auer tinieblas, y ser salido el Sol. Toda la dificultad se suelta en dos palabras. La primera, que los Iudios llamauã *Vespera*, no solo a la tarde que precede al dia, sino a toda la noche, asta que el tal dia amaneca: y así estará claro como el dia, lo que dize San Mateo, *Vespere Sabbathi, que lucefcit.* La segūda auer salido el Sol, con ser tiempo de tinieblas, responde San Pedro Crisologo, que quiso Iesu Cristo en este dia de Resurreccion darnos otro tanto gozo, como auia sido el sentimiento del dia de su muerte, y que por auer se el Sol escurecido tres oras, y auer quedado el mundo en tinieblas, quiso aora que en su Resurreccion amaneciese todo aquel tiempo antes, para que tuuiesen gozo los ombres, todo quanto auian tenido de melancolias, y anticipandose el Sol, les anunciase tanto gozo. Aora con esto



esto estará entendido el resucitar Cristo nuestro Señor muy de mañana, y madrugar el Sol este dia, tres oras antes que otras vezes.

El visitar primero que a ninguno otro a su Santissima Madre, aunque los Euangelistas no lo digan, no ay ninguno de los Padres, que no sienta auer sido la primera, pues el priuilegio de Madre, y la tristeza que tuvo en su Pasión Santissima; y la Fee de de la Resurreccion, no ay duda en que se mereció este priuilegio. Aora, pues, Domingo por la madrugada venian estas Santas mugeres à buscar à Cristo difunto: y à la misma ora le estaua su Santissima Madre esperando, resucitado. San Vicente Ferrer, *Serm. 3. de Nat. Virg.* dize, que despues de la Pasión, Muerte, y Sepultura de Cristo, quedó nuestra Señora certissima de la Resurreccion, que auia de ser al tercero dia; pero ignoraua la ora, porque su Magestad no se la abia dicho. Y por esto el Viernes de la Pasión, viendole morir en la Cruz,

fino estuuiera cierta, q̄ auia de resucitar, muriera allí de tristeza, y fue a quel consuelo bastante para que este dolor no le quitara la vida. Aora dezia: sin duda mi Padre Dauid, que mas, y mas claramente abió de la muerte de mi Iho, de su Pasión, Resurreccion, pone tambien la ora. Y juzga el Santo, q̄ nuestra Señora leyò el Psalterio. Y leyendo el Psalmo 56. En aquel verso: *Exurge gloria mea Psalterium, & cythara, exurgam diluculo.* Conocièdo por aqui la ora de la Resurreccion, q̄ seria muy demañana, quedó consoladissima. Mirò à la ventana, para ver si llegaua la Aurora: y siendo ay muy temprano, còtinuò la leccion asta el Psalmo 107. *Paratum cor meum Deus,* y segunda vez allò el verso: *Exurge gloria mea, &c.* Dixo entonces, ya, ya tengo dos testimonios de la ora de la Resurreccion de mi Iho: quisso ver si alguno de los Profetas ablaua algo de la ora, y allò en Oseas en el capitulo 6. *Viuificauit nos post duos dies*



*dius, & in die tertia suscita-*  
*bit nos, & uiuimus.* Y lue-  
 go: *Quasi diluuium prapa-*  
*ratus est egressus eius.* Basta,  
 basta, dixo la Reyna de los  
 Angeles, toda verdad està  
 en la boca de dos, ò tres tes-  
 tigos. Preuinò vn asiento,  
 para recibir a su Ijo Santísi-  
 mo, teniendo sienpre cuyda-  
 do de mirar si ya clareaua la  
 Aurora. Enpeçando ya, di-  
 xo: Ya, ya mi Ijo à resuci-  
 tado; y puesta de rodillas, le  
 azia oracion, diziendo: O  
 Ijo mio, mi Dios, y mi Se-  
 ñor, ruegos querais con-  
 solarme, repitiendo aque-  
 llas palabras: *Exurge in oc-*  
*cursum meum, & uide.* Al  
 punto que salió glorioso de  
 el sepulcro, viendo los An-  
 geles, que su Magestad iba  
 à dar à su Madre las noticias  
 de su Resurreccion, se le o-  
 frecieron muchos, vsando  
 las palabras de Isaias. 6. *Ecce*  
*ego, Domine, mitte me.* Señor  
 Señor, aqui estoy enbiadme a  
 mi. Cada vno quisiera ser el  
 q̄ mereciera llevar à su Rey-  
 na, aquella gozosa nueua.  
 Enbiò su Magestad al Arcá-  
 gel San Gabriel, que cõ no-

table resplandor entrò en el  
 aposento de su Reyna, y  
 nuestra, y la saludò, como  
 le fue reuelado à San Grego-  
 rio Papa, con aquellas pala-  
 bras: *Regina Cæli lætare,*  
*Alleluia.* Reyna del Cielo  
 alegrate, porque el Señor,  
 que mereciste traer en tu  
 vientre, ya à resucitado, co-  
 mo dixo. A las quales pala-  
 bras, despues San Gregorio  
 añadió: *Ora pro nobis Deum*  
*alleluia.*

Luego al punto q̄ el An-  
 gel uo saludado à la Virgē  
 Santísima, vino su Ijo glo-  
 rioso, y acompañado de in-  
 mensa multitud de Angeles,  
 y de los Santos Padres, Pa-  
 triarcas, Profetas, y demàs  
 Iustos que le estrauan eiperã  
 do, y auia sacado del Seno  
 de Abraham. Saludò à su Ma-  
 dre, diziendola: *Salue Sãc-*  
*ta Parens,* Dios te salue, San-  
 ta Madre mia. Pusose la Vir-  
 gen de rodillas, y llorando  
 de gozo, besaua aquellas  
 eridas resplandecientes, y  
 dezia: O eridas benditas, q̄  
 tanto dolor me causasteis  
 el Viernes! Cristo la diò paz,  
 diziendola: Ea Madre mia,  
 con-



consolaos , que ya no tendreis mas congoja por mi: q̄ ya de oy mas, todo será alegría, y consuelo. Sentaronse, y nuestra señora le preguntò, que le auia sucedido despues de muerto? A q̄ le refirió todos los sucesos que auia obrado en los infiernos, y traia consigo a todos los Santos, y Iustos que auia libertado. Los quales todos izieron reuerencia a la Virgen sagrada.

Llegò Adan, y la dixo: O Señora, vos sois aquella Ija nuestra, de quien Dios nuestro Señor dixo a la serpiente, yo pondré enemistades entre ti, y vna muger. Eua dixo: Yo cerrè la puerta al Parayso, y vos sois, Señora, quien la abrió. Dezian los Profetas: Yo, Señora, profetizè de vos, y saludandola todos juntos, la dixeron las palabras que los Sacerdotes dixeron à Iudit, 15. Tu eres la gloria de Ierusalen, tu la alegría, y consuelo de Israel, y la onra de nuestro pueblo: y la soberana Reyna, bolviendolos a saludar con toda ymildad,

les dixo: Vosotros sois la generaciõ escogida, el Real Sacerdocio, la gente Santa, el Pueblo de adquisiciõ. Los Angeles la bolvieron à saludar, diciendo: *Regina Cœli laetare, Alleluya.* Y la Virgen a ellos: Vosotros sois los Espiritus que ministran à los onbres: que os à señalado Dios para el ministerio de los que gozan la eredad de salud.

Despues que Angeles, y Santos vuieron saludado à su Reyna, y su Magestad à ellos, le dixo a su Ijo: Ijomio. Asta aora è guardado el Sabado por dia de fiesta, segun à Moysen mandasteis, pero de oy en adelante, el Domingo à de ser para mi la fiesta, en memoria de vuestra Resurrecciõ. Y la respõdiò: Si Señora, así es mi intenciõ, que en adelante mis Cristianos guarden el Domingo, y ya no el Sabado. Despues se despidiò de su Madre, la qual quiso corroborar a los Apostoles, porque algunos andauan muy flacos en la Fè. Iuntòlos, y dixoles, que su Ijo auia resucitado, y



la auia aparecido. A los nos no la dieron credito, aunque no la contradixeron, por la grandissima reuerencia, y respeto en que la tenian, aunque entre si no asentian à ello. Y especialmente Santo Tomàs, juzgando que lo que nuestra Señora dezia era mirar por el credito de su Ijo. Asta aqui son palabras de San Vicente Ferrer.

Al tiempo de Resucitar Cristo nuestro Bien, tenblò grandemente la tierra. Saliò su Magestad por entre la piedra del Sepulcro, y quando ya su Cuerpo Santissimo el dote de penetrabilidad, q con los demàs tuvo, como Bienauenturado, desde el instante de su Concecion en su alma, y aora los comunicò al Cuerpo.

Luego al punto baxò vn Angel del Cielo, tenia el rostro, como vn relanpago, y sus vestidos blancos, como la nieue. Rebolviò la piedra del Sepulcro, y se sentò sobre ella. Las guardas que estauan puestas en custodia, viendo el tenblor de tierra, y resplandores del Angel, se

afonbraron, de suerte, que quedaron como muertos de el temor.

A este tiempo venian ya las mugeres a la cueba del Sepulcro. Asta llegar à el, dize San Buenaventura, fueron adorando los sitios, y lugares, y meditando en ellos los sucesos que el Viernes auia visto, y incadas en tierra las rodillas, con lagrimas en los ojos, besauã la tierra q el Señor auia Santificado. Llegaron al sitio de la Cruz, donde renouaron sus lagrimas, y de alli baxaron al Sepulcro.

El cuydado que trayan, era, no tener quien les ayudase, ò leuantase la piedra del Sepulcro, porque era muy grande, y sus fuerzas muy cortas.

Con raçon se congojavã, porque segun dize Corovico, esta piedra està en el monte Sion; en la Casa de Cayfas, que despues se erigiò en Iglesia, con el titulo de San Salvador, està puesta en el Altar mayor tiene seis pies de largo, tres de ancho, y quatro palmos de grueso.



Entrando en la cueba, la allaron quitada; y al lado derecho a vn Angel, en forma de mancebo, sentado, y vestido con vna vestidura blanca. Atemorizaronse de verle, y él las dixo: No temais, yo sè, que buscáis à Iesus Nazareno, a quiẽ crucificaron: ya no està aqui, ya à resucitado, segun lo auia prometido; y para q̄ os certifiqueis, llegad, y mirad el lugar donde el Señor estubo puesto.

Dixo, que fuesen à Pedro, y a los demás Discipulos, y diesen noticia de su Resurreccion, que les precederia en Galilea, y allí le verian, segun les auia dicho. Entraron, registraron el Sepulcro, y le allaron baxo. Quedaronse aborras, pensando en el caso que viã, y aora vieron a dos Angeles, que con vestidos resplandecientes, las dixeron: Para que buscaran à Cristo entre los difuntos? Que ya auia resucitado, y se acordasen de lo que auia dicho en Galilea, que conuenia ser entregado, crucificado, y muer-

to, y q̄ al tercero dia auia de resucitar. Acordaronse entonces de las palabras. Salieron del Monumento, para dezirlo à los Apostoles, caminando entre gozo, y temor, sin atreuerse a dezirlo à ninguno que encontrauan por el peligro en que se ponian por los Iudios. Vinieron a los Discipulos, y dieron la noticia, y a los demás conocidos, y afectos. Estas fueron Maria Magdalena, Ioana, y Maria de Iacobo. Oyeron esto los Apostoles, y el juicio que formaron, fue, q̄ feria alguna locura, y no les dieron credito.

Viendo la Magdalena el poco credito que dauan à cosa tan deseada, vino a San Pedro, y à San Iuan, y les afeverò el caso, y dixo, que el Cuerpo de su Señor, le auia sacado del Sepulcro, y ignoraua quiẽ lo viesse echo, ni adonde pudiese estar. Saltò San Pedro, y San Iuan a toda priesa. Corrieron ambos juntos. Adelantòse San Iuan, y llegó antes al Sepulcro. Inclindòse a la puerta, para mirar adentro. Viò los

lic;



liengos solos, y el Sudario, que fue puesto sobre la Sacratissima Cabeça, que estava apartado de los demás. Entoncez Iuan viò, y creiò, y se le aclarò el entendimie to, para inteligencia de las Escrituras que ablauan de la Resurreccion. Fueronse los Dicipulos admirados a dar noticia a los demás,

Cerca del Sudario refiere el Venerable Beda (*De loc. Sacris. cap. 5.*) vna Istoria notable, y fue, que poco despues de la Resurreccion del Señor vn Indio, ya Cristiano, vrtò el Sudario, en que embolvieron la Sacratissima Cabeça, q̄ tenia ocho pies de laego, que vienen a ser dos varas, y dos tercias Españolas. Con la compañía desta preciosa Reliquia, enriqueziò notablemente.

Llegandose la ora de la muerte à dos ijos que tenia, les propuso, que para ambos tenia su parte: vna era el Sudario, otra la azienda, y que eligiesen a su voluntad. El mayor lleuò la azienda: el Sudario se lleuò el menor. El mayor enpobre-

ciò luego en pocos días, y el menor fue aumentando su azienda notablemente, y à ese conpàs la Fè Catolica, en que perseuerò el, y sus descendientes asta la quinta generacion. Preuaricacion della, y se boluieron al Iudaismo: enfermedad de que por milagro sanan los que nacen enfermos de ese achaque; pero no por eso dexava el Señor de darles azienda. Los decendientes del hermano mayor, que junto cõ la sangre de su ascendiente, eredaron la pobreza, y miseria, viendo à estos tan poderosos, trataron de ponerles pleyto por la Reliquia, diciendo, que su ascendiente la auia vrtado, y que al suyo proprio le tocava por ser hermano mayor. Este pleyto se mouiò en tiempo del Venerable Beda, que dize, que Mayabias, Rey de los Sarra cenos (seria despues de auer tomado a Ierusalen el Soldã de Persia) quiso ser Iuez de la causa. El qual mandò encender vna oguera grande, para echar en ella el liengò, para que Dios por vn mila-



gro declaráte a quien pertenecía. Y rogó a Iesu Cristo fuese Juez del caso, y del derecho de aquel lienço, pues él por la Redención de los suyos, le quiso consagrar, y tenerle sobre su Cabeça.

Echa esta deprecacion, le arrojaron a las llamas, y luego al punto, sin ofenderle el fuego, se subió a lo alto, donde estuvo gran rato dando en el ayre muchas bueltas, a vista de todos, sin que las llamas, ni el viento le ofendiesen en cosa alguna. Desde allí bajó, y se puso doblado en el pecho de un Cristiano, a quien luego concurrieron quantos estauan presentes a venerarle. Así mandó el Soldan no fuese, ni de él que lo tenia, ni de los que lo pretendian; y mandó ponerle en la Iglesia del Monte Sion, donde toda la Ciudad le veneraua.

Y que en la misma Iglesia se guardaua otro lienço mayor que este, la qual era tradicion auia labrado la Virgen Santissima; y en ella estaua pintada la Imagen

de su Ijo Santissimo, y de los doze Apostoles: Esto es labrado de aguja, y bordadas sobre el lienço,

Como creyó la Madalena, que auian vrtado el cuerpo de su Señor, no descansaua con el enyado. Vino afligida otra vez a registrar el Sepulcro, donde vió dos Angeles; vno a los pies, y otro a la cabeça, vestidos asimismo de blanco, y sentados, que la dixeron, porque lloraua?

A que respondió, que la causa de su llanto era auerle lleuado de allí a su Señor; y ignoraua el lugar donde le auian puesto. A estas razones se le apareció su Magestad, y venia por las espaldas, donde boluó la cabeça, y le vió. Venia en traje de ortelano; y ella le juzgo así, y que sería el ortelano de aquel sitio, donde estava el Sepulcro.

Preguntóle tambien, que porque lloraua? Que a quien buscava? Y como quien ya no podia ignorar la causa de sus lagrimas; pues es



tana junto al Sepulcro bazió, y le parecia ser Ortelano, le dixo: Si tu te às llevado el cuerpo, dimelo, dónde está? Quiso el Señor consolarla en su congoja, y la dixo: Maria? Ella ya alegre, y consolada por auerle conocido, dixo: Maestro mio. Quisose arrojar à besarle los pies, y entonçes la detuvo con la mano, poniendo le los dedos sobre su frente. En la qual parte conserua oy la carne que Cristo nuestro Señor tocò, como se vee en Marsella de Francia, donde està su Santo chepo.

Dixola el Señor: tente, no me toques, porque todavía aun no è subido al Cielo con mi Padre. Buelvete, y a los Apostoles mis ermanos, les diràs, que è resucitado para subir al Cielo con mi Padre, y suyo, su Dios, y mi Dios.

Cotonico dize, que àzia la parte del Norte, respeto del Sepulcro doze pasos retirado del, ay vna piedra marmol redonda en el suelo, el mismo lugar que

Cristo se apareció à la Magdalena: y cinco pasos mas al Norte ay otra piedra semejante en la magnitud, y color, donde estuvo la Magdalena, quando le viò al Señor.

Bolviò el Señor a aparecersele à ella, y a las santas mugeres, y les dixo fuesen à buscar a los Apostoles, y de su parte les dixesen fueran à Galilea, y alli le verian. Apareciòses, dize Adricomio, casi junto a los muros de la Ciudad, al lado derecho de la puerta Iudiciaria, por donde el Señor salió al Caluario con la Cruz San Buenaventura dize se le apareció a Iosef, el que le enterrò, que como emos dicho estava preso, y le tenian los Iudios dispuesto quitarle la vida en pasando la fiesta de la Pasqua: y tambien se le apareció à Santiago el menor, que como auia hecho el juramento de no comer, ni beber, asta que le viesse Resucitado, aora quiso consolarle en su tristeza, y darle à entender su gloriosa Resurreccion, dize-



zientolo. Ea querido hermano mio, como, que ya yo è Resucitado.

Las guardas que auian quedado en el Sepulcro, y auian visto la Resurrección del Señor, bien a costa de su miedo, y espanto, vinieron à los Principes de los Sacerdotes, y dieron noticia de lo que pasaba. Congregaronse à Concilio con todos los demás ministros arbitrarion, que para llevar adelante su intento, no auia medio, como que el dinero tapase las bocas à los soldados, para que no dixesen à nadie lo que auia sucedido: sino que afirmasen, que los Discipulos auian vrtado el Cuerpo aquella noche q̄ le sepultaron, estando ellos durmiendo, y dixeronles esto auéis deazer.

Y estad seguros en toda fortuna, que nosotros serèmos vuestros fiadores. Y dado caso que el Presidente lo sepa, nosotros le persuadiremos ser verdad esto que dezimos; y en todo caso os sacaremos libres. Recibieron el dinero, y enpeçarõ

à dezir, que los Discipulos lo auian vrtado, y a guardar en todo las instrucciones que les auian dado los Iudios. Quiso N. S. que al punto se supiese la traza, y se enpeçase à divulgar su malicia, que fue confirmacion, y peor que todo lo pasado; pues obstinados en ella sus endemoniadòs coraçones, no quisieron reducirse à verle resucitado, porque esto les acusaua por injusto quanto auian echo en su Passion, y muerte injusta.

Despues se apareciò muchas vezes a su Madre Santissima, y à los Apostoles, por el espacio de quarenta dias, que estubo en este mundo, antes del subir a los Cielos.

Y la fama de su gloriosa Resurrección, fue auisada en Ierusalen, que no auia persona que la ignorase. Las cosas que Pilato oia, y via, le tenian atonito. El Imperio Romano, en vno de los buenos dictámenes de su gobierno politico, obseruaua, que los Presidentes, ò Governadores de todos



los Reynos, y Prouincias que a él estauan sujetas, diesen luego noticia en Roma de lo que pasaua, para que segun ellos, disponer algunas cosas, si la necesidad lo pidiese.

Como las cosas que en Jerusalem auian pasado no eran para quedar en silencio, y auia dado tanto que admirar al mundo la persona de Iesu Christo nuestro Redentor, y sus milagros, Pasion, Muerte, y Resurreccion, eran tan fuera del orden de la naturaleza, y cosa que en otro ninguno jamas se auian visto, ni oido dezir: y que sino era siendo Dios, era imposible obrar tales diò Pilatos noticia de estas cosas a su Enpefador de Roma Tiberio Augusto.

El qual certificado bien de todo, mandò que en Roma le adorasen todos por Dios, y que su estatua fuese puesta en el Panteon, donde estauan las de todos los Iddolos que adorauan todas las naciones del Orbe. Tenian ley los Romanos, que no

se recibiese a ninguno por Dios, ni fuese adorado por tal, sin que primero el Senado, y sus Oydores lo aprobasen, ò canonizasen por Dios, y estandolo, dauan licencia, para que fuese adorado, y se colocase su estatua en lugares publicos, y le diesen adoracion.

Viendo ellos, que el Cesar no les auia guardado su preeminencia, no le quisieron admitir por Dios, aunque conocian le azian injusticia en priuarle del culto. Pero la tema, y razon de estado que guardauan, querian lleuarla adelante. La profecia de Simeon a nuestra Señora, era tambien que su Ijô Santissimo seria a muchos señal, a quien tirasen a contradizele. El Cesar pasó adelante con su proposito, y lo aceptò por vno de los Dioses, y mandò y con grauißimas penas, que ningunò agrauiase a los Cristianos, ni se les pudiese pena alguna, por adorar a Christo por Dios, y así no se lee auer tenido la Iglesia persecucion ninguna



en tiempo de Tiberio. Distinguió así su Magestad esta tradición, para que no se entendiese, que su Evangelio consistía en fuerzas, ni favores y manos, y que él se auia de introducir por la predicacion de sus Apostoles. Trae esta noticia Tertuliano, y Eusebio Cesariense.

Aora dudan algunos, que los Santos Padres, que Cristo Señor nuestro sacó de el seno de Abraan, para llevarlos à su gloria, de que estauan privados, asta que su Magestad entrase en ella, colocado aquella vmanidad Santissima à la diestra de su Eterno Padre, donde estuvieron en estos quarenta dias? A que San Buenaventura dize, que estuvieron en el Parayso, donde su Magestad los fue a visitar muchas vezes, consolandolos, y complaciendose con su vista; asimismo à su Santissima Madre asistia a visitarla, como a los demás Apostoles para que fuesen testigos de su gloriosa Resurrección, mostrandose, para que tocasen su Cuerpo à Santo Tomàs,

para que con su mano registrase la llaga de su costado, manos, y pies: y así para que se certificasen, que en el mismo cuerpo que padeció auia resucitado, como para que así lo predicasen, y fuesen testigos a todo el mundo, para confusión de los Judios, y remedio a todos los que quisiesen entrar por la puerta del Bautismo, y argumento, para conuencer todas las trazas de los enemigos, que envidiosos intentaron escurezer sus glorias, y negarle la diuinidad: para que tambien no pudiesen alegar excusas, pues quando no tuuiera su malicia mas que el sobornar a las guardas, para que callasen, en ello mostrauan bien claramē-

te su obstinacion.  
(?)



*Gloriosa, y triunfante Ascension de Cristo nuestro Señor à los Cielos, yvenida del Espiritu Santo.*

**L**egado ya el vi. *Marc.*  
 timo dia en q̄ 16.  
 su Magestad *Luc.*

auia de estàr en es- *Actos.*  
 te mundo, se apare- 1.  
 ciò à sus onze Dicipulos, q̄  
 por el miedo de los Iudios,  
 estauã sin mostrarse muchas  
 vezes en publico. Estando  
 comiendo, les mandò no se  
 aparrasen de Ierusalen, si-  
 no que esperasen al Espiritu  
 Santo, promesa de su  
 Eterno Padre, que la auian  
 oido de su Santissima boca,  
 y palabra: pues auiendolos  
 bautizado S. Iuan con agua,  
 auian de recibir el bautis-  
 mo de Espiritu Santo, an-  
 tes de muchos dias. Repre-  
 endiòles el no auer dado cre-  
 dito à su Resurrecciò. Ireis,  
 dixo, por el mudo; predi-  
 ca el Euangelio à todas las  
 criaturas. Quien creyere, y  
 se bautizare, se salvarà, y  
 se condenarà el que no cre-

yere. Concediòlos priuile-  
 gios de señales prodigios, y  
 milagros q̄ obrariã, en la pre-  
 dicaciò del Euangelio, lan-  
 çando a los demonios en su  
 nonbre, que ablarian nue-  
 uas, y diuerfas lenguas, que  
 pisarian serpientes, y aun-  
 que bebiesen veneno, no les  
 ofenderia.

No dexò de picarles la cu-  
 riosidad a algunos de los q̄ se  
 auian jutado, y le preguntarõ,  
 Señor, en estos tiempos bol-  
 vereis à restituir el Reyno  
 de Israel? Dexad eso, les  
 responde. A vosotros no os  
 toca saber los tiempos, ni  
 momentos que mi Padre tie-  
 ne sugetos a su potestad: si-  
 no recibireis la virtud del  
 Espiritu Santo, que vendrà  
 sobre vosotros, y sereis mis  
 Apòstoles, y testigos en Ie-  
 rusalen, en toda Iudea, y  
 Samaria, y asta los fines del  
 mundo.

En esta ocasion dize San-  
 Buenaventura, cap. 28 y Lu-  
 doiffo de Saxonia, cap. 82.  
 traxo del Parayso consigo à  
 los Santos Padres, y diò su  
 bendicion a Elias, ya Enoc,  
 que se quedaron en èl asta  
 la.



la fin del mundo, en q̄ Dios los traiga a predicar contra el Antechristo. La casa dōde estauan recogidos los Apóstoles, a esta ora, y donde se juntauan muchas vezes, era el Cenaculo, que como en èl se auia celebrado tan grandes misterios, no sabian acudir a otra parte, y mas por estar en èl la Reyna de los Angeles, que como Reyna, Madre, y Maestra, atendia a su consuelo, los instruia, y los fortalezia, y animauan en tanto como padecian.

Quisiera la Virgen Santissima irse con su Ijo, y no quedar en este mundo sin su amable presencia. Sentia terriblemente el ver, que se despedia, y que se llegaua aquella ora. Que aunque subia a los Cielos, y no tenia agora la causa para entristecerse, que quando le viò difunto en mis braços, con todo eso lo sentia, porque su vista no gozaria de aquel regalo, ni a su Ijo le tēdria presente como siempre quisiera.

Criso consuela a su Ma-

*Toma*

dre, y la dize, que no puede venir agora en su cōpañia, porque es necesario quede en el mundo, para confortar à su Iglesia, para q̄ sus Apóstoles tengan en su Magstad Madre, consuelo, y Maestra. Que a su tiempo vendrà, para llevarla, y colocarla en la Bienauenturança. No podian los Apóstoles contener las lagrimas, llorauan amargamente, por que vian quedar se huerfanos sin su Maestro, y Padre. Considerauãse cercados de enemigos, señalados ya de los Iudios, aborrecidos de sus Principes, y buscados de tal modo que para estar libres, era necesario estar escondidos. Con la presencia amable de su Santissima persona, tenian alivio, tenian consuelo, y defensa, y podian llevar aquellos trabajos cō el consuelo de que aqui tenian el alivio: pero en esta ocasion, sin tener este, porque se les ausentaua, se quedauan sin aquel q̄ auian menester.

Llorauan, porque quedauan huerfanos sin Padre. A

*Ces que*



que les dixo: E aijos míos, no os dexaré, huérfanos, porque aunque me voy, bolgrè a vistaros, y à dar alegría a vuestros corazones en esta tristeza que agora sentis. Así se despidió de ellos en el Cenaculo, y los lleuó a vn monte junto a Betania. (Creo, q̄ fue el Oliuere, por apuella parte que mira a Betania. Salió de él la Virgen Santísima, y los Apóles, a quien acompañaron otro mucho numero de fieles, que creían en su Magestad, y llegaron al monte. Bolvió a aparecerseles Cristo Señor nuestro.

A braçó a su Madre, para despedirse, y ella a su Iho. ternísimamēte Llegaron los Apóstoles, y le besaron los pies, y la Madalena. Leuantólos de el suelo, y a todos les dió paz. Eleuando sus manos al Cielo, les dió la bendición a todos, y enaçó a subir à èl poco a poco, y eleuarse de la tierra.

Las pisadas de sus santísimos pies quedaron impre-

tas en vna piedra desde dondè subió, y con las señales tan viuas como si fueran encerablada. La postura fue, bueltas las espaldas al Oriente, y el rostro al Occidente, mirando a su Iglesia en el Occidente. En este sitio edificó Santa Elena vna Iglesia, en memoria de la Ascension de Cristo nuestro Señor, dexando en medio aquella piedra. Y en su correspondencia se abrió el techo por la parte que subió su Magestad. Y con azer diligencias, jamás pudieron boluer à cerrarle, porque quedase patente el testimonio de su subida al Cielo, y mostrarnos à los onbres el camino, para encaminar nuestras almas a aquella Bienauenturança eterna.

Al ir subiēdo por los ayres, vino vna nube, que le cogió en sí, y oculió de la vista de su Madre Santísima, y Apóstoles, y demás personas que auian concurrido. Barallaua en los pechos Apóstolicos à vn tiempo mismo el consuelo, y la tristeza. Esta, por ver se le ausen-



taua su Maestro, y su Redentor, y el consuelo de ver, que con su Ascension à los Cielos, confirmaua quanto les auia enseñado, y que en esta accion echaua la clausula feliz à todo el Itinerario de su vida, y quantas ocasiones en ella se auian visto, que le acreditarian Dios, tenían agora el vltimo complemento; pues resucitar por virtud propria, que solo es cosa q̄ la puede obrar Dios por sí, como dueño de la vida, y de la muerte, como ellos no lo auian visto, lo dudaron: pero agora quiso llevarlos a todos, para que fuesen testigos de vista, y esperasen al Espíritu Santo, conforme a sus palabras, y promesa les hizo de q̄ le enbiana. Llevaua el Señor consigo aquella noble multitud de Santos Padres, que sacò del cautiuero de la muerte para introducirlos en aquella morada celestial, de que carecian, y tantos siglos auia esperado. Precedialos à todos, y en su seguimiẽto le iban cantando con voces de alabança sus glorias. *Cente-*

*mus Domino: qui ascendit super Occasum. Dominus nomẽ illi.* Cantemos, dezia, a Dios sus glorias. y el Señor que sube sobre el Ocaso de la muerte, al Orientede la gloria, tiene por nombre Señor. S. Miguel Arcángel, Prefidente de las Milicias Angelicas, se adelantò presuroso à dar auiso à la Corte Celestial, y à sus Angeles de q̄ subia glorioso su Rey, y Señor. Salierõ todos a recibirle, ordenados en sus clases, sonado alegres Musicas, y cantandole: *Alleluya, Alleluya.* Davã parabienes los Patriarcas, y Justos q̄ subia consigo. N. S. à los coros de los Angeles de q̄ recibia a su Dios: ellos alegres las retornauã de su gozo, y se las dauã de su cõrẽto, y de entrar à la gloria de que auia estado privados por el pecado de Adan. Subiò Cristo despacio todo el tiempo q̄ la vista pudo registrarlos de los Apostoles, y luego le recibì la nube. Subiò luego el Señor dos Angeles Estauan los de aquella Santa conpañia, mirando al Cielo subir à su Maestro, y

*Redem*



dentor, y sus coraçones le iban siguiendo, ya que no podian personalmente acompañarle. Por vna parte esta uã admirados de ver vna cosa como aquella, por otra parte el gozo los tenia absortos, y la dulzura que el Señor auia comunicado à sus almas. Por otra los tenía el sentimiento de verse huérfanos tan deseosos de acompañar a Iesu Cristo, q̄ el apartarse de allí, les parecia era enpeçar a padecer su orfandad. Venian los dos Angeles en forma de dos ermosísimos mancebos, adornados con vistosas, y blanquísimas vestiduras, que para aquella entrada de su Rey, todos se adornarõ con las galas de sus virtudes, mostrando en el color la alegría que auia en todos. Dixerõles a los Apostoles: Varones de Galilea, que os quedais admirados, mirando al Cielo. Este Iesus, Salvador, que de vuestra vista se à apartado, para subir al Cielo, así vendrà el dia de Iuzio, según le auéis visto subir.

Parecele à Cayetano, que

los Angeles se aparecieron así gloriosos en el ayre, cerca de los Apostoles, desde donde pudiesen todos oírlos. Y elazer memoria en esta ocasion del dia del Iuzio, fue para enseñarles el misterio de la Resurreccion vniuersal, como diziendoles: del modo, que à Iesus auéis visto subir en cuerpo, y alma al Cielo, así vendrà, y así subireis a la gloria. Este es el dia de su Ascension, aquel serà el dia de la vuestra. Y tambien vienen los Angeles, dize Barradas, para que den a entender, que ellos vienen de la gloria celestial, y a ella subió Cristo N. S. y no fue a otra parte.

En quanto à la ora en q̄ subió Cristo nuestro señor, tiene recibido la Iglesia fue despues de las doze. Esto significa quitar el cirio Pasqual de las Iglesias aquel dia. Porque le ponen el Sábado Santo en memoria de su Resurreccion, y en ella los cinco pomos de incienso, por las cinco llagas, q̄ despues de Resucitado conseruò, y conserua Cristo en

su



Cuerpo tantísimo, el qual dura siempre asta el dia de la Ascension, por los quarenta dias que durò en el mundo despues della, y en acabando de celebrar la solemnidad de la ora, entonces le quitan, y le apagan, aziendo relacion, a auerse su Magestad a aquella ora ausentado de nosotros. Perfuade tambien esto, lo que dizen los Euangelistas, que estauan comiendo los Apóstoles, quando se les apareció, que seria a las doze, con que tardaron media ora poco mas, ò menos en llegar desde el Cenaculo en el monte Siõ al Oliuete, a lo mas alto del, desde dõde fue la Ascension. A la ora despues de medio dia, fue desterrado Adan del Parayso, y a esta ora quiso nuestro Señor, que gozase de la gloria, que con su preciosa sangre les auia adquirido.

Llama la Iglesia admirable a la Ascension del Señor, y tambien así por el modo de subir, como por el camino. El modo, porque fue su mo-

do de pie, como nosotros subimos; ni por ministerio de Angeles, sino por propria virtud, yendo se eleuando poco a poco, asta que la vista de los Apóstoles ya no le distinguia, por que quiso irles dando ese consuelo, y luego le cogió la nube, y quitandole de la vista de los Dicipulos en vn instante subió a la Gloria.

Tambien por la longitud del camino, que subió en vn instante; pues conforme dize el Abulençe. *Parad. 5. cap. 14.* a quien cita Barradas, el Cielo Empirico está distante de la tierra mas de trecientas mil leguas. O como Salueron refiere de Alfarabio, Astrologo Arabe, es tanta la distancia entre la tierra, asta el Firmamento, que caminando otra tanta distancia vn onbre, en ocho mil años no podrá llegar al termino. Otros Astrologos dize, que de la tierra al Cielo ay quatro quentros quatrocientas y sesenta y nueue mil setecientas y veinte y vna legua. Que vnos azierten, ò otros, lo cier-



to, es ser vna distancia tan grande, que izo admirable su Ascension, y el subirla en vn instante, como fue. Y sin diuidir los Cielos, se penetrò por ellos, del modo q̄ por la piedra del sepulcro.

Prosigue San Buenaventura, que llegò Cristo, y ofreció a su Eterno Padre los Cautiuos, como Emperador glorioso, que auiendo conseguido, y sugetado al Reyno, lleuara por delante de su carro triunfal, à los que auia adquirido con sus armas, y los despojos, armas, y vanderas de el enemigo, à fi de esta batalla quiso reservar solamente las cinco etidias, en pies, manos, y costado, y auiendo vencido al enemigo, lleua por triunfo, y gloria de su vencimiento a todos los Cautiuos, que tenia Cautiuos el enemigo. Allí fueron los gozos de el Padre Eterno, viendo a su Ijo Santissimo, y de toda la Santissima Trinidad, viendo a aquella santissima vmanidad en el Inpireo, que tomando a la diestra de el

Padre, esto es, igual en su Magestad, y gloria, desde allí nos espera a que subamos a azernos participes de su gloria, y està repartiendo dones inestimables a los ombres.

Nunca en el Cielo fue solemnizada fiesta alguna, como esta añade San Buenaventura, porque desde aquel dia, asta el de pentecostes la fuerõ celebrando las virtudes Angelicas. Porque aunque en aquella dicha patria, siempre tienen vn gozo mayor, que el que aya se puede dezir, con todo esto singularmente izieron fiesta en esta ocasion: y Nuestro Señor Iesu Cristo les izo alguna familiaridad, y consuelo: pasò este dia Iueves, y izieron fiesta los Angeles, Viernes los Arcangeles, Sabado los Tronos, Domingo los Dominaciones, Lunes los Principados, Martes los Potestades, Miercoles los Virtudes, Iueves los Querubines, Viernes los serafines, Sabado, y entonces enpeçaron los santos Padres, asta el Domingo a la  
ora



de Tercia, q̄ fue enbiado el  
Espiritu Santo. Alla aqui  
San Buenaventura.

Con estos Iubilos celebraua la Corte Celestial la admirable Ascension de Cristo su Rey, y nuestro Redentor; y asinos dieron documentos para celebrarla, y acordarnos de los fauores que izo a la vmana naturaleza. Pues no solo la vniò a si el Verbo Eterno, y diò tanta gracia con su vnion Ipostatica, sino que la subió a colocar sobre las cumbres del Impireo, para alentarnos a aspirar a ella, y conociesen los ojos de Adan, que como auia su Magestad recibido en si nuestra mortalidad, y la auia colocado en la gloria, así en ella nos premiaria, despues de el dia del Iuizio, viniendo a nuestras almas estos pesados cuerpos de tierra, dandoles inmensos gozos, en retorno de los cortos seruicios que acá podemos azer en su agrado.

Antes que lleguemos a la ora de terciã del Domingo en que vino el Ef-

piritu Santo, que se llama Pentecostes, esplicarèmos, que quiere significar esta voz. Para ello se a de entender, lo primero, que Pentecostes en Ebreo es lo mismo, que en nuestro Castellano el numero de cinquenta. Voz, que tomaron de los Griegos, que esto mismo significa entre ellos. La causa era, que como es temprana en los frutos aquella tierra, y se dan sazoados mucho antes que en el Occidente: al dia catorze de la Luna de Março, en que celebravan la Pasqua, enpeçauan el dia siguiẽte a segar los panes. Este dia traia cada vno su manojo al Sacerdote, y de todos tomaua vno solo, y le ofrecia a Dios en sacrificio. Desde este dia enpeçauã a numerar siete semanas enteras de dias, dexado fuera para la quenta, el dia en q̄ se auia echo esta ofrenda a Dios: y el dia siguiẽte en q̄ se auia cùplido las semanas, que era el dia cinquenta, auia de ofrecer cada vno a Dios en sacrificio dos panes de los granos

nue-



nuevos que se auian cogido a aquel año, como consta de los capitulos veinte y tres del Levitico, y diez y seis del Deuteronomio. Por ser fiesta que regulauan por semanas, le llamauan los Ebreos la fiesta de las Semanas. Por comprehenderse en ellas cinquenta dias, a quiẽ los Griegos llaman Pentecostes, llamauan así a esta fiesta.

Iuntauase a esto para mayor solemnidad del dia, que celebrauã en ella los Iudios el auer dado Dios à Moyses la ley para el Pueblo en el Monte Sinai, el dia cinquenta despues de auerlos sacado de Egipto. Muchas opiniones ay entre los Padres, si la ley se diò el dia cinquenta: dize lo claro, y sin equivocacion San Leon Papa, así lo vno como lo otro que a tal dia diò el Señor la ley al Pueblo, y que à tantos dias descendió el Espíritu Santo en los Apostoles, como se puede ver en el Serm. 1. de Pentec.

En todo este tiempo, dize Baroio, desde que Cristo

nuestro Señor subió à los Cielos, así que envió al Espíritu Santo estuuieron los Santos Apostoles, recogidos en la casa del Cenaculo, esperando que viniere a consolarlos, donde asimismo estava la Virgen Santissima, acompañada de otras santas mugeres. Todos estauan en continua oracion, no solo uiuian juntos, sino los coraçones estauan vnidos. No ay mejor medio, para que asista el Espíritu Santo, que el auer paz en el alma, y vnion con el proximo. Porque no auídola, no viene Dios à visitarnos.

La casa en que estauã los Apostoles, quando vino el Espíritu Santo, fue dõde celebrò la Cena Cristo nuestro Señor, aunque en quarto apartado deste; y ambos estauan en alto, dize Juan Cotovico. Los Apostoles dize San Vicente Ferrer, Serm. 3 de Nat. Virg desde que oyeron las palabras de Cristo, prometiendoles al Espíritu Santo, como roles dixo el dia que determina-



nadamente se le auia de en-  
biar, enpeçaron a esperar-  
le al dia siguiente; pareciē-  
doles que vendria à la mis-  
ma ora que Cristo auia subi-  
do al Cielo. Vbo diversas  
opiniones entre ellos, por-  
que cada vno le parecia, q̄  
en dia diverso vendria. Vno  
dezia, que en el Domingo  
vendria, porque en tal dia  
criò la luz, y la dividì de  
las tinieblas, y razonable-  
mente ese dia auian de espe-  
rarle, por ser fuego, y luz.  
Otro dezia que el Martes, y  
añ iban discarriendo, azien-  
do alusiones a la creacion, y  
a lo que en tales dias auia su-  
cedido.

Llegandose ya el Domín-  
go, fueron los Apostoles à  
casa de la Virgen Santissima,  
y vino al Cenaculo. Adrico-  
mio dize, que a las espaldas  
deste, està la casa, en que  
nuestra Señora estuvo des-  
de la Ascension de su Ijo san-  
tissimo, asta su Asuncion  
gloriosa, y desde esta casa  
pasò al Cielo su anima san-  
tissima. La qual consagraron  
los Apostoles en Iglesia; y  
fue la primera Iglesia de es-

mundo. Esta la destruyeron  
despues los Romanos, y los  
Cristianos boluieron a edifi-  
car otra en el mismo lugar,  
donde estubo aquella, que  
aun despues de auerse arrui-  
nado, y no poderse reparar  
por miedo del Turco, que  
tanto persigue à los Cristia-  
nos, y a sus cosas, dura oy  
vna cerca que le izieron en  
contorno, para que conser-  
uase con seguridad, y lin-  
pieza.

A esta casa vinieron los  
Apostoles a consolarse con  
nuestra Señora: fue con  
ellos, y allò à los demás llo-  
rando, y desconsolados. A-  
uia se les ausentado Cristo, el  
Espiritu Santo, que es con-  
suelo, no venia, la Virgen  
Santissima estaua ausente, no  
es mucho que vn alma estè  
desconsolada, quando Dios  
no la visita, quando se à re-  
tirado, y ni aun su gloriosa  
Madre la regala. Entrò ao-  
ra con ellos su Magestad, y  
les preguntò la causa de su  
llanto; pues sabian que su  
Ijo Santissima estaua reynan-  
do en los Cielos. Elnos pro-  
metiò, Señora, al Espiritu

San-



Santo, la respondieron, nos à dexado solos, y huerfanos. Oy aze diez dias que subió al Cielo, y estamos esperandole. No dudeis, Apostoles, les respondió la Virgen Santísima. No sabéis, que quando sacó al pueblo de Egipto, al quinquagesimo dia, baxo al monte Sinai a darla ley? Oy se cumplen los cinquenta dias, de su Resurreccion, y oy à de enbiar al Espíritu Santo. Poneos en oracion, que las cosas que están ordenadas, tendrán su cumplimiento. Pasieronse todos en oración, y con ellos su Magestad. San Pedro, y los demás Apostoles dezian aquel verso: *Cor mundum crea in me Deus, & Spiritum rectum innoua in uisceribus meis.* San Lazaro, y los demas setenta Dicipulos dezian aquellas palabras del capitulo 9. del Libro de la Sabiduria: *Sensum tuum quis sciet; nisi tu dederis sapientiam, & miseris Spiritum Sanctum tuum de altissimis? Quis sciet, Señor, tus secretos, si tu no dieres luz, y sabiduria; y enbieres*

de tus altissimos Cielos a tu Espíritu Santo? La Madalena, y las demás Santas mugeres dezian: *Redde mihi letitiam salutaris tui, & Spiritu principali confirmame.* Buelveme, Señor, à dar la alegría de saludable consuelo, y gracia, y confirmame con vn Espíritu principal. Así perseverauan aquellos Santos Dicipulos en oracion. Siempre el vmil de presume poco de sus meritos, y le parece no son bastantes, para conseguir de Dios lo que le pide. Lo mismo entendieron de sí los Apostoles, y que sus oraciones no mouerian à Iesu Cristo, para que les enbriase su Espíritu Santo. Rogaron a nuestra Señora, que tambien orase con ellos, teniendo por sin duda que el Padre Eterno, como a Ija: el Ijo, como a Madre: y el Espíritu Santo como à Esposa, luego la oirían, y les enbriarian al Espíritu Diuino. Pusose con ellos en Oracion, y la enpeçò, diciendo: *Emitte Spiritum tuum, & creabuntur & renouabis faciem terre*  
pre-



*per predicationem.* Enbiad, Señor, à vuestro Espiritu, y seràn criadas todas las cosas, y la àz de la tierra la renouareis por la Predicaciõ. Al punto se oyò vn ruido que venia del Cielo, como de vn ayre veemente, y llenò toda la casa del cenaculo, donde estauan todos. Aparecieron vnas lenguas de fuego, que vinieron a ponerse sobre sus cabeças, en ellas baxò el Espiritu Santo; y ençeçaron a ablar varias lenguas, alabanças de Dios, que fueron los misterios de su Pañon, y Resurreccion.

El ruido fue tan grande, dize Baraadas, que se oyò en toda Ierusalen, y atraxo la curiosidad a los Iudios, como si viera sonado vna campana; para llamarlos.

Al tienpo de oirse, dize San Bernardino de Sena, lib. de Sept. Don. cap. 3. que se percebia vn sonido, y vna armonia llena de suauidad indecible, de modo, que sobrepujaua la suauidad de la armonia, y voces mas dulzes desta vida. Con aquella

venida les comunicò inefables dones, y entre ellos el de las lenguas, que ençeçaron a ablar en todas, y en todas à predicar a Iesu Cristo, y sus misterios, que como Maestro les enseñò aora el Espiritu Santo, dandoles inteligencia de las Escrituras, y confirmandolos en gracia.

Concurriò à la casa vna multitud de gente al ruido, y allandose entonçes en Ierusalen, gran concurso, de naciones, los oian ablar cada vno en su lengua. Admiraconse de oirlos, y muchas por conocer los, q eran Galileos, a quien todos los conociã, y auia oido sienpre ablar en su lengua solamente; aora vian q ablaũ toças las del mundo. Vnos se admirauan; otros azian burla. Tomò S. Pedro entonçes la mano, y predicò dandoles à entender, q no era enbriaguez la q ellos pẽsauã, sino el Espiritu Santo q auia recibido, y auia enbiado desde el Cielo Iesu Cristo, a quien ellos crucificaron. Explicò les muchas Profecias, que



ablauan desto, con que en  
pecaron muchos à conuer-  
tir a la ley de Iesu Christo,  
por la predicacion de los  
Apostoles.

Ya con los auxilios de su  
Divina Gracia, emos llega-  
do a dar fin à este trabajo, oy  
veinte y ocho de Mayo, de  
mil seiscientos y setenta y  
tres, dia de la Santissima  
Trinidad, à quien sean da-  
das las gracias en los Cielos,  
y en la tierra. Amen.

Muchas noticias emos di-  
cho en estos dos vltimos ca-  
pitulos que con mucho tra-  
bajo, y continuo estudio e-  
mos recogido: aun con todo  
eso referuamos muchas mas  
para los Anales Euangeli-  
cos, que saldràn à luz con  
breuedad. Quiera nuestro  
Señor, que este libro, y to-  
dos los demas sean à quien  
los leyere de la vtilidad que  
es mi animo, así para que

se excite al amor de Dios,  
con tantos motiuos, como  
aquí lecrà, como tambien se-  
pa que le a de temer, pues  
los castigos que sabe azer en  
los pecadores, tambien aquí  
verà muchos. Desde aquí pa-  
so la pluma à escriuir la vi-  
da del Ilustrissimo señor D.  
Fr. Pedro de Tapia, de la Or-  
den de Predicadores, Arco-  
bispo de Seuilla, y se està in-  
primiendo la del Bienauen-  
turado San Pio V. Pontifice  
Maximo de la misma Orde,  
que con el mismo deseo de  
servir a la vtilidad comun  
è trabajado. Quiera nuestro  
Señor, que mis afanes sean  
para su Santa gloria, y pro-  
vecho de las almas, y para q̄  
mediante la contemplan-  
cion de su Pasion, y Muerte, me-  
rezcamos verle, y gozarle  
en la Eterna Bienauens-

turança. Amen.

(s: s)

F I N:





# TABLA DE LAS COSAS, Y CASOS

NOTABLES QUE SE CONTIENEN en este Libro.

## CAPITULO I. Texto.

## ceremonias de ella. EXEMPLO II.

Castiga Cristo Señor nuestro a los tratantes de el Templo. La avaricia de los Sacerdotes dà lugar al desorden.

Inquietudes de Clemente Setimo albororan à Italia. Fray Francisco de los Angeles, General de San Francisco.

### EXEMPLO I.

Coronacion de el Emperador Carlos Quinto en Bolonia. Juzganle onbre cruel los Italianos, y viendo su crueldad se conuencen a su apacibilidad. Amistades grandes entre el, y el Papa Clemente Setimo. Solemnidad de la Coronacion en la Catedral de la Ciudad de Bolonia, y

Siente mucho el Cesar tomar contra el las armas. Clemente, por ser escaso, y avariento, no consigue mucho. Ajusta pazes con el Emperador, por allarse sin dineros. Borbon, y los Imperiales no quieren darse por entendidos. Camina con su exercito à saquear à Roma. Saquea a la Ciudad, sin



- que el Enperador supiese tal cosa.
- Muere en ella muchagen-  
te, y prenden al Papa.
- Ponpeyo Colona persegui-  
do de Clemente.
- Entra en Roma, y recon-  
ciliase con el.
- Los Florentines se inquietã  
viendolos tan amigos.
- Dale el Capelo al General  
de S. Francisco, por su  
mucho trabajo en las pa-  
zes.
- EXEMPLO III.**
- Nacimiento de Arrio, Ere-  
siarca terrible.
- Empieça sus eregias, y se re-  
cõcilia con la Iglesia.
- Buelue a ellas, blasfeman-  
do contra la Santissima  
Trinidad.
- San Pedro, Patriarca de  
Alexandria, y Martyr.
- Aparecesele Cristo con la  
unica echa pedaços.
- En esto le dà a entender lo  
que Arrio auia de despe-  
daçar a la Iglesia.
- Sucedente Achila, y Ale-  
xãdro en el Patriarcado.
- Mandales el Señor se guar-  
den de Arrio.
- Eusebio, Obispo de Nico-
- media le fauorece en sus  
errores.
- Condenado de Erege por  
vn Concilio, se enfurece.
- Ofio, Obispo de Cordo-  
va por Legado de la  
Sede Apostolica vã a pre-  
sãir en el Concilio.
- Concilio de Nicea, y Sin-  
bolo de la Fè del.
- Buelue a reconciliarse con  
la Iglesia, y buelue a sus  
eregias.
- Desastrada muerte cõ que  
acaba.
- EX EMPLO IIII.**
- Juan Castrioto, Priacipe  
de Epiro, y Albania.
- Suijo loge, llamado Escan-  
derbegio.
- Prodigios del, antes de na-  
cer al mundo.
- Amurates, Enperador de  
los Turcos, quita a Cas-  
trio sus ijos.
- Solo a Jorge dexa cõ la vi-  
da, y dale Maestros que  
le enseñen.
- Muerto su padre, le quita  
el Turco el Reyno, y à  
este le aze Capitan de  
sus exercitos.
- Batallas que consigue a su  
señor, y dispone la fuga  
à su Reyno.
- Bufo



Buscale el Turco ocasiones de la muerte, y Dios le libra.

Ingeniosa traza de Escanderbegio, para boluer a recobrar su tierra.

Empieça a tomar las plazas.

Modo estraordinario que tenia de pelear, y robustez suya.

Ali Baxà con quatroenta mil cavallos viene contra él, y los deguella.

Galanteria de los Venecianos, y agafajos que le azen.

Derrota al Turco otros exercitos, y Amurates en persona contra él.

Muere de enojo, por no poderle vencer.

Rey Don Alonso de Aragon favorece mucho a Jorge Castrioto.

Maometo ijo de Amurates, le succede, y profigue la guerra.

Moyfes amigo, y pariente de Castrioto, le es traydor, y se pasa al Turco.

Arrepentido se buelue con su amo.

Amefa, sobrino de Castrioto, traydor se pasa al Turco con su muger, y ijos.

Afrentado, se buelue y clemencia que furio vsa con él.

Maometo le pide pazes, y Castrioto se las niega.

Viene a Napoles, y restituuye en él al Rey Don Fernando

Procura Maometo le den veneno, y muere como muy Catolico Cristiano.

C A P. II.

Texto.

Vienen vnos Gentiles a ver a Cristo, y S. Felipe, y S. Andres lo facilitan.

EXEMPLO I.

Abagaro, Rey de Edesa en Siria.

Carta que le escriue a Cristo,

pidiédole se vaya a su Reyno

Carta que Cristo le responde, y

Retrato suyo que le enbia.

Milagros que Dios obra por él.

EXEMPLO II.

S. Domingo predica el Rosario,

Prodigioso milagro de vn endemoniado,

Preguntas que le aze, para que

los pecadores oygan de la

boca del demonio los castigos,

y declara las penas de

varios estados de gente.

Aparecese la Virgen Santissima

rezando el Rosario.

Con él queda libre el que esta

va endemoniado.

C A P. III.

Llega el Señor a buscar fruto

en la Iguera: no le alla, y la

maldize.

EXEMPLO I.

Ata nagildo Rey Godo de España,

padre de Gofuinda, y Brunehilde;

esta cruel, y no bueca,

aquella vnilde, y Santa.

Castigo que aze el Señor

en ella por su pecado.

EXEMPLO II.

Vvaltero Cauallero de Alemania,

deuoto de N. Señora.

Aparecele el demonio, y



le dize le dará salud, si se  
aze su esclauo.

Preguntale por diuersas  
personas, y sabe la salua-  
cion, y condenacion de  
ellos.

A la ora de la muerte asistē  
los Religiosos al que se  
muere.

Huye el demonio entonçes,  
porque no puede sufrir  
sus oraciones.

Conde Iuliacense, y su ma-  
la vida.

Torpe, luxurioso, y ende-  
moniado, cismatico, y  
perseguidor de Catoli-  
cos.

Muere en los braços de su  
dama, y se condena.

El Enperador Maxencio, y  
èl en vn poço solos en el  
infierno.

### C A P. I V.

Texto.

Propone el Señor la para-  
bola de la viña.

Despues de plantada la dà à  
malos criados.

Matan a sus mayordomos,  
y a su Ijò.

Con esto conuence a los lu-  
dios.

### EXENPLO I.

Constantinopla, Corte de  
Grecia, y asiento de sus  
Enperadores.

Eregias, y errores de los  
Griegos, y aborrecimie-  
to a los Latinos.

Dozo vezes se apartò de la  
Iglesia Catolica.

Otras tantas se vne con ella  
y se buelue a apartar.  
Eregias contra el Espiritu  
Santo.

Maometo gran Turco quie-  
re ganarla.

Poderoso exercito de tier-  
ra, y por mar con que la  
pone sitio.

Orrendas piezas de artille-  
ria con que bate sus mu-  
ros.

Maometo en persona viene  
à ponerla sitio.

Valeroso socorro que en-  
tran vn nauio de Griegos,  
y otro de Genoueses.

Partidos de paz, arto afa-  
bles les dà Maometo, y  
quieren guerra.

Por no gastar su dinero, pi-  
den al Papà les socorra,  
con pretexto de vnirse.

Ni-



Nicolao Quinto los desprecia.

Publica Maometo grandes premios al asalto de la Ciudad.

Ceremonias de los Turcos antes que le den.

Dia de Pasqua de Espiritu Santo la pierden los Griegos, en castigo de sus erergias contra este Señor.

Constantino, ijo de Elena fue quien la fundò. Y Constantino ijo de Elena el que la perdió.

Orrendos estragos que aze el Turco en todos los Templos, y personas.

### EXE N P L O II.

Auerfion de los Indios à nuestra Sãta Fè Catolica.

Prodigioso caso en Madrid, con vna Imagen de Cristo Cruzificado.

Azotanle, y les abla: y obstinados le queman.

Santo Domingo, fundador del Tribunal de la Inquifion.

Su Religion eredo el oficio.

Maestre Fr. Tomàs de Torquemada, Confesor dsj

Rey Catolico.

Expulsion de los Indios de Castilla, y Aragon.

Pasan à Portugal, y a Francia, y procuran vengarse de los Cristianos.

Echizos que quieren azer para ello, con el Santissimo Sacramento, y vn coraçon de vn niño.

A vn Cauallero pobre le piden el de vn ijo fuyo.

Caso gracioso con que los burla, y les quita el dinero.

El Inquifidor Fr. Tomàs de Torquemada los persigue, y quieren matarle.

Indios de la Guardia, Quintanar, y Tenbleque vrtan vn niño en Toledo.

Quieren escurecer la gloria de Cristo con los tormentos en el.

En vna cueba se encierran à los pasos de la Pasion.

Azotanle, coronan de espinas, y le crucifican.

Sacanle el coraçon, y prodigioso valor fuyo.

Su cuerpo le buscan, y no se alla, sino los vestidos en la sepultura.

A la ora q muere, dà Dios



vista repentina, y milagrosamente a su Madre ciega en Toledo.  
 En treinta reales conciertan, que les den vna forma consagrada.  
 Enbiana consultar el echi-zo a Auila, y Zamora.  
 Milagro con que Dios descubre la maldad.  
 Prendenlos en el Conuento de Santo Tomàs de Auila, donde estaua el tribunal.  
 Sentencia que se dà a los Reos en el tribunal.  
 Milagros que obrò Dios, por la intercesion del Sãto Niño.  
 Indios en Zaragoza, quitan la vida a otro Niño.  
 Milagros con que Dios descubre su muerte.

## C A P. V.

Texto.  
 Quieren los Indios buscar ocasion, para prender a Cristo, y le preguntan lo del censo.  
 Quien eràn los que pagauan en Ierusalen, y quien lo murmuraua,

Respuesta admirable, que les dà el Señor.

## E X E M P L O I.

Eleccion del Papa Alexandro III. y ambicion de el Cardenal Orauiano.

No le eligen a el, y acomete a Alexandro a quitarle las insignias Pontificales, y se las pone.

Frederico Barbarroja cruel enemigo de la paz, le favoreze.

Quiere sugetar a su jurisdiccion al Papa, y que seã por su eleccion.

Quita a Alexandro el titulo de Sumo Pontifice, y le llama con su nombre.

Malos Obispos en vn conciliabulo declaran, contra Alexandro, y fauorecen el Antipapa.

Excomulga Alexandro a este, y al Enperador, y absuelue a los Vasallos del juramento.

Ningun Rey quiere asentir, con el Enperador.

Quiere elegir tercero Papa, con animo astuto.



El Rey de Francia fauorece a Alexandro: y el de Inglaterra su enemigo se vne con él, para obedecer al Papa.

Pasa a Francia con vn exercito en su favor.

Prodigiosas demostraciones de reuerencia que aze el Ingles al Papa.

Ostauiano muere frenetico, y rebelde, sin reconciliarse, ni absoluerse de la excomunion.

Frederico aze elijan a otro Antipapa el Cardenal Guido, a quien dà la obediencia contra Alexandro.

Pone Frederico sitio a Roma para prender al Papa.

Salase huyendo, y se viene à Beneuento.

Peste terrible q̄ enbia Dios sobre su exercito.

Arrepentido, se reconcilia con el Papa, y pide pazes.

Ajustanse, y él, y Frederico concurren en Venecia.

Recibele a penitencia publica, y ponele el pie en el cuello.

Apenas hizo las pazes, quando las quebranta.

Quiere criar en el Imperio,

vn Patriarca a quien obedecer.

Por morir en esse tiempo Alexandro, no buelue a excomulgarle.

Va en socorro de la tierra Santa, y vence al Soldan.

Muere aogado junto a Armenia.

## C A P. VI.

Texto.

Va Cristo al Templo, y assiste al Gazofilacio a ver los que dauan limosnas.

Alaba su Magestad a vna vieja q̄ diò dos marauedis.

## EXEMPLE I.

Venerable Madre Maria de Vilani, natural de Napoles de la Orden de Santo Domingo.

Desde que nace, da señas de ser santa.

Siendo niña, la regala el Cielo con prodigios.

Vna paloma, pintada en la mano del niño Iesus, buela muchas vezes junto a su rostro.

La Reyna de los Cielos; Santa Catalina Martyr, y sus

Es. mis.



- misma madre la visitan.  
 Llámose Beatriz, y su Magestad le manda se llame Maria, y sea Religiosa Dominica.  
 Prodigiosa penitencia, con que castigaua la lengua.  
 Amor a la Obediencia, y milagro cō que el Señor manifiesta quãto le agrada.  
 Penitente cama de pūtas, y ganchos, como S. Rosa.  
 Yervas, y comidas amargas, con que se martifica.  
 Mandale nuestro Señor, le edifique vn Monasterio.  
 Prodigiosos fauores que le aze nuestro Señor.  
 Prometela el salvar a todos aquellos por quien le rogarē.  
 Viene Cristo muchas vezes à su celda a ayudarla a rezar.  
 Canta el Te Deū laudamus a Cristo, y Cristo la dà musica.  
 Muchas vezes aze officio de Confesor, y la absuelve de sus culpas.  
 Desposase con Cristo, y la dà vna sortija con quatro piedras.
- Enblemas prodigiosos en cada vna.  
 Dale su Magestad por Maestro a San Agustin, y à S. Tomàs.  
 Cingulos suyos causan castidad por priuilegio de el Señor.  
 Escribe muchos, y admirables libros.  
 Con vna facta de fuego, le traspasa el S. el coraçō.  
 Cincuenta y quatro años tuuo el pecho abierto.  
 Suda por el muchas vezes sangre.  
 Feliz transito suyo.  
 El Cardenal Aragon, siendo Virrey de Napo es la visita muchas vezes, y la estima oy su memoria.  
 El Conde de Peñaranda, así mismo la venera.  
 Pasa desta vida de ochenta y seis años de edad.

## C A P. V I I.

## Texto.

- Cena Cristo Señor nuestro con sus Apostoles.  
 Dales noticia de la traycion de vn Dicipulo.  
 Quiere labarles los pies,  
 y



y San Pedro se escusa.

## EXEMPLO I.

Duda vn Mōje de la presencia de Cristo nuestro Señor realmente en el Santissimo Sacramento de el Altar.

Peca por simpleza, y pide a Dios le quite la duda.

Prodigioso milagro para sacarle della.

Muestrafele la forma convertida en carne llena de sangre.

Bueluela el Señor a las especies de pan, como antes.

## EXEMPLO II.

Fronista, Villa del Obispado de Palencia.

El santissimo Sacramento no se dexa recibir de vn excomulgado.

Roberto, Conde de Habzburg venera al Santissimo Sacramento, y profecia prodigiosa.

Devocion de la Casa de Austria a este soberano misterio.

En Orbieto duda vn Clerigo la verdad del Santissimo

Sacramento.

Caso milagroso con que su Magestad le confirma.

Prodigioso suceso de los Corporales de Daroca.

Caso notable con que su Magestad declara se lleuena aquella Ciudad.

## EXEMPLO VI.

Institucion de la fiesta de el Corpus.

Tiene gran parte en ella la Orden de S. Domingo.

Declara su Magestad su voluntad a la Beata Iuliana en la Ciudad de Lodi.

Veinte años enteros se lo manda, y sepre se resiste.

Consultalo con el Cardenal Vgo de Santo Caro, y otras personas.

Eua, Monja del Cister en la misma Ciudad, de vida Santissima.

Revelale el Señor tambien su voluntad.

Empieça la Iglesia de Lodi a celebrarla.

Encomienda el Papa a Santo Tomàs aga el Oficio del Santissimo Sacrameto.

Instituye la fiesta, y despacha su



su Bula a Eva , dandola noticia dello.  
 Los Pontifices fueron profi-  
 guiendo la Solemnidad.  
 Favores que azen a la Ordē  
 de Predicadores por ello.

Con muchas reuelaciones,  
 y autoridad de Santos Pa-  
 dres, demās del Texto de  
 los Euangejistas.

## C A P. I X.

## C A P. VIII.

Resurreacion de Cristo.

Rasion , muerte , y Resurre-  
 cion de nuestro Señor  
 Iesu Cristo.

## C A P. X.

Ascension de Cristo , y veni-  
 da del Espiritu Santo.

FIN DE TABLA.





s,  
a.  
c

i

✠  
✠  
✠

✠







